

LA REVOLUCIÓN

LIBERTARIA

Heleno Saña



De 1936 a 1939 tuvo lugar en España no sólo una guerra civil sino también una revolución social. Y fue mucho más que un corto verano de la anarquía, según dio a entender Hans Magnus Enzensberger con el poético título de su libro sobre España. Duró, lo mismo que la propia guerra, casi tres años largos, dramáticos y despiadados. Esta revolución, que en su hora conmovió y dividió hondamente al mundo, ha caído en gran medida en el olvido.

En realidad, lo que se había producido en España no era sólo una guerra civil, sino el inicio de una revolución.

George Orwell, *Homenaje a Cataluña*

Un ejemplo de revolución anarquista a gran escala, es el de la Revolución española de 1936, durante la cual se implantó en la mayor parte de la España republicana una revolución sumamente ejemplar.

Noam Chomsky, *Sobre el anarquismo*

En 1936, el anarquismo puso realmente en marcha una revolución social y el proyecto más progresista de poder proletario que haya existido jamás.

Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*



Heleno Saña
**La revolución
libertaria**

LOS ANARQUISTAS EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Heleno Saña

LA REVOLUCIÓN LIBERTARIA

Los anarquistas en la Guerra Civil española

Traducción de José Luis Gil Aristu

Título original: *Die libertare Revolution.*

Die Anarchisten im Spanischen Bürgerkrieg

Nautilus

Hamburgo, 2001

Diseño de cubierta original: Serafín Senosiáin

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción

I. España antes de la Guerra Civil

II. Golpe de Estado y sublevación popular

III. Odio y sangre

IV. La República sitiada

V. El gran momento de la anarquía

VI. Guerra y revolución

VII. La revolución traicionada

VIII. El inevitable realismo anarquista

IX. La intervención de Stalin

X. La revolución en peligro

XI. Negrín en el poder

XII. La pleamar totalitaria

XIII. La domesticación de los anarquistas

XIV. Desmoralización

XV. El final de una pesadilla

Epílogo. Un nuevo círculo del infierno

Apéndice. Filosofía del anarquismo español

El día mismo en que la revolución cesárea triunfó sobre el espíritu sindical, el pensamiento revolucionario perdió en su propio seno un contrapeso del que no puede prescindir sin deformarse.

Albert Camus, El hombre rebelde

Dedicatoria

A mis padres, que siguen viviendo en mí, también después de su muerte.

En una entrevista que el periodista berlinés Hans Dieter Schütt me hizo hace unos diez años, me pidió que le hablara de mi origen familiar. Le contesté lo que transcribo a continuación: “Mi madre era una mujer muy sencilla, pero estaba dotada de cualidades maravillosas: dulzura, sensibilidad, bondad de corazón, generosidad. No obstante, poseía una gran fuerza interior. Trajo al mundo siete hijos. Su felicidad consistía en ver felices a los demás. No tenía enemigos. Mi padre procedía de una próspera familia de comerciantes sabadellenses. Poco antes de terminar el bachillerato se hizo anarquista, dejó el hogar paterno, se unió a los obreros y pasó a ser uno de ellos. A causa de su militancia en el movimiento anarcosindicalista, entró

pronto en conflicto con la ley y conoció varias veces la experiencia de la cárcel. Se negó a realizar el servicio militar y marchó ilegalmente a París. Trabajó como mecánico en las Factorías Renault y ganaba un buen sueldo, pero entregaba la mayor parte del mismo al sindicato o a compañeros en paro. Tres años después regresó a Barcelona y conoció a mi madre. Vivieron juntos unos 70 años, y ambos superaron los 90. Nombrado a principios de la guerra civil director de la industria cinematográfica de Cataluña, mi padre no ganaba más que un trabajador no especializado, pero consideraba como justa esta igualdad remunerativa. Este era el espíritu de la revolución puesta en marcha por los anarcosindicalistas y una minoría de marxistas de izquierda. Poco antes de la caída de Barcelona, marchó al exilio de Francia, donde en seguida fue internado en un campo de concentración. Indignado por el trato inhumano y vil de que fueron víctima los antifascistas españoles, se enfrentó con las autoridades francesas, que le amenazaron con fusilarle. Tras la invasión de Francia por el ejército alemán, regresó clandestinamente a Barcelona, incorporándose muy pronto a la lucha contra el régimen franquista, lucha que pagó con 11 años de encarcelamiento y de torturas. Ese era mi padre: un hombre de granito que no se doblegaba ante nadie y ante nada y que lo sacrificó todo a su ideal. Mi madre tuvo que sustituirlo a menudo. Nunca se quejó por ello. Era estoica, una especie de Madre Coraje de Bertold Brecht pero serena y recogida en sí misma”.

AGRADECIMIENTOS

El material documental del que dependía para escribir el presente libro se hallaba en mi archivo privado sólo en parte. Sin la generosa ayuda que me prestaron diversas personas e instituciones, hubiera tenido que prescindir de valiosas fuentes de información que necesitaba para mi trabajo. De ahí que considere como un deber elemental testimoniar aquí mi agradecimiento a todas ellas.

En primer lugar, doy las gracias a Manuel Carlos García y Florentino Martín, de la Fundación madrileña Anselmo Lorenzo. Con incomparable solicitud e infinita paciencia, ambos localizaron y fotocopiaron para mí grandes cantidades de material y pusieron a mi disposición el nutrido fondo de bibliografía libertaria existente en la Fundación.

También estoy en deuda con Willeke Tyssen, Ella Molenaar, Monique van der Pal y Kees Rodenburg, del

Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam. En el curso de mis jornadas de trabajo en el Instituto, se esforzaron con ejemplar amabilidad en atender todos mis deseos.

Gracias a la gentileza de Jaime Pozas de Villena –descendiente del general Sebastián Pozas– pude utilizar su biblioteca particular, repleta de bibliografía libertaria. Juan J. Alcalde me procuró materiales imprescindibles para mi trabajo. Los datos que en Barcelona me proporcionaron Luis Andrés Edo y Salvador Gurucharri –ambos militantes y excelentes conocedores de la CNT, la Confederación Nacional del Trabajo, fueron igualmente de gran provecho para mi trabajo. Mi gratitud se extiende también al Centre d'Estudis Llibertaris de la capital catalana, que siempre estuvo abierto para mí. El profesor Carlos Rojas, de la Universidad de Atlanta (EE UU), puso generosamente a mi disposición la parte más importante de su correspondencia con Diego Abad de Santillán, además de otros valiosos documentos. Quedo también muy agradecido a Irene Soriano –autora de una excelente biografía sobre Federica Montseny– y a Alfredo González por la amable diligencia con que respondieron a varias consultas mías.

En la República Federal de Alemania tuve acceso ilimitado a los depósitos de las siguientes bibliotecas e instituciones: Staats und Universitätsbibliothek Carl von Ossietzky de Hamburgo, Ibero Amerikanisches Institut de Berlín, Staats

und Universitätsbibliothek de Bremen, Universitätsbibliothek de Rostock, Niedersächsische Staats und Universitätsbibliothek de Gotinga, Universitätsbibliothek de Passau, Gesamthochschulbibliothek de Kassel, Universitätsbibliothek und Landes Bibliothek de Halle, Bayerische Staatsbibliothek de Munich, Universitätsbibliothek de Bielefeld, Landes und Hochschulbibliothek de Darmstadt y Archiv der Sozialen Demokratie de Bonn. En este contexto me fue especialmente útil la colaboración siempre amable de Karin Berst, Elvira Rohde, Meta Walter, Runhild Böger, Anja Ansorg, Werner Picard, David Raven y Bernhard Künzig, por lo que quedo en deuda imperecedera con todos ellos.

Mi esposa Gisela se encargó –no por primera vez– de la ardua tarea de corregir mi manuscrito y pasarlo definitivamente a limpio, lo que hizo con la meticulosidad que la caracteriza en todos los aspectos. Este libro no habría podido nacer sin su colaboración, sus sugerencias críticas y su motivación interior.

Es obvio señalar que, por lo que respecta a su contenido, soy el único responsable.

INTRODUCCIÓN

De 1936 a 1939 tuvo lugar en España no sólo una guerra civil sino también una revolución social. Y fue mucho más que un “corto verano de la anarquía”, según dio a entender Hans Magnus Enzensberger con el poético y nostálgico título de su libro sobre España, en conjunto positivo para los anarquistas. Duró, lo mismo que la propia guerra, casi tres años largos, dramáticos y despiadados.

Esta revolución, que en su hora conmovió y dividió hondamente al mundo, ha caído en gran medida en el olvido, a pesar de que sobre la guerra civil española se han publicado más libros que sobre la Segunda Guerra Mundial. Refiriéndose a la revolución ucraniana de Majnó contra la dictadura bolchevique, Voline hablaba de una “revolución desconocida”; la española es una revolución olvidada.

Por lo que a mí respecta, no la he olvidado. Al contrario: cuánto más pasan los años, tanto más consciente soy de su singular trascendencia, y también, naturalmente, de su carácter trágico. Ya se sabe: *On revient toujours aux premiers amours*, siempre se vuelve a los primeros amores. Al estallar la guerra civil, tenía apenas seis años; cuando concluyó, había cumplido ocho y medio. Las vivencias y experiencias de aquella fase de mi niñez han permanecido, no obstante, incrustadas en mi memoria: el sonido estridente de las sirenas de alarma, los bombardeos de la aviación alemana e italiana, el miedo a ser despedazado por una bomba, el exilio de mi padre y la entrada de las tropas de Franco en Barcelona un mediodía frío pero soleado de finales de enero de 1939. Este es el trasfondo emocional que me vincula a los acontecimientos de entonces. El verdadero significado de lo que viví en aquellos primeros años no lo comprendí en realidad hasta más tarde, cuando hube de despedirme gradualmente de mi niñez y me hice adulto. A esta toma de conciencia contribuyeron algunos libros, pero sobre todo los encuentros y la amistad con muchos de los hombres y mujeres que habían estado en la primera línea de la revolución y la guerra. Aunque no todos, muchos de ellos se convirtieron en mis verdaderos maestros. Pasaron a ser también mis compañeros durante la fase que me uní a su lucha clandestina y compartí con ellos las mismas ilusiones y decepciones. Lo que aprendí y recibí de ellos ha dejado una huella esencial en mi alma, en mi vida y en mi trabajo de escritor. La propia necesidad de

escribir este libro sería impensable sin el legado humano y moral que me transmitieron. En el fondo, las páginas que ofrezco aquí les pertenecen más que a mí mismo. Y, por supuesto, estarán siempre presentes en ellas, también cuando no les cite con sus nombres y apellidos.

La opinión pública alemana¹ fue víctima desde el principio de una desinformación fundamental acerca de los sucesos ocurridos en España. Esto reza no sólo para la época nazi, sino también para los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando Alemania occidental se convirtió en una democracia burguesa por orden de las potencias vencedoras occidentales, mientras en la Alemania oriental surgía un “Estado de obreros y campesinos” impuesto por la Unión Soviética.

El adoctrinamiento practicado por el aparato propagandístico del Tercer Reich pervivió durante largo tiempo en el país del “milagro económico” y del “bienestar para todos”, como pude comprobar al poco de mi llegada a la República Federal, en 1959. Lo que el alemán medio sabía sobre nuestra guerra civil era sumamente elemental: 1) que Hitler y Franco eran aliados y 2) que ambos habían luchado contra el comunismo. No ignoraban naturalmente lo que significaba la “Legión Cóndor”. Quienes habían combatido en Rusia, recordaban asimismo que los combatientes

1 La edición original de este libro fue publicada en alemán por la editorial hamburguesa Nautilus en 2001. (*N. del E.*)

españoles de la División Azul habían luchado contra el Ejército Rojo junto a la Wehrmacht. En cuanto a lo demás, reinaba una amplia indiferencia, también por parte del Estado alemán. En la Alemania occidental no he visto hasta el momento ningún monumento o placa rindiendo homenaje a la intervención de antifascistas alemanes contra la España de Franco.

El Estado de Adenauer no quiso saber nada de los miles de alemanes que habían combatido en España contra los facciosos. Mientras que los jueces sanguinarios, los generales de Hitler, los funcionarios de sus ministerios, los miembros del partido nazi y de las SS, de la Legión Cóndor y de otras instituciones del nazismo pudieron en su mayoría proseguir impunemente sus carreras y gozaron de sus salarios y pensiones, a los “combatientes rojos de España” –como los llamaba Goebbels– se les negó el reconocimiento material y moral de su lucha contra el fascismo. Como escribiría Alfred Kantorowicz, “no obtuvieron ninguna compensación, ninguna indemnización, ninguna pensión, ningún empleo y, desde luego, no pudieron ser funcionarios. El calificativo de combatiente rojo de España (Rotspanienkämpfer) era tan incriminatorio como el de ‘extremista de izquierda’ o de ‘traidor a la patria’². Los alemanes que habían combatido en España en el bando republicano, así como sus descendientes, no fueron

2 Alfred Kantorowicz, *Spanisches Kriegstagebuch*, Hamburgo, 1979, pág. 20.

equiparados a los miembros de la Legión Cóndor hasta la década de 1970.

Tampoco se presentaron oficialmente disculpas por la intervención armada de la Alemania de Hitler a favor de los golpistas. Y menos aún se quiso oír hablar de indemnizaciones. Las voces alemanas que se alzaron contra esta mezquina actitud permanecieron sin eco. Una excepción fue la de mis difuntos amigos Petra Kelly y Gert Bastian, que se comprometieron siempre apasionadamente para que se ofreciera una reparación moral y material por lo ocurrido en Guernica³.

A diferencia de la República Federal, en la Alemania oriental se mantuvo más o menos vivo el recuerdo de la guerra civil española, aunque sólo fuera como prueba de la intervención de la Unión Soviética contra el fascismo y el nacionalsocialismo. Sin embargo, lo que se difundía sobre los brigadistas internacionales y las circunstancias políticas de su intervención estaba determinado por la línea del Partido y servía más a la buena imagen del estalinismo y el neoestalinismo que a la verdad. Cuando, tras la caída del muro, comencé a recorrer la Alemania ex-comunista para comprobar in situ lo que había sido la llamada República Democrática Alemana, me di cuenta de lo desfigurada que

3 Véase Gert Bastian y Petra Kelly, prólogo de Heleno Saña, *Guernica und die Deutschen. Dokumentation einer gescheiterten Wiedergutmachung*, Hamburgo y Zúrich, 1992.

era la imagen que la población tenía de la revolución y la guerra civil española. En mis primeros y ulteriores viajes pude verificar, una y otra vez, la mella profunda que la labor propagandística del régimen comunista había dejado en la mente de mis interlocutores, empezando por los propios comunistas activos con los que tuve ocasión de conversar.

Pero tampoco a la intelectualidad de izquierda de Alemania occidental –de orientación predominantemente marxista o social–demócrata–, le agradaba gran cosa ocuparse de una revolución que, a excepción del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) o de algunos sectores de la Unión General de Trabajadores (UGT), respondía más a las ideas de Proudhon, Bakunin o Kropotkin que a las de Marx, Lenin o Trotski. El ejemplo de Karl Korsch, que expresó sus simpatías por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) ya antes de la guerra, halló pocos imitadores entre los intelectuales alemanes. Fue el propio Korsch quien, refiriéndose a la revolución española, había hablado ya en 1939 de la “conjura de silencio y de la tergiversación que ha borrado casi por completo el auténtico aspecto revolucionario de los recientes acontecimientos de España⁴. Pero esa actitud se había dado ya mucho antes, según comprobó Helmut Rüdiger en la primavera de 1937: “Hasta el 19 de julio de 1936 reinó en la prensa internacional una conjura de silencio contra el

4 Karl Korsch, *Schriften zur Sozialisierung*, Francfort, 1969, pág. 118 y ss.

anarquismo en general y contra la España libertaria en particular. Este dique de silencio y difamación no se ha roto tampoco en estos meses”⁵. Hanns Erich Kaminski fue uno de los pocos alemanes que, sin ser anarquista, reconoció pronto el valor de la revolución libertaria de España, aunque lo hiciera en francés.

El número de textos en alemán que describen los acontecimientos españoles desde una perspectiva anarcosindicalista o socialista de izquierda son hasta hoy sumamente escasos. Las obras, Memorias e informes de los autores y protagonistas anarcosindicalistas españoles más importantes no han sido traducidas al alemán o sólo de forma fragmentaria, desde Abad de Santillán y García Oliver a José Peirats o Federica Montseny, por mencionar únicamente los nombres más notorios. Durruti fue conocido en Alemania gracias a Enzensberger y, más tarde, por la extensa biografía de Abel Paz⁶, pero, ¿qué alemán sabe algo sobre Cipriano Mera, a pesar de que desempeñó un cometido parecido en importancia al de Durruti?

En la mayoría de los libros alemanes sobre la guerra civil española, la revolución es juzgada de manera superficial o

5 Helmut Rüdiger, Informe del Secretariado de la AIT en Barcelona, 25 de mayo de 1937, en Internationales Institut für Sozialgeschichte, Ámsterdam, Archivo Comité Nacional CNT, Correspondencia internacional, 63 Cl.

6 Abel Paz, Durruti. Leben und Tode des spanischen Anarchisten, Hamburgo, 1994 [ed. original cast.: Durruti en la revolución española].

simplemente no se la menciona. Todavía a comienzos de la década de 1970, Rudolf Krámer Badoni –un autor conservador liberal conocedor del anarquismo–, constataba que el libro de Augustin Souchy era casi lo único disponible en alemán sobre la revolución española⁷. Wolfgang Harich realizó la “hazaña” de publicar un libro –o más exactamente, un panfleto– sobre el anarquismo y el neoanarquismo de la generación del 68 sin dedicar ni una sola palabra a la revolución libertaria en España⁸.

En Alemania, la revolución española fue ignorada, tergiversada y difamada desde el principio por sus adversarios de izquierda y derecha con una extraña pero nada sorprendente unanimidad. Egon Meusel, que escribió una obra en dos tomos sobre la bibliografía dedicada a la guerra civil española en lengua alemana, no tiene reparo en afirmar: “El concepto de orden que los comunistas y demócratas burgueses han esgrimido contra el anarquismo es afín a la idea que los fascistas tenían del orden”⁹. Tampoco son mucho mejores los tratados y estudios que, amparándose en su supuesto carácter científico y

7 Véase Rudolf Krámer-Badoni, *Anarchismus: Geschichte und Gegenwart einer Utopie*, Viena, Múnich y Zúrich, 1970.

8 Wolfgang Harich, *Zur Kritik der revolutionären Ungeduld. Eine Abrechnung mit dem alten und dem neuen Anarchismus*, Basilea, 1977. Aparecido por primera vez en forma de resumen en diciembre de 1969 en la revista *Kursbuch*.

9 Egon Meusel, *Der Anarchismus*, vol. 1, Rheinfelden y Berlín, 1997, pág. 16.

alardeando de valerse de métodos de investigación no ligados a ninguna ideología, persiguen en realidad el objetivo de desacreditar en última instancia la revolución. Detrás de la presunta objetividad de esos eruditos y de su pretensión de ceñirse exclusivamente a la “ciencia estricta”, no es difícil detectar el odio de los hipócritas a la grandeza humana que, a diferencia de los anarquistas españoles, ellos no poseen.

Por añadidura, la mayoría de los libros sobre España publicados en alemán –incluidos los más logrados– son más doctrinarios que verdaderamente instructivos. No quiero entrar aquí en detalle sobre la actitud sabihonda y autocomplaciente y el tono de superioridad con que juzgan al pueblo español no pocos autores de lengua alemana, con lo cual demuestran en realidad no sólo su soberbia sino también su autismo en materia de historia cultural. La glorificación estereotipada de las Brigadas Internacionales y el menosprecio con que a la vez tratan a los combatientes españoles –como hace Franz Borkenau– forma también parte de los ejercicios obligatorios de determinados historiadores alemanes, de los voluntarios que lucharon por la España republicana o de los que conocían el frente sólo como turistas. En su arrogancia olvidan lo más importante, a saber: que ese país venido realmente a menos, e históricamente tan alienado, fue el único de Europa que se alzó contra el fascismo espontáneamente, por propio impulso y con un coraje incomparable, mientras que los

pueblos que presumían de su cultura –Alemania el primero– se arrojaron cobardemente a sus pies. ¿Cómo no citar en este contexto a Ilya Ehrenburg?: “Cuando, pocos años después, los pueblos poderosos y bien organizados capitularon uno tras otro ante el fascismo, el pueblo español asumió aquel combate desigual. Don Quijote salvó su honor y el de la dignidad humana”¹⁰. Por otra parte: ¿hay algo menos alemán que la figura y el espíritu de Don Quijote?¹¹

Si menciono, con Ehrenburg, al inmortal héroe de Cervantes no es por casualidad, pues la revolución española fue, realmente, el último acto de quijotismo colectivo del siglo XX. Y quien, de buenas a primeras, tache de ridículo, por la razón que sea, el espíritu sublime del hidalgo español, se descalifica a sí mismo para comprender la profundidad y grandeza de la revolución libertaria en España, por más que revuelva en todo el mundo archivos y bibliotecas enteras y abrume al lector con montañas de citas bibliográficas. Resulta en todo caso difícil llegar a descubrir la esencia de la revolución española recurriendo a la laboriosidad académica.

Lo que los historiadores, politólogos y sociólogos del

10 Ilya Ehrenburg, *Memoiren*, vol. 2, Múnich, 1965, pág. 244.

11 Véase Heleno Saña, *Verstehen Sie Deutschland?*, con un epílogo de Ulrich Sonnemann, Francfort 1986; *Die verklemmte Nation*, Múnich, 1989; *Das Vierte Reich. Deutschlands spater Sieg*, Hamburgo, 1990; *Die Deutschen. Zwischen Weinerlichkeit und Grófiénwahn*, Hamburgo, 1995.

“pueblo de los poetas y pensadores” –como los alemanes se definen a sí mismos– han llevado al papel sobre la revolución realizada en España por libertarios y socialistas de izquierda no es, en conjunto, ningún prodigio intelectual. Ya por este motivo, mi reconstrucción de los sucesos ocurridos entonces constituirá un enfrentamiento con los autores que han transmitido una imagen desfigurada de la revolución española. Esto vale también, naturalmente, para autores pertenecientes a otros círculos culturales.

En el centro de mi crítica se hallan los comunistas, y ello por la sencilla razón de que han sido (y siguen siendo) los adversarios y calumniadores más influyentes y contundentes de la revolución. Mi ajuste de cuentas con los cuadros estalinistas de aquel tiempo y con los cronistas que repiten mecánicamente sus mentiras no incluye, en absoluto, a los militantes sencillos y sinceros del PC que, como los demás antifascistas, tomaron partido por la España republicana y pagaron a menudo su compromiso con la vida, tanto más por cuanto ellos mismos fueron a menudo las primeras víctimas de la política de desinformación practicada sistemáticamente por su partido. Tampoco me olvido de que muchos de ellos rompieron con su partido a causa de sus experiencias vividas en España o, más tarde, a raíz de la firma del pacto entre Hitler y Stalin de agosto de 1939, una conducta honesta que conllevaba el riesgo de ser perseguidos o liquidados. Mi crítica está dirigida exclusivamente contra los miembros del

aparato que recurrieron conscientemente a la mentira, engañaron a sus camaradas, y con sus maquinaciones socavaron la revolución e infligieron graves daños a la causa del anarquismo.

No me hago, ni mucho menos, la ilusión de haber escrito un libro objetivo o neutral. Tengo totalmente claro que los factores subjetivos han influido en mayor o menor grado sobre mi trabajo. El motivo fundamental que ha guiado mi pluma es la solidaridad con la revolución y mi identificación esencial con su trasfondo libertario. Pero este punto de partida motivacional no significa en modo alguno que el tributo que rindo a la revolución española se reduzca a pura apología. De haber obrado así hubiera incurrido en el mismo maniqueísmo –aunque de signo contrario– que reprocho a los enemigos y difamadores de la revolución. En la medida de lo posible me he esforzado en evitar esa deshonestidad intelectual. Pero no es a mí sino a los lectores a quienes corresponde juzgar si he sido fiel o no a mi propósito.

Debido precisamente a mi actitud afirmativa hacia la revolución española y a mi vinculación personal con muchos de sus protagonistas, me siento moralmente obligado a no tener en cuenta tan sólo sus aciertos. La historia de la socialdemocracia y del comunismo no es la única en estar llena de capítulos oscuros y deshonorosos; también el anarcosindicalismo tiene motivos suficientes para juzgar retrospectivamente su pasado con una mirada entre crítica

y sumamente crítica. No combato ciertas leyendas para sustituirlas por otras de nuevo cuño. En cualquier caso, mi ya vasta obra de escritor testimonia con creces que sirvo poco para la propaganda y que me inclino más bien, como el joven Marx, a “la crítica implacable de todo lo existente”.

Este libro se ocupa del pasado, pero es todo lo contrario de arqueología muerta o de una nostálgica búsqueda del tiempo perdido al estilo de Marcel Proust, ya por el solo hecho de que se encara con una larga serie de temas, valores y problemas que ocupan también un lugar central en nuestro presente. Comparto además con Platón la opinión de que la verdad es, en última instancia, reminiscencia. Y practicar la anámnesis significa en nuestro caso oponerse a la falsedad del discurso imperante en todo el mundo y recuperar la consciencia de lo que la revolución española significó para la emancipación y la liberación del género humano. Por decirlo con palabras de lord Acton, “el conocimiento del pasado es la emancipación más firme y segura”¹².

12 Lord Acton, *Lectures on Modern History*, Nueva York 1961, pág. 20.

I. ESPAÑA ANTES DE LA GUERRA CIVIL

La República

El 14 de abril de 1931 se abolió la Monarquía en España y se proclamó la República. Este trascendental cambio político se produjo sin derramamiento de sangre, una rareza en la historia española de los dos últimos siglos. Esta fue una de las principales razones de que se la denominara la niña bonita. Sólo pocos intuían lo fea que no tardaría en ser.

Durante los primeros dos años y medio, la llamada Segunda República fue administrada y regida conjuntamente por republicanos y socialistas. La principal figura del primer bienio fue el jefe de Acción Republicana, Manuel Azaña, ministro de la Guerra del gobierno provisional en un primer momento y, desde mediados de

octubre de 1931, Presidente del Consejo de Ministros. Azaña era un escritor de notable categoría –aunque sin un público digno de mención– y un orador dotado, pero no el estadista apropiado para estabilizar un país tan traumatizado y desgarrado como España. Aunque es cierto que criticó al ejército y al clero, no hizo apenas nada para resolver los problemas sociales y ayudar a los 700.000 parados existentes entonces en el país. Pero también en su ambición de crear un Estado laico demostró su escasa sensibilidad y se dejó dominar por el doctrinarismo polémico, por ejemplo, cuando el 13 de octubre de 1931 declaró en las Cortes que España había “dejado de ser católica”. El sector creyente de la población sintió aquel juicio de valor como un insulto y una discriminación inadmisibles. Azaña desencadenó con su provocación la primera crisis de gobierno de la República. Como protesta contra su rumbo anticonfesional, los republicanos moderados Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura Gamazo presentaron su dimisión.

Azaña era una mezcla de girondino y jacobino y, además, personalmente nada valiente, según se iba a comprobar sobre todo en el curso de la Guerra Civil. Al igual que otros miembros de la clase media ilustrada, miraba por encima del hombro a la clase obrera, sin entrarle en la cabeza la idea de que un día pudiera gobernarse a sí misma. Como los demás republicanos de cualquier color, sentía entusiasmo por Francia y encarnaba una variante tardía de los políticos,

intelectuales y masones francófilos que habían introducido la Ilustración en España y que el pueblo denominaba despectivamente afrancesados. Pero lo que en el siglo XVIII podía representar un progreso, era dos siglos más tarde un anacronismo. Cuando llegó la hora de hallar soluciones para los problemas de España, se revelaron como charlatanes, retóricos y demagogos irresponsables. Carecían sobre todo de algo imprescindible: cultura social. En este aspecto decisivo, los ilustres juristas y académicos demostraron ser analfabetos totales, motivo de que desencadenaran, con plena razón, la indignación de la masas trabajadoras. En un país donde amplios sectores del proletariado industrial y, sobre todo, agrario, llevaban una existencia miserable, Azaña tuvo la desfachatez de inhibirse de los conflictos de clase: “No practicamos una política de lucha de clases”¹³ anunció el 14 de septiembre de 1931 en un discurso de declaración de principios. Nada más ocupar su cargo como jefe de Gobierno, anotaba en su diario: “Hasta los ricos se alegran”¹⁴.

“La coalición republicano-socialista –escribí hace unas décadas en este contexto– no movió un solo dedo para rozar los intereses de la banca, de la industria, de las altas finanzas y de las grandes compañías extranjeras. Los diputados y ministros masones se encargaban, en las Cortes o en el seno del Gobierno, de impedir toda medida

13 Manuel Azaña, *Obras completas*, vol. 2, México, 1966, pág. 40.

14 *Ibid.*, vol. 4, México, 1968, pág. 189.

económica que perjudicara las posiciones del capitalismo español y extranjero”¹⁵. Pero quienes amparaban a los ricos del país no eran sólo los miembros de la poderosa camarilla de la masonería, sino también los socialistas que participaban en el Gobierno¹⁶. La nueva ley de banca, promulgada por iniciativa de Indalecio Prieto, “no cuestionó el poder de los grandes bancos, que se hallaban entonces en auge”, como admite incluso el historiador franquista Ricardo de la Cierva¹⁷. Y cuando Indalecio Prieto fue sustituido por el republicano catalán de derechas Jaume Carner, aún fue más clara la política gubernamental favorable al capitalismo. “Carner tranquiliza a los negociantes, las instituciones de crédito y la bolsa”, anotaba Azaña con satisfacción en su Diario¹⁸.

El lema predilecto de Azaña era el de “la República para los republicanos”. Con estas palabras no se refería, ni mucho menos, a todos los españoles de convicción republicana, sino a los miembros de los distintos partidos y

15 Heleno Saña, *España sin equilibrio. De los Reyes Católicos a la Segunda República*, Madrid 1975, pág. 302.

16 De los 88 ministros que tuvo en total la República, fueron masones 28, entre ellos Manuel Azaña y Martínez Barrio. De los 468 diputados en las Cortes de 1936, un 29,1% pertenecía a alguna logia. También entre los militares había numerosos masones, entre ellos algunos golpistas, como Sanjurjo, Cabanellas o Aranda.

17 Ricardo de La Cierva, *Francisco Franco. Un siglo de España*, vol. 1, Madrid, 1973, pág. 355.

18 Manuel Azaña, *op. cit.*, vol. 4, pág. 382.

formaciones republicanas. Entonaba continuamente cantos al liberalismo, pero ello no le impedía hablar de “disciplina social” y “deberes sociales” y echar pestes contra la inclinación de los españoles a la anarquía, como dijo en un discurso pronunciado en Madrid el 14 de marzo de 1933.

Azaña conservó su cargo de jefe de Gobierno también tras la entrada en vigor de la Constitución, el 9 de diciembre de 1931. Poco a poco se fueron aprobando varias leyes represivas cuyo objetivo era cortar de raíz cualquier chispa revolucionaria y amedrentar a anarcosindicalistas, socialistas de izquierda y marxistas. En la nueva legislación referente al orden público, destacaban la ley para la Defensa de la República y la ley sobre “vagos y maleantes”. Esta última era una “finta jurídica para encarcelar e incluso para difamar arbitrariamente a los obreros incómodos que se hallaban en paro”¹⁹. Los principales afectados fueron los militantes anarcosindicalistas. La ley para la Defensa de la República “anulaba de facto la Constitución, que había entrado en vigor pocos días antes”²⁰, según señala José Peirats. Azaña y su ministro de Gobernación, Casares Quiroga, gobernaron predominantemente mediante leyes de excepción. Para imponer la nueva represión policíaca se creó la Guardia de Asalto. Su máximo comandante fue el general Emilio Mola, maquinador más tarde del golpe de

19 Heleno Saña, *op. cit.*, pág. 306.

20 José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 2a ed., vol. 1, Cali, Colombia, 1988, pág. 75. La primera edición apareció en París en 1978.

Estado de julio de 1936. La política represiva del Gabinete de Azaña estaba dirigida sobre todo contra los anarcondicalistas, profundamente odiados por él, según constata el socialista y diputado a Cortes Bruno Alonso: “Por lo que respecta a la CNT, la política del gobierno fue de una torpeza desmesurada y contribuyó de manera decisiva a debilitar el régimen, sobre todo durante los dos primeros años.

Ninguna de las medidas del gobierno sirvió al propósito de ganar para la República a las fuerzas de la Confederación, a pesar de la importancia que tenían para ella”²¹.

La persecución de los anarquistas alcanzó su expresión más dramática y tenebrosa el 12 de enero de 1933, cuando en la aldea andaluza de Casas Viejas fueron asesinados a sangre fría por la Guardia de Asalto doce anarquistas, crimen del que se hizo responsable a Azaña por su orden de “¡Tiros a la barriga!” El propio Ortega y Gasset, por lo demás tan moderado, se vio obligado a pedirle cuentas en las Cortes.

El jefe de Gobierno no sólo se atrajo la ira de los libertarios, sino que perdió también la confianza de los socialistas, quienes, decepcionados por la vacilante política social del Gobierno, decidieron, tras las elecciones del 19 de

21 Bruno Alonso, Memorias de un provinciano (El proletariado militante), Madrid, 2000, pág. 43.

noviembre de 1933, separarse de los republicanos y seguir su propio camino. Al frente de esta corriente se hallaba Francisco Largo Caballero, ministro de Trabajo en el Gabinete de Azaña.

El período legislativo de republicanos y socialistas concluyó con un fracaso parlamentario. Tras las elecciones de noviembre de 1933, boicoteadas por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI), la derecha se hizo con el poder. A nivel parlamentario, los dos protagonistas máximos del bienio negro fueron José María Gil Robles, jefe de la CEDA, y Joaquín Calvo Sotelo, líder del partido derechista Renovación Española. Ambos partidos eran apoyados en la calle por los falangistas organizados en torno a José Antonio Primo de Rivera, hijo del general y ex-dictador Miguel Primo de Rivera, quien, tras un golpe de Estado autorizado por el rey Alfonso XIII, dirigió el país de 1923 a 1930 con mano dura, pero en absoluto cruel; de ahí que este capítulo de la historia de España sea calificado comúnmente como de dictablanda.

En abril de 1934, Manuel Azaña logró aglutinar a un grupo de pequeños partidos y fundó Izquierda Republicana. El 10 de mayo de 1936 fue elegido por las Cortes Presidente de la República con gran mayoría de votos. Azaña, dijo la diputada republicana Clara Campoamor, “se alzó un día como una estrella cargada de esperanza en el firmamento

político de la República española; pero destruyó sistemáticamente todas las oportunidades de futuro que la joven República había puesto en sus manos”²². No era la única en pensar así.

Los socialistas

El Partido Socialista Obrero Español (PSOE), fundado en 1879, se hallaba escindido entre un ala moderada y otra de izquierda: la primera estaba liderada por Indalecio Prieto; la segunda, por Francisco Largo Caballero, que detentaba también la dirección del sindicato UGT. Ambos no se podían ver. Mucho antes del estallido de la guerra civil habían mantenido ya una guerra tanto personal como dentro del partido. Tras la victoria del Frente Popular de febrero de 1936, el Presidente de la República, Azaña, quiso confiar a Prieto la jefatura del Gobierno. Largo Caballero, que se hallaba entonces en la cima de su popularidad, impidió el nombramiento. Azaña nombró entonces al republicano Casares Quiroga.

Entre Prieto y Caballero se situaba Julián Besteiro, presidente de las Cortes durante el primer bienio de la República. Madrileño y catedrático de Lógica, representaba

22 Clara Campoamor, *La revolution espagnole*, París, 1937, pág. 178.

un socialismo ético y era muy estimado tanto por su integridad moral como por su estrecha vinculación al Partido Socialista. Besteiro se mantuvo alejado de las luchas intestinas en el seno del partido.

Largo Caballero había sido en sus orígenes un dirigente sindical más bien moderado y formaba parte de los representantes típicos del socialismo reformista. Ello explica, entre otras cosas, que colaborara con Primo de Rivera durante su dictadura. En aquella fase de su trayectoria militante sentía una profunda antipatía por los anarcosindicalistas. Como ministro de Trabajo de la República, intentó –aunque sin éxito– disciplinar a la CNT y forzarla a sentarse a la mesa de negociaciones sobre la base de la ley de Jurados Mixtos (tribunales de arbitraje impuestos por el Estado), concebida por él. A comienzos de julio de 1931 prohibió una huelga del sindicato de Teléfonos, dominado por la CNT, lo que provocó una enconada resistencia por parte de los anarcosindicalistas. Dos mil huelguistas acabaron entre rejas.

Las experiencias de Largo Caballero como compañero de Gabinete de los republicanos lo radicalizaron y le impulsaron a emprender un rumbo revolucionario. A partir de 1934, la gente comenzó a llamarle el “Lenin español”.

El PSOE era un partido influyente, pero no de masas. En febrero de 1936 contaba con sólo 60.000 miembros. En cambio, la UGT –su rama sindical–, fundada en 1888, tenía

más de un millón de afiliados, una base cuantitativa que en los años siguientes alcanzó la cifra de los dos millones. La Federación de Juventudes Socialistas (FJS) constituía el ala juvenil del PSOE.

Los comunistas

A diferencia de Alemania, Francia y otros países de Europa, el PC español no consiguió arraigar en las masas populares durante los primeros 15 años de su existencia y permaneció siendo un partido de cuadros aislado e insignificante hasta poco antes del estallido de la guerra civil. Al proclamarse la República en 1931, los comunistas defendían posiciones ultraizquierdistas y se dirigían a las masas con consignas como: “¡Abajo la política burguesa!” o “¡Vivan los soviets!” En 1932 se realizó una purga en el partido por orden de Stalin. José Bullejos y otros funcionarios del partido fueron sustituidos por cuadros sometidos a Moscú. Como nuevo secretario general se designó a José Díaz, un panadero de Sevilla que había militado al principio en las filas de la CNT.

En vísperas de la guerra civil, el partido tenía únicamente 3.000 miembros. En las Cortes de 1931 no había ningún diputado comunista, y en las de 1933, sólo uno. Hubo que

esperar hasta las elecciones de febrero de 1936 para que el PC consiguiera 17 mandatos en la lista del Frente Popular. El partido tenía una influencia igualmente escasa entre los trabajadores, que en su mayoría eran miembros o militantes de la UGT y de la CNT. El intento de organizar en 1934 un sindicato propio terminó con un rotundo fracaso. Su nombre mismo – Confederación General de Trabajadores Unitaria (CGTU)– estaba tomado en parte de la CNT y en parte de la UGT.

Para sacar adelante al partido, Stalin envió a España a Vittorio Codovila (con el nombre falso de Medina), un argentino de origen italiano que había “asesorado” y organizado anteriormente diversos partidos comunistas en América Latina por encargo de la Komintern. Entre otros, Codovila captó a Santiago Carrillo, quien desempeñó un papel clave en la bolchevización de la juventud socialista española. Los comunistas estaban atados de pies y manos a Moscú, no sólo en el terreno económico; al ser demasiado débiles para crear un movimiento de masas por sus propias fuerzas, sus jefes rusos les dieron la orden de infiltrarse en el PSOE, la UGT y las Juventudes Socialistas. Esta estrategia respondía también a la política de Frente Popular lanzada por Moscú.

El primer paso en esta dirección consistió en jalear a Largo Caballero como el Lenin español. Pero para desgracia suya, el líder de la UGT no entró en el juego ni renunció a su

independencia. Los comunistas tuvieron más éxito infiltrándose en las Juventudes Socialistas, cuyos principales militantes, como Santiago Carrillo, fueron invitados a Rusia y ganados para la causa comunista. Las asociaciones juveniles comunistas y socialistas se convirtieron en las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas), cuya dirección pasó pronto a manos de los comunistas controlados por Moscú.

La fusión no tuvo lugar mediante un congreso fundacional regular, sino en una conferencia nacional organizada y manipulada por Carrillo, en la que no hubo ningún debate sobre principios. Todo el golpe de mano fue preparado y urdido entre bastidores por Julio Álvarez del Vayo, un socialista que desde un largo viaje realizado en 1922 por la Unión Soviética se había convertido en un fiel servidor del Kremlin. En 1924 fue corresponsal en la capital soviética del periódico argentino *La Nación*. El periodista asturiano no fue el único que traicionó la política de su partido. Otros dirigentes del PSOE y de la UGT se comportaron también de manera similar, según iremos viendo en posteriores capítulos.

Junto con el Partido Comunista de España (PCE) existía desde 1932 la rama catalana del Partit Comunista de Catalunya (PCC), más insignificante aún que el PCE. El PCC sólo alcanzó importancia tras el aplastamiento de la sublevación de julio, cuando se fusionó con otros tres pequeños partidos: la rama catalana del PSOE, la Unió

Socialista de Catalunya (USC) y el Partit Catalá Proletari (PCP). De esta fusión surgió, el 23 de julio de 1936, el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), que pasó a ser miembro de la Komintern y desempeñó un importante cometido a favor del estalinismo español.

Los marxistas del POUM

El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) era un partido de izquierda pequeño, pero bien organizado que se opuso radicalmente al leninismo y mantuvo una política marxista esencialmente autónoma. La creación del partido se debió a la fusión del Bloque Obrero y Campesino (BOC) de Joaquín Maurín y de la Izquierda Comunista de Andrés Nin.

Maurín y Nin habían iniciado su carrera revolucionaria en las filas del anarcosindicalismo. A comienzos de la década de 1920 viajaron a Moscú para asistir al congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja. Impresionados por Lenin y Trotski, se unieron al movimiento comunista. Maurín regresó a España, mientras que Nin se quedó en la capital rusa, donde fue secretario de la Internacional

Sindical Roja y miembro del PC ruso y del soviet de Moscú. Cuando Trotski comenzó a oponerse al rumbo emprendido por Stalin, Nin se puso del lado del primero y fue incluso secretario suyo durante un tiempo. Tras su expulsión del PC ruso, regresó a Barcelona en octubre de 1930 con su esposa Olga y sus dos hijos.

Nin, que se sentía aislado en Barcelona, no tardó en buscar contacto con su antiguo amigo Maurín y trabajó con él durante un breve intervalo en la Federación Comunista Catalano Balear (FCCB), dirigida por Maurín. En aquel momento existían entre ambos divergencias de opinión considerables, entre ellas respecto al problema de Cataluña como nación. Maurín sostenía una postura decididamente anticontrabulista que llegaba a un claro separatismo, mientras que Nin rechazaba la fundación de partidos regionales independientes. En consecuencia, se separó de Maurín e ingresó en el grupo Oposición Comunista Española (OCE).

También entró en conflicto con Trotski, que abogaba por el ingreso de los marxistas españoles de izquierda en el Partido Socialista. Nin, en cambio, estaba resuelto a convertir la plataforma de la OCE en un partido independiente. Y así ocurrió. En marzo de 1932, la OCE decidió cambiar su nombre por el de Izquierda Comunista Española. Nin pasó a ser su secretario general.

Tras la derrota electoral de socialistas y republicanos en noviembre de 1933, se creó, por iniciativa de Maurín y Nin,

la Alianza Obrera, que, a excepción de la CNT y el PC, abarcaba todas las organizaciones de izquierda, entre ellas el BOC de Maurín. Maurín y Nin se habían vuelto a aproximar políticamente. El 29 de septiembre de 1935 se celebró en Barcelona el congreso de unificación entre el BOC y la ICE, del que nació el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). En las elecciones parlamentarias de febrero de 1936, Maurín fue elegido diputado a Cortes con más de un cuarto de millón de votos. La participación del POUM en las elecciones fue denunciada por Trotski como una traición a la línea revolucionaria. En aquel momento, la relación entre Nin y su antiguo ídolo y maestro se había enfriado considerablemente, y así continuó hasta el asesinato de Nin por los agentes de Stalin en junio de 1937. Julián Gorkin, uno de los principales militantes del POUM, escribe al respecto: “Habíamos apoyado a Trotski en su lucha contra la tendencia burocrática y totalitaria personificada por Stalin, pero ninguno de nosotros se había adherido a lo que se denominaba trotskismo, pues sólo nos considerábamos adversarios del estalinismo²³.”

A comienzos de mayo de 1936, el POUM fundó en Barcelona el sindicato Federación Obrera de Unidad Sindical (FOUS), que, según sus datos, sumaba más de 60.000 miembros. Pero la asociación no contó con una afluencia de

23 Julián Gorkin, *Stalins langer Arm. Die Vernichtung der freiheitlichen Linken im Spanischen Bürgerkrieg*, con prólogo de Willy Brandt, Colonia, 1980, pág. 55.

trabajadores digna de mención, pues la clase obrera pertenecía casi exclusivamente a la CNT. Además, la FOUS perdió en buena medida su perfil específico cuando el 2 de septiembre de 1936 decidió ingresar por razones tácticas en la UGT de Cataluña, en la que se había infiltrado el PSUC estalinista, y disolverse, por tanto, como sindicato independiente.

Los anarcosindicalistas

La agitada historia del anarquismo está compuesta predominantemente por una serie de rebeliones y revoluciones valerosas pero fallidas. A largo plazo, el anarquismo no consiguió jugar un papel hegemónico dentro del movimiento revolucionario, ni como teoría ni como organización militante, razón por la cual fue paulatinamente marginado por la socialdemocracia y el marxismo-leninismo, y más tarde, por el estalinismo y el neoestalinismo.

Sin embargo, es imposible separar la historia de la revolución del anarquismo. Y aún es menos posible decir de él que es y seguirá siendo “un extravío perjudicial para la lucha de clases del proletariado y para la causa de la

revolución socialista”, según lo juzga, por ejemplo, Wolfgang Harich desde su perspectiva marxista-leninista²⁴. El anarquismo era numéricamente la fracción más fuerte de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) y permaneció durante décadas el principal rival del marxismo. Este hecho explica también el cúmulo de bibliografía –casi siempre calumniosa– elaborada por los marxistas desde Marx y Engels para combatir el anarquismo. La Comuna de París estuvo esencialmente inspirada en el espíritu de Proudhon. El sindicalismo revolucionario surgido en Francia entre finales del siglo XIX y principios del XX en torno a Ferdinand Pelloutier y Georges Sorel, estaba basado fundamentalmente en las ideas anarquistas; de ahí su nombre de anarcosindicalismo. Si la socialdemocracia europea negó a los anarquistas el ingreso en la Segunda Internacional fue, “porque, con su vitalidad, las corrientes sindicalistas del anarquismo amenazaban con convertirse en un auténtico competidor”²⁵. En España, el anarcosindicalismo permaneció la principal fuerza revolucionaria del movimiento obrero hasta la victoria de Franco. La CNT, fundada en 1910, era cuantitativamente, con la UGT, la organización sindical más importante del país, pero superando claramente a ésta en espíritu combativo.

24 Wolfgang Harich, op. cit., pág. 96.

25 Max Nomad, “The Anarchist Tradition”, en Milorad M. Drachkowitz, ed., *The Revolutionary International 1864-1943*, Stanford, 1966, pág. 81.

Ya antes de la Primera Guerra Mundial, y con la gran excepción de España, el anarquismo había empezado a declinar en todo el mundo. Es cierto que las ideas anarquistas o anarcocomunistas de Gustav Landauer y Erich Mühsam desempeñaron un papel decisivo en la República Consejista Bávara, y que en Ucrania, tras la toma del poder por los bolcheviques, los campesinos siguieron al anarquista Majnó. La rebelión de los marineros, trabajadores y soldados de Kronstadt contra el diktat bolchevique, reprimida por Trotski por la fuerza de las armas, estuvo inspirada y dirigida en lo esencial por anarquistas. Pero se trata de casos aislados. En la mayoría de los países europeos, el anarquismo no echó nunca raíces profundas, con la excepción –junto a España– de Bélgica, Holanda, Suecia y la región suiza del Jura. En las dos naciones industriales más importantes de Europa –Inglaterra y Alemania–, la influencia anarquista sobre el movimiento obrero no dejó nunca de ser débil, al igual que en América del Norte, a pesar de que fueron anarquistas quienes el primero de mayo de 1886 convocaron por primera vez en la historia una manifestación del proletariado de Chicago exigiendo la jornada laboral de ocho horas. Tanto por su valentía como por el vil asesinato de sus líderes, los anarquistas de Chicago se convirtieron en pioneros y mártires simbólicos del movimiento obrero internacional. El sindicato Industrial Workers of the World (IWW), compuesto sobre todo por emigrantes europeos, era de orientación predominantemente anarcosindicalista. El ominoso

proceso y la ejecución de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti demostraron, de manera ostensible, el miedo del Estado y los capitalistas norteamericanos ante una expansión del anarcosindicalismo (y del bolchevismo).

Pero el anarquismo fue perdiendo importancia ya antes de la revolución rusa y la fundación de la Tercera Internacional controlada por Moscú. La Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), fundada en Berlín en diciembre de 1922, contaba con pocos miembros, con la excepción, una vez más, de España, que se unió a ella en 1923. También en América Latina el anarquismo permaneció un movimiento minoritario, a pesar de que al principio Proudhon, Bakunin y Kropotkin eran allí más conocidos que Marx y Engels y de que en Argentina el sindicato anarquista Federación Obrera Regional Argentina (FORA) fue durante décadas la fuerza proletaria más poderosa.

Justo en el momento en que el anarquismo internacional iba perdiendo terreno, el movimiento libertario español llegaba a su máximo apogeo. Al proclamarse la República en 1931, los anarcosindicalistas se recuperaron con rapidez de la represión a la que habían estado sometidos antes y a lo largo de la dictadura de Primo de Rivera, reincorporándose con nuevos bríos a la vida pública. En 1927 se fundó la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Como en el caso de los socialistas, en las filas de la CNT-FAI se produjeron también

luchas internas entre sus diversas corrientes ideológicas. La FAI fue creada para adoctrinar a las masas de la CNT y ganarlas para sus planes revolucionarios. Sectores considerables de la CNT se opusieron a las pretensiones hegemónicas de la FAI y al rumbo bakuninista y conspirativo que sus dirigentes querían imponer a las masas confederales. La CNT celebró un congreso nacional en Madrid en junio de 1931. Se trataba, sobre todo, de determinar la actitud de la Confederación frente a la República. Las opiniones estaban divididas. Finalmente se impuso el ala radical.

El principal defensor del maximalismo revolucionario era Juan García Oliver. Su concepción tenía como objetivo derrocar la República burguesa por medio de la “gimnasia revolucionaria” e instaurar el comunismo libertario, según declaró en una entrevista que mantuvo con el periodista anarcosindicalista Eduardo de Guzmán: “Nosotros propugnamos el hecho revolucionario, despreocupándonos de si estamos preparados o no para hacer la revolución e implantar el comunismo libertario, por cuanto entendemos que el problema revolucionario no es de preparación, y sí de voluntad de quererla hacer cuando las circunstancias de descomposición social como las que atraviesa España abonan toda tentativa de revolución”²⁶.

Un grupo de prestigiosos militantes de la CNT –llamados

26 La Tierra, Madrid, 30 de octubre de 1931.

treintistas por su número– se separó en 1934 de la Confederación y fundó sus propias organizaciones. Sus portavoces más significados eran Ángel Pestaña y Juan Peiró. Rechazaban los métodos y metas de la Específica –como se denominaba a la FAI dentro de la CNT– y abogaban por la autonomía de la CNT frente a ella. Esta escisión quedó superada en el congreso confederal celebrado en Zaragoza en mayo de 1936. Ángel Pestaña fue el único que en 1935 abandonó la CNT, fundando poco después el Partido Sindicalista. Tras el estallido de la guerra civil, regresó a las filas de la CNT, donde, por lo demás, no desempeñó ya ningún cometido esencial.

Como partidarios consecuentes de la acción directa y de la autonomía del movimiento obrero, la CNT y la FAI boicotearon las elecciones parlamentarias y mantuvieron un distanciamiento absoluto frente a los partidos políticos. Los partidarios de la revolución a toda costa realizaron varios levantamientos armados para instaurar el comunismo libertario aquí y ahora. Todos estos intentos terminaron, sin excepción, con un rotundo fracaso. Los anarquistas participaron también, junto a socialistas y comunistas, en la revolución de Asturias de octubre de 1934, pero no en el alzamiento de los nacionalistas catalanes de izquierda y derecha contra el Gobierno central. En vísperas de las elecciones ganadas por el Frente Popular en febrero de 1936, había 30.000 anarcosindicalistas encarcelados.

El 1 de mayo de 1936 dio comienzo en el teatro cine Iris Park de Zaragoza un congreso nacional de la CNT. Los 700 delegados presentes debatieron durante dos semanas sobre la futura orientación de la organización. Se acordó que la meta que debía guiar a la CNT–FAI era la implantación del comunismo libertario. Al acto de clausura asistieron 300.000 anarcosindicalistas y 40.000 socialistas llegados de toda España a fin de expresar con su presencia su solidaridad con la CNT. “Reinaba tal entusiasmo”, escribiría uno de los delegados, “que se pensaba que ya se había producido la revolución”²⁷.

Los golpistas

La Segunda República estuvo amenazada desde el primer momento por todas las fuerzas reaccionarias que se negaban a aceptar el derrumbamiento de la monarquía y temían una revolución proletaria. El general José Sanjurjo se alzó ya contra la joven República el 10 de agosto de 1932. Aquel golpe de Estado, preparado y ejecutado diletantemente, fracasó, pero demostró no obstante la

27 Véase Baltasar Porcel, *La revolución permanente*, Barcelona, 1978, pág. 185.

resolución de los sectores reaccionarios del generalato de restablecer el antiguo orden manu militari. El propio rey Alfonso XIII dio a conocer su conformidad con un pronunciamiento.

En los cuartos de banderas de los cuarteles, en los cafés, en los salones elegantes de la aristocracia y en los casinos militares se conspiraba abiertamente. Los partidarios de la restauración se hallaban sobre todo en las guarniciones del Marruecos español y eran llamados, por ello, “africanistas”. Los generales y oficiales antirrepublicanos fundaron en 1933 la Unión Militar Española (UME), que puso enlaces y correos a disposición de quienes manejaban los hilos del golpe.

Pero también los políticos actuaban con creciente descaro en sus ataques contra la República y la izquierda. El personaje integrador y clave de la derecha “legal” parlamentaria era José María Gil Robles, jefe de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). En 1934 pasó a formar parte como ministro de la Guerra del Gabinete de Alejandro Lerroux, un corrupto y turbio republicano de derechas. En 1935 nombró al general Franco jefe del Estado Mayor de la Fuerzas Armadas. Otra de las personalidades dirigentes de la derecha era Joaquín Calvo Sotelo, líder desde 1934 de Renovación Española y admirador de Action Française.

El Partido Socialista se sentía amenazado por la creciente

fascistización de la derecha y llamó a la revolución contra los hombres del “bienio negro”. En octubre de 1934, 70.000 trabajadores socialistas, anarquistas y comunistas lucharon en Asturias durante cinco semanas codo a codo contra el Ejército, pugna que acabó con la vida de 4.000 personas. En Barcelona se produjo un levantamiento contra el gobierno central de Madrid sin la participación de los anarcosindicalistas, por lo cual concluyó al cabo de unas horas con la capitulación de la Generalitat y las fuerzas aliadas a ella. La represión contra los sublevados fue brutal. La tribuna intelectual de los enemigos de la República era la revista *Acción española*, cuyo primer número apareció el 16 de diciembre de 1931. En febrero de 1932 se amplió para convertirse en sociedad. Las personas que la financiaban procedían de la aristocracia y de círculos agrarios, económicos e industriales. Entre los colaboradores de la revista había distinguidos intelectuales de derechas como Eugenio Montes, Víctor Pradera, Ramiro de Maeztu, José María Pemán o Giménez Caballero. Uno de los abonados era el general de brigada Francisco Franco Bahamonde. *Acción Española* había metido ya baza en el fracasado golpe de Estado del general Sanjurjo; eso la llevó a trabajar con tanta más diligencia a favor del próximo pronunciamiento. “Sus miembros –escribe Paul Preston– constituían el Estado Mayor de la extrema derecha antirrepublicana antes de la guerra civil”²⁸.

28 Paul Preston, “Acción Española”, en *Historical Dictionary of the*

Otra aliada de la derecha tradicional y defensora de un alzamiento militar era Falange Española Tradicionalista y de las JONS, equivalente español del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, aunque con divergencias nada irrelevantes como la del racismo del NSDAP, rechazado categóricamente por José Antonio por considerarlo incompatible con la fe católica. El líder falangista no tenía tampoco en gran consideración el corporativismo italiano, lo cual no le impidió recibir ayuda financiera de Mussolini.

La Falange era todo lo posible menos un partido de masas, pero su sección de pistoleros –llamada “Falange de Sangre”– sostuvo una campaña de atentados y actos terroristas contra el Partido Socialista. José Antonio se hallaba en la cárcel desde el 14 de marzo de 1936. Poco antes de su detención se reunió con el general Franco en el piso que tenía en Madrid Ramón Serrano Suñer, cuñado del futuro Caudillo de España. El 14 de mayo, José Antonio escribió en la Cárcel Modelo de Madrid su “Carta a los militares de España”, en la que les incitaba a alzarse contra la República²⁹.

También los carlistas reaccionarios y sus formaciones armadas (requetés) manifestaron su conformidad con el

Spanish Civil War, ed. de James W. Cortada, Westport y Londres, 1982, pág. 7.

29 José Antonio fue condenado en Alicante por un tribunal popular y fusilado el 20 de noviembre de 1936.

pronunciamiento, aunque después de largas vacilaciones y, literalmente, en el último minuto. Su jefe, Manuel José Fal Conde, había estado involucrado también en la sublevación del general Sanjurjo. El 3 de marzo de 1934 fue nombrado secretario general de la Comunión Tradicionalista por el pretendiente al trono, Alfonso Carlos. Los requetés eran influyentes sobre todo en Navarra, la región donde tenía su sede principal el general Mola (el “director” del golpe).

El destronado rey Alfonso XIII apoyaba también desde su exilio parisino el golpe de Estado urdido por la derecha. Los motivos de su actitud no eran precisamente de naturaleza noble, como observa Rafael Borrás Betriu, historiador de los Borbones: “La obsesión de Don Alfonso XIII [...] es quitarse la espina de su destronamiento, aunque sea al precio de la guerra civil entre españoles”³⁰.

Para los sublevados fue de especial importancia el apoyo económico que desde el primer momento prestó el potentado y contrabandista Juan March Ordinas, llamado “el último pirata del Mediterráneo” por sus negocios sucios.

Tras haber sido llevado por la República ante los tribunales y condenado a varios años de cárcel, se fugó en 1933 de la cárcel de Alcalá de Henares y puso su fortuna a disposición de los golpistas.

30 Rafael Borrás Betriu, *Los últimos Borbones. De Don Alfonso al Príncipe Felipe*, Barcelona, 1999, pág. 93.

March financió, entre otras cosas, la intervención de la aviación italiana en la guerra civil y parte del petróleo comprado por Franco a los ingleses y a los norteamericanos.

Los conjurados se consideraban como grandes patriotas y salvadores en última instancia de los “valores eternos de España”, según repitieron hasta la saciedad antes y después del levantamiento para justificar su modo de proceder. Tras el golpe de Estado se escondían, no obstante, sólidos intereses materiales, según dijo el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, en un discurso radiado el 2 de agosto de 1936 y dirigido a los conjurados: “Se trata, sencillamente, de suplantar la voluntad general de todo el pueblo por la voluntad de una capa social que quiere perpetuar sus privilegios”³¹. Los terratenientes y grandes propietarios de Andalucía, Extremadura, Castilla y Aragón eran quienes más temían la expropiación de sus latifundios, sobre todo porque el gobierno del Frente Popular estaba a punto de llevar a cabo una reforma agraria de cierta envergadura. Según palabras del historiador Tuñón de Lara, “las clases hegemónicas de la sociedad española, que apenas si tenían esperanzas de recuperar por vías pacíficas el poder político, no podían permitir un cambio en el sistema agrario sin que ello supusiera el primer paso hacia la pérdida de su poder económico”³².

31 Citado en Maximiano García Venero, Madrid, Julio de 1936, pág. 550.

32 Manuel Tuñón de Lara, “Strukturelle Ursachen und unmittelbare

Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones parlamentarias de febrero de 1936, el generalato aceleró sus planes golpistas. El Gobierno de Casares Quiroga tenía noticia de la actividad conspirativa entre las altas jerarquías del Ejército, pero no conocía su alcance, de manera que se contentó con desplazar a algunos generales a guarniciones periféricas, enviando a Mola a Pamplona, a Franco a las islas Canarias y a Godea a las Baleares. Pero a pesar de estas medidas de precaución, fueron precisamente ellos quienes se situaron al frente del alzamiento nacional en julio de 1936.

Los anarquistas, socialistas y comunistas detectaron la situación política mucho mejor que los republicanos en el Gobierno. Con anterioridad al golpe de Estado, la CNT había formado comités secretos en los cuarteles con el fin de vigilar a los oficiales, enterarse de su ideario político y no perder de vista sus actividades. Esta era la razón de que los libertarios tuvieran conocimiento del inminente pronunciamiento. Pero también los comunistas habían constituido sus células en los cuarteles y estaban al corriente de lo que se avecinaba. Los socialistas estaban todavía mejor informados. Largo Caballero advirtió en varias ocasiones al presidente del Consejo de Ministros, Casares Quiroga, sobre el golpe de Estado, que se barruntaba cada vez con mayor claridad. La respuesta que

Anlässe”, en el libro editado por él *Der spanische Bürgerkrieg. Eine Bestandsaufnahme*, Fráncfort, 1980, pág. 59.

recibía el dirigente sindical era siempre la misma: “El ejército está con la República”³³. Casares y su ministro de la Gobernación, el catalán Juan Moles, hicieron también oídos sordos a las insistentes advertencias del presidente del Gobierno de Cataluña, Lluís Companys, quien conocía los preparativos de los golpistas en Barcelona a través de Vicente Guarner y Federico Escofet, oficiales leales a la República. También Indalecio Prieto intentó convencer en varias ocasiones a Casares Quiroga del peligro en que se hallaba la República.

En la última conversación entre ambos, el jefe de Gobierno le dijo visiblemente irritado: “¡Deje ya de una vez de importunarme! Sus fantasías son un producto de la menopausia”³⁴. Azaña, el presidente de la República a quien Julio Álvarez del Vayo había advertido repetidamente sobre el peligro de un alzamiento militar, reaccionó con igual irresponsabilidad y engreimiento. La respuesta recibida por el futuro ministro de Estado fue siempre la misma: “Aquí no va a alzarse nadie”³⁵. Respecto a Azaña, Santillán, el cronista de la revolución, habla incluso de “su contribución directa al

33 Francisco Largo Caballero, *Mis Recuerdos*, México, 1954, pág. 162.

34 Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, vol. 1, México, 1967, pág. 163.

35 Véase Abel Paz, entrevista con Julio Álvarez del Vayo, *Tiempo de Historia*, Madrid, abril de 1980.

alzamiento de los generales”³⁶. La verdad es que, según observa Burnett Bolloten, “Azaña y Casares Quiroga temían más las agitaciones sociales que las actividades conspirativas que llegaban a diario a sus oídos”³⁷.

Nada menos que el propio general Franco –maestro del doble juego– se dirigió por carta el 23 de junio de 1936 al jefe de Gobierno y ministro de la Guerra para ponerle en conocimiento de forma ambigua pero suficientemente inequívoca de la inminente rebelión de las Fuerzas Armadas. La carta daba también a entender que su autor estaba absolutamente dispuesto a colaborar con el gobierno. Casares Quiroga la dejó sin respuesta con el visto bueno de Azaña.

A pesar de aquel desplante, Franco vaciló hasta el último minuto para sumarse al alzamiento contra la República; a comienzos de julio comunicó al general Mola: “La situación no está madura”. El asesinato de Calvo Sotelo fue lo que le movió definitivamente a participar en el putsch.

“Si no hubieran matado a Calvo Sotelo, no se habría

36 Diego Abad de Santillán, carta a Carlos Rojas, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1973. Copia puesta a disposición del autor por C. R.

37 Burnett Bolloten, *The Spanish Revolution. The Left and the Struggle for Power during the Civil War*, con un prólogo de Raymond Carr, 2a ed., Carolina del Norte, 1980, pág. 37 [hay trad. cast: *La revolución española: sus orígenes, la izquierda y la lucha por el poder durante la guerra civil 1936-1939*, Barcelona, 1979].

producido, quizá, un 18 de julio”, afirmaría posteriormente Serrano Suñer, cuñado de Franco³⁸.

Efectivamente, Joaquín Salvo Sotelo fue asesinado el 13 de julio de 1936 por un miembro de la Guardia de Asalto republicana. Se trataba de un acto de revancha por el asesinato de uno de sus oficiales –el teniente José Castillo– por los pistoleros de la Falange. El crimen contra el líder de Renovación Española aceleró el golpe de Estado, pero no fue su causa.

El contexto sociocultural

Historiadores y sociólogos tienden a explicar la fuerza del anarquismo español recurriendo al argumento estereotipado de que era consecuencia del atraso económico del país. La pregunta obvia de porqué en otros países con una estructura económica comparable no se produjo un movimiento anarquista digno de mención deja simplemente de ser planteada.

38 Véase Heleno Saña, *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Suñer*, con un prólogo de Hugh Thomas, Barcelona 1981, pág. 49.

En este contexto habría que comenzar diciendo que los temas económicos han estado raramente en el centro de la historia española. Durante siglos, lo realmente importante para el español medio no fueron los valores materiales sino los inmateriales. Por eso no surgió en España ni un racionalismo económico ni una burguesía digna de tal nombre. Sombart pudo calificar con razón a España de “país totalmente no capitalista”³⁹, y Claudio Sánchez Albornoz lo llamaría “un país sin burguesía y sin espíritu burgués”⁴⁰. Rembrandt pintaba a burgueses; Velázquez, en cambio, a reyes, señores o figuras populares. Lo mismo reza para Goya. “¡Que inventen ellos!”, escribía provocativamente en la primera mitad del siglo XX Miguel de Unamuno.

El anarquismo español sólo se puede comprender dentro del contexto de la evolución sociocultural de la nación. Y las raíces de ese contexto son más profundas que la revolución industrial burguesa y su descubrimiento del homo oeconomicus. España fue siempre diferente, no sólo por su anarquismo. La conciencia libertaria de los íberos es muy antigua; de ahí que sus primeros brotes aparezcan ya en los orígenes de la historia española. El historiador Américo Castro, que ha investigado in extenso esta problemática, escribe sobre ella: “Los españoles han expresado en muchos modos su proclividad anárquica, sin sospechar que lo fuera,

39 Werner Sombart, *Der Bourgeois*, Munich y Viena, 1913, pág. 27 [hay trad. cast.: *El burgués*, Madrid, 1993].

40 Claudio Sánchez Albornoz, *Todavía*, Barcelona, 1982, pág. 38.

antes de haber tomado forma las doctrinas políticas o sociales así llamadas”⁴¹. Para Castro no existe la menor duda de que el anarquismo español es un fenómeno endógeno, en modo alguno exógeno: “El fascismo y el comunismo, el socialismo y el régimen constitucional fueron inyectados en la sociedad española como resultado de inspiraciones venidas de fuera; el anarquismo fue, por el contrario, emanación de la vida social de los españoles”⁴².

Hasta bien entrado el siglo XV, la historia de España fue en esencia la de un pueblo que no hace otra cosa que defenderse de invasores que se adentran en su territorio procedentes de todas partes: celtas, fenicios, cartagineses, griegos, romanos, germanos, árabes. El enfrentamiento armado con estos invasores y ocupantes dejó una huella imborrable en el alma del hombre ibérico. Fue en el curso de estas guerras de casi dos milenios que se fue forjando la capacidad defensiva del español, su espíritu de resistencia, su temperamento combativo, su amor a la libertad, su individualismo, su orgullo, su sentido de la justicia, su sentimiento del honor y –con permiso sea dicho– su hidalguía, atributos que Cervantes sintetizará en su héroe Don Quijote.

César conquistó las Galias en sólo ocho años, mientras que

41 Américo Castro, *La realidad histórica de España*, 5a ed., México, 1973, pág. 276.

42 *Ibid.*, pág. 277.

los romanos, siempre victoriosos, necesitaron dos siglos para someter a los hispanos. El concepto de furor hispanicus, acuñado por Tito Livio, procede de esa época. 2.000 años más tarde, Napoleón Bonaparte experimentó lo difícil que es quebrar el espíritu de resistencia y de lucha de los españoles. Ángel Ganivet ha calificado acertadamente el espíritu de resistencia como el rasgo de carácter más genuino de los españoles⁴³. De manera parecida, el historiador inglés Christopher Dawson caracterizaría a España e Inglaterra como “los dos países occidentales más independientes”⁴⁴.

Las guerras de liberación sostenidas por el país a lo largo de los siglos no habrían podido librarse si no se hubiesen apoyado en un ideal o un sistema de valores. Al principio, los españoles hallaron este fundamento ideológico en la religión. Tras el declive del espíritu religioso, la ilusión metafísica se transformó en utopía social y pasión revolucionaria. En consecuencia, no han faltado especialistas en estudios culturales e historiadores –Américo Castro, Gerald Brenan, Franz Borkenau e Ilya Ehrenburg, por citar sólo a los más conocidos– que han señalado afinidades de fondo existentes entre la fe cristiana del español medieval y el anarquismo militante de los siglos XIX y XX. O como yo mismo escribí hace años en uno de mis libros: “El

43 Véase Ángel Ganivet, *Idearium español*.

44 Christopher Dawson, *Understanding Europe*, Nueva York, 1960, pág. 45.

anarquismo fue, quizá, la última manifestación religiosa de nuestro pueblo”⁴⁵.

Con el ascenso de la dinastía de los Austrias al trono español a comienzos del siglo XVI, se produjo un giro espectacular y funesto. El espíritu guerrero –pero en absoluto militar– del país, de signo primordialmente defensivo, se transformó bajo el emperador Carlos V y sus sucesores en una fuerza dirigida hacia afuera. España, subyugada durante siglos por pueblos extranjeros, pasó a ser ella misma una nación imperialista y opresora. La respuesta del pueblo a la nueva política fue la sublevación armada de los comuneros de Castilla contra Carlos V y su soldadesca alemana. La Guerra de las Comunidades fue al mismo tiempo una guerra de liberación contra una dinastía extranjera y una revolución social contra la alta nobleza aliada a ella. Todas las ciudades de Castilla depusieron a los corregidores del rey, persiguieron o asesinaron a los diputados que habían aprobado en las Cortes las exigencias económicas del nuevo soberano y fundaron comunas populares. En 1521, los comuneros fueron derrotados en la batalla de Villalar. A partir de ese momento, Carlos V tuvo vía libre para organizar sus guerras continentales.

El rumbo belicista emprendido por Carlos V y sus sucesores tuvo consecuencias devastadoras para la

45 Heleno Saña, *El anarquismo, de Proudhon a Cohn-Bendit*, Madrid, 1970, pág. 192.

economía del país y desembocó en la bancarrota del Estado. El toro ibérico comenzó a desangrarse y los recursos del Imperio fueron cada vez más escasos. La plata y el oro arrebatados a los indios americanos no fueron invertidos en sectores productivos, sino requisados de inmediato por el Estado para mantener la maquinaria bélica. Mandeville escribía con sarcasmo: “Si alguien pretendiera afirmar que un exceso de dinero puede acabar con una nación, sería objeto de la irrisión de la mayoría. Y, sin embargo, ésa fue la fatalidad de España”⁴⁶. España alcanzó la cima de su poderío militar bajo Carlos V y Felipe II, pero aquel brillo externo no correspondía en modo alguno a la verdadera situación del país. Los Austrias agobiaron a sus súbditos con impuestos, no realizaron ninguna reforma digna de mención, designaron para cargos importantes a personas incapaces o corruptas, incrementaron la inflación, consintieron el enriquecimiento de los Fugger y otros banqueros y destinaron casi exclusivamente los ingresos públicos a financiar sus guerras.

Los Borbones, procedentes de Francia, intentaron modernizar el país a partir del siglo XVIII y emprendieron algunas reformas, pero no resolvieron ninguno de los problemas vitales de España. Precisamente bajo su dominio se inició el proceso de desintegración interna, de los

46 Bernard Mandeville, *Die Bienenfabel oder Private Laster, Öffentliche Vorteile*, Fráncfort, 1968, pág. 232 [hay trad. cast.: *La fábula de las abejas*, Madrid, 2004].

pronunciamientos militares, de las revueltas sociales y de las guerras civiles. Nada funcionaba: ni el Estado ni la economía ni la Corona. La Primera República, nacida de la revolución de 1868, terminó con un fracaso y abrió con ello la puerta a la Restauración de Cánovas del Castillo. El pueblo, decepcionado y harto de la incompetencia de las minorías dirigentes, fue preparándose para ponerse él mismo al frente de los destinos del país. Reaparecido una vez más el espíritu libertario de los españoles, no tardó en imprimir su sello a la lucha contra la reacción y la contrarrevolución. Según Américo Castro, “las doctrinas anarquistas –antiestatales y corporativas– de Owen, Proudhon y otros sonaron a cosa muy familiar a un pueblo que venía renegando del Estado desde hacía siglos”⁴⁷.

No obstante, no se puede explicar el desarrollo del anarquismo español como consecuencia inevitable del desarrollo socioeconómico, técnico y político de la nación. La miseria de las masas, una burguesía parasitaria y un Estado incompetente no son condiciones que tengan que abocar ineludiblemente a levantamientos y revoluciones.

El requisito previo para el movimiento revolucionario que empezó a surgir en el horizonte era el espíritu antiautoritario que caracterizaba entonces a los trabajadores españoles. Y lo que aquí designamos como espíritu antiautoritario representaba una síntesis

47 Américo Castro, *op. cit.*, pág. 131.

compuesta de voluntad de resistencia, de dignidad y de sentido de la igualdad. O como escribía el poeta y político liberal Manuel José Quintana a lord Holland a comienzos del siglo XIX: “Vosotros tuvisteis vuestro Cromwell, los americanos su Washington, los franceses su Napoleón. Nuestro país, milord, no produce esta clase de hombres: nosotros somos más iguales; nadie descuella entre los demás”⁴⁸. En estas escuetas palabras se halla la explicación del papel motor que ha jugado en la historia de España el espíritu libertario.

España, por supuesto, no consistía únicamente en nobles caballeros que, como Don Quijote, recorrían el país para restablecer el derecho y proteger de la arbitrariedad a los débiles y humillados. La historia del país ha estado determinada también y en alto grado por el principio de autoritaridad a toda costa. Baste recordar en este contexto la expulsión de los judíos, los procesos de la Inquisición, los autos de fe contra los herejes, el sometimiento y los crímenes contra los indios de América, el régimen de terror del duque de Alba en Flandes y otras atrocidades y arbitrariedades cometidas en nombre de la religión o de la razón de Estado. Pues bien: es de esta tradición de intolerancia, de antihumanismo y de desprecio al ser humano de donde proceden Franco y sus correligionarios golpistas.

El golpe asestado contra la República en julio de 1936 no

48 Manuel José Quintana, *Obras completas*, Madrid, 1852, pág. 585.

fue, desde luego, el primer levantamiento militar contra el poder establecido. Más bien fue el último de la larga serie de pronunciamientos que en el siglo XIX se convirtieron en moneda corriente. En el fondo, la historia española del siglo XIX y la primera mitad del XX es un enfrentamiento reiterado entre constitucionalismo y militarismo, entre el poder del Parlamento y el del Ejército. De ahí el papel decisivo representado en España desde comienzos del siglo XIX por los caudillos militares, bien como salvadores de la Constitución o bien como sus sepultureros. Hay que recordar aquí que los oficiales no se sublevaban siempre para instaurar una dictadura o apoyar un régimen reaccionario. A veces los golpistas eran liberales sinceros, como Riego, Espartero o Prim. Estos generales, más o menos aliados con el pueblo, pagaron a menudo con la vida su intervención en favor de la libertad y el derecho. En última instancia, quienes demostraron ser más fuertes fueron los generales que, como Narváez o Franco, estaban al servicio de la reacción.

Sería trivial y unilateral afirmar que los oficiales reaccionarios sólo se sublevaron en 1936 para salvar de una revolución social los intereses clasistas del capital agrario, financiero e industrial. También lo hicieron por eso, pero la motivación fundamental surgió de su espíritu de casta, respondía a su convicción hondamente arraigada de que sólo ellos estaban en condiciones de mantener el orden en

el país. Recurrieron en efecto a la fuerza de las armas porque consideraban a los partidos conservadores, a la burguesía y a la Iglesia como incapaces de imponerse a las masas obreras, entonces muy seguras de sí mismas. Y dado que sentían un desprecio absoluto por la cultura cívica y el Estado de Derecho, no dudaron en arrojar al país a una sangrienta guerra civil.

II. GOLPE DE ESTADO Y SUBLEVACIÓN POPULAR

Perspectiva general

En la tarde del 17 de julio de 1936, la guarnición de Melilla, en el Marruecos español, se sublevó contra la autoridad legítima de la República. Las guarniciones de Larache, Ceuta y Tetuán se unieron al alzamiento pocas horas después. Al cabo de dos días, el golpe de Estado se había extendido por toda España.

El pronunciamiento fue respaldado por la mayor parte de la oficialidad. Pero entre los oficiales que permanecieron fieles a la República había muchos que se sentían interiormente desgarrados o simpatizaban con los golpistas. Salvador de Madariaga opina incluso que, “con pocas excepciones, todos los oficiales que se hallaban en

condiciones de decidir libremente se unieron a los golpistas”⁴⁹. También las unidades de la policía estaban escindidas. En torno al 50% de los miembros de la Guardia Civil y de la Guardia de Asalto participaron en el golpe de Estado, mientras que la otra mitad respetó la autoridad constitucional, fuese voluntariamente o con las mismas vacilaciones que los oficiales del Ejército. Al frente de los golpistas se encontraban los generales Emilio Mola, Francisco Franco y José Sanjurjo. Este último perdió la vida el 20 de julio de 1936 cuando su avión se estrelló al despegar en la localidad portuguesa de Estoril. El mismo destino sufrió Mola el 3 de junio de 1937 cuando su bimotor chocó contra el monte La Brújula, en la provincia de Burgos.

El 1 de octubre de 1936, Franco fue nombrado caudillo y generalísimo de los golpistas. El nombramiento sólo fue posible gracias a las maquinaciones de su hermano Nicolás, ya que algunos militares –entre ellos el masón Miguel Cabanellas– se oponían a la jefatura del flamante nuevo jefe.

El golpe de Estado tuvo éxito en varias partes de España, sobre todo en el sur del país, en la meseta castellana y en el noroeste. Los enclaves españoles de Marruecos cayeron casi por entero en manos de los golpistas. Ello permitió a

49 Salvador de Madariaga, *Spain. A Modern History*, 2a ed., Nueva York. 1960, pág. 487 [hay ed. esp.: *España: ensayo de historia contemporánea*, Madrid, 1989].

Franco abandonar inadvertido las Islas Canarias en un avión privado inglés que había fletado el corresponsal del diario monárquico madrileño *ABC* en Londres y aterrizar en Marruecos inmediatamente después del golpe. Allí asumió el mando supremo de las tropas y tomó de inmediato medidas para iniciar el transporte de la Legión Extranjera y los mercenarios marroquíes, en total un ejército de 34.000 hombres.

En cambio, en la mayoría de las grandes ciudades y en los centros industriales más importantes, el pronunciamiento fue aplastado por el pueblo. En conjunto quedaron en manos de la República casi dos tercios del territorio español. La Marina se opuso en su mayoría a los golpistas, lo que quiere decir que las tripulaciones desarmaron a los oficiales y tomaron el mando de la flota de guerra. Ello fue posible gracias sobre todo a la determinación del radiotelegrafista Benjamín Balboa, quien desde su puesto de trabajo en el ministerio de la Marina en Madrid coordinó y dirigió por radio la rebelión de los marineros contra los oficiales antirrepublicanos sin el conocimiento de sus superiores⁵⁰. También la Aviación optó en gran parte por el bando republicano. En general, el golpe se reveló como una aventura diletante mal preparada y ejecutada, como reconocería años más tarde Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco y amigo íntimo de José Antonio: “En el fondo, los

50 Véase Daniel Sueiro, *La flota es roja. Papel clave del radiotelegrafista Benjamín Balboa en julio de 1936*, Barcelona, 1983.

generales no sabían exactamente lo que iba a pasar. No tenían un plan exacto de acción. Había en el complot mucho de improvisación y aventura”⁵¹.

El Gobierno del Frente Popular, presidido por Casares Quiroga, reaccionó ante el golpe con vacilación y torpeza. Sus miembros subestimaron el alcance de los acontecimientos, imaginándose ingenuamente que podrían acabar con los golpistas por sí solos y sin derramamientos de sangre. En vez de entregar al pueblo las armas que éste pedía, Casares Quiroga prefirió presentar su dimisión. Su sucesor Diego Martínez Barrio permaneció en el cargo sólo pocas horas y se negó también a armar a las masas trabajadoras. En vez de elegir esta opción, intentó llegar a un acuerdo inmediato negociando con los golpistas. Para ello les propuso constituir un “Gobierno nacional” con exclusión de comunistas y socialistas de izquierda. La idea no era nueva. Poco después del golpe, el republicano conservador Miguel Maura y Gamazo se había declarado favorable, en una serie de artículos aparecidos en el diario madrileño *El Sol* y en otros periódicos, a la instauración de una “dictadura nacional” sostenida por todos los partidos no revolucionarios. Ésta fue también, en principio, la opción recomendada al presidente de la República, Azaña, por el jurista y republicano moderado Felipe Sánchez Román, ministro sin cartera en el Gabinete de Martínez Barrio, quien se puso en contacto con el general Mola en dos

51 Véase H. Saña, *El franquismo sin mitos*, op. cit.

ocasiones. Lo mismo hizo su ministro de la Guerra, general José Miaja Menant. Pero era demasiado tarde. Mola no estaba dispuesto a dialogar con los mismos republicanos que en 1931 lo habían llevado ante un tribunal y expulsado del Ejército. Estaba sediento de venganza por la humillación sufrida. Su resentimiento personal pesó más que su sentido de la responsabilidad. El 15 de agosto de 1936 pronunció contra los republicanos un discurso enardecido en el que anunció un desquite implacable contra los enemigos del alzamiento nacional–, “Pero, ¡ah!, todo esto se ha de pagar, y se pagará muy caro. La vida de los reos será poca. Les aviso con tiempo y con nobleza: no quiero que se llamen a engaño”⁵².

La lucha en Madrid

En Madrid el golpe estuvo pésimamente preparado y organizado. Hasta el último momento hubo falta de información, fallos en la coordinación y dificultades de entendimiento, no sólo entre los dirigentes de la conspiración sino también entre ellos y el cuartel general de Mola en Pamplona. Pocas horas antes del levantamiento,

52 M. García Venero, op. cit., pág. 561.

los requetés, que se habían incorporado al bando de los golpistas, ignoraban la función que les correspondía. Mola y Franco no confiaban tampoco en los generales Villegas y Fanjul, cabecillas de la sublevación en la capital. Y por supuesto hubo retiradas, quebrantamientos de la palabra dada, juegos dobles, deserciones y traiciones.

La acción conspiradora a la que se entregaron los golpistas en Madrid y sus alrededores fue, en el fondo, una ruleta rusa. Su primer fallo consistió en no apoderarse enseguida de la emisora Unión Radio, en la que contaban con partidarios. De ese modo echaron a perder la posibilidad de mantener el contacto mutuo y poder dar instrucciones a sus seguidores durante las 24 horas del día. Pronto cayeron en la cuenta de que no era lo mismo sublevarse en una guarnición de provincias que en una metrópoli como Madrid, donde el corazón de la población era mayoritariamente de izquierdas o, al menos, republicano. Su máximo error consistió en partir del supuesto de que se trataba de un conflicto interno entre dos fracciones de las Fuerzas Armadas, es decir, de un mero enfrentamiento entre oficiales profesionales. Pero lo que de hecho hizo fracasar el golpe en la capital fue el valor cívico, la capacidad de resistencia y la decisión del proletariado madrileño. Los golpistas tuvieron además la mala suerte de que la Guardia Civil y la Guardia de Asalto, impresionadas y amedrentadas por igual ante la reacción de las clases populares de Madrid, no se atrevieron a unirse al golpe de Estado, a pesar de que

no pocos de sus oficiales lo hubieran hecho seguramente de buena gana. El curso de los acontecimientos coincidía con las malas noticias recibidas el 16 de julio en Pamplona por Mola del teniente coronel Gabriel Pozas –hermano del general Sebastián Pozas, fiel a la República–: “El 16 de julio, el teniente coronel Pozas llegaba de Madrid para ponerse a las órdenes del general. La impresión que traía era pesimista. Faltaba cohesión entre los conjurados de la capital; no había plan de acción entre ellos. Por otra parte, el gobierno, apercebido de la inminencia del golpe militar y en maridaje con los partidos extremistas, se disponía a estrangularlo”⁵³.

Mientras Martínez Barrio y el general Miaja negociaban con Mola y otros generales facciosos, las masas obreras invadieron las calles. Pedían armas, lanzaban insultos contra el gobierno y proclamaban su determinación de luchar. La tarde del 18 de julio, el Comité Nacional de la CNT convocó una huelga general. Al mismo tiempo dio instrucciones a los militantes de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias para que se preparasen para la lucha y permanecieran en contacto con las Federaciones locales, los Comités de Defensa y los Ateneos Libertarios. Llamamientos similares partieron de los demás sindicatos y partidos republicanos.

En la cárcel La Modelo se hallaban varios cientos de cenetistas que habían participado durante semanas en una huelga del sindicato de la construcción no autorizada por el

53 José María Iribarren, *El general Mola*, Madrid, 1945, pág. 90.

gobierno. Entre ellos se encontraban David Antona, Teodoro Mora y Cipriano Mera. Los tres fueron puestos en libertad entre el 18 y el 19 de julio por presiones de la CNT, pero no sus compañeros. En vista de ello, David Antona, secretario provisional del Comité Nacional, dirigió un ultimátum al gobierno: “Si en el plazo de tres horas nuestros compañeros no son liberados, la CNT los libraré por sus propios medios”⁵⁴. El gobierno cedió.

A diferencia de lo que ocurrió en Barcelona y otras ciudades, en Madrid los golpistas no se atrevieron a salir de los cuarteles en formación cerrada. La dinámica de la acción estuvo dictada desde el principio por el pueblo. Su sola presencia física en las calles bastó para paralizar la iniciativa de los sublevados. Los cuarteles fueron sitiados y controlados a tiempo, en algunos casos incluso asaltados por trabajadores armados y miembros de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto. Tampoco los regimientos golpistas de la periferia –Campamento, Leganés, Getafe, Cuatro Vientos, Vicálvaro, El Pardo– consiguieron marchar hacia el centro de la ciudad, como habían previsto los estrategas del golpe. En Madrid la contrarrevolución no logró sitiar a la revolución, a la inversa de lo que el Versalles reaccionario hizo con la Comuna de París. Ocurrió lo contrario: los sitiados fueron los propios militares. Por añadidura, la

54 Juan Gómez Casas, Historia de la FAI, Madrid, 1977, pág. 218.

Aviación, estacionada en Getafe y Cuatro Vientos, permaneció fiel a la República.

La mañana del 19 de julio, las calles y puntos estratégicos de Madrid se hallaban en gran parte bajo el control de las patrullas de las milicias obreras. Los propios cabecillas del golpe tenían dificultades para trasladarse con sus coches de un cuartel a otro. Las 43 iglesias de la ciudad y otras instituciones religiosas fueron incendiadas. Comandos armados de trabajadores dieron caza a los miembros de la “quinta columna” que disparaban contra la multitud. En algunos cuarteles, la tropa y los oficiales republicanos combatieron contra los golpistas.

El republicano de izquierdas José Giral, nuevo presidente del Consejo de Ministros desde las primeras horas de la tarde del 19 de julio, declaró a regañadientes estar dispuesto a entregar al pueblo las armas que este había pedido desde el principio. En realidad, el teniente coronel Rodrigo Gil, jefe del parque de Artillería, había suministrado un día antes 5.000 fusiles a la Casa del Pueblo socialista a espaldas de Martínez Barrio. La tarde del 19 de julio, los trabajadores asaltaron las armerías de la ciudad.

Los golpistas instalaron su centro de operaciones en el cuartel de la Montaña, que fue también el primero en levantarse contra la República en la capital. En él se hallaban 1.364 golpistas, entre ellos 183 falangistas y otros miembros de la “quinta columna”. Al mediodía del 19 de julio, Joaquín

Fanjul entró en el cuartel para asumir el mando de la sublevación. Fanjul era también “africanista” y había ocupado el cargo de subsecretario de Estado en el ministerio de la Guerra de Gil Robles.

El combate decisivo y más cruento se libró el lunes 20 de julio. David Antona, que coordinó la intervención de sus compañeros como secretario general de la CNT, escribiría sobre aquella mañana: “Puede decirse que todo Madrid se ha puesto en pie. A medida que va conociéndose lo grave de la situación, aumenta el ardor revolucionario en el pueblo. Este parece tener un solo cerebro y una sola voluntad”⁵⁵. Una multitud muy numerosa pero mal armada se había congregado en la Plaza de España y cercado el cuartel de la Montaña. Entre la muchedumbre había muchas mujeres. Todos los intentos de aproximarse a los muros de las instalaciones militares fueron respondidas por los sitiados con fuego masivo de ametralladora. Hubo muertos y heridos. Los ataques con cañones instalados en las cercanías del cuartel y los bombardeos de la aviación tuvieron más éxito que los asaltos frontales de los sitiadores. Poco después de las 10 de la mañana, el general Fanjul y el comandante del cuartel, coronel Moisés Serra, fueron heridos levemente. La moral de los cercados empezó a desmoronarse. Se propagaron el miedo y el pánico. La tropa exigió a los oficiales que se rindieran, primero de manera espontánea, más tarde bajo la dirección del capitán

55 Véase José Peirats, op. cit., vol. 1, pág. 144.

Santiago Martínez Vicente. Fiel a la República, se había sometido días antes a arresto voluntario para expresar su oposición a los golpistas. En varias ocasiones se vieron sábanas blancas que colgaban de algunas de la ventanas del cuartel. Pero se trataba de acciones aisladas de quienes eran partidarios de un alto el fuego. El grueso de los golpistas siguió disparando contra la multitud hasta que, poco antes del mediodía, los sitiadores consiguieron introducirse en el cuartel por un acceso no protegido. Para entonces, el general Fanjul y el coronel Serra habían sido detenidos ya por el capitán Santiago Martínez. La mayoría de los soldados se unió a los milicianos. La venganza contra los oficiales golpistas fue rápida e inclemente, según testimonio del comunista El Campesino: “Cuando, al final, ceden las pesadas hojas de la puerta, la avalancha humana derriba a todo el mundo al entrar. No hay perdón; la matanza acaba pronto a favor de los milicianos. Arrojadlos desde las ventanas del edificio, los oficiales caen entre los sitiadores, que les dan muerte”⁵⁶. Algunos oficiales evitaron la ejecución suicidándose, y un pequeño número de quintacolumnistas consiguió huir. Cipriano Mera, que como otros anarcosindicalistas luchó en primera fila durante el asedio y el asalto de la fortaleza, prefirió alejarse de allí: “Desistí de presenciar las escenas que se desarrollaron en el interior del cuartel, pues siempre fui contrario a esos tumultos y sabía qué podía acontecer en un pueblo con ansias de

56 El Campesino, Morgen ist ein anderer Tag. Memoiren, Colonia, 1979, pág. 10 [hay ed. esp.: Yo escogí la esclavitud, Madrid, 2006].

libertad y unos militares que se habían asignado la misión de oprimirlo”⁵⁷. El anarquista tenía razón. La mayoría de los oficiales fueron fusilados enseguida y sin juicio, en parte espontáneamente, en parte por orden del capitán Santiago Martínez. También se ejecutó a 55 falangistas. El propio Fanjul fue llevado a la Dirección General de Seguridad y pasado por las armas el 17 de agosto en aplicación de la ley marcial. Aquel mismo día, unas horas antes, se casó con doña Luisa Aguado Cuchillero, su agente y correo. Fanjul murió convencido de que los golpistas ganarían la guerra civil.

El último enclave de los sublevados, en la calle María Cristina, se entregó sin lucha poco después de la conquista del cuartel de la Montaña. En la periferia de Madrid se produjeron todavía algunos combates. El general Miguel García de la Herrán, uno de los cabecillas de los militares, fue fusilado. Con él murió también el teniente coronel Alberto Álvarez Rementería, jefe de la Unión Militar Española. El levantamiento concluyó con la huida, durante la noche del 20 al 21 de julio, del Regimiento de Transmisiones, estacionado en el pueblo de El Pardo, que previamente había tomado como rehén al hijo de Largo Caballero.

En Madrid, los anarquistas no eran numéricamente tan

57 Cipriano Mera, Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista, París, 1979, pág. 19.

importantes como en Barcelona y otras ciudades pero, según observa César M. Lorenzo, “su combatividad compensaba ampliamente su pequeño número”⁵⁸. En cuanto a ese “pequeño número”, no deberíamos subestimarlos: en cualquier caso, la CNT madrileña contaba al estallar la guerra con 66.000 miembros, de los que casi la mitad pertenecía al sindicato de la construcción. Sin embargo, no fue suficiente para desempeñar una función rectora en el aplastamiento del golpe. En el curso de la guerra, la CNT siguió creciendo hasta superar a la UGT. Y, consecuentemente, aumentó también el prestigio de militantes como Cipriano Mera, David Antona, Eduardo Val, Teodoro Mora, Manuel Delgado, Vázquez Pradas y otros.

La CNT madrileña no tardó en ganarse el respeto de todos los partidos, pero no estaba en condiciones de poner en marcha una revolución, como hicieron sus compañeros en Barcelona y otras ciudades. Ello se debió a los siguientes motivos: en la capital, la presencia de los militares era mayor que en Barcelona; a diferencia de Barcelona (o de Valencia), Madrid fue durante toda la guerra una ciudad rodeada de cerca por el enemigo y, por tanto, constantemente expuesta a sus ataques. A diferencia de Barcelona, no era tampoco una ciudad industrial. Las condiciones para realizar colectivizaciones estables y de gran envergadura eran precarias. Y por último, la

58 César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, París, 1969, pág. 209 [hay trad. cast.: *Los anarquistas españoles y el poder*, París, 1969].

proximidad del bando enemigo hacía que el principal problema de la población madrileña no fuera la revolución sino la guerra. Dicho con palabras de Stanley G. Payne, “en esta zona central, donde se hallaba nominalmente el Gobierno y que siguió siendo el centro de la lucha armada, las cuestiones militares absorbían la atención con mayor rapidez que en otras partes del territorio izquierdista”⁵⁹.

Barcelona: los anarquistas triunfantes

En Barcelona, los anarquistas habían solicitado armas al Gobierno catalán ya antes del golpe. En el último minuto y a contrapelo, se les entregaron unas docenas de pistolas. El 17 de julio, un grupo de militantes cenetistas dirigidos por el obrero portuario Juan Yagüe asaltó los barcos que se hallaban anclados en el puerto, y se apoderó sin vacilaciones de las armas almacenadas en ellos, que sumaban un total de 400 fusiles. Esta acción provocó un primer conflicto serio entre la dirección de la CNT y el comisario general de Orden Público, Federico Escofet, que exigió la devolución de las armas amenazando con recurrir

59 Stanley G. Payne, *The Spanish Revolution*, Nueva York y Toronto, 1970, pág. 236 [hay trad. esp.: *La revolución española*, Barcelona, 1971].

para ello a la fuerza. Se llegó a un compromiso, y la CNT devolvió una parte de los fusiles en su poder. La noche siguiente, los serenos de la ciudad fueron desarmados por patrullas cenetistas. El botín fue escaso. La suposición de que los sindicatos de la CNT estaban armados hasta los dientes es una de las tantas leyendas que circulan sobre el anarquismo español. El entonces redactor jefe de *Solidaridad Obrera* asegura de manera fidedigna: “El que, entre nosotros, disponía de una pistola o un revólver, era algo así como un acaparador de envidia”⁶⁰.

Las mejores armas de que disponían los anarquistas eran su valentía y su determinación de luchar contra los golpistas por todos los medios. Los comités de defensa y de barrio fueron movilizados de forma permanente y estaban al corriente del inminente golpe, en especial por medio de los seguidores e informantes con que contaban en los cuarteles. Augustin Souchy, que había llegado a Barcelona pocos días antes del pronunciamiento, tuvo la oportunidad de presenciar los preparativos para la lucha emprendidos por la CNT y la FAI: “Del 14 al 18 de julio, los locales de los sindicatos parecían oficinas militares de reclutamiento. Se organizaron unidades de combate, se establecieron comités de defensa en todos los distritos urbanos, se distribuyeron armas y se impartieron consignas... Se formaron columnas para levantar barricadas. Un comité de huelga general llevó a cabo preparativos para una interrupción total de la

60 Jacinto Toryho, *Del triunfo a la derrota*, Barcelona, 1977, pág. 7.

actividad laboral”⁶¹. En la noche del 19 de julio, los anarquistas requisaron los primeros coches y patrullaron por la ciudad con sus banderas rojas y negras. Instalaron su cuartel general en la sede del sindicato de la construcción, en la calle Mercader, en el corazón del Barrio Gótico.

La guarnición militar de Barcelona contaba con 35.000 hombres. Los golpistas actuaron aquí con mayor coherencia que en Madrid, a pesar de que su jefe, el general Manuel Goded, llegó a Barcelona muchas horas después del comienzo del golpe y de que el comandante de la plaza –el general Llano de la Encomienda–, se negó a unirse a la sublevación, a raíz de lo cual fue desarmado por su propio Estado Mayor y retenido en Capitanía, donde los sublevados establecieron su cuartel general. Al igual que en Madrid, no cayeron en la idea de apoderarse de las emisoras de radio y de la oficina principal de Correos. Por estas razones quedaron aislados unos de otros. Fueron además víctimas de otra adversidad: la Guardia Civil, a las órdenes del general Jesús Aranguren, se mantuvo leal a la República, a la vez que el comandante de la Guardia de Asalto se enfrentó con sus hombres a los golpistas. Los guardias civiles y de asalto contribuyeron no poco a desbaratar el golpe, sobre todo en los combates librados en el centro de

61 Augustin Souchy, *Nacht über Spanien. Bürgerkrieg und Revolution in Spanien*, s. f. (hacia 1950), pág. 79. Publicado de nuevo como *Anarcho Syndikalisten über Bürgerkrieg und Revolution in Spanien. Ein Bericht*, Darmstadt, 1969.

la ciudad. Un puñado de oficiales fieles a la República se unió a la lucha del pueblo, con el coronel Felipe Díaz Sandino a su cabeza, quien se apoderó de inmediato de la base aérea del Prat del Llobregat.

A las 4 y 45 minutos del 19 de julio, varios regimientos de los golpistas salieron de los cuarteles del norte, este y oeste de la ciudad. Avanzaron siguiendo distintas direcciones por las amplias y rectas calles del barrio del Ensanche y ocuparon, entre otros enclaves, la Plaza de España en lo alto del Paralelo y extensos sectores del centro: Plaza de la Universidad, Plaza de Cataluña y Plaza de Urquinaona. El gran Hotel Colón, el Casino Militar, la Maison Dorée y la oficina de Teléfonos y Telégrafos cayeron en su poder. El objetivo de los golpistas era tomar la ciudad tanto por el centro como desde los flancos y reunirse con los sublevados de los distritos del sur pasando por las Ramblas, el Paralelo y las Rondas, donde se encontraban varios cuarteles e instalaciones militares: la fortaleza de Atarazanas, la Capitanía General, la Comandancia Militar, los cuarteles de los muelles, el cuartel de San Andrés, la Comandancia de los carabineros en el puerto, la Maestranza de Artillería, los cuarteles del Parque de la Ciudadela y el castillo de Montjuich. Como primera medida, los trabajadores hicieron sonar las sirenas de las fábricas, según había previsto la dirección de la CNT a modo de señal para el comienzo de la lucha. Acto seguido, levantaron barricadas por todas partes y se lanzaron al combate. Muchos soldados abandonaron

sus unidades y se unieron a los trabajadores. No pasó mucho tiempo sin que los golpistas se vieran obligados a pasar a la defensiva, de manera que los atacantes se convirtieron en atacados y los atacados en atacantes. Este giro de los acontecimientos se inició ya en la zona alta, en la confluencia de Diagonal y Paseo de Gracia, donde el regimiento de caballería de Santiago fue recibido por el fuego cruzado de los obreros y los guardias de asalto y hubo de refugiarse en el cercano convento de los carmelitas. El regimiento fue cercado y obligado finalmente a capitular. Los trabajadores de los barrios de Hostafranchs y Poble Sec atacaron incesantemente a los sublevados de la Plaza de España, ocupada en un primer momento sin dificultades por el regimiento de caballería de Montesa. El primer escuadrón del regimiento se vio obligado, tras duros combates, a dejar sobre los adoquines sus armas, sus caballos muertos y sus hombres heridos y a regresar al cuartel de Tarragona. En el centro de la ciudad, obreros y unidades de la Guardia Civil al mando del coronel Emilio Escobar asaltaron las posiciones de los militares hasta que éstos se rindieron tras una lucha encarnizada. En la plaza de Urquinaona, los sublevados del cuartel de Alcántara se habían parapetado tras una alta barricada de adoquines, que fue tomada en una lucha cuerpo a cuerpo después de haber sido atravesada por camiones lanzados contra ella a gran velocidad. Una compañía de anarquistas dirigida por Durruti penetró en la central de Teléfonos después de duros combates y ocupó el edificio. El hotel Colón fue liberado por militantes del

POUM. Los golpistas, que se habían atrincherado en la Universidad con un gran número de rehenes –entre ellos Ángel Pestaña–, se entregaron sin ofrecer resistencia.

Los combates fueron especialmente violentos en la parte baja de la ciudad: el Paralelo, la Plaza de la Paz, la desembocadura de las Ramblas, el puerto, la Ronda de San Pablo, el Barrio Chino, la Plaza de Palacio, el Paseo de Colón, la Avenida de Icaria y la Estación ferroviaria de Francia. En las estrechas callejas del Barrio Chino, entre la parte baja del Paralelo y las Ramblas, lugar habitual de diversión de barceloneses y turistas, se luchó casa por casa, tejado por tejado, árbol por árbol y palmo por palmo de terreno. Junto al Arco del Teatro, en la parte baja de las Ramblas, entre la fortaleza de Atarazanas y la Capitanía General, las operaciones fueron dirigidas por Durruti, García Oliver y Francisco Ascaso. El segundo escuadrón del regimiento de Montesa había conseguido conquistar las barricadas levantadas por los trabajadores en el tramo inferior del Paralelo, entre la sala de fiestas del Moulin Rouge y el café Chicago. Esta importante brecha abierta hacia el Barrio Chino, y situada en la inmediata proximidad de las Atarazanas, fue reconquistada hacia las 11 de la mañana por los trabajadores con fuertes pérdidas, después de que Francisco Ascaso acribillara con su metralleta al oficial de mando.

Anarquistas del barrio obrero de la Barceloneta asaltaron

el cuartel de Artillería de Montaña nº 1 parapetados detrás de bobinas de papel de prensa. Con los fusiles capturados abrieron fuego contra la Capitanía General. En el interior, el general Goded intentó en vano recibir refuerzos de Zaragoza, Mataró y Gerona. Tuvo que constatar que los telegramas no eran transmitidos y que sus emisarios no podían atravesar las posiciones de los sitiadores. Después de varios ataques, los sitiados alzaron la bandera blanca. Goded fue conducido al palacio de la Generalitat. Instado por Lluís Companys, exhortó a los golpistas a deponer la armas. Pocos días después fue condenado a muerte por alta traición y ejecutado en el castillo de Montjuich. Lo mismo se hizo con el general Ángel Fernández Burriel, que había dirigido el golpe hasta la llegada de Goded de las Baleares. El capitán de infantería Ramón Mola, hermano del director del golpe, se suicidó.

Los cuarteles cayeron en manos de los trabajadores a lo largo del 19 de julio. El primero –Pedralbes– fue tomado a primeras horas de la tarde, el último a medianoche. Sin embargo, el golpe no pudo ser aplastado del todo. La fortaleza de Atarazanas siguió oponiendo resistencia. En la mañana del 20 de julio, Durruti, García Oliver y Francisco Ascaso prepararon el asalto a la mole. Ascaso ocupó una de las posiciones más expuestas. Una bala le hirió en medio de la frente causándole la muerte instantánea. Durruti, herido levemente poco después, lloraba. ¿Sospechaba que le esperaba una suerte similar? Su biógrafo Abel Paz escribe

sobre este trágico momento: “De pronto, Ascaso salió de su escondrijo para acercarse a la garita y acallar a su ocupante, pero cuando trataba de parapetarse en un camión fue alcanzado en plena frente, muriendo en el acto ante los ojos atónitos de sus amigos. Era aproximadamente la una del mediodía”⁶². El cuartel fue tomado al asalto poco después. A esa misma hora, los antifascistas madrileños se apoderaban del cuartel de la Montaña.

“El pueblo venció al ejército en una lucha ejemplar que, a nuestro juicio, ocupa un lugar singular en la historia”, escriben André y Doris Prudhommeaux⁶³. ¿Cómo fue posible aquel éxito revolucionario? La respuesta nos la da el liberal conservador Hugh Thomas: “Los trabajadores vencieron únicamente porque lucharon sin pensar en absoluto sobre sus propias vidas”⁶⁴. Pierre Broué y Émile Témime juzgan los acontecimientos de manera similar: “En este caso vencieron unas masas que se enfrentaron desarmadas al fuego de las ametralladoras y se las arrebataron al Ejército con las manos desnudas al precio de cientos de muertos”⁶⁵.

62 Abel Paz, Durruti en la revolución española, Barcelona, 1986, pág. 138.

63 André y Doris Prudhommeaux, Bewaffnung des Volkes, Berlín, 1974, pág. 22.

64 Hugh Thomas, Der Spanische Bürgerkrieg, Berlín, Darmstadt y Viena, 1964, pág. 126 [hay trad. cast.: La Guerra Civil española, Barcelona, 1978].

65 Pierre Broué y Émile Témime, Revolution und Krieg in Spanien.

Pero lo que permitió a los trabajadores triunfar sobre los militares no fue sólo su valentía sino también su concepción estratégica. Antes de que sonaran los primeros disparos, los anarquistas habían transformado los barrios obreros en fortalezas inexpugnables a base de levantar barricadas. El plan de la CNT-FAI consistía en dejar salir de los cuarteles a los golpistas e intentar luego cercarlos, aislarlos y derrotarlos sucesivamente. Las cuentas les salieron bien, con excepciones como la de Atarazanas, donde los militares permanecieron acuartelados. Los sublevados creyeron que su presencia en las calles, vías, plazas y puntos estratégicos de la ciudad les conduciría a una rápida victoria, sin poder prever que de esta manera caían directamente en la trampa que les habían tendido los obreros. García Oliver ha expuesto detalladamente en sus Memorias porqué la técnica guerrillera demostró una vez más su eficacia como método de lucha contra formaciones cerradas. En el fondo se trataba de una confrontación entre el pensamiento civil y el militar, entre el esquematismo abstracto y rígido de los tableros, mapas y diseños que los oficiales utilizaban para estudiar sus operaciones y la agilidad y flexibilidad que los obreros poseían para improvisar y adaptar sus acciones a las circunstancias y necesidades concretas de cada momento. En este contexto suele pasarse por alto que los militantes anarcosindicalistas no eran sólo hombres bregados en la lucha, sino operarios obligados constantemente por su

Geschichte des Spanischen Bürgerkriegs, Francfort, 1968, pág. 134 [hay trad. cast.: La revolución y la guerra de España, México, 1962].

profesión a resolver los problemas prácticos que surgían en su lugar de trabajo. A estos atributos profesionales y laborales se unía su experiencia como organizadores de huelgas y protestas sociales. Quien no tenga en cuenta estos factores, está condenado a contentarse con una imagen unilateral de lo sucedido en Barcelona los días 19 y 20 de julio. La revolución mostró su grandeza desde el momento mismo de su triunfo: la tarde del 20 de julio aparecieron comandos armados de la CNT–FAI ante las puertas de la cárcel Modelo y exigieron a su director que dejase en libertad a los presos, cosa que se llevó a efecto de inmediato. Sólo uno permaneció voluntariamente en su celda: Ramón Salas, fundador del Sindicato Libre, una organización amarilla que en la década de 1920 había intentado, por encargo de la patronal catalana, impedir el ascenso de la CNT movilizando para su siniestra labor a esquiroles, proletarios de baja estofa y pistoleros a sueldo.

Consumado el aplastamiento de la insurrección, el Comité Regional de la CNT hizo saber que todas las personas que tenían empeñados objetos en los Montes de Piedad podían ir a recogerlos sin coste alguno. Además se establecieron pronto cocinas populares para garantizar la manutención de las personas carentes de recursos económicos. El lujoso comedor del hotel Ritz se transformó en cantina para los milicianos. Los tranvías volvieron a circular enseguida, pero ahora gratis. Por lo demás, durante los días de la revolución no hubo ningún saqueo de tiendas.

Los golpistas no pudieron imponerse tampoco en el entorno de Barcelona, en Gerona, Tarragona y Lérida. En Figueras, los obreros, campesinos y pescadores sitiaron el legendario castillo de San Fernando y obligaron a sus ocupantes a entregarse.

En Barcelona, la victoria sobre los sublevados fue en gran parte obra de los anarcosindicalistas. El primero en reconocerlo fue su antiguo abogado Lluís Companys, presidente de Esquerra Republicana y jefe del Gobierno catalán. Pocas horas después del golpe de Estado había convocado a García Oliver y Durruti y les había dicho con los brazos abiertos: “Hijos míos, gentes de la CNT, ¡hoy sois la única esperanza de Cataluña! ¡Olvidad todo y salvad las libertades de nuestro pueblo! (“Filis meus, gents de la CNT, avui sou l’única esperança de Catalunya! Oblideu-ho tot i salveu las llibertats del nostre poble!”)⁶⁶. La noche del 20 de julio volvió a reunirse con los principales representantes de la CNT en su despacho y les dijo con la patética retórica que tan bien dominaba: “Habéis vencido y todo está en vuestro poder; si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo”⁶⁷.

66 Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, París y Barcelona, 1978, pág. 170.

67 Véase José Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 1, pág. 159.

Los dirigentes de la CNT–FAI pidieron un margen de tiempo para consultar la opinión de sus compañeros de lucha y atenerse a su decisión.

Poco después de este encuentro, en otra estancia del palacio de la Generalitat se volvió a celebrar una entrevista, esta vez con representantes de todas las fuerzas políticas de Cataluña. Companys propuso a los presentes la creación de un Comité de Milicias Antifascistas para afrontar los problemas derivados del golpe de Estado y la organización de la lucha armada contra los sublevados fuera de Barcelona. Los anarquistas dieron su consentimiento, a pesar de que partidos sin importancia como el Partido Socialista de Cataluña o el débil sindicato de la UGT obtuvieron el mismo número de puestos que la poderosa CNT–FAI. Fue el primer gesto de caballerosidad mal entendida de los libertarios para con los demás partidos, una actitud que la CNT–FAI mantendría durante toda la guerra civil. Companys tenía motivos para sentirse satisfecho. Gracias a sus habilidosos manejos había alcanzado dos objetivos importantes: salvar el Gobierno burgués de la Generalitat y vincular a los temidos anarquistas a las demás fuerzas. Pero faltaba todavía que los órganos anarcosindicalistas le dieran su bendición.

Convocado a toda prisa, el 23 de julio se celebró un Pleno de los Comités locales y comarcales de la CNT catalana. En el orden del día figuraba un solo punto: la postura de la

CNT-FAI frente a la Generalitat y el Comité de Milicias Antifascistas. La asamblea decidió casi por unanimidad colaborar con las demás organizaciones. García Oliver, que se pronunció contra esta opción y quería ir a por el todo, quedó aislado. Predominó la línea colaboracionista propugnada por Abad de Santillán. Entre los que le secundaron se hallaban Federica Montseny, Eusebio Carbó, Felipe Alaiz, García Birlán por parte de la FAI, Fidel Miró, de las Juventudes Libertarias, y Mariano Vázquez, secretario de la CNT de Cataluña. Durruti guardó silencio, lo que sorprendió y decepcionó a García Oliver, quien consideraba a Abad de Santillán y a sus seguidores de la FAI como “anarquistas antisindicalistas” dispuestos a socavar la línea revolucionaria defendida por la anterior FAI. “Con su actitud, aquellos sedicentes anarquistas ponían en quiebra a la propia FAI, que se constituyó precisamente para neutralizar dentro de la CNT a los sindicalistas reformistas”, escribió más tarde el combativo anarquista⁶⁸. Frente al argumento de sus adversarios de que la instauración del mando único de la CNT significaba pisotear los mismos principios de la CNT, replicó: “De todos los tipos de dictadura conocidos, ninguna ha sido todavía ejercida por la acción conjunta de los sindicatos obreros. Presuponer que incurriríamos en las mismas acciones que los marxistas, por ejemplo, es tanto como afirmar que el anarquismo y el

68 Juan García Oliver, *op. cit.*, pág. 188.

marxismo son fundamentalmente la misma ideología”⁶⁹. A partir de ese momento e incluso antes, García Oliver fue considerado por muchos de sus compañeros como una especie de anarcobolchevique dispuesto a hacer realidad la revolución también al precio de una dictadura obrera y sindical. Meter en un mismo saco la concepción de García Oliver y las ideas de Marx sobre la “dictadura del proletariado” era hasta cierto punto comprensible, pero el líder anarcosindicalista rechazó la comparación como simplista.

El silencio de Durruti durante el Pleno no significaba que estuviera en contra de la postura maximalista de García Oliver. Durruti partía más bien de la premisa de que los planes revolucionarios de su amigo no debían plasmarse hasta la conquista de Zaragoza, según se lo explicó él mismo tras la sesión plenaria en las dependencias del Club Náutico en presencia de Marcos Alcón, García Vivancos, Domingo y Joaquín Acaso. García Oliver no se dejó convencer por Durruti y propuso que las milicias y los sindicatos anarcosindicalistas ocuparan al día siguiente los puestos más importantes de la ciudad. No se llegó a un acuerdo. Fue de ese modo inesperado como cesó la unidad del grupo de acción Nosotros.

La CNT catalana instaló su nuevo cuartel general en el edificio de cinco plantas de Fomento del Trabajo Nacional,

69 Ibid., pág. 187.

sede hasta entonces de la asociación patronal. Con este paso quiso manifestar, aunque sólo fuera simbólicamente, el derrocamiento del capitalismo.

Aragón

El levantamiento de los facciosos tuvo, en cambio, éxito en amplias zonas de Aragón, incluida Zaragoza, que con sus 30.000 cenetistas era uno de los máximos baluartes del anarquismo español. Si se tiene en cuenta la correlación de fuerzas, los anarcosindicalistas aragoneses hubieran estado perfectamente en condiciones de derrotar a los golpistas, pero la actitud vacilante e ingenua de sus líderes malogró desde el principio esa oportunidad. Este fallo se debió sobre todo a Miguel Abós, quien no era sólo un anarquista muy moderado sino también masón. Sólo así se explica que se dejara convencer tanto por el gobernador civil Vera Coronel como por el jefe de los sublevados de la región, general Miguel Cabanellas, ambos también masones, de que estaban de parte de la República⁷⁰. El candoroso Miguel

70 Un número considerable de miembros de la CNT y la FAI, como Cipriano Mera, David Antona y Teodoro Mora, pertenecían a alguna logia. La pertenencia a la masonería no estaba bien vista, pero se hacía la vista gorda, sobre todo porque no siempre se sabía quién formaba parte de ella. También había masones en las filas del PSOE.

Abós convenció a su vez a sus compañeros. Al final se impuso la fracción moderada, apoyada por la FAI, tomándose la decisión de limitarse a ofrecer resistencia pasiva mediante una huelga general. El anarcosindicalista Miguel Chueca, que en un primer momento abogó por la lucha abierta, se dejó también convencer. “Hemos de reconocer”, admitió más tarde, “que nosotros fuimos muy ingenuos. ¿Pudimos haber hecho más de lo que hicimos? Es posible. Fiamos exclusivamente en las promesas del gobernador y concedimos demasiado valor a nuestra fuerza. Nosotros los militantes de la Organización Confederal de Aragón, sufrimos el craso error de no tomar nunca en serio al fascismo y a la vieja España. Y cuando la triste y vergonzosa realidad nos mostró sus desnudeces, comprobamos con dolor que nuestras fuerzas eran insuficientes para atajar el peligro que teníamos enfrente, victorioso y retador”⁷¹. El general Cabanellas no tuvo ninguna dificultad en ocupar la ciudad con absoluta tranquilidad. Los encendidos llamamientos a la resistencia que García Oliver dirigió por radio desde Barcelona a sus compañeros resultaron infructuosos. Sólo unos cientos de jóvenes libertarios se atrevieron a emprender la lucha armada, pero fueron masacrados por las tropas y la quinta columna.

El 24 de julio llegaron a la ciudad 1.200 requetés para reforzar la guarnición militar. Inmediatamente después

71 José Peirats, op. cit., pág. 147.

comenzó el ajuste de cuentas con las fuerzas antifascistas. Abad de Santillán escribe: “Aunque los caídos en Barcelona fueron muchos, habían caído en la lucha, pero en Zaragoza centenares y centenares de nuestros compañeros y amigos fueron asesinados o ajusticiados sin ningún proceso y sin ningún enfrentamiento formal”⁷².

Huesca y Teruel, las capitales de las otras dos provincias aragonesas, cayeron también en manos de los sublevados. En el campo, en cambio, donde la CNT tenía un gran número de partidarios, se ofreció resistencia. Tras la liberación de Cataluña se pusieron enseguida en marcha varias columnas de milicianos al mando de Durruti, Joaquín Ascaso y Antonio Ortiz para luchar contra los golpistas. Las unidades anarquistas liberaron en poco tiempo un gran número de pequeñas ciudades y pueblos, en los que se organizó enseguida la colectivización de la economía. Los milicianos llegaron a 30 kilómetros de Zaragoza, pero su armamento era totalmente insuficiente para conquistar la capital de Aragón.

Como órgano superior de gobierno se fundó el Consejo de Aragón, con Joaquín Ascaso como presidente. La sede del Consejo era Caspe. Al principio, el Consejo estuvo compuesto exclusivamente por anarcosindicalistas; más tarde entraron en él varios partidos: comunistas, socialistas,

72 Abad de Santillán, *De Alfonso XIII a Franco*, Buenos Aires, 1974, pág. 359.

miembros de la UGT y republicanos. Pero los anarquistas constituían el grupo de más peso. Abel Paz escribe: “Aragón reunía las condiciones para convertirse en una punta de lanza revolucionaria. El anarquismo venía a reforzar una tradición colectivista que ya existía previamente en el pueblo. Y, frente a los anarquistas, prácticamente no había fuerza política alguna [...]. Se propuso la creación de una Federación de Colectividades Aragonesas cuya representación sería el Consejo de Defensa de Aragón”⁷³. Sorprendentemente, Walther L. Bernecker afirma justo lo contrario: “El establecimiento del Consejo de Aragón representó una ruptura espectacular con la teoría y práctica del anarquismo hasta ese momento [...]. Carecía de legitimación democrática. Ni su constitución ni su composición respondían a los principios anarquistas; en contra de lo que aseguraba su presidente Ascaso, no surgió de una elección libre de los comités locales y de distrito, sino que los dirigentes de la centurias y columnas anarquistas (sobre todo Buenaventura Durruti) influyeron considerablemente en su constitución”⁷⁴. Sea como fuere, el Consejo fue una creación espontánea del pueblo, y su condición legal era, por tanto, indefinida. Pero Largo Caballero, jefe del Gobierno central desde primeros de

73 Abel Paz, *op. cit.*, págs. 189-190.

74 Walther L. Bernecker, *Anarchoismus und Bürgerkrieg. Zur Geschichte der Sozialen Revolution in Spanien 1936-1939*, Hamburgo, 1978, pág. 239 y ss.

septiembre de 1936, lo reconoció como legítimo y se declaró dispuesto a colaborar con él. A su vez, el Consejo dio a conocer su voluntad de cooperar con el Gobierno de Madrid.

Levante

En Valencia, la lucha contra los golpistas adquirió un curso distinto al de las demás regiones. La guarnición de la capital se hallaba bajo el mando del general Fernando Martínez Monje, comandante en jefe de la III División y masón. Martínez Monje prometió a su hermano de logia Martínez Barrio no sublevarse y mantuvo su palabra. También permaneció pasivo el general González Carrasco, designado como cabeza de los golpistas.

Las tropas se quedaron, en efecto, en los cuarteles, aunque rodeadas y vigiladas por las masas populares. La CNT, apoyada por la UGT, convocó además la huelga general. Ambos sindicatos solicitaron armas al gobernador civil Braulio Solsona, pero les fueron negadas. Tras algunas negociaciones entre los sindicatos y los partidos políticos, se constituyó el Comité Ejecutivo Popular de Levante, en el que figuraban todas las fuerzas antifascistas. La CNT estaba representada por Juan López y Juan Ripoll, la FAI por

Evangelista Campos. El POUM y el PC obtuvieron cada uno un puesto.

Ni la CNT ni la UGT –afín ésta al ala izquierda de Largo Caballero– confiaban en las promesas del general Martínez Monje. Presionado por la CNT, el Comité Ejecutivo Popular decidió, tras largas vacilaciones, tomar al asalto los cuarteles. Como refuerzo llegaron armas de Madrid y Barcelona, proporcionadas sobre todo por el Comité Nacional de la CNT. En los propios cuarteles, las unidades comenzaron a amotinarse contra los oficiales antirrepublicanos. El 31 de julio fueron ocupados los cuarteles que se hallaban en poder de los golpistas. El anarcosindicalista Domingo Torres, secretario de los obreros portuarios y principal protagonista de la resistencia, fue nombrado alcalde de la ciudad.

En Alicante, Castellón de la Plana y Murcia no hubo alzamiento. Y en los lugares donde se sublevaron los militares o parte de ellos –como en Albacete y en el puerto militar de Cartagena–, fueron derrotados por el pueblo. Levante, liberado del pronunciamiento, pudo concentrarse en la revolución social.

La situación en el norte

En Galicia el pueblo se echó enseguida a la calle pero estaba mal armado y no pudo, por tanto, imponerse a los golpistas. En La Coruña, centro de la sublevación, los anarquistas, socialistas, republicanos y comunistas ofrecieron una resistencia desesperada. El número de bajas entre los trabajadores fue muy elevado, como señala Claro Sendón: “Y en la pelea sangrienta cayeron los más valientes, los mejores, los más puros militantes de la población de Galicia. Infinidad de compañeros de las Juventudes Libertarias dieron sus vidas preciosas frente al cuartel de la guardia civil al intentar, sin armas, asaltarlo”⁷⁵. Los oficiales del ejército, los guardias de asalto y 200 guardias civiles que se habían pasado al bando del pueblo o se habían opuesto al golpe, fueron ejecutados, precedidos por el comandante supremo de la región, general Enrique Salcedo, y el comandante de la plaza de La Coruña, general Rogelio Caridad Pita. También fueron ejecutados el gobernador civil Pérez Carballo y su esposa Juanita Capdevila, que se hallaba embarazada. En la ciudad portuaria de El Ferrol –lugar natal de Franco y base de la Marina–, los sublevados necesitaron tres días para romper la heroica resistencia de marineros y trabajadores. El ex-ministro de Marina y contralmirante Antonio Arzola, que se negó a apoyar el golpe, fue fusilado

75 Peirats, op. cit., vol. 1, pág. 150.

en el cuartel Dolores el 4 de agosto de 1936 por orden del vicealmirante Indalecio Núñez y de Salvador Moreno, jefe de la sublevación.

En Navarra, bastión del carlismo y sede del general Mola, los golpistas se impusieron tanto en la capital Pamplona como en toda la provincia sin encontrar gran resistencia. Quien se oponía al ejército y a los 6.000 requetés bien armados era eliminado sin más consideraciones, como le ocurrió por ejemplo al jefe de la Guardia Civil de Pamplona, comandante Rodríguez Mendel, fiel a la República. Entre las víctimas se hallaba también el alcalde de Estella, Fortunato Aguirre Luquin, quien poco antes del golpe había propuesto en vano al gobierno de Madrid encarcelar a Mola y a los demás dirigentes de la sublevación. La sed de venganza de Mola parecía insaciable, como constata Indalecio Prieto: “En Navarra, bajo el mando directo de Mola, serían asesinados día tras día hombres y más hombres hasta un número equivalente al de votos masculinos que el 16 de febrero obtuvieron la candidatura del Frente Popular en aquella provincia”⁷⁶. En la ciudad portuaria de Santander, donde la CNT contaba con 4.000 afiliados, los cuarteles del Ejército y de la Guardia Civil fueron rodeados enseguida por los trabajadores. Al mismo tiempo se convocó la huelga general. Los golpistas se entregaron sin lucha.

En Castilla la Vieja no había un proletariado industrial

76 Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, op. cit., vol. 1, pág. 170.

digno de mención. La población de las ciudades y del campo era ultra-conservadora y favorable a los militares. El golpe, sin embargo, no se desarrolló tampoco aquí sin contratiempos. En Burgos los golpistas lograron apoderarse de la ciudad deteniendo al general Domingo Batet Mestres, jefe de la VI División. En 1934, Batet había aplastado el levantamiento de Cataluña contra el Gobierno central; esta vez se negó a apoyar a los golpistas. Todavía el 16 de julio había intentado disuadir a Mola de su intención de sublevarse. En la primavera de 1937 fue llevado ante un tribunal y ejecutado. En Palencia, el comandante en jefe de la guarnición, coronel González Camó, fue fusilado por los facciosos. En León, los militares se enfrentaron a una enconada resistencia y sólo consiguieron tomar el aeródromo e imponerse en el casco urbano a socialistas y anarquistas tras dos días de encarnizados combates. También en Valladolid, patria de los dirigentes falangistas Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma Ramos, socialistas y anarquistas se opusieron al alzamiento. El jefe de los sublevados era aquí el general Andrés Saliquet, quien en 1917 había actuado de manera despiadada en su propia ciudad natal de Barcelona contra los trabajadores en huelga. La Casa del Pueblo socialista y la sede de la Federación Local de Sindicatos de la CNT, donde se habían atrincherado los obreros, fueron bombardeadas y arrasadas. Tras su victoria, los golpistas fusilaron en poco tiempo a 9.000 afiliados de la UGT y la CNT. Zamora, Ávila, Segovia y Logroño fueron presas fáciles para los insurrectos. En

Salamanca, los golpistas recibieron pocas semanas después una lección moral impartida no por sus enemigos sino por su simpatizante más eminente, Miguel de Unamuno, hombre obstinado pero el filósofo más grande de España. El memorable acontecimiento tuvo lugar el 12 de octubre de 1936 con motivo de la celebración de un acto solemne en el Aula Magna de la Universidad, en presencia de la esposa de Franco, doña Carmen Polo, y del jefe de la Legión, general Millán Astray. Se celebraba el llamado “Día de la Raza”. Cuando el general empezó a proferir burdos ataques contra vascos y catalanes y lanzó su tristemente famoso grito de “¡Viva la muerte!”, el anciano filósofo se puso en pie y le respondió: “Venceréis, pero no convenceréis”.

En Oviedo, la sublevación se desarrolló de manera parecida a la de Zaragoza: la ciudad cayó en manos de los golpistas porque el Comité Revolucionario y el gobernador civil Liarte Lausín se dejaron engañar por las declaraciones de lealtad del comandante en jefe de la plaza, coronel Antonio Aranda –masón y monárquico–, en vez de encarcelarlo y ajustar cuentas con él, como exigían anarquistas y comunistas. Pero los socialistas, que tenían la mayoría en la región, se opusieron a esta iniciativa alegando que Indalecio Prieto consideraba a Aranda un oficial fiel a la República. Los antifascistas establecieron su cuartel general en Gijón, donde el golpe fue aplastado por los trabajadores, al igual que en La Felguera. El 6 de septiembre se constituyó el Comité Provincial del Frente Popular presidido por el

socialista Belarmino Tomás. Más tarde, el Comité asturiano fue ampliado para convertirse en Consejo Interprovincial de Asturias y León, también bajo la presidencia de Belarmino Tomás y la participación de los anarquistas Segundo Blanco –futuro ministro de la República–, Onofre García Tirador, Maximiliano Llamed y Ramón Álvarez Palomo. El trabajo del Consejo se vio entorpecido constantemente por las disputas entre socialistas, anarquistas y comunistas por un lado y el Gobierno central por otro.

En Bilbao no se produjo ningún enfrentamiento serio entre los golpistas y el pueblo, y ello porque las masas antifascistas rodearon enseguida los cuarteles, que renunciaron a cualquier intento de romper el cerco recurriendo a la violencia. La situación fue completamente distinta en San Sebastián, donde se produjeron luchas en las calles entre los trabajadores y los falangistas y grandes sectores de la Guardia Civil y de Asalto. A la cabeza de los golpistas estaba el gobernador militar, coronel León Carrasco, que decretó enseguida el estado de guerra. Los militares atacaron en primer lugar los locales de la Federación de Sindicatos de la CNT. Pero los anarquistas habían levantado a tiempo una barricada con adoquines y rechazaron a los atacantes. Los golpistas, viéndose en apuros, buscaron refugio en el hotel María Cristina. El Gran Casino se hallaba ya en poder de la Guardia Civil sublevada. Tras varias horas de asedio, los facciosos tuvieron que desalojar ambos edificios. Los cuarteles de Loyola, rodeados por el pueblo

desde el primer momento, capitularon el 28 de julio. Pero la victoria no fue duradera, pues al no disponer de armas suficientes y haber sido dejada en la estacada por otras ciudades, San Sebastián pasó sin lucha a manos de las tropas de Mola el 13 de septiembre. Irún había caído ya el 5 del mismo mes, aunque tras una resistencia heroica. Álava, la provincia vasca más extensa, fue conquistada enseguida por los golpistas junto con Vitoria, su capital. En el País Vasco no se produjo ninguna revolución social. La CNT era en esta región muy débil y, por añadidura, reacia a toda acción radical. Las decisiones las tomaba el Partido Nacionalista Vasco (PNV), que dominaba también el sindicato conservador Solidaridad de Obreros Vascos (SOV). Los nacionalistas vascos estaban dispuestos a colaborar con los socialistas e incluso con los pocos comunistas existentes allí, pero no con la CNT-FAI. Manuel de Irujo y José Antonio Aguirre, dirigentes del PNV, despreciaban a los anarquistas. Tras ser nombrado presidente del País Vasco, a comienzos de octubre de 1936, Aguirre se negó sistemáticamente a incluir en su Gabinete a ningún ministro de la CNT. Esta fue la razón de que en el País Vasco no se colectivizara ni una sola empresa.

La batalla de Andalucía

En Andalucía los golpistas estaban bajo el mando del general Gonzalo Queipo de Llano, que el 18 de julio demostró ser, como muchos otros oficiales, un traidor y un virtuoso del doble juego. En el momento de iniciarse la sublevación era inspector general de los carabineros. De 1931 a 1934 había dirigido la Casa Militar, compuesta de una pequeña plantilla de asesores militares del presidente de la República. Debido precisamente a su fama de fiel servidor de la República y a su pertenencia a logias masónicas, logró engañar sin grandes dificultades a las autoridades civiles y militares y poner bajo su control, con un puñado de incondicionales, los enclaves más importantes de Sevilla así como el aeropuerto de la ciudad. Queipo se apoderó también de la emisora de radio, que no tardó en utilizar para emprender una guerra psicológica contra las fuerzas leales a la República. No obstante, chocó con una dura resistencia en los barrios obreros de Triana, San Julián, San Gil, San Marcos y La Macarena. Los trabajadores –predominantemente anarquistas– no fueron vencidos definitivamente hasta el 23 de julio. A continuación, se efectuaron fusilamientos masivos de obreros y oficiales fieles a la República, entre ellos el del comandante Martínez Estévez, director del aeropuerto. El 20 de julio pudieron aterrizar en el campo de aviación las primeras columnas de legionarios y regulares, las unidades de combate norteafricanas. Estas tropas fueron movilizadas

por Queipo no sólo para combatir, sino también para sembrar el terror entre la población⁷⁷. Días antes había anunciado por radio: “¡Sevillanos! La suerte está echada y decidida por nosotros y es inútil que la canalla resista y produzca esta algarabía de gritos y tiros. Tropas del Tercio y regulares se encuentran ya en camino de Sevilla, y en cuanto lleguen, esos alborotadores serán cazados como alimañas”⁷⁸. Gerald Brenan califica con razón a Queipo de Llano de “personaje patológico”⁷⁹.

En la base naval y puerto comercial de Cádiz, las masas obreras y los oficiales republicanos se defendieron con éxito contra los sublevados, dirigidos por los generales Enrique López Pinto y José Enrique Varela⁸⁰. Sólo la llegada del destructor Churruga con legionarios y regulares a bordo permitió a los facciosos romper la resistencia de los trabajadores y los oficiales leales a la República. Entre los anarquistas caídos se hallaba Vicente Ballester, uno de los

77 No era la primera vez que la reacción empleaba tropas marroquíes para acabar con la revolución. Así ocurrió en octubre de 1934, cuando el Gobierno de Madrid envió moros y legionarios a Asturias para aplastar a los trabajadores.

78 ABC, Sevilla, 20 de julio de 1936.

79 Gerald Brenan, *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Barcelona, 1977, pág. 385.

80 Varela, que era carlista y desempeñó un papel importante durante la Guerra Civil, hizo una carrera fulgurante tras la contienda, entre otras cosas como ministro de Defensa. En 1942 sobrevivió a un atentado contra él en Bilbao.

cenetistas más capaces de toda España. En Granada, quienes decidieron la lucha entre los golpistas y las masas antifascistas fueron los legionarios que habían llegado directamente desde Tetuán. El gobernador militar de la ciudad, general Miguel Campins Aura, que se negó a hacer causa común con los sublevados, fue fusilado a pesar de la gran amistad personal que le unía a Franco. Los trabajadores –predominantemente anarquistas– levantaron barricadas en el barrio moro del Albaicín y ofrecieron resistencia hasta el 24 de julio. En Córdoba, el sector antifascista de la población se defendió también contra los militares, que sólo se impusieron después de duros combates.

En Málaga, la rebelión fue aplastada. El general Francisco Patxot, que en un primer momento se había unido al golpe y en la tarde del 17 de julio había ordenado ocupar el centro de la ciudad, cambió de opinión tras recibir una llamada telefónica del presidente del Gobierno, Martínez Barrios, ordenando a las tropas retirarse a los cuarteles. El 19 de julio, los trabajadores y algunos soldados que se habían rebelado contra sus superiores, se apoderaron de los cuarteles. Poco después se creó el Comité de Salud Pública. El Comité asumió todas las funciones ejecutivas, entre ellas la administración de la economía y la organización de las milicias. Los anarquistas constituían la fuerza determinante del Comité. El general Patxot fue encarcelado y ejecutado el 12 de agosto.

Algeciras, que poseía un gran valor estratégico como centro de comunicación entre la España continental y Marruecos, fue tomada sin esfuerzo por los 2.800 legionarios y mercenarios marroquíes llegados a la bahía en las primeras horas del 18 de julio. En Almería y Jaén, los oficiales hostiles a la República no se atrevieron a sublevarse, mientras que en Huelva, en cambio, se combatió a lo largo de tres días. Los trabajadores, en su mayoría anarquistas, apoyados por los mineros de Río Tinto, comenzaron aplastando la revuelta, pero las tropas marroquíes al mando del marqués de Soto Hermoso, enviadas a Huelva por Queipo de Llano, penetraron, no obstante, en la ciudad. La Guardia Civil, que se había mantenido a la expectativa hasta entonces, se unió en ese momento a los golpistas. Juntos consiguieron conquistar la ciudad.

En Extremadura, los sublevados vencieron en Cáceres y fracasaron en Badajoz. Se impusieron en muchas ciudades, pero no en el campo, que en su mayor parte se defendió con éxito contra el levantamiento. Sólo la intervención directa y masiva de las tropas nacionales del Sur fue modificando paulatinamente la situación en detrimento de la población republicana. Allí donde fracasó el golpe se constituyeron enseguida comités revolucionarios con diversas denominaciones. Independientes unos de los otros y sin injerencias de ningún organismo central, organizaron con gran eficacia la vida en sus respectivas áreas de poder.

Los milicianos

Los trabajadores no se contentaron con aplastar la sublevación en las grandes guarniciones, sino que improvisaron enseguida columnas de combatientes para luchar contra los golpistas en las ciudades de menor importancia y en el campo. En Barcelona, por ejemplo, se presentaron en pocos días 150.000 voluntarios. Sin embargo, no había armas suficientes para todos. Los centros del movimiento miliciano fueron Barcelona y Madrid. Pero también se constituyeron milicias en el norte y en Andalucía, sobre todo en Málaga. Sin su rápida intervención, la República –que no contaba ya con un ejército profesional– no habría podido resistir el avance de los golpistas.

Desde Barcelona marcharon hacia Aragón anarquistas, poumistas, socialistas y comunistas. En el curso de las primeras semanas se organizó en Aragón una línea de frente de 300 kilómetros. En las columnas anarquistas, todos los milicianos recibían la misma soldada. Los galones de mando y la obligación del saludo fueron desde el primer momento mal vistos y considerados como signo de prejuicios

militaristas y pequeñoburgueses. También y precisamente esto formaba parte de la revolución: la eliminación de cualquier jerarquía y la implantación de un trato igualitario y de camaradería. Por lo que concierne a la organización, se optó por el principio de la democracia de base. Todos los grupos de combate tenían su propio responsable o delegado, desde la formación más pequeña (el pelotón) hasta la centuria. La instancia decisoria suprema era el Consejo de Defensa de la Columna. Frank Jellinek, que observó personalmente la evolución y los logros de las milicias y era todo lo contrario de un anarquista, confirma que “el sistema funcionaba extraordinariamente bien. La mayoría de los delegados se tomaba muy en serio su responsabilidad y, en general, cumplía de manera eficiente con su tarea”⁸¹. Lo más importante, según escribe Rainer Huhle, era que “las unidades de milicianos se consideraban como una comunidad de personas con igualdad de derechos que tomaba sus decisiones democráticamente y no admitía jerarquía alguna. Las decisiones, incluidas las militares, eran adoptadas tras una deliberación en común o por dirigentes elegidos o, por lo menos, destituibles”⁸². Según dijo desafiante Durruti a Koltsov, corresponsal de *Pravda*, “vosotros tenéis allí una dictadura; en vuestro ejército hay coroneles y generales. En mi columna no hay comandantes ni subordinados, todos tenemos los mismos

81 Frank Jellinek, *The Civil War in Spain*, Londres, 1938, pág. 440.

82 Rainer Huhle, *Die Geschichtsvollzieher. Theorie und Praxis der Kommunistischen Partei Spaniens 1936 bis 1939*, Giefien, 1980, pág. 103.

derechos, todos somos soldados; yo mismo no soy más que un soldado”⁸³. No se trataba de meras palabras, sino que, como confirma Carl Einstein –que combatió en la Columna Durruti–, iban seguidas de hechos: “El fundamento de la columna es la camaradería y la libre autodisciplina [...]. Somos comunistas sindicalistas, pero conocemos la importancia del individuo, lo que significa que cada camarada posee iguales derechos y cumple con las mismas obligaciones. Nadie está por encima de otro; todos tienen que desarrollar y ofrecer lo máximo de su persona. Los técnicos militares asesoran, pero no ordenan [...]. La revolución impone a la columna una disciplina más estricta que la de cualquier militarización”⁸⁴.

En conjunto, la cosa funcionaba, como aseguró el coronel Jiménez de la Beraza a Diego Abad de Santillán –responsable de la organización de las milicias en Barcelona– tras un viaje de inspección: “Esto es el caos, pero es un caos que funciona; no lo toques”⁸⁵. Un historiador extranjero emite un juicio similar: “El ejército anarquista funciona con un mínimo de jerarquía, pero con un fuerte sentido de la disciplina revolucionaria”⁸⁶.

83 Michael Kolzow, *Spanisches Tagebuch*, 3a ed., Berlín, 1986, pág. 44 [hay trad. cast.: *Diario de la guerra española*, Madrid, 1978].

84 Carl Einstein, *Werke*, vol. 3, Berlín, 1996, págs. 521 y 523.

85 Abad de Santillán, “*Companys*”, estudio entregado hacia 1971 a Carlos Rojas pero no publicado. Puesto a disposición del autor por C. R.

86 Robert W. Kern, “*Anarchists*”, en *Historical Dictionary of the Spanish*

La mejor prueba de la eficacia de las milicias fue la situación en el frente, según subrayan André y Doris Prudhommeaux: “El frente de Aragón, mantenido por los anarquistas, no ha sufrido nunca un revés [...]. La mitad de Aragón ha sido reconquistada con métodos no militares’, a pesar de la presencia del ejército fascista”⁸⁷.

Mientras Durruti y sus camaradas combatían en Aragón, García Oliver y Abad de Santillán dirigían la organización de la lucha en la retaguardia. En una de sus cartas al autor, Santillán recordará décadas más tarde: “Sin quererlo me vi obligado a asumir el control de los cuarteles, la instrucción de las milicias, etc., precisamente yo, que nunca había puesto el pie en un cuartel. García Oliver creó una especie de cuartel general de operaciones que en la práctica no sirvió de casi nada. En medio de todo esto, me preguntaba constantemente qué podíamos conseguir sin armas ni municiones”⁸⁸.

Las Baleares cayeron en manos de los sublevados, a excepción de Menorca. Alberto Bayo Giroud, un oficial de aviación próximo al PSUC, propuso al gobierno catalán y al Comité de las Milicias Antifascistas la creación de un cuerpo expedicionario para reconquistar el archipiélago. La Generalitat apoyó la propuesta, pero García Oliver y otros

Civil War, op. cit., pág. 27.

87 André y Doris Prudhommeaux, op. cit., pág. 29.

88 Abad de Santillán, carta al autor, Buenos Aires, 30 de abril de 1974.

miembros de las milicias antifascistas tenían grandes reparos, en especial porque consideraban más urgente liberar Zaragoza. El Gobierno central de Giral aceptó la iniciativa, pero no puso a su disposición ni barcos ni aviones. El Cuartel General del ministerio de la Guerra de Madrid se mostró contrario a la expedición con la única excepción de José Martín Blázquez: “En mi opinión, las Baleares son más importantes que la Sierra”⁸⁹. Azaña, el presidente de la República, habló de “aquella disparatada expedición, nacida de la tartarinesca vanidad, petulancia y desvariante ambición de algunos políticos barceloneses”⁹⁰. Indalecio Prieto, ministro de Marina desde el 5 de septiembre, estuvo decididamente en contra, en parte por motivos técnicos de carácter bélico, en parte también por sus prejuicios anticatalanes. Prieto acusó al gobierno catalán de querer establecer una “Gran Cataluña” mediante la conquista de Aragón y las Baleares. La tropa de Bayo –300 hombres– desembarcó en Cabrera y Mahón el 1 de agosto, pero mal equipada, se vio finalmente obligada a desistir de sus propósitos de conquista. El Comité de Milicias Antifascistas acusó a Bayo de haber obrado con cobardía e incompetencia. Lo cierto es que no hizo más que reconocer a tiempo la importancia estratégica de las Baleares para la guerra, como se puso de manifiesto poco después, cuando

89 José Martín Blázquez, *I Helped to Build an Army. Civil War Memoirs of a Spanish Staff Officer*, prólogo de Franz Borkenau, Londres, 1939, pág. 154.

90 Manuel Azaña, *Obras Completas*, vol. 4, op. cit., pág. 773.

los italianos utilizaron Mallorca como base para bombardear el litoral mediterráneo⁹¹.

A pesar del aplastamiento del golpe en Madrid, la ciudad corría el peligro de ser cercada y conquistada por las tropas enemigas, sobre todo si se tiene en cuenta la obsesión de Mola por conquistar la capital lo antes posible, siguiendo el ejemplo de Napoleón a comienzos del siglo anterior⁹². Con la misma energía con que habían aplastado la sublevación los días 19 y 20 de julio, los trabajadores madrileños empezaron a organizarse en grupos de combate y milicias para impedir que Castilla la Nueva fuese tomada por los facciosos.

Cada sindicato y cada partido organizaron sus propias columnas de voluntarios. Oficiales profesionales se encargaban de las cuestiones de técnica militar. La formación de unidades anarquistas corrió a cargo del secretariado del Comité de Defensa de la CNT, cuyo cuartel general se estableció en un palacete de la familia de Luca de Tena, en la calle Serrano. Cipriano Mera, Teodoro Mora, Rafael Casado, Acracio Ruiz, Manuel Arenas y otros militantes

91 Tras la Guerra Civil española, Bayo fue uno de los dirigentes guerrilleros más activos y estimados de América Latina. A mediados de la década de 1950 se unió a la revolución cubana.

92 Franco no tenía tanta prisa. Quería incluso prolongar la guerra, menos por motivos logísticos que por razones de política de poder. Un factor de ese cálculo era que el jefe de los golpistas, Mola, no pudiese aparecer como “libertador” de Madrid.

de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias mostraron en este nuevo reto la misma energía, valor y talento organizativo que habían desplegado ya en el asalto a los cuarteles de Madrid. Con las armas conseguidas en dichos cuarteles, los milicianos anarquistas liberaron Alcalá de Henares, Guadalajara y Toledo, a excepción del Alcázar. Cipriano Mera liberó Sigüenza, Cuenca y su provincia con sólo 300 hombres. Participó además en otras operaciones, bien con sus compañeros o junto con unidades de combate socialistas y comunistas. Pronto, no obstante, conoció la amarga experiencia de comprobar que la táctica de los comunistas de subordinarlo todo a los intereses de su partido se extendía también a importantes objetivos de guerra. Y este sectarismo partidista tuvo pronto, como meta prioritaria, la lucha contra la CNT, como constató Mera en fecha muy temprana: “Para el Partido Comunista el aniquilamiento de la CNT, o al menos el desprestigio de sus fuerzas, era un objetivo con igual valor, por no decir superior, que el de combatir a los sublevados”⁹³. He ahí un tema que más adelante nos saldrá al paso con frecuencia.

93 Cipriano Mera, op. cit., pág. 34.

III. ODIO Y SANGRE

No hemos de ensangrentar nuestra revolución; no tenemos por qué imitar a la Revolución francesa degollándonos los unos a los otros.

Juan García Oliver, *El eco de los pasos*

El orden revolucionario

El deseo de García Oliver de no derramar sangre innecesariamente se cumplió sólo en parte. En las zonas donde falló el pronunciamiento, se inició enseguida la caza

de los enemigos de la República, fuesen supuestos o reales. Y viceversa: allí donde se impusieron los sublevados, dio comienzo una despiadada campaña represiva contra anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos, masones, demócratas y sindicalistas. La misma suerte corrieron los oficiales y soldados que se habían opuesto al golpe de Estado.

Sin embargo, no es lícito establecer una comparación mecánica entre la violencia revolucionaria y la contrarrevolucionaria. Los generales sublevados habían desencadenado una guerra de agresión contra el pueblo, mientras que éste, al contrario, se limitó a defenderse. El derecho a oponerse a la conjura conjunta del ejército, el capital, la Iglesia, los caciques, los latifundistas y los monárquicos estaba del lado del pueblo. Este derecho había sido justificado ya en la Baja Edad Media por varios teólogos opuestos a la tiranía de los príncipes. Citemos en este contexto como ejemplos representativos a Belarmino y su *Vindicta contra Tyrannos* y a Juan de Mariana y su obra inmortal *De lege et regis institutione*. Mola, Franco, Sanjurjo y Queipo de Llano se proponían restablecer, con su proceder criminal, la misma España reaccionaria que durante siglos había explotado y mantenido encadenado al pueblo, utilizándolo además una y otra vez como carne de cañón para sus guerras imperialistas y demás aventuras militaristas. Además de su culpa por haber provocado el estallido de la Guerra Civil, eran también, en última

instancia, responsables indirectos de los excesos punitivos que sin duda se cometieron en la zona republicana, como vamos a ver enseguida.

La furia del pueblo se dirigió en especial contra la Iglesia. Hugh Thomas, que en su extenso libro sobre España no se atiene siempre a la verdad, no exagera sin embargo al escribir que “en ninguna época de la historia de Europa, y posiblemente del mundo, se ha manifestado un odio tan apasionado contra la religión y todo lo relacionado con ella”⁹⁴. El historiador inglés parece olvidarse del odio salvaje que imperó en las guerras de religión que unos siglos antes habían tenido lugar entre protestantes y católicos en su propio país y en otros territorios europeos, lo cual no debe interpretarse, por supuesto, como un intento de justificar la persecución de la Iglesia en España. Muy pronto ardieron iglesias y conventos; cegada por el fanatismo, la turba mató a 8.000 clérigos –entre ellos 12 obispos– y a cerca de 300 monjas.

Estos terribles actos de violencia fueron el producto del feroz anticlericalismo reinante en los sectores más radicales de la izquierda, pero estuvieron motivados también porque se daba por supuesto que el clero hacía causa común con los golpistas y los apoyaba de manera activa, como ocurrió efectivamente en algunos casos. Innegable es que la Iglesia oficial tomó partido desde el principio por los sublevados y

94 Hugh Thomas, *Der Spanische Bürgerkrieg*, op. cit., pág. 197.

no hizo nada para interceder entre los dos bandos. Al contrario: en su carta colectiva del 1 de julio de 1937, los obispos se identificaron incondicionalmente con Franco. Entre las pocas excepciones de esta actitud hay que citar al arzobispo de Tarragona, Vidal y Barraquer, y al ex-primado de Toledo, cardenal Pedro Segura, quien a pesar de su odio a la República era hostil a Franco y desafió a menudo a la Falange en su diócesis de Sevilla.

Lo que tampoco puede negarse es que la Iglesia española fue durante siglos uno de los principales aliados de las clases dominantes. Esto explica por qué, mucho antes de la Guerra Civil, cualquier acción revolucionaria de las masas del proletariado urbano y rural comenzaba con la quema de templos y lugares santos, como sucedió varias veces tras la proclamación de la República en 1931. La clase obrera española había puesto siempre en un mismo plano su liberación política y la eliminación del yugo impuesto por la Iglesia. Ésta, por su parte, respondió al odio del pueblo con el odio al pueblo. Por eso bendijo el alzamiento militar contra la República calificándolo de “cruzada nacional”, en vez de buscar la reconciliación entre los beligerantes, como hubiera sido su deber cristiano. O como reconocería al salir de Cataluña un sacerdote salvado por Lluís Companys: “Los rojos han destruido nuestras casas, pero nosotros, los sacerdotes, los hemos destruido antes a ellos”.

Esto es indudablemente cierto, pero no menos cierto es

que matar a monjas y sacerdotes indefensos constituía todo lo contrario de un acto revolucionario. Esta innoble manera de obrar horrorizaba también a muchos partidarios y protagonistas de la revolución, lo que explica que en la medida de sus fuerzas acudieran en ayuda de las posibles víctimas⁹⁵. El arzobispo de Tarragona buscó refugio en casa de Ramón Porté, secretario comarcal de la CNT tarraconense: “Acudo a la CNT”, dijo, “en demanda de protección para mi vida, porque si la CNT no me protege y me matan, cosa que ocurrirá fatalmente, en el extranjero utilizarán mi muerte para propaganda difamatoria de la causa republicana en general, y particularmente contra la CNT y la FAI”⁹⁶. Cipriano Mera, por su parte, salvó la vida del obispo de Sigüenza tras haber ocupado el palacio episcopal de la ciudad. “Con el fusil en la mano dije a los compañeros que habían ido a Sigüenza a pelear con el pueblo y no a cometer crímenes o tomar represalias contra los vencidos”⁹⁷. Los anarquistas españoles eran, sin duda, anticlericales y ateos, pero ni más ni menos que los demás partidos de izquierda. Respetaban la fe como un derecho personal, tal como habían declarado inequívocamente en su

95 Juan Peiró y Juan Saña salvaron con su autoridad moral en la CNT de Mataró a diecisiete monjas de un convento de clausura situado en la calle de Coma, donde también vivía Saña. Casos de este tipo se dieron por todas partes, aunque la historiografía les haya prestado poca atención.

96 Véase García Oliver, *op. cit.*, pág. 202.

97 Cipriano Mera, *op. cit.*, pág. 24.

congreso de mayo de 1936 celebrado en Zaragoza⁹⁸. Además, el clero no fue perseguido en todas partes. En Bilbao no ardió ni una sola iglesia. Los sacerdotes asesinados en el País Vasco lo fueron por obra de los partidarios de Franco.

Por regla general, los republicanos no atacaron tampoco a ningún extranjero. Las embajadas y consulados no fueron asaltados, ni siquiera cuando estaba demostrado que acogían a conocidos quintacolumnistas y les ayudaban a huir, cosa que lograron a menudo. Se dejó en paz en gran medida incluso a los odiados alemanes, a pesar de que entre los varios miles de ellos que vivían entonces en España había numerosos partidarios de Hitler y nazis activos. Barcelona fue el único lugar donde se produjeron actos de violencia contra instalaciones alemanas, procediéndose también a la detención de algunos nazis. Pero como señala Patrick von zur Mühlen, la iniciativa de estas acciones partió sobre todo de las dos docenas de anarquistas alemanes que habían emigrado de su país y se encontraban entonces en la capital catalana: “Participaron con especial celo en la persecución de fascistas reales o supuestos o en la ocupación de

98 Una de las conclusiones del congreso decía: “La religión, manifestación puramente subjetiva del ser humano, será reconocida en cuanto permanezca en el sagrario de la conciencia individual, pero en ningún caso podrá ser considerada como forma de ostentación pública ni de coerción moral ni intelectual” (El congreso confederal de Zaragoza, Madrid 1978, pág. 238).

instituciones alemanas”⁹⁹. También se entregaron a la caza de fascistas los comunistas alemanes que habían llegado a toda prisa a Barcelona y que en estrecha colaboración con los delegados de la Komintern y del Servicio Exterior del PSUC, se encargaron de la vigilancia y persecución de los emigrantes de habla germana.

Las responsables del orden público en Barcelona eran las recién creadas Patrullas de Control, sometidas al mando del Comité de Milicias Antifascistas, que estaban dirigidas por los anarcosindicalistas Aurelio Fernández y José Asens. 300 de sus 700 miembros eran anarquistas. Si es cierto que prestaron valiosos servicios a la lucha contra la quinta columna y contra especuladores, saqueadores, ladrones, asesinos y demás chusma, lo es también que cometieron abusos. No era raro tampoco que algunos de ellos dieran rienda suelta a sus ansias personales de venganza. Por todo ello se les designó pronto como los “incontrolados”. Se trataba de sujetos que saqueaban a los ricos por cuenta propia, realizaban registros domiciliarios de manera arbitraria y organizaban “paseos” para asesinar ilegalmente y por cuenta propia. Eso no quiere decir en modo alguno que todo fuera caos y descontrol. En los primeros días y semanas que siguieron a la victoria de la revolución, las Patrullas de Control confiscaron numerosos objetos valiosos y artísticos, pero se confeccionó un registro minucioso y

99 Patrick v. zur Mühlen, *Spanien war ihre Hoffnung. Die deutsche Linke im Spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*, Bonn, 1983, pág. 84.

exacto de los mismos y fueron entregados al departamento competente de la Generalitat. El encargado de esa tarea en el Comité de Milicias Antifascistas era Marcos Alcón, un militante de la CNT conocido por su sentido de la responsabilidad.

Los comunistas acusaron a la CNT–FAI de abusar de las Patrullas de Control para sus propios fines y de ser los principales responsables de los crímenes cometidos entonces. En cuanto a ellos mismos, se glorificaban como guardianes de la ley y el orden, olvidando o callando que formaban también parte de dichas Patrullas y que desde el primer momento habían instalado prisiones privadas donde encarcelaban, torturaban y asesinaban a los desgraciados que caían en sus manos. Tras haber saldado más tarde cuentas con sus antiguos camaradas, Jesús Hernández reconocería: “Explotando en nuestra propaganda la acción de los grupos incontrolados, metíamos y confundíamos en el mismo saco a todo el anarcosindicalismo español”¹⁰⁰. Abad de Santillán escribe por su parte: “La campaña insidiosa contra las Patrullas de Control quería ser al mismo tiempo una acusación contra la FAI, pero a estas alturas podemos decir y asegurar que justamente este sector social, chivo expiatorio de todas las calumnias, fue el que más se distinguió por su generosidad y tolerancia”¹⁰¹. Como buen comunista, Willi Bredel afirma: “Todo lo que deseaba

100 Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, 1974, pág. 197.

101 Diego Abad de Santillán, *De Alfonso XIII a Franco*, op. cit., pág. 388.

mantenerse incontrolado se organizaba entre los anarquistas”¹⁰². Pero lo mismo o incluso más puede decirse del resto de los partidos, sobre todo del PSUC catalán, un partido de cuadros improvisado el 22 de julio de 1936 que acogió desde el primer momento en sus filas a todos los enemigos de la revolución, entre ellos a varios tráfugas del anarquismo, como Rafael Vidiella o José Moix.

La gente del PSUC no fue la única en atribuir a la CNT–FAI la responsabilidad por los actos de violencia que se cometían. Apenas se hubo formado el Comité de Milicias Antifascistas, Lluís Companys se presentó en el domicilio de García Oliver para protestar contra el “bandidismo” supuestamente reinante en Barcelona. Como respuesta, García Oliver le indicó la puerta de salida. Pocas semanas después del pronunciamiento, dos destacados miembros de Esquerra Republicana, Ventura Gassol i Rovira y José María España, huyeron a París. Una vez en la capital francesa declararon que habían huido porque la FAI quería matarles. Pero en realidad habían puesto pies en polvorosa porque se habían apropiado de objetos valiosos y artísticos requisados por las Patrullas de Control y entregados reglamentariamente a los departamentos competentes de la Generalitat. Era así como iba tejiéndose y difundiéndose la leyenda de una FAI sanguinaria.

102 Willi Bredel, *Spanienkrieg*, ed. de Manfred Hahn, vol 1, Berlín y Weimar, 1986, pág. 62.

Pero debería estar claro que no se puede responsabilizar a la FAI de acciones atribuibles a personas que habían conseguido un carnet de esta organización con el fin de aprovechar las circunstancias del momento para sus actividades delictivas. Los dirigentes del movimiento libertario rechazaban categóricamente toda forma de terror arbitrario y sistemático. Esto reza tanto para cualquiera de sus militantes que ocupaban cargos de responsabilidad como para sus afiliados corrientes. Juan Peiró y otras personalidades de la CNT no se cansaron de denunciar los derramamientos de sangre. Lo mismo puede decirse de Abad de Santillán: “Privadamente hice todo lo que pude desde el 19 de julio para paralizar el espíritu de venganza y de represalia”¹⁰³. Cuando se comprobaba alguna irregularidad en el seno de la Confederación, se exigían cuentas a los culpables; algunos de ellos fueron incluso fusilados. Es lo que ocurrió por ejemplo con José Cerdeñas, un conocido militante del Sindicato de la Construcción, o con el presidente del Sindicato de Alimentación, Fernández. El 30 de julio de 1936, el Comité Peninsular de la FAI hizo público un manifiesto condenando sin tapujos todo acto de violencia: “Somos enemigos de toda violencia. Nos repugna toda sangre que no sea derramada por el pueblo en sus grandes empeños justicieros”¹⁰⁴. En el mismo documento, el máximo organismo de la FAI advertía: “Pero declaramos

103 Abad de Santillán, carta a Carlos Rojas, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1970. Copia de la carta puesta a disposición del autor por C. R.

104 Peirats, *La CNT en la revolución española*, vol. I, op. cit., pág. 175.

fríamente, con terrible serenidad y con inexorable propósito, que si no se acaba con todos esos actos de irresponsabilidad que siembran el terror por Barcelona, procederemos a fusilar a todo individuo que se compruebe que ha realizado actos contra el derecho de gentes”. El 25 de julio, el Comité Regional y la Federación Local de la CNT difundieron por Radio Barcelona el siguiente comunicado: “Manchar el triunfo con pillajes y expropiaciones, con allanamientos domiciliarios caprichosos y otras manifestaciones de arbitrariedad, es cosa innoble e indigna, y, desde luego, perjudicial a los intereses de la clase laboriosa. La CNT y la FAI, genuina representación del proletariado antifascista, han acordado severísimas medidas que sin contemplaciones de ninguna especie les serán aplicadas a aquel o aquellos a quienes se sorprenda realizando actos de tal naturaleza”¹⁰⁵. Pero a pesar de estos y otros llamamientos al orden y de las represalias tomadas contra los delincuentes, personas inocentes fueron víctimas de la sed de venganza contra los enemigos de la República y los partidarios o miembros de la quinta columna.

Tras hacerse cargo del Palacio de Justicia de Barcelona, la CNT procuró someter la persecución y castigo de las actividades contrarrevolucionarias a un mínimo de orden jurídico. Lo mismo hizo la Generalitat mediante la creación de una “Oficina Jurídica”. También el POUM intentó poner freno en la medida de lo posible a las irregularidades y

105 Ibid., pág. 173.

transgresiones de la ley. Julián Gorkin denunció el terror en *La Batalla*, tachándolo de contrarrevolucionario. Como ministro de Justicia de la Generalitat, Andrés Nin creó tribunales populares para poner fin a la violencia incontrolada. Los tribunales populares estaban compuestos por un juez profesional nombrado por el ministro de Justicia y ocho representantes designados por los partidos.

En Madrid, donde los anarquistas no eran, ni de lejos, tan influyentes como en Barcelona, la represión contra la quinta columna fue organizada y llevada a cabo sobre todo por los socialistas y los comunistas, lo que no significa, ni mucho menos, que la CNT-FAI no participara en ella. Pero la parte de responsabilidad que les incumbía en este aspecto no justifica en absoluto que la duquesa de Atholl acusara a los anarquistas de ser los principales responsables de la violencia, también en Madrid: “Anarchists, too, were mainly responsible for the violence in Madrid”¹⁰⁶. Hay que preguntarse en todo caso hasta que punto se puede considerar fiable el testimonio de una aristócrata que no menciona las checas, que describía a los comunistas como la quintaesencia del *Law and Order* y que elevaba a una consumada estalinista como Dolores Ibárruri a la categoría de santa patrona de las mujeres españolas. Los actos de revancha se debieron en parte a las actividades de grupos o

106 “Los anarquistas fueron también los principales responsables de la violencia en Madrid”. Duquesa de Atholl, *Searchlight of Spain*, Harmondsworth, 1938, pág. 110.

individuos incontrolados, pero en parte se cometieron en connivencia con los órganos oficiales de seguridad. El famoso Quinto Regimiento, por ejemplo –elogiado como modelo de disciplina y espíritu combativo no sólo por la historiografía comunista–, no se limitó ni mucho menos a formar soldados para la guerra; bajo la dirección de Pedro Checa realizó asimismo numerosos registros domiciliarios, detenciones y ejecuciones. Santiago Carrillo, encargado del orden público por la Junta de Defensa de Madrid, se hizo notar igualmente por su celo represivo. Lo mismo puede decirse de su sustituto José Cazorla. La represión ejercida por los socialistas estuvo dirigida por García Atadell, un hombre de Indalecio Prieto. Pero también la diputada socialista Margarita Nelken, que estaba al servicio de los comunistas, organizó su propio grupo represivo, hasta que García Oliver la llamó al orden y le exigió de forma perentoria poner fin a las actividades nocturnas de sus pistoleros. “La revolución significa cambiar los sistemas, y no eliminar a las personas”¹⁰⁷, le dijo el ministro de Justicia anarquista, frase que podría haber sido pronunciada por el mismo Bakunin¹⁰⁸. No obstante, también hubo anarquistas

107 García Oliver, *op. cit.*, pág. 310.

108 En contra de una leyenda muy extendida, Bakunin detestaba la violencia y los derramamientos de sangre: “Para hacer una revolución radical, hay que atacar las posiciones y las cosas y destruir la propiedad y el Estado, en cuyo caso no será necesario destruir a personas y tener que responsabilizarse de las inevitables consecuencias que siempre ha provocado y provocará en toda sociedad la matanza de seres humanos”. Michael Bakunin, *Gesammelte Werke*, vol. 3, Berlín, 1975, pág. 87.

que participaron en la persecución de los enemigos de la República, como por ejemplo Manuel Delgado, responsable de los Servicios Especiales en el Ministerio de la Guerra.

Las cárceles de Madrid y otras ciudades de Castilla la Nueva fueron asaltadas en varias ocasiones por escuadrones de la muerte que sacaban a los presos de sus celdas y una vez fuera los fusilaban donde mejor les parecía. Entre las numerosas víctimas de estos atropellos y actos salvajes se encontraban republicanos moderados como Melquíades Álvarez y Salazar Alonso. Las “sacas” eran acciones de linchamiento planeadas fríamente, pero constituían también una reacción emocional ante los bombardeos realizados por la aviación alemana e italiana contra la población civil. Este tipo incontrolado de represión no concluyó hasta comienzos de noviembre de 1936, cuando el nuevo ministro de Justicia García Oliver nombró inspector general de prisiones a su correligionario Melchor Rodríguez. Su enérgica intervención en favor de la seguridad de los encarcelados le valió pronto el nombre de “el ángel rojo”. “Melchor puso coto de la manera más rigurosa a cualquier secuestro en las cárceles”, atestigua Félix Schlayer, alemán de nacimiento que en su calidad de cónsul de Noruega y por encargo del cuerpo diplomático hizo todo lo posible por salvar a presos en peligro¹⁰⁹. Lo mismo hizo su superior inmediato, Mariano Sánchez Roca, un abogado a quien García Oliver había llevado a su ministerio como

109 Félix Schlayer, *Diplomat im roten Madrid*, Berlín, 1938, pág. 139.

secretario de Estado. Melchor Rodríguez permaneció en el cargo sólo dos meses –noviembre y diciembre de 1936–, pero su sucesor Julián Fernández, igualmente anarquista, procuró que en Madrid y sus alrededores no se asaltara ninguna cárcel de enero a mayo de 1937.

También hubo socialistas que se esforzaron en poner coto a la violencia arbitraria. Uno de ellos fue Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista* y más tarde ministro. Bajo el título de “Un imperativo legal”, escribió en la primera página del órgano del PSOE: “De cara a nuestra responsabilidad, nunca tan despierta y vigilante como en los actuales momentos, nos declaramos enemigos de toda acción de violencia, en las personas y en las cosas, cualquiera que sea el designio con que se cometa. Para juzgar a cuantos hayan delinquido, disponemos de la ley. Mientras dispongamos de ella, necesitamos acatarla”¹¹⁰.

El jefe del Gobierno, Giral, había intentado ya mitigar el terror revolucionario mediante la creación de tribunales populares, pero como observa Burnett Bolloten, “aquellos tribunales prestaron, desde luego, a las ejecuciones una apariencia constitucional, pero contribuyeron poco a controlar el terror”¹¹¹. También Largo Caballero intentó erradicar los actos de venganza de las masas y los partidos políticos. Ello no impidió de todos modos que la represión

110 *El Socialista*, Madrid, 23 de agosto de 1936.

111 Burnett Bolloten, *The Spanish Revolution*, op. cit., pág. 55.

incontrolada prosiguiera también durante sus funciones como jefe de Gobierno.

No muy diferente fue lo que ocurrió en otras zonas del bando republicano. En Valencia, por ejemplo –nueva sede del Gobierno–, se había formado en el seno de los propios tribunales populares un “tribunal de sangre” con participación de todos los partidos, que por las noches detenía y ejecutaba ilegalmente a sus víctimas, hasta que García Oliver puso fin como ministro de Justicia a sus siniestras actividades. La campaña de represalias cundió con especial brutalidad en Málaga, donde durante las primeras semanas que siguieron al estallido de la Guerra Civil fueron asesinadas 2.500 personas. En Andalucía, los actos de venganza fueron particularmente sangrientos, no sólo por parte de Queipo de Llano. Como sucesivos ministros de Marina, Giral y Prieto procuraron que los juicios y las condenas de los oficiales de las fuerzas navales comprometidos con el pronunciamiento se desarrollaran de forma ordenada. Con este fin, el 24 de julio de 1936 se creó un Consejo Jurídico de la República. Su sede se hallaba en Málaga. Para el cargo de juez instructor fue nombrado José Balboa, hermano menor de Benjamín Balboa, el radiotelegrafista que había dirigido y coordinado desde Madrid el desarme y destitución de los oficiales golpistas. El propio Benjamín fue designado pronto subsecretario del ministerio de Marina de Madrid. Pero en los barcos siguió habiendo comités de marineros, que no siempre actuaban con rigor al

ejerger justicia. Los abusos y desquites personales fueron en aumento. En cierta ocasión, Benjamín Balboa se vio obligado a ordenar, en aplicación de la ley marcial, el fusilamiento de un grupo de marineros que en estado de embriaguez mataban cada noche a algunos oficiales en uno de los barcos–prisión de Cartagena. Cuando Indalecio Prieto sucedió a José Giral como ministro de Marina, disolvió los comités de marineros, aunque, para sustituirlos recurrió a menudo a oficiales reaccionarios.

El terror en la España de Franco

El terror causó estragos aún peores en el otro bando. Pistoleros falangistas llenos de odio actuaban por cuenta propia y al margen de toda norma jurídica. Todavía con mayor crueldad se comportaron los 70.000 regulares que por una soldada de cinco pesetas diarias Franco movilizó para “liberar España”. Para aquella soldadesca procedente del Rif, los “rojos” constituían un blanco propicio para vengarse de los sufrimientos infligidos a su pueblo durante siglos por los militares españoles. Allí donde aparecían se repetían las violaciones, las ejecuciones de presos indefensos, los atracos y asesinatos a mano armada, los

saqueos y otros crímenes. Franco aceptaba fríamente y sin la menor compasión la ejecución masiva de españoles republicanos, concediendo plena libertad a los mercenarios marroquíes.

Pero los primeros en ejercer el terror fueron los propios órganos del Estado. Esto es aplicable sobre todo a la justicia militar, que no vaciló en condenar incesantemente a muerte y de manera “legal” a simples prisioneros de guerra por “rebelión armada”. En efecto, a juicio del Caudillo y de sus perros de presa, los verdaderos insurrectos eran los oficiales y unidades que se habían mantenido leales al orden constitucional y se habían opuesto a los golpistas. Arthur Koestler, que tras su detención en Málaga convivió durante meses en las cárceles andaluzas con las víctimas de aquella concepción del Derecho tan absurda como perversa, comenta con sarcasmo: “No sé si los pseudo-tribunales nombrados por Franco consideraban como un gracioso chiste la fórmula ‘rebelión armada’ o se sirvieron de ella porque era el procedimiento más cómodo. En todo caso no era posible imaginarse una acusación más cínica y más en contradicción con los hechos. A pesar de que los tribunales eran ilegales y sus métodos la parodia de un proceso, las sentencias se ejecutaban”¹¹².

112 Arthur Koestler, *Ein spanisches Testament*, Zurich, 1938, pág. 188 y ss [hay trad. cast.: *Diálogo con la muerte: un testamento español*, Pozuelo, 2004].

Los primeros en ser víctimas del terror franquista fueron los comandantes de las guarniciones que se habían opuesto a los golpistas, como hemos señalado ya en el capítulo anterior. Todo comenzó con los fusilamientos del alto comisario español en Marruecos, general Álvarez Buylla, del comandante de las fuerzas aéreas de Ceuta, Puente Bahamonde (primo de Franco) y del comandante de la plaza de Melilla, Romerales Quinto. El general Miguel Núñez de Prado, que voló a Zaragoza el 18 de julio de 1936 para recomendar a su antiguo amigo Miguel Cabanellas que no se sumara al pronunciamiento, fue fusilado aquel mismo día a sangre fría, al igual que el colaborador y piloto que le acompañaba. El terror se extendió también a los ciudadanos de condición civil, muchos de ellos intelectuales. El poeta Federico García Lorca fue asesinado en Granada por falangistas, como también lo fue el rector de la Universidad de Oviedo, Leopoldo Alas, sólo por ser hijo del famoso escritor anticlerical Clarín. El médico libertario Isaac Puente fue obligado en Vitoria a cavar su propia tumba. Pero la mayoría de las víctimas fueron sindicalistas. El 15 de agosto de 1936, 1.500 trabajadores antifascistas fueron conducidos a la fuerza a la plaza de toros de Badajoz y abatidos por el fuego de las ametralladoras. Antes, al entrar en la ciudad, los regulares y los legionarios al mando del teniente general Yagüe habían acabado prácticamente con todo lo que les parecía “sospechoso de rojerío”. 50 milicianos que habían buscado refugio en la catedral fueron fusilados sin contemplaciones delante del altar mayor. Cuando Jay Alien,

corresponsal del *Chicago Tribune*, preguntó a Yagüe si era cierto que en la conquista de la ciudad se había dado muerte a varios miles de personas, el general respondió sonriendo: “Naturalmente que los hemos matado. ¿Iba a llevar a 4.000 prisioneros rojos con mi columna, teniendo que avanzar contra reloj? ¿O iba a dejarlos en mi retaguardia para que Badajoz fuera rojo otra vez?”¹¹³.

Tras la caída de Málaga, la soldadesca de Queipo de Llano mató a unos 4.000 habitantes de la ciudad. El propio Serrano Suñer, cuñado de Franco, calificó al general de “bandido y bestia” en presencia del conde Ciano¹¹⁴. También los comandantes italianos se mostraron horrorizados por el comportamiento de las tropas de Queipo. Nada menos que Roberto Farinacci, embajador especial de Mussolini en el cuartel general de Franco, escribió al Duce el 5 de marzo de 1937: “Tu inquietud por la ejecución de prisioneros estaba justificada. Para decirte la verdad, la barbarie de rojos y nacionales está equilibrada. En cuanto a los fusilamientos, impera una auténtica rivalidad que se ha convertido casi en un deporte [...]. Somos los únicos que con nuestro sentimentalismo hacemos de ello una tragedia [...]. Creo que deberíamos

113 Citado en John T. Whitaker, *We cannot escape History*, Nueva York 1943, pág. 113. Un resumen bien documentado sobre la carnicería de Badajoz nos lo ofrece Rafael Tenorio, “Las matanzas de Badajoz”, *Tiempo de Historia*, Madrid, julio de 1979, págs. 4-11.

114 Véase Galeazzo Ciano, *Diario 1937-1943*, Milán, 1983, pág. 468 [hay trad. cast.: *Diarios, 1937-1943*, Barcelona, 2004].

oponernos a los fusilamientos en masa. En definitiva, tenemos que justificar nuestra intervención, cuya meta exclusiva es la defensa del fascismo contra el comunismo, pero sin apoyar campañas de venganza personal ni saciar la sed de sangre de uno u otro bando”¹¹⁵. El sentimentalismo del que tan orgulloso estaba Farinacci no había impedido a las escuadras aéreas italianas disparar días antes en vuelo rasante e impunemente contra las columnas de refugiados que afluían en masa a Almería por la carretera de la costa para salvarse del terror franquista. Pero Málaga no fue una excepción, como constata acertadamente Gerald Brenan: “La masacre de Badajoz fue sólo la culminación de un acto ritual efectuado ya antes en cada pueblo y ciudad del suroeste de España”¹¹⁶. El almirante Canaris, que entraba y salía de España bajo el nombre ficticio de Guillermo y se reunía a menudo con el Caudillo, se sintió, al parecer, estremecido por la rabiosa represión desatada contra los republicanos, si hemos de prestar fe a su biógrafo¹¹⁷.

El terror no hizo sólo estragos bajo el mando de Queipo de Llano, sino también en toda la zona franquista, en especial en Castilla la Vieja, donde se encontraba el Caudillo. “En

115 Archivio Centrale dello Stato, Roma, Segreteria particolare del Duce, Carteggio riservato, fase. 242/R: Farinacci, sottofase 39, inserto C.

116 Gerald Brenan, op. cit., págs. 385 y ss.

117 Véase Heleno Saña, “El almirante Canaris, Jefe de los Servicios Secretos alemanes y espía en España”, *Tiempo de Historia*, Madrid, abril de 1971, págs. 64-81.

Castilla”, escribe Gabriel Jackson, “las autoridades eran más discretas que en Andalucía y la población en general más dócil, pero también aquí se impuso un sistema similar de terror”¹¹⁸. La situación no fue diferente en Zaragoza: “En centros anarquistas aislados, como Zaragoza, se ejecutó a miles de ellos sólo por haber leído periódicos anarquistas o ser miembros de la CNT”¹¹⁹. En el curso del año 1937, la represión se endureció y centralizó. Ahora corría a cargo del general Severiano Martínez Anido, natural del Ferrol como el propio Franco, y conocido por la ferocidad con que había perseguido siempre a los anarquistas.

Con el nombramiento de Anido, el terror se burocratizó, pero ni se eliminó ni tan siquiera se suavizó. Stanley G. Payne escribe: “Bajo Martínez Anido no debía efectuarse ninguna ejecución sin que un tribunal de guerra oficial dictara su sentencia contra el acusado. Pero el número de tribunales era tan grande que este impedimento sólo aminoró mínimamente la suma de las ejecuciones”¹²⁰.

118 Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton, 1965, pág. 299 [hay trad. cast.: *La República española y la Guerra Civil*, Barcelona, 2008].

119 “Anarchists Tamed”, *The Economist*, 31 de agosto de 1963.

TI. Como gobernador de Barcelona, Martínez Anido dirigió desde 1919 una campaña contra la CNT. Mediante la Ley de Fugas, introducida por él y por su jefe de policía, Arlegui, fueron asesinados cientos de militantes anarquistas.

120 Stanley G. Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford y Londres, 1967, pág. 448 [hay trad. cast.: *Los militares y la política en la*

Siguió reinando el estado de sitio descrito por Albert Camus en su obra de teatro. Para coordinar la persecución de comunistas, socialistas y emigrantes, Martínez Anido y Himmler firmaron el 31 de julio de 1938 un acuerdo ente las policías alemana y española.

El escritor católico Georges Bernanos, de convicciones monárquicas y que viajó a España para unirse a los nacionalistas, no tardó en convertirse en un ardiente acusador del terror del que fue testigo en Baleares: “La mayoría de los rojos de Palma”, escribía, “perteneían a partidos de izquierda moderados; no se les podía vincular de ninguna manera a los asesinatos cometidos en Madrid o Barcelona, pero aun así fueron abatidos como perros salvajes”¹²¹. Y añade: “Durante meses, los comandos asesinos de Mallorca fueron transportados a la velocidad del rayo de pueblo en pueblo en camiones requisados exclusivamente para ese objeto, y en todas partes fusilaron a sangre fría ante los ojos de todos a miles de sospechosos, gente contra la cual ni siquiera el tribunal militar habría podido hallar el menor pretexto jurídico. Su excelencia el señor arzobispo de Palma estaba tan bien informado de ello como cualquier otra persona. No obstante, se dejaba ver siempre que podía al lado de aquellos verdugos, algunos de

España contemporánea, Ruedo Ibérico, París, 1967].

121 Georges Bernanos, *Les grandes cimetières sous la lune*, París, 1962, pág. 227 [hay trad. cast.: *Los grandes cementerios bajo la luna*, Barcelona, 2009].

los cuales tenían sus manos manchadas con la sangre de los asesinatos de cientos de personas, según era generalmente sabido”¹²².

Su adhesión a la fe católica no impidió a los golpistas asesinar a sacerdotes que se habían mostrado leales a la República y habían denunciado la sublevación, sobre todo en el País Vasco. Sólo en Santoña fueron fusilados entre 16 y 20 clérigos, entre ellos el arcipreste de Mondragón, Joaquín Arín, y José Aristimuño, autor de conocidas obras sobre la cultura vasca. Hugh Thomas anota: “Ninguno de los sacerdotes compareció ante un tribunal. La condena a muerte les fue comunicada solamente minutos antes de cumplirse la sentencia, a causa de lo cual no tuvieron siquiera tiempo para confesarse. Todos fueron enterrados sin ataúd, sin asistencia fúnebre ni registro oficial”¹²³. 30 pastores protestantes fueron también “víctimas del terror en la España de Franco”, como testimonia Willy Brandt, el futuro jefe de gobierno de la República Federal de Alemania¹²⁴. En su controversia con Brian Crozier y Georg Hills, biógrafos de Franco, el historiador norteamericano Herbert R. Southworth llega a afirmar que “en el bando republicano hubo en realidad más compasión cristiana que

122 Ibid., pág. 230.

123 Hugh Thomas, pág. 372.

124 Willy Brandt, *Draufien. Schrifien während der Emigration*, Múnich, 1966, pág. 203.

en el otro”¹²⁵. Gerald Brenan, después de comparar lo que ocurrió en los dos bandos, concluye que “por cada persona ejecutada en el territorio del gobierno, dos o tres fueron ejecutadas en la zona rebelde durante los primeros seis meses de la guerra”¹²⁶.

El terror entre los defensores de la República

La lucha contra la quinta columna y la contrarrevolución sirvió a menudo de pretexto para quitar también de en medio a adversarios políticos dentro del propio frente antifascista, naturalmente en la sombra y a escondidas. Esto reza sobre todo, aunque no de manera exclusiva, para el terror ejercido por los agentes de Moscú y del PC español contra marxistas del POUM y anarquistas, como documentaremos en el curso de nuestra indagación recurriendo en repetidas ocasiones a ejemplos concretos. Según observa Gerald Brenan, se fue extendiendo progresivamente un “terror policiaco que, bajo la creciente influencia comunista, era ejercido casi por igual contra

125 New Statesman, 29 de diciembre de 1967, reimpresso en Cuadernos de Ruedo Ibérico, París, febrero-marzo de 1968.

126 Gerald Brenan, op. cit., pág. 386.

miembros disidentes de las izquierdas y contra fascistas sospechosos”¹²⁷.

También los anarquistas recurrieron a la violencia contra enemigos políticos en el campo republicano, pero sólo aisladamente y, en la mayoría de los casos, como reacción a los crímenes comunistas. En páginas anteriores hemos visto ya que, en los primeros días y semanas que siguieron al estallido de la Guerra Civil, los libertarios practicaron la violencia, lo mismo que hicieron los demás partidos. Pero no organizaron ningún aparato de terror para eliminar de manera sistemática a enemigos y adversarios, pues ello era incompatible con sus convicciones y su idea de la revolución. Los anarquistas o románticos sociales que profesaban esa ideología habían perpetrado durante décadas atentados contra reyes y hombres de Estado en España, Francia, Rusia y otros países. Ésta era, en efecto, su manera de entender la violencia: la acción heroica personal. Estaban muy familiarizados con el manejo de explosivos, puñales o pistolas, pero no con el encarcelamiento, los interrogatorios, la tortura y la liquidación a sangre fría de prisioneros en alguna mazmorra. Este modo de obrar, que se remontaba a los tiempos de la Inquisición, les era ajeno. De ahí que durante la Guerra Civil no pensaran en crear un aparato secreto de terror para eliminar sistemáticamente a sus adversarios políticos, como habían hecho los comunistas en Rusia mucho antes de que Stalin conquistara

127 Ibid., pág. 382.

el poder. Esta diferencia fundamental entre la práctica represiva de anarquistas y comunistas fue lo que indujo a un historiador falangista a calificar de “clemente” la manera de matar de los anarquistas¹²⁸.

El PCE y su filial catalana PSUC fueron en todo caso los únicos partidos republicanos que reivindicaron para sí el poder exclusivo y se mostraron decididos a imponerlo con ayuda del amedrentamiento y el terror sistemáticos. Según Frank Mintz, “lo que sí hay que subrayar es el clima de guerra civil que crearon los comunistas en el campo republicano”¹²⁹.

Para lograr sus objetivos erigieron en todo el territorio republicano sus propias prisiones secretas o camufladas, en las que encarcelaban, torturaban y liquidaban no sólo a fascistas y enemigos de la República. Estas cárceles privadas eran llamadas checas, palabra rusa cuyo sonido provocaba un estremecimiento en quien la escuchaba. Julián Gorkin, que como otros marxistas antiestalinistas experimentó en carne propia el terror de las checas, escribe: “Tras haber practicado el terror en casos aislados, los comunistas pasaron enseguida a aplicar la tortura y el asesinato a gran escala, a crear sus propias checas, su propia policía paralela a la policía oficial y, a veces, dentro de ella misma. En

128 M. García Venero, *Historia de las Internacionales en España*, vol. 3, Madrid, 1957, pág. 245.

129 Frank Mintz, *La autogestión en la España revolucionaria*, Madrid, 1977, pág. 351.

resumidas cuentas: trasladaron a España los mismos métodos que se utilizaban habitualmente en la URSS”¹³⁰. Lo que ocurría en las checas permanecía en general oculto, pero las consecuencias eran fatales y muy difíciles de no tenerlas en cuenta.

El terror no se ejercía sólo en las checas, sino en todas las organizaciones sujetas a la influencia comunista, desde la policía y el Servicio de Información Militar (SIM) a las Fuerzas Armadas. O como indica Walther L. Bernecker en términos más bien cautos y abstractos: “El aparato militar, creado principalmente por los comunistas, no fue utilizado sólo para la defensa de la República, sino también –según lo muestran numerosos ejemplos– para reprimir al mismo tiempo a adversarios políticos e imponer sus propios objetivos”¹³¹. Pero los comunistas no se sirvieron de su aparato militar para ejercer una mera “represión”, sino que llegaron a liquidar a adversarios incómodos, tal como testimonia, entre otros, Abad de Santillán: “Fueron fusilados, asesinados, postergados, castigados, procesados numerosos de entre los mejores combatientes por atreverse a resistir de alguna manera la dictadura impuesta al dictado de Rusia en las filas militares”¹³².

130 Julián Gorkin, op. cit., pág. 70 y ss.

131 Walther L. Bernecker, *Krieg in Spanien 1936-1939*, Darmstadt, 1991, pág. 144.

132 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*, prólogo de Heleno Saña,

Como comandante de división y jefe de un cuerpo de ejército en el frente de Castilla la Nueva, Cipriano Mera tuvo a menudo violentos enfrentamientos con Enrique Líster, Juan Modesto y Valentín González (El Campesino) a causa del comportamiento desconsiderado y arrogante de los mandos de las tropas comunistas con los oficiales y unidades que se oponían al dictado del PC. Los encarcelamientos, atentados y chantajes contra los combatientes que se atrevían a cuestionar la autoridad de los cuadros comunistas eran moneda corriente, además de que se les difamaba y denunciaba de la manera más vil. Gracias a su actitud resuelta –a menudo pistola en mano–, Mera protegió y salvó a un sinnúmero de compañeros de lucha de los ataques de los comunistas. Estos le conocían muy de cerca y sabían que no se podía bromear con el bregado militante sindicalista. Por su parte, Mera no se fiaba en absoluto de los comunistas y estaba ante ellos siempre en guardia: “Merced a mi trato con los comunistas había aprendido a esperarlo todo, también lo más inverosímil”, escribiría años más tarde en sus *Memorias*¹³³. Con su firmeza se ganó asimismo el respeto del general Miaja, Largo Caballero e Indalecio Prieto, con quienes hablaba a menudo abiertamente sobre sus problemas con los comunistas y sobre sus maquinaciones. En octubre de 1937,

Madrid, 1975, pág. 287. El libro apareció por primera vez en Buenos Aires en 1940.

133 Cipriano Mera, op. cit., pág. 144.

Prieto lo nombró jefe del IV Cuerpo de Ejército. A pesar de ser ministro de Defensa Nacional, el propio Prieto no estaba en condiciones de poner coto a la infiltración del PC en las Fuerzas Armadas. Tan sólo pocos meses después de haber asumido el cargo, decidió dimitir porque “los comunistas no cesaban de cometer”, según decía, “peligrosos abusos (asesinatos de militantes socialistas, de oficiales y de soldados) contra aquellos que se negaban a adherirse a su partido”, según confió a finales de marzo al libertario Horacio M. Prieto¹³⁴. Pero también hubo depuraciones en las unidades de combate comunistas, como confirma El Campesino: “Más tarde supe que incluso en mi división, soldados buenos y leales a quienes yo creía caídos en la lucha, habían sido asesinados cobardemente a tiros por la espalda por agentes de la NKVD o liquidados de noche durante un paseo”¹³⁵.

Los efectos del terror comunista sobre el espíritu de combate, la solidaridad y la unidad de la España antifascista fueron devastadores tanto en el frente como en la retaguardia. El miedo creciente a ser liquidado por los comunistas mermó y paralizó la voluntad inicial de resistir. Paradójicamente, quien ha hablado más claramente sobre este miedo es el comunista Jesús Hernández, si bien después de haber roto con el Partido y corriendo el riesgo de ser eliminado por uno de sus agentes: “No era la muerte

134 César M. Lorenzo, *op. cit.*, pág. 313.

135 El Campesino, *op. cit.*, pág. 116.

o la sangre en el combate frente a frente, sino la espera calculada, el acecho cobarde en las sombras, la acción impune que corta la vida de un ser, de un hombre... ¡porque piensa de manera distinta a la nuestra!”¹³⁶. Los primeros en sentir miedo eran los propios comunistas. Esto explica también –al menos en parte– porqué procuraban no expresar libremente su opinión ni contradecir a sus jefes. Durante la Guerra Civil se habló poco de este miedo a las represalias de los comunistas; pero también después ha sido un tema marginado por la historiografía, quizá con la excepción de algunos autores del POUM, que al menos en parte lo abordaron. Esta era una actitud quizá comprensible en una época en que sólo se hablaba de heroísmo. Creo, sin embargo, que el miedo al terror comunista era más hondo que el temor al enemigo y fue decisivo para el desarrollo negativo de la República y su derrota final.

136 Jesús Hernández, op. cit., pág. 34.

IV. LA REPÚBLICA SITIADA

He visto cómo las democracias intervenían casi contra todo, menos contra el fascismo.

André Malraux, *La esperanza*

La situación general en Europa

Cuando los generales españoles se alzaron contra la República, el fascismo europeo se hallaba en pleno avance y despertaba el temor y la inseguridad de las democracias capitalistas de la Europa occidental. Benito Mussolini, que fanfarroneó durante un tiempo asignándose el papel de protector de Austria, se dejó deslumbrar finalmente por Hitler, convirtiéndose en su principal aliado. El fascismo y la extrema derecha ganaron también terreno en Francia.

Incluso en Inglaterra, cuna del parlamentarismo y el liberalismo, surgió un Fascist Party, aunque no tuvo una influencia digna de mención ni llegó a obtener nunca un escaño en el Parlamento.

Gran Bretaña estaba gobernada por el Gabinete ultraconservador de Stanley Baldwin. Desde la subida al poder de Hitler, Londres había llegado a un *modus vivendi* con Berlín y aceptado como *fait accompli* la dictadura del nacionalsocialismo. Por lo que respecta a España, la Inglaterra conservadora se sentía más indignada por la revolución social anarquista que por el pronunciamiento de los generales. En mayo de 1937, el primer ministro Baldwin fue sustituido por Neville Chamberlain, quien prosiguió la política precavida de su predecesor. Le respaldaba la Inglaterra capitalista y cristiana, según subraya el historiador inglés A. J. P. Taylor: “El gobierno inglés no sentía ningún afecto por la República española. La mayoría de los expertos en cuestiones españolas –diplomáticos, oficiales del ejército, empresarios– simpatizaba con Franco”¹³⁷. Samuel Hoare, primer lord del Almirantazgo y más tarde embajador en el Madrid franquista y uno de los hombres más influyentes del país, rechazó una intervención de la flota británica en favor de la República española. Anthony Edén era casi el único miembro del Gabinete que consideraba a Franco como una afrenta: “De haber podido

137 A. J. P. Taylor, *English History 1914-1945*, 12 ed., Londres, 1966, pág. 399.

elegir”, escribiría más tarde en sus Memorias, “habría preferido una victoria del gobierno republicano”¹³⁸. También abogó en varias ocasiones por una actitud más dura contra la España de Franco, Alemania e Italia, pero siempre quedaba en minoría frente a sus compañeros de Gabinete. Su dimisión en febrero de 1938 como protesta contra la política de apaciguamiento de Chamberlain fue una prueba de sus convicciones antifascistas.

Francia estaba paralizada por el pánico. En noviembre de 1934 se supo en París que el ejército alemán disponía de tres divisiones acorazadas. En marzo de 1935, Goering anunció que el Reich estaba a punto de crear una poderosa fuerza aérea. El 22 de agosto de 1933 había encargado ya a los talleres Junker de Dessau la construcción de más de 6.000 aviones. En enero de 1935, la población del Sarre se pronunció mayoritariamente a favor de la reincorporación a la zona del Reich. El 7 de marzo de 1936, Hitler ordenó ocupar la orilla izquierda del Rin sin que el gobierno francés adoptara medidas enérgicas contra aquella provocación. En flagrante oposición con la euforia reinante en Alemania, era cada vez más frecuente que en Francia se impusieran, incluso entre la izquierda, el derrotismo y un pacifismo mal entendido. Esta actitud no cambió tampoco con el socialista Léon Blum, que tras las elecciones parlamentarias de abril–mayo de 1936 había constituido un gobierno basado

138 Anthony Edén, *The Edén Memoirs. Facing the Dictators 1923-1938*, Londres, 1962, pág. 441.

en el recién estrenado modelo del Frente Popular. Personas clarividentes y perspicaces como Charles de Gaulle, que consideraban imprescindible una modernización de las Fuerzas Armadas para poder responder al inminente conflicto con la Alemania nazi, encontraron oídos sordos. La gente se tranquilizaba con el mito de la Línea Maginot para no tener que confesarse que de hecho y psicológicamente se había capitulado ya ante el vecino alemán.

En Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt decidió mantenerse al margen de la Guerra Civil de España, a pesar de que él mismo y varios miembros de su Gobierno –el ministro de Hacienda, Henry Morgenthau, el de Agricultura, Henry Wallace, y el subsecretario de Estado, Sumner Welles– simpatizaban con la República española. Sin embargo, el secretario de Estado Cordell Hull insistió en mantener una estricta neutralidad e impuso su línea, lo cual no exime a Roosevelt de su responsabilidad, como observa con razón Herbert L. Matthews: “El presidente Roosevelt debe cargar sobre sus espaldas con el peso histórico de la negativa norteamericana a tratar al gobierno republicano como al poder legítimo y a los nacionalistas como golpistas. Roosevelt siguió a menudo el consejo del secretario de Estado Hull, pero la autoridad estuvo siempre en sus manos”¹³⁹. La cadena de periódicos y revistas Hearst difundió desde el principio noticias extremadamente desfavorables para la España republicana. El clero católico

139 Herbert L. Matthews, *Half of Spain Died*, Nueva York, 1973, pág. 188.

se sirvió de su influencia pública y privada para convencer a su clientela de que la Guerra Civil española era una lucha entre el bien y el mal, en la que el bien estaba encarnado por los representantes de la religión, el orden público y la propiedad privada. Roosevelt dependía, además, de los votos católicos para ser reelegido. El Congreso y el Senado se oponían mayoritariamente a una toma de posición favorable a la República. El periódico liberal *The New York Times* se pronunció en sus editoriales por una política de no intervención. En un decreto firmado por el presidente Roosevelt el 8 de enero de 1937, se prohibió la venta de armas y material de guerra a ambos bandos de la Guerra Civil española. “Jamás la injusticia y la torpeza estuvieron tan hermanadas como entonces las emparejó vuestro Gobierno”, escribía Indalecio Prieto a finales de diciembre de 1960 a John E Kennedy¹⁴⁰. No obstante, Roosevelt acabaría lamentando más tarde su postura ante la Guerra Civil española¹⁴¹.

La política de la Unión Soviética estuvo dictada en primer lugar por el miedo a ser víctima de los ambiciosos planes expansionistas de Hitler. En su VII Congreso de julio–agosto de 1935, la Internacional Comunista había confirmado su rumbo frentepopulista, que tomó forma concreta sobre

140 Indalecio Prieto, op. cit., vol. 2, pág. 233.

141 El Gobierno de Eisenhower traicionó al pueblo español al apoyar a Franco con créditos generosos y el propio Eisenhower se exhibió en Madrid en coche abierto al lado del Caudillo el 21 de diciembre de 1959.

todo en Francia y España. De repente, la socialdemocracia y el fascismo dejaron de ser “hermanos gemelos”, como había venido afirmando la propaganda comunista. El nuevo lema del Kremlin era ahora el de “democracia contra fascismo”. Los partidos comunistas, que hasta entonces habían actuado bajo la consigna estaliniana de “clase contra clase”, recibieron ahora la orden de hermanarse con el antiguo enemigo de clase. La URSS ingresó en la Sociedad de Naciones el 18 de septiembre de 1936. El 2 de mayo del año siguiente, Moscú y París firmaron un pacto defensivo. El objetivo de la Komintern no era ya la revolución mundial, sino la aproximación a las democracias burguesas. En abril de 1934, Maxim Litvínov, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, había asegurado ya al canciller del Tesoro del Reino Unido que la Unión Soviética estaba decidida a suspender la propaganda comunista en Gran Bretaña y sus territorios de ultramar.

España no era contemplada en general como un factor clave de la política europea. La mayoría de los europeos nos consideraban como un país carente de importancia, además de pintoresco e imprevisible. La mayoría de países europeos tomaron nota del estallido de la Guerra Civil como una inoportuna e irritante noticia, lo que explica que nadie supiera exactamente cómo debía comportarse.

Sólo Hitler y Mussolini reaccionaron de inmediato y con determinación. La demanda de apoyo y ayuda dirigida por

Franco a ambos dictadores recibió una rápida y generosa respuesta.

Casi nadie sospechaba en aquel momento que el drama que se representaba en la periferia de Europa era el preludio de la Segunda Guerra Mundial.

El pacto de no intervención

La decisión de las democracias europeas y EE UU de mantenerse al margen de los sucesos de España fue adoptada en Inglaterra con el apoyo activo de Francia. Y a pesar de la evidencia de que la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista se habían comprometido masivamente en favor de los sublevados, dicha decisión fue respetada de manera estricta hasta el final de la Guerra Civil. Nehru escribiría más tarde: “Esas mismas democracias de Europa occidental fueron exactamente las que ayudaron y animaron a los fascistas y al nazismo y traicionaron, en cambio, a la República española y a Checoslovaquia”¹⁴².

Los miembros del Non-Intervention Cominee acordaron a finales de agosto de 1936 no intervenir en la Guerra Civil

142 Jawarharlal Nehru, Summe meines Denkens, ed. e introducción de K. T. Navasimiha Char, Munich, 1962, pág. 120.

española. El 9 de septiembre se celebró el primer encuentro de los 35 Estados firmantes del tratado de No Intervención. Entre ellos se encontraban Rusia, Alemania, Italia y Portugal. Según ha observado un comentarista alemán, fue “una de las comedias más cínicas vividas por el siglo XX”¹⁴³.

Aparte del pronunciamiento de los generales españoles, la farsa de la No Intervención fue la primera gran traición a la República española. Azaña, su presidente, anotó en su diario: “La hipocresía ha llegado a ser tan transparente que parecía cinismo infantil. Gran cosa es decir que se trabaja por la paz europea. Pero creer que Alemania o Italia iban a declarar la guerra a Inglaterra y a Francia si el gobierno español compraba material en estos dos países, es una estupidez”¹⁴⁴. León Blum estaba al principio dispuesto a suministrar armas a la República española, pero Londres le aconsejó de manera inequívoca que no se quemara las manos en España. Se dejó además guiar y amilanar por factores de política interna, de táctica electoral y psicológicos, por la actitud de los miembros radicales de su gabinete, por las provocaciones de la derecha, por la prensa burguesa y por los sentimientos pacifistas imperantes en el país. En una conversación personal mantenida en septiembre de 1936 con el dirigente del POUM, Julián Gorkin, Jules Moch, secretario general con funciones de primer ministro, justificó con las siguientes palabras las

143 Heinrich Jaenecke, *Es lebe der Tod*, Hamburgo, 1980, pág. 44.

144 Manuel Azaña, *op. cit.*, vol. 4, pág. 44.

razones de fondo de la actitud de Francia: “Al estallar la Guerra Civil española, la primera reacción de los ministros socialistas fue prestarles ayuda de inmediato. El ministro de Hacienda Vincent Auriol aprobó destinar varios millones de francos para el envío de armas. Pero esta decisión, aceptada en un primer momento por los ministros del Partido Radical, no tardó en provocar un doble conflicto, uno en el seno del propio Gobierno y el otro con el presidente de la República. El ministro de la Guerra, Edouard Daladier, y el de Asuntos Exteriores, Yvon Delbos, amenazaron con provocar una crisis de Gobierno. ¿Qué podíamos hacer?”¹⁴⁵. Sea como fuere, la Grande Nation, tan segura de sí misma y tan orgullosa en otras ocasiones, se reveló en este trascendental momento histórico como una república de opereta de tercera categoría.

Isaac Deutscher simplifica notoriamente con su versión de que Inglaterra y Francia se mantuvieron al margen del conflicto español porque temían que “la guerra de España se convirtiera en el prelude de un conflicto mundial”¹⁴⁶. Esta interpretación es un intento patente y bastante burdo de justificar a posteriori la traición de Inglaterra y Francia, sublimándola incluso de noble hazaña. Por lo demás, el biógrafo de Stalin no hacía más que expresar una opinión

145 Julián Gorkin, op. cit., pág. 36.

146 Isaac Deutscher, *Stalin. A Political Biography*, Nueva York, 1961, pág. 424. [hay trad. cast.: *Stalin. Una biografía política*, Barcelona, 1967].

entonces muy difundida. Lo único cierto es que fue precisamente la ceguera narcisista y el mezquino egoísmo nacional de los políticos de ambos países lo que les impidió reconocer a tiempo las implicaciones de la Guerra Civil española con la política internacional. Todo lo demás son excusas de mal pagador.

La actitud de la socialdemocracia

Pero los gobiernos de los países capitalistas no fueron los únicos en negarse a intervenir en el conflicto español a favor de la República. La Internacional Obrera y Socialista (IOS) –fundada en Hamburgo en mayo de 1923 como organización sucesora de la Segunda Internacional–, adoptó una actitud análoga. Lo mismo ocurrió con la Confederación Sindical Internacional (CSI). Los millones de afiliados de ambas organizaciones no movieron en su mayor parte un solo dedo. Tampoco hubo un acuerdo para mantener una línea común. Las relaciones entre la dirección de la IOS y sus respectivas secciones eran más formales que reales. Cada partido siguió su propio camino, de manera que, en vez de atenerse a los principios de la IOS sobre seguridad colectiva, política de paz y desarme, respaldó a sus correspondientes

gobiernos. La unidad existía sólo sobre el papel: “La consigna generalizada del sálvese quien pueda condujo a un incremento de las tendencias nacionalistas, sobre todo en el movimiento obrero escandinavo y británico”, escriben dos historiadores socialdemócratas avalados por Willy Brandt¹⁴⁷.

El presidente de la IOS, Louis de Brouckére, y su secretario general, Friedrich Adler, fueron muy cautos a la hora de poner en práctica su solidaridad con los camaradas españoles del PSOE y la UGT. Aparte de algunas declaraciones de principio y simpatía no vinculantes, de peticiones de donativos y del envío de ayudas materiales, la socialdemocracia europea hizo poca cosa para ayudar al antifascismo hispano. Pero como escribía Mariano R. Vázquez, secretario general de la CNT, a Emma Goldmann, “no es con donativos ni con palabras como la Internacional Socialista y la Sindicalista nos tienen que apoyar, sino movilizándolo sus masas populares”¹⁴⁸. Nada de ello ocurrió. Tras el Pacto de Munich –apoyado o tolerado sin protestas por la mayoría de los partidos socialistas–, la lucha de la España republicana pasó a ser una nota a pie de página de

147 Karl-Ludwig Günsche y Klaus Lantermann, *Kleine Geschichte der Sozialistischen Internationale*, prólogo de Willy Brandt, Bonn y Bad Godesberg, 1977, pág. 105.

148 Mariano R. Vázquez, “A la camarada Emma Goldmann”, Barcelona, 18 de noviembre de 1938, en IISG, Ámsterdam. Archivo del Comité Nacional CNT, Corresp. intern., 63 C 2.

la historia mundial, también para la socialdemocracia internacional.

Los partidos y sindicatos integrados en la IOS y la CSI no lograron siquiera organizar un cuerpo internacional de voluntarios, como había propuesto Pietro Nenni a la IOS a comienzos de octubre de 1936. El Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) y su dirección exiliada e instalada en Praga, se mostraron especialmente desinteresados, a pesar de que la intervención masiva de los nazis en favor de Franco era razón moral y política suficiente para correr en ayuda de la República española, como hicieron los socialistas italianos y muchos anarquistas y antifascistas¹⁴⁹.

La Segunda Internacional había naufragado por no haber logrado impedir la Primera Guerra Mundial. El mismo fracaso sufrió la IOS a la hora de apoyar a la República española y enfrentarse con energía al fascismo germano-italiano. En realidad, era ya un cadáver insepulto mucho antes de su muerte definitiva. De Brouckère y Friedrich Adler presentaron su dimisión poco después del final de la Guerra Civil española. Tras una breve presidencia de J. W. Albarda y Camille Huysmann, la IOS desapareció de la escena mundial sin pena ni gloria. No merecía otra suerte.

149 Patrick v. zur Mühlen proporciona una imagen muy detallada y objetiva del comportamiento vacilante de la socialdemocracia en la Guerra Civil española, op. cit., págs. 98-119.

Solidaridad

En abierto contraste con el comportamiento de los gobiernos democráticos y de los líderes de la socialdemocracia, las masas de la mayor parte de países manifestaron un gran interés y una gran simpatía por la España antifascista. “La lucha del pueblo español”, escribe Julius Braunthal, “había generado en los corazones de millones de personas de Europa y América un eco apenas conocido desde la caída del zarismo. La causa de la República española pasó a ser la causa de la libertad del género humano”¹⁵⁰.

A comienzos de agosto de 1936, el secretario nacional de la CNT, David Antona, se plantó en París para contribuir con su presencia y su palabra a la intervención de Francia a favor de la República. He aquí su balance: “Pese a que la prensa reaccionaria se había volcado en contra nuestra, encontré en Francia un formidable ambiente. La contienda española electrizaba a las masas trabajadoras; millones de personas manifestaban en todas las formas imaginables su deseo de apoyarnos e incluso millares de obreros socialistas, comunistas, sindicalistas o simplemente liberales estaban

150 Julius Braunthal, *Geschichte der Internationale*, vol. 2, Hannover, 1963, pág. 489.

dispuestos a venir a luchar a nuestro lado y los gobernantes del Frente Popular no disimulaban sus simpatías por la pelea que sosteníamos”¹⁵¹.

Muchos intelectuales, periodistas y artistas –George Orwell, André Malraux, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Emma Goldmann, Waldo Frank, Arthur Koestler, Carl Einstein, Alfred Kantorowicz, Gustav Regler, Willy Brandt, Bodo Uhse, Egon Erwin Kisch, Ludwig Renn, Willi Bredel, Stephen Spencer, Herbert Matthews, Ernst Toller, Andersen Nexø, Jean Richard Bloch, Alexey Tolstói, Ilya Ehrenburg, por mencionar sólo a los más conocidos– se apresuraron a acudir a España como reporteros o combatientes en el frente, a menudo como ambas cosas al mismo tiempo. Mujeres como Simone Weil hicieron acto de presencia para prestar ayuda allí donde se necesitaba, pero también para combatir. La gran escritora francojudía se unió a la Columna Durruti a mediados de agosto de 1936, hasta que una herida en el pie la obligó a regresar a Francia. En una carta a Georges Bernanos justificó su actitud solidaria señalando que despreciaba más aún que a la guerra “a quienes se quedan en la retaguardia”¹⁵². Con esas palabras se refería a los antifascistas de salón que visitaban los frentes de guerra como turistas, que entraban en España buscando aventuras, por simple curiosidad o por motivos

151 Ver Eduardo de Guzmán, *El año de la victoria*, Madrid, 1974, pág. 58.

152 Heinz Abosch, en el prólogo al libro de Simone Weil, *Unterdrückung und Freiheit*, Múnich, 1975, pág. 9.

profesionales. El joven Nehru se solidarizó con la República con su presencia personal, Hanns Eisler compuso música para los soldados. También fueron muy numerosas las personalidades conocidas del mundo de la cultura, la ciencia y la política que en el extranjero desplegaron una gran actividad en favor de la causa republicana. Los primeros combatientes extranjeros vinieron a España espontáneamente y por cuenta propia; semanas más tarde llegaron las Brigadas Internacionales organizadas y controladas por los comunistas, como veremos más adelante.

El trasfondo económico

La decisión anglofrancesa de no apoyar a la República española no se debía sólo a motivos políticos, sino que estuvo dictada también por consideraciones económicas de peso. Jacinto Torhyo, director de *Solidaridad Obrera* durante la Guerra Civil, tiene plena razón al escribir que “la consigna secreta del engendro patrocinado por París y Londres era ésta: hacer fracasar en España una República popular de tendencias un tanto radicales que amenazarían los intereses de los trust”¹⁵³.

153 Jacinto Torhyo, op. cit., pág. 230.

España era, en efecto, una colonia del capitalismo mundial. Los socios comerciales y empresariales más importantes de nuestro país eran Inglaterra y Francia, seguidas muy de lejos por Bélgica, Suiza, Canadá, EE UU y la misma Alemania.

Alrededor de la mitad de las inversiones extranjeras en España procedían de Francia, cuyo control de la red ferroviaria española llegaba hasta el 80%. El capital belga participaba en la minería asturiana, en los ferrocarriles y en la industria maderera. El suministro de electricidad a Cataluña, gestionado por Riegos y Fuerzas del Ebro, pertenecía a una empresa canadiense. El capital inglés poseía grandes paquetes de acciones en la construcción naval, en la industria pesada, en la minería, en la fabricación de maquinaria y en el suministro eléctrico. El 40% de las minas de hierro vascas estaba en manos de accionistas ingleses. Las mayores reservas de pirita y mineral de cobre eran propiedad de la compañía inglesa Río Tinto. La palabra de su presidente, sir Auckland Geddes, tenía un gran peso en el Foreign Office y fuera de él. La Sociedad Española de Construcción Naval y la Vickers Armstrong eran la misma empresa. Los ingleses dominaban asimismo las minas de mercurio de Almadén. Sólo en Barcelona había 87 empresas pertenecientes total o parcialmente al capital inglés. La mitad de las exportaciones españolas iban a Inglaterra, mientras que España recibía de este país el 17% de sus importaciones. Cuando la empresa alemana Hisma

Rowak¹⁵⁴ obligó a Franco en los primeros meses de la guerra a enviar al Reich una parte de la producción de Río Tinto, la sociedad del mismo nombre se vio obligada a cerrar su refinería de cobre en Port Talbot (Gales del Sur). La industria de guerra inglesa entró en apuros debido a la reducción de las entregas de mineral de hierro procedente de la zona de los golpistas. “Al verse obligado a tomar una decisión sobre la línea a seguir, el gobierno inglés optó por asegurar el comercio exterior, pues garantizaba puestos de trabajo y posibilitaba el rearme, también porque Franco estaba adquiriendo solvencia internacional con extraordinaria rapidez”¹⁵⁵. El 16 de noviembre de 1937, sir Robert Hodgson, diplomático de alto rango, fue nombrado representante británico en Burgos; seis días más tarde, el duque de Alba asumía la representación de la España nacional en Londres.

Con sus 80 millones de dólares, las inversiones de la economía de EE UU en España eran más bien modestas, pero los productos norteamericanos ocupaban un puesto muy alto en la lista de las importaciones españolas. Al estallar la Guerra Civil, los grandes consorcios estadounidenses no dudaron ni un solo minuto en dar

154 Los envíos de armas y ayuda de los nazis a Franco se realizaron a través de las empresas Compañía Hispano-Marroquí de Transportes (Sevilla) y Rohstoffund Waren-Einkaufsgesellschaft (Berlín). Como instrumentos de la economía de guerra procuraron someter a control alemán especialmente la minería de España y del Marruecos español.

155 Christof Dipper, ed., *Der Spanische Bürgerkrieg in der internationalen Politik (1936-1939)*, Múnich, 1976, pág. 29.

facilidades a Franco. La Texas Oil Company (Texaco), la Standard Oil de Nueva Jersey y la Vacuum Oil Company de Tánger suministraron a los golpistas unos 35 millones de toneladas de petróleo, casi todas a créditos, y ello a pesar de que lo prohibían las normas del embargo prescrito por el gobierno norteamericano. Franco recibió de la General Motors 12.800 camiones. Acabada la guerra, José María Doussinague, subsecretario del ministerio de Asuntos Exteriores, confesó a Charles Foltz, corresponsal de la Associated Press en Madrid, lo importantes que habían sido aquellos suministros para la España nacional: “Sin el petróleo norteamericano, sin los camiones norteamericanos y sin los créditos norteamericanos no habríamos ganado nunca la guerra”¹⁵⁶.

Existe una copiosa documentación sobre la ayuda recibida por la España nacional de Alemania e Italia, pero según observa con sarcasmo Gabriel Jackson, “en cuanto a la contribución de los capitalistas ingleses y americanos no se ha dicho ni una sola palabra”¹⁵⁷. Y en otro pasaje: “Los bancos y las bolsas de Europa no tardaron en mostrarse hostiles a la República [...]. A partir del 18 de julio de 1936, las grandes compañías europeas, inglesas y americanas que tenían importantes intereses en España prestaron firme

156 Charles Foltz, *The Masquerade in Spain*, Boston, 1948, pág. 69.

157 Gabriel Jackson, *Entre la reforma y la revolución. La República y la guerra civil, 1931-1939*, pág. 27.

apoyo al general Franco, aunque sin darle publicidad”¹⁵⁸. Las empresas petrolíferas instaladas en el puerto internacional de Tánger vendieron combustible a los sublevados, pero no a los barcos republicanos. Esto ocurrió inmediatamente después del golpe, cuando la flota de guerra republicana –el 65% por ciento del tonelaje total– se hallaba concentrada en Tánger. Los buques tuvieron que salir del puerto sin poder repostar. Y cuando llegaron a Gibraltar se les negó también el combustible. La Comisión Internacional de Control de Tánger y las autoridades de Gibraltar hicieron causa común con Franco, quien en una nota dirigida a dicha Comisión y al gobierno de Su Majestad, calificó de “escuadra pirata” a la flota republicana¹⁵⁹.

También Alemania formaba parte de los Estados capitalistas que tenían intereses económicos en España. Tras la Primera Guerra Mundial, España pasó a ser la meta preferida de las inversiones alemanas. En 1924, el consorcio Krupp construyó en Barcelona la Maquinaria Terrestre y Marítima. AEG, Siemens, IG Farben, Osram y otros grupos industriales alemanes se introdujeron en el mercado español fundando sus propias filiales y participando con capital en empresas españolas.

En el plano financiero, esta ofensiva económica imperialista se llevó a cabo a través de las instituciones

158 Ibid., pág. 11 y ss.

159 Daniel Sueiro, op. cit., pág. 216 y ss.

bancarias Deutsche Bank y Überseeische Bank. A partir de 1924, la madrileña CASA (Construcciones Aeronáuticas) fabricó aviones de combate con licencia de la empresa Junker. Las compañías de aviación Aéreo Lloyd e Iberia estaban estrechamente vinculadas a la Lufthansa.

El Estado Mayor alemán encargó a empresas españolas la producción de armas y productos bélicos que su país no estaba autorizado a fabricar debido a las cláusulas restrictivas del Tratado de Versalles. El coordinador principal de este oscuro capítulo de las relaciones entre España y Alemania fue Canaris, el futuro jefe de la Abwehr (servicio alemán de inteligencia). Canaris estableció contactos con personalidades de alto rango, entre ellas el rey Alfonso XIII, el dictador Primo de Rivera y también Franco. Sus principales valedores y testaferros en España fueron el industrial vasco Luis Echevarrieta y el armador Daniel de Araoz, marqués del Sacro Lirio. Ya en 1926 se construyeron en Cádiz torpederos de último modelo para la Marina alemana. Las materias primas españolas tenían una importancia inmensa y hasta insustituible para la industria y el rearme alemanes. Hitler las necesitaba sobre todo para sus planes de guerra. “Junto a las consideraciones de estrategia militar, el creciente interés de la clase dominante de la Alemania fascista por España estuvo determinado tanto por razones económicas como armamentísticas y políticas. La relevancia de España para el imperialismo alemán –sobre todo como proveedora de materias primas

de importancia bélica y como mercado de inversión de capitales y de venta de productos– fue en aumento en la medida en que se aceleraban los preparativos económicos para la guerra”¹⁶⁰. La decisión de Hitler de apoyar a Franco con armas y unidades de combate no estuvo motivada por razones puramente ideológicas, sino que tuvo también como objetivo apoderarse de las riquezas del suelo español y saquear y colonizar económicamente el país.

La intervención fascista

El pronunciamiento en el Marruecos español se desarrolló favorablemente para los facciosos, pero Franco carecía de los barcos y aviones necesarios para trasladar sus tercios y sus moros al territorio peninsular. Su situación era cada vez más difícil, como testimonia uno de sus primeros biógrafos: “Las noticias recibidas por Franco en Tetuán durante los primeros días son todo menos que buenas. Casi parece como si tuviéramos que renunciar a toda esperanza. La Marina roja impide el transporte de tropas a través del estrecho de Gibraltar. En España reina una terrible

160 Marión Einhorn, *Die ökonomischen Hintergründe der faschistischen deutschen Intervention in Spanien 1936-1939*, Berlín (Este), 1962, pág. 48.

confusión; cada día que pasa, la situación se vuelve más crítica”¹⁶¹. Para salir del aprieto en que se encontraba el ejército de Marruecos, Franco decidió dirigirse a Hitler y Mussolini.

La primera petición de ayuda fue cursada al agregado militar de la embajada alemana en París. El 22 de julio, el teniente coronel Juan Beigbéder pidió urgentemente por encargo de Franco el envío de diez aviones de transporte. El ministerio alemán de Asuntos Exteriores eludió expresar su opinión y trasladó al ministerio de la Guerra la petición de ayuda llegada de Tetuán con el siguiente comentario: “Desde el punto de vista del ministerio de Asuntos Exteriores, no hay motivo para satisfacer el deseo español”¹⁶². Más éxito tuvieron los tres emisarios enviados por Franco el día siguiente a Berlín a bordo de un aparato de la Lufthansa. Se trataba de los agentes del Partido Nacionalsozialista Johannes Bernhard y Adolf Langheim, residentes en Tetuán, a quienes acompañaba el capitán Francisco Arranz. Los funcionarios de la Wilhelmstrasse recibieron a los emisarios con frialdad y una gran desconfianza. Rudolf Hess, en cambio, reconoció enseguida el candente interés de la iniciativa de Franco y tomó las medidas necesarias para que llegara a conocimiento de Hitler. En la noche del 25 de julio, el Führer recibió en

161 Joaquín Arrarás, Franco, Hamburgo, 1939, pág. 157.

162 Véase Manfred Merkes, Die deutsche Politik im Spanischen Bürgerkrieg 1936- 1939, 2a ed., Bonn, 1969, pág. 22.

Bayreuth al trío de Tetuán, que le dio conocimiento del mensaje de Franco. A continuación, el Führer llamó a su presencia a Goering, Blomberg y el almirante Canaris. Blomberg puso reparos, pero Goering y Canaris se mostraron partidarios de acceder a la petición de ayuda¹⁶³. El barón Von Neurath, ministro de Asuntos Exteriores, que se hallaba también en Bayreuth, no fue llamado a consulta. La operación Feuerzauber (Fuego mágico) podía ponerse en marcha.

Los primeros Ju 52 despegaron del aeropuerto de Berlín Tempelhof rumbo al Marruecos español ya el 27 de julio. Unos días después se estableció un puente aéreo entre Tetuán y Sevilla. Hasta mediados de octubre de 1936, los aviones alemanes transportaron 13.000 soldados y 270 toneladas de material. La noche del 31 de julio, el vapor Usaramo salió del puerto de Hamburgo con una gran cantidad de material bélico, incluidos seis cazas He 51 y 20 cañones antiaéreos. A bordo del barco iban también 81 soldados, aunque con atuendo civil. De finales de julio a finales de diciembre de 1936 fueron transportados a España por vía marítima 4.600 hombres, cerca de mil vehículos, 25.000 toneladas de material de guerra, 5.000 de combustible y 8.000 de carbón. En la operación participaron 35 barcos, algunos de los cuales entraron en varias

163 Cuando Canaris fue ejecutado tras el frustrado atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944, Franco concedió a su viuda asilo y una pensión.

ocasiones en combate con unidades republicanas.

El 13 de agosto de 1936, pilotos del Reich alemán bombardearon el buque de línea republicano Jaime I. Había comenzado la participación directa de Alemania en las acciones de combate. A partir del 27 de agosto, día en que fue bombardeado Madrid, escuadras alemanas atacaron con regularidad la zona republicana. A comienzos de noviembre fue enviado a España el primer contingente de la Legión Cóndor. Estaba formado por 4.500 hombres al mando de Hugo Sperrle, general de la Luftwaffe. En total, el número de soldados alemanes que combatieron en el bando franquista fue aproximadamente de 18.000.

Sin ser tan decisiva como la alemana, la ayuda italiana fue también importante. Gordon A. Craig no exagera cuando califica de “impresionante” la contribución italiana a la causa de Franco¹⁶⁴. Al principio, Mussolini quiso mantenerse al margen del conflicto español. Así, al leer el telegrama de Franco, escribió sobre el texto: “No”. Sólo se decidió a intervenir –instado por el conde Ciano– tras conocer la actitud alemana. Acabada la guerra, el conde Ciano justificó la intervención italiana con estas palabras: “La Italia fascista, unida a España por los lazos de la religión, la cultura y la sangre, reconoció enseguida la elevada importancia moral del movimiento de Franco y, como

164 Gordon A. Craig, *Geschichte Europas 1915-1980*, Múnich, 1984, pág. 510.

correspondía a su gran trascendencia desde un punto de vista internacional e histórico, le fue imposible ignorarlo”¹⁶⁵. El 30 de julio aterrizaron en el Marruecos español los primeros doce aviones Savoia 81. Les siguió el envío del Corpo di Truppe Volontarie, entre ellas una división completa de Camisas Negras. Al concluir el año 1936 y comenzar el de 1937 se hallaban en el territorio de la España nacional 44.000 soldados italianos¹⁶⁶.

Casi nadie discute hoy que a Franco le hubiera resultado casi imposible ganar la Guerra Civil española sin el apoyo militar de la Alemania nazi y la Italia fascista. Ello no ha sido óbice para que la España franquista haya negado o minimizado este hecho incontrovertible. Serrano Suñer afirma por ejemplo en sus Memorias: "Al Movimiento Nacional no le era precisa una ayuda material de carácter militar, y el mundo bien informado sabe que la ayuda que el Eje nos prestara fue en este orden de cosas bien escasa”¹⁶⁷.

165 “Discorso pronunciato da Ciano alia Camara il 16. Dicembre 1939”, reimpresso en: Galeazzo Ciano, Diario, op. cit., pág. 704 y ss.

166 Véase Ciano's Diplomatic Papers, ed. de Malcom Muggeridge, Londres 1948, pág. 86.

167 Ramón Serrano Suñer, Entre Hendayay Gibraltar, Barcelona, 1973, pág. 62. En las extensas y polémicas conversaciones que mantuvo con el cuñado de Franco en 1979 y 1980, se vio obligado, no obstante, a rectificar su anterior afirmación y reconocer lo contrario: “No cabe duda”, admitió finalmente, “que el puente aéreo organizado con la ayuda de los aviadores alemanes fue decisivo en el bando nacional” (Helena Saña, Elfranquismo sin mitos, op. cit., pág. 112)

Franco se vio obligado a hacer numerosas concesiones a Hitler debido a la ayuda prestada por Alemania. La opinión muy extendida de que fue una marioneta del Führer carece, no obstante, de todo fundamento. Fue más bien Franco quien con su astucia gallega utilizó fríamente para sus propios fines a su poderoso protector y aliado, al que además dejó en la estacada cuando le convino. El Caudillo era general –el más joven de su generación en toda Europa–, y como tal veía en última instancia a Hitler como al simple cabo que el futuro Führer había sido durante la Primera Guerra Mundial. Y así lo trató también cuando ambos se entrevistaron en Hendaya. Franco demostró ser un maestro del doble juego precisamente con Hitler. Durante la Guerra Civil y a pesar de que dependía de los suministros alemanes de armas, se las arregló ya para mantener su autonomía frente al Führer y sus representantes. En el entorno de Franco había por otra parte un fuerte “partido antialemán” formado por aristócratas y monárquicos. El embajador del Reich en Salamanca, el general retirado Wilhelm von Faupel, que se inmiscuyó con notoria tosquedad en la política interior de la España nacional, fue retirado por Berlín a instancias de Franco. Las desmesuradas exigencias de la empresa Hisma Rowak en el terreno económico y el talante brusco de sus representantes contribuyeron decisivamente a debilitar la posición de la Alemania nazi en Salamanca y Burgos, a la vez que indujeron a Franco y sus asesores –entre ellos su hermano Nicolás– a volver los ojos hacia Inglaterra. Los

golpistas se sentían ciertamente agradecidos por la intervención alemana en la guerra, pero el propio embajador Eberhardt von Stohrer llegó pronto a la clarividente conclusión de que “a cambio de los grandes sacrificios con que hemos contribuido al movimiento nacional español, sólo hemos recibido hasta el momento unas escasísimas compensaciones y pocas seguridades para el futuro”¹⁶⁸. Y así continuaron también las cosas hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

168 Citado en Hans-Henning Abendroth, *Hitler in der spanischen Arena*, Paderborn, 1973, pág. 206 y ss.

V. EL GRAN MOMENTO DE LA ANARQUÍA

En 1936, el anarquismo puso realmente en marcha una revolución social y el proyecto más progresista de poder proletario que haya existido jamás.

Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*

Colectivización de la economía

Mientras Franco y sus generales se disponían a someter España entera a su autoridad con la ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista, los trabajadores habían puesto en marcha el proceso de su liberación socioeconómica, tan

anhelada desde hacía mucho tiempo. En efecto, el proletariado urbano y rural no se contentó con levantar barricadas, asaltar cuarteles y defender la República con las armas en la mano, sino que respondió enseguida al golpe de Estado con una fulminante revolución social. “En realidad, lo que se había producido en España”, constata George Orwell en su libro autobiográfico sobre España, “no era sólo una guerra civil, sino el inicio de una revolución”¹⁶⁹. Su objetivo era el de abolir el capitalismo e instaurar un orden social igualitario mediante la socialización de la industria, la agricultura, la artesanía y el sector de servicios. Las masas trabajadoras se proponían ahora emprender por su cuenta lo que los políticos burgueses habían dejado de hacer desde la proclamación de la República: poner en marcha una profunda transformación social. O como escribe Carlos M. Rama: “Mientras en 1931 se trataba de un movimiento casi exclusivamente político, más interesado en las formas de Gobierno que en la estructura, fines y unidad del Estado, ahora se apunta a una transformación efectiva y permanente de la sociedad, y por ende de las relaciones de poder”¹⁷⁰.

La revolución se llevó a cabo sin instrucciones impartidas desde arriba. Fue la clase trabajadora la que

169 George Orwell, *Homage to Catalonia*, Middlesex, 1974, pág. 50 [hay trad. cast: *Homenaje a Cataluña*, Barcelona, 2000].

170 Carlos M. Rama, *La crisis española del siglo XX*, Madrid, 1974, pág. 230.

espontáneamente tomó las riendas en sus manos. Su manera de obrar era de todos modos todo lo contrario de casual o improvisada. Tras ella yacía la larga experiencia revolucionaria del proletariado español. Esto reza principalmente, aunque no de manera exclusiva para la CNT y la FAI, como explica Frank Mintz: “Es muy difícil comprender la colectivización y la autogestión si no se tiene en cuenta lo que era la CNT–FAI antes de la guerra civil”¹⁷¹. Y todavía más precisa es la valoración de Gastón Leval: “La Revolución española fue obra del pueblo, realizada por el pueblo, pero ante todo por los libertarios, hombres del pueblo, que estaban en su seno, y en el seno de las organizaciones sindicales. Por otra parte, el éxito de nuestros compañeros hubiera sido imposible si los conceptos libertarios no hubiesen respondido a la psicología profunda, si no de la totalidad, por lo menos de gran parte de los trabajadores obreros y campesinos”¹⁷². Con la colectivización de la economía, los libertarios españoles no hicieron más que poner en práctica el programa social revolucionario al que habían aspirado siempre y que habían anunciado desde los primeros días de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Como dice Sam Dolgoff: “Setenta y cinco años de luchas militantes y de intensa labor educativa anarquista pusieron

171 Frank Mintz, *op. cit.*, pág. 66.

172 Gastón Leval, *Las colectividades libertarias en España*, vol. 1, Buenos Aires, 1972, pág. 70 y ss.

a los trabajadores españoles industriales y agrarios en condiciones de resolver los problemas de la revolución social”¹⁷³.

En el campo, donde vivía alrededor del 60% de la población española, la revolución tuvo a su favor la tradición del “colectivismo agrario” (Joaquín Costa) y la propiedad comunal, profundamente arraigada en España. Sin ese trasfondo de colectivismo agrario y comunalismo, y sin la madurez ideológica y organizativa de los libertarios, hubiese sido difícil llevar a cabo una socialización de semejante envergadura. Heiner Koechlin, autor de uno de los libros más bellos y argumentalmente más sólidos sobre la revolución española, da en el clavo cuando dice: “Mientras los partidos marxistas inundaban el país con consignas extranjeras, rusas en su mayoría, los anarcosindicalistas continuaban las tradiciones ibéricas”¹⁷⁴. El loable intento de Edward E. Malefakis de querer explicar la revolución agraria española, y en general el anarquismo hispano, basándose únicamente en factores geográficos y económicos como el de los latifundios, es sumamente unilateral y refleja un modelo interpretativo que, partiendo de un reduccionismo histórico positivista y pragmático, tiende a prescindir de

173 Sam Dolgoff, ed., *The Anarchist Collectives. Workers Selfmanagement in Spanish Revolution 1936-1939*, ensayo introductorio de Murray Bookchin, Montreal, 1974, pág. 7.

174 Heiner Koechlin, *Die Tragodie der Freiheit. Spanien 1936-1937. Die Spanische Revolution. Ideen und Ereignisse*, Berlín, 1984, pág. 56.

todos los factores inmateriales¹⁷⁵. El movimiento espontáneo de colectivización, surgido sin directrices emanadas de lo alto, contradecía en todo caso la concepción postulada tanto por Lenin como por Trotski, según la cual es imposible consumir una revolución prescindiendo de la férrea dirección del partido comunista.

También contradecía la tesis formulada por Kautsky, y asumida por Lenin, de que los trabajadores no pueden adquirir conciencia revolucionaria apoyándose sólo en sí mismos. Y en abierta contradicción con la doctrina marxista, que desde el primer momento tachó a los campesinos de clase visceralmente reaccionaria, fue precisamente en el campo donde la revolución española adquirió su perfil más auténtico. Pero también el dogma marxista de que el anarquismo sólo puede afirmarse en sociedades no industriales, se reveló como hueca palabrería. Para ello basta con tener en cuenta la envergadura alcanzada por la colectivización de la industria en Cataluña. Dicho con palabras de Sam Dolgoff: “Alrededor del 75% de la industria española estaba concentrada en Cataluña, bastión del movimiento obrero anarquista. Esto contradice de manera decisiva la afirmación de que los principios organizativos anarquistas no son aplicables en zonas industriales y, si

175 Véase Edward E. Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain. Origin of the Civil War*, New Haven y Londres, 1970 [hay trad. cast: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Madrid, 2001].

acaso, sólo lo serán en sociedades agrarias primitivas o en ensayos comunitarios aislados”¹⁷⁶.

La revolución, organizada y realizada principalmente por los anarquistas, era cualquier cosa menos el producto de una ideología importada del extranjero, como suelen afirmar historiadores, politólogos y sociólogos superficiales. Antes de que llegara a España un solo libro de Proudhon o de Bakunin, había ya en el país una idiosincrasia libertaria. Si el anarquismo doctrinal pudo asentarse y difundirse con tanta rapidez se debió únicamente al hecho de haberse encontrado con un trasfondo histórico y cultural que contenía y anticipaba en esencia los valores fundamentales del anarquismo moderno, entre ellos el sentimiento de igualdad y justicia, la negación del Estado y las autoridades, la predisposición a la rebeldía, la afirmación incondicional de la dignidad propia como norma suprema de conducta, la identificación mística con un ideal, la caballerosidad en el trato con amigos y enemigos, el sentido del honor como medida de la propia valía y, en particular, la altura de miras que solemos denominar grandeza de alma. Las obras de nuestros mejores clásicos están llenas de declaraciones libertarias, aun cuando el lenguaje sea cristiano. A quien quiera comprender el anarquismo ibérico le bastará con leer *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, *El alcalde de Zalamea* de Calderón de la Barca o *El Quijote* de Cervantes, donde el hidalgo se dirige a su escudero llamándole “hermano

176 Sam Dolgoff, op. cit., pág. 7 y ss.

Sancho". Los anarquistas son los herederos de esta España humana y liberal, mientras que los comunistas encarnan el espíritu de la Inquisición, del absolutismo estatal y del morbo autoritario. Quien no reconozca esas coordenadas axiológicas no estará tampoco en condiciones de comprender la verdadera raíz de la revolución española de 1936.

El proceso de socialización fue especialmente importante en Cataluña, Levante y Aragón, pero se extendió también a otras partes de la España republicana. Su eje central fue desde el primer momento Barcelona, que junto a Bilbao era la ciudad más industrializada y el bastión del sindicalismo radical, representado ante todo por los 350.000 afiliados de la CNT. La socialización abarcó en Cataluña el 70% de la industria, partes de la agricultura y del pequeño comercio y a la mayoría del sector de las empresas de servicios: transporte (barcos, ferrocarriles, autobuses, tranvías, taxis y metro), las empresas de agua y electricidad, los restaurantes, hoteles, grandes almacenes, panaderías, peluquerías, etcétera. También se colectivizaron los sectores más importantes de la industria de espectáculos públicos, como el teatro, las salas de cine y la producción cinematográfica. El programa de autogestión puesto en marcha espontáneamente por los trabajadores quedó institucionalizado por el decreto de colectivización promulgado por la Generalitat el 24 de octubre de 1936. En los pequeños talleres y en las compañías pertenecientes a

inversores extranjeros se renunció a la expropiación y se introdujo el control obrero. Esto no se hizo por miedo al capital extranjero, sino por consideración a la difícil situación de la República en política exterior. El decreto de colectivización fue redactado por el jefe y a la vez ministro de Hacienda del Gobierno catalán, Josep Tarradellas, y por el de Economía Joan P. Fábregas. Miembro de la CNT afín al círculo de Federica Montseny y su padre Federico Urales (Juan Montseny), Fábregas era públicamente poco conocido. Muchos anarcosindicalistas –entre ellos Abad de Santillán– se sintieron decepcionados por el decreto: “Cuando lo leí me puse furioso y me fui a ver a Companys. Recuerdo que me dijo que él sabía que ese decreto no sería de mi agrado, pero que un consejero de economía de la UGT lo había impuesto casi pistola en mano. Fue entonces cuando me hice cargo de la consejería de Economía, no para cumplimentar el decreto, sino para ignorarlo”¹⁷⁷. El decreto, al igual que otros impedimentos burocráticos impuestos a la colectivización, no surtió gran efecto mientras Santillán fue consejero de Economía –hasta mediados de abril de 1937–, pues las plantillas de las fábricas hallaron siempre medios y vías para hacer caso omiso de las disposiciones legales y mantener sus propias concepciones. Por tanto, se siguieron creando colectividades sin esperar la autorización de la Generalitat.

Pero incluso en las empresas no colectivizadas donde los

177 Abad de Santillán, “Companys”, op. cit.

trabajadores sólo ejercían un mero control, era difícil que sus dirigentes pudieran tomar una decisión sin el visto bueno de los comités, dotados de amplios derechos de cogestión. Lo mismo sucedía en las compañías pertenecientes al capital extranjero. En el fondo, el control de los trabajadores equivalía a una variante de la colectivización.

En las provincias de Levante, la colectivización abarcó a amplios sectores de la pequeña industria y al 40% de la agricultura, en Aragón en torno a dos tercios del sector agrario. En Castilla la Nueva surgieron 300 colectividades. Debido a la precaria situación en los frentes de guerra, en Andalucía la socialización duró menos y fue de carácter más provisional que en las demás zonas del país; por contraste, se llevó a cabo más radicalmente. Eso explica que en muchos lugares se aboliera por completo la propiedad privada y se prohibiera el dinero. En el noroeste, la colectivización no fue tan ambiciosa como en otras regiones y correspondía más al espíritu del PSOE y de la UGT que al de la CNT-FAI. En Asturias, la minería y la industria fueron al principio sindicalizadas, pero más tarde quedaron sometidas a la dirección de los comités provinciales de sindicatos y partidos. La mentalidad socialdemócrata y la consideración al capital extranjero impidieron que el proceso de socialización fuera más radical. Como escribe Frank Jellinek: “La administración de las minas asturianas” representó “un compromiso entre la nacionalización y el control de los

trabajadores. El director (estatal) tenía la última palabra, pero no podía actuar sin el consentimiento de los representantes obreros”¹⁷⁸. De todos modos, en el centro pesquero de Gijón, donde los anarquistas eran fuertes, se colectivizó la totalidad de la industria pesquera, desde la flota de captura hasta la comercialización, pasando por el proceso de manufactura.

La revolución agraria no se limitó ni mucho menos a Aragón, Levante y Cataluña. En Castilla, por ejemplo, “donde al principio los republicanos, socialistas y comunistas eran, con mucho, los más numerosos, nacieron y se desarrollaron colectividades campesinas, llegando por su potencialidad de conjunto a un nivel superior al de las colectividades aragonesas”¹⁷⁹. Y Heiner Koechlin escribe todavía más detalladamente: “En Castilla la Nueva, una región agraria y poco industrializada, sometida por un lado a la tradicional influencia católica conservadora y a la de los partidos republicano y socialista por el otro, se produjo durante la Guerra Civil, gracias a la penetración de ideas y organizaciones anarquistas, un proceso lento pero tenaz de transformación colectivista en la agricultura que duraría más que la revolución rápida y explosiva efectuada en Aragón”¹⁸⁰. Leval calcula que en la zona republicana se

178 Frank Jellinek, *op. cit.*, pág. 413.

179 Gastón Leval, *Las colectividades libertarias en España*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 99.

180 Heiner Koechlin, *op. cit.*, pág. 36.

crearon en conjunto unas 1.600 colectividades¹⁸¹. Reiner Huhle, que ha estudiado con gran objetividad la revolución agraria y otros aspectos de la Guerra Civil española, llega a la conclusión de que “la colectivización agraria no fue un fenómeno marginal, sino un movimiento de masas de dimensiones imponentes y sin parangón en la historia revolucionaria europea”¹⁸². Tanto más extraño e incomprendible resulta por ello el desdén con que Robert Schmid enjuicia la revolución agraria en su libro crítico sobre el anarquismo español: “Aparte de algunas mejoras (prestaciones sociales, escuelas), la colectivización no pasó de ser, en el fondo, una obra incompleta”¹⁸³. No menos peregrinas son las razones que se saca de la manga para explicar el supuesto falso desarrollo de la revolución campesina: “La colectivización agraria fue emprendida por la CNT con excesiva precipitación y radicalismo y con concepciones a menudo poco claras”¹⁸⁴. A este reproche habría que replicar que los anarquistas españoles no hicieron otra cosa que poner en práctica de manera consecuente, con mayor o menor fortuna, la revolución

181 Gastón Leval, “L’anarchisme et la revolution espagnole”, en *Anarchici ed anarchia nel mondo contemporáneo*, Atti del Convegno promosso dalla Fondazione Luigi Einaudi, Turín, 5-7 de diciembre de 1969, pág. 122.

182 Rainer Huhle, *Die Geschichtsvollzieher*, op. cit., pág. 127.

183 Robert Schmid, *Das rotschwarze Spanien. Zur Rolle des Anarchismus im Spanischen Bürgerkrieg*, Aquisgrán, 1986, pág. 111.

184 *Ibid.*, pág. 110.

agraria formulada con toda claridad por última vez en su congreso de Zaragoza de mayo de 1936. Hablar aquí de “concepciones poco claras” está totalmente fuera de lugar. En cuanto al ritmo y a la radicalidad de la revolución española, es ciertamente lícito mantener opiniones contrapuestas, pero en ninguna parte está escrito que las revoluciones sólo pueden tener éxito y son admisibles cuando se planifican y llevan a cabo lentamente, con máxima cautela y calculando todos los pormenores. Precisamente la historia alemana debería enseñar al señor Schmidt que allí donde sus protagonistas actuaron según los esquemas expuestos en su libro sobre los anarquistas hispanos, no se llegó nunca a una revolución ni se superó el cómodo estadio de las concepciones burguesas y socialdemócratas.

El hecho es que en la epopeya de la colectivización participaron alrededor de tres millones de personas en zonas urbanas y rurales. Heiner Koechlin ha rendido honor a lo que este dato significa: “En resumen se puede decir que en España se hizo realidad por primera vez a gran escala y con muchas variantes una autoadministración económica que recibió el nombre de colectividades y que hoy denominaríamos autogestión”¹⁸⁵.

Con el fin de incrementar la efectividad de las comunas se fundaron en Cataluña, Levante, Aragón, Castilla y Andalucía federaciones regionales de colectividades agrarias. Esta

185 Heiner Koechlin, op. cit., pág. 46.

coordinación hizo posible, según expone José Peirats, “el apoyo mutuo, el asesoramiento técnico, la mecanización y modernización de las instalaciones. Se frenaron las tendencias centrífugas. Se desterró al intermediario especulador. Se atenuó el egoísmo rural milenario. Se dio impulso a la socialización”¹⁸⁶. Abad de Santillán se expresa de manera similar: “Nuestras colectividades no eran lo que habían sido los viejos conventos medievales de las órdenes religiosas. No se aislaban, sino que entrelazaban su existencia, sus intereses, sus aspiraciones, con las de la masa campesina entera, al mismo tiempo que con la industria de las ciudades. Eran el vehículo por el cual se unirían eficazmente la ciudad y el campo”¹⁸⁷. El equivalente de las federaciones agrarias fueron las federaciones industriales en las ciudades. Mediante la colaboración y la imbricación de las diferentes ramas de la industria se lograron progresos notables en el ámbito de la racionalización, la productividad y la mejora de las condiciones de trabajo. Se cerraron empresas obsoletas o no rentables y su personal se integró en unidades de producción más modernas y eficientes. La revolución libertaria española demostró su originalidad ya en el ámbito de las relaciones entre el proletariado urbano y rural, como subraya Sam Dolgoff con todo énfasis: “Un fenómeno singular de la revolución española fue la estrecha

186 José Peirats, “Examen crítico-constructivo de la revolución española”, Comunidad Ibérica, XII, México, 1977.

187 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 122.

cooperación entre los trabajadores del campo y la ciudad. Años de agitación y educación anarquista se revelaron como altamente fecundos para solventar uno de los problemas esenciales de toda revolución: la relación entre el proletariado industrial y los trabajadores agrarios, entre el movimiento anarquista y anarcosindicalista y los campesinos”¹⁸⁸. En la colectivización desempeñaron un cometido importante las Cajas de Compensación, surgidas en todas las regiones. El objetivo de estos órganos solidarios consistía en echar una mano a las colectividades que por las razones que fuere estaban en apuros o no eran tan eficientes como otras. La Caja de Compensación de la región central repartió, por ejemplo, en el espacio de un año abonos y maquinaria agrícola por valor de dos millones de pesetas oro entre las colectividades agrarias menos prósperas. Otro ejemplo: los tranvías colectivizados de Barcelona, gestionados desde el principio con extraordinario éxito, transfirieron una parte de sus ganancias a las empresas de transporte que operaban con menor rentabilidad. De finales de julio a finales de diciembre de 1936, la empresa del Metro recibió 400.000 pesetas, el transporte portuario 100.000 y los teleféricos del Tibidabo y Montjuich 75.000.

Hubo sin embargo algo que los anarquistas no acometieron: la expropiación de los bancos y su sometimiento al control del pueblo, omisión que no tardó

188 Sam Dolgoff, *op. cit.*, pág. 8.

en constituir un serio obstáculo para el ulterior desarrollo y buena marcha de la revolución social, dado que uno de los medios empleados por la burocracia oficial para poner un dique a la colectivización fue el bloqueo de los créditos. Ahora bien, eso no significa que la colectivización de los bancos y las cajas de ahorro hubiese solucionado todos los problemas de la revolución, como da a entender todavía hoy la historiografía ultraizquierdista con su proclividad a los planteamientos y argumentos esquemáticos. Es incluso posible que hubiese agudizado aún más las discordias en el seno de la República. Por añadidura, tanto la CNT de Barcelona como la de Madrid y otras ciudades apenas tenían empleados en el sector de la banca y el crédito. Aunque sólo fuera por razones puramente técnicas, a la CNT le hubiera resultado muy difícil familiarizarse con una rama de la economía que le era ajena, como ella misma admitía: “¿Por qué no se colectivizaron los bancos? Los dependientes bancarios estaban poco organizados. Existían dos sindicatos bancarios, uno CNT y otro UGT; este último, mayoritario, era contrario a la colectivización y propugnaba la estatalización”¹⁸⁹. Los grandes bancos se hallaban, además, en Madrid y Bilbao, y en esas ciudades los anarquistas no eran la fuerza dominante. Por todas esas razones, Abad de Santillán y otros militantes de la FAI jugaron con la idea de que 3.000 anarquistas asaltaran el Banco de España en

189 Colectivizaciones. La obra constructiva de la revolución española, ed. de la CNT- FAI, 4a ed., pág. 25. La primera edición apareció en Barcelona en 1937.

Madrid y lo sometieran a su control. Los responsables de la CNT rechazaron categóricamente el plan por considerarlo aventurero y contraproducente.

En algunos otros sectores, la colectivización no se llevó tampoco a cabo o sólo se aplicó en parte. No obstante, los éxitos de los anarcosindicalistas y sus aliados convirtieron definitivamente en ridícula la leyenda de que sólo eran aptos para oponerse y destruir, y no para realizar una labor fecunda y constructiva. En ningún período de la historia social hubo un movimiento que en un tiempo tan breve y en condiciones tan difíciles lograra tanto como la CNT–FAI en España. El italiano Aldo Garosci, conocedor de España –y ajeno al anarquismo–, no se limita a valorar la superioridad de los anarquistas en las luchas de julio en las calles de Barcelona, sino que habla también de su “insuperable aptitud para tomar iniciativas” y de su “singular aptitud para la reorganización” en el terreno del comunismo de guerra, tanto en la industria como en el sector de los servicios¹⁹⁰. “Para sorpresa de innumerables economistas y teorizadores”, escribe el autor alemán Horst Stowasser, “no estalló el caos; al contrario: la autogestión demostró en todo momento su capacidad de funcionamiento y rendimiento. La gran cantidad de problemas que inevitablemente surgían eran abordados con fantasía y talento improvisador. De la misma manera se superaban las

190 Aldo Garosci, “Problemi dell’anarchismo spagnolo”, en *Anarchici ed anarchia nel mondo contemporáneo*, op. cit., pág. 72.

deficiencias y los reveses. A pesar de tener que enfrentarse ‘adicionalmente’ al tremendo desafío de librar una guerra, se logró mejorar todas las condiciones de trabajo e incrementar al mismo tiempo la producción”¹⁹¹. Y del mismo modo que en el momento de aplastar la sublevación de los facciosos no se produjeron saqueos en las tiendas de las grandes ciudades, en el campo no se destruyó tampoco el mobiliario de los ricos ni se robaron obras de arte, como testimonia Kaminski: “En esta revolución campesina llama especialmente la atención que no hubiera destrucciones ni saqueos; sólo hubo un cambio de dueños. A partir de ese momento, el individuo da paso a la colectividad”¹⁹².

Una revolución no violenta

El proceso de colectivización se llevó a cabo sin derramamientos de sangre, aunque no se puede afirmar que estuviera libre de presiones. Las hubo, pero fueron más

191 Horst Stowasser, *Freiheitpur. Die Idee der Anarchie*, Francfort, 1995, pág. 306.

192 Hanns-Erich Kaminski, *Barcelona, ein Tag und seine Folgen*, Berlín, 1986, pág. 79. Publicado por primera vez en París, en 1937, con el título *Ceux de Barcelone*.

bien la excepción. En Cataluña, los anarquistas renunciaron a hacer lo que los bolcheviques habían hecho en Rusia sin el menor reparo: imponer una dictadura. En vez de seguir esta línea, no dudaron en compartir por iniciativa propia su hegemonía con otras fuerzas, a pesar de saber que eran hostiles a la CNT–FAI. Abad de Santillán afirma con razón: “Nadie podrá acusarnos de haber sido colaboradores desleales ni de haber utilizado nuestra influencia para oprimir o exterminar a ninguna de las tendencias que hacían promesas de fe antifascista”¹⁹³.

No hubo koljoses obligatorios, como en la URSS, ni tampoco liquidaciones sistemáticas de agricultores pudientes y latifundistas, como ocurrió en la Unión Soviética bajo Stalin.

Daniel Guérin escribe al respecto: “La adhesión a la colectividad era voluntaria. Así lo exigía la preocupación fundamental por la libertad de los anarquistas”¹⁹⁴. En Cataluña, el número de aparceros y pequeños campesinos de clase media que querían conservar su tierra y se oponían a la colectivización era muy grande; la CNT y la FAI aceptaron esta realidad y no sometieron a presiones dignas de mención ni a esas personas ni a su asociación, la Unió de

193 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 100.

194 “La adhesión a la colectividad era voluntaria. Así lo exigía la preocupación fundamental de los anarquistas por la libertad”. Daniel Guérin, *L’anarchisme*, París, 1965, pág. 153 [hay trad. cast: *El anarquismo*, Madrid, 1978].

Rabassaires. A pesar de su postura más bien procomunista, Frank Jellinek rinde honor a la “moderación” de la CNT y subraya que “respondía al deseo anarquista de no perjudicar a nadie innecesariamente”¹⁹⁵. Los anarquistas abrigaban la esperanza de que el ejemplo de la revolución convenciera por sí mismo a los agricultores reacios. Rudolf Rocker dice: “La CNT no abusó, sin embargo, de la fuerza que poseía, sobre todo en Cataluña, para reprimir otras corrientes sociales e imponerles su voluntad. Más bien hizo cuanto estaba en sus manos para unir a los elementos antifascistas en la lucha contra el enemigo común y crear una nueva vida social. No estaba en su ánimo valerse de su superioridad de hecho para limitar la libertad de opinión o negar a los demás lo que reivindicaba para ella misma”¹⁹⁶. La que ejerció coacción en Cataluña no fue la CNT–FAI, sino la Unió de Rabassaires, que se sirvió de su hegemonía en el campo para someter a su control todo el desarrollo de la agricultura catalana con la ayuda de la Generalitat y mediante la sindicalización obligatoria y la creación de sindicatos agrarios. El hecho de que su presidente Josep Calvet formara parte del Consejo de la Generalitat desde el primer momento hasta el último, favoreció la imposición de su política frente a la economía colectiva de los anarquistas. El 5 de septiembre de 1936, la CNT catalana celebró un congreso de campesinos en el que, entre otras cosas, se

195 Frank Jellinek, op. cit., pág. 441.

196 Rudolf Rocker, *Die Spanische Tragodie*, introducción de Rudolf de Jong, Berlín, 1976, pág. 74.

acordaron las siguientes directrices para la revolución agraria: “Al proceder al establecimiento de la colectivización de la tierra, a fin de que los pequeños propietarios no desconfíen ni un momento de nuestra acción emancipadora, y, en consecuencia, que no puedan convertirse en enemigos, en torpedeadores y saboteadores de nuestra obra, se les respetará en principio el cultivo de las tierras que por sus propios brazos puedan labrar y siempre que esto no obstruya o dificulte el desarrollo debido a los núcleos que se colectivicen. Tenemos la convicción de que lo que lograríamos, quizás, obligando, se obtendrá por el ejemplo que dará por sí misma la colectivización de la tierra [...]. Si la mayoría de los campesinos de la localidad no comparten o hay quien no comparta este criterio, los sindicatos respetarán el cultivo de los pequeños propietarios”¹⁹⁷.

Los enemigos de la revolución afirmaron naturalmente desde el principio –como el estalinista Willi Bredel– que la colectivización sólo se llevó a cabo recurriendo a las presiones, la violencia y el terror. Así, el sudodicho Bredel sostiene que los anarquistas “colectivizaron la agricultura obligando pistola en mano a los labradores a realizarla”¹⁹⁸. El ex-comunista Franz Borkenau fue uno de los primeros que en su diletante y petulante libro sobre España difamó la

197 José Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 1, pág. 264 y ss.

198 Willi Bredel, op. cit., vol. 1, pág. 61.

revolución social de los libertarios, a la que describía como un producto del terror: “Más tarde llegó a mi conocimiento que tanto en la ciudad como en el campo, el terrorismo fue con mucho la palanca más fuerte de la revolución social. Las expropiaciones iban precedidas por ejecuciones, y el miedo a ser liquidados amedrentó hasta tal punto a los ricos que habían sobrevivido, que se sometieron al régimen revolucionario”¹⁹⁹. Como es habitual entre los historiadores antilibertarios, Borkenau atribuye este terror a los anarquistas, que junto con el POUM, son el blanco principal de su implacable ajuste de cuentas con la España republicana. El liberal Salvador de Madariaga desfigura también la verdad al afirmar que, para la CNT, la revolución social consistía en “dar muerte a personas ilustres, quemar iglesias y destruir los registros de la propiedad”²⁰⁰. Para el estalinista Luigi Longo está fuera de duda que los anarquistas no tenían en absoluto la intención de liberar a los campesinos del yugo de la opresión, sino la de explotarlos; en consecuencia, afirma que “las colectividades agrícolas eran meros pretextos de los Comités Locales para esquilar arbitrariamente a los campesinos y azuzarlos –consciente o inconscientemente– contra las instituciones republicanas”²⁰¹. Los ataques más desenfrenados corren a

199 Franz Borkenau, *Kampfplatz, Spanien*, Darmstadt, 1988, pág. 308. Publicado por primera vez en Londres, en 1938, con el título *The Spanish Cockpit* [hay trad. cast: *El reñidero español*, Barcelona, 2001].

200 Salvador de Madariaga, *op. cit.*, pág. 491.

201 Luigi Longo, *Die Internationalen Brigaden*, Berlín, 1958, pág. 130.

cargo de Jesús Hernández, quien, nada más acabar la guerra y por orden del PC –con el que unos años más tarde rompería–, arrojó contra los anarquistas y su revolución más de 500 páginas de basura que no tenían nada que envidiar a la propaganda difamatoria de los fascistas. Baste como botón de muestra lo que escribe sobre la revolución social en Barcelona: “Eso era realmente Barcelona en el verano de 1936: la víctima de un atraco inmenso, inaudito, a cargo de un ejército de pistoleros y de aventureros dispuestos a despojarla del último botón”²⁰². El libertario Consejo de Aragón es definido como “un islote de despotismo y de crimen”²⁰³. El entonces dirigente del PC calificaba de “terrorismo desatado de Comité” el comunismo libertario practicado en Levante; a su ley, de “pillaje y saqueo”, y a sus partidarios, de “ejército de presidiarios y falangistas”²⁰⁴.

Sobre la FAI, blanco predilecto de sus ataques, escribe: “Entre los cobardes y capituladores, entre los agentes directos e indirectos de Franco y de los invasores, entre los traidores manchados de sangre obrera, están los anarquistas de la FAI, esa lepra sucia que en España venía atacando el cuerpo vigoroso de la revolución”²⁰⁵. He aquí

202 Jesús Hernández, Negro y rojo. Los anarquistas en la revolución española, México, 1946, pág. 186 y ss. El libro fue escrito en 1941.

203 Ibid., pág. 258.

204 Ibid., pág. 234.

205 Ibid., pág. 182.

algunas muestras del virtuosismo de Jesús Hernández a la hora de inventar leyendas, de tergiversar, de difamar, de denunciar y de vomitar odio.

Lástima que, en su celo polémico, él y otros devoradores de anarquistas se olviden de que durante la guerra, los dirigentes del PC no cesaron de hacer la corte a los anarcosindicalistas tanto por cálculo político como por temor a la Confederación y de mendigarles literalmente su colaboración, como comprobaremos con pelos y señales en un capítulo posterior.

El hecho de que la campaña de difamación comunista sea insostenible no significa, por otra parte, que la revolución se llevase a cabo en condiciones idílicas, como pretenden no pocos cronistas anarquistas. Quien trace un cuadro excesivamente edificante de la colectivización está emitiendo un juicio de valor falso, no sólo sobre la naturaleza violenta de la revolución social, sino también sobre la predisposición de los seres humanos a abusar del poder. En el campo y en las localidades pequeñas, los comités ejercieron presiones, por ejemplo, mediante la discriminación de los agricultores que no se adherían a la colectivización, los llamados “individualistas”. Pero esto fue más bien la excepción y no la regla. Las relaciones entre los colectivistas y los campesinos independientes transcurrieron casi siempre sin conflictos, según admite Bernecker: “Las informaciones existentes sobre algunas

colectividades subrayan, en la mayoría de los casos, una colaboración nada problemática con los lugareños no integrados en la colectividad y que por ello labraban sus propias tierras”²⁰⁶.

No se trata sólo de que los campesinos autónomos disfrutaban a menudo de las instalaciones y servicios de la colectividad, sino que además podían hablar de sus propios intereses en las asambleas de la misma.

Gastón Leval, que asistió a muchas de aquellas asambleas, observa al respecto: “Las asambleas eran públicas, abiertas a todos los habitantes; las objeciones, las proposiciones, eran debatidas ante todos, pudiendo cada cual, lo mismo que en las asambleas sindicales, tomar parte en los debates, criticar, proponer, votar en pro y en contra. La democracia se extendía a toda la vida social. En la mayoría de los casos, los mismos individualistas, enemigos de las colectividades, podían participar en las deliberaciones. Sólo que no podían votar, puesto que no formaban parte del organismo cuyas actividades se decidían”²⁰⁷.

Burnett Bolloten abandona por un momento su meticulosa objetividad al hablar de las “dictaduras parroquiales” (parochial dictatorships) instituidas por los

206 Walther L. Anarchismus and Bürgerkrieg, op. cit., pág. 98.

207 Gastón Leval, Las colectividades libertarias en España, op. cit., vol, 1, pág. 239 y ss.

anarquistas en “innumerables localidades” (countless localities)²⁰⁸, una afirmación para la que no aporta ningún ejemplo concreto. Su compatriota Stanley G. Payne no se apoya tampoco en ningún caso particular cuando afirma, generalizando, que “casi todas las colectividades agrarias de Aragón fueron establecidas con un grado mayor o menor de violencia”²⁰⁹. Gerald Brenan, más familiarizado con la realidad española que los dos norteamericanos que acabamos de citar, es mucho más cauto a la hora de juzgar las colectividades, limitándose simplemente a señalar que “en algunos casos, aunque ello era contrario a sus tácticas oficiales, usaron la fuerza”²¹⁰. Es indudable que durante el proceso de colectivización se cometieron abusos de poder, como admitirían los mismos órganos de la CNT. Juan Peiró estaba en la vanguardia de los anarquistas que, al igual que la dirección del POUM, se pronunciaron contra el empleo de cualquier forma de violencia o de coacción²¹¹. Por lo demás, el simple hecho de que la implantación de la gestión colectiva no incluyera a todos los sectores de la producción industrial y agraria, habla en contra de la tesis de la violencia

208 “Dictaduras provincianas”, “incontables localidades”. Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage. The Spanish Civil War and Revolution, 1936-1939*, 2a ed., introducción de H. R. Trevor-Roper, Londres 1968, pág. 76 [hay trad. cast.: *La Guerra Civil española: revolución y contrarrevolución*, Madrid, 2005].

209 Stanley G. Payne, *The Spanish Revolution*, op. cit., pág. 244.

210 Gerald Brenan, op. cit., pág. 383.

211 Por ejemplo, en el periódico *Llibertat* del 29 de septiembre de 1936.

y la coacción como medio para la colectivización, tesis tan gustosamente propagada por los enemigos de la revolución. Esto es aplicable también y sobre todo a Aragón. Como observa Rainer Huhle, el hecho de que “en Aragón el número de colectividades fuera muy elevado y que, no obstante, fuese raro que un pueblo estuviera colectivizado al cien por cien”, permite deducir que, en esta región, protegida y dominada militarmente por las milicias anarquistas, no se empleó en principio la violencia²¹². “La inmensa mayoría de la población agraria”, constata Bernecker refiriéndose a Aragón, “se sumó a la acción colectivizadora de los anarcosindicalistas y no necesitó ser forzada para incorporarse a las colectividades”²¹³. Los miembros de las colectividades que más tarde se separaron de ellas –lo que no ocurrió con frecuencia– desmienten también la tesis siempre repetida del empleo de la fuerza.

En su obsesión por atribuir a toda costa a los anarquistas medidas de violencia o al menos de coacción, los enemigos y críticos de la revolución olvidan que los militantes de la CNT–FAI llegaron a Aragón como libertadores y no como opresores. Esa es la razón de que fuesen recibidos por los campesinos con los brazos abiertos, como constata Carl Einstein, testigo presencial de lo que ocurrió allí: “Los

212 Rainer Huhle, op. cit., pág. 98.

213 Walther L. Bernecker, *Anarchismus und Bürgerkrieg*, op. cit., pág. 235.

campesinos saludaban a los milicianos como sus libertadores”²¹⁴. Y, según anota Frank Mintz, más de un crítico pasa también por alto deliberadamente que “las colectividades formadas fuera de las columnas eran la mayoría”²¹⁵.

En la región de Levante, donde el anarquismo y el socialismo de izquierda estaban profundamente arraigados, no se ejerció prácticamente ninguna presión. Pero tampoco en Castilla, donde tenían menos influencia que en Cataluña, Aragón, Levante y Andalucía, recurrieron a la fuerza o la violencia para imponer la colectivización, como testimonia Eugenio Criado, uno de sus más destacados militantes: “Tenemos unas doscientas treinta colectividades. Jamás hemos impuesto ninguna. Las propagamos. Nos dirigimos a los campesinos con manifiestos, conferencias y mítines. Les demostramos la superioridad económica y ética de las colectividades. Son los campesinos, sin coacción ni imposición de ninguna clase, los que vienen a nosotros a pedirnos orientación y el envío de militantes para la constitución de las colectividades campesinas”²¹⁶.

214 Carl Einstein, op. cit., pág. 526.

215 Frank Mintz, op. cit., pág. 351.

216 Eugenio Criado, declaraciones a Tierra y Libertad, Barcelona, julio de 1937.

Revolución cultural

No queremos dejar de mencionar, aunque sólo sea a grandes rasgos, los logros obtenidos por los colectivistas en el terreno de la instrucción y la política cultural, en especial en lo que respecta a la lucha contra el analfabetismo en las comarcas rurales, pero también en las ciudades industriales, donde vivía y trabajaba un gran número de emigrantes procedentes de familias campesinas. Hanns Erich Kaminski, que observó muy de cerca la obra de la revolución, escribe: “En muchos pueblos, donde tan sólo unos meses antes la mitad de sus habitantes no sabía leer ni escribir, no quedan ya analfabetos; tan grande es la sed de conocimiento”²¹⁷. Gastón Leval escribe acerca de este tema: “El apetito de cultura, el deseo intenso de difundir la instrucción, ha sido uno de los grandes motivos y de los grandes objetivos de la Revolución”²¹⁸.

La revolución cultural a la que aspiraban los anarcosindicalistas españoles perseguía dos objetivos fundamentales: acabar con el dualismo entre trabajo físico e intelectual, condicionado por la división de clases, y

217 Hanns-Erich Kaminski, op. cit., pág. 75.

218 Gastón Leval, Las colectividades libertarias en España, op. cit., vol. 1, pág. 180.

desterrar de la enseñanza el sistema de recompensas y castigos, también de origen clasista.

Estos dos grandes pilares de la concepción pedagógica de la CNT–FAI fueron formulados y proclamados con todo vigor ya en el Congreso de Zaragoza celebrado en mayo de 1936. Una de sus resoluciones decía: “Los productores, en la sociedad comunista libertaria, no se dividirán en manuales e intelectuales, sino que todos serán manuales e intelectuales a la vez”²¹⁹. Y respecto al segundo principio: “Dentro del sistema pedagógico que pondrá en práctica el comunismo libertario quedará definitivamente excluido todo sistema de sanciones y recompensas, ya que en estos dos principios radica el fomento de todas las desigualdades”²²⁰.

Este aspecto de las organizaciones campesinas y obreras, silenciado o minimizado por los estudios dedicados a la Guerra Civil y la revolución, fue todo lo contrario de un producto de la casualidad o la improvisación, ya por el solo hecho de que el anarquismo español había concedido siempre un gran valor a la formación cultural de las masas populares. La profesora norteamericana Lily Litvak lo expresa en términos concisos: “El movimiento libertario otorgó a la cultura un papel fundamental. No hay ninguna

219 CNT. El Congreso Confederal de Zaragoza, op. cit., pág. 240.

220 Ibid., pág. 239.

otra ideología que le haya dado un papel tan central”²²¹. Heiner Koechlin opina de manera parecida: “También los adversarios burgueses y marxistas deberían reconocer que en el plano de la educación popular, el anarcosindicalismo español realizó una labor que no se puede comparar con la de ningún otro movimiento obrero”²²². Las escuelas racionalistas de Ferrer Guardia y los ateneos libertarios existentes entonces en toda España eran testimonio palpable de esa profunda preocupación por la cultura y la educación. Sólo en Madrid había unos 30 ateneos, y en Barcelona todavía más. A pesar de ello, no siempre eran suficientes para dar cabida a todas las actividades culturales de la Confederación. “Como los ateneos siendo grandes resultaban pequeños, los domingos se alquilaban cines o salones donde se podían representar obras de teatro”, escribe Abel Paz²²³. En carta al autor, José Peirats explicaba que todos los militantes tenían su propia biblioteca y que había una plétora de ateneos y grupos culturales en los que se organizaban conferencias, charlas y debates, también al aire libre. Los sábados por la noche y los domingos, los locales anarquistas estaban llenos a rebosar²²⁴. Pero también los cafés eran lugares donde se ejercitaba el arte

221 Véase Emilio García Wiedemann. “Entrevista con Lily Litvak”, CNT, Granada, noviembre de 1994.

222 Heiner Koechlin, op. cit., pág. 23.

223 Abel Paz, “En cada anarquista había un poeta”, CNT, Granada, abril de 1995.

224 José Peirats, carta al autor, Vall de Uxó, 27 de octubre de 1985.

de la discusión, como en otros tiempos en el Ágora de Atenas. Esto explica porqué –al menos en Barcelona– la policía acostumbraba a efectuar redadas en cafés frecuentados predominantemente por libertarios, como La Tranquilidad o el Pay Pay, que según Arturo Perera, merecen ser incluidos en la historia social de España por el papel revolucionario que representaron²²⁵. También los incontables órganos de prensa editados por la CNT–FAI se interesaban constantemente por cuestiones de educación y cultura. No era raro que se impartieran lecciones en el propio frente, como por ejemplo ocurría en la Columna Durruti. “Por las noches, junto al fuego del campamento”, testimonia Carl Einstein, “los jóvenes escuchan a los mayores. Algunos no saben leer ni escribir. Los camaradas les enseñan. La Columna Durruti volverá del campo de batalla sin analfabetos. Es una escuela”²²⁶.

La transformación social llevada a cabo en plena Guerra Civil brindó a los anarquistas la oportunidad de aplicar sus concepciones culturales y de política educativa en un marco más amplio, al menos en parte. La creación de escuelas propias en las colectividades agrarias, así como la formación técnica y la ampliación de estudios de jóvenes y adultos, ocupaba un lugar central de la reforma educativa. La política de educación libertaria estuvo dirigida en Castilla por la Federación de Trabajadores de la Enseñanza, perteneciente

225 Arturo Perera, *Solidaridad Obrera*, Barcelona, abril de 2000.

226 Carl Einstein, *op. cit.*, pág. 521.

a la CNT y fundada por iniciativa de Eugenio Criado. Con ayuda de la Federación nació a su vez en Madrid la Escuela de Campesinos, donde se impartían cursos de formación a labradores jóvenes integrados en las colectividades. Entre docentes y alumnos reinaba un trato de camaradería; los segundos tenían siempre la posibilidad de revisar los programas de clase elaborados por los profesores y presentar propuestas de modificación. Y lo sorprendente fue que la CNT no dudó en atraer a su proyecto a técnicos e ingenieros agrónomos de procedencia burguesa o incluso conservadora²²⁷.

La renovación pedagógica fue llevada adelante con gran empuje también en las ciudades. Esto reza en especial para Cataluña. El 27 de julio, sólo pocos días después del aplastamiento de la sublevación, se creó en Barcelona el Consejo de la Escuela Nueva Unificada, CENU. La presidencia de la institución fue asumida por el pedagogo libertario Joan Puig Elias. El director de Enseñanza Superior pasó a ser el geólogo Albert Carsi Lacasa, también anarquista y antimilitarista militante. Nos falta espacio para honrar como se merecen los éxitos conseguidos por estos hombres y sus colaboradores de ambos sexos en el ámbito de la enseñanza; baste con señalar que a partir de 1937, todos los niños de Cataluña tenían una plaza escolar, un fenómeno singular en la España de entonces. En los

227 Véase José García Pradas, *Teníamos que perder*, 2ª. ed., Madrid, 1974, pág. 141.

primeros seis meses que siguieron al estallido de la guerra, se crearon 4.707 nuevos puestos docentes, y transcurrido un año se construyeron 151 nuevos grupos escolares. La política educativa del CENU perseguía tres objetivos fundamentales: sustituir las escuelas confesionales por escuelas laicas, acabar con la discriminación social y fomentar el espíritu de solidaridad.

Autogestión

El principio en que se apoyaba el movimiento de colectivización era la autogestión, que como el término indica, partía de la voluntad y la gestión democrática de los obreros y campesinos. La dirección y la administración de las empresas industriales y agrarias eran incumbencia del comité elegido por la plantilla de las empresas o los miembros de las colectividades, y revocables en todo momento. La última instancia decisoria era la asamblea plenaria. "Nadie, ni el secretario General del CN o de cualquier sindicato, podía asumir actitudes de mando o decidir por cuenta propia. La organización tenía bien definidas sus posturas, y los que ejercían sus funciones en los cuerpos coordinadores debían ajustarse a los mandatos. De otra manera prontamente serían desautorizados por las

bases y separados de sus cargos”, escribe José Grundfeld²²⁸.

Los propietarios de empresas y los cuadros técnicos que no se habían marchado al extranjero o no permanecían ocultos, tuvieron la oportunidad de seguir ejerciendo sus antiguas funciones. Fueron tratados como miembros de la plantilla con igualdad de derechos, conservando además, en la mayoría de los casos, las tareas directivas que habían desempeñado antes. O como escribe Ricardo Sanz: “Los técnicos y hasta muchos de los antiguos patronos se pusieron al servicio incondicional de la nueva orientación de la vida de la producción, y en general fueron unos verdaderos y leales auxiliares en la buena marcha económica de todas las actividades productivas”²²⁹. A menudo, sin embargo, faltaba personal directivo especializado, sobre todo al principio; por eso, Federica Montseny recibió del Comité Regional de la CNT catalana el encargo de instar a la colaboración a los técnicos que por miedo se habían alejado de su puesto de trabajo.

A lo que los cuadros profesionales especializados tuvieron que renunciar fue naturalmente a las espléndidas remuneraciones, dividendos y sueldos que habían recibido hasta entonces, pues una de las primeras medidas de la revolución consistió en eliminar sin excepción los ingresos

228 José Grundfeld, “La obra constructiva de la revolución española”, Reconstruir, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1972.

229 Ricardo Sanz, El sindicalismo y la política, Toulouse, 1966, pág. 301.

parasitarios e introducir una estructura salarial igualitaria. En algunos pueblos y colectividades agrarias se suprimió el dinero y se practicó de manera más o menos consecuente el comunismo libertario; en muchos sectores económicos y muchas empresas se optó por el sueldo unitario, en otras por un modelo de remuneración escalonada.

Dos ejemplos entre muchos documentan la posición igualitaria de los anarquistas respecto a los salarios: Horacio Martínez Prieto, número uno de la CNT, recibía el mismo sueldo que un simple miliciano. Los cuatro ministros de la CNT-FAI en el Gabinete de Largo Caballero transferían a la Organización la mayor parte de sus ingresos oficiales y se quedaban sólo con lo que ganaba un miliciano: 10 pesetas diarias. No se trataba de ninguna novedad, sino que respondía a una tradición profundamente arraigada en el anarquismo español: el rechazo radical del mandarinato y los privilegios. A diferencia de los socialdemócratas y los comunistas, la CNT-FAI sólo contaba con burócratas y funcionarios pagados para casos excepcionales y por un tiempo limitado. Así, en el congreso nacional celebrado en Madrid en 1931, la CNT decidió, a instancias de García Oliver, que en el seno de la Organización sólo se autorizaran puestos retribuidos por el plazo de un año. Hans Magnus Enzensberger escribe sorprendido y admirado acerca de ello: “Todavía en 1936, la CNT tenía un solo funcionario retribuido ¡para más de un millón de miembros de la Organización! No existía ningún aparato burocrático. Los

cuadros directivos vivían de su propio trabajo en las empresas o del apoyo directo que recibían de los grupos de base para los que militaban. No se trata de un detalle irrelevante, sino de una de las razones decisivas de que la CNT no produjera jamás ‘líderes obreros’ aislados de las masas, con las deformaciones tradicionales e inevitables del mandarinato”²³⁰. Clara y Paul Thalman, que durante la Guerra Civil vivieron muy de cerca la experiencia de la CNT, comparten esta valoración: “La CNT sólo dispuso de funcionarios pagados en raras excepciones. No había cajas sindicales. Las huelgas y otras acciones reivindicativas, cortas pero violentas, contaban siempre con la solidaridad moral y material de amplios sectores de la población. El movimiento libertario no conocía el culto a la personalidad y odiaba la subordinación incondicional a un jefe. Si hombres como Durruti o Ascaso fueron empujados por la propia militancia a ponerse a la cabeza del movimiento, era debido a su autoridad y pureza moral. Eran simplemente los mejores entre iguales”²³¹. Los comunistas, en cambio, se oponían a la política salarial igualitaria de los anarquistas. “Mataban todo estímulo, todo esfuerzo por elevar y mejorar la producción, imponiendo un salario igual para

230 Hans-Magnus Enzensberger, *Der kurze Sommer der Anarchie*, Fráncfort, 1972, pág. 33 [hay trad. cast.: *El corto verano de la anarquía*, Barcelona, 2002].

231 Clara y Paul Thalman, *Revolution für die Freiheit. Stationen eines politischen Kampfes*, Moskau/Madrid/París, 2a ed., Hamburgo, 1977, pág. 360.

todas las categorías: a los ingenieros y técnicos, a los obreros más cualificados, se les pagaba lo mismo que a los peones”, se dice en la historia oficial del PC sobre la Guerra Civil²³². Y en el panfleto que Jesús Hernández escribió contra el movimiento libertario por encargo del PC se pueden leer lindezas como la siguiente: “El salario igualitario era la puñalada más vil, el golpe más eficaz que podía darse a la producción”²³³. Como marxistas improvisados que eran, ignoraban al parecer que tanto Lenin como Marx y Engels antes que él, no habían cesado de luchar con la máxima energía contra los sectores privilegiadas de la clase obrera.

En muchas empresas y colectividades rurales se introdujo el “salario familiar”, de acuerdo con el cual no se tenía en cuenta únicamente el rendimiento personal del colectivista en el proceso laboral, sino también sus circunstancias familiares: “El importe del sueldo no dependía ya del tiempo de trabajo y de la tarea, sino de las necesidades del colectivista y su familia”²³⁴. Aparte de eliminar las jerarquías en la política salarial y de humanizarla, se creó también un sistema social, inexistente hasta entonces, que incluía prestaciones sociales para ancianos, inválidos y enfermos, así como para los hijos de los trabajadores. Además, la

232 Guerra y revolución en España, 1936-1939, vol 2, Moscú, 1966, pág. 32.

233 Jesús Hernández, Negro y rojo, op. cit., pág. 188.

234 Diedrich Peters, Der spanische Anarcho-Syndikalismus. Abrifiüber eine revolutionäre Bewegung, Ulm, 1989, pág. 74.

semana laboral se redujo a 40 horas, eliminándose a la vez los despidos al estilo capitalista.

Federalismo

Otro aspecto de la revolución española fue la aparición de un cúmulo de comités locales, provinciales, comarcales y regionales, de ayuntamientos, corporaciones y órganos de poder de los tipos más diversos que, sin esperar indicaciones u órdenes de instancias superiores, tomaban decisiones y actuaban de manera soberana o casi soberana. Esta descentralización de base federativa supuso una ruptura radical con la España de estructura centralista del pasado y el final de la dictadura de Madrid sobre los demás territorios. O como escribe Kaminski: “Han desaparecido cinco siglos de historia, toda la obra de la Reconquista, todas las conquistas de los reyes de Castilla. Milicianos y campesinos armados son ahora los dueños. El comité tiene su sede en los edificios principales de cada localidad y gobierna autocráticamente como un señor feudal en la Edad Media. Donde en otros tiempos había condes, barones, caballeros y príncipes, encontramos ahora el comité de ciudad o de pueblo. Cada uno de esos comités

tiene un nombre distinto y actúa de manera diferente”²³⁵. Gabriel Jackson llega incluso a decir: “El esfuerzo por crear una sociedad descentralizada y colectivista fue quizá la característica más original de la Guerra Civil española”²³⁶.

No era la primera vez que la periferia de España se alzaba contra el dominio del centro. Precisamente porque el anticentralismo está profundamente arraigado en la historia española, las pretensiones hegemónicas del centro chocaron constantemente con la oposición cerrada de la periferia, que defendió a menudo su autonomía y sus prerrogativas con las armas en la mano. Es cierto que la resistencia frente a la arrogante tutela ejercida por la España de Castilla la Vieja estuvo motivada a menudo por un nacionalismo pequeñoburgués y fue todo lo contrario de revolucionaria, sobre todo en Cataluña y el País Vasco. Pero incluso el modelo burgués de autonomía significaba, en principio, un progreso frente al viejo dominio del Estado central y unitario sobre las regiones, pues era una respuesta al grotesco Imperio español, que además de haberse convertido en un total anacronismo, había estado gobernado por una casta de políticos, reyes, militares y burócratas casi siempre irresponsables, incompetentes, corruptos y culpables de las guerras insensatas que durante siglos habían desencadenado hasta arrojar al país a la ruina.

235 Hanns-Erich Kaminski, op. cit., pág. 74.

236 Gabriel Jackson, Entre la reforma y la revolución, op. cit., pág. 218.

La tradición de las libertades y los fueros regionales y locales era más antigua y tenía raíces más hondas que el centralismo, fomentado sobre todo por los Austrias y los Borbones. En este sentido, Gerald Brenan llama la atención sobre el hecho de que “los españoles han continuado viviendo la intensa vida de la ciudad Estado griega, de la tribu árabe o del municipio medieval”, incluso en los tiempos modernos²³⁷. El federalismo, difundido rápidamente en el siglo XIX gracias a los escritos del político y erudito republicano de izquierda Pi y Margall –traductor y discípulo de Proudhon–, fue desde el primer momento una de las reivindicaciones principales de los anarquistas españoles. También en este aspecto siguieron las ideas de Proudhon y Bakunin, sobre todo las expuestas por el primero en su obra *Du principe fédératif*, aparecida en 1836. Pero los anarquistas no tuvieron la oportunidad de poner en práctica sus concepciones teóricas hasta 1936. En contraste con las aspiraciones autonómicas, a menudo estrechas de miras y egoístas, de la gran burguesía vasca y catalana y de sus representantes políticos, la CNT–FAI entendía el federalismo en primer lugar como una revolución social. Por eso, ambas organizaciones no participaron en las luchas intestinas entre nacionalistas y separatistas y combatieron no sólo al Estado central de Madrid, sino también al Estado vasco o al catalán. Los anarquistas fundaron en las ciudades comités de base y practicaron la democracia directa

237 Gerald Brenan, op. cit., pág. 11.

introducida con mayor o menor fortuna por los griegos. Por lo demás, no hicieron otra cosa que proyectar hacia afuera la dinámica federalista que ellos mismos practicaban en el seno de la Organización a todos los niveles. Pues como observa César M. Lorenzo, “la autonomía de las federaciones regionales era intocable, al igual que en el interior de estas últimas era intocable la autonomía de las federaciones locales y de los sindicatos”²³⁸.

238 “La autonomía de las federaciones regionales era intocable, como también lo era en el interior de éstas la de las federaciones locales y los sindicatos”. César M. Lorenzo, op. cit., pág. 237.

VI. GUERRA Y REVOLUCIÓN

Franco y su pandilla de generales fascistas no fueron, ni mucho menos, los únicos a los que hubo de enfrentarse la revolución española. Sus adversarios comenzaron a actuar también en su propio campo desde el primer día.

Hans Magnus Enzensberger
El corto verano de la anarquía

Anarquistas y comunistas

La CNT y la FAI partían de la tesis de que sólo se podía acabar con el fascismo mediante una revolución social. Gerald Brenan lo explica así: “Lejos de mirar la guerra como una simple lucha contra el fascismo, veían en ella la

oportunidad que habían esperado tanto tiempo de crear un nuevo tipo de sociedad [...]. Más aún, creían que se ganaría la guerra solamente si la revolución social llegaba hasta las líneas de fuego”²³⁹. Dicho con las palabras de Buenaventura Durruti: “Nosotros hacemos la guerra y la revolución al mismo tiempo. Las medidas revolucionarias no se toman únicamente en Barcelona, sino que llegan hasta la línea de fuego. Cada pueblo que conquistamos empieza a desenvolverse revolucionariamente. En la ruta que hemos seguido no hay más que combatientes. Todo el mundo trabaja para la guerra y para la revolución; ésta es nuestra fuerza”²⁴⁰. Carl Einstein ha resumido para la posteridad el desarrollo de aquel proceso: “Las columnas habían ocupado las sierras frente a los fascistas. Abajo, en los pueblos, se comenzaba a establecer la economía colectiva. Se construían carreteras, se abrían canales, se fundaban escuelas y hospitales y se organizaba en su totalidad el suministro a los pueblos. Aquellos anarquistas, subestimados a menudo, demostraron ser unos inteligentes constructores”²⁴¹.

El lema de Durruti “Renunciamos a todo menos a la victoria”, citado tan a menudo, fue utilizado por los comunistas para hacer circular la leyenda de que lo prioritario para el líder libertario no era la revolución, sino la lucha contra el fascismo. Esta versión no se ajusta a los

239 Gerald Brenan, *op. cit.*, pág. 383.

240 CNT, Madrid, 6 de octubre de 1936.

241 Carl Einstein, *op. cit.*, pág. 527.

hechos. Su amigo y compañero de lucha Marcos Alcón, que le sustituyó en el Comité de Milicias Antifascistas cuando Durruti marchó a Aragón con su columna y que permaneció en contacto constante con él, ha puesto en claro lo que el líder libertario quería decir con su frase “Renunciamos a todo menos a la victoria”. Durruti se refería a las comodidades de la vida hogareña, al amor de los familiares y a todo lo relativo a los aspectos gratos de la existencia urbana, pero nunca a las ideas anarquistas²⁴². Precisamente porque Durruti llevaba la revolución dentro del alma se sintió muy descontento con la conducta de muchos compañeros de la CNT-FAI en aquella etapa. Eran compañeros que se arredraban ante los efectos de una línea revolucionaria consecuente y habían adoptado una actitud titubeante. Antes de que Durruti partiera para el frente de Madrid el 4 de noviembre, confió sus preocupaciones a algunos compañeros de lucha. Según el testimonio de Marcos Alcón, no era ningún secreto que, refiriéndose a la Organización, Durruti dijo en una reunión privada que ésta podía decir y decidir lo que quisiera, pero que independientemente de todas las resoluciones que adoptara, él y sus hombres proclamarían el comunismo libertario y saldarían definitivamente cuentas con sus enemigos en cuanto entraran en Zaragoza²⁴³. Tras la muerte de Durruti, su esposa confirmó lo que había querido decir

242 Marcos Alcón, “La verdad en marcha. El testimonio de Durruti”, Cultura Proletaria, Nueva York, 20 de febrero de 1943.

243 Ibid.

con su famosa sentencia: “Durruti, cuando hablaba de la victoria, pensaba, sin ninguna duda posible, en la victoria de las milicias populares venciendo a las hordas fascistas, pues rechazaba la idea de la victoria militar de una República burguesa que no conduciría a ninguna transformación social”²⁴⁴.

Los comunistas rechazaban categóricamente la revolución anarcosindicalista y no se cansaron de asegurar que el único orden que estaban dispuestos a aceptar era una república democrática y burguesa de “nuevo cuño”. Así, dos semanas después del estallido de la guerra, el periódico comunista *L’Humanité* publicó la siguiente declaración: “El Comité Central del Partido Comunista Español nos ha pedido poner en conocimiento de la opinión pública, en respuesta a las informaciones tendenciosas y fantásticas de cierta prensa, que el pueblo español en su lucha contra los rebeldes no trata de establecer la dictadura del proletariado pues tiene un único objetivo: la defensa del orden republicano y el respeto a la propiedad”²⁴⁵. Unos días antes, Dolores Ibárruri

244 Émilienne Morin, “Nuestra victoria”, *Le Libertaire*, 17 de noviembre de 1938, reimpresso en Abel Paz, *Durruti*, pág. 645.

245 “El Comité Central del Partido Comunista español nos ha pedido que en respuesta a las informaciones tendenciosas y fantásticas de cierta prensa, pongamos en conocimiento de la opinión pública mundial que en su lucha contra los insurrectos, el pueblo español no intenta establecer una dictadura del proletariado, sino que su único objetivo es la defensa del orden republicano y el respeto a la propiedad”. *L’Humanité*, París, 3 de agosto de 1936.

había explicado en nombre del Comité Central del PC español: “Es la revolución democrático–burguesa que en otros países, como en Francia, se desarrolló hace más de un siglo, lo que se está realizando en nuestro país”²⁴⁶. Las tomas de posición y declaraciones de José Díaz, Jesús Hernández y otros miembros de la dirección del PC iban en la misma dirección. En la edición del 3 de diciembre de 1936 de *Mundo Obrero* –órgano principal del Partido– se podía leer: “Las impaciencias, los infantilismos revolucionarios y los ‘extremismos’ nos perjudican hoy tanto como la pérdida de varias batallas en el frente”²⁴⁷. Uno de los partidarios más celosos de la línea antirrevolucionaria era Santiago Carrillo, que antes de su conversión al estalinismo había defendido posiciones de extrema izquierda como secretario general de las Juventudes Socialistas y director de su órgano *Renovación*. En Cataluña, Comorera y otros dirigentes del PSUC repetían como loros amaestrados las consignas pequeñoburguesas y antirrevolucionarias y cumplían al pie de la letra lo que la Komintern exigía a los comunistas ibéricos. En uno de sus primeros discursos, Comorera dijo: “El partido combate por la república democrática y parlamentaria [...]. Es necesario que evitemos la hostilidad de los Estados democráticos [...]. La situación territorial y política de España es bien diferente de la de Rusia durante la Gran Revolución. Una política que no tenga en cuenta la

246 *Mundo Obrero*, 30 de julio de 1936.

247 *Mundo Obrero*, 3 de diciembre de 1936.

situación geográfica e internacional conducirá necesariamente a la derrota”²⁴⁸. Clara y Paul Thalman escribieron acerca de ello: “Instruido por los agentes rusos, el PSUC aprendió de maravilla cómo apaciguar a la pequeña y a la gran burguesía e incitarla contra los elementos revolucionarios”²⁴⁹.

Los comunistas no se limitaron a combatir la revolución, sino que no desperdiciaron ninguna ocasión para afirmar que las metas revolucionarias que la CNT–FAI perseguían en el plano social debilitaban la cohesión de las fuerzas republicanas y ponían en peligro la victoria contra los golpistas. Pocas semanas después del estallido de la Guerra Civil, Togliatti escribía ya, refiriéndose a la colectivización: “En este momento [...] hay no pocas personas que bajo capa de los principios anarquistas debilitan la solidaridad y unidad del Frente Popular”²⁵⁰. Sus llamamientos a la unidad, repetidos constantemente como una monótona cantinela, no impidieron que los comunistas denegasen armas a las unidades de combate anarcosindicalistas, difamasen a la CNT–FAI en todo momento y practicasen, además, una política partidista y sectaria a todos los niveles. Willy Brandt, que a pesar de su presencia en España y sus contactos con

248 Antonio Sesé, José del Barrio y Juan Comorera, *Nuestra situación política actual*, Barcelona 1936, pág. 16.

249 Clara y Paul Thalman, *op. cit.*, pág. 182.

250 M. Ercoli [nombre de guerra de Togliatti], *The Spanish Revolution*, Nueva York, 1936, pág. 10.

el POUM no se percató del todo de la estrategia de los comunistas, escribiría más tarde: “En aquel momento no tuve –todavía– claro en qué medida se utilizó la invocación a los imperativos militares para servir los intereses particulares de la Komintern y de sus peones españoles”²⁵¹. Walther L. Bernecker emite un juicio parecido: “La máxima supuestamente neutral de ‘Primero la guerra, luego la revolución’, se reveló como un intento certero de ocultar ideológicamente la conquista del poder en el Estado republicano”²⁵².

En contra de las imputaciones formuladas por los comunistas, los anarquistas sabían muy bien que la victoria militar era condición ineludible de la existencia y ulterior desarrollo de la revolución, como explica Abad de Santillán: “Sabíamos que no era posible triunfar en la revolución si no se triunfaba antes en la guerra, y por la guerra lo sacrificábamos todo. Sacrificábamos la revolución misma, sin advertir que ese sacrificio implicaba también el sacrificio de los objetivos de la guerra”²⁵³. Por su parte, García Oliver subrayaba en un discurso pronunciado en Barcelona en enero de 1937: “Para que se consiga el triunfo de hoy, para que se realice este triunfo, se requiere una supeditación absoluta de nuestra vida y de nuestras actividades a la

251 Willy Brandt, *Links und frei Mein Weg 1930-1950*, Hamburgo, 1982, pág. 238.

252 Walther L. Bernecker, *Krieg in Spanien 1936-1939*, op. cit., pág. 144.

253 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 145.

guerra”²⁵⁴. La FAI proclamó en su pleno de julio de 1937: “La FAI no podría cumplir íntegramente su función si se perdiera la guerra. Ganar la guerra es mantener firme y victorioso el principio de la revolución, y éste será la consecuencia inmediata de la victoria”²⁵⁵.

Quienes pusieron en juego la unidad del frente antifascista no fueron ni la revolución ni los marxistas del POUM o los sindicalistas de la UGT, sino los propios comunistas, lo que por supuesto no significa que las demás fuerzas políticas estuvieran exentas de sectarismo doctrinal. El motivo principal y de fondo de la derrota de la República fue, en última instancia, el sectarismo ideológico y de partido, como observa con razón Heinrich Jaenecke: “La victoria de Franco habría sido difícil sin la desunión de la izquierda y sin la lucha de todos contra todos en la retaguardia. Lo que desmoralizó la voluntad de resistencia de la República no fueron las bombas de la Legión Cóndor, sino la incapacidad de la militancia de izquierda para superar sus estrategias particulares y hallar una respuesta común a la amenaza”²⁵⁶. Lo que el prestigioso periodista y escritor y nieto del canciller Ebert no dice es que entre el sectarismo de los comunistas y el de los demás partidos

254 García Oliver, “El fascismo internacional y la guerra antifascista española”, reproducido en *El eco de los pasos*, op. cit., pág. 412.

255 José Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 2, pág. 247.

256 Heinrich Jaenecke, op. cit., pág. 6.

existía una diferencia abismal, pues los anarquistas, tan poco apreciados por Jaenecke, habían demostrado ya su disposición a compartir su poder con otros partidos a raíz del aplastamiento de la sublevación en Barcelona, mientras que los comunistas sólo pensaban en el control y el sometimiento pleno de todo el bando republicano. Se trata de una sutil diferencia no mencionada por el publicista alemán, por lo demás tan lúcido y siempre tan generoso a la hora de comentar en la revista *Stern* mis libros en lengua alemana²⁵⁷.

El comportamiento antirrevolucionario de los comunistas en la Guerra Civil española respondía a la estrategia de acercamiento y reconciliación con las democracias burguesas, iniciada por Stalin a mediados de la década de 1930 por temor al nacionalsocialismo.

El PCE y el PSUC hicieron suya la lógica de Stalin y se declararon dispuestos a ser los ejecutores de la política exterior estalinista. En el fondo, los comunistas españoles no tenían identidad ni voluntad propias. Carecían sobre todo de consistencia moral, pues de lo contrario no se hubieran dejado instrumentalizar por el Kremlin como sumisas marionetas.

Todo cuanto dijeron e hicieron durante la guerra consistió en acatar a rajatabla y sin abrir la boca las órdenes de Stalin,

257 Willy Brandt, *Links und frei*, op. cit., pág. 223.

de la Komintern y de la GPU o la NKVD. La existencia de diferencias de opinión con los jefes rusos y sus representantes sólo se conoció cuando Jesús Hernández, El Campesino, Enrique Castro Delgado, Manuel Tagüeña y otros miembros del PC fueron publicando sus respectivas Memorias.

Los comunistas tenían otro motivo importante para combatir la revolución anarcosindicalista en España: no era su revolución, sino la de sus viejos adversarios ideológicos. También en este aspecto se confirma lo que diría Willy Brandt: “Los comunistas fieles a la línea oficial suelen dar sólo por buenas las revoluciones que ellos pueden dirigir y administrar”

El bloque antirrevolucionario

La tesis de que la revolución social disminuía la capacidad de combate de la República no era sostenida únicamente por los comunistas, sino que era compartida también por todo el sector burgués. Salvador de Madariaga, por ejemplo –un reaccionario social con máscara de intelectual liberal–,

afirma arrogantemente: “La razón principal del fracaso de los revolucionarios fue la propia revolución”²⁵⁸.

Los anarcosindicalistas y sus aliados tuvieron que afrontar pronto el fuego cruzado de todos los partidos y movimientos políticos que por diversas razones se oponían totalmente a la colectivización de la economía. La revolución tenía en todo caso más enemigos que amigos. Y cuanto más duraba la guerra, tanto más abiertamente se mostraba el odio que sus adversarios sentían por ella. Dicho con las palabras de Horacio M. Prieto: “A las colectividades agrarias e industriales y a las empresas socializadas se les hizo una guerra terrible desde el poder y con el apoyo de todos los sectores políticos; se les puso toda suerte de trabas legales para yugularles el comercio exterior, para imposibilitarles la importación de materiales de trabajo; se les negaban los créditos y garantías, fluido, carburantes; y en las oportunidades más impunes, las requisas y disoluciones manu militari remataban la campaña de difamaciones y sabotajes contra la economía revolucionaria, en todo lo cual se distinguieron principal y duramente los comunistas”²⁵⁹.

La gama de los enemigos declarados o camuflados de la revolución era muy extensa, pero su común aversión a los

258 Salvador de Madariaga, op. cit., pág. 547.

259 Horacio Martínez Prieto, *Posibilismo libertario*, Ivry-sur-Seine, 1966, pág. 75 y ss.

anarcosindicalistas hacía de ellos un bloque compacto y contundente. Al grupo de los enemigos de la revolución pertenecían la alta burguesía, amplios sectores de la pequeña burguesía y de los empleados, los latifundistas y los campesinos reaccionarios, los partidos republicanos, la intelectualidad liberal, los militares profesionales, la policía, los funcionarios, los socialistas de derecha y los comunistas. Estos últimos consiguieron bastante pronto hacerse con la dirección de la contrarrevolución y determinar en gran medida su rumbo. Todas las demás organizaciones hostiles a la revolución no pasaron de ser instrumentos útiles y “compañeros de viaje” de las maquinaciones comunistas.

Mundo Obrero y Treball, órgano este último del PSUC, no se cansaban de apoyar a la clase media urbana y a los campesinos medianos y pequeños de las zonas rurales y azuzarlos contra la colectivización. El PSUC fundó la Federación Catalana de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales con el propósito de hacer de esta mezcla de comerciantes, profesionales y pequeños industriales un bastión contra la socialización de la economía. Ramos Oliveira, un socialista que se pasó a la corriente de Negrín, explicaba así la funesta alianza entre comunistas y clase media: “Sorprendida por el tono moderado de la propaganda comunista e impresionada por la unidad y el realismo predominantes en el Partido, la clase media republicana engrosó considerablemente sus filas. Militares profesionales y funcionarios que anteriormente

no habían leído ni un solo panfleto de la propaganda comunista se hicieron miembros del Partido, unos por cálculo, más de uno por debilidad moral y otros contagiados por el entusiasmo imperante en la organización comunista”²⁶⁰. La versión de Burnett Bolloten está todavía más cerca de la realidad: “Constituye una obviedad y resulta casi superfluo decir que estos nuevos miembros no habían sido atraídos, en absoluto, por los principios comunistas, sino por la esperanza de salvar algo de las ruinas del antiguo sistema social”²⁶¹. Se trataba de un juego perfectamente amañado: mientras los comunistas servían a la clase media para asestar el golpe mortal a la revolución, la clase media se servía de los comunistas para salvaguardar sus intereses específicos de clase. Las capas burguesas despreciaban la revolución porque desdeñaban al proletariado. Se declaraban ciertamente republicanas, pero en julio de 1936 la República no fue salvada por ellas, sino por los trabajadores, los mismos trabajadores a quienes los miembros de la alta, media y pequeña burguesía habían mirado por encima del hombro, perseguidos y encarcelados desde 1931 hasta el estallido de la Guerra Civil. En todo caso, a la hora de luchar contra la sublevación de los facciosos, se les vio escasamente en las barricadas, como testimonia Víctor Alba: “No es el Frente Popular el que lucha. Son los obreros. El porcentaje de combatientes de clase media que han de

260 A. Ramos Oliveira, *Politics, Economics and Men in Modern Spain 1808-1946*, Nueva York, 1972, pág. 599.

261 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, op. cit., pág. 86 y ss.

ser asistidos en los hospitales o que mueren en la calle es desproporcionado, por su pequeñez, con el volumen de la clase media en el país y mucho más con el de los partidos republicanos en las Cortes”²⁶². Los trabajadores querían una república revolucionaria, mientras que la clase media deseaba conservar su status social y sus privilegios; y para esto último se brindó como aliado precisamente el Partido que había abogado con toda energía por la revolución mundial antes de que Stalin lanzara su estrategia del Frente Popular.

Si los comunistas españoles se pronunciaron contra la colectivización no fue sólo porque así lo había mandado Stalin; su actitud estaba motivada también por su odio tradicional a los anarcosindicalistas. Les resultaba difícil aceptar la amarga realidad de que, hasta el estallido de la Guerra Civil, el PC había representado un papel totalmente subalterno, mientras que sus inveterados rivales anarquistas habían dominado la escena revolucionaria española desde el último tercio del siglo XIX. Lo que por ello indujo a Dolores Ibárruri y a sus camaradas a combatir la revolución no fueron sólo motivos ideológicos, sino un profundo rencor. Su celo en fabricar, por medio de campañas de agitación y propaganda bien orquestadas, héroes artificiales como Enrique Lister, Juan Modesto, Valentín González El Campesino o La Pasionaria, no respondía sólo a imperativos de estrategia publicitaria, sino

262 Víctor Alba, *El Frente Popular*, Barcelona, 1976, pág. 455 y ss.

que era también la expresión de su complejo de inferioridad frente a los legendarios héroes anarcosindicalistas. A este odio se sumaba la circunstancia de que el PC “no se atrevió a atacar de frente” a los anarquistas “debido a la gran fuerza de éstos”, como señala Rainer Huhle²⁶³.

El odio de los comunistas a los anarquistas se remontaba a los días de la Asociación Internacional de Trabajadores, cuando Marx y Engels difamaban con auténtica manía persecutoria a Bakunin y sus seguidores por medio de inmundos panfletos como *Los bakuninistas en acción* (Engels) o circulares internas llenas de mentiras y tergiversaciones, hasta que ambos lograron expulsar a Bakunin de las filas de la Internacional en el congreso de La Haya (1872), no dudando para ello en recurrir a delegados falsos que sólo existían sobre el papel. Hasta aquí llegaba su impudicia y su fanatismo. Lo que cuenta para la historia es que, en vez de solidarizarse con la revolución, los comunistas españoles hicieron todo lo imaginable para apoderarse del aparato del Estado con el fin de destruirla. Para alcanzar ese objetivo no vacilaron en aliarse con todas las fuerzas contrarrevolucionarias, negar junto con ellas el pan y la sal a los revolucionarios y aterrorizarlos, como ocurrió sobre todo con los comunistas antiestalinistas del POUM²⁶⁴.

263 Rainer Huhle, op. cit., pág. 93.

264 La tendencia a solidarizarse con los enemigos de la revolución

La posición de la UGT, el POUM y el PSOE

La UGT vinculada a Largo Caballero –aunque no en Cataluña– y el POUM, fundado por Joaquín Maurín y Andrés Nin, apoyaron el movimiento de colectivización puesto en marcha por la CNT–FAI. También lo hizo el sindicato agrario socialista Federación Española de los Trabajadores de la Tierra, contribuyendo con ello a configurar la revolución campesina en Castilla la Nueva y Extremadura.

La colaboración entre la CNT y la UGT fue también muy estrecha en Valencia y otras partes de Levante. Lo mismo puede decirse de Aragón, donde la solidaridad entre ambos sindicatos existía desde mucho antes de formalizarse a comienzos de marzo de 1937. Rudolf Rocker escribe al respecto: “Donde quiera que la afiliación de la UGT estaba compuesta por obreros y campesinos auténticos, sus representantes en la administración de las empresas

sobrevivió a la Guerra Civil y constituyó una parte importante de la táctica del Partido bajo la dirección de Santiago Carrillo. Unos treinta años después de la Guerra Civil, el jefe del PC adulaba al Ejército, la Policía y la Iglesia con la consigna del “Pacto para la libertad”. El Secretario general proclamaba que “los comunistas irán en España al socialismo con la hoz y el martillo de un lado, y con la cruz del otro” (Nuestra Bandera, nº 39).

industriales y agrícolas trabajaban con los de la CNT en la más plena armonía”²⁶⁵. En el plano nacional se formó, a finales de noviembre de 1936, una Comisión común de la CNT y la UGT que celebraba sesiones diarias y adoptaba resoluciones conjuntas. La Comisión se había propuesto como objetivo la unificación de ambas centrales sindicales. Pero, como señala Peirats, “una de las causas del estancamiento de las negociaciones hay que atribuirla a la política divisionista del Partido Comunista. La intriga y las provocaciones fueron sus armas favoritas”²⁶⁶. No obstante, para mantener la cooperación con los sindicatos socialistas, la CNT tuvo que reducir considerablemente sus postulados revolucionarios, lo cual no fue necesariamente un error dada la situación del momento. A su vez, la UGT intentó superar su tradicional oposición al maximalismo social y revolucionario de la CNT.

El PSOE no era, en conjunto, partidario de la revolución. Del Gobierno central constituido el 5 de septiembre de 1936 bajo la presidencia de Largo Caballero formaban parte, además de él mismo, otros seis ministros socialistas, cuatro republicanos de izquierda y dos comunistas. Este Gabinete no adoptó una actitud precisamente revolucionaria. Eso explica que impulsara la militarización de las milicias y creara nuevas estructuras burocráticas estatales, todo ello

265 Rudolf Rocker, op. cit., pág. 76.

266 José Peirats, La CNT en la revolución española, op. cit., vol. 2, pág. 57.

en provecho de los comunistas y en perjuicio de la revolución. Y cuando Juan Negrín y López, miembro de la alta burguesía y agente de Moscú, se hizo con el timón, la mayor parte de la Ejecutiva del PSOE se adhirió a la línea antiolecionista y antirrevolucionaria del Gobierno.

A pesar de sus divergencias teóricas, la colaboración entre la CNT-FAI y el POUM fue predominantemente constructiva, caracterizándose por la mutua voluntad de entendimiento. Lo mismo puede decirse de las asociaciones juveniles Juventud Comunista y Juventudes Libertarias. En su extenso y en conjunto valioso libro sobre España, Pierre Broué y Emile Témime tienden a simplificar los antagonismos entre anarquistas y poumistas, sobre todo para presentar las posiciones anarcosindicalistas bajo una luz desfavorable. Más acorde con la realidad es la interpretación de otros dos historiadores franceses, Jean Becarud y Gilles Lapouge: “Frente al desafío franquista, el POUM no defendía la República sino el poder obrero. Este punto de vista explica por qué el POUM –a pesar de sus serias diferencias de opinión– se situó en posiciones muy cercanas a las de los hombres de la CNT”²⁶⁷.

El máximo y nunca superado problema del POUM era la ausencia física de Maurín, preso en la zona franquista. Maurín era el auténtico *spiritus* rector del partido. A pesar

267 Jean Becarud y Gilíls Lapouge, *Anarchistes d'Espagne*, París, 1970, pág. 144 [hay trad. cast.: *Los anarquistas españoles*, Barcelona, 1977].

de su formato intelectual y su buena voluntad, Nin no consiguió sustituirlo: primero, porque durante su larga estancia en Rusia había perdido contacto con España, y segundo, porque su relación personal con sus camaradas no fue nunca tan familiar como la de Maurín. En carta al autor, Jeanne Maurín escribía en este contexto: “En fin, durante la guerra civil, no demostró la capacidad que se podía esperar de él. Se encontró como ‘paralizado’, sin ideas propias. No actuó como un líder en ese período tan difícil. Yo me encontraba entonces en París, al regresar de Barcelona donde me había enterado de que era viuda, y recibí varias visitas de militantes del POUM pertenecientes al Gomité Ejecutivo que se quejaban amargamente de esta carencia por parte de Nin”²⁶⁸. A ello se sumó la rivalidad siempre latente entre el “Bloque” fundado por Maurín y la “Izquierda Comunista” de Nin, así como los intentos de absorción por parte de los trotskistas, que, como señala Víctor Alba, “trataban al POUM como propiedad suya”²⁶⁹.

Por su condición de marxistas, los poumistas se creían superiores a los anarcosindicalistas en el terreno de la teoría; de ahí su constante crítica a la CNT y la FAI, a menudo engolada y pedante. Pero también eran conscientes de que no tenían más remedio que buscar una alianza con los libertarios. Es posible que algunos de sus cuadros pudieran teorizar con brillantez, pero las masas estaban con la CNT.

268 Jeanne Maurín, carta al autor, Rosemont, EE UU, 3 de mayo de 1976.

269 Víctor Alba, carta al autor, Kent, Ohio, 23 de enero de 1975.

El propio Trotski había explicado en repetidas ocasiones que los revolucionarios más enérgicos de España se hallaban en las filas de la CNT. También lo sabía el POUM, y sólo lo olvidó en raras ocasiones.

Las experiencias comunes y las relaciones personales jugaron un papel decisivo en la relación entre anarquistas y marxistas del POUM. Maurín, David Rey y otros poumistas habían comenzado luchando en las filas del anarcosindicalismo. El trato personal entre anarquistas y poumistas era, en general, amistoso y solidario²⁷⁰. No había odio y todos ellos eran partidarios resueltos de la revolución, unos apoyándose en Bakunin, los otros en Marx. Solían marchar por caminos separados, pero en todos los momentos decisivos de la Guerra Civil permanecieron unidos y se apoyaron mutuamente. La relación de camaradería entre el POUM marxista y la anarquista CNT-FAI es una prueba de que el antagonismo entre anarquismo y comunismo no se debe atribuir en absoluto a sus diferencias de opinión ideológicas, sino que tiene otras causas más profundas. Vamos a intentar esclarecer el trasfondo de esta problemática.

270 Estos lazos se mantuvieron también tras la guerra. Maurín, por ejemplo, publicaba artículos en la revista libertaria Comunidad Ibérica, que se editaba en México. También aparecieron colaboraciones suyas en la revista Reconstruir, dirigida en Buenos Aires por Abad de Santillán.

Un enfrentamiento de trascendencia cosmo-histórica

Los comunistas españoles no emprendieron su campaña contra la revolución por mera táctica o sumisión a Moscú. Tras ella había un profundo menosprecio por cualquier forma de acción que no obedeciese a una orden emanada de arriba. Antes de la Guerra Civil, ellos mismos habían hablado de revolución, pero entendiendo por tal un proceso dirigido y llevado a cabo ateniéndose a las instancias superiores del Partido. Para los comunistas, revolución equivalía a normas, disciplina y jerarquía, que eran justamente los principios que habían imperado siempre en los cuarteles y en las fábricas capitalistas. En lo hondo de su alma actuaban como los había descrito Bakunin: “Somos los enemigos naturales de esos revolucionarios –futuros dictadores, reglamentistas y tutores de la revolución–, que mucho antes de haberse destruido los Estados monárquicos, aristocráticos y burgueses sueñan ya con instaurar Estados nuevos y revolucionarios tan centralistas y despóticos como los actuales”²⁷¹.

Estos mismos comunistas se enfrentaban ahora en España a un movimiento popular que en abierto contraste con su

271 Bakunin, Werke, op. cit., vol. 3, pág. 87.

fetichismo autoritario, postulaba exactamente lo que ellos consideraban como una anomalía: la espontaneidad, el anhelo de libertad, la autodeterminación y la iniciativa de base.

En la zona republicana del país se estaba viviendo algo más que un enfrentamiento entre el PCE y el PCUS por un lado y la CNT–FAI por el otro. En realidad, se trataba de un conflicto de carácter paradigmático entre el principio de autoridad y el de libertad o rebeldía. En la historia de la lucha de clases y de la revolución no hay ninguna fase en la que anarquistas y comunistas se contrapusieran de manera tan frontal como durante la Guerra Civil española.

Este enfrentamiento no tenía sus raíces en España. Marx y Engels habían demostrado ya a menudo su incapacidad para tratar con serenidad y ecuanimidad a quienes no pensaban como ellos. Injuriaban y desacreditaban a todo el que no estuviese de acuerdo con sus concepciones teóricas, como hicieron con Max Stirner, Proudhon, Bakunin, Karl Grün, Wilhelm Weitling o Ferdinand Lassalle. En este sentido resultan reveladoras no sólo sus tomas de posición públicas, sino también las opiniones que expresan en su extenso epistolario, en las que se trasluce con especial claridad su carácter engreído y arrogante. Al principio, Marx y Engels tributaron respeto y admiración a Proudhon. Así, el joven Marx habló en la *Rheinische Zeitung* de la “lúcida obra

de Proudhon”²⁷². También el joven Engels emitió el siguiente juicio positivo sobre *Qu’est-ce que la propriété?*-. “Si quisiese ver traducido algún libro francés al inglés, sería éste”²⁷³. Ambos escribieron en *La Sagrada Familia*-. “La obra de Proudhon *Qu’est ce que la propriété?* tiene para la economía la misma importancia que la de Sieyès *Qu’est ce que le tiers état* para la política moderna”²⁷⁴. Tras la aparición del libro *Philosophie de la misère*, de Proudhon, Marx escribió de pronto un implacable panfleto contra la obra y su autor. A la historiografía comunista le gusta también ocultar que a comienzos de mayo de 1846 Marx había invitado a Proudhon a colaborar en su *Korrespondenz* de Bruselas, una propuesta a la que el anarquista francés contestó a vuelta de correo con una negativa que por su contenido no era precisamente halagüeña para Marx. Por lo que respecta a la relación entre Marx y Bakunin, la hagiografía comunista silencia también que la ruptura entre ambos estuvo precedida por una larga amistad en la que el fundador del marxismo mostró su gran estima por los méritos del revolucionario ruso.

En todo caso, está fuera de toda duda que las invectivas y polémicas de Marx y Engels contra Proudhon y Bakunin no estaban condicionadas únicamente por diferencias de

272 Marx Engels Werke (MEW), vol. 1, Berlín, 1977, pág. 108.

273 Ibid., pág. 488.

274 MEW, vol. 2., Berlín, 1974, pág. 33.

pensamiento teóricas o “científicas”, como afirma la historiografía comunista, sino también por pasiones personales y hambre de poder. Dicho esto, hay que reconocer que en sus juicios sobre Marx y Engels, los anarquistas argumentaron a menudo con la misma parcialidad; así, en cualquier ataque o crítica de Marx, Bakunin barruntaba una conspiración judía.

Como devotos admiradores de la filosofía hegeliana, Marx y Engels se creían en posesión del “saber absoluto” que el maestro creía poseer. De ahí que quienquiera que osase contradecir sus tesis “científicas” fuese calificado, en el mejor de los casos, de ignorante y necio. Es evidente que los padres de la doctrina marxista no son responsables de lo que sus discípulos y epígonos hicieron de ella. Pero no es menos cierto que con su política autoritaria y sectaria, Marx y Engels dividieron por primera vez el movimiento obrero y provocaron con ello un cisma entre el marxismo y el anarquismo destinado a tener consecuencias fatales para la causa de la revolución.

Esta es una realidad que incluso el marxista Wolfgang Harich, a pesar de su decidida posición antianarquista, se ve obligado a reconocer: “Es un hecho incontrovertible que la ruptura total entre marxistas y anarquistas resultó luego funesta para ambas partes y, por tanto, para el conjunto de la clase trabajadora europea”²⁷⁵. La ruptura entre marxistas

275 Wolfgang Harich, op. cit., pág. 102.

y anarquistas podría haberse superado si unos y otros hubiesen mostrado un mínimo de disposición para el diálogo.

La fructífera cooperación entre marxistas del POUM, socialistas de izquierda y anarcosindicalistas en la Guerra Civil española demuestra que ello hubiera sido posible.

También Marx hablaba del reino de la libertad y quería, como los anarquistas, suprimir el Estado, pero el déspota que llevaba dentro le hizo creer que esta meta sólo podía alcanzarse por medio de una dictadura del proletariado. Cualquier otra opción era considerada por él como una manifestación de sentimentalismo pequeñoburgués. Lenin vino más tarde a decir lo mismo al ridiculizar como “enfermedad infantil del comunismo” todo intento de salirse de la línea bolchevique. Que una revolución digna de tal nombre no puede ser nunca el fruto de una dictadura –tampoco del proletariado– se vio a más tardar con meridiana claridad tras la instauración del sistema soviético. Oigamos en este contexto la voz de Rosa Luxemburgo, la figura intelectual de más rango del marxismo del siglo XX: “Es cierto que toda institución democrática tiene sus limitaciones y deficiencias [...]. Ahora bien, el remedio inventado por Trotski y Lenin –la eliminación de la democracia– es todavía peor que la enfermedad que con este procedimiento pretenden curar [...]. Una libertad que sólo existe para los partidarios del Gobierno, para los miembros

de un partido [...], no es libertad. La libertad es siempre la libertad de quienes piensan de otra manera”²⁷⁶.

Tan dudosa como la tesis sobre la dictadura del proletariado es la interpretación marxiana del socialismo como resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas de producción, una teoría de la evolución y el progreso que Marx asume mecánicamente de la burguesía, como subraya Simone Weil: “El auge de la gran industria condujo a la sublimación de las fuerzas productivas como una especie de divinidad religiosa, a cuya influencia Marx sucumbió inconscientemente al elaborar su concepción de la historia”²⁷⁷. Y en tono todavía más tajante: “Al obrar así, Marx mostraba su profunda afinidad con la orientación general de las condiciones capitalistas de producción y circulación”²⁷⁸. Este determinismo económico llevó a Marx a extraer la sorprendente conclusión de que el proletariado sólo podía liberarse tras el pleno desarrollo de las fuerzas de producción capitalistas, en modo alguno antes; y quien dudase de ello no podía ser, a su juicio, otra cosa que un anarquista impaciente e irresponsable.

El positivismo histórico de Hegel influyó en Marx con no menor profundidad que la que ejerció sobre él la economía

276 Rosa Luxemburg, *Die russische Revolution*, introducción de Ossip K. Flechtheim, Francfort, 1963, pág. 69 y ss.

277 Simone Weil, *Unterdrückung und Freiheit*, op. cit., pág. 158.

278 *Ibid.*, pág. 158.

inglesa. Su fe en la función liberadora de la industria capitalista no pasa de ser la versión burguesa-materialista del “espíritu universal” (Weltgeist) hegeliano, un deus ex machina que de acuerdo con Hegel se encarga de que todo transcurra en pleno orden. Y dado que todo lo esencial está predeterminado por la dialéctica de la historia o por el desarrollo de las fuerzas productivas, queda ya poco espacio libre para la actividad creadora del individuo. O como dice Louis Althusser: “En parte es la mala filosofía de Marx y Engels, ese hegelianismo al revés que alimenta siempre una imposible e impensable filosofía de la historia”²⁷⁹. O también: “Una verdadera concepción materialista de la historia implica abandonar la idea de que la historia está dirigida y dominada por leyes que es suficiente conocer y respetar para triunfar sobre la antihistoria”²⁸⁰.

Cornelius Castoriadis formula un juicio similar: “Y si Marx ha conservado la dialéctica hegeliana, ha adoptado también su contenido filosófico propio.

Lo único que ha cambiado ha sido el caparazón, que en Hegel tiene una apariencia espiritualista y en Marx materialista”²⁸¹.

279 Althusser, *Sur la philosophie*, París, 1994, pág. 91.

280 *Ibid.*, pág. 32.

281 Cornelius Castoriadis, *Gesellschaft als imaginare Institution. Entwurf einer politischen Philosophie*, Fráncfort, 1990, pág. 92.

Y más adelante: “La esencia y el sentido de la dialéctica hegeliana no cambian por el hecho de denominar ahora ‘materia’ a lo que antes se llamaba logos o espíritu”²⁸².

No es ciertamente por azar que recordemos aquí la fatal influencia que ejerció en Marx la filosofía hegeliana de la historia, sino que obedece al hecho de que uno de los principales reproches lanzados por los marxistas contra los anarquistas desde siempre es que éstos no han entendido nunca a Hegel. Y puesto que los anarquistas han menospreciado las sagradas leyes de la historia elaboradas por Hegel, creyeron que la revolución era factible en todo momento y que en definitiva dependía de la espontaneidad de las masas. Puede ser que algunas corrientes del anarquismo hayan convertido la espontaneidad de las masas en un fetiche abstracto, pero no menos cierto es que la supuesta dialéctica de la historia fue utilizada a partir de Kautsky y Bernstein como pretexto para justificar el oportunismo y la colaboración de clases, como hicieron en particular la socialdemocracia alemana y la Segunda Internacional dominada por ella. O dicho con las palabras de Guy Debord: “El aspecto científico–determinista del pensamiento marxiano fue precisamente el coladero por el que se introdujo el proceso de ‘ideologización, y ello ya en vida de Marx”²⁸³.

282 Ibid., pág. 94.

283 Guy Debord, Die Gesellschaft des Spektakels, Hamburgo, 1978, pág.

Los comunistas españoles se oponían a la revolución anarquista y socialista de izquierdas menos por convicciones hegelianas que por oportunismo. Lo primero que afirmaban era que para poner en marcha la revolución había que esperar a una coyuntura histórica favorable. De esa misma manera justificaba Stalin sus tesis sobre la realización del socialismo en la Unión Soviética como condición previa para la realización de la revolución mundial. Pero eso era lo que los anarquistas españoles no querían aceptar: que su liberación dependiese de la gracia del Dios hegeliano-marxiano, pues sin haber leído a Hegel se daban cuenta de que el modelo hegeliano-marxiano de salvación no era más que profetismo religioso en versión secularizada e inmanente. Y como no estaban dispuestos a dejarse guiar por semejante teleología abstracta y especulativa y se negaban a aceptar las injusticias de la historia real, optaron por la acción revolucionaria.

Los comunistas españoles conocieron la verdadera faz del comunismo al que tan fielmente habían servido en España al llegar a la Unión Soviética, donde miles de ellos obtuvieron asilo tras la derrota de la República. A diferencia de Francia, los refugiados no fueron recibidos como chusma, sino como héroes. Al principio se sintieron decepcionados por el primitivismo de las condiciones materiales reinantes en la patria del socialismo, pero no tardaron en acostumbrarse a ellas, ya que los años de la

Guerra Civil les habían familiarizado con los problemas del abastecimiento, el hambre y la escasez. Lo que realmente les consternó fue el tener que comprobar que la Unión Soviética era la encarnación superlativa de lo que ellos mismos habían predicado y practicado en España: absoluto sometimiento del individuo a la autoridad del Estado y de la burocracia del Partido, purgas, terror policíaco, todo tipo de arbitrariedades, inseguridad, miedo, castigos, espionaje sistemático y un culto ilimitado a la personalidad. El Campesino no fue el único que tuvo la sensación de asfixiarse en aquel país²⁸⁴. Al cabo de sólo unos meses, semanas o incluso días, la mayoría de los refugiados españoles deseaba escapar de la tierra prometida socialista. El propio Herbert L. Matthews, que trata más bien con benevolencia a los comunistas, admite: “Tuvieron un destino horrendo”²⁸⁵. Muchos españoles emigrados a Rusia se dirigieron a Harrison Salisbury –entonces corresponsal en Moscú del *New York Times*–, para suplicarle que les ayudara a emigrar a EE UU. Pero la decisión de quienes podían marcharse estaba en manos de los cuadros dirigentes del PCE y el PSUC, que a su vez obraban de acuerdo con la Komintern o la NKVD: “Mil veces hubiera preferido una cárcel en España, donde por lo menos podía vivir en paz con mi conciencia”²⁸⁶, confiesa Manuel Tagüeña en sus

284 El Campesino, op. cit., pág. 181.

285 “Se encontraron con un triste destino”. L. Matthews, op. cit., pág. 225.

286 Manuel Tagüeña, Testimonio de dos guerras, México, 1973, pág. 642.

Memorias. Y esas reveladoras palabras procedían de un privilegiado que había sido profesor en la Academia Militar Frunze de Moscú. Su status privilegiado no fue óbice para que huyera a Yugoslavia, más tarde a Checoslovaquia y finalmente a México, al igual que hicieron El Campesino, Enrique Castro Delgado o Jesús Hernández.

La manera de proceder del comunismo imperante en la Rusia estalinista tenía naturalmente muy poco que ver con las ideas de Marx y Engels. El marxismo invocado por los estalinistas en España y otros países para legitimar moral y teóricamente su vil conducta, no era más que pura propaganda. Lo que separa a anarquistas y marxistas es muy anterior a la deformación introducida por el estalinismo y tiene sus raíces en sus respectivas concepciones teóricas. Aunque hubo intentos por ambas partes de resaltar más lo que tenían en común que lo que les separaba (el más significativo es sin duda el de Daniel Guérin, quien no se cansó de querer “reconciliar” anarquismo y marxismo), sigue siendo válido lo que dijo en Turín Arthur Lehning en nombre de otros anarquistas a los ideólogos franceses: “La expresión marxismo libertario es para mí una contradicción in terminis”²⁸⁷. Es innegable que entre marxismo y anarquismo existen no pocos puntos en común, desde la crítica al capitalismo hasta la negación del Estado como regulador de la totalidad social. Hay incluso exégetas –como

287 Atti del Convegno promosso dalla Fondazione Luigi Einaudi, *ibid.*, pág. 537.

Maxilien Rubel–, que han interpretado a Marx como “teórico del anarquismo”²⁸⁸. Pero existen diferencias insuperables, no sólo por lo que respecta a la dictadura del proletariado –que los anarquistas han rechazado siempre–, sino también en relación a los partidos políticos, igualmente rechazados por la ideología libertaria. La principal divergencia entre marxismo y anarquismo se halla en el ámbito de la moral. Ni Marx ni Engels creían en la moral como un valor universal y constitutivo; de ahí el desprecio con que se manifestaban sobre cuestiones de ética. Para ellos sólo existía la moral clasista de la respectiva clase dominante: “Afirmamos que toda teoría moral es, en última instancia, el producto de la situación económica reinante en cada respectiva sociedad. Y de la misma manera que la sociedad se ha movido hasta ahora en función de los antagonismos de clase, la moral ha sido también siempre una moral clasista”²⁸⁹. “¿Cómo es posible”, se preguntaba el destacado marxista yugoslavo Svetozar Stojanovic a comienzos de la década de 1970, “que un movimiento revolucionario cuyo objetivo es la plasmación de los ideales humanistas más radicales no haya elaborado todavía una ética?”²⁹⁰. Desde la perspectiva teórica de Marx y Engels, semejante pregunta

288 Véase Maximilien Rubel, “Marx als Theoretiker des Anarchismus”, en *Die Aktion*, 2a ed., págs. 69-98, Hamburgo, 1996.

289 Friedrich Engels, *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, Berlín, 1960, pág. 113.

290 Svetozar Stojanovic, *Kritik und Zukunft des Sozialismus*, Fráncfort, 1972, pág. 111.

es una *contradictio in subjecto*–, de ahí que ambos la hubieran rechazado como no marxista.

Tanto Marx como Engels hablaron de dialéctica hasta la saciedad, siguiendo también en esto a Hegel. Pero en vez de atenerse a la concepción que la Antigüedad clásica tenía de ella, basada en la ética, la virtud y el perfeccionamiento del individuo– la sustituyeron por categorías monocausalistas, objetivistas y reduccionistas como el desarrollo de las fuerzas productivas o la dialéctica de la historia. No sólo en este aspecto no hay nada menos griego que la dialéctica hegeliana marxiana, según vio con clarividencia Albert Camus hace unos 50 años²⁹¹.

Para los griegos de la época clásica, la filosofía y la ética eran una y la misma cosa. Sin la idea del bien no hay tampoco verdadero conocimiento: he ahí el fundamento de la teoría socrático–platónica. O como dice Platón: “De la misma manera que los ojos no pueden ver sin luz, o sólo de forma confusa, sin la idea del bien andamos a ciegas en medio de la oscuridad”.

Al romper la unidad entre dialéctica y moral, Marx y Engels eliminaron la motivación genética de la propia dialéctica. Y es en esa deformación que radica asimismo la debilidad fundamental del marxismo, consistente en pensar que se

291 Albert Camus, *L’homme revolté*, París, 1951 [hay trad. cast.: *El hombre rebelde*, Madrid, 1996].

puede llevar a cabo una revolución politicosocial sin una profunda revolución moral²⁹².

En abierta contradicción con el marxismo, que sólo tiene ojos para las estructuras externas del mundo e ignora la dialéctica interna del ser humano, el anarquismo atribuye el máximo valor a la dimensión moral del individuo, como demuestra de manera especial la historia del movimiento libertario español. Rudolf de Jong escribe al respecto: “Otra característica del anarquismo español es su fuerza moral. La actitud vital ascética era tan evidente como la disposición para el sacrificio y la solidaridad. Todo ello hizo que el movimiento fuera extraordinariamente resistente a las represalias”²⁹³. Podemos burlarnos cuanto queramos de la fe anarquista en la moralidad, pero ello no deja de explicar que el fracaso del marxismo y su irrevocable descrédito como movimiento de emancipación se deba sobre todo a su desprecio de la moral. Y a la inversa podemos decir que el declive del anarquismo como movimiento militante está en relación directa con el declive de los valores éticos que caracteriza al mundo de hoy²⁹⁴. Si los ideales libertarios no

292 Véase también Heleno Saña, *El marxismo, su teoría y su praxis*, *Historia, marxismo y filosofía*, *La filosofía de Hegel*, y en parte también *Dialektik der menschlichen Emanzipation, Das Ende der Gemütlichkeit y Die Zivilisation friff ihre Kinder*.

293 Véase Arthur Lehning, Rudolf de Jong y Yvon Bourdet, *Marxismus und Anarchismus*, vol. 2, Berlín, 1975, pág. 44.

294 Véase también Heleno Saña, *Das Elend des Politischen*, Düsseldorf, 1998, en especial los capítulos “*Philosophie der Prinzipienlosigkeit*”,

han llegado a triunfar no es en modo alguno porque sean erróneos, sino más bien porque son demasiado nobles y grandiosos como para ser comprendidos por una época que ha elegido la bajeza y la destrucción como norma de vida. En el fondo, los anarquistas españoles fueron –al menos en el mundo occidental– los últimos revolucionarios que lucharon con todas sus fuerzas por convertir en realidad un gran ideal humano y moral. Lo que vino después –el fascismo, el comunismo totalitario, la sociedad de consumo tardocapitalista– fue o es una traición a la idea eterna de la emancipación humana, un miserable sucedáneo para la inextinguible nostalgia de dicha y de plenitud que el ser humano lleva en lo más hondo de su pecho.

VII. LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

¿Éxito o fracaso de la colectivización?

La colectivización chocó desde el principio con grandes dificultades técnicas y políticas. Había escasez de divisas, de materias primas y de know-how. Como es natural, los problemas y obstáculos aumentaron de manera constante en el curso de la guerra. Ello no obstante, las colectivizaciones fueron en conjunto una obra muy lograda.

Noam Chomsky califica la colectivización de “éxito sin precedentes”²⁹⁵. Augustin Souchy la define como “el experimento social más significativo del siglo XX”²⁹⁶. Daniel Guérin escribe: “Al igual que la autogestión agrícola, la

295 Noam Chomsky, *Lo libertario está vivo*, Madrid, 1995, pág. 60.

296 Augustin Souchy, *op. cit.*, pág. 94.

autogestión industrial fue en gran medida un éxito”²⁹⁷. Su juicio sobre la colectivización en el sector de servicios es aún más favorable. Gastón Leval opina que comparada con la revolución social en España, la Comuna de París “aparece como un movimiento menor”²⁹⁸. Y en otro pasaje no duda en calificar la revolución española como “la realización más trascendental que haya conocido la historia social de la humanidad”²⁹⁹. El propio cónsul ruso en Barcelona, Antónov Ovséyenko, elogió ante el corresponsal del *Manchester Guardian* la “sorprendente capacidad” de los anarcosindicalistas “para captar las necesidades de la actual situación”. “El cónsul no duda”, se dice en el periódico, “de que los trabajadores catalanes poseen el talento necesario para reorganizar la industria, sumida en la confusión; lo que han realizado en el puerto y en las empresas son la prueba fehaciente de que se hallan en condiciones de administrar la industria por su cuenta”³⁰⁰.

De lo que no cabe duda es de que la colectivización condujo a un notable incremento y mejora de la producción,

297 “Al igual que la autogestión agraria, la industrial fue en buena medida un éxito”. Daniel Guérin, op. cit., pág. 159.

298 Gastón Leval, op. cit., vol. 1, pág. 9

299 “La realización más trascendental que haya conocido la historia social de la humanidad”. Gastón Leval, “L’anarchisme et la revolution espagnole”, en Atti del Convegno promosso dalla Fondazione Luigi Einaudi, ibid., pág. 118.

300 *Manchester Guardian*, 22 de diciembre de 1936, citado en Rudolf Rocker, op. cit., pág. 53.

tanto en el sector agrario como en el industrial, como reconocen Broué y Témime a pesar de sus frecuentes críticas a los anarquistas: “En muchas empresas dirigidas ahora por los propios trabajadores guiados, por así decirlo, por su propio interés, se tomaron medidas de mecanización y racionalización que aportaron un notable incremento productivo”³⁰¹. Incluso Walther L. Bernecker no puede menos de admitir, refiriéndose a la agricultura: “Sólo unas pocas colectividades se pueden calificar de fracasos absolutos”³⁰². Rainer Huhle valora con razón la colectivización como la “revolución social más radical de este siglo”³⁰³. En líneas generales puede aceptarse como objetivo el juicio sobre la revolución emitido desde la perspectiva de la CNT: “Lo que se hizo no fue perfecto. Muchas cosas se hubieran mejorado si nos hubieran dejado tiempo. Pero, tal como fue, resta y restará como el mayor y más extraordinario esfuerzo de realización socialista efectuado hasta la fecha”³⁰⁴.

Dado que existe una amplia bibliografía sobre los logros y resultados de la colectivización, renunciaré a ofrecer aquí una exposición pormenorizada de la misma y me limitaré a algunos aspectos esenciales. Ante todo, es notable la

301 Broué y Témime, op. cit., pág. 206 y ss.

302 Walther L. Bernecker, *Revolution und Krieg in Spanien*, op. cit., pág. 169 y ss.

303 Rainer Huhle, op. cit., pág. 91.

304 *Colectivizaciones. La obra constructiva de la revolución española*, op. cit., pág. 9.

creación en Cataluña de una industria de guerra que hasta entonces no existía ni en embrión. La única pólvora para armas producida en la región antes de la Guerra Civil era la destinada a escopetas de caza. La rápida adaptación de la industria metalúrgica y química a la producción de munición y armamento fue lo que permitió librar la guerra contra los sublevados, mientras que las armas rusas –tan elogiadas– eran a menudo anticuadas o inservibles. Frank Mintz describe la situación correctamente: “Durante toda la lucha toda la industria de guerra descansó en las fábricas colectivizadas por la CNT y UGT. En numerosos casos se idearon soluciones originales para fabricar armas y explosivos”³⁰⁵. El propio Jesús Hernández se ve obligado a admitir: “La técnica más complicada y difícil se rindió al entusiasmo y voluntad insobornable de los héroes de los tornos, de las prensas, de las fresadoras y de los hornos. Más de 80.000 proletarios catalanes, sin mencionar al resto de España, donde se realizaban prodigios de organización, se entregaron con febril pasión a producir proyectiles de cañón, bombas marinas, espoletas, cartuchos de fusil, piezas de ametralladoras, bombas de aviación, mosquetones, fusiles, máuseres, etc. Cuatrocientas grandes y pequeñas fábricas trabajaban para la industria de guerra. El proletariado catalán daba con ello la muestra más acabada de su capacidad y de su fuerza combativa”³⁰⁶. Tras

305 Frank Mintz, *op. cit.*, pág. 347.

306 Jesús Hernández, *Negro y rojo*, *op. cit.*, pág. 351.

el fiasco de la sublevación de los facciosos se formó en Barcelona una Comisión para la industria de guerra. Desde el punto de vista formal se hallaba bajo la tutela de Josep Tarradellas (Esquerra Republicana), pero en realidad estaba dirigida por el anarcosindicalista Eugenio Vallejo, del Sindicato de Metalurgia. La cooperación entre Tarradellas y la CNT se desarrolló en conjunto de manera positiva³⁰⁷. Ello fue posible, entre otras cosas, porque Tarradellas era uno de los pocos republicanos destacados que tuvo un comportamiento leal con la CNT. Abad de Santillán, que por razones de su cargo le trataba a diario, lo definió como un hombre “en el que podíamos confiar”³⁰⁸. Sin embargo, el organismo responsable de la distribución del material armamentístico producido era el Consejo de Defensa del Gobierno catalán, y no Tarradellas ni Vallejo. A mediados de septiembre de 1936, las fábricas que trabajaban para la industria de guerra eran 25, mientras que en julio de 1937 habían ascendido a 300, con una plantilla total de 150.000 obreros y técnicos. El propio Hugh Thomas, que no es precisamente un simpatizante de los anarquistas, reconoce que en los primeros meses de la colectivización “la producción en las empresas de importancia para la guerra aumentó

307 Siendo de edad avanzada, Tarradellas hablaba entusiasmado de su experiencia con Eugenio Vallejo y otros miembros destacados de la CNT, según pude constatar el 1 de febrero de 1983, después de su mandato como presidente de la Generalitat, durante un encuentro de varias horas en su residencia particular de la Vía Augusta de Barcelona.

308 Abad de Santillán, *De Alfonso XIII a Franco*, op. cit., pág. 394.

de un 30% a un 40%”³⁰⁹. Entre otros productos, se fabricaban cañones de artillería, bombas para la aviación, cartuchos, vehículos acorazados, ambulancias y máscaras antigás. También se construyeron aviones. En septiembre de 1936, se fabricaron 4.000 proyectiles de artillería, cifra que aumentó a 90.000 en abril de 1937. Lo único que al final quedó para proseguir la lucha contra los sublevados fue la munición fabricada en Cataluña. En vista de estos y otros resultados positivos, resulta sorprendente el juicio emitido por Juan Simeón Vidarte: “El factor de descomposición que el anarquismo representaba impidió que la potencialidad industrial y humana que existía en Cataluña se transformase en una fuerza militar real y capaz de luchar eficazmente contra los sublevados”³¹⁰.

En el sector de servicios destacan sobre todo los resultados obtenidos por las empresas de transporte público de Barcelona, cuyos 7.000 empleados eran casi en su totalidad miembros de la CNT. Cinco días después del golpe circulaban 700 tranvías, 100 más que antes. Hasta el estallido de la guerra, la Compañía General de Tranvías pertenecía mayoritariamente a accionistas belgas. El servicio era malo, los precios altos y los dividendos más elevados que éstos. Los trabajadores y técnicos organizados colectivamente pusieron fin a esa explotación capitalista, redujeron los precios a la mitad y mejoraron las líneas. Si

309 Hugh Thomas, *op. cit.*, pág. 286.

310 Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, *op. cit.*, pág. 686.

antes de la guerra sólo se manufacturaba en los talleres propios de la sociedad el 2% del equipamiento necesario, en el verano de 1938 los obreros, técnicos e ingenieros de la colectividad produjeron el 98% de lo necesario, tranvías incluidos. Y los vehículos construidos por ellos mismos pesaban menos y podían transportar un número de pasajeros mayor que antes. Así, a pesar de las tarifas más baratas, los ingresos aumentaron entre un 15% y un 20%. El dirigente del PSUC Joan Comorera intentó –en vano– poner bajo el control del Estado las empresas de tranvías, que trabajaban con grandes ganancias.

En la agricultura se obtuvieron también grandes éxitos, en especial en Cataluña, donde al cabo de un año de la revolución se cultivaba un 40% más de tierras que hasta entonces. Los laboratorios de experimentación e investigación de la Federación de Campesinos de la región del centro eran muy superiores a los del ministerio de Agricultura, hasta el punto de que el Gobierno central solía consultar a los agrónomos de las empresas colectivas cuando se encontraba con algún problema. La reforma agraria, prometida una y otra vez desde hacía décadas por los correspondientes gobiernos, pero no realizada nunca o sólo en sus fases iniciales, se hizo realidad a partir del momento en que la iniciativa pasó a manos de los propios campesinos, a menudo en contra de las normas burocráticas de las autoridades.

Sin embargo, los notables logros de la economía colectivizada chocaron a menudo con la hostilidad del Gobierno central, ya en tiempos de Largo Caballero. En agosto de 1936, Josep Tarradellas se desplazó a Madrid para proponer al Gobierno el traslado a Barcelona de la fábrica de armas de Toledo, todavía en manos de la República. Su propuesta fue rechazada. Abad de Santillán (consejero de Economía de la Generalitat) y el teniente coronel Felipe Díaz Sandino vivieron idéntica experiencia cuando pidieron en Madrid un crédito de unos 1.000 millones de pesetas para comprar material de guerra y materias primas. La ayuda prometida por Giral, el jefe del Gobierno, no se concedió. Infructuosa resultó asimismo una visita al presidente de la República, Manuel Azaña. Conclusión de Santillán: “En el curso de la conversación tuvimos la impresión de que aquel hombre no simpatizaba con el fascismo, pero que simpatizaba menos aún con la revolución y con la intervención directa del pueblo en la vida política”³¹¹. Santillán y Sandino propusieron a las autoridades del Banco de España trasladar las reservas de oro a Barcelona, pero encontraron oídos sordos. También Durruti peregrinó a Madrid para conseguir las armas que tan urgentemente necesitaba en Aragón. La respuesta afirmativa de Largo Caballero quedó finalmente en promesa vana. La situación no cambió tampoco con el ingreso de cuatro ministros de la CNT-FAI en el Gobierno de Largo Caballero. Cada vez que Juan Peiró

311 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 134.

solicitaba divisas para la industria catalana en las sesiones del Gabinete, el ministro de Hacienda, Juan Negrín, le contestaba con la misma cantinela: “No hay dinero; lo necesitamos para cosas más urgentes”. Otro adversario decidido de la colectivización –sobre todo de la que se realizaba en Cataluña– fue Indalecio Prieto, actitud que se explica por su condición de socialista de derechas.

La hostilidad a Cataluña obedecía a motivos tanto ideológicos como de carácter étnico-cultural. Los catalanes no habían sido nunca especialmente estimados en las regiones de habla castellana, entre otras cosas porque se les consideraba (y se les sigue considerando) como particularistas y materialistas, también como arribistas ambiciosos. Esta aversión se mantuvo también de manera latente durante toda la Guerra Civil, aunque nadie hablara de ella o sólo lo hiciera en voz baja. Abad de Santillán, que era, como Durruti, natural de Castilla la Vieja, escribe sobre este tema: “Se sucedieron varios gabinetes de diverso colorido político, pero la actitud de todos ellos fue la misma: la de hostilidad no disimulada a todo lo procedente de Cataluña”³¹². Por citar sólo un ejemplo de esta actitud hostil: el Gobierno central no compró los uniformes destinados al Ejército Popular en las fábricas textiles socializadas de Cataluña –mundialmente conocidas por su calidad– sino en Valencia o en el extranjero. ¡Y por si fuera poco, la colectivización no era sólo obra de los odiados catalanes,

312 Ibid., pág. 129.

sino, para colmo, de los anarquistas, obstinados y difíciles de controlar! Camillo Bernieri escribió en su periódico *Guerra di classe*-. “Madrid no se contenta con dominar; quiere, además, gobernar. El Gobierno español se muestra, en conjunto, tan hostil hacia la revolución social como el fascismo monárquico y clerical. Lo que desea Madrid es la vuelta a la legalidad, y nada más. Armar y financiar a Cataluña significaba para Madrid armar columnas que llevan la revolución en la punta de sus bayonetas y fomentar una nueva economía igualitaria”³¹³.

Por otro lado, los separatistas catalanes practicaban a su vez –al igual que los vascos– una política particularista que no facilitaba precisamente las relaciones con la España central. El 15 de octubre de 1936, Lluís Companys se atribuyó el derecho de gracia a los condenados a muerte, que de acuerdo con la Constitución, era competencia exclusiva del presidente de la República. Seis días más tarde, la Generalitat creó un Comisariado propio de Comercio Exterior. A partir de ese momento, todas las mercancías destinadas a la exportación llevaron la etiqueta Made in Catalonia. El Comisariado asumió también todas las funciones de la Cámara de Comercio y Navegación. El 11 de diciembre de 1936, la Generalitat promulgó una ley para la creación de una moneda propia, decisión que puso en práctica con una emisión inicial de 200 millones de pesetas.

313 Camillo Berneri, “Klassenkampf in Spanien”, en *Die Aktion*, 2a ed., Hamburgo, 1997.

Y el 27 de diciembre creó una Secretaría de Relaciones Exteriores. Madrid estaba indignado. Los vascos exigieron a su vez que la Generalitat pagara su mineral de hierro y su acero en divisas. También Asturias hizo muy poco para suministrar a Cataluña el carbón que esta región necesitaba con tanta urgencia. Abad de Santillán, responsable durante un tiempo del departamento de Economía de la Generalitat, escribe: “Los aceros vascos exigían también divisas, y lo mismo en Euzkadi que en Asturias no hemos encontrado más que dificultades para proveernos de las materias primas que a esas regiones sobraban”³¹⁴.

Es indudable que el particularismo regionalista fue practicado con máxima obstinación por Cataluña. Juan Peiró, catalán de nacimiento, dirigió por ello graves reproches a la Generalitat. Entre otras recriminaciones dijo que “la República fue tratada, en sus relaciones comerciales con la Generalitat –y también con el Gobierno de Euzkadi– poco menos que como un país extranjero cualquiera”³¹⁵. Así, por ejemplo, la Generalitat (lo mismo que el Gobierno vasco) exigió que una parte de los suministros de la industria catalana al Gobierno central se pagara en divisa extranjera. La crítica del vasco Horacio Martínez Prieto al comportamiento de los catalanes va todavía más lejos que la de Peiró, un hombre sensato y preocupado por limar asperezas. Martínez Prieto escribía sobre sus propios

314 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, 1997, pág. 129 y ss.

315 Juan Peiró, *Problemas y cintarazos*, Rennes, 1946, pág. 126.

compañeros: “Desde el primer día de la sublevación militar todos los poderes políticos y económicos, las armas y las masas, los tenían los anarquistas; y fueron la CNT y la FAI las que cometieron el primer error separatista monopolizando elementos de guerra y operaciones militares en todo el radio exterior de la zona catalana, hasta tal punto que el Gobierno central mendigaba material de guerra al Gobierno catalán; el segundo error lo cometieron creando las agregaduras comerciales catalanas en algunos países”.

Y añade: “Hubo anarquistas que se regocijaban de las derrotas militares del Gobierno central, declarando seriamente que cuando todo estuviese perdido para España, ellos desde Cataluña reconquistarían el país para el comunismo libertario”³¹⁶.

En el fondo, Cataluña hizo lo mismo que las demás regiones –aunque a escala mayor–, es decir, actuar por cuenta propia. El Concejo de Aragón también organizó su propio comercio exterior a fin de conseguir las divisas que necesitaba para las empresas colectivizadas. Y el Consejo Interprovincial de Asturias y León se declaró “soberano” y se preocupó muy poco de la opinión de Madrid o Valencia.

316 Ibid.

Los problemas de la revolución

La tesis repetida constantemente por los enemigos de la revolución, según la cual la socialización de la economía sólo había producido confusión y caos, es insostenible. Lo cierto es más bien que, a diferencia de la legendaria revolución rusa, en la España republicana la economía volvió a funcionar plenamente inmediatamente después del aplastamiento de la sublevación, tanto en el sector privado como en el público: suministro de gas, agua y electricidad, alimentación, comercio, transporte, etcétera. Lo mismo puede decirse de la agricultura y la vida rural. Peirats explica la razón de ello: “En España existía una organización con una ideología clara, tras 60 años de lucha, y con un programa concreto. Las diferencias con la revolución rusa están en que los campesinos vivieron una vida libre, eran dueños de los productos que cultivaban, y poseían una decisión libre en todos los sentidos. En las otras revoluciones hay una autoridad. En España se produjo la primera revolución en el aspecto económico de la historia. Gracias a ella, se pudo tomar el poder económico con rapidez y por tanto no hubo caos económico: la marcha de la economía siguió durante la guerra, mientras en Rusia se produjo el caos”³¹⁷. Cuando

317 Véase María Rupérez y Manuel Pérez Ledesma, conversación con José Peirats, “La CNT y la revolución social”, Tiempo de Historia, Madrid, enero de 1980.

Emma Goldmann, que había residido en Rusia entre 1919 y 1922, llegó a Barcelona en las semanas siguientes al golpe de Estado, se sintió muy sorprendida por el orden revolucionario imperante. Hasta un historiador comunista como Pierre Vilar admite: “En todo caso resulta sorprendente la rápida reanudación de la producción y de los servicios públicos, sobre todo teniendo en cuenta la ausencia de los dueños y directores de las empresas, dado que en las principales industrias había desaparecido la inmensa mayoría del personal directivo”³¹⁸.

El hecho de que este proceso de normalización y mejora no pudiera mantenerse y continuar *ad libitum* no se debió, de ninguna manera, a la incompetencia de los colectivistas, sino que dependió de los problemas objetivos de la guerra, dato éste que los críticos de la economía autogestionada callan a propósito o sólo mencionan de pasada. Cuanto más generalizada y dura se hizo la guerra, tanto más obreros y campesinos se vieron obligados a abandonar las empresas y colectividades agrarias y acudir al frente. Otro problema que supuso un gravamen para la República fueron las masas de refugiados cada vez más numerosas que a consecuencia de la contienda, afluían desde las regiones perdidas o en peligro a las que seguían libres o no estaban aún inmediatamente amenazadas. Los problemas relacionados con el abastecimiento y el alojamiento fueron cada vez más

318 Pierre Vilar, *Kurze Geschichte zweier Spanien. Der Bürgerkrieg 1936-1939*, Berlín, 1987, pág. 110.

dramáticos. En los centros de producción faltaban materias primas, maquinaria apropiada y repuestos. Y apenas había posibilidad de obtener divisas del Gobierno de Negrín, ni siquiera para importar los productos alimenticios urgentemente necesitados.

Las comarcas agrarias más importantes se hallaban, además, en las zonas del país controladas por los golpistas, donde, entre otras cosas, se producían dos tercios del trigo, gran parte de las patatas, el 50% del maíz, el 90% del azúcar y la mayor parte de la carne. Los recursos mineros se hallaban asimismo en la España antirrepublicana. Tras la pérdida del País Vasco y Asturias, en el verano de 1937, los republicanos dejaron de tener acceso al carbón mineral, hierro, manganeso, piritas, plomo, cinc, azufre, wolframio y fosfatos. Debido al curso desfavorable de la guerra, la España leal al gobierno se vio obligada a renunciar a una parte creciente del mercado de consumo interno. La demanda de carbón en Cataluña suponía de 5.000 a 6.000 toneladas diarias, pero la producción local no superaba ni siquiera las 300. Se consiguió aumentar esa cifra hasta 1.000 toneladas, pero como señala Abad de Santillán, "la escasez de carbón era una tragedia constante, en particular de los carbones para la metalurgia"³¹⁹. Así pues, la revolución, sostenida sobre todo por los anarquistas, fue un "anarquismo de guerra", según la definición que el historiador falangista García Venero tomó prestada de

319 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 106.

Lenin: “Un comunismo libertario mínimo y urgente, un comunismo libertario de guerra”³²⁰. Esa misma es, en esencia, la opinión de Walther L. Bernecker: “La guerra, que fue lo que permitió la difusión de la revolución, impidió al mismo tiempo que se impusiera plenamente”³²¹.

La economía republicana fue víctima no sólo de sus problemas internos, sino también de la hostil neutralidad de las democracias capitalistas y del boicot declarado de Alemania, Italia y Portugal. Debido a ello, la República quedó marginada de la economía exterior. Por tanto, los problemas a los que tuvo que enfrentarse la economía autogestionada no fueron sólo endógenos, sino también exógenos, y ello tanto en el plano técnico como político. Los problemas técnicos que pesaban sobre la economía colectivizada no fueron nada fáciles de superar, pero aún más difícil resultó contrarrestar los efectos de la traición manifiesta o disfrazada de todas las fuerzas políticas que por los más diversos motivos querían hacer fracasar la revolución social. Quien pase por alto este factor o lo niegue, no puede emitir un juicio digno de crédito sobre la España de entonces. Stanley G. Payne, por ejemplo, reprocha a los anarquistas “no haberse comprometido en

320 García Venero, op. cit., vol. 3, pág. 181.

321 Walther L. Bernecker, ed., *Kollektivismus und Freiheit. Quellen zur Geschichte der sozialen Revolution in Spanien 1936-1939*, Múnich, 1980, pág. 9.

favor de un trabajo constructivo”³²². Preferimos atenernos a la observación de Gastón Leval, que conocía la revolución por experiencia directa: “La única obra seria que se hizo durante la guerra fue, precisamente, la de la revolución al margen del poder”³²³.

En contra de lo que afirman de forma estereotipada y continua los adversarios de la revolución, el supuesto caos no surgió en el seno de las empresas y comunas agrarias colectivizadas, sino al contrario, en los sectores de la economía controlados por las fuerzas antirrevolucionarias dentro del Estado, el ejército, la administración y la banca. Se puede decir sin exageración que lo único que en el bando republicano funcionó fundamentalmente fue la economía colectivizada, mientras que todo lo demás era una tupida red de intrigas y un abismo sin fondo de incompetencia, corrupción, incapacidad, falta de responsabilidad, burocratismo y autoritarismo.

Heiner Koechlin escribe: “Por muy paradójico que suene, es no obstante cierto que todos los intentos burocráticos y violentos de crear orden acrecentaron aún más el desorden, mientras que el ‘desorden’ contenía el principio de un orden nuevo que iba configurándose de forma creciente”³²⁴.

322 Stanley G. Payne, *The Spanish Revolution*, op. cit., pág. 371.

323 Gastón Leval, *Colectividades*, op. cit., vol. 2, pág. 163.

324 Heiner Koechlin, op. cit., pág. 39.

Fue precisamente durante la Guerra Civil española que se confirmó una vez más el conocido veredicto de Proudhon: “El Estado es la casta de los improductivos”³²⁵.

No fracasada, sino traicionada

Los enemigos y críticos de la colectivización no perdieron desde el primer momento ninguna oportunidad de subvalorar sus logros y atribuirle todos los posibles desaciertos y errores. Esta actitud es tan inaceptable como las apologías carentes de contenido crítico. Walther L. Bernecker, por ejemplo, que ha estudiado la revolución española como casi ningún otro autor de habla alemana, considera que la colectivización fue una “revolución fracasada”³²⁶. Es mucho más justo hablar de una “revolución incompleta”, según escribió el propio Bernecker

325 “El Estado es la casta de los improductivos”. Proudhon, *Système des contradictions économiques ou Philosophie de la Misère*, vol. 2., París, 1923, pág. 97 y ss.

326 Véase *Spanien-Lexikon*, Walther L. Bernecker y otros autores., C. H. Beck Verlag, Munich, 1990, pág. 231.

en una obra anterior³²⁷. Por lo demás, los anarquistas fueron los primeros en denunciar las insuficiencias y deformaciones del proceso de socialización. *Solidaridad Obrera* criticó ya el 10 de septiembre de 1936 el intento de unos anarquistas excesivamente celosos de imponer a los pequeños campesinos la economía colectiva mediante actos arbitrarios. García Oliver se quejó de que la colectivización degeneraba en una especie de “solución burguesa”³²⁸, y Horacio M. Prieto habló a su vez del “particularismo de las empresas” y de un “estéril intento posterior de coordinar federativamente las empresas económicas libertarias”³²⁹, por mencionar sólo un par de ejemplos representativos³³⁰. Pero estos duros juicios partían de la preocupación por la revolución y no del rencor y la mala índole, como era el caso de sus calumniadores. En sus informes y cartas al Comité Nacional de la CNT, Helmut Rüdiger no se cansó de poner sobre la mesa los fallos y

327 Walther L. Bernecker, *Anarchismus und Bürgerkrieg*, op. cit., págs. 250 y 256.

328 García Oliver, op. cit., pág. 281.

329 Horacio M. Prieto, op. cit., pág. 113.

330 Diversos autores han criticado a los anarquistas por su supuesta incapacidad para realizar análisis autocríticos, por ejemplo Bernecker, *Kollektivismus und Freiheit*, op. cit., pág. 28. Es cierto que también cayeron en actitudes apologéticas, pero desde luego no más que otros partidos. Ahora bien, mientras éstos silenciaban sus errores, los libertarios debatían abiertamente sobre sus diferencias de opinión. El anarquismo español se hallaba permanentemente en diálogo, a menudo polémico. Lo sabe cualquiera que haya participado en las asambleas de la CNT.

negligencias de los anarquistas españoles, pero lo hizo siempre con una solidaridad comprensiva. “La CNT ha aprendido mucho, y sigue aprendiendo, y nada más natural que el hecho de que en un desarrollo tan precipitado e inesperado también se habían de cometer errores”³³¹.

A pesar de sus elogios a la revolución, el POUM criticó asimismo las omisiones de la economía colectivizada. Josep Oltra i Picó, un representante en el Consejo Económico de la Generalitat, fue quien más criticó la ausencia de una concepción de conjunto y se opuso a una sindicalización general de la economía. Otro miembro del POUM –Juan Andrade– acuñó el concepto de “cantonalismo económico” y trazó el cuadro de unos trusts industriales sindicalistas gigantescos y mutuamente enfrentados. Estos y otros reproches similares dirigidos contra la CNT abogaban una y otra vez por la primacía del todo sobre las partes y hacían hincapié en la necesidad de adoptar medidas que fueran más allá de la empresa particular con el fin de dirigir y coordinar óptimamente la economía. Estas exigencias no eran de todos modos ajenas a ciertas concepciones leninistas y trotskistas sobre centralización y economía planificada y a la pretensión del partido de dirigir los sindicatos, como había postulado Lenin y como Trotski había puesto en práctica. A diferencia de lo ocurrido en Europa occidental, en Rusia no había existido nunca un movimiento

331 Informe del 8 de mayo de 1937, IISG, Ámsterdam, Archivo del Comité Nacional CNT, Correspondencia intern., 63 C L.

sindical de tan gran escala. Los trabajadores rusos crearon los soviets precisamente porque no podían apoyarse en un poderoso movimiento sindical de tipo clásico, una observación con la que no queremos en modo alguno rebajar la grandeza de los consejos rusos de obreros y fábricas. Tampoco el POUM contaba con un bastión sindical digno de tal nombre; por eso se vio obligado a disolver su propio sindicato, que primero se adhirió colectivamente a la UGT, y luego, tras los sucesos de mayo de 1937, ingresó en la CNT. Muchos aspectos concretos de la crítica del POUM a la colectivización eran sin duda razonables y estaban justificados, pero se trataba de lo que la CNT conocía por su propia experiencia, lo que explica que se esforzara en superar la dimensión negativa de la colectivización.

El hecho de que los anarquistas vieran el fundamento de la revolución en cada una de las colectividades no significa en absoluto que ignorasen la necesidad de coordinar la dinámica económica a nivel macroeconómico. Ésta fue la razón de que se incorporasen enseguida en el Consejo de Economía de la Generalitat, fundado el 11 de agosto de 1936, al que incumbía la tarea de contrarrestar las contradicciones, disfunciones y aporías surgidas en el plano de la microeconomía y elaborar soluciones de tipo global. El problema era que, a diferencia del PSUC y amplios sectores de Esquerra Republicana, los anarquistas pensaban que el objetivo de un organismo económico de orden general no consistía en convertirse precisamente en un instrumento

dirigista destinado a asfixiar la iniciativa de las bases. Pero eso era precisamente lo que los enemigos de la revolución repetían continuamente, afirmando que la autogestión introducida por los anarquistas y sus aliados tenía únicamente en cuenta los intereses de cada respectiva empresa, un reproche que carecía de todo fundamento. Burnett Bolloten observa al respecto: “En contra de la hipótesis que se ha difundido, la CNT y la FAI tenían sus propios planes para la coordinación de la producción industrial. Los anarcosindicalistas apoyaron la centralización –o socialización, como ellos la denominaban– de ramas enteras de la producción bajo el control de los sindicatos con el fin de eliminar los fallos de la colectivización y compensar las discrepancias de nivel de vida existentes entre las empresas florecientes y las que se hallaban en una situación precaria”³³². Con el mismo tipo de argumentación, Frank Mintz alude a la “formación global” que “la CNT daba a los militantes”³³³. Los críticos de la revolución han hablado profusamente del “egoísmo de empresa” surgido con el paso del tiempo, pero mucho menos o incluso nada sobre la ayuda mutua practicada entre las colectividades, como subraya Frank Mintz al señalar que la solidaridad entre las colectividades era una realidad, un elemento ausente totalmente, por ejemplo, en

332 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, op. cit., pág. 176 y ss.

333 Frank Mintz, op. cit., pág. 344.

el kibutz israelí³³⁴. Y de esa solidaridad formaban parte no sólo las ayudas espontáneas y voluntarias en el seno de la propia colectividad o entre las diversas colectividades, sino también las cajas de compensación con las que se echaba una mano a las colectividades o empresas desfavorecidas.

Es cierto que los anarcosindicalistas y sus aliados del POUM no lograron convertir plenamente en realidad sus planes de transformación social y revolucionaria, y que debido a las condiciones objetivas de poder reinantes en el bando republicano, no les quedó más remedio que hacer a sus adversarios un sinnúmero de dolorosas concesiones. Es asimismo innegable que cometieron errores subjetivos, mas ello no autoriza a hablar en tono lapidario de una "revolución fracasada", un juicio de valor polémico y carente de todo fundamento científico. Abad de Santillán tiene razón al decir: "El espíritu capitalista más atrevido y su organización más perfecta no han podido llegar nunca, en los países más adelantados, a un grado tal de eficacia"³³⁵. La colectivización no fue una revolución fracasada, sino traicionada. La que fracasó realmente fue la parte de la España republicana que interpretó la revolución como una afrenta intolerable y que por ello hizo cuanto estuvo en sus manos para asfixiarla.

Los anarcosindicalistas tenían una concepción

334 Ibid., pág. 345.

335 Abad de Santillán, Por qué perdimos la guerra, op. cit., pág. 105.

perfectamente sensata de la revolución, por mucho que los marxistas de todos los colores –incluidos los trotskistas– no hayan cesado de negarlo, con excepciones como la del gran filósofo marxista Karl Korsch y su lúcida visión de los hechos: “La resolución del congreso de la CNT, celebrado en Madrid en junio de 1931, sobre la colectivización de la tierra y el suelo, difundida desde entonces y explicada igualmente a lo largo y ancho de todo el país por los propagandistas anarquistas y sindicales en las distintas fases vividas por el movimiento revolucionario, brindaba ahora, en julio y agosto de 1936, a los trabajadores de la tierra y pequeños aparceros de cada pueblo –en posesión completa de su propia iniciativa y sin la tutela ni las trabas de autoridad alguna– un modelo práctico de acción autónoma”³³⁶. Juan Peiró fue el primero en recomendar este modelo para la industria, que Abad de Santillán expondría in extenso en su obra *El organismo económico de la revolución*, reeditada varias veces. Las Federaciones de Industria desempeñaron también “un papel muy importante, yo diría definitivo, en la puesta en práctica de las colectivizaciones anarcosindicalistas”³³⁷, como constata el profesor García Rúa, destacado militante de la CNT.

336 Karl Korsch, *Schriften zur Sozialisierung*, op. cit., pág. 123.

337 José García Rúa, “Más allá de la democracia”, *Anarquisme, Debate Internacional*, Barcelona, octubre de 1994, pág. 72.

Obreros e intelectuales

Se pueden hacer todo tipo de reproches a los anarquistas españoles, excepto el de que no hubiesen pensado lo suficiente en el futuro de la revolución. En su congreso de Zaragoza de mayo de 1936, debatieron durante 14 días acerca de los fundamentos del comunismo libertario y su realización. El marxista suizo Paul Thalman, que se convirtió en España en un anarquista convencido, observa al respecto: “Y en este congreso expusieron hasta el menor detalle cómo los trabajadores habrían de gestionar directamente la industria y colectivizar la tierra [...]. Y cuando estalló la Guerra Civil, lo pusieron en práctica en gran medida ¿Cómo se puede afirmar, por tanto, que los anarquistas carecían de toda concepción teórica?”³³⁸. Pero esto es exactamente lo que Walther L. Bernecker recrimina a los anarquistas españoles, lo que explica que dirija al congreso toda clase de críticas corrosivas y le reproche “falta de teoría”, cuya causa era, según su criterio, “el escaso nivel intelectual de la mayoría de los miembros de la CNT”³³⁹.

El congreso de la CNT-FAI no fue, por supuesto, una república de eruditos. Tampoco los delegados eran

338 Clara y Paul Thalman, op. cit., pág. 376.

339 Walther L. Bernecker, *Anarchismus und Bürgerkrieg*, op. cit., pág. 43.

académicos, sino simplemente trabajadores, lo mismo que a quienes representaban. Pero esto no significa que fueran incultos. Poseían al contrario su propia cultura, caracterizada, al menos desde el punto de vista político-social, por su alto nivel. Bernecker, que cita a menudo a Frank Mintz, debería haber tenido quizá también en cuenta lo que el historiador francés dice sobre el tema que estamos tratando: “Aunque parecía simplista, el esquema del comunismo libertario era suficiente (y además no pretendía resolverlo todo) para convencer a los militantes de sus posibilidades de iniciativas y de creatividad”³⁴⁰. Y no es casual que en este contexto elogiara la “madurez” de la organización de la CNT. ¿Cómo, si no, habrían podido los libertarios poner en marcha y organizar la revolución social de la que hablamos en este libro sin el apoyo teórico de profesores y demás diplomados? Rudolf de Jong escribe al respecto: “Esta revolución tuvo un carácter más proletario y fue más lejos que las anteriores revoluciones en su reconstrucción social, basada en empresas autogestionadas y comunidades rurales”³⁴¹. Lo que nadie podrá negar es el coraje moral y el insobornable sentido de la justicia con que los anarcosindicalistas españoles acometieron su revolución social. De ahí que despreciasen el dinero y murieran, como Sócrates, sin bienes de fortuna. Éste fue también el argumento que el gran griego utilizó ante el Areópago para

340 Frank Mintz, *op. cit.*, pág. 344.

341 Véase Arthur Lehning, Rudolf de Jong y Yvon Bourdet, *op. cit.*, pág. 47.

demostrar la pureza y altruismo de sus convicciones y de su conducta: su pobreza. Y no fue sólo en este aspecto que los anarquistas españoles siguieron su sublime ejemplo.

Es injusto y totalmente desplazado juzgar el nivel cultural de los anarcosindicalistas hispanos desde el prisma de los intelectuales profesionales. El propio Bakunin había intuido ya lúcidamente lo que podía significar una dictadura de la ciencia: “Un dominio de la ciencia y de los hombres de ciencia [...] sólo puede ser estéril, ridículo, inhumano, cruel, opresor, explotador y desastroso”³⁴².

No necesito hacer hincapié en la candente actualidad de estas palabras. No menos evidente es que los movimientos proletarios que cayeron bajo la hegemonía de intelectuales –como el marxismo en general y la socialdemocracia alemana y el comunismo ruso en particular– no evolucionaron hacia posiciones precisamente emancipadoras.

Como constata Albert Camus: “Los proletarios lucharon y murieron para dar el poder a militares o a intelectuales, futuros militares, que los esclavizaron a su vez”³⁴³. Plenamente justificado es el amargo juicio que Simone Weil emite sobre Lenin y Trotski: “Cuando pienso que los grandes líderes bolcheviques querían crear una clase de

342 Bakunin, Werke, op. cit., vol. 1, pág. 127.

343 Albert Camus, L’homme revolté, op. cit., pág. 269.

trabajadores libre y que ninguno de ellos había pisado jamás una fábrica [...] su política se me antoja como un chiste macabro”³⁴⁴.

A los pedantes que hablan con desprecio del escaso nivel intelectual de los anarquistas españoles habría que responderles con Franz Fanón: “Ante todo, deberíamos liberarnos de la idea muy occidental y muy burguesa, y por tanto muy despectiva, de que las masas son incapaces de guiarse a sí mismas”³⁴⁵. Pero también Engels nos sirve aquí como referencia: “Al fundar la Internacional formulamos con toda claridad el principio rector de que la liberación de los trabajadores debe ser obra de los mismos trabajadores. Por tanto, no podemos unirnos a personas que declaran abiertamente que los trabajadores son demasiado incultos para poder liberarse a sí mismos y necesitan por ello ser liberados desde arriba por grandes o pequeños burgueses filantrópicos”³⁴⁶.

Lo cierto es que desde que desapareció la antigua cultura obrera –no sólo la libertaria–, y los partidos de izquierda y los sindicatos han pasado a ser dirigidos por universitarios, el espíritu de la lucha de clases ha ido de mal en peor. A

344 Simone Weil, *La condition ouvrière*, París, 1951, pág. 20 [hay trad. cast.: *Ensayos sobre la condición obrera*, Barcelona, 1962].

345 Frantz Fanón, *Les damnés de la terre*, París 1968, p. 125 [hay trad. cast.: *Los condenados de la tierra*, México, 2008].

346 Friedrich Engels, *Briefe an Bebel*, Berlín, 1958, pág. 41.

diferencia de Walther L. Bernecker, tengo una elevada opinión de la cultura obrera; por eso le rendí honor en uno de mis primeros libros³⁴⁷. En mi juventud –el tiempo que nos marca más profundamente– tuve el privilegio de conocer muy de cerca a los protagonistas de esa cultura, compartir su modo de vivir, convencerme de su calidad humana y de carácter y aprender mucho de ellos. Debido a esa experiencia no puedo comprender ni aceptar que se descalifique y se tache de ignorantes a esos hombres y mujeres que sacrificaron con generosa alteza de miras sus mejores años y sus mejores energías a la causa de la revolución, sólo porque quienes los critican hayan tenido la suerte (o tal vez la desgracia) de haber estudiado en una universidad burguesa, como es el caso del ilustre señor Bernecker y demás pavos reales que comparten su arrogancia intelectual.

Me ocurre lo mismo que a Peter Weiss: “Desde mi juventud me he acostumbrado a escuchar las afirmaciones y mensajes más claros y convincentes sobre cuestiones existenciales de la boca de personas que conocen esa existencia desde la perspectiva del trabajo más duro [...]. Oigo a menudo que los obreros son menos leídos, instruidos y elocuentes que los miembros de las clases burguesas. En ninguna parte, sin embargo, he encontrado opiniones tan triviales, superficiales, anodinas y necias como entre esos

347 Véase Heleno Saña, *Cultura proletaria y cultura burguesa*, Madrid, 1972.

burgueses que presumen de ser la encarnación de la cultura”³⁴⁸.

Walther L. Bernecker ha familiarizado a los lectores de habla alemana con la revolución libertaria de España como no lo ha hecho casi ningún otro autor en su idioma, y yo sería el último en cuestionar ese mérito. Pero no se me escapa que, siguiendo el lema de *in dubio contra anarchia*, tiende a prestar más atención a los aspectos desfavorables de la revolución que a los favorables. De ahí que en sus libros sobre España imparta con incansable minuciosidad lecciones sobre todos los errores que los pobres, ingenuos y desorientados libertarios cometieron en la atrasada Península Ibérica. La lista de sus reproches no es precisamente corta: voluntarismo, pensamiento ingenuo e idealista, concepciones de torre de marfil, accionismo ciego, falta de análisis históricos concretos y, sobre todo, su insistencia en la moral como fundamento central de su praxis. Y por lo que respecta a los escritos libertarios sobre la colectivización, “apenas pueden considerarse como resultados de una investigación científica”³⁴⁹. A ello habría que responder con Egon Meusel, no menos científico que Bernecker: “La afirmación, reiterada constantemente en la bibliografía secundaria, de que el anarquismo carece de teoría, se funda en una concepción científica positivista que

348 Peter Weiss, *Notizbücher 1971-1980*, 2a ed., Fráncfort, 1982, págs. 108 y 110.

349 Walther L. Bernecker, *Anarchismus und Bürgerkrieg*, op. cit., pág. 18.

hipostasia la teoría como instrumento de predicción de lo que probablemente ocurrirá en el futuro”³⁵⁰.

Como es natural, Bernecker tiene razón en más de un punto, pero los reproches que lanza contra la ingenuidad utópica del anarquismo español y no español, son aplicables, mutatis mutandis, a todos los demás modelos de liberación de la modernidad, empezando por el credo progresista de la burguesía ilustrada. ¿O acaso las esperanzas mesiánicas de Marx sobre el reino venidero de la libertad y la sociedad sin clases son menos utópicas que la visión libertaria? En el siglo XIX, la producción de utopías fue un rasgo común de todos los movimientos anticapitalistas, incluido el que alardeaba de “socialismo científico”, como el marxismo³⁵¹.

Y, sin embargo, grandiosa

Olvidando el estrepitoso fracaso del llamado “socialismo

350 Egon Meusel, *Der Anarchismus*, vol., 1, Rheinfelden y Berlín, 1997, pág. 7.

351 Es especialmente característico de la postura política de Bernecker que en uno de sus libros sobre España ensalce a Felipe González, precisamente el hombre que traicionó al socialismo proclamado por él y que durante su mandato ató España a las cadenas de la OTAN, de las multinacionales y de las altas finanzas, por no hablar de la profunda corrupción de su partido. Véase *Spaniens Geschichte seit dem Bürgerkrieg*, Múnich, 1984, pág. 260 y ss.

real”, los marxistas doctrinarios se sienten llamados todavía hoy a dar lecciones a otros sobre la teoría y la praxis de la revolución. Yo creo que a la hora de opinar sobre lo que ocurrió en la España de 1936–1939 harían bien en reconocer que a pesar de sus fallos, la revolución ibérica alcanzó un nivel ideológico, organizativo, ético y humano muy superior al de las revoluciones realizadas primero en Rusia y, más tarde, bajo la presión del Ejército Rojo, en las “repúblicas populares” de Europa central y oriental. Sam Dolgoff señala con razón: “La revolución española de 1936–1939 se aproximó más que cualquier otra revolución de la historia, incluida la malograda revolución rusa de 1917, a la plasmación del ideal de una sociedad libre sin Estado”³⁵². Trotski, que por lo demás dice pocas cosas inteligentes acerca de la revolución española, escribe: “El proletariado español ha dado un ejemplo de espíritu combativo de máxima categoría. Gracias a su peso específico en la economía del país y a su nivel político y cultural se ha mostrado desde el primer día de la revolución no por debajo, sino por encima del proletariado ruso de principios de 1917”³⁵³. Como se ve, Trotski reconoce aquí inequívoca y honestamente el nivel cultural de las masas trabajadoras españolas.

La revolución española fue más democrática que las de inspiración marxista–leninista; esta es la razón de que

352 Sam Dolgoff, *op. cit.*, pág. 5.

353 León Trotski, *Escritos sobre España*, París, 1971, pág. 185.

garantizase al individuo y a los grupos sociales de base un espacio de acción y de movimientos que no se dieron en aquéllas, tampoco en la “autogestión obrera” de la Yugoslavia de Tito. Ignorar o minimizar esta diferencia tan decisiva en el plano cualitativo significa negar la grandeza histórica y moral de la revolución española. Reducir a su vez la revolución a sus resultados y logros prácticos revela una visión pragmatística y positivista de origen burgués, por mucho que recurra a argumentos y conceptos marxistas o “científicos”. Quien se limite a evaluar la revolución española apoyándose en datos estadísticos, tendrá que aceptar que se le tache de reduccionista esquemático. A la revolución española pertenece ante todo su impulso intencional de construir una sociedad nueva sin dominadores ni dominados. El hecho de que esta meta sólo pudiera convertirse en realidad de manera incipiente y no sin contradicciones –como hemos visto en páginas anteriores– no menoscaba su singularidad histórica. Sigue vigente lo que constató Hans Peter Duerr en un debate con el estalinista Bruno Frei: “Hasta los pasos en falso dados por la clase obrera española en las colectividades y en las milicias anarquistas y del POUM, son históricamente más fecundos que los cálculos realistas de una economía estatal centralizada o de un general del Ejército Popular”³⁵⁴.

354 Hans Peter Duerr y Augustin Souchy, *Stalinismus und Anarchismus in der spanischen Revolution oder Bruno Frei und die Methode der Denuntiation*, Berlín, 1973, pág. 21.

VIII. EL INEVITABLE REALISMO ANARQUISTA

El mayor error de que se nos acusará ha de ser el de haber sido leales y sinceros en toda nuestra actuación pública, incluso mientras se afilaba en las sombras el puñal de la traición de los que se sentaban a nuestro lado.

Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*

El Comité de Milicias Antifascistas

La fase más creativa de la revolución en Cataluña coincidió con el surgimiento de las Milicias Antifascistas. La revolución se desarrolló y consolidó paralelamente al influjo de las Milicias sobre los acontecimientos, según constata García Oliver: “Si las colectividades se produjeron, fue por el impulso inicial que encontraron en el Comité de

Milicias”³⁵⁵. En cambio, en cuanto el poder del Comité pasó a manos de la Generalitat y sus órganos, la revolución comenzó a estancarse.

La idea de fundar las Milicias Antifascistas como complemento del Gobierno catalán partió de Lluís Companys. Fue su primera maniobra para restringir y controlar la amplia influencia de la CNT–FAI. Nada más constituirse el Comité de Milicias e instalarse en las dependencias del Club Náutico de la Plaza de Palacio, Companys se apresuró a manejar los hilos a espaldas del Comité; así, el decreto publicado en el Boletín Oficial de la Generalitat sobre la creación de las Milicias, no contenía ni una sola palabra sobre el cometido clave desempeñado por la CNT–FAI en el aplastamiento de la sublevación. Ahora se hablaba del “pueblo” y de las “fuerzas legales”.

El Comité estaba integrado por anarcosindicalistas convencidos como Juan García Oliver (Defensa), Marcos Alcón (Transporte) y Abad de Santillán (Milicias), o por marxistas del POUM como José Rovira, pero también por el estalinista Juan Comorera y el renegado comunista Jaume Miratvilles, miembro de Esquerra Republicana y secretario de Companys, que despreciaba a los anarquistas y equiparaba a la FAI con los fascistas. Otro integrante del Comité era Manuel D. Benavides, del PSUC, que también

355 García Oliver, op. cit., pág. 281.

odiaba a los anarquistas. La UGT catalana estaba representada por Rafael Vidiella, un antiguo cenetista convertido al estalinismo.

Los anarquistas y el representante del POUM eran los únicos que permanecían fieles al Comité y que querían mantener o ampliar su autonomía como órgano ejecutivo y legislativo; todos los demás trabajaron desde el principio contra él, hasta que acabó por fracasar. Durruti hubiese podido quizá con su autoridad moral impedir el curso erróneo del Comité, pero el 24 de julio de 1936 había marchado a Aragón con sus milicianos. El formato militante e intelectual de García Oliver no era menor que el de Durruti, pero había aceptado la existencia de la Generalitat, precisamente él, que en la sesión del Comité Local de la CNT celebrada el 23 de julio de 1936 había abogado por “ir a por el todo”, fórmula con la que solía definir sus posiciones radicales. En su fuero interno mantuvo no obstante su intención original, como escribe en sus Memorias: “Ciertamente, desde la creación del Comité de Milicias Antifascistas, primero, y aposentado después en la Consejería de Defensa, mi preocupación principal fue realizar una paciente obra conspirativa en espera de que llegase el momento de que la Organización, cansada de las jugadas de la Esquerra Republicana y el PSUC, considerase llegado el momento de ir a por el todo”³⁵⁶. Para poner en práctica sus planes, García Oliver contaba sobre todo con Aurelio

356 Ibid., pág. 298.

Fernández y Marcos Alcón en Barcelona y con Antonio Ortiz, Gregorio Jover, Miguel García Vivancos, Cristóbal Aldabaldetrecu y Domingo Ascaso en Aragón. Pero estos planes conspirativos pasaron automáticamente a mejor vida cuando García Oliver se hizo cargo, a comienzos de noviembre de 1936, del ministerio de Justicia en el Gobierno central y se trasladó a Madrid y, más tarde, a Valencia.

Marcos Alcón, amigo y persona de confianza de García Oliver, era un adversario decidido de la Generalitat, pero no poseía el carisma suficiente para hacer prevalecer su criterio. Tras la Guerra Civil escribiría a su correligionario Abel Paz que el Comité de Milicias Antifascistas había sido revolucionario en las primeras semanas, pero que al ceder desde el principio la iniciativa a las fracciones autoritarias, era previsible el estrangulamiento de la revolución, una experiencia común a todas las revoluciones³⁵⁷. Diego Abad de Santillán era una figura de la FAI de más relieve que la de Marcos Alcón, lo que explica que Jesús Hernández le elevase incluso a la categoría de “jefe más influyente en las pandillas anarquistas”³⁵⁸. Pero debido a su estancia de varios años en Alemania y sobre todo en la América Latina, era considerado como un “advenedizo” en el seno del núcleo más íntimo del movimiento libertario. Aparte de ello, tenía

357 Marcos Alcón, carta a Abel Paz (Diego Camacho), Cuernavaca, México, 8 de febrero de 1972. Copia de la carta enviada al autor por M. A.

358 Jesús Hernández, Negro y rojo, op. cit., pág. 430.

más de intelectual que de hombre de acción. Tampoco era un héroe popular, como Durruti, Francisco Ascaso o García Oliver.

Los enemigos del Comité de Milicias Antifascistas no necesitaron mucho tiempo para hacerlo fracasar; en realidad, a finales de septiembre de 1936 había dejado ya de existir. A renglón seguido se formó como órgano supremo de gobierno de Cataluña, el Consell de la Generalitat, donde estaban representados todos los partidos y los sindicatos. Esquerra Republicana obtuvo tres ministerios, el PSUC dos, la CNT tres y el POUM uno. Como presidente del Consejo fue designado Lluís Companys. García Oliver pasó a ser –no sin grandes reservas por su parte– secretario general del Consejo de Guerra, dirigido por el coronel Díaz Sandino. El anarquista Aurelio Fernández fue nombrado secretario general de Artemio Ayguadé, nuevo consejero de Seguridad Interior. Así fue como, por primera vez en la historia, algunos anarquistas pasaron a formar parte de un Gobierno. El que aquel Gobierno se denominara, a propuesta de Federica Montseny, “Consejo de la Generalitat” en vez de “Gobierno”, no alteraba en lo más mínimo el hecho de que miembros de la CNT–FAI habían asumido cargos gubernamentales. El cambio de denominación fue mera cosmética terminológica. Su mala conciencia indujo a la cúpula libertaria a designar como “consejeros” de la Generalitat a militantes “poco emblemáticos” y no a anarquistas destacados: Juan P. Fábregas

en Economía, Juan José Domenech en Abastecimientos y García Birlán en Sanidad y Asistencia Social. Se trataba, en conjunto, de departamentos subalternos, lo que explica la sarcástica observación de García Oliver: “Despojados de Defensa y Seguridad Interior, ya solamente nos quedaba salir a la calle a pedir limosna”³⁵⁹. Aunque los miembros de la CNT–FAI intentaron en su calidad de “consejeros” o secretarios generales de la Generalitat servir en primer lugar los intereses de su Organización, las circunstancias eran muy distintas a las de antes, de manera que ahora ya no actuaban como delegados directos del pueblo, sino como parte de un aparato de gobierno. La disolución del Comité de Milicias Antifascistas significó el fin de la independencia de la CNT–FAI y el comienzo de su proceso de desmontaje como núcleo de poder autónomo.

Esta mutación se produjo por varias razones. La primera era que para la dirección de la CNT–FAI lo más importante era obtener del Gobierno central las armas que necesitaba Cataluña para proseguir la guerra en Aragón. Esta versión no es sólo la de Abad de Santillán³⁶⁰. García Oliver y otros libertarios opinaban lo mismo. Sin embargo, el Gobierno central no mantuvo la palabra dada al respecto. La República trató a Cataluña como una madrastra durante toda la Guerra Civil, y cuanto más duraba ésta, más precaria era la situación de la autonomía catalana. Otro motivo para

359 García Oliver, *op. cit.*, pág. 278.

360 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, *op. cit.*, pág. 143.

el ingreso de la CNT–FAI en el Gobierno de la Generalitat fue que sus dirigentes habían comenzado a desvincularse de la militancia de base y a dejarse absorber por el ministerialismo. Abel Paz, anarquista y biógrafo de Durruti, escribe en este contexto: “El Comité de Milicias tenía los días contados. El Comité Nacional, utilizando el acuerdo de un pleno, había decidido disolverlo sin consultar a nadie para entrar en el Gobierno de la Generalitat con cuatro consellers [...]. Los Comités de la CNT habían caído en la trampa disolviendo el Comité de Milicias e integrándose en el govern de la Generalitat”³⁶¹. La liquidación del Comité no fue consecuencia, en modo alguno, de una labor deficiente. Baste recordar que había fomentado el proceso de colectivización, organizado las columnas en Aragón y creado una industria de guerra inexistente hasta entonces. Hasta la disolución del Comité, los sublevados no se habían apoderado ni siquiera de un milímetro de suelo catalán, y las columnas de Aragón no habían cedido ninguna de las posiciones conquistadas.

Los anarquistas en el Gobierno

Tras su entrada en la Generalitat, los anarquistas tuvieron

361 Abel Paz, Durruti en la revolución española, op. cit., pág. 184.

que afrontar una contradicción desconocida por ellos hasta entonces: el ejercicio del poder, o más exactamente, del poder estatal. En la Guerra Civil española perdieron su inocencia ideológica, ensuciándose con ello por primera vez las manos. Y Cataluña no fue más que el comienzo.

Unas semanas después de ser nombrado jefe del Gobierno central, Largo Caballero propuso a la CNT–FAI formar parte de su Gabinete. Esta iniciativa se llevó a cabo con la oposición decidida del presidente de la República, Manuel Azaña, cuyo odio a los anarquistas y la idea de un Gobierno sindicalista le quitaban el sueño. Las negociaciones entre Largo Caballero y la CNT–FAI corrieron a cargo de Horacio Martínez Prieto, un militante de la FAI caracterizado por su carácter personalista y su proclividad al oportunismo y a la jactancia. La Confederación solicitó seis ministerios. Sólo obtuvo cuatro, y más bien de escasa importancia. El 4 de noviembre de 1936, cuatro anarcosindicalistas fueron nombrados ministros de la República: Juan García Oliver, de Justicia; Federica Montseny, de Sanidad; Juan Peiró, de Industria; y Juan López, de Comercio.

La entrada en el Gobierno respondía a una decisión de los órganos de la CNT–FAI, que habían propuesto también a los cuatro candidatos. Ninguno de los ministros nombrados asumió sus tareas con entusiasmo, empezando por García Oliver (perteneciente al sector maximalista del anarquismo)

y Federica Montseny, quien había aprendido muy pronto de su padre Juan Montseny y de su madre Soledad Gustavo la incompatibilidad entre el anarquismo y el poder del Estado. Los cuatro ministros subrayaron que habían asumido sus cargos por solidaridad con las demás fuerzas políticas y pensando en que la CNT-FAI no podía eludir la responsabilidad común.

Pero como acabamos de indicar, no se sentían a gusto, ya por el hecho de que habían contravenido el principio supremo del anarquismo. Se sentían interiormente partidos por la mitad, pero una vez que la organización hubo decidido participar en las tareas gubernamentales, estaban dispuestos a cumplir con su deber. José Peirats afirmaría, no obstante, más tarde: “Desde el punto de vista de las personas que figuraban al frente de la organización, yo creo que tenían mayoría los que eran partidarios de la entrada en el Gobierno. Y los que éramos adversos estábamos en minoría”³⁶². Sea como fuere, la explicación que el periódico anarquista *Solidaridad Obrera* ofreció a la militancia confederal para justificar la entrada de la CNT en el Gobierno resultaba más bien penosa: “La entrada de la CNT en el Gobierno central es uno de los hechos más trascendentales que registra la historia política de nuestro país. De siempre, por principio y convicción, la CNT ha sido antiestatal y enemiga de toda forma de gobierno. Pero las circunstancias superiores han desfigurado la naturaleza del

362 Véase M. Rupérez y Pérez Ledesma, op. cit.

Gobierno y del Estado español. El Gobierno en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una forma de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa a la sociedad en clases”³⁶³.

La crítica no se hizo esperar mucho. Sobre todo los santones del anarquismo pusieron el grito en el cielo. El venerable anarquista Sébastien Faure enmendó la plana a sus camaradas españoles y españolas diciéndoles en el *Libertaire* de París que la participación en el Gobierno de Largo Caballero estaba en flagrante contradicción con los principios inviolables de la doctrina anarquista, afirmando además que habían caído en la trampa de una “oferta ale- vosa”.

Otros ilustres anarquistas manifestaron también su rechazo o su indignación. La crítica de Emma Goldmann, que se encontraba en España desde agosto de 1936, fue especialmente dura. Para ella no cabía duda que la integración de la CNT-FAI en el Gobierno significaba el comienzo de una dictadura anarquista.

Pero también hubo tomas de posición comprensivas, como la expuesta en una carta de Rudolf Rocker a Helmut Rüdiger y remitida a continuación por éste a la dirección de la CNT: “Desearía vivir con mis camaradas españoles para

363 Solidaridad Obrera, 4 de noviembre de 1936.

combatir con ellos y compartir la responsabilidad, llegando si fuera preciso a ser ministro, si así lo exigieran las circunstancias”³⁶⁴.

Largo Caballero quería presidir un Gabinete de base amplia, y ésta fue la razón de que tras algunas dudas iniciales hubiese entablado conversaciones con la CNT–FAI. Por otra parte, no todos los anarquistas significados se oponían a una participación de la Confederación en el poder estatal, como por ejemplo Horacio Martínez Prieto, entonces secretario del Comité Nacional de la CNT y anteriormente gestor de las negociaciones con Largo Caballero. Mariano Rodríguez Vázquez (Marianet), su sucesor al frente de la Confederación, no tardó tampoco en descubrir las tentaciones del poder. Como tendremos ocasión de ver más adelante, la conducta de ambos demostraría que no eran los hombres más apropiados para dirigir la CNT en una situación tan delicada como la de una guerra civil y una revolución.

Pero tampoco los anarquistas más lúcidos disponían de una patente de corso. Se puede discutir eternamente sobre si la decisión de la CNT–FAI de incorporarse al Gobierno de Cataluña y de Madrid–Valencia fue o no un error. Ni el mismo Durruti conocía la solución; por eso se había callado

364 Véase Helmut Rüdiger, carta a Mariano R. Vázquez, París, 16 de noviembre de 1937, en IISG, Ámsterdam, Corresp. intern. Archivo Comité Nacional CNT, 63 C 1.

en la sesión plenaria celebrada por la CNT el 23 de julio de 1936. Lo mismo puede decirse de García Oliver, a pesar de su aguda inteligencia y de su experiencia revolucionaria. Todos estaban abrumados por la duda, y aunque eligieron el intervencionismo político, no lo hicieron por falta de principios, pues los tenían: su lucha altruista y llena de sacrificios por la causa de la revolución era una prueba irrefutable de ello. Sencillamente, no había ninguna vía ideal, sino meras soluciones de compromiso. Hablar de oportunismo en este contexto es tan insostenible como ridículo. La decisión de entrar en el Gobierno estuvo motivada paradójicamente por una gran confianza en las propias fuerzas libertarias y, al mismo tiempo, por un desdén hacia el aparato estatal, como manifestaría Juan López, uno de los ministros designados por la CNT: “Por entonces no concedíamos importancia al Gobierno, porque su poder era nominal [...]. Deber nuestro es recordar que al formar parte del Gobierno no íbamos con la idea preconcebida de incorporarnos al sistema democrático parlamentario, ya que el constitucionalismo de 1931 había sido superado de forma irreversible”³⁶⁵. Aunque la CNT-FAI hubiera optado por no participar en el Gobierno, tampoco esa alternativa habría aportado la solución, según admite un adversario tan decidido de la participación como Peirats. “En el momento en que nosotros jugábamos el juego político, estábamos perdidos. Y si no lo jugábamos,

365 Juan López, “Evaluación del sindicalismo español”, Comunidad Ibérica, México, julio-agosto de 1964.

teníamos otro peligro: debilitar el frente antifascista”³⁶⁶. El mismo problema se planteó en relación con el paso de las milicias voluntarias a un ejército regular.

La militarización de las milicias

Poco a poco se fue imponiendo el criterio de que las milicias surgidas en las primeras semanas no bastaban para responder a las exigencias de una guerra larga. El primer paso hacia un cambio del sistema de organización militar partió del Gabinete de Giral. Pero la propuesta del primer ministro y de su ministro de Defensa Nacional, Hernández Sarabia, de crear un ejército de voluntarios bajo la supervisión y el mando de oficiales de la reserva, halló poca aprobación, excepto entre los socialistas moderados, los comunistas y los republicanos. Por su parte, los anarquistas defendieron las milicias, al igual que los socialistas de izquierda del entorno de Largo Caballero y la dirección del POUM. Entendían los planes de Giral y Hernández Sarabia como una ofensa a los trabajadores en lucha y como un intento de restablecer un Ejército estrictamente jerarquizado. El nombramiento del republicano de derechas Martínez Barrio como encargado de organizar el Ejército de

366 Véase M. Rupérez y Pérez Ledesma, op. cit.

voluntarios contribuyó adicionalmente al aumento del rechazo por parte de la izquierda.

Tras la caída de Badajoz a mediados de agosto de 1936, Giral se vio obligado a abandonar el cargo de jefe de Gobierno. Cuando el 4 de septiembre Largo Caballero fue nombrado sucesor suyo y asumió además la cartera de Defensa Nacional, inició, a pesar de sus anteriores críticas a su predecesor, la formación de un Ejército regular. Aquella medida obedecía sin duda a la honrosa intención de fortalecer y fomentar la eficacia de las unidades de combate republicanas, pero su consecuencia inmediata fue la de poner fin al trato de igualdad y de camaradería que había reinado en las milicias. En su lugar reapareció el antiguo espíritu de casta, propio desde siempre de todas las fuerzas armadas del mundo: pagas excesivamente escalonadas, un trato jerárquico entre oficiales y tropa, un mando y una obediencia automáticos y el castigo por la “falta de disciplina” o por otras infracciones cometidas contra el aparato o el código militar.

Los anarquistas y los marxistas del POUM se sintieron todavía más decepcionados cuando el 15 de octubre de 1936 apareció en la *Gaceta Oficial* el decreto para la creación del Ejército Popular, día en el que por añadidura se dio a conocer la formación de un Comisariado Político. La idea –procedente de Trotski– de poner a un comisario político al lado de todo oficial profesional no encajaba en la

problemática española y demostraba la influencia que ya entonces ejercían los comunistas, y ello no sólo en el Estado Mayor del Ejército.

El plan que Trotski había puesto en marcha en Rusia y que ahora se introducía en la España republicana respondía al objetivo de poner freno a las actividades de sabotaje y espionaje de la quinta columna en el seno de las fuerzas armadas, pero con ello se dejaba al mismo tiempo la puerta abierta para las maniobras ideológicas y la instrumentalización del poder.

La instrumentalización del Comisariado de Guerra con fines bastardos fue practicada no sólo por los comunistas, sino también por cierto número de socialistas a quienes Largo Caballero confió puestos importantes sin saber que estaban al servicio del PC y de los agentes rusos, como el comisario general Julio Álvarez del Vayo y el secretario general Felipe Pretel, por citar sólo los más importantes. El comunista Antonio Mije, miembro del Buró Político español, fue nombrado subcomisario de organización, la más importante de las cuatro subcomisarías. Ángel Pestaña, que también pasó a ocupar un subcomisariado, fue sustituido más tarde por un comunista. Francisco Antón, protegido y amante de La Pasionaria, fue ascendido al cargo de comisario inspector del Consejo de Defensa de Madrid y trabajó mano a mano con el general Miaja, presidente de dicho Consejo y compañero de viaje del PC. En las unidades

de las Brigadas Internacionales había también el mismo tipo de comisarios. Los dos directores de la Escuela de Comisarios, Federico Melchor Fernández y José Laín, eran comunistas. Los directores de todas las publicaciones del Comisariado de Guerra –entre ellas la revista *Comisario*–, eran asimismo miembros del PC o socialistas a su servicio. “No cabe duda de que quien dominase el Comisariado sería el dueño del Ejército Popular, dadas las posibilidades que tenían los comisarios de influir sobre los mandos y los combatientes. Esto lo logró el Partido Comunista, que era el que más se preocupaba del proselitismo político y que, también, demostraba más que ningún otro su interés por los combatientes”³⁶⁷, según concluye el historiador procomunista Alcofar Nassaes.

Por su condición de antimilitaristas convencidos, los anarquistas se resistieron a someterse a la disciplina y al centralismo de un ejército regular. Esta resistencia se mantuvo latente hasta el final de la guerra y revivió siempre que los anarquistas fueron discriminados en el Ejército Popular en favor de los comunistas. Como protesta contra la unificación del Ejército, unos 1.000 miembros de las columnas de Durruti abandonaron el frente de Aragón a comienzos de marzo de 1937 y se organizaron en Barcelona como “Los amigos de Durruti”. Tanto por su radicalismo

367 José Luis Alcofar Nassaes, “Los Comisarios políticos del Ejército Popular de la República”, Nueva Historia, Madrid-Barcelona, enero de 1979.

como por su afinidad con el POUM actuaron en gran medida al margen de la CNT–FAI. También hubo resistencia por parte de la Columna de Hierro estacionada en Teruel y compuesta por 3.000 anarquistas dispuestos a no aceptar ningún compromiso. También se rebelaron varios centenares de antiguos presidiarios de la cárcel tristemente famosa de San Miguel de los Reyes, a quienes los anarquistas habían puesto en libertad y acogido entre sus filas para darles la oportunidad de liberarse de su pasado y rehabilitarse luchando contra el fascismo.

Con el fin de quebrar la resistencia de las unidades de combate anarquistas contra el proceso de militarización, el gobierno de Largo Caballero recurrió a diversas medidas; las principales consistieron en no suministrar armas a las milicias díscolas o dejarlas sin paga. La segunda idea partió del comandante José Martínez Blázquez, un masón fiel a la República pero reaccionario. Tras su huida a Francia, en la primavera de 1937, publicó un libro con un prólogo de Franz Borkenau en el que hacía responsables del fracaso de la República a los anarquistas y socialistas de izquierdas del entorno de Largo Caballero.

Pero como observa con razón Burnett Bolloten, “lo que indujo al movimiento libertario a plegarse a la idea de la militarización no fue sólo la necesidad de obtener material de guerra, sino también la de superar los fallos del sistema

de milicias –sin duda, la consideración más importante”³⁶⁸.

En realidad, no fueron pocos los anarquistas que reconocieron la necesidad de unificar la lucha armada y someterla a una dirección general. Tras su primera experiencia como jefe de columna, Cipriano Mera se declaró partidario de la integración de las milicias obreras y populares en unas fuerzas armadas a las órdenes de oficiales de carrera. Eduardo Val y los demás miembros del Comité de Defensa de la CNT respaldaron su decisión de aceptar en adelante la militarización de las milicias. Poco después, Mera se presentó ante el general Miaja acompañado de Val y le pidió que le diera un grado para que sus hombres le obedeciesen mejor. Miaja lo ascendió a comandante, y Mera mandó más tarde todo un cuerpo de ejército con el grado de teniente coronel. El Comité de Defensa de Madrid organizó una asamblea de masas en la capital para exponer su decisión. Mera la defendió con las siguientes palabras: “No ignoráis que hasta ahora fui uno de los militantes cenetistas más reacios a la militarización, pues consideraba que la autodisciplina era superior a cualquier disciplina impuesta por los demás. Mas sois testigos, como lo somos todos, de que esa autodisciplina no se ha cumplido de manera total, ni siquiera por parte de la mayoría, acarreando una desorganización que nos hizo perder terreno constantemente ante el enemigo. Declaro por mi parte ante la CNT y ante el pueblo español que únicamente

368 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, op. cit., pág. 250.

estaré a las órdenes de mis mandos militares superiores y del gobierno de la República”³⁶⁹. Mera no dejó de ser, de ninguna manera, lo que iba a seguir siendo hasta su muerte en París: un anarquista sincero. Pero había llegado a la conclusión de que unos contingentes de milicias improvisados y el espíritu de lucha no bastaban por sí solos para enfrentarse con eficiencia al enemigo. También García Oliver, el héroe de las barricadas de Barcelona, se había vuelto partidario convencido de una mayor disciplina en el combate; por eso, tras su nombramiento como ministro de Justicia y en su condición de miembro del Consejo Supremo de Guerra –cuya creación había propuesto–, fundó las llamadas Escuelas de Guerra, donde regía un espíritu riguroso, aunque abierto. “Las exigencias insoslayables de la guerra lo transformaron haciendo de aquel abogado de la anarquía un hombre de la ley y el orden”, escribe sobre él el comandante José Martín Blázquez, que se reunía a menudo con el líder anarquista en el Hotel Inglés de Valencia³⁷⁰. También Abad de Santillán reconoció la necesidad de crear unas fuerzas armadas regulares, según admitió en una conversación con Hanns Erich Kaminski: “La milicia ha cumplido con su tarea. Ahora debe unirse al nuevo ejército revolucionario. No existe la guerra anarquista, sólo hay un tipo de guerra, y ésta es la que debemos ganar, la que ganaremos; pero tenemos que abandonar muchos de

369 Cipriano Mera, op. cit., pág. 116.

370 José Martín Blázquez, op. cit., pág. 298.

nuestros principios”³⁷¹. Eso ocurría en la primera fase de la contienda, pero Abad de Santillán no tardó en cambiar de opinión, como veremos más adelante. También Helmut Rüdiger abogó por la militarización: “Y hay que decir que una de las faltas cometidas por la CNT es que ha comprendido demasiado tarde el valor que la militarización podía tener para ella”³⁷². La opinión del Comité de Defensa de la Región Centro se impuso ampliamente, como quedó demostrado en una jornada de las milicias confederales celebrada en Valencia, en la que todos los delegados se declararon dispuestos a aceptar el ingreso en el Ejército Popular. Sólo votaron en contra los representantes de la Columna de Hierro y de la columna Tierra y Libertad.

La subordinación de las milicias al mando unitario del Ejército regular no llevó, ni mucho menos, a la disolución total de las unidades de combate anarquistas, pues la integración fue a menudo más formal que real. Como dice John Brademas: “Con todo, la militarización de las unidades anarquistas no pasó normalmente de pura fórmula en muchos aspectos”³⁷³. A pesar de su integración en el Ejército regular, las formaciones libertarias conservaron su homogeneidad original, lo que reza precisamente para la

371 Hanns-Erich Kaminski, op. cit., pág. 183.

372 Helmut Rüdiger, informe del 8 de mayo de 1937, op. cit., pág. 5, IISG, Ámsterdam.

373 John Brademas, *Anarquismo y revolución en España (1930-1937)*, Barcelona, 1974, pág. 239.

Región Centro. En septiembre de 1937, unos 100.000 anarcosindicalistas combatían en brigadas propias dentro del Ejército Popular, 56.000 de ellos en el frente del Centro. Las brigadas insistieron en conservar un mínimo de iniciativa propia. La militarización se produjo además bajo la jefatura de Largo Caballero, quien no tenía el menor interés en enemistarse con los anarquistas, sobre todo porque los consideraba como aliados en la lucha contra las ambiciones de poder y las maquinaciones de los comunistas. Entre el Comité de Defensa de la CNT de Madrid y el Ministerio de Defensa de Largo Caballero predominó en general el espíritu de cooperación. Los nombramientos de comandantes en las unidades anarquistas se realizaban, por ejemplo, a propuesta de dicho Comité, dirigido por Eduardo Val, Manuel Salgado y García Pradas, aunque llevaran el sello y la firma del Ministerio de Defensa Nacional. De no haber sido así, el cuerpo de ejército libertario de Cipriano Mera no habría podido actuar compactamente contra las divisiones comunistas, según veremos más adelante.

Las unidades relativamente independientes de la CNT no fueron capaces de lograr algo que se revelaría justamente como lo decisivo: determinar el curso de la guerra. En este punto, la influencia de los asesores militares rusos fue determinante y, en conjunto, desastrosa. Nada menos que Santiago Garcés, uno de los hombres de máxima confianza de Negrín y familiarizado además con la situación en el frente, hizo responsables a los estrategas rusos de la

derrota de la República. También defendió a las milicias, coincidiendo en este punto con los anarquistas, a los que por lo demás apreciaba escasamente: “Perdimos la guerra porque los rusos nos impusieron una organización militar extraña a las tradiciones españolas. Con su burocratismo malograban el entusiasmo inicial de los milicianos [...]. Los rusos cometieron el error de improvisar las inadecuadas brigadas mixtas como una unidad táctica, y nosotros el de olvidar la gloriosa y eficaz lucha de guerrillas [...]. Las milicias populares respondían al espíritu individualista y guerrillero del combatiente español. La República no estaba técnicamente preparada para operar con brigadas mixtas de gran envergadura. La unidad típica del Ejército español era el batallón, la compañía, el regimiento, unidades fáciles de organizar y manejar. Las brigadas mixtas fueron un corsé artificial que asfixió la capacidad combativa de la República”³⁷⁴.

Abad de Santillán tenía una opinión similar y subrayó, además, la diferencia fundamental entre una guerra popular y una guerra estatal: “La guerra nuestra no era una guerra de un ejército contra otro ejército, sino la acción armada de un pueblo contra sus enemigos. Se ha cometido el grave error de querer convertir nuestra guerra de guerrillas, la típicamente española, en una guerra regular [...]. Entre una guerra del pueblo y una guerra del Estado la

374 Santiago Garcés, “Habla un ayudante de Negrín”, índice, Madrid, 15 de junio de 1974.

diferencia es esencialísima. La guerra del Estado es siempre esclavizadora, esclavizadora en los métodos y en las finalidades perseguidas. Cuando los pueblos, en cambio, se levantan en armas lo hacen siempre para libertarse y para libertar”³⁷⁵. Los rusos no fueron los únicos en dar preferencia a las brigadas mixtas como estructura fundamental del Ejército republicano. El general Asensio compartía esta opinión, y con él sus ayudantes José Martínez Blázquez y José Cerón González, pero se guardaban para sí lo que pensaban: “Es mejor que no les digamos nada a los rusos y les hagamos creer que otorgamos un gran valor a su opinión”, dijo Asensio a sus ayudantes³⁷⁶. En cualquier caso, antes de que se formara el Ejército regular unitario y centralista, hubo masas de voluntarios que se alistaron de manera espontánea para combatir en el frente, mientras que más tarde, tras la disolución de las milicias, los combatientes se convirtieron en soldados que sostenían un arma en la mano porque se les obligaba oficialmente a hacerlo. Como milicianos fueron revolucionarios; después, soldados reclutados por orden del Estado. Santillán tenía razón: “La salvación no podía venir más que repitiendo la gesta de la Independencia y haciendo de la guerra y de las armas un instrumento popular y no un instrumento del Estado”³⁷⁷.

375 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 180.

376 José Martín Blázquez, op. cit., pág. 295.

377 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 182.

La militarización de las milicias populares fue instrumentalizada pronto por los agentes de Stalin tanto en el plano de la política como de la técnica militar. Julián Gorkin dice en este contexto: “La disolución de las milicias y su transformación en un Ejército Popular rigurosamente centralizado y disciplinado, fue exigida por los asesores soviéticos.

A primera vista parecía una medida que en términos de eficacia militar estaba justificada, pero en realidad se trataba de una estratagema para que los comunistas pudieran dominar cada vez más los Estados Mayores, el reparto de material e incluso la intendencia”³⁷⁸.

Maniobras de captación

En Valencia, los rusos intentaron de forma más o menos declarada ganar para su política a los cuatro ministros anarcosindicalistas. Lo mismo hicieron con Mariano Rodríguez Vázquez, secretario nacional de la CNT. También lisonjearon a Buenaventura Durruti hasta su muerte, ocurrida a comienzos de diciembre de 1936.

Cuando Federica Montseny marchó a Valencia como

378 Julián Gorkin, op. cit., pág. 96 y ss.

ministra de Sanidad, no encontró un alojamiento adecuado. El embajador soviético Marcel Rosenberg puso a su disposición dos habitaciones en el hotel Metropol, donde residía él mismo. Solía comer también con ella en su suite privada y le propuso en varias ocasiones traer a Valencia a la hija de Montseny para que viviera con la familia del embajador en un chalet de las afueras de la ciudad. En los meses de enero y febrero de 1937 la instó a visitar Rusia: “El camarada Stalin se sentiría muy feliz de encontrarse con Ud. Vaya allí, Federica. Será recibida como una pequeña reina”³⁷⁹.

García Oliver, Juan Peiró, Juan López y Mariano R. Vázquez eran también invitados frecuentes del diplomático ruso en el hotel Metropol. “¿Qué perseguían los rusos con estas invitaciones?”, se preguntaba Federica Montseny en sus *Memorias*. Y ella misma se daba la respuesta: “En lo que a nosotros se refiere, es evidente que la finalidad perseguida era neutralizar la acción de la CNT, y ganarla, de ser posible, a los objetivos y puntos de vista de Moscú”³⁸⁰. Por lo que respecta a Federica Montseny, lo que movía a Rosenberg a buscar su proximidad no era, sin embargo, el mero cálculo político, sino también la simpatía o incluso el amor que sentía por ella. La afinidad humana entre el embajador y la

379 Carta de F. Montseny a Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, op. cit., pág. 183.

380 Federica Montseny, *Mis primeros cuarenta años*, Barcelona, 1987, pág. 117. T.J. *Ibid.*, pág. 116.

ministra no fue uno de los menores motivos que indujeron a Stalin a ordenar a Rosenberg el regreso a Rusia.

El diplomático barruntó lo que la orden de Stalin significaba para él, como se desprende de la carta de adiós que escribió a Federida Montseny el 21 de febrero de 1937: “Lamento no poder despedirme de usted. Estoy seguro de que no volveremos a vernos más. No sé lo que me espera. Guardo el recuerdo de su amistad y de las muchas cosas en que coincidimos”. Esta carta no era sólo el adiós a una interlocutora, sino que sonaba también como un adiós a la vida.

Rosenberg y García Oliver se habían conocido ya brevemente en Madrid cuando el embajador ruso visitó al anarcosindicalista y flamante ministro de Justicia para conocer su opinión sobre la defensa de la capital. El diplomático ruso se sintió profundamente impresionado por las explicaciones estratégicas del anarquista catalán. En Valencia le propuso promocionar por todo lo alto su nombre por medio de una campaña en los órganos de prensa rusos e internacionales. García Oliver rechazó la propuesta. Ello no fue óbice para que Rosenberg siguiera buscando la compañía del anarquista, pues sabía que García Oliver era la figura clave entre los cuatro ministros libertarios. Lo que indujo a García Oliver a pensar que los rusos preparaban el derrocamiento de Largo Caballero fueron sobre todo sus conversaciones con el embajador. En efecto, en uno de los

encuentros entre ambos, Rosenberg habló de la posibilidad de que García Oliver pudiera suceder a Largo Caballero como ministro de Defensa Nacional. García Oliver rechazó también esta propuesta. La víspera de su regreso a la URSS, Rosenberg se despidió de él con estas palabras: “Creo que mientras viva guardaré un grato recuerdo de usted”³⁸¹.

El cónsul general Antónov Ovséyenko se comportó en Barcelona como Rosenberg en Valencia. Nada más llegar, en agosto de 1936, invitó a su casa a Aurelio Fernández, de la FAI. Pronto buscó también contacto con Abad de Santillán, García Oliver y otros dirigentes anarcosindicalistas. En el entierro de Durruti en Barcelona, se le vio en la comitiva fúnebre al lado de García Oliver. Llegó incluso a entonar un himno de alabanza a los anarquistas catalanes en una entrevista de prensa. “El cónsul desmintió, como es natural, el hecho bien conocido de la intromisión del Gobierno soviético en la política de Cataluña. Al mismo tiempo expresó su máxima admiración por los trabajadores catalanes, y en especial por los anarcosindicalistas”³⁸².

Es difícil juzgar si esa alabanza era sincera o se debía a motivos tácticos; probablemente fue una mezcla de ambas cosas. También Mijaíl Koltsov, el desleal corresponsal de *Pravda* que desde el primer momento escribió los informes más malvados sobre el POUM, habló de los anarquistas con

381 García Oliver, op. cit., pág. 400.

382 Manchester Guardian, op. cit.

benevolencia, por ejemplo, en las semblanzas que escribió sobre Durruti y García Oliver.

Rosenberg y Antónov Ovséyenko no fueron los únicos que trataron a los anarquistas con guante blanco; también la dirección del PC español se esforzó por convencer a la CNT de la lealtad de las intenciones del Partido. Así, en una entrevista concedida el 4 de enero de 1937 a *Mundo Obrero* –órgano oficial de los comunistas españoles–, José Díaz aseguró que su partido no era ni enemigo ni adversario de los anarquistas, y que los comunistas sólo querían “luchar unidos a ellos, vencer juntos al fascismo y obtener juntos los frutos magníficos de la victoria”³⁸³. Los ofrecimientos de colaboración formulados por el secretario general del PC en noviembre de 1937 no fueron menos claros: “Queremos trabajar juntos con los camaradas anarquistas; queremos que entre nosotros no existan más que lazos de fraternidad y, juntos con las otras fuerzas antifascistas, repartirnos el peso de la gran tarea de conducir a nuestro pueblo a la victoria”³⁸⁴. Idéntica era la actitud del Buró Político del PC: “El Buró Político ha dedicado una atención especial al problema de las relaciones con la CNT y las organizaciones anarquistas. El Buró Político declara una vez más que el PC está preparado y dispuesto a entablar un debate fraterno con los órganos rectores de la CNT para superar

383 José Díaz, *Tres años de lucha*, París, México, Nueva York, 1939, pág. 322.

384 *Ibid.*, pág. 538.

definitivamente los malentendidos existentes entre ambas organizaciones y sentar los supuestos y las condiciones para una cooperación duradera”³⁸⁵. En el pleno celebrado por el PC en junio de 1937, La Pasionaria abogó por la fundación de un partido unitario del proletariado, incluidos los anarquistas, vaticinando que “proseguiría, combinándolas, las mejores tradiciones del Partido Socialista, la línea revolucionaria del anarquismo y la tradición del Partido Comunista”³⁸⁶.

Jesús Hernández habló tras la guerra de la “paciente política de unidad que cerca de las masas confederales realizaba el Partido Comunista a lo largo de toda la guerra”³⁸⁷.

Los historiadores oficiales del Partido mantendrían posteriormente la tesis de que el PC había tenido un comportamiento leal con la CNT y sólo había luchado contra los “incontrolados”: “Constantemente se esforzó el Partido por establecer la unión combativa con las masas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y con los

385 Frente Rojo, 15 de septiembre de 1937, reproducido en *Spanien. Dokumente zum Studium des Spanischen Bürgerkriegs (1936-1939)*, Offenbach, 1997, pág. 75. En la introducción (anónima) de la colección documental se dice: “Una de las peores mentiras es la afirmación de que los y las comunistas persiguieron y reprimieron a todas las fuerzas anarquistas” (pág. VII).

386 Ibid., pág. 105.

387 Jesús Hernández, *Negro y rojo*, p. 75, pág. 441.

hombres más conscientes políticamente de su dirección para interesarlos en la realización de una política verdaderamente revolucionaria”³⁸⁸.

No cabe duda que la dirección del PC no cesó de cortejar a la CNT, según observa con ironía David T. Cattell: “Los comunistas enviaban constantemente saludos fraternos a los anarquistas”³⁸⁹. Pero estas manifestaciones formales obedecían a objetivos puramente tácticos y oportunistas y no fueron nunca sinceros. Tampoco podían serlo, pues entre el PC y la CNT–FAI existía un profundo abismo ideológico que ninguna retórica estaba en condiciones de superar, como los propios comunistas sabían.

En su relación con los anarquistas los comunistas se valían tanto de la lisonja como del palo. Precisamente porque conocían y temían la fuerza de los libertarios, hicieron todo lo posible por neutralizarla por medio del halago y la táctica del abrazo o recurriendo a la manipulación y al terror abierto.

Uno de los elementos de la estrategia comunista fue también el intento constantemente repetido de introducir una cuña entre la CNT y la FAI, pues sabían muy bien que en el seno de ambas organizaciones había habido siempre

388 Historia del PC de España, op. cit., pág. 160.

389 David T. Cattell, *Communism and the Spanish Civil War*, Berkeley y Los Ángeles, 1955, pág. 187.

divergencias de opinión desde la época de Ángel Pestaña y el Manifiesto de los Treinta contra la labor de la FAI dentro de la CNT.

La historiografía comunista y procomunista refleja fielmente la estrategia de doble filo utilizada por el Partido con los anarquistas, pero dando prioridad a la difamación. Así, se les suele describir como a una chusma de cobardes que en Aragón, en Cataluña o en el frente de Madrid abandonaban sin razón las líneas de fuego para hacer la siesta o reunirse con su familia, que consideraban la guerra como una jornada laboral con pausas e interrupciones o que "retenían en la retaguardia armas urgentemente necesitadas en el frente", según afirma el comunista Ludwig Renn³⁹⁰. Pero curiosamente, su correligionario Willi Bredel nos da a conocer todo lo contrario: "Muchos líderes anarquistas y las masas de obreros y campesinos anarquistas han luchado y siguen luchando valerosamente contra el fascismo. En Barcelona arrebataron con las manos desnudas las armas que los soldados sublevados habían lanzado contra el pueblo. Y en centenares de sitios de toda España han dado muestras de su magnífica valentía antifascista"³⁹¹. Pero para los comunistas, los anarquistas eran unos tipos estupendos sólo en la medida en que se plegaban a las exigencias del Partido; cuando se negaban a

390 Ludwig Renn, *Der spanische Krieg*, Berlín (Este), 1954, pág. 268.

391 Willi Bredel, *op. cit.*, vol. 1, pág. 61.

ello, eran tachados como una cuadrilla de sujetos indisciplinados e irresponsables.

Los anarquistas se abstuvieron de halagar a los comunistas o decirles lo que éstos querían oír. Pero por consideración hacia la dependencia de la República de los envíos de armas rusas, se vieron obligados a establecer compromisos con ellos. Esta actitud fue a menudo objeto de críticas, como la que formuló por ejemplo Emma Goldman en una carta a Mariano R. Vázquez: “Y ahora, la CNT, la organización anarcosindicalista más antigua y hasta hace poco la más pronunciadamente revolucionaria, va del brazo con los elementos cuyo objetivo mayor es destrozar la CNT. Queridos compañeros, no hay sacrificio demasiado grande que no estaría dispuesta a hacer para ayudaros en vuestra lucha; pero aceptar sin protesta vuestros elogios al régimen estalinista sería negar mi propio pasado revolucionario de 48 años. Lo siento, pero eso no lo puedo hacer”³⁹². A finales de noviembre de 1938, volvía a escribir: “Francamente, querido compañero, no comprendo cómo tú puedes decir que los comunistas sean tratados con corrección, cuando tú bien sabes lo que han hecho ahí y en otros países”³⁹³.

392 Emma Goldman, carta a M. R. Vázquez, 12 de octubre de 1937, en IISG, Ámsterdam, Archivo Comité Nacional CNT, Corresp. intern. 63 C 2.

393 Emma Goldman, carta a M. R. Vázquez, Londres, 28 de noviembre de 1938, en IISG, Ámsterdam, Archivo Comité Nacional CNT, Corresp. intern., 63 C 2.

La relación entre la CNT y la FAI

La relación entre la CNT y la FAI no ha sido analizada ni aclarada todavía por completo, y menos aún en lo que se refiere a la influencia ejercida por la “específica” sobre las masas anarcosindicalistas. En este aspecto importante del movimiento libertario español seguimos dependiendo de suposiciones y especulaciones. Lo que está hartamente probado es que en el anarquismo español hubo siempre una tradición conspirativa, carbonaria y bakuninista que se hallaba en abierta contradicción con las corrientes más genuinamente sindicalistas de la Confederación. Este antagonismo pervivió también durante la Guerra Civil.

La Federación Anarquista Ibérica fue fundada en 1927 con el objeto de superar las tendencias reformistas surgidas en el seno de la CNT tras la muerte de su gran líder Salvador Seguí en la década de 1920 bajo la dictadura de Primo de Rivera. La diana principal de los ataques de los grupos revolucionarios que militaban en las filas de la CNT fueron Ángel Pestaña y Juan Peiró, cuya línea sindicalista era interpretada como una desviación del anarquismo. Pero hasta la proclamación de la República, en 1931, la FAI no pasó de ser una pequeña organización sin mucha resonancia. En Barcelona existía un Comité Peninsular

dirigido por Juan José Molina (Juanel), aunque sólo sobre el papel, pues no había ninguna Federación Local organizada de los grupos de la FAI. Tampoco se redactaron actas del congreso fundacional ni de otras asambleas. En 1933 se formaron por primera vez en Barcelona comité locales y regionales de la FAI. Su mascarón de proa era Diego Abad de Santillán, quien asumió la dirección de la revista *Tierra y Libertad* y editó la revista *Timón*. En la década de 1920, Santillán había polemizado con gran acritud contra el sindicalismo y defendido tesis puramente anarquistas.

Las luchas de tendencias entre el anarquismo moderado y el radical no eran, por cierto, exclusivamente españolas, sino un fenómeno internacional surgido ya en tiempos de Proudhon, Bakunin y la Asociación Internacional de Trabajadores. Los anarquistas “puros” se habían negado durante años a ingresar en los sindicatos. Errico Malatesta sentía un absoluto desprecio por la labor meramente sindical; en este sentido no se diferenciaba apenas de Lenin. Tras la proclamación de la República, Malatesta contribuyó decisivamente a la radicalización de los anarquistas españoles, como confirmaría Federica Montseny tras la Guerra Civil. Merece la pena citar su informe detalladamente: “En aquellos días –verano de 1936– la que firma creía, como Peiró y otros muchos militantes anarcosindicalistas, que era preciso dar un poco de respiro [...]. Durruti, Ascaso y García Oliver sostenían que no debía dejarse instalar en España una república burguesa [...].

Confesamos que fue, en cierto modo, la recepción de una carta histórica de Malatesta, escrita después de la proclamación de la República y dirigida a mi padre, la que nos hizo reflexionar profundamente y analizar a fondo el problema. Porque Malatesta, que nada tenía de loco ni de atrabiliario, juzgando lo que estaba ocurriendo en España, predecía: si dejáis estabilizarse a la República burguesa que se ha dado el pueblo español, en un momento de euforia y creyendo que ella puede encontrar el remedio a todos sus males, toda esperanza de revolución social se habrá perdido y dentro de un decenio el anarquismo habrá desaparecido de España y se habrá convertido en un movimiento político inofensivo, como es hoy en Francia y en Inglaterra”³⁹⁴.

No hay ninguna duda de que la CNT estuvo dirigida a menudo por los cuadros de la FAI, como admite abiertamente Santillán, quien en una carta al autor afirmaba que aplicaron, sin saberlo, la táctica de la fraternité bakuninista, por ejemplo en febrero de 1936, cuando él mismo tomó posición contra el tradicional boicot electoral. El método para hacer cambiar de opinión a las masas de la CNT consistía en valerse de un círculo íntimo desconocido de los demás. Cada miembro del círculo disponía de una amplia área de influencia que se utilizaba a su vez para operar de común acuerdo en las grandes asambleas. Los miembros del círculo de iniciados se reunían

394 Federica Montseny, “Sobre aciertos y errores”, Espoir, Toulouse, 12 de enero de 1969.

sólo en ocasiones extraordinarias. Una vez tomadas las decisiones, se reunían con los jefes de los sindicatos –ni siquiera con todos– para informarles o pedirles apoyo. Pero en general lo más eficaz era operar dentro del círculo³⁹⁵. He aquí un testimonio de bakuninismo puro³⁹⁶. No es casual que Santillán eluda a Bakunin y hable de la necesidad de recurrir, en determinadas circunstancias, a una “dictadura invisible”. Para confirmar la influencia que la FAI ejercía sobre la CNT cuenta en la misma carta que el círculo íntimo presidido por él en Barcelona era tan perfecto que ni siquiera sus propios miembros estaban al corriente de todo lo que ocurría. Así, por ejemplo, el grupo al que pertenecían Durruti y Ascaso ignoraba el trasfondo y el origen de muchos de los proyectos y planes en los que participaban³⁹⁷. Como vemos, el propio Santillán confirma aquí lo que García Oliver le reprocha constantemente en sus *Memorias*: que se había apoderado entre bastidores de la dirección de la FAI y la utilizaba para sus propias concepciones y planes. Abad de Santillán admitiría a menudo en privado su tendencia a la acción conspirativa: “Siempre había preferido trabajar en la

395 Abad de Santillán, carta al autor, Buenos Aires, 18 de enero de 1975.

396 “Nuestra meta es la creación de una comunidad revolucionaria poderosa pero siempre invisible, que deberá preparar y dirigir la revolución pero que nunca aceptará, ni en su totalidad ni en la persona de uno de sus miembros, ningún puesto gubernamental, ni siquiera en plena revolución” (Bakunin, op. cit., vol. 3. pág. 103).

397 Abad de Santillán, carta al autor, 18 de enero de 1975.

sombra, anónimamente, único modo de sobrevivir y de ser útil. La FAI habría sido más útil permaneciendo en el misterio de la clandestinidad, vigilante y fiscal”³⁹⁸. De sus declaraciones se deduce en todo caso claramente que la gran masa de la CNT solía ser manipulada por los cuadros de la FAI sin percatarse de ello. No obstante, no es difícil suponer que Santillán exagerase a posteriori e inconscientemente la función normativa de la FAI dentro de la CNT, ya que con ello magnificaba su propia actuación detrás de los bastidores. Baste señalar que determinadas opiniones que Santillán atribuye exclusivamente a la FAI eran compartidas a menudo por líderes de la CNT, que por lo general eran también anarquistas. De no haber sido así, la FAI hubiera podido difícilmente llevar a la práctica sus concepciones. Y, sobre todo, más importante que la actividad conspirativa realizada por la FAI a espaldas de la CNT era, sin duda, la influencia espontánea que hombres de la FAI como Durruti, Francisco Ascaso o García Oliver ejercían sobre las masas cenetistas con su carisma y su legendario prestigio revolucionario.

Las exigencias de la guerra y las responsabilidades adquiridas en el Gobierno por el movimiento libertario indujeron sin embargo a la FAI a modificar su estructura interna, es decir, a sustituir el secretismo practicado por ella en los tiempos de la ilegalidad por una apertura hacia fuera.

398 Abad de Santillán, carta a Carlos Rojas, Buenos Aires, 12 de junio de 1970; el autor se halla en posesión de una copia.

Esta apertura fue decidida en el pleno celebrado por la FAI en Valencia el 4 de julio de 1937³⁹⁹. Los antiguos núcleos secretos o grupos de afinidad fueron sustituidos por nuevas formas de militancia, lo que no significaba en absoluto que la FAI perdiera así su identidad, como supone Walther L. Bernecker: “El pleno de Valencia significó el fin del anarquismo ‘clásico’ español”⁴⁰⁰. El pleno no fue tampoco un “punto de inflexión en la historia del movimiento anarquista”, como escribe Frank Jellinek⁴⁰¹. Son valoraciones esquemáticas que no corresponden a los motivos de fondo de las decisiones de la FAI.

Más bien se trataba de una medida para acabar con las sospechas que circulaban sobre la FAI como organización secreta. Si no hubiese dado transparencia a sus estructuras, tampoco habría estado en condiciones de participar en determinados organismos del Gobierno y el Estado. Con su “legalización”, la “específica” quiso hacer frente al peligro de verse excluida de los órganos de poder de la República, como pretendía el ministro de Justicia, Irujo, y no sólo él. En la reestructuración organizativa de la FAI acordada en Valencia desempeñó un factor adicional el gran aumento del número de afiliados a la Organización durante la Guerra

399 Véase Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 2, pág. 246 y ss.

400 Walther L. Bernecker, *Anarchismus und Bürgerkrieg*, op. cit., pág. 223.

401 Frank Jellinek, op. cit., pág. 571.

Civil. Pero el propio hecho de que los nuevos miembros hubieran de someterse a una fase preparatoria permite colegir que no se había puesto fin en absoluto a la hegemonía elitista de los “iniciados”. La FAI mantuvo su estructura conspirativa bakuninista también después de su proceso aperturista.

Debido a su tendencia al radicalismo, la imagen que los medios de comunicación tenían de la FAI era más bien negativa. Lo que Peirats dice de la prensa catalana vale también para la comunista, la socialista y la republicana: “Y como necesitaban un fetiche para combatir a la CNT, entonces se pusieron de acuerdo para hacer creer a la gente que la FAI era una especie de secta encapuchada que llevaba a la CNT por donde le daba la gana”⁴⁰². La leyenda que circulaba sobre la FAI no respondía a la verdad. Los primeros que exageraban su supuesta fuerza dentro de la CNT eran los propios cenetistas. La cifra de miembros inscritos de la FAI fue siempre modesta; incluso militantes conocidos a quienes se consideraba como faístas de la primera hora, como García Oliver o Federica Montseny, tardaron años en serlo. En este contexto es aconsejable tener en cuenta lo que Kaminski pudo constatar durante su estancia en España: “Los vínculos entre la FAI y la CNT no deben confundirse con los existentes entre sindicato y partido en las organizaciones marxistas. La FAI no se considera a sí misma como un órgano político, y tampoco la

402 Véase M. Rupérez y Pérez Ledesma, *op. cit.*

CNT; más bien podríamos definirla como una asociación de militantes de la CNT especialmente interesados por la teoría y que suelen sostener opiniones especialmente radicales”⁴⁰³.

La colaboración

Todavía hoy se sigue discutiendo si los anarcosindicalistas obraron acertadamente al declararse dispuestos a aceptar responsabilidades de gobierno y plegarse a la militarización. Lo único cierto es que sólo una visión de las cosas extremadamente romántica y ajena a la realidad podría llevarnos a concluir que se hallaban en condiciones de emprender una campaña antifascista y revolucionaria en solitario y prescindiendo de las demás fuerzas republicanas. Quizá lo hubieran conseguido en Barcelona y otros bastiones anarquistas, pero sólo al precio de una dictadura, lo que contradecía abiertamente sus principios ideológicos. Ésta fue también la razón de que en el primer pleno de la CNT catalana celebrado tras el aplastamiento de la sublevación se rechazara la moción de García Oliver de “ir a por el todo”, en caso necesario por medio de una dictadura sindicalista.

403 Kaminski, op. cit., pág. 109.

Apenas diez meses después del estallido de la Guerra Civil, Helmut Rüdiger se preguntaba: “¿Podía la CNT imponerse, por medio de un golpe revolucionario, a los otros dos sectores [marxistas y republicanos] para encargarse ella sola de la administración pública y la dirección de la economía en el sentido exclusivo del sindicalismo obrero? En las primeras semanas, la CNT contestó, instintivamente, que no. La guerra se prolonga, y todavía subsisten las condiciones del año pasado; el intento de la CNT de adueñarse de la cosa pública y de eliminar por la fuerza a los demás sectores antifascistas, significaría desencadenar una guerra civil en la retaguardia antifascista y el próximo fin de la guerra a favor de Franco o la intervención de los llamados Estados democráticos en el terreno de la España leal”⁴⁰⁴. Es imposible expresar con mayor claridad el dilema en que se hallaba el movimiento libertario.

La actitud de la CNT–FAI estuvo determinada también por consideraciones de política exterior. Los partidos burgueses y el PSOE no eran los únicos que tenían miedo a quedarse aislados; este temor era compartido también por los anarquistas. Su disposición a asumir responsabilidades de Gobierno, escribe Patrick v. zur Mühlen, “nacía de su comprensión de la difícil situación de la República, la cual hubiera tenido dificultades de recibir apoyo internacional si

404 Helmut Rüdiger, Informe del Secretariado de la AIT en Barcelona, 11 de junio de 1937, en IISG, Ámsterdam, Archivo del Comité Nacional CNT, Corresp. intern., 63 C 1.

el curso de las cosas hubiese estado dictado por los anarquistas o por fuerzas revolucionarias incontroladas”. Esto explica también por qué los anarquistas renunciaran a incautarse de las empresas extranjeras y declararlas propiedad del pueblo, cosa que hubieran podido llevar a cabo sin grandes dificultades. El hecho de que esta actitud hacia el capital extranjero no fuese debidamente reconocida por los demócratas capitalistas, es harina de otro costal.

Las revoluciones ideales y hechas a la medida existen sólo en teoría, una experiencia que se volvió a repetir en la Guerra Civil española. Saint Just tenía, sin duda, razón: una revolución realizada sólo a medias cava su propia tumba. Pero también es igualmente cierto que una revolución que degenera en dictadura desde el primer momento, pierde automáticamente su legitimidad moral y su razón de ser.

La mayoría de los anarquistas han calificado retrospectivamente de gran error su participación en el Gobierno, pero que yo sepa, casi ninguno ha lamentado que la CNT–FAI renunciara a establecer una autocracia. Y esto habla a favor y no en contra de su ideario.

Sólo quien pase por alto este segundo factor podrá condenar en bloque a la CNT–FAI y tachar a ambas organizaciones de liquidadoras de la revolución, como hicieron especialmente Trotski y su IV Internacional: “En España, el anarcosindicalismo se quitó de encima su fachada

revolucionaria y se convirtió en el furgón de cola de la democracia burguesa”⁴⁰⁵.

“Cuando se hace referencia a la colaboración, nosotros hemos creído siempre que ésta se estableció el primer día de la insurrección militar fascista”⁴⁰⁶. Ricardo Sanz –que no era precisamente un anarquista “dócil”– da en el clavo con esa declaración. La CNT–FAI era sin duda fuerte, pero ni mucho menos lo suficiente como para imponer a los demás partidos sus concepciones sobre la revolución y sobre la manera de afrontar el problema de la guerra; por tanto, no le quedaba más remedio que establecer compromisos con ellos. Es también así, como lo ve Hanns Erich Kaminski: “A partir del 19 de julio fue imposible mantenerse alejado de la política estatal y seguir teniendo únicamente en cuenta la lucha social. O intentaban imponer su propia dictadura o compartían el poder democráticamente con las organizaciones del Frente Popular”⁴⁰⁷. La cooperación con la España no libertaria y antilibertaria fue inevitable desde el primer momento, incluso en Cataluña, como escribe con clarividencia John Brademas: “La CNT, con todo su poder en Cataluña, no perdió nunca de vista los peligros de un eventual aislamiento geográfico y político de sus fuerzas

405 Die Kommunistische Alternative. Texte der Linken Opposition und IV Internationale 1932-1985, ed. de Wolfgang Alles con un prólogo de Ernest Mandel, Fráncfort, 1989, pág. 94.

406 Ricardo Sanz, op. cit., pág. 294.

407 Hanns-Erich Kaminski, op. cit., pág. 113.

dentro de la España republicana”⁴⁰⁸. Lo único que debemos preguntarnos es si la Confederación anarquista estuvo a la altura de ese reto. Creo que no se puede responder a esta pregunta con un sí o un no categóricos. Sólo dos cosas parecen estar bastante claras: primero, que la dirección de la CNT–FAI tomó muchas decisiones erróneas, a menudo de gran peso; y segundo, que un respeto mal entendido hacia la postura de los demás partidos condujo cada vez más a un amplio abandono de los principios u objetivos propios, como veremos en otro capítulo. Dicho con las palabras de Rudolf Rocker: “En su empeño por soldar todas las fuerzas revolucionarias contra la amenaza fascista, no pudieron decidirse a enfrentarse al enemigo existente dentro de sus propias filas con la misma energía saludable que habían demostrado con tanta brillantez en la lucha abierta contra el fascismo”⁴⁰⁹.

Los errores cometidos por la dirección de la CNT–FAI se debieron a diversos factores, tanto de tipo objetivo como subjetivo. Uno de ellos fue que de pronto no pocos anarquistas fueron presa de la extraña ambición de querer demostrar que eran perfectamente capaces de actuar “de manera ordenada”. El publicista Ignacio Iglesias, cercano al POUM, captó muy bien el dilema en que se hallaba la CNT–FAI: “Al anarquismo se le ofrecían dos caminos: o mostrarse consecuente con su pasado y abolir el poder

408 John Brademas, op. cit., pág. 214.

409 Rudolf Rocker, op. cit., pág. 71.

estatal o apoderarse de este poder del Estado para utilizarlo como instrumento de lucha. Por desgracia eligió una tercera opción, la peor de todas: permitir que subsistiera el poder del Estado y que otras fuerzas se apoderaran de él, precisamente las fuerzas opuestas a la revolución”⁴¹⁰.

Vistas las cosas a posteriori, resulta bastante fácil comprobar algo que la cúpula de la CNT-FAI no percibió entonces con claridad: que ambas organizaciones se inclinaron más a limitar su poder que a emplearlo para alcanzar sus metas. Ésta fue también la razón principal de que fueran neutralizadas por los demás partidos, que a diferencia de los libertarios movilizaron e hicieron valer su poder –fuese real o hinchado por la propaganda– para perseguir exclusivamente sus propios intereses de partido. Los anarquistas, que en conjunto eran el movimiento más influyente y contundente de la República, se comportaron, sin embargo, como si hubieran sido el más insignificante de todos ellos. Es aquí donde radica su responsabilidad histórica: en no haber utilizado suficientemente su posición hegemónica para dejar claro a los demás partidos quién representaba a las masas.

Antes de la Guerra Civil española, los anarcosindicalistas habían actuado por cuenta propia y como lobos solitarios; y las experiencias que ello les había proporcionado no habían

410 Ignacio Iglesias, *Trotzky et la revolution espagnole*, Lausana 1974, pág. 67 y ss.

sido del todo malas. Pero la peculiaridad de actuar sin compromisos contra sus enemigos se perdió en gran medida durante la Guerra Civil. Desde el primer momento olvidaron demasiado a menudo que sus aliados en la lucha contra los golpistas –republicanos, socialistas de derechas, comunistas, catalanistas– eran al mismo tiempo enemigos acérrimos suyos que sólo esperaban una oportunidad favorable para ponerles la soga al cuello. Los propios anarquistas reconocerían más tarde que su comportamiento había sido ingenuo; uno de ellos es Marcos Alcón: “Hoy, como jamás, lamentamos nuestra ingenuidad en los días convulsivos de los años 1936–1939, frente a la falacia de los estipendiados de Moscú y de todos los que defienden la desigualdad social y económica”⁴¹¹. Deberían haber librado una guerra en dos frentes, pero se conformaron con luchar contra los fascistas. En vez de tomar en sus manos desde el principio el destino de la República, contemplaron inermes cómo grotescos funcionarios políticos de la catadura de Negrín arrojaban al abismo a la España antifascista. Con su buena fe no se dieron cuenta de que sus reparos en utilizar su poder de manera consecuente los llevaría irremediablemente a condenarse a sí mismos a la impotencia. Cuando la marcha adversa de la República les obligó a abrir los ojos, era demasiado tarde para reparar sus omisiones.

411 Marcos Alcón, *Tierra y Libertad*, México, diciembre de 1974.

IX. LA INTERVENCIÓN DE STALIN

La liberación de España del yugo de los reaccionarios fascistas no afecta sólo a los españoles, sino que es una causa de toda la humanidad progresista.

Stalin, carta a José Díaz, 15 de octubre de 1936

Primero Rusia

Stalin no intervino en la Guerra Civil de España por solidaridad con la clase obrera española, ni tampoco para luchar en suelo español contra el fascismo internacional, como ha afirmado siempre la maquinaria de la propaganda comunista.

En los años anteriores a la Guerra Civil, el dictador ruso había mostrado escaso interés por la República española, lo

mismo que ésta por él. El mutuo reconocimiento diplomático se produjo ya en 1933, pero no hubo intercambio de embajadores hasta agosto de 1936. El que Stalin se decidiera a intervenir en España después de largas vacilaciones tenía como objetivo principal reprimir la revolución anarcosindicalista y saldar cuentas con el POUM. La idea de que en un país nada insignificante de la Europa occidental pudiera imponerse una revolución libre, le sacaba de quicio. Como escribe Reiner Tosstorff, “era la primera vez desde el período de la posguerra de 1918–1923 que en un país europeo volvía a surgir una situación revolucionaria. El destino de esta revolución tendría seguramente repercusiones decisivas sobre el conjunto de la situación internacional”⁴¹². Stalin conocía también las simpatías suscitadas por la revolución española no sólo entre las masas trabajadoras no comunistas y entre los intelectuales. Víctor Serge constataba en 1937 en este contexto: “El objetivo del estalinismo en España es impedir la instauración de una democracia social que se sustraería a la influencia estalinista, crearía una nueva base para el internacionalismo proletario y conduciría además a un resurgimiento del espíritu revolucionario en la URSS”⁴¹³. Maurice Ceyrar formula un juicio similar: “Al intervenir en España, Stalin tiene la convicción de que en ese país puede surgir un polo de atracción revolucionario nuevo y no

412 Reiner Tosstorff, op. cit., pág. 289 y ss.

413 Victor Serge, comentarios al libro de Joaquín Maurín, *Révolution et contre révolution en Espagne*, París, 1977, pág. 144.

comunista, un polo que los soviéticos no pueden consentir porque entraría en conflicto con el mito revolucionario sostenido por la URSS en interés de su política internacional”⁴¹⁴. Los primeros en descubrir los verdaderos motivos de Stalin fueron los poumistas. El 15 de diciembre de 1936 se podía leer en su órgano *La Batalla*-. “Lo que interesa realmente a Stalin no es la suerte del proletariado español e internacional, sino la defensa del gobierno soviético según la política de pactos establecidos por unos Estados frente a otros”.

Pero la intervención de Stalin en la Guerra Civil española estuvo motivada por otra razón nada intrascendente: desviar la atención de la opinión pública mundial de los juicios políticos incoados en Moscú en agosto de 1936, que acabarían con la muerte de Zinóviev, Kámenev y otros dirigentes bolcheviques de la primera hora. Otro motivo importante fue la perspectiva de hacerse con las reservas de oro españolas, que por añadidura eran las terceras mayores del mundo. Lo que se designó de forma estereotipada con el nombre de “ayuda” constituía en realidad un negocio espléndido para la Unión Soviética. Significativa es en todo caso la coincidencia cronológica del comienzo de la “ayuda” y la llegada del oro español a la URSS: los dos barcos rusos con las 510 toneladas de lingotes y monedas de oro dejaron el puerto de Cartagena el 25 de octubre de 1936 y llegaron a Odesa el 2 de noviembre. Los primeros tanques soviéticos

414 Maurice Ceyrat, *La trahison permanente*, París, 1948, pág. 42.

hicieron su aparición en el frente de Madrid el 28 de octubre, los primeros aviones el 11 de noviembre.

Para coordinar los intereses de Rusia y controlar a los comunistas españoles, Stalin envió a España un gran número de agentes y observadores procedentes de las filas de la Komintern y la NKVD. Entre ellos se hallaban Palmiro Togliatti (nombres de guerra: Ercoli, Alfredo), número uno de la Komintern en España; Alexander Orlov (Nikolski), jefe de la NKVD⁴¹⁵ y Ernö Gerö (Pedro Singer), responsable de la “tutela” del PSUC catalán. Se trataba del mismo Gerö que en 1956 dirigiría el sometimiento de la sublevación de Budapest contra el dominio comunista. También formaba parte del grupo Vittorio Vidali (nombre de guerra: Carlos Contreras, Comandante Carlos), un argentino de origen italiano que había realizado durante años labores de agitación para la Komintern en América Latina y que en ese momento recibió el encargo de asesorar la política militar del PC español. El búlgaro Borís Stepánov –un renegado trotskista– y Vittorio Codovila, activos ya en España como agentes de la Komintern antes de la Guerra Civil, se quedaron en el país. Al frente de los asesores militares, técnicos, instructores, pilotos, oficiales de tanques, especialistas de radio y demás personal profesional ruso se

415 Por temor a ser liquidado, Orlov huyó a Francia en julio de 1938, y de allí a EE UU, donde vivió escondido durante años con su familia e informó detalladamente a las autoridades norteamericanas sobre sus actividades en la España republicana.

hallaba el general Ian Berzin. Como cabeza política, Stalin envió a España a Arthur Stashevsky, quien de puertas afuera actuaba como agregado comercial. Mijaíl Koltsov, que oficialmente era mero corresponsal del periódico *Pravda* en España, desempeñaba otras funciones más importantes como agente de la NKVD, entre ellas la de sacar información de personalidades de la República –a las que tenía acceso en todo momento– y, llegado el caso, denunciarlas. Sus reportajes tendenciosos y a menudo difamatorios demuestran por sí solos que su acomodación al estalinismo pesaba para él más que su conciencia moral⁴¹⁶. La mano derecha de la NKVD en España era A. A. Slutski, quien había desempeñado un papel decisivo en la cárcel moscovita de la Lubianka durante los preparativos de las purgas y procesos políticos. Oficialmente era agregado de la misión comercial soviética en Valencia. Lo mucho que sabía fue precisamente la causa de que fuera fusilado en Rusia a comienzos de 1938, al igual que le ocurrió a su jefe H. Guénrij Yagoda, que había organizado la red de agentes y enlaces de la NKVD en España⁴¹⁷. El responsable de vigilar o denunciar a los

416 Como muchos otros agentes en España, Koltsov se hizo estalinista por oportunismo. Había iniciado su carrera periodística como jefe de prensa del Estado Mayor del ejército contrarrevolucionario de Denikin.

417 Krivitsky escribe al respecto: “Al mismo tiempo, Stalin encargó a Yagoda, antiguo director de la OGPU, organizar en España un departamento de la policía secreta soviética. El todopoderoso Yagoda no podía imaginar que a los cinco días de recibir de Stalin este honorable encargo sería destituido de su puesto y pocos meses después encerrado en una de las celdas del edificio de la Lubianka, del que durante tanto tiempo había sido dueño absoluto. Su carrera concluyó el 14 de marzo de 1938 ante uno de sus

comunistas alemanes, austríacos y suizos era Walter Ulbricht, que, si bien no residía permanentemente en España, estuvo en el país en varias ocasiones, por ejemplo en diciembre de 1936 y enero de 1937. Patrick v. zur Mühlen dice de él: “Es de suponer que trajo a España una extensa lista negra con los nombres de las personas que de acuerdo con su opinión y la de la Komintern debían ser objeto de las purgas estalinistas”⁴¹⁸.

Mientras los funcionarios de la Komintern y los agentes de la NKVD operaban con discreción y detrás de los bastidores, los representantes diplomáticos solían aparecer en público, al menos en la primera fase de la Guerra Civil. Según Broué y Témime, “Rosenberg y Antónov Ovséyenko rebasaron desde el primer momento los límites que en circunstancias normales corresponden a la actividad de embajadores y cónsules. Estaban en contacto con los políticos y mandos militares españoles, conversaban con ellos a diario, opinaban en la prensa sobre los acontecimientos del día, tomaban la palabra en reuniones públicas”⁴¹⁹...

propios pelotones de ejecución” (Walter G. Krivitzky, *Ich war Stalins Agent*, ed. de Helmut G. Hassis, Grafenau, 1990, pág. 99. La primera edición apareció en 1940 con el título *Ich war in Stalins Dienst!*).

418 Patrick v. zur Mühlen, op. cit., pág. 156.

419 Broué y Témime, op. cit., pág. 327 y ss.

El POUM, elemento perturbador

Una razón adicional y nada irrelevante para la intervención de Stalin en España fueron las actividades –insoportables para él– de los marxistas de izquierda del POUM, un partido pequeño pero bien organizado y excelentemente informado que no sólo conocía los crímenes del dictador, sino que tenía además el coraje de denunciarlos en público. “Es necesario afirmar categóricamente”, escribe el historiador Ignacio Iglesias, próximo a dicho partido, “que el POUM fue la única organización que desde el principio osó denunciar la intromisión rusa, oponiéndose con ello a una corriente casi general”⁴²⁰. Los procesos escenificados por Stalin en Moscú contra la vieja guardia bolchevique habían suscitado enseguida la protesta del POUM: “Somos socialistas revolucionarios marxistas. En nombre del socialismo y de la clase obrera revolucionaria, protestamos enérgicamente contra el monstruoso crimen que acaba de perpetrarse en Moscú”⁴²¹. Stalin veía en el POUM una sucursal del trotskismo internacional, un concepto que para él y sus cómplices equivalía a tacharlos de fascistas. Este fue exactamente el reproche que Mijaíl Koltsov, el corresponsal de *Pravda*, lanzó contra el POUM apenas llegado a España,

420 Ignacio Iglesias, op. cit., pág. 77.

421 La Batalla, Barcelona, 28 de agosto de 1936.

por ejemplo el 9 de agosto de 1936: “También es provocador y desmoralizante el papel desempeñado por el POUM, una organización trotskista surgida a raíz del golpe de Estado de los facciosos de la fusión de dos grupos: el grupo trotskista de Nin y la organización de Maurín, una corriente bujarinista de renegados de derechas que habían sido excluidos del Partido Comunista. El propio Maurín se quedó en algún lugar del territorio de los fascistas”⁴²².

El POUM no era, por supuesto, ninguna sucursal trotskista, y mucho menos fascista. Es cierto que Maurín y Nin habían conocido y venerado a Trotski en sus años de jóvenes revolucionarios –cuando todavía eran anarquistas–, y que Nin estuvo durante años muy cerca de él. Sin embargo, las opiniones del revolucionario ruso sobre España se habían alejado tanto de la realidad, que Nin no tuvo más remedio que distanciarse paulatinamente de su antiguo ídolo, hasta que dejó de tratarle. En 1936, el POUM era una de las muchas corrientes independientes surgidas en el seno del marxismo no sometido a la férula de Stalin. Sobre lo que ocurrió con Maurín en la zona franquista del país informaremos detalladamente en un capítulo posterior.

Lo poco que la intervención de Stalin en España había tenido que ver con el antifascismo se supo a más tardar el 24 de agosto de 1939, cuando Von Ribbentrop y Mólotov

422 Michail Kolzow, op. cit., pág. 23.

firmaron el pacto de no agresión entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. El entendimiento con Hitler había sido preparado desde hacía tiempo entre bastidores, según intenté demostrar hace años en mi obra en dos tomos sobre la Tercera Internacional⁴²³.

Las armas rusas

Es incluso dudoso que a Stalin le interesara una victoria militar de la República española. Seguramente tampoco le quitaba el sueño la lucha del pueblo español contra el fascismo internacional, de lo contrario no hubiera intervenido tan tarde en los acontecimientos de España. En este sentido es revelador el escaso volumen de los envíos rusos de armas. Mientras los primeros aviones alemanes aterrizaban ya en el Marruecos español el 27 de julio de 1936 y al día siguiente se organizaba el puente aéreo entre Tetuán y Sevilla, trascurrieron más de tres meses hasta la aparición de los aviones rusos en cielo español. Los estalinistas sólo se mostraban diligentes y eficaces cuando se trataba de introducir en España a los llamados asesores políticos y militares, así como a los agentes de la NKVD y la Komintern.

423 Heleno Saña, *La Internacional comunista*, Madrid, 1972.

Entre los envíos rusos había armas valiosas como tanques y aviones –imprescindibles para los republicanos–, pero también grandes cantidades de material inservible y, por ello, digno de ser convertido en chatarra o de exhibirse en las vitrinas de algún museo de antigüedades. El presidente vasco Aguirre señaló al respecto que se habían enviado incluso fusiles “de la guerra de Crimea”. Algunas de las armas sólo fueron enviadas a España para comprobar su validez y efectividad; una vez sometidas a prueba, eran reexpedidas a la Unión Soviética. Franz Borkenau demuestra su desconocimiento de la situación española (y rusa) cuando afirma que la República española había solicitado ayuda a la Unión Soviética “por su elevado nivel técnico en el terreno militar y administrativo”⁴²⁴.

Es cierto que los rusos no fueron los únicos en enviar armas de mala calidad, como confirma Louis Fischer, quien recorrió personalmente los mercados internacionales a la búsqueda de armas para la República: “La República rebuscó en todos los arsenales de Europa y pagó sumas fantásticas por la peor de las chatarras”⁴²⁵.

Las armas suministradas por Stalin o sus agentes no solían ser sólo inutilizables, sino que además eran del todo insuficientes. La propaganda comunista “compensó” la

424 Franz Borkenau, op. cit., pág. 159.

425 Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Nueva York, 1946, pág. 454.

escasez de la ayuda con datos fantásticos, como observa con ironía inglesa Hugh Thomas: “Rusos y comunistas pusieron en circulación cifras deliberadamente exageradas sobre el material enviado. Como en el relato bíblico de la multiplicación de los panes y los peces, 6 aviones rusos se convertían en 600”⁴²⁶.

Con las armas rusas llegaron también los especialistas que las manejaban: pilotos, mecánicos de aviación, técnicos de radiotelegrafía, tanquistas y asesores militares. En total no fueron más de 2.000. Sin embargo –como anota Ricardo Sanz–, “la Rusia de Stalin, a pesar de las pocas simpatías que ésta tenía en el país, entró en España por la puerta ancha y se estableció en la península como un país conquistado”⁴²⁷.

No sólo eran rusos el armamento y el personal que lo manejaba, sino que también lo era toda la dirección estratégica de la guerra. Heinrich Jaenecke dice al respecto: “Los rusos no se limitaban a decidir cuándo y dónde se empleaban sus tanques y aviones, sino que imponían además su planificación estratégica al alto mando español”⁴²⁸.

426 Hugh Thomas, op. cit., pág. 242.

427 Ricardo Sanz, op. cit., pág. 269.

428 Heinrich Jaenecke, op. cit., pág. 74.

Las Brigadas Internacionales

En el momento del estallido de la Guerra Civil se hallaba en España un número considerable de extranjeros de orientación izquierdista; ellos fueron los primeros en ponerse espontáneamente del lado de la República, en intervenir también, en parte, en las luchas de las barricadas y en incorporarse a las primeras milicias. La mayoría se encontraba en Barcelona, como por ejemplo Helmut Rüdiger, Augustin Souchy o Michel Michaelis. Pero en la capital catalana se encontraban también los deportistas y espectadores que habían cruzado la frontera para asistir a la Olimpiada Popular Internacional, prevista para la segunda mitad de julio de 1936. Muchos de ellos se quedaron en España y no tardaron en unirse a la lucha contra los golpistas.

Los voluntarios de las Brigadas Internacionales no llegaron hasta más tarde. Sobre su movilización existen los datos e interpretaciones más dispares. Las cifras que suelen manejarse oscilan entre 20.000 y 60.000 hombres. Cuando los brigadistas internacionales aún vivos recibieron en 1995 la ciudadanía española otorgada por el gobierno de Madrid, se habló de 45.000 voluntarios, 20.000 de los cuales habrían perdido la vida. El contingente principal de

internacionalistas estaba compuesto de franceses, italianos y europeos del Este. En números redondos hubo 10.000 voluntarios franceses, 4.000 italianos, 3.000 estadounidenses y 2.000 ingleses. Willy Brandt habla de unos 5.000 voluntarios alemanes y calcula que los caídos sumaron aproximadamente la mitad de esa cifra⁴²⁹. No obstante, una parte de ellos no murió en acciones de guerra, sino en campos de concentración franceses antes de la ocupación de Francia por el ejército alemán.

Las Brigadas Internacionales estaban compuestas en conjunto por 59 nacionalidades, pero se hallaban en gran medida bajo el control del servicio secreto ruso y de los dirigentes de la Komintern. La principal oficina de alistamiento se instaló en la rue Lafayette de París, sede del Comité Central del PC francés. También participó en el reclutamiento la Confederación General del Trabajo (CGT), muy infiltrada por los comunistas. Destacados comunistas como André Marty, Luigi Longo, Clement Gottwald y Palmiro Togliatti dirigieron y supervisaron el proceso de reclutamiento. El responsable de los voluntarios procedentes de los Balcanes y el sureste de Europa fue Josep Broz, el futuro mariscal Tito. El reclutamiento de los polacos se llevó a cabo en la rue Chabrol bajo la dirección de Karol Zwierczewski, más tarde general Walter y comandante de la XIV Brigada Internacional. También se abrieron centros de alistamiento en otras ciudades de

429 Véase Willy Brandt, *Links und frei*, op. cit., pág. 223.

Francia y de otros países, entre ellos Argelia. Dichos centros se hallaban sobre todo bajo la tutela de los comunistas, incluso en Inglaterra y Estados Unidos, donde más de la mitad de los voluntarios eran miembros del Partido, entre ellos un gran número de judíos.

La mayoría de los combatientes extranjeros en España que lucharon en el bando republicano eran obreros y campesinos, pero en sus filas había también un número importante de intelectuales, médicos, ingenieros, abogados, profesores, estudiantes y enfermeras. También se alistaron antiguos oficiales con experiencia en el frente, como el general húngaro Lukács (Mata Zalka Kemeny), Karol Szwierczewski, Ludwig Renn o Hans Kahle. No obstante, hay que distinguir entre los que marcharon a España por puro idealismo y los que huían del exilio, la miseria o el aislamiento o quienes iban simplemente en busca de aventuras.

Entre los voluntarios alemanes o de lengua alemana se encontraban, por ejemplo, el antiguo diputado comunista del Reichstag Hans Beimler, y Franz Dahlem, representante del Partido Comunista de Alemania (KPD) ante el Comité Central del PC español. Llama la atención el número relativamente alto de escritores y artistas: Gustav Regler, Ludwig Renn, Willi Bredel, Alfred Kantorowicz, Erich Weinert, Ralph Fox, Hans Marchwitza y el cantautor y actor Hans Busch. Erwin Piscator pronunció en Barcelona

conferencias sobre arte revolucionario, y Egon Erwin Kisch realizó varias visitas al frente y escribió reportajes sobre sus experiencias. Bastantes interbrigadistas alemanes (y no alemanes) rompieron más tarde con los comunistas; otros harían carrera en la República Democrática Alemana (RDA), como Walter Ulbricht, Heinz Hoffmann, Wilhelm Zaisser (Gómez en España), Richard Steiner (que ascendió a general) o Erich Mielke, sucesor de Zaisser como ministro de la Seguridad del Estado (Stasi) a partir de 1956. Los voluntarios alemanes solían ser luchadores bregados en la resistencia. Ciento veintidós de los primeros 133 miembros del batallón Ernst Tóhlmann conocían los campos de concentración y las cárceles alemanas.

Nada más llegar a España se retiraba a todos los voluntarios sus pasaportes, que sólo les eran devueltos en casos rarísimos. Los documentos iban a parar al departamento de política exterior de la NKVD de Moscú, que los utilizaba para las actividades de los servicios secretos. Los pasaportes de los voluntarios norteamericanos eran especialmente codiciados. El cuartel principal de los internacionalistas se hallaba en Albacete y su jefe era André Marty, un estalinista vengativo y cruel que realizó numerosas “purgas”. Se ganó el apodo de Carnicero de Albacete, pero “no por haber llevado al paredón a muchos fascistas, sino a un gran número de su propia gente”, como escribe Heinrich Jaenecke⁴³⁰. El inspector

430 Heinrich Jaenecke, op. cit., pág. 52.

general de las Brigadas, Luigi Longo (Gallo), no era ni un ápice mejor: “A su lado sentía escalofríos”, diría de él Kantorowicz⁴³¹. El régimen de terror practicado por Marty y sus subordinados condujo a menudo a enfrentamientos entre comunistas fieles a la línea del Partido y la CNT–FAI. “En Albacete, la atmósfera era explosiva y se multiplicaban los ataques mutuos y los asesinatos entre anarquistas y comunistas”, informan Clara y Paul Thalmann⁴³².

La mayoría de las víctimas del terror en el seno de las Brigadas Internacionales fueron comunistas y socialistas que con cualquier pretexto eran tachados de supuestos trostkistas o de agentes fascistas. Lo mismo ocurría –si bien en menor número– con los anarquistas que luchaban en las Brigadas Internacionales. Todavía en septiembre de 1938, Helmut Rüdiger solicitó desde París al Ministerio de Gobernación por conducto del Comité Nacional de la CNT, la liberación de varios anarquistas alemanes encarcelados⁴³³.

El 14 de octubre de 1936 llegó a Albacete el primer transporte de voluntarios. Su bautismo de fuego se produjo el 8 de noviembre en la defensa de Madrid.

Seis días después entró en acción la II Brigada

431 Alfred Kantorowicz, op. cit., pág. 120.

432 Clara y Paul Thalmann, op. cit., pág. 179.

433 Carta de Helmut Rüdiger al ministro del Interior de la República de España, París, 20 de septiembre de 1938, en IISG, Ámsterdam, Archivo del Comité Nacional CNT, Corresp. intern. 63 C I.

Internacional al mando del general Lukács. Su intervención militar demostró ser un gran acicate material y moral para las milicias españolas (que combatían codo a codo con los brigadistas), y más tarde para otros sectores del frente.

En principio, los españoles se mostraron agradecidos por la intervención de los camaradas extranjeros, pero también hubo grandes reparos, sobre todo por parte de los anarquistas. García Oliver hubiera preferido no dejar entrar a ningún extranjero en el país, no por xenofobia, sino porque sabía que las Brigadas Internacionales eran, en el fondo, un instrumento de propaganda de Stalin para compensar la tibia ayuda militar de la Unión Soviética. Algo similar pensaba Abad de Santillán: “No necesitábamos hombres para la lucha, sino armamento”⁴³⁴. También Largo Caballero se opuso al alistamiento de unidades de combate regulares de procedencia extranjera. Al proponérselo Luigi Longo a comienzos de octubre de 1936 al frente de una delegación comunista, el jefe de Gobierno reaccionó con frialdad y reserva y le remitió a Diego Martínez Barrio, que en ese momento se esforzaba por formar en Albacete las primeras brigadas del nuevo Ejército Popular.

En su conversación con Largo Caballero en Madrid, Luigi Longo había asegurado que las Brigadas Internacionales se abstendrían de toda actividad política partidista: “Hago hincapié en que entre nosotros hay personas de todas las

434 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 99.

nacionalidades y opiniones políticas, pero todos estamos obligados a tomar partido no por alguna corriente política, sino sólo por la causa republicana y antifascista que nos une a todos”⁴³⁵. Se trataba de una mentira, como casi todo lo que aquel estalinista fiel a la línea del partido difundió en su libro sobre los internacionalistas. Patrick v. zur Mühlen comenta al respecto: “Habida cuenta que los puestos más importantes en las Brigadas Internacionales y en las instituciones vinculadas a ellas estaban ocupados por miembros del PC, todo tipo de propaganda realizado formalmente a favor del Frente Popular era, de hecho, agitación a la mayor gloria del PC”⁴³⁶. Los estalinistas aprovechaban además su hegemonía en las Brigadas Internacionales para quitar de en medio a antifascistas incómodos. Los cuadros dirigentes estalinistas estaban férreamente convencidos de que Hitler y Mussolini habían infiltrado agentes en las filas de los internacionalistas para “sembrar discordia y desmoralización entre los voluntarios y organizar actos de sabotaje y distracción contra nuestros combatientes, nuestro inventario y nuestras armas”, escribe Longo⁴³⁷ para justificar que los combatientes extranjeros fuesen espiados las 24 horas del día. Citemos una vez más el testimonio de Patrick v. zur Mühlen: “De la misma manera que los civiles extranjeros se hallaban

435 Luigi Longo, op. cit., pág. 48.

436 Patrick v. zur Mühlen, op. cit., pág. 134.

437 Luigi Longo, op. cit., pág. 51.

sujetos a la observación y el control de la policía secreta española y sus correspondientes colaboradores internacionales, así también los voluntarios de las Brigadas Internacionales eran vigilados rigurosamente por la policía secreta comunista. En cada unidad había un hombre de confianza que informaba a la instancia correspondiente sobre lo que decían sus camaradas, sobre su estado de ánimo y sobre los acontecimientos”⁴³⁸. Nunca se podrá aclarar del todo cuántos extranjeros dentro y fuera de las Brigadas Internacionales fueron asesinados por el estalinismo, pero no por ser agentes fascistas, sino por su condición de comunistas no ortodoxos, marxistas de izquierda, socialistas o anarquistas. Entre las víctimas se hallaban Hans Beimler, el anarquista italiano Camillo Berneri y su amigo Francesco Barbieri, Mark Rein –hijo del socialdemócrata ruso Rafael Abramóvitch Rein–, el comunista austríaco de izquierda Kurt Landau, el joven inglés Bob Smilc –del Independent Labour Party–, y el estudiante checo alemán Erwin Wolf, secretario de Trotski en Oslo, por nombrar sólo los casos más conocidos. También Willy Brandt temió por su vida debido a sus contactos con el POUM, y George Orwell sólo logró escapar de las garras de los chequistas en el último minuto. Fueron sobre todo sus experiencias en España lo que le movieron a escribir su novela futurista *1984*, en la que describía el régimen totalitario del Gran Hermano.

438 Patrick v. zur Mühlen, op. cit., pág. 234.

Muchos rusos y no rusos que habían combatido en España fueron liquidados más tarde uno tras otro por orden de Stalin: Ian Pávlovitch Berzin, director de la comisión militar rusa en España; el rumano Lazar Stern (Kleber), jefe de la XI Brigada Internacional y famoso defensor de Madrid; el coronel Vladímir Górev Yefímovich, principal consejero del general Miaja en el frente madrileño; el general Yakob G. Shmutshkiévitch (Douglas), jefe de la aviación rusa en España; el general Grigori Mijáilovitch Stern; el general Grigori I. Kúlik –asesor del general Pozas– y el polaco Karol Szwierczewski (general Walter), ministro de Defensa de su país hasta su asesinato en 1947. Walter G. Krivitski, el principal agente de la NKVD en Europa occidental, que tras su huida a EE UU dio a conocer los crímenes de Stalin en su libro *Yo estuve al servicio de Stalin*, publicado en 1940, fue hallado muerto el 10 de febrero de 1941 en el hotel Bellevue de Washington en circunstancias misteriosas. Laszlo Rajk, ministro de Asuntos Exteriores de Hungría y comisario en España del batallón Rakosi de la XIII Brigada Internacional, fue fusilado en 1949 tras una farsa de juicio, sobre el que el comunista español Tagüeña escribe: “Su proceso fue algo repugnante. Le obligaron a reconocer que había sido agente de la policía secreta húngara y ferviente trotskista”⁴³⁹. No fue el único combatiente húngaro en España ejecutado: “Muchos otros viejos comunistas y veteranos de la guerra de España perecieron en el baño de sangre con que Rakosi

439 Tagüeña, Testimonio de dos guerras, op. cit., pág. 578.

estableció su dictadura personal estalinista”⁴⁴⁰. También Enver Hoxha liquidó en Albania a varios internacionalistas que habían luchado en España. Klement Gottwald, presidente de la república checoslovaca, procedió de la misma manera con muchos miembros de las Brigadas Internacionales. Las purgas realizadas en el Partido tras la Segunda Guerra Mundial en todo el ámbito del poder estalinista estaban relacionadas en parte con la Guerra Civil española, como señala Patrick v. zur Mühle: “El trasfondo político procedía del conflicto entre Tito y Stalin, pero era evidente la intención de eliminar a quienes conocían la política estalinista en España”⁴⁴¹. También fueron liquidados muchos civiles rusos que habían desempeñado alguna función en España, como los diplomáticos Marcel Rosenberg y Antónov Ovséyenko, o el corresponsal de *Pravda* Mijaíl Koltsov. Nikita Jruschov reconoció las purgas, al menos en parte, en 1956, en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

En otros países de la Europa del Este, muchos de los que habían combatido en España fueron objeto, en cambio, de un gran reconocimiento, sobre todo en Yugoslavia, donde a comienzos de la década de 1960 había 25 generales que habían luchado en las Brigadas Internacionales. También fueron numerosos los interbrigadistas recompensados por su fidelidad al estalinismo. El húngaro Ernő Gerö, por

440 Ibid., pág. 578.

441 Patrick v. zur Mühlen, op. cit., pág. 268.

ejemplo, que dirigió en Cataluña la lucha contra el POUM bajo el nombre de guerra de Pedro, llegó a ser vice-primer ministro de su país. En el PC italiano hicieron carrera Togliatti, Luigi Longo y Vidali (Carlos Contreras), éste último en Trieste. En cambio, André Marty cayó en desgracia y fue expulsado del PC francés en 1953.

La historiografía no es unánime en su opinión sobre los méritos de las Brigadas Internacionales en la guerra, aunque predominan los juicios favorables. Para Franz Borkenau, que se paseó por España un par de meses sin tomar un arma en la mano, es evidente que los antifascistas llegados del extranjero eran muy superiores a los españoles en eficiencia y espíritu combativo: “La comprobada incapacidad de los españoles de ambos bandos para combatir con eficacia se ha de atribuir en parte a su carácter general, en parte también a su honda inclinación a rechazar el empleo de métodos modernos”⁴⁴². En cuanto a los “métodos modernos” tan admirados por Borkenau, hay que preguntarse dónde estuvo su supuesta eficacia cuando llegó la hora de combatir al nacionalsocialismo en Alemania o en Austria. Pero sobre esto no oímos de él ni una palabra: “Naturalmente, tampoco fueron los comunistas españoles quienes superaron las dificultades, sino los especialistas rusos, los asesores técnicos extranjeros y las Brigadas

442 Franz Borkenau, op. cit., pág. 352.

Internacionales”⁴⁴³. Así de sencillo.

En las Brigadas Internacionales hubo combatientes buenos y malos, lo mismo que en las unidades españolas, y también, por supuesto, no pocos desertores. Pero aun admitiendo que muchos combatientes internacionales se batieron con extraordinaria valentía, no debemos sobrevalorar su importancia para el curso general de la guerra. El propio Herbert L. Matthews, que no se cansa de defender a los comunistas y a Negrín, constata: “Si pensamos que el ejército republicano alcanzó una cifra total de 700.000 hombres, veremos que los internacionalistas no fueron más que un pequeño componente de las fuerzas armadas republicanas”⁴⁴⁴. El flujo de voluntarios de los primeros meses no se mantuvo durante mucho tiempo. A partir del verano de 1937, y a menudo antes, fueron incorporados a las Brigadas Internacionales españoles en edad militar, ya que en la primavera de 1937 había muerto o se hallaba en hospitales militares el 70% de los voluntarios extranjeros. Cuando los internacionalistas se despidieron oficialmente en Barcelona a finales de octubre, su cifra había quedado reducida a 6.000 miembros. Sólo permaneció un pequeño resto que había obtenido la nacionalidad española y combatió hasta el amargo final.

Si las Brigadas Internacionales hubiesen sido tan

443 Ibid., pág. 349.

444 Herbert L. Matthews, op. cit., pág. 198.

imprescindibles como afirma Borkenau, y no sólo él, urgiría, por supuesto, preguntarse porqué volvieron la espalda a España en el otoño de 1938, justo cuando más se les necesitaba en el frente. Si se retiraron, no fue, ni mucho menos, por no querer combatir, sino porque su presencia en España no se ajustaba ya a la nueva orientación de la política exterior soviética, a pesar de que la decisión de sacar del país a los voluntarios fuera anunciada oficialmente por don Juan Negrín. En Munich, Chamberlain y Daladier se habían plegado a finales de septiembre de 1938 al dictado de Hitler y consentido la anexión de la región de los Sudetes por el Tercer Reich.

Stalin decidió llegar a un acuerdo directo con Hitler tras esa capitulación, si no antes. El comisario de Asuntos Exteriores, Litvínov, contrario al nuevo rumbo adoptado por Stalin, fue sustituido por Mólotov, quien puso en marcha la liquidación de la política de frente Popular y el entendimiento con Hitler. Por decirlo con el sarcasmo de Jesús Hernández: “Stalin se quitó la careta del internacionalismo y salió a relucir su repulsiva condición de furibundo nacionalista. Decidió, pues, negociar con Berlín ofreciendo, en prueba de su sinceridad, el cadáver de la República española”⁴⁴⁵.

445 Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, op. cit., pág. 258.

X. LA REVOLUCIÓN EN PELIGRO

La campaña de hostigamiento comunista

Los comunistas españoles eran numéricamente demasiado débiles para deshacerse por sí solos de los anarcosindicalistas y los miembros del POUM; por ello intentaron movilizar a todas las fuerzas políticas que odiaban la revolución por los más diversos motivos. Pero como tampoco tenían tras de sí a las masas obreras –que en su gran mayoría seguían perteneciendo a sus centrales sindicales de siempre, CNT y UGT–, operaron con los aparatos del Estado, el ejército y la policía, dominados por ellos y en los que se habían infiltrado considerablemente.

Para atemorizar al POUM, Stalin nombró como cónsul general en Barcelona al héroe del asalto al Palacio de Invierno, el antiguo trotskista Vladímir Antónov Ovséyenko.

En otoño de 1936, el diplomático ruso comenzó a inmiscuirse en la política interior de Cataluña por medio de declaraciones públicas. Culpó, entre otras cosas, al POUM de difundir sobre la URSS mentiras útiles para el enemigo fascista. Las supuestas mentiras consistían en desenmascarar los juicios políticos celebrados en Moscú contra la vieja guardia bolchevique. Según recuerda Julián Gorkin: “En España, los miembros del POUM fueron los únicos que protestaron públicamente contra la tenebrosa farsa de las ‘confesiones’ arrancadas mediante torturas físicas y morales”⁴⁴⁶. El POUM atacó también la política de chantaje practicada en España por los emisarios y cómplices de Stalin. Así, por ejemplo, el 27 de noviembre de 1936 se podía leer en *La Batalla* que resultaba insoportable que bajo el pretexto de garantizar cierta ayuda a la República se pretendiera imponer como contrapartida determinadas formas políticas y se tuviera la arrogancia de querer dirigir la política española.

Entre noviembre y diciembre de 1936, el PSUC provocó una crisis en la Generalitat por orden de Antónov Ovséyenko y de Ernö Gerö, el agente estaliniano encargado de vigilar sus pasos. La maniobra estuvo acompañada por feroces ataques lanzados por *Treball*, el órgano oficial del partido. Comorera, el jefe del PSUC, calificó de “traición” el comportamiento del POUM con la Unión Soviética. Los ataques del PSUC tenían como objetivo expulsar al POUM

446 Julián Gorkin, op. cit., pág. 51.

del máximo órgano de poder de Cataluña. Esquerra Republicana de Catalunya, que al principio de la Guerra Civil no había tenido más remedio que aceptar la hegemonía de la CNT–FAI, mantenía ahora las mejores relaciones con el cónsul general ruso y apoyaba la política de Comorera por razones de poder. Pero también la dirección de la CNT–FAI se dejó uncir en parte al carro del PSUC. Así, el 22 de octubre de 1936 se declaró dispuesta a firmar un pacto con este partido y con la UGT de Cataluña dominada por él, en apoyo de la Generalitat. En cambio, entre la CNT–FAI y el POUM no llegó a constituirse nunca un bloque, a pesar de que poumistas y anarcosindicalistas actuaban en común contra el PSUC y Esquerra en el Consejo de la Generalitat, en otras instituciones y en la calle. El visceral antimarxismo de los libertarios determinó también a menudo sus relaciones con el POUM.

La alianza entre el PSUC y Esquerra, que perseguía una finalidad clara, no erró el blanco: el POUM dejó de tener representación en el nuevo Gobierno catalán, formado el 18 de diciembre de 1936. La expulsión de Andrés Nin del cargo de consejero de Justicia de la Generalitat fue la primera gran acometida del estalinismo contra las fuerzas de la revolución. Días antes, Koltsov había hablado en el periódico moscovita *Pravda* de una “conspiración trotskista” en Cataluña, vinculándola al asesinato de Kírov en Rusia⁴⁴⁷. En realidad, la discriminación y opresión del

447 Frank Mintz, op. cit., pág. 227. Es falso en cambio el pasaje de *Pravda*

POUM habían comenzado ya anteriormente en Madrid, donde el partido era mucho más débil que en Cataluña. El PC utilizó toda su influencia para impedir que el POUM fuera miembro de cualquier Comisión. El 22 de octubre de 1936, una banda de matones de las JSU, dominadas por Santiago Carrillo, arrasó el local de las Juventudes Comunistas Ibéricas.

La situación para los partidarios de la revolución se hacía difícil. “La revolución no había hecho más que comenzar, y ya se veía obligada a defenderse”⁴⁴⁸. La dirección de la CNT–FAI compartió también en buena medida la responsabilidad por aquellos sucesos, pues había tolerado la destitución de Nin y la conducta de quienes la habían maquinado, lo cual les animó a perpetrar nuevas atrocidades. Los anarcosindicalistas cometieron un grave error al no tomar partido más enérgicamente por el POUM. Julián Gorkin tiene razón cuando escribe: “Confiados en su fuerza y cediendo también a cierto oportunismo, los anarcosindicalistas facilitaron con sus incesantes concesiones los planes de los agentes del Kremlin”⁴⁴⁹. La dirección de la CNT–FAI fue tan miope que interpretó la lucha entre el PSUC y el POUM como un mero enfrentamiento

citado tan a menudo: “En Cataluña ha comenzado la purga de elementos trotskistas y anarcosindicalistas y se llevará a cabo con la misma energía que en la Unión Soviética”.

448 Broué y Témime, op. cit., pág. 207.

449 Julián Gorkin, op. cit., pág. 67.

entre dos formaciones marxistas divergentes, convencida de que el enfrentamiento no afectaría para nada a la Confederación. La CNT–FAI aceptó también la exclusión del POUM de la Junta Delegada de Defensa, constituida en la capital bajo la presidencia del general Miaja después del traslado de la sede del Gobierno a Valencia. Juan Andrade reprochó esta pasividad a los anarquistas en *La Batalla*. Reiner Tosstorff lo comenta así en su extensa monografía sobre el POUM: “El comportamiento vacilante de la dirección de la CNT mostró que, en el futuro, no se podía esperar de ella ninguna política decidida”⁴⁵⁰.

En las semanas siguientes, Andrés Nin intentó convencer a la dirección anarquista de la necesidad de poner fin a su política de concesiones y compromisos con la Generalitat y el PSUC, y la instó a restablecer la línea revolucionaria. En marzo de 1937 escribía en *La Batalla*–. “Si la CNT, la FAI y el POUM, entre los cuales existen puntos comunes de la mayor importancia, se pusieran de acuerdo sobre la necesidad de un gobierno obrero revolucionario, la revolución se salvaría, porque los obreros todavía no están desarmados y conservan importantes posiciones estratégicas”⁴⁵¹.

Los anarquistas no se dejaron convencer por aquellos llamamientos. No querían darse cuenta de que Nin veía la

450 Reiner Tosstorff, op. cit., pág. 163.

451 *La Batalla*, 14 de marzo de 1937.

situación con más claridad que ellos. Tampoco querían percatarse de que no era sólo el POUM el que se encontraba cada vez más en medio del fuego cruzado del PSUC y de Esquerra, sino también la CNT–FAI.

La campaña contra la Confederación anarquista en Cataluña fue urdida por Artemi Ayguadé, responsable de la Seguridad Interior de la Generalitat. Ayguadé estaba resuelto, entre otras cosas, a arrebatar el control revolucionario de la calle a las unidades armadas de la CNT–FAI. El 4 de marzo de 1937 se dispuso por decreto la unificación de las tareas de la policía bajo la dirección de la Generalitat. Además, el decreto prohibía a los miembros del nuevo cuerpo de policía organizarse sindicalmente, prohibición dirigida exclusivamente contra la CNT. También se tomaron medidas para desarmar a los libertarios. La CNT intentó, con distinta fortuna, defenderse contra estas y otras resoluciones. Entre ella y sus adversarios dentro y fuera de la Generalitat se produjeron enfrentamientos que duraron semanas. El 27 de marzo de 1937, los tres consejeros de la CNT abandonaron el Gobierno de la Generalitat. El 16 de abril, la CNT regresó con tres consejeros al nuevo Gabinete, formado y dirigido por Tarradellas, pero esta medida no significó la vuelta a la paz. Uno de los motivos principales del prolongado conflicto entre la CNT y la Generalitat fue el intento de ésta de coartar con leyes enrevesadas y la introducción de métodos burocráticos la iniciativa de las bases en las empresas

industriales socializadas y en las colectividades agrarias y de someter a su control el proceso de colectivización. Gerald Brenan resume así la situación: “Un verdadero ejército de inspectores y directores, que debían sus cargos a razones políticas (es decir, a ser comunistas o dependientes de éstos, como era el PSUC) invadió las fábricas desmoralizando con su presencia a los trabajadores”⁴⁵².

Pero la CNT se vio también obligada a pasar a la defensiva fuera de Cataluña. En diciembre de 1936 y durante los primeros meses de 1937, el periódico *CNT* fue prohibido en varias ocasiones por la Censura, dominada por los comunistas. Algo parecido sucedió con los demás órganos de prensa libertarios como *Castilla Libre*, *Cartagena Nueva* o *Nosotros*. La razón de aquellas medidas era siempre la misma: la protesta de las publicaciones anarquistas contra el terror practicado en la retaguardia por comunistas como Líster en Castilla la Nueva o sus correligionarios en la checa de Murcia. En el País Vasco, el gobierno de católicos y comunistas prohibió en marzo de 1937 *CNT del Norte*, encarceló a los redactores responsables y entregó la imprenta a los comunistas. John Brademas señala: “Los métodos que se habían empezado a utilizar contra el POUM se utilizaban ya abiertamente contra la CNT”⁴⁵³.

El ministro de Agricultura del Gobierno central, Vicente

452 Gerald Brenan, op. cit., pág. 385.

453 John Brademas, op. cit., pág. 231.

Uribe, miembro del Buró Político y estalinista convencido, se valió de todos los resortes para dejar sin recursos al proceso de colectivización en Levante. Lo hizo mediante decretos hostiles a la colectivización y recurriendo al apoyo directo de los agricultores que se oponían a la revolución agraria. Las disposiciones promulgadas por Uribe el 7 de octubre de 1936 sobre el nuevo ordenamiento agrario reconocían únicamente la expropiación de los grandes terratenientes que habían participado en el golpe de forma activa y demostrable. Estas disposiciones ofrecían a muchos agricultores medianos y grandes que habían sido expropiados, la posibilidad de solicitar una devolución de las propiedades requisadas, medida que se aplicó de forma masiva. Según el decreto del 7 de octubre, el Estado era el único dueño legítimo de las tierras confiscadas, y no las colectividades o los sindicatos. Para llevar aún más lejos su campaña contra la explotación colectiva, Uribe creó a finales del otoño de 1936 la Federación Provincial de Campesinos, que acabó siendo el refugio universal de todos los agricultores conservadores, contrarrevolucionarios y fascistas. Fue la continuadora de la anterior Derecha Regional Campesina, perteneciente a la CEDA, el partido de Gil Robles que antes de la Guerra Civil había representado los intereses de la burguesía agraria levantina. La Federación Provincial, dirigida por Julio Mateu –hombre de paja de Uribe–, contaba según datos propios con 50.000 miembros, todos ellos enemigos fanáticos de la colectivización. Bernecke dice al respecto: “Uribe animó a los campesinos a

mantenerse al margen de las colectividades e ingresar, en cambio, en la organización agraria fundada a toda prisa por los comunistas, a la que se unieron sobre todo comerciantes y pequeños propietarios preocupados por sus fincas particulares”⁴⁵⁴. La política agraria de Uribe y Julio Mateu, contraria a la colectivización, fue apoyada enérgicamente por José Silva, secretario general del Instituto de Reforma Agraria, también comunista.

En marzo de 1937, Uribe movilizó la Guardia de Asalto (muy infiltrada por los comunistas), y a los carabineros, funcionarios de aduanas armados (igualmente procomunistas) para lanzar un ataque contra las colectividades de la región de Levante. La agresión armada comenzó en Murcia y Alicante y continuó hacia el norte. Pero los anarcosindicalistas, que estaban bien y fuertemente organizados en esa parte de España, no tardaron en oponer resistencia. La Columna de Hierro amenazó con volver a la retaguardia y apoyar a sus compañeros de las explotaciones colectivas con la fuerza de las armas. En Vilanesa, Alfara, Gandía y otras localidades se libraron duros combates. Tras unos días de luchas enconadas, Uribe se vio obligado a suspender su torpe e infame propósito. Hubo muertos, heridos y presos por ambas partes, pero las colectividades se impusieron. No obstante, la iniciativa de Uribe demostró hasta qué punto estaban decididos los comunistas a estrangular la

454 Walther L. Bernecker, *Anarchismus und Bürgerkrieg*, op. cit., pág. 77.

revolución, recurriendo a la fuerza bruta en caso necesario. Horacio Martínez Prieto observa en tono sarcástico: “Fue, sin duda, la única gesta de reforma social que hizo el bolchevismo en España: reorganizar y proteger a los burgueses como clase y destruir militar y policialmente las colectividades”⁴⁵⁵. Willy Brandt, quien por lo demás no tenía en demasiada estima la colectivización y que en sus primeras tomas de posición había hablado de la “gran confusión” ocasionada por los anarcosindicalistas debido a su “negación del Estado [...] incluso en la economía”⁴⁵⁶, diría años más tarde refiriéndose a la actitud de los comunistas con respecto a la colectivización: “En los lugares donde su influencia era suficiente, los comunistas cancelaron la creación de cooperativas de producción, también cuando no había dudas acerca de su carácter voluntario”⁴⁵⁷.

Los sucesos de mayo

A pesar de su importancia para la agricultura, Levante no pasaba de ser un escenario político de segundo orden, por más que la sede del gobierno central se hallase en Valencia.

455 Horacio M. Prieto, *op. cit.*, pág. 77.

456 Willy Brandt, Drauffen, *op. cit.*, pág. 189.

457 Willy Brandt, Links undfrei, *op. cit.*, pág. 232.

El principal enemigo de los comunistas estaba en Barcelona. Y fue también en la metrópoli catalana donde los comunistas asestaron su siguiente golpe contra los anarquistas. Julián Gorkin escribe sobre este punto: “Los comunistas, o el aparato de Moscú, se habían propuesto, sin duda, eliminar al POUM, incómodo para ellos y supuestamente trotskista. Pero quizá fue más importante todavía su deseo de asestar un golpe mortal a los anarcosindicalistas justo allí donde su fuerza era mayor”⁴⁵⁸. Como hacían casi siempre, tampoco esta vez obraron por sí solos, sino que se aseguraron el apoyo de todas las fuerzas civiles y militares que deseaban saldar cuentas con la CNT-FAI.

Los ataques, sin embargo, comenzaron fuera de Barcelona. A mediados de abril de 1937, los carabineros, a las órdenes de Negrín, intentaron arrebatarse a las milicias anarquistas el control aduanero de la frontera con Francia. El 25 de abril de 1937, el dirigente de la UGT catalana y miembro del PSUC Juan Roldán Cortada fue asesinado por unos desconocidos en Molins de Llobregat. Rodríguez Salas, miembro del PSUC y comisario de Orden Público de la Generalitat, envió un contingente policial a Molins de Llobregat con la orden de llevar a cabo una redada contra los anarquistas de la localidad. El PSUC hizo de la ceremonia del entierro de Roldán Cortada una gran demostración contra los supuestos enemigos del orden público, en la que

458 Julián Gorkin, *op. cit.*, pág. 20.

participaron también unidades armadas de la policía y el ejército. La ceremonia de duelo se convirtió en una manifestación de poder e intimidación contra los anarquistas y los marxistas del POUM. Al día siguiente, las fuerzas de seguridad de la Generalitat detuvieron a varios anarquistas. Se les acusó de haber perpetrado el atentado mortal contra Roldán Cortada. Cuatro días más tarde fueron de todos modos puestos en libertad. En Puigcerdá, cerca de la frontera francesa, carabineros y militantes del PSUC dispararon contra varios anarquistas, ocho de los cuales perdieron la vida, entre ellos el alcalde, Antonio Martín, un decidido partidario de la colectivización.

No es posible separar el comportamiento de los comunistas y sus aliados de la ofensiva revolucionaria iniciada por las juventudes anarcosindicalistas, la Juventud Comunista del POUM y sectores de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) contra la política oficial. Como suele ocurrir en la historia, fue la juventud la que esta vez se dio cuenta con mayor claridad de cómo la revolución había degenerado en una contrarrevolución estalinista y la que supo sacar de ello las debidas consecuencias. Mientras la dirección de la CNT-FAI participaba en el Gobierno y llegaba a componendas con los comunistas y sus aliados, el 17 de febrero de 1937 nació, en una gran manifestación celebrada en Barcelona, el Frente de la Juventud Revolucionaria de Cataluña. Asistieron al acontecimiento unos 50.000 jóvenes militantes. Fidel Miró, secretario de la

asociación juvenil anarcosindicalista, habló en nombre de ésta, y Vilebaldo Solano, secretario general de la Juventud Comunista Ibérica, lo hizo por esta agrupación poumista. También tomó la palabra Jacinto Torhyo, director de *Solidaridad Obrera*. El joven anarquista Alfredo Martínez fue nombrado secretario de la nueva alianza. La vinculación entre las asociaciones juveniles de la CNT–FAI y el POUM iba dirigida contra Santiago Carrillo y las JSU, encabezadas por él. Este nuevo foco revolucionario surgido en Cataluña y el peligro de que se propagara a otras partes del país alarmó a la dirección del PC, que intentó parar los pies a anarquistas y poumistas. Fuera de Cataluña, muchas secciones locales de las JSU habían comenzado a distanciarse de la posición contrarrevolucionaria de Carrillo y a tomar un rumbo revolucionario. Uno de los adversarios más decididos de Carrillo era el secretario general de las JSU de Asturias, Rafael Fernández, que tachó las consignas de Carrillo de “absolutamente no–marxistas”. Burnett Bolloten comenta: “Se trataba de algo más que una opinión personal. Era la opinión de una parte considerable de los socialistas de las JSU, que se sentían engañados por el giro a la derecha adoptado por Carrillo”⁴⁵⁹.

Los ataques comunistas contra el POUM y los anarquistas fueron cada vez más incontrolados. El 5 de mayo de 1937, en su rendición de cuentas al Comité Central del PC, José Díaz escribía lo siguiente: “Si nosotros combatimos a los

459 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, op. cit., pág. 182.

trotskistas es porque son agentes de nuestros enemigos, introducidos en las filas antifascistas. Es un grave error considerar a los trotskistas como una fracción del movimiento obrero. Se trata de un grupo sin principios, de contrarrevolucionarios clasificados como agentes del fascismo internacional”⁴⁶⁰. Unas semanas antes, el órgano de las JSU, *Ahora*, había escrito refiriéndose al POUM: “Liquidemos de una vez para siempre esta fracción de la quinta columna. El pueblo soviético, con su implacable justicia contra el grupo de los sabotadores y asesinos trotskistas, nos señala el camino”⁴⁶¹.

Los duros ataques contra el POUM (mientras se dejaba relativamente en paz a los anarcosindicalistas) no tenían nada de casual, pues el defensor más resuelto de la revolución era en ese momento el POUM. Nin y sus camaradas quisieron dar realce a su línea revolucionaria aprovechando la celebración del Día del Partido, fijado para mayo de 1937. La ponencia principal, elaborada por Andrés Nin, era una declaración de guerra inequívoca contra el *statu quo* y un llamamiento a la toma del poder por el proletariado: “Es deber imperioso del momento la conquista del poder por el proletariado, aliado con los campesinos, que puede hacerse pacíficamente, y la formación consiguiente de un gobierno obrero y campesino, único capaz de organizar, de acuerdo con las

460 José Díaz, *Tres años de lucha*, op. cit., pág. 431.

461 *Ahora*, Valencia, 21 de enero de 1937.

necesidades de la población y de la guerra, la economía desquiciada y el establecimiento de un orden revolucionario en el país [...]. El obstáculo más considerable que se opone al avance de la revolución proletaria es el reformismo [...], cuyo exponente más característico es el partido comunista [...], que ha abandonado definitivamente la política revolucionaria de clase [...]. Naturalmente esto sólo puede hacerse con una alianza del POUM, la CNT y el ala izquierda del PSOE”⁴⁶². Esta declaración de guerra era especialmente peligrosa para los comunistas, sobre todo por la influencia que podía ejercer en las bases cenetistas, ya que Nin abogaba expresamente por la colaboración con la CNT. Julián Gorkin dice al respecto: "Hubo un tiempo en que las bases de la CNT estaban más cerca de nuestros seguidores [los del POUM] que de su propia dirección. Los militantes anarcosindialistas asistían a nuestras asambleas e hicieron suyo nuestro lenguaje. El estalinismo lo entendió enseguida. La brecha entre él y la CNT se hizo más profunda, y las opiniones de los cenetistas se acercaron progresivamente a las nuestras”⁴⁶³. Las coincidencias eran especialmente fuertes con los Amigos de Durruti, que debido a su orientación radicalmente antiestatal y antiestalinista, se habían creado dentro de las filas anarcosindicalistas un perfil propio, si bien modesto en cuanto a su eficacia. A finales de abril y comienzos de mayo tenían de

462 Boletín interior, Órgano de Información del Comité Ejecutivo del POUM, Barcelona, 5 de abril de 1937.

463 Julián Gorkin, op. cit., pág. 73.

4.000 a 5.000 miembros. El periódico *La Batalla* publicaba de vez en cuando artículos de Jaime Balius, la principal cabeza pensante de los Amigos de Durruti, un periodista que antes de evolucionar hacia el anarquismo había pertenecido al partido Estat Catalá⁴⁶⁴.

A comienzos de mayo de 1937, los comunistas y sus cómplices se sentían lo bastante fuertes como para arriesgar una confrontación con el POUM y los anarquistas. La acción comenzó el 3 de mayo de 1937 con la ocupación de una parte de la Telefónica de Barcelona por unidades de la policía. El asalto, efectuado sin el conocimiento de Companys y Tarradellas, estuvo dirigido por Artemi Ayguadé, consejero de Gobernación de la Generalitat, y por el comisario de Orden Público, Eugenio Rodríguez Salas, un antiguo anarquista convertido al estalinismo y ex miembro del Bloc de Maurín⁴⁶⁵.

García Oliver escribe sobre ellos: “Constituyeron la pareja ideal para desencadenar los sucesos de mayo”⁴⁶⁶. Sin

464 La tesis de Broué y Témime (op. cit., pág. 355) según la cual los sucesos de Barcelona habrían sorprendido a los comunistas es ingenua e increíble. ¿Cómo podían sorprenderse, si fueron los auténticos manipuladores de la provocación? Ya en marzo de 1937, Victor Serge — siempre bien informado— advirtió a sus amigos del POUM de que los comunistas preparaban en Barcelona un golpe contra ellos y contra los anarquistas (véase Victor Serge, op. cit., pág. 378).

465 Para una exposición detallada de los sucesos de mayo, véase en especial Manuel Cruells, *Mayo sangriento*, Barcelona, 1970.

466 García Oliver, op. cit., pág. 419.

embargo, los provocadores sólo consiguieron tomar la planta baja de la Telefónica, pues los empleados cenetistas les impidieron de inmediato acceder a los pisos superiores.

La noticia del asalto se propagó por la ciudad con la rapidez de un rayo. La CNT-FAI exigió a la Generalitat la aplicación inmediata de sanciones contra los responsables, iniciativa que fue ignorada. Las bases de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias, apoyadas por el POUM, respondieron espontáneamente levantando barricadas. Fue como el 19 de julio de 1936, pero ahora se trataba de una lucha fratricida.

La conspiración de nacionalistas catalanes y comunistas fue difamada enseguida por los auténticos responsables como la respuesta a una conjura al servicio del fascismo. O como el estalinista Willi Bredel escribe: “Querían separar a Cataluña de la República española, firmar una paz por separado con los golpistas y entregar así a todo el pueblo republicano a los fascistas. La Italia fascista se hallaba ya al acecho, lista para enviar sus buques de guerra a Barcelona”⁴⁶⁷. La duquesa de Atholl adoptó también enseguida la tesis de una conspiración fascista poumista y calificó a los combatientes anarquistas de personas “instigadas por los fascistas y el POUM”⁴⁶⁸. La tesis de un “golpe de Estado trotskista anarquista” se ha mantenido tercamente hasta

467 Willi Bredel, op. cit., vol. 1, pág. 304.

468 Duquesa de Atholl, op. cit., pág. 170.

hoy en la historiografía comunista tanto española como internacional, a pesar de que los autores que la propagan tienen un perfecto conocimiento de las verdaderas razones de fondo de los sucesos. No obstante, en los últimos tiempos, algunos comunistas se han distanciado individualmente de la manera en que se procedió entonces contra el POUM, aunque sin apartarse de la versión del golpe de Estado⁴⁶⁹.

La lucha armada librada en Barcelona entre estalinistas y catalanistas por un lado y anarcosindicalistas y poumistas por el otro, duró hasta el 7 de mayo de 1937 y provocó más víctimas que los sucesos del 19 y 20 de julio de 1936. Unas 500 personas perdieron la vida y 1.000 resultaron heridas. Entre los caídos se hallaba también Domingo Ascaso. Apenas iniciada la “guerra civil” dentro de la Guerra Civil, los principales representantes de la CNT–FAI intervinieron para lograr poner inmediatamente fin a las luchas callejeras. García Oliver, Mariano R. Vázquez y Federica Montseny llegaron a toda prisa desde Valencia para exhortar a sus compañeros a un alto el fuego, una iniciativa que Federica

469 Así lo ha hecho, por ejemplo, Kurt Goldstein, combatiente en España: “El golpe de Barcelona de la primavera de 1937, con el que sectores anarquistas y seguidores del POUM intentaron derrocar el Gobierno de Frente Popular presidido por el demócrata de izquierda Lluís Companys, debilitó, sin duda, la República. Hoy, no obstante, debemos condenar que el servicio secreto español y el soviético encarcelaran y asesinaran a funcionarios destacados del POUM y de los anarquistas, así como a extranjeros que compartían sus ideas” (Kurt Goldstein, *Wir sind die letzten fragt uns*, ed. de Friedrich-Martin Balzer, Bonn, 1999, pág. 199).

Montserrat hizo suya con especial celo. Tras su llegada a la capital catalana en la mañana del 5 de mayo, acudió al palacio de la Generalitat después de una breve visita a la central de la CNT en la Vía Layetana. En el despacho de Lluís Companys se habían reunido Tarradellas, Comorera y varios políticos catalanes. También se hallaban presentes Mariano R. Vázquez y Valerio Más, de la FAI. La atmósfera era sombría. “Daban la sensación de estar velando un muerto”⁴⁷⁰, según la impresión de la ministra anarquista al entrar en la habitación sin vacilar, dijo a los presentes que asumía la dirección del despacho por encargo del Gobierno central. Nadie se atrevió a contradecirla. “Tengo que reconocer que me valí de mi condición de mujer”, admitiría años más tarde⁴⁷¹. Luego se sentó ante el escritorio de Lluís Companys y comenzó a realizar llamadas telefónicas instando a sus interlocutores una y otra vez a que dejaran de disparar. Ella misma, García Oliver y Mariano R. Vázquez se dirigieron por radio a sus compañeros y les conjuraron a cesar el fuego inmediatamente, orden que en un primer momento causó sorpresa y, luego, indignación, según informan dos testigos oculares: “Furiosos e indignados, numerosos miembros de la FAI y la CNT rompieron sus carnets de afiliados y los arrojaron al fuego tras las barricadas, donde seguían hirviendo los pucheros de

470 Federica Montseny, *Mis primeros cuarenta años*, op. cit., pág. 125.

471 Véase John Brademas, op. cit., pág. 246.

sopa”⁴⁷². Más tarde, cuando Federica Montseny se disponía a dejar Barcelona en compañía de su secretario y de Mariano R. Vázquez, dispararon contra su coche. Su secretario Baruta fue herido levemente; ella y “Marianet” salieron ilesos. Nunca se ha aclarado quiénes fueron los autores de los disparos, pero no se puede descartar que tras el atentado se hallaran algunos anarquistas radicales que consideraban una traición la enérgica intervención de Montseny para poner fin a los combates.

La versión de los sucesos de mayo dada por Federica Montseny es extraordinariamente unilateral, pues calla o atenúa el papel representado también por García Oliver y Abad de Santillán en el cese de las hostilidades.

En carta al autor, Santillán confiesa en tono autocrítico: “No sabes hasta qué punto he llegado a arrepentirme de haber paralizado el fuego; Ínter nos, para mi vergüenza, tengo que reconocer que fui el que más he trabajado y logrado en el alto al fuego”⁴⁷³. Al igual que García Oliver, Santillán se dirigió también al palacio de la Generalitat en compañía de su hombre de con fianza, Pedro Herrera, y del secretario de las Juventudes Libertarias, Alfredo Martínez. Como organizador de las milicias en las primeras semanas que siguieron al golpe de Estado de julio, seguía manteniendo

472 Clara y Paul Thalman, op. cit., pág. 196.

473 Abad de Santillán, carta al autor, Buenos Aires, 28 de noviembre de 1972.

estrecho contacto con los comités de barrio de la ciudad, que utilizó para exigir un alto el fuego. Su influencia dentro de la FAI fue también determinante para poner fin a la confrontación.

También Mariano R. Vázquez hizo cuanto pudo por asfixiar el levantamiento de las bases de la CNT contra los comunistas y nacionalistas catalanes. En nombre del Comité Nacional disuadió de sus propósitos a quienes querían romper definitivamente con los provocadores. Ante el Comité Regional pintó con pinceladas tremebundas las consecuencias de un choque frontal de la Confederación con sus enemigos. Si nos decidimos a plantear batalla –dijo en síntesis–, la CNT aparecerá ante la opinión pública mundial como cómplice de los fascistas. Vázquez consiguió transmitir a los demás su propio pánico y, finalmente, hacerles cambiar de opinión⁴⁷⁴.

También resultó eficaz la intervención del Gobierno central desde Valencia. En la tarde del 5 de mayo, el Gobierno dio a conocer por radio que asumía la responsabilidad del orden público en Cataluña, nombrando como representante suyo en Barcelona con plenos poderes al teniente coronel Alberto Arredondo. Al mismo tiempo, el Gobierno de Largo Caballero nombró al general Sebastián

474 Sobre el papel de Vázquez, véase su propio informe de rendición de cuentas, “Los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona”, Boletín de Información CNT, AIT, FAI, 17 de mayo de 1937. Muchos pasajes del texto fueron no obstante censurados.

Pozas comandante en jefe de la Cuarta Región militar, es decir, Cataluña. Dos días después llegaron a Barcelona 5.000 guardias de asalto. Esta intromisión directa en la autonomía de Cataluña no se produjo, ni mucho menos, contra la voluntad de Companys, sino que fue él mismo quien, por miedo a una segunda revolución anarquista, pidió apoyo al Gobierno central⁴⁷⁵. Companys obró tal como había hecho siempre la burguesía catalana cuando se sentía amenazada por los trabajadores. García Oliver se opuso a la decisión de la Generalitat, sobre todo porque cuando las tropas llegaron a Barcelona había concluido ya el conflicto. Haciendo caso omiso de ello, “se pasearon por la ciudad como los auténticos vencedores de una lucha en la que no habían participado”⁴⁷⁶, según escribe en tono sarcástico el historiador Pelai Pagés.

La actitud conciliadora de la cúpula anarquista resultó ser un error funesto, aunque sólo fuera porque los comunistas y sus aliados la interpretaron como un signo de debilidad. En el plano militar, los libertarios habían tenido la posibilidad de hacerse con el poder. No sólo se habían adueñado de las baterías del castillo de Montjuich –lo que les permitía bombardear el palacio de la Generalitat en cualquier momento–, sino que además, en los cuarteles de

475 Véase sobre esta cuestión Ángel Ossorio, *Vida y sacrificio de Companys*, Buenos Aires, 1943, pág. 177 y ss.

476 Pelai Pagés i Blanch, *La guerra civil espanyola a Catalunya (1936-1939)*, 2 a ed., Barcelona 1997, pág. 114.

la avenida Icaria, en el barrio industrial de Pueblo Nuevo, se hallaba también la Columna Durruti, recién llegada de Madrid y lista para partir hacia el frente de Aragón. Hubiera bastado una indicación de García Oliver o de los hombres de dicha columna a las órdenes de Ricardo Sanz para ocupar sin grandes problemas toda la ciudad.

Pero no ocurrió nada de ello. Carlos M. Rama no exagera cuando habla de la “incompetencia de la dirección de la CNT”⁴⁷⁷. Los anarquistas optaron por una solución pacífica del conflicto, que los enemigos de la CNT–FAI interpretaron como capitulación. Lo que movió a los dirigentes anarcosindicalistas a elegir la opción de un alto el fuego no fue por supuesto la debilidad o el miedo, sino la sincera voluntad de no dividir a la España republicana provocando un abismo entre anarquistas y comunistas. Esta noble motivación estuvo condicionada también por la dependencia psicológica en que habían incurrido los anarcosindicalistas al aceptar sus cargos y funciones en el Estado. Enfrentados a la disyuntiva de actuar sin miramientos contra la provocación comunista o pronunciarse por el mantenimiento de una unidad aparente, se decidieron por la segunda alternativa. Nadie sabe lo qué habría pasado si los líderes anarquistas hubiesen optado por la lucha abierta contra los comunistas. En términos de poder, los comunistas y sus aliados aparecieron en todo caso como los triunfadores de los sucesos de mayo, como los propios

477 Carlos M. Rama, *op. cit.*, pág. 269.

anarquistas –desde Peirats hasta Abad de Santillán– admitirían más tarde en sus respectivas obras de historia y sus textos autobiográficos. Para Broué y Témime, “los días de mayo en Barcelona anunciaron el momento de la muerte de la revolución”⁴⁷⁸. Esa es también la conclusión que extrae John Brademas: “La guerra civil continuaba, pero la revolución española había muerto”⁴⁷⁹.

Los comunistas aprovecharon los sucesos de mayo desencadenados por ellos mismos para ejecutar por la espalda a varios de sus enemigos políticos, entre otros al destacado militante de las Juventudes Libertarias Alfredo Martínez, al italiano Camillo Berneri y a su amigo Francesco Barbieri. Berneri había sido alumno predilecto de Errico Malatesta y Luigi Fabbri y profesor de filosofía en la Universidad de Florencia antes de ser perseguido por Mussolini. Tras huir de Italia publicó en París la revista *Guerra di Classe*. A raíz del golpe de julio en España se apresuró a marchar a Barcelona y luchó en el frente de Aragón junto con otros antifascistas italianos. Berneri reanudó la publicación de *Guerra di Classe* desde comienzos de octubre de 1936. En este semanario y en sus textos transmitidos por radio, tachó la intervención rusa en España de acción basada en “motivos contrarrevolucionarios”. El 4 de mayo de 1937, una patrulla de la catalanista UGT infiltrada por estalinistas detuvo a él y a Barbieri en su

478 Broué y Témime, op. cit., pág. 358.

479 John Brademas, op. cit., pág. 249.

domicilio de la Plaza del Ángel 3. Sus cadáveres fueron hallados en las Ramblas en la noche del 4 al 5 de mayo⁴⁸⁰.

Arrepentimiento tardío

Abad de Santillán fue uno de los primeros anarquistas destacados que reconoció el error de cálculo de la Organización y, por tanto, su propia responsabilidad. Al constatar que la resolución del conflicto defendida por él había sido utilizada por los comunistas para eliminar a antifascistas incómodos e intensificar la campaña de difamación contra los anarcosindicalistas y los poumistas, fue a ver al cónsul ruso Antónov Ovséyenko, que causalmente vivía enfrente de su domicilio: “Y le dije que tal vez me había equivocado, y que todavía podía asumir la responsabilidad de continuar la lucha y veríamos quien perdería más. Yo iba desencajado de rabia; Antonov me dijo entonces que yo tenía razón, que España no era Rusia, que Stalin no sabía lo que hacía”⁴⁸¹. Santillán se mantuvo escéptico. Según cuenta, unos días después recibió la visita

480 Sobre el trasfondo del asesinato de los dos anarquistas italianos, véase Carlos M. Rama, “El misterioso asesinato de Camillo Berneri en Barcelona”, Nueva Historia, Barcelona, 1978, págs. 43-49.

481 Abad de Santillán, carta al autor, Buenos Aires, 28 de noviembre de 1972.

de Antónov, quien le comunicó que Stalin le había dado la orden de regresar a Rusia y que obedecería la orden: “Y contra mi desconfianza me anunció con solemnidad: ‘He nacido revolucionario y muero revolucionario’. No sabía qué alcance darle a sus palabras, y las comprendí cuando supe que Stalin le hizo fusilar a su llegada”⁴⁸².

No todos los miembros de la CNT–FAI estaban de acuerdo con su dirección. Las bases y la asociación juvenil anarquista tendían más bien a no aceptar compromisos y querían acabar de una vez por todas con las maquinaciones de los comunistas y sus cómplices. En especial, los Amigos de Durruti eran partidarios de un claro enfrentamiento. Así, el 5 de mayo de 1937 pidieron en una hoja volante la constitución de una junta revolucionaria y la disolución de todos los partidos que habían atacado a la clase obrera, así como el castigo de sus dirigentes. La dirección de la CNT–FAI se distanció de la hoja volante en *Solidaridad Obrera* ya al día siguiente. Por su escaso número, los Amigos de Durruti no tenían posibilidad de influir de manera decisiva en los acontecimientos. Sus portavoces –Jaime Balius, Pablo Ruiz, el argentino Carreño– eran además figuras marginales de la Confederación. En todo caso, García Oliver habla de ellos con claro menosprecio⁴⁸³. En cambio, Clara y Paul Thalman se sintieron visiblemente impresionados por Balius y sus compañeros de lucha: “Ya en nuestro primer encuentro con

482 Ibid.

483 García Oliver, op. cit., pág. 420.

Balius y sus amigos se impuso la impresión de que éste poseía unas dotes extraordinarias para el trato con la gente. Su valoración de la situación era sencilla: la dirección anarquista ha fallado; con su participación en el Gobierno del Frente Popular ha abandonado el terreno firme de la política anarquista revolucionaria y se ha convertido en un apéndice de la estrategia comunista”⁴⁸⁴.

Su contrapropuesta era el “restablecimiento del poder y la soberanía del Comité, la disolución de la Generalitat catalanista con Companys a la cabeza, la salida de los anarquistas del Gobierno y la revitalización y mejor organización del ejército de milicias”⁴⁸⁵.

Los escasos miles de miembros de los Amigos de Durruti no se hallaban sin embargo en condiciones de hacer realidad aquellas ideas; por otra parte, es cierto lo que opina Patrick v. zur Mühle siguiendo a Bernecker: “Aunque carecieran de importancia cuantitativa, los Amigos de Durruti expresaban con su crítica a la pérdida de la pureza ideológica, una inquietud compartida por entonces por muchos intelectuales simpatizantes y por numerosos compañeros de lucha de las bases”⁴⁸⁶. La opinión de Félix Morrow sobre su órgano *El Amigo del Pueblo* es aún más precisa: “A pesar de la triple ilegalización (por el Gobierno,

484 Clara y Paul Thalman, op. cit., pág. 189.

485 Ibid., pág. 189.

486 Patrick v. zur Mühlen, op. cit., pág. 83.

los estalinistas y la dirección de la CNT), *El Amigo del Pueblo* expresaba verbalmente los anhelos de las masas”⁴⁸⁷.

Sobre este criterio habría que observar que la militancia anarquista no necesitaba de las lecciones de un pequeño grupo como los Amigos de Durruti para ver con claridad las contradicciones de los jefes de la CNT–FAI.

El PSUC y sus aliados dentro y fuera de la Generalitat aprovecharon los sucesos de mayo para proseguir los ataques contra el POUM, pero intensificándolos. Así, *Treball*, órgano oficial del PSUC, habló del POUM como de una organización completamente entregada a los agentes secretos fascistas y a la quinta columna⁴⁸⁸. A comienzos de junio de 1937 se suprimieron también definitivamente las patrullas de control, último instrumento de la revolución en la calle. El 30 de junio se formó, bajo la presidencia de Companys, un nuevo Gabinete en el que no estaban representadas ni la CNT ni la FAI, y sí en cambio tres estalinistas del PSUC: Joan Comorera, Rafael Vidiella y Miguel Serra Pamies. Este Gobierno se mantuvo en sus funciones hasta el final de la Guerra Civil.

487 Félix Morrow, *Revolution und Konterrevolution in Spanien*, Essen, 1996, pág. 236.

488 *Treball*, 13 de mayo de 1937.

La caída de Largo Caballero

la siguiente jugada de los comunistas no se hizo esperar. Esta vez estaba dirigida contra Largo Caballero, presidente del Consejo de Ministros desde comienzos de septiembre de 1936 y jefe de la UGT desde hacía años.

Stalin había intentado mediante cartas y emisarios ganarse al “Lenin español”, aunque en vano. El antiguo líder sindicalista se mantuvo firme y se negó lisa y llanamente a convertirse en una marioneta del Kremlin. La mayoría de los consejos de los rusos, ajenos a la realidad, le irritaban y provocaban su oposición. Así, rechazó con decisión la unificación de los partidos socialista y comunista propuesta por el PC de España. Largo Caballero estaba también harto de ser importunado y aleccionado por el embajador ruso Marcel Rosenberg, quien se presentaba a diario en su despacho acompañado por Julio Álvarez del Vayo para darle consejos que nadie le pedía, de modo que, cierto día, Largo le señaló la puerta diciéndole: “Recuerde de una vez por todas que soy jefe del Gobierno y ministro de Defensa, y en cuanto tal, y como socialista y español, no estoy dispuesto a seguir soportando su importunidad y sus exigencias”⁴⁸⁹.

489 Véase Jacinto Toryho, op. cit., pág. 289.

Una ofensa semejante al diplomático ruso significaba para los comunistas un imperdonable acto de insubordinación. Pero todavía peor era que Largo Caballero considerara desastrosa la estrategia de guerra impuesta por los asesores militares soviéticos y estuviese decidido a sustituirla por otra. De acuerdo con los planes de algunos oficiales de carrera independientes como el general José Asensio Torrado, Largo Caballero tenía previsto lanzar una gran ofensiva en Extremadura con el objeto de dividir los ejércitos de Franco en dos mitades. El nuevo asesor militar supremo de la URSS en España, general Grigori Yván Kulik, rechazó el plan y propuso, en cambio, una ofensiva en Brunete, calificada por Hugh Thomas “de más fácil realización que el plan fantástico de Extremadura”⁴⁹⁰. Quizá fuera más fácil, pero está por ver si era más razonable. Todos los argumentos de Largo Caballero y sus expertos a favor de una operación en Mérida y Badajoz fueron rechazados, también por Miaja, que se negó a poner tropas a disposición de la ofensiva. Sin embargo, Largo Caballero no se dejó desanimar e insistió en llevar a cabo su plan. Cuando se disponía a desplazarse a Extremadura, Kulik le comunicó que la aviación rusa no estaba disponible para la ofensiva.

Entretanto, la campaña de difamación comunista contra Largo Caballero marchaba a todo trapo. Se responsabilizó a aquel hombre entrado en años de la pérdida de Málaga y de

490 HughThomas, op. cit., pág. 334.

la desfavorable situación en el frente del noroeste, donde las tropas de Franco habían iniciado a finales de marzo de 1937 una gran ofensiva para tomar Asturias y el País Vasco. Además, se le reprochó prestar oídos a oficiales “no cualificados” como Asensio Torrado.

Largo Caballero se convirtió en una bestia negra para los comunistas en cuanto se dieron cuenta de que no estaba dispuesto a no plegarse a su juego. En vista de la popularidad del jefe del gobierno, comenzaron a dirigir sus ataques contra el general Asensio, a quien se acusó de incompetencia. En realidad, Asensio era un oficial altamente cualificado; no es casual que los propios comunistas lo honraran el 30 de agosto de 1936 con el mando honorífico de su Quinto Regimiento. Y nada menos que Mijaíl Koltsov, el corresponsal de *Pravda*, escribió sobre él el 23 de octubre: “Asensio es muy inteligente, posee una gran facultad de comprensión y es una persona cultivada. Por sus horizontes, su capacidad de captar y analizar con rapidez las cosas, Asensio es verdaderamente un faro dentro del ejército español”⁴⁹¹. Cuando fue ascendido a comandante en jefe del Ejército del Centro, los comunistas intentaron inducirle a ingresar en el Partido, sobre todo para alejarlo de Largo Caballero, propuesta que rechazó: “Soy un general de la República y a ella sirvo y serviré. Jamás he pertenecido a ningún partido político ni perteneceré, en

491 Michail Kolzow, op. cit., pág. 195.

tanto conserve mi condición de militar”⁴⁹². Si poco antes había sido alabado por la prensa comunista como “héroe de la República”, a partir de ese momento fue difamado como “general de las derrotas” y tachado de traidor.

Algunos de los principales periódicos y revistas de la CNT-FAI, como *Solidaridad Obrera*, *Castilla Libre*, *CNT*, *Fragua Social* o *Frente Libertario*, participaron también en los ataques contra Asensio. No advirtieron que se trataba de una campaña de difamación contra Largo Caballero, según admitiría por ejemplo más tarde Federica Montseny en carta a Burnett Bolloten: “Federica Montseny confiesa que posteriormente consideró un error la oposición del movimiento libertario a Asensio, no sólo por sus extraordinarias dotes, sino también porque dicha campaña contribuyó a debilitar a Caballero en su relación con los comunistas”⁴⁹³.

Los ataques de la Columna de Hierro fueron especialmente tajantes. Su órgano Nosotros culpó a Largo Caballero de haber depuesto a oficiales leales a la República y haberlos sustituido por otros que eran poco o nada conocidos.

Entre los oficiales “sinceros” despedidos se mencionaba

492 El General Asensio. Su lealtad a la República, Barcelona, 1938, pág. 91.

493 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, op. cit., pág. 277.

precisamente a aquellos que Largo Caballero había cesado por sus sentimientos procomunistas, en primer lugar Díaz Tendero, un socialista al servicio del PC.

El odio a Asensio y Caballero cegó a los ultraanarquistas de tal manera que les impidió percatarse de la situación general de la guerra y hacerse una idea objetiva sobre el jefe de Gobierno. Dicho con las palabras de Helmut Rüdiger: “El pasado de Caballero lo conocemos todos, pero lo que no sabían todos los redactores de periódicos confederales de provincias era el hecho de que desde hace algunos meses Caballero se había convertido en factor de lucha contra la influencia comunista y que, por lo tanto, exigir su destitución era hacer la labor del PC en España”⁴⁹⁴.

Largo Caballero se vio obligado a destituir a Asensio como comandante en jefe del Ejército del Centro, pero el 22 de octubre de 1936 le nombró subsecretario del Ministerio de Defensa Nacional. Tras la pérdida de Málaga, el 8 de febrero de 1937, el PC lanzó una nueva campaña de hostigamiento contra Largo Caballero. Sus dos ministros en el Gobierno central insultaron reiteradamente a Asensio, llamándole traidor y exigiendo su cese. El general dejó su puesto, pero no porque Largo Caballero le destituyera, sino porque él mismo solicitó ser relevado. Su alejamiento del Ministerio de Defensa Nacional no enturbió en absoluto su relación con Largo Caballero. Al contrario, Asensio, junto con el

494 Helmut Rüdiger, *Materiales*, op. cit., pág. 4.

general Martínez Cabrera, elaboró por encargo del jefe de Gobierno un plan para reconquistar Mérida y Badajoz. La batalla de Brunete, planeada por los estrategas rusos en julio de 1937 como alternativa a la ofensiva de Extremadura nunca realizada, terminó con un fracaso, según veremos en un capítulo posterior.

Tras los sucesos de mayo en Barcelona, los comunistas habían exigido a Largo Caballero la prohibición del POUM, una maniobra a la que se opuso rotundamente. La reacción de la dirección del PC no se hizo esperar mucho.

El 9 de mayo de 1937, José Díaz pronunció un discurso en Valencia vomitando veneno contra el POUM y profiriendo amenazas contra Largo Caballero: “¡Hay que barrer a los provocadores trotskistas! Por eso yo decía en mi discurso ante el pleno del CC, recientemente celebrado, que no solamente en España debe ser disuelta esta organización, suspendida su prensa y liquidarlas como tal, sino que el trotskismo debe borrarse de todos los países civilizados, si es que de verdad quiere liquidarse a esos bichos que, incrustados en el movimiento obrero, hacen tanto daño a los propios obreros que dicen defender. O este Gobierno pone orden en la retaguardia, o si no lo tendrá que hacer otro Gobierno de Frente Popular”⁴⁹⁵. Para el secretario general del PC, poner orden en la retaguardia significaba apoyar las campañas de difamación y aniquilación

495 José Díaz, *Tres años de lucha*, op. cit., pág. 480.

promovidas por su partido contra Andrés Nin y sus camaradas.

Largo Caballero se había atraído también el odio de los comunistas porque había comenzado a actuar contra el terror ejercido en las checas, donde se encarcelaba, torturaba y asesinaba a socialistas de izquierda y anarquistas. Así, por ejemplo, hizo detener a policías obedientes al PC y destituir al alcalde de Murcia. Destituyó además a varios comisarios políticos y se reservó el derecho a nombrarlos personalmente en el futuro. Desplazó a Córdoba al teniente coronel comunista Antonio Cordón, jefe del departamento técnico de la subsecretaría del Ministerio de Defensa Nacional, a cuyo ayudante, Manuel Arredondo, depuso por su conducta procomunista. También envió al frente de Bilbao al capitán comunista Eleuterio Díaz Tendero, jefe del departamento de información y control del Ministerio de Defensa. Para controlar el comportamiento de los principales comandantes en jefe del Ejército nombró, además, inspectores a seis socialistas de izquierda de su confianza. Esta acción depuradora llevada a cabo en el seno de las Fuerzas Armadas fue vigorosamente apoyada por el subsecretario de Estado en el Ministerio de Defensa, Carlos Baráibar. Como remate de sus medidas contra la labor de zapa comunista, Largo Caballero disolvió finalmente por decreto la Junta de Defensa de Madrid, sometida a la influencia del PC, sustituyéndola por un Consejo Municipal

de su confianza. Esta decisión iba dirigida en especial contra el responsable de Seguridad de la Junta, José Cazorla, que abusó una y otra vez de su cargo para perseguir y eliminar a poumistas y anarquistas. Las medidas tomadas por Largo y Baráibar coincidieron con una campaña de los órganos de prensa de la izquierda socialista contra las maquinaciones de los comunistas. En ese momento, Largo Caballero mantenía buenas relaciones con sus antiguos rivales los anarcosindicalistas, en especial con los cuatro ministros de su Gabinete, a quienes al principio había tratado con suspicacia y desconfianza. Juan López, uno de los ministros de la CNT, estableció contacto con Carlos Baráibar en abril de 1937. Tras varias conversaciones decidieron una acción conjunta de la CNT y la UGT contra las ambiciones de poder de los comunistas, cada vez más insoportables. La iniciativa fue expresamente aprobada por Largo Caballero. García Oliver estaba también de acuerdo: “Juan López, por sus contactos con Baráibar y otros socialistas caballeristas, convergía conmigo en el trabajo de aproximación que yo llevaba a cabo con Largo Caballero”⁴⁹⁶. Se trataba de publicar un documento con las firmas de todas las personalidades representativas de ambos sindicatos, encabezadas por la de Largo Caballero. Los comunistas se enteraron de la acción y decidieron acelerar la destitución de Largo Caballero⁴⁹⁷.

496 García Oliver, op. cit., pág. 391.

497 Sobre los contactos entre Baráibar y López, véase López, “Mis

Los rusos conocían las buenas relaciones entre Largo Caballero y los anarcosindicalistas. Mientras José Díaz y Dolores Ibárruri se apresuraron a visitar al presidente de la República, Azaña, para comunicarle la “entrega de Largo”⁴⁹⁸ a la CNT, los rusos intentaron atraerse a su campo a los ministros de la CNT y a su secretario nacional Mariano R. Vázquez, como testimonia Federica Montseny: “Más tarde, cuando las diferencias entre el embajador soviético y Largo Caballero se hicieron más violentas, trataron de conseguir la adhesión de los ministros cenetistas y de nuestro Comité Nacional a la ofensiva que preparaban contra Largo Caballero”⁴⁹⁹. Esta vez los libertarios no se dejaron instrumentalizar por la nueva maniobra maquiavélica de los comunistas. Fueron en efecto lo suficientemente clarividentes como para darse cuenta de que la eliminación del “caballerismo” acabaría necesariamente debilitando todavía más el movimiento libertario. César M. Lorenzo da en el blanco al señalar que “la caída de Largo Caballero fue, en gran medida, una fase de la lucha entre anarquistas y estalinistas”⁵⁰⁰.

Los pormenores de la intriga contra Largo Caballero fueron elaborados por Palmiro Togliatti. Todo lo demás se

relaciones con Largo Caballero en el exilio”, la parte, índice, Madrid, 15 de junio de 1970.

498 Azaña, op. cit., vol. 4, pág. 592.

499 Federica Montseny, Mis primeros cuarenta años, op. cit., pág. 117.

500 César M. Lorenzo, op. cit., pág. 275.

desarrolló según el plan concebido de antemano por los agentes rusos y sus lacayos del PCE. La sesión del Gobierno central celebrada el 13 de mayo de 1937 duró seis horas y se caracterizó por su extremada dureza. Los dos ministros comunistas del Gabinete, Hernández y Uribe, presentaron un ultimátum a Largo Caballero, exigiéndole la prohibición del POUM y la detención de sus dirigentes. Le aconsejaron también renunciar a su cargo de ministro de Defensa Nacional. Largo Caballero rechazó ambas iniciativas y llamó a los comunistas “mentirosos” y “difamadores”. A continuación, Uribe y Hernández abandonaron la sala. Lo mismo hicieron los socialistas Prieto, Álvarez del Vayo y Negrín, así como los republicanos Giral y Giner de los Ríos e Irujo, del PNV. Fue de ese modo cómo se consumó el fin del Gabinete de Largo Caballero. El tibio intento realizado por el presidente de la República para volver a reconciliar a los adversarios no dio resultado. La presidencia del PSOE, compuesta por partidarios de Prieto, oportunistas y peones de Moscú, no hizo nada para respaldar a Largo Caballero, quien no tuvo más remedio que ceder el terreno a sus enemigos.

También fue derrocado como jefe de la UGT por la camarilla procomunista y prietista, que en ese momento tenía en sus manos los hilos del sindicato. Con él fue depuesto el secretario del Comité Ejecutivo de la UGT, Pascual Tomás. Largo Caballero y sus fieles ofrecieron resistencia. Se produjo una escisión. Durante meses hubo

dos Comités Ejecutivos de la UGT que actuaban independientemente, uno dirigido por Largo Caballero, y el otro por González Peña. La escisión fue superada el 3 de enero de 1938, al menos sobre el papel, gracias a la mediación de Leon Jouhaux, jefe de la CGT francesa. Largo Caballero declaró estar dispuesto a renunciar a su cargo de secretario general en favor de González Peña. A cambio, cuatro miembros de su fracción se integrarían en el Comité Ejecutivo de la UGT. La “componenda” supuso una grave derrota para Largo Caballero y una victoria de los socialistas de derecha y los comunistas. Por lo demás, Largo Caballero se negó a cooperar con el nuevo Comité Ejecutivo y se opuso frontalmente a la política de Juan Negrín, su sucesor en la presidencia del Consejo de Ministros.

A los socialistas de izquierda afines a Largo Caballero les fue arrebatada también la dirección de los órganos de prensa *Claridad*, *Noticias* y *Adelante*.

En lo sucesivo, Largo Caballero pasó a ser un prisionero de sus enemigos políticos, que lo espiaban constantemente. El PC inició una campaña para desacreditarlo, anularlo políticamente e incoar un proceso contra él.

En aquellas circunstancias fueron paradigmáticos los ataques lanzados por José Díaz en el pleno celebrado por su partido en noviembre de 1937 contra el jefe de Gobierno derrocado: “Largo Caballero manifestó, como jefe del Gobierno y como ministro de la Guerra, una debilidad que

no exageramos al calificarla de criminal para con los enemigos del pueblo, los agentes del enemigo y los mandos traidores”⁵⁰¹. En el mismo discurso, el secretario general del PC acusó a Largo Caballero de haberse “ligado al trotskismo contrarrevolucionario”. Si Largo Caballero no fue llevado ante un tribunal se debió únicamente al miedo a una reacción de las masas obreras de la CNT y la UGT.

501 José Díaz, Tres años de lucha, op. cit., pág. 513.

XI. NEGRÍN EN EL PODER

El hombre y la leyenda

Manuel Azaña nombró sucesor de Largo Caballero al catedrático de Fisiología Juan Negrín y López, un socialdemócrata de tendencia más bien derechista que siendo ministro de Hacienda había ordenado por cuenta propia enviar por barco a Rusia más de la mitad de las amplias reservas de la República en oro y divisas.

¿Quién era aquel hombre? Provenía de una rica familia perteneciente a la oligarquía de Canarias, había estudiado en Leipzig y estaba casado con una rusa blanca de la que sin embargo se había separado ya antes de la guerra. Negrín fue durante unos años catedrático de Fisiología en la Universidad de Madrid, y desde 1931 diputado a Cortes. Sus méritos científicos eran magros; aparte de algunos artículos

en revistas especializadas, no había publicado nada digno de mención. Como docente no fue tampoco una gran lumbrera; sus alumnos lo abuchearon más de una vez por aparecer en clase sin haberse preparado. La afirmación de la duquesa de Atholl de que Negrín era un “biólogo de fama internacional” carece de todo fundamento⁵⁰².

En cuanto a su labor como político, Negrín era una hoja en blanco. Fuera del PSOE no le conocía apenas nadie. En la Universidad y dentro del Partido Socialista se había distinguido exclusivamente como miembro de comisiones técnicas o administrativas. Tampoco era un orador elocuente, como reconocen también sus más estrechos colaboradores, entre ellos Rafael Méndez: “Al igual que a tantos buenos hombres de ciencia, no le habían favorecido los dioses con el don de la oratoria”⁵⁰³.

El hecho de que un político tan poco carismático y un tecnócrata del montón pudiera convertirse en el hombre del estalinismo en España se debe sencillamente al hecho de que Negrín estaba dispuesto a representar devotamente el papel que le habían asignado el Kremlin y la NKVD. Justamente porque no se había manifestado políticamente y no tenía enemigos visibles, pudo ser presentado como un

502 Duquesa de Atholl, op. cit, pág. 170.

503 Rafael Méndez, “Memoria de Don Juan Negrín”, índice, Madrid, noviembre-diciembre de 1971.

jefe de Gobierno aceptable para todo el mundo⁵⁰⁴. Por diversas razones, los rusos no podían colocar al frente del Gobierno central a ningún comunista; para esa función necesitaban a un hombre de paja, y la elección recayó finalmente en Negrín. Las cuentas les salieron a los estrategas de Moscú a pedir de boca. Julián Gorkin observa al respecto: “Ambicioso y sin conciencia, carente de popularidad y sin base en el Partido Socialista, Negrín fue un obediente servidor del estalinismo”⁵⁰⁵.

Jesús Hernández sondeó al futuro jefe de gobierno por encargo del PC español. Negrín dijo que sí a todas las sugerencias, consejos y condiciones del ministro comunista. Lo único que le preocupaba era su falta de popularidad. Hernández le tranquilizó: “La popularidad... ¡se fabrica! Si alguna cosa tenemos los comunistas bien organizada es la sección de agit-prop –dije riendo”⁵⁰⁶. La conversación de sondeo entre Hernández y Negrín fue por lo demás puro teatro, pues su elección había sido decidida hacía ya tiempo por los agentes de Stalin, más exactamente por Arthur Stajevski, según revela Walter G. Krivitski: “Stajevski no me ocultó que Juan Negrín iba a ser el siguiente jefe del

504 Tuve oportunidad de saber muchas cosas sobre Negrín como persona y político a través de su hombre de confianza y ayudante Santiago Garcés, con quien me reuní casi a diario en México durante varias semanas a comienzos de 1974, así como durante los años siguientes en Madrid, adonde se mudó con su esposa tras la muerte de Franco.

505 Julián Gorkin, op. cit., pág. 102.

506 Jesús Hernández, Yo fui un ministro de Stalin, op. cit., pág. 124.

Gobierno español. En aquel momento, Largo Caballero estaba considerado como el favorito del Kremlin, pero Stajevski había escogido ya a Negrín para sucederle”⁵⁰⁷. Esta conversación entre Stajevski y Krivitski tuvo lugar en Barcelona en noviembre de 1936. No fue, sin duda, una casualidad que Negrín, desconocido hasta entonces en el extranjero, surgiera de pronto en la prensa internacional como el candidato con más posibilidades para el cargo de jefe de Gobierno, lo que llamó la atención de Luis Araquistáin, entonces embajador de la República en París: “Desde mi observatorio de la embajada en París pude advertir con sorpresa que, ya en los primeros meses de 1937, algunos periódicos liberales de Londres, que se dejaban inspirar más o menos conscientemente por comunistas o simpatizantes del comunismo, comenzaban a publicar retratos y elogios genéricos del doctor Negrín, entonces ministro de Hacienda, sin visible motivo. El motivo oculto era que en Moscú le habían elegido como sucesor de Largo Caballero”⁵⁰⁸. Uno de los encargados de esta primera campaña de propaganda en la prensa internacional fue el periodista criptocomunista norteamericano Louis Fischer. Otro hecho incontrovertible es que la táctica de los estalinistas funcionó de maravilla, y que, según observa Bolloten, Negrín “fue responsable, más que cualquier otro

507 Walter Krivitzky, op. cit., pág. 118.

508 Luis Araquistáin, Sobre la guerra civil y en la emigración, Madrid, 1983, págs. 217 y ss.

español, del éxito tardío de la política comunista”⁵⁰⁹. Pero Negrín tuvo también patrocinadores no comunistas, entre ellos, por ejemplo, el presidente de la República, Azaña, que volvió a demostrar su fatal tendencia a rodearse de los hombres menos indicados. Mientras con Largo Caballero no se había entendido nunca, se sintió atraído de inmediato por su sucesor. A los pocos días del nombramiento de Negrín, Azaña escribía ya en su diario privado: “Negrín, poco conocido, joven aún, es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas, sabe ordenar y relacionar las cuestiones. Podrá estarse conforme o no con sus puntos de vista personales, pero ahora, cuando hablo con el jefe del Gobierno, ya no tengo la impresión de que estoy hablando a un muerto”⁵¹⁰. Más tarde, cuando Negrín le utilizó como muñeco para sus maquinaciones y mentiras, Azaña comprendió hasta qué punto se había engañado acerca de su protegido.

Para la opinión pública, Negrín no era en absoluto un procomunista, sino un hombre de Prieto. Pero lo único que le unía a su mentor original era su común aversión a los anarcosindicalistas, a la revolución social y a Cataluña. Negrín, que sirvió a los intereses de los comunistas en España como ningún otro, era en realidad un burgués conservador a ultranza. Álvarez del Vayo perdió su puesto como Ministro de Estado, pero no por haber perdido el

509 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, op. cit., pág. 121.

510 Azaña, op. cit., vol. 4, pág. 603.

apoyo de los comunistas, sino más bien para contrarrestar la sospecha de que el nuevo jefe de Gobierno se rodeaba de colaboradores procomunistas. Del Vayo conservó en todo caso su cargo de jefe del Comisariado Político⁵¹¹. Como sucesor de Del Vayo, Negrín nombró al republicano José Giral y Pereira, un hombre de Azaña. Por su traición a Largo Caballero, Prieto obtuvo el Ministerio de Defensa Nacional, donde no tardó en ser un instrumento de los comunistas. Prieto era un hombre inteligente y un orador elocuente; su máxima debilidad consistía en sobrevalorarse de forma desmesurada e imaginar que podía imponerse a cualquier adversario, incluidos los comunistas. También se sentía muy por encima de Negrín.

Los anarcosindicalistas se negaron a participar en el nuevo Gobierno y subrayaron su solidaridad con el presidente del Consejo de Ministros derrocado, como se decía en una nota publicada por el Comité Nacional de la CNT el 17 de mayo: “La CNT no presta colaboración directa ni indirecta al Gobierno que pueda constituirse por el camarada Negrín [...]. Conformes con la actuación leal del presidente y ministro de la Guerra en el Gobierno anterior, Francisco Largo Caballero, no podemos sumarnos a posiciones partidistas que prueban escasa nobleza y falta de colaboración”⁵¹². El día anterior y bajo el título: “Largo

511 Del Vayo fue expulsado del Partido Socialista después de la guerra por su desvergonzada política procomunista.

512 Véase Eduardo de Guzmán, “El gobierno Negrín, la CNT y la UGT”,

Caballero, la única solución honrosa”, *Solidaridad Obrera* había publicado ya la siguiente declaración: “Contra el presidente del Consejo y ministro de la Guerra, camarada Largo Caballero, se ha desatado una campaña sorda de desprestigio, cuya finalidad es desplazarle de la dirección política y militar del país. Los dirigentes del Partido Comunista español, más atentos a las consignas que les son dictadas desde el exterior que a la defensa de los altos intereses de la guerra y la Revolución ibérica, se han propuesto dificultar la actuación normal del Gobierno de la República, fiel expresión del bloque antifascista, colocando obstáculos en la ruta hacia la victoria”⁵¹³. Lo que no sabían los anarquistas era que Negrín no quería, de ninguna manera, tenerlos en su gabinete, según atestigua su íntimo Louis Fischer: “Negrín me dijo que no quería a los anarquistas en su Gobierno. Quizá los incluyera más tarde, pero antes debían aprender a colaborar”⁵¹⁴.

La toma de posesión del Gabinete de Negrín fue saludada por *Mundo Obrero*, el órgano de prensa del PC, con un gran titular en el que era calificado de “Gobierno de la victoria”. Negrín se mantuvo en el poder 22 meses y durante este tiempo relativamente largo condujo a la República de catástrofe en catástrofe. El doctor Negrín no era un triunfador ni un redentor ni un salvador en un mal trance,

índice, Madrid, 1 de abril de 1972.

513 *Solidaridad Obrera*, 16 de mayo de 1937.

514 Louis Fischer, op. cit., pág. 417.

como la prensa entregada a él afirmaba al unísono y sin cesar; tras la máscara de su porte seguro se escondía el trauma de un embaucador y un mitómano autodestructivo, irresponsable y cínico que engañaba y deslumbraba siempre tanto a sus adversarios como a sus seguidores. Si se mantuvo tanto tiempo en el poder fue sólo por eso y no por sus supuestos éxitos o por irradiar energía y resolución. En realidad, tendía a los altibajos emocionales y a las depresiones, lo cual se explica también por su uso abundante de medicamentos y drogas. Cuando la suerte lo abandonó, buscó la muerte⁵¹⁵.

Luis Araquistáin, que conocía bien a Negrín y había sido su primer valedor en el Partido Socialista, lo juzgaba así: “Era un chico que no creció [...]. Su mal no tiene remedio [...]. Es un hombre trágico para él mismo y para los demás y hay que tratarlo como un enfermo”⁵¹⁶. Zugazagoitia, que en su época de ministro de la Gobernación y más tarde por su condición de secretario general del Ministerio de Defensa veía continuamente a Negrín, habla de sus bruscos cambios de humor: “Pasaba de una actividad calenturienta a una lasitud infinita, en que todo parecía darle lo mismo”⁵¹⁷. Su

515 “Aproximadamente diez o quince días antes de producirse el golpe de Casado, y estando en Madrid en la Presidencia del Gobierno, Negrín desapareció. Pasé horas angustiosas y terribles buscándole. Más tarde me confesó que se había ido al frente de la Ciudad Universitaria para que le pegasen un tiro” (Garcés, “Habla un ayudante de Negrín”, op. cit.).

516 Véase Araquistáin, op. cit., pág. 74.

517 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 134.

jornada se desarrollaba de forma tan caótica como su política. “Trabajaba, comía y descansaba en las horas más inverosímiles”⁵¹⁸. Con su ritmo de vida y trabajo paralizaba los asuntos del Gobierno y el trabajo de sus ministros y subsecretarios de Estado: “La irregularidad de sus horas hacía más complicada la situación. Se acostaba muy tarde y, aun cuando se levantase muy temprano, no estaba en su despacho antes de las doce horas del día. A decir verdad, su vida de trabajo carecía de norma. Rodeado de relojes, le ocurría no saber la hora en que vivía”⁵¹⁹.

Es indispensable hacerse una imagen fidedigna de Negrín, pues no han faltado historiadores y cronistas que le han rendido homenaje como político de gran categoría y puesto en circulación una inmensa hagiografía sobre su persona. Entre sus apologetas encontramos no sólo a comunistas o compañeros de viaje a su servicio como Pierre Vilar, Ángel Viñas, Vázquez Montalbán, Ramón Tamames o Julio Aróstegui, sino también a verdaderos socialistas como Juan Simeón Vidarte, Ramos Oliveira y Zugazagoitia, así como a autores burgueses o incluso conservadores, como Herbert Matthews, Hugh Thomas o la duquesa de Atholl, que llegó a estilizar la figura de Negrín presentándolo como protector de los perseguidos y fiel servidor de la ley. Incluso historiadores inteligentes como Broué y Témime hicieron suyo el prejuicio relativo a su presunta “energía

518 Ibid., vol. 2, pág. 49.

519 Ibid., vol. 2, pág. 128.

completamente segura de sus metas”⁵²⁰. Herbert R. Southworth lo considera “la personalidad más sobresaliente de la guerra en el campo republicano”⁵²¹. El socialista de derechas Juan Simeón Vidarte lo elogia en sus *Memorias* llamándolo “un gran héroe” y ensalzando su “inmenso valor moral”⁵²². Herbert L. Matthews sólo tiene para él palabras laudatorias, lo exime de cualquier culpa y lo describe como un hombre dotado de los “principios de humanidad más elevados” que, “sin duda, no sabía nada de los peores abusos del SIM y del departamento ruso-español de la NKVD”⁵²³.

El periodista norteamericano se convierte en el más vulgar de los gacetilleros aduladores cuando eleva a su héroe a la categoría de “gran hombre con un gran corazón”⁵²⁴. El propio *New York Times* dedicó a Negrín tras su muerte un editorial apologético en el que la única observación verdadera era que no “había sido un rojo”⁵²⁵.

Con el ascenso de Negrín al puesto de presidente del Consejo de Ministros dio comienzo una caza de brujas

520 Broué y Témime, op. cit., pág. 364.

521 Véase María Rupérez, conversación con Herbert R. Southworth, *Tiempo de Historia*, Madrid, octubre de 1978.

522 Juan-Simeón Vidarte, op. cit., pág. 706.

523 Herbert L. Matthews, op. cit., pág. 112.

524 Ibid., p. 224.

525 *New York Times*, 15 de noviembre de 1956.

sistemática contra todo lo que no se plegara a sus maquinaciones y a los intereses del PC.

Ajuste de cuentas con el POUM

Las primeras medidas represivas tomadas por el nuevo Gobierno afectaron a los marxistas de izquierda del POUM y se iniciaron el 28 de mayo de 1937 con la prohibición de su órgano oficial *La Batalla*. La noche del 16 al 17 de junio fueron detenidos una gran parte de los dirigentes del partido y cientos de militantes, entre ellos los miembros del Comité Ejecutivo Andrés Nin, Julián Gorkin, Juan Andrade, Pedro Bonet, Jordi Arquero, Josep Rovira y Josep Coll en Barcelona y Luis Pórtela y Sixto Rabinat en Valencia. La operación se llevó a cabo al mando de dos comunistas: Antonio Ortega, director general de Seguridad, y Ricardo Burillo, comisionado para el mantenimiento del orden público en Cataluña. Entre los detenidos se encontraban varios militantes del exterior que habían llegado a Barcelona para participar en el siguiente congreso del POUM, así como un grupo de invitados extranjeros amigos del partido. El POUM y su organización juvenil, la Juventud Comunista Ibérica, fueron declarados ilegales. La XXIX división, surgida

de las columnas de milicianos organizadas por el POUM al comienzo de la guerra, fue disuelta y muchos de sus miembros asesinados. La mayoría, no obstante, consiguió refugiarse en las divisiones anarquistas del frente de Aragón, sobre todo por iniciativa de García Vivanco. La oleada de detenciones se extendió a las provincias durante las semanas y meses siguientes. La represión habría sido aún mayor si la CNT no hubiese acogido en sus sindicatos y brigadas a los militantes amenazados. También los socialistas intervinieron en favor de los encarcelados. Así, Josep Rovira, comandante de la XXIX división, fue liberado en Valencia por intervención de Indalecio Prieto después de tres semanas de cárcel en régimen de aislamiento.

El 28 de junio de 1937, el Comité Nacional de la CNT manifestó públicamente su opinión sobre la oleada de detenciones: “Que en la URSS resuelvan sus problemas como puedan o como las circunstancias les aconsejen. No es posible trasplantar a España la misma lucha, persiguiendo a sangre y fuego [...] a un partido de oposición o sector disidente de una ideología o de una política”⁵²⁶. Más enérgica fue todavía la protesta de Federica Montseny en un discurso pronunciado el 21 de julio en el Teatro Olimpia de Barcelona ante miles de asistentes: “No se puede impunemente, pasando por encima de la voluntad, de la dignidad de un pueblo, coger a un puñado de hombres,

526 Véase Peirats, *Los anarquistas en la revolución española*, Buenos Aires, 1964, pág. 267.

acusarles de algo que no se ha demostrado, meterles en una casa particular habilitada al efecto, sacarles por la noche y asesinarles. Eso no se puede hacer, porque España es un país que aún no ha perdido la dignidad y la virilidad. Cuando puedan demostrarnos que Nin, Gorkin, Andrade, son espías, pediremos que sean fusilados; pero matar, asesinar en la sombra, no puede tolerarse". Fue uno de los momentos triunfales de la "leona", como la llamaban sus compañeros; supuso también una rehabilitación de su actitud contemporizadora durante los días de mayo, por la que fue abucheada en el mismo foro.

Muy pronto faltó todo rastro de Nin. Tras su detención fue llevado a la cárcel de Alcalá de Henares e interrogado por los hombres de Orlov y Vittorio Vidali sin conocimiento de la policía española. Acusado de ser agente de Franco, se negó durante cuatro días (del 18 al 21 de junio) a admitir el infame delito de que se le acusaba. La Justicia española había dado entretanto los primeros pasos para localizar su paradero. Temiendo ser descubiertos, los agentes de Moscú trasladaron a Nin de Alcalá de Henares a una checa de El Pardo, donde se hallaban el Estado Mayor del Quinto Regimiento y las Brigadas Internacionales que operaban en el frente del Centro. Nin fue finalmente asesinado. Su cadáver desapareció para siempre. Tampoco los pormenores de su eliminación han sido hasta hoy aclarados por completo.

El siniestro y cobarde asesinato de Nin fue una operación realizada a espaldas de las autoridades españolas. El ministro socialista de Defensa Nacional, Julián Zugazagoitia (hombre de Prieto y Negrín), no fue informado. Consumado el crimen, se le dieron explicaciones que no eran más que mentiras en las que no creyó desde el primer momento: “Era absurdo pensar que los directivos del POUM hicieran espionaje para Franco. Los que tal afirmaban de Andrade, Gorkin, Escuder, Arquer, afirmaban lo que no creían”⁵²⁷, Su subsecretario de Estado, Juan Simeón Vidarte, pensaba lo mismo: “Nunca creí en la connivencia de falangistas y elementos del POUM”, escribe en sus *Memorias*⁵²⁸. No obstante, Zugazagoitia y también Vidarte siguieron en sus puestos. Como chivo expiatorio se sacrificó únicamente al comandante comunista Antonio Ortega, que fue destituido como director general de Seguridad y enviado al frente. Se ha discutido mucho si el propio Negrín estaba al corriente de la operación. Por Zugazagoitia sabemos que el jefe del Gobierno no excluía una intervención de la Gestapo: “El embuste no podía ser más grotesco. Sin conocer a Andrés Nin, yo negaba la versión. Se lo dije así a Negrín. Este trató de convencerme de que todo era posible”⁵²⁹. Bolloten niega esta versión: “En el momento de la desaparición de Nin me hallaba en Valencia como corresponsal de United Press y

527 Zugazagoitia, op. cit., vol. 1, pág. 272.

528 Juan-Simeón Vidarte, op. cit., pág. 724.

529 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 294.

recuerdo que Constanza de la Mora (entonces censora jefe a las órdenes de Rubio Hidalgo) habló abiertamente de la indignación de Negrín por todo aquel asunto, pues arrojaba una luz desfavorable sobre su Gobierno”⁵³⁰. Herbert L. Matthews, el apologeta de Negrín, pretende incluso saber que éste “estaba tan furioso que amenazó con dimitir”⁵³¹. La indignación de Negrín –en el supuesto de que fuese auténtica– no duró en todo caso mucho, pues cuando el presidente de la República le llamó para rendir cuentas y le preguntó por la situación de Nin, Negrín se remitió a la versión difundida por los comunistas, según la cual el dirigente del POUM había sido secuestrado por un comando de la Gestapo. Azaña confirma esta versión en su diario: "Dice el Presidente que una noche se presentaron en la cárcel de Alcalá unos individuos con uniforme de las brigadas internacionales, maniataron a los guardianes y se llevaron al preso.

No creo, como se ha dicho, que fuese obra de los comunistas. Por supuesto, los comunistas se indignan ante la sospecha. Negrín cree que lo han raptado por cuenta del espionaje alemán y de la Gestapo, para impedir que Nin hiciera revelaciones”⁵³². En el libro sobre España de Ludwig Renn se dice que el secuestro de Nin se llevó a cabo bajo la

530 Burnett Bolloten, carta al autor, Sunnyvale, California, 13 de enero de 1987.

531 Herbert L. Matthews, op. cit., pág. 112.

532 Azaña, op. cit., vol. 4, pág. 692.

dirección de un antiguo suboficial de las fuerzas armadas del Reich que se había infiltrado en el batallón alemán Beimler a través de canales “trotskistas”⁵³³.

El golpe contra el POUM fue urdido y realizado por hombres de Stalin que operaban en la sombra. Los comunistas españoles no tuvieron conocimiento de la conjura hasta que era ya imposible detenerla. José Díaz y Jesús Hernández estaban rigurosamente en contra, pero se plegaron, como siempre, a las órdenes de Orlov, Codovila, Togliatti y Stepánov. Víctor Serge comunicó en una carta a Gorkin que el último de ellos tenía especial interés en que se liquidara a Nin: “Advierte a Andrés Nin: él es el más amenazado de todos vosotros. Stepánov pertenecía con él y conmigo al centro opositor y nos ha traicionado. Ahora es uno de los delegados más importantes de la Komintern en España; por tanto, demostrará un especial celo para hacerse valer”⁵³⁴.

Para justificar la actuación contra el POUM se inició una campaña de desinformación cuyo contenido ha sido recogido con diversas variantes en todos los libros de historia comunistas. Así por ejemplo Ludwig Renn: “Las tropas del POUM confraternizaban con los fascistas y jugaban con ellos al fútbol. Pero también intercambiaban noticias con el otro bando y practicaban incluso el espionaje

533 Ludwig Renn, op. cit., pág. 274 y ss.

534 Julián Gorkin, op. cit., pág. 56.

contra la República. Además, hacían llegar a los fascistas provisiones y otro material que necesitábamos con urgencia”⁵³⁵.

La detención y la muerte de Nin provocaron una oleada de protestas y declaraciones de honor en su defensa, también fuera de España. La voz más destacada que se alzó en su favor fue la de Trotski, que en una toma de posición dada a conocer el 7 de agosto de 1937 expresó su solidaridad y sus vínculos incondicionales con los dirigentes del POUM. Trotski calificó de “absurda” la acusación de los estalinistas de que Nin era agente de la Gestapo y de Franco. El propio Azaña se mostró preocupado por la campaña desatada por la prensa comunista contra el POUM, según consignó el 6 de agosto en su diario: “Por grande que sea la capacidad imitativa de los comunistas, aquí no podemos adoptar los métodos moscovitas, que cada tres o cuatro meses descubren un complot y fusilan a unos cuantos enemigos políticos”⁵³⁶. Negrín no se dejaba impresionar por esa clase de advertencias y no emprendió nada para poner coto a las difamaciones comunistas.

En vista de los crímenes cometidos por los estalinistas bajo Negrín, no podemos menos de sorprendernos ante la interpretación de Hugh Thomas: “En realidad, el auge del poder de los comunistas fue menor bajo Negrín que en

535 Ludwig Renn, op. cit., pág. 276 y ss.

536 Azaña, op. cit., vol. 4, pág. 711.

tiempos de Largo Caballero, a pesar de que la influencia anarquista siguió disminuyendo”⁵³⁷. El historiador inglés repite aquí lo que el propio Negrín había afirmado ante Azaña el 28 de agosto de 1937: “Negrín asegura que ahora es cuando se les empieza a atar corto [a los comunistas], y que nunca han mandado menos”⁵³⁸.

La manía persecutoria de Stalin

La destrucción del POUM no fue una operación limitada únicamente a España. El ataque dirigido contra el partido catalán de izquierda marxista perseguía al mismo tiempo el objetivo de impedir la fundación de una nueva Internacional revolucionaria independiente de Moscú. La dirección del POUM consideraba prematura la fundación de una Internacional marxista socialista de izquierda, y de ahí que fuese contraria a la Internacional de Trotski; pero por otra parte estaba plenamente convencida de que su partido y su función en la Guerra Civil española significaban el punto de partida de un proceso mundial de renovación de las izquierdas antiestalinistas, de las que formaban parte los marxistas independientes, los socialistas de izquierda, los trotskistas y

537 Hugh Thomas, *op. cit.*, pág. 337.

538 Azaña, *op. cit.*, vol. 4, pág. 754.

los comunistas hostiles a la Komintern. A este espectro de movimientos y grupos no sumisos a Moscú pertenecían, entre otros, el Independent Labour Party (ILP) británico, el Sozialistische Arbeiterpartei (SAP) alemán, la Gauche Revolutionnaire (GR) de Francia, el Partido Socialista Revolucionario de los Trabajadores de Holanda o la Revolutionary Workers League (RWL) norteamericana. En conjunto representaban un socialismo revolucionario como alternativa o tercera vía tanto frente al estalinismo como al reformismo de la socialdemocracia. Kurt Landau, que tras su ruptura con Trotski lo trasladó a España y colaboró estrechamente con el POUM, propuso como primer paso la convocatoria de una nueva Conferencia de Zimmerwald y la creación de un “bloque de lucha internacional” de organizaciones revolucionarias.

Fue significativo que en los procesos escenificados en Moscú contra la vieja guardia bolchevique, los acusadores aludieran más de una vez a los trotskistas españoles e internacionales, como ocurrió por ejemplo el 28 de enero de 1937: “En segundo lugar, debemos decir a los elementos trotskistas existentes en Francia, España y otros países que la experiencia de la revolución rusa demuestra que el trotskismo es un parásito del movimiento obrero. Debemos advertirles de que pagarán con sus cabezas si no aprenden de nuestra experiencia”⁵³⁹. Y en el contexto del proceso

539 Theo Pirker, ed., *Die Moskauer Schauprozesse 1936-1938*, Munich, 1963, págs. 190 y ss.

contra Bujarin, Ríkov, Yagoda y otros celebrado el 2 de marzo de 1938 en Moscú, el POUM fue comparado con el Ku Klux Klan.

La eliminación del POUM no servía sólo a los intereses de la Unión Soviética en España, sino que fue concebida desde el primer momento como un ataque contra todas las fuerzas internacionales de izquierda que querían impulsar la revolución sin Stalin o contra él. Estas fuerzas eran numéricamente débiles y solían por añadidura estar en radical desacuerdo, pero para la manía persecutoria de Stalin constituían una realidad, razón por la cual hizo asesinar a Trotski, a pesar del aislamiento en que éste se hallaba.

El caso Maurín

La difamación del POUM como partido trotskista fascista al servicio de Franco y sus aliados internacionales se extendió también a Joaquín Maurín, fundador y número uno, propiamente dicho, del partido. El hecho de que el golpe de Estado le sorprendiera en Galicia y que *nolens volens* se viera obligado a pasar a la clandestinidad en la

zona de los rebeldes, fue ávidamente recogido por los estalinistas para afirmar que era un espía de Franco, afirmación tan ridícula como insostenible⁵⁴⁰.

¿Por qué Maurín no fue fusilado por las autoridades de Franco, como había ocurrido con otros antifascistas que se hallaban en la España nacional? Esta pregunta, planteada no sólo por los comunistas, es fácil de contestar. Veamos los datos esenciales. Maurín consiguió hacerse con una identidad falsa y permanecer sin ser reconocido durante un tiempo. Cuando fue detenido e identificado por una casualidad, su mujer Jeanne, ayudada por su hermano Boris Souvarine, movió cielo y tierra para liberarlo. Se dirigió, entre otros, al conde de Wellington, al Independent Labour Party, al Foreign Office y a la Cruz Roja, pero estas y otras iniciativas no condujeron a ningún resultado. En cambio, resultó mucho más fructífero el contacto con Ramón Iglesias Navarri, primo de su marido y capellán militar con rango de comandante, que sería más tarde obispo de la Seo de Urgel y copríncipe de Andorra. Lo decisivo de todo el drama fue que este pariente de Maurín mantenía estrecha amistad con Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco y en ese momento ministro de Gobernación en la España nacional. Serrano Suñer encargó a un funcionario de policía de su confianza sacar a Maurín de la Oficina de Orden

540 A pesar de la relevancia de Maurín, la historiografía le ha concedido un espacio relativamente escaso. El propio Reiner Tosstorff sólo le dedica unas líneas en su concienzuda monografía sobre el POUM.

Público de Zaragoza y llevarlo a Salamanca bajo el nombre falso de Máximo Uriarte Ortega; allí y más tarde en el penal de Burgos pasó más de cuatro años separado de los demás presos. En abril de 1942 fue trasladado a la Modelo de Barcelona. Condenado por un tribunal de guerra a 30 años de prisión, fue puesto prematuramente en libertad en 1946, como ocurría por esas fechas con otros presos políticos. Para comprender estos excarcelamientos hay que tener en cuenta que en aquel momento Franco temía que las potencias vencedoras de la II Guerra Mundial tomaran represalias contra su régimen y se esforzaba por dar la impresión de que la España nacional no era un régimen fascista. Maurín pasó en total más de diez años en las mazmorras de Franco, una “buena recompensa” por los servicios al fascismo que los comunistas tenían la desfachatez de atribuirle.

Esto no impidió a los estalinistas seguir tachándolo públicamente de agente de Franco. En junio de 1943, la revista *Treball*, órgano del PSUC, publicó un artículo en el que volvía a arrojar sobre Maurín las habituales inmundicias. En la cárcel Modelo se encontraban presos un gran número de antifascistas de primera lila que conocían a Maurín desde sus inicios revolucionarios, entre ellos Juan Saña, Saturnino Carot, Manuel Villar y Juan Cornudella.

Indignados por las infames acusaciones contra Maurín, hicieron pública una declaración de honor en la que

afirmaban sin reservas la integridad política del dirigente del POUM y manifestaban su solidaridad con él⁵⁴¹.

Tras su liberación, Maurín fue desterrado a Madrid, hasta que el patrón de su esposa Jeanne, que había emigrado a EE UU antes de la entrada de los nazis en París, le consiguió un visado para los Estados Unidos⁵⁴².

La colectivización boicoteada

En Cataluña, el jefe del PSUC, Juan Comorera, sustituyó en junio de 1937 a Andreu Capdevila (CNT) como consejero de Economía de la Generalitat. Los anarquistas no estaban ya representados en el nuevo Gabinete. En cambio, el PSUC recibió tres carteras: Economía, Abastecimiento y Obras Públicas. Tarradellas fue expulsado igualmente del Gobierno y sustituido por el propio Companys, que era

541 Véase Jeanne Maurín, *Cómo se salvó Joaquín Maurín. Recuerdos y testimonios*, prólogo de Luis Pórtela, Madrid, 1979, pág. 165 y ss.

542 En los años siguientes, Maurín abandonó sus antiguas convicciones revolucionarias y adoptó una postura socialdemócrata. Algo similar ocurrió con otros miembros del POUM, como Julián Gorkin y Gironella, que se unieron al PSOE en la década de 1940. Esta evolución se debió no sólo a las experiencias con el estalinismo en España y al aislamiento internacional del POUM tras el final de la guerra, sino también a la guerra fría. En la España de Franco, el POUM luchó, por supuesto, contra la dictadura.

ahora Presidente y Primer Ministro de la Generalitat. Había comenzado la edad de oro de los estalinistas y de los catalanistas antianarquistas.

Comorera utilizó su cargo para boicotear sistemáticamente la economía colectivizada y favorecer la privada, como subraya Daniel Guérin: “Cuando, en junio de 1937, el estalinista Comorera se hizo cargo de la cartera de Economía, privó a las fábricas autogestionadas de las materias primas que prodigaba al sector privado”⁵⁴³. También se negó a poner a disposición de las colectividades las divisas que necesitaban para importar los productos, máquinas y recambios requeridos. “No doy nada a la CNT, no firmo nada”, decía cada vez que los delegados de la Confederación aparecían en su despacho⁵⁴⁴. Cuando se racionó el cereal, aprovisionó sobre todo a los pueblos próximos al PSUC y no envió nada a los municipios anarquistas. Intentó también someter a la administración municipal el transporte de cercanías colectivizado de Barcelona, pero fracasó ante la resuelta oposición de las bases de la CNT⁵⁴⁵. Como es lógico, Comorera se atrajo el

543 “Cuando el estalinista Comorera tomó posesión de la cartera de Economía en junio de 1937, dejó a las fábricas autogestionadas sin materias primas, que entregó a manos llenas al sector privado”. Daniel Guérin, *op. cit.*, pág. 163.

544 Así lo explica Joaquim Bassons en una entrevista concedida a la revista italiana *Volontá*, noviembre-diciembre de 1974.

545 Sus servicios al estalinismo no recibieron una recompensa duradera. Tras una breve estancia en Moscú y algunos años en México y Francia, fue

odio de los anarcosindicalistas, que intentaron quitarle de en medio en más de una ocasión atentando contra él. Pero los anarquistas no eran los únicos que le odiaban, ya que la imagen que se tenía de él era en general sumamente negativa. También Negrín le despreciaba. Zugazagoitia recuerda: “Comorera concretaba en su persona todos los odios de los anarquistas y de los que no eran anarquistas. Tantas veces como oí referirse a él a los republicanos de Cataluña, se expresaban con las palabras más mortificantes y desdeñosas. En Valencia ocurría lo mismo⁵⁴⁶.”

No obstante, Comorera y sus cómplices no fueron los únicos en hacer todo lo posible para despojar a los trabajadores del control del proceso de colectivización.

Los funcionarios de Hacienda del Gobierno central no cesaban de descubrir nuevos métodos para hacer la vida imposible a las colectividades e impedirles proseguir su obra. Una de sus sutilezas consistía en hacer caso omiso de la ley de colectivización de octubre de 1936 y considerar las colectividades como sociedades anónimas desde el punto de vista fiscal.

Las consecuencias de esa burocratización no se hicieron esperar. En las empresas de armamento, por ejemplo, la

apartado de la dirección del PSUC en 1947. En mayo de 1945 fue detenido en Barcelona, tras ser denunciado probablemente por sus propios camaradas. Murió en 1960 en el penal de Burgos.

546 Zugazagoitia, op. cit., vol. 1, pág. 273.

producción retrocedió entre un 35% y un 45% de junio a diciembre de 1937.

El dominio de Negrín y los comunistas condujo en conjunto a un empeoramiento general de la situación económica. La corrupción y el mercado negro empezaron a extenderse, las subidas de precios y la inflación tuvieron consecuencias dramáticas para el poder adquisitivo de la población. Mientras el “Gobierno de la victoria” propagaba a los cuatro vientos sus supuestos grandes éxitos en el frente y en la retaguardia, iban en aumento la desmoralización y el escepticismo, según veremos en un capítulo posterior.

Ataque contra los libertarios de Aragón

Al comenzar el verano de 1937, los comunistas desencadenaron otra campaña de difamación, esta vez contra el Consejo de Aragón, fundado por los anarcosindicalistas y dominado esencialmente por ellos. Con el pretexto de que practicaba el terror y dañaba los intereses económicos de la región, exigieron que fuera disuelto. Jesús Hernández echó pestes contra el Consejo:

“Los enemigos de todo Estado montaron el más feroz, el más déspota de todos los estados. Un Estado tirano que disponía de vidas y haciendas de sus súbditos [...]. Quinientos diez pueblos de Aragón, con una población de más de medio millón de habitantes, vivieron sometidos a un terror increíble”⁵⁴⁷. Para Enrique Líster, el Consejo de Aragón era, sin más, una “vergüenza nacional”⁵⁴⁸. Este y otros reproches carecían de todo fundamento y no tenían más objetivo que preparar psicológicamente y legitimar políticamente la caída del Consejo.

Los comunistas no actuaron tampoco en este caso en solitario, sino en conformidad y con el apoyo de todas las fuerzas decididas a amedrentar una vez más a los anarquistas. Tras la nueva maniobra se hallaban Negrín, Azaña, Indalecio Prieto y la mayoría de los socialistas de derechas y republicanos. Negrín encargó la preparación “legal” de la supresión del Consejo al ministro de Gobernación, Zugazagoitia. El Consejo de Aragón era igualmente un incordio desde hacía tiempo para el presidente de la República, Azaña. Lo nuevo era esta vez que también en las filas de la CNT–FAI fuera de Aragón había círculos que se mostraban críticos con el Consejo. Al frente de dichos círculos se hallaba Mariano R. Vázquez, quien a pesar de su notoria incompetencia seguía ostentando la dirección del

547 Jesús Hernández, Negro y rojo, op. cit., pág. 264 y ss.

548 Enrique Líster, Memorias de un luchador, vol. 1, Madrid, 1977, pág. 264.

Comité Nacional de la CNT. La hostilidad se centraba sobre todo contra Antonio Ortiz, jefe de la XXV división y brazo armado de Joaquín Ascaso, presidente del Consejo. Tras la muerte de Buenaventura Durruti, Ortiz pasó a ser no sólo el hombre fuerte de Aragón, sino que además se había hecho impopular por sus implacables críticas a la política acomodaticia de la dirección de la CNT–FAI.

Desde comienzos de junio de 1937, Azaña urgía a Negrín a tomar medidas para que el Consejo de Aragón fuera sustituido por un gobernador. El 12 de julio, Azaña firmó un documento para la disolución del Consejo. La medida se mantuvo no obstante en secreto y no se hizo pública hasta el 11 de agosto, el día siguiente al derrocamiento efectivo del Consejo. En sustitución del mismo, el Gobierno central nombró a un gobernador general. Se trataba de Juan Ignacio Mantecón, un republicano de izquierda entregado a los comunistas, lo que explica que finalizada la guerra ingresara en el PC.

El golpe contra las fuerzas libertarias de Aragón fue planeado con mucha antelación y preparado cuidadosamente. Como se contaba con que la CNT–FAI opondría resistencia, el ministro de Defensa Nacional, Prieto, movilizó tres divisiones comunistas o pro-comunistas, en primer lugar la XI división al mando de Enrique Líster, que llegó al Bajo Aragón el 9 de agosto. No era casual que el jefe de Estado Mayor del frente oriental

–al que pertenecía Aragón– fuese el teniente coronel comunista Antonio Cordón García. También se hallaba al corriente el general Pozas, comandante del Ejército del Este y compañero de viaje del PC. Ambos se reunieron el 7 de agosto en Lérida, donde Pozas había instalado su cuartel general. En la conversación estuvo presente un asesor ruso. También se informó al general Rojo.

La disolución del Consejo de Aragón por el Gobierno central fue sólo un pretexto para llevar a cabo una auténtica campaña de intimidación y terror contra todo el movimiento libertario en la región. Durante las “purgas” emprendidas por Líster y las demás divisiones fueron detenidos varios miembros del Comité Regional de la CNT de Aragón, se depuso a los concejales anarcosindicalistas, se arrestó a unos mil colectivistas y se devastó casi un tercio de las colectividades. En sus *Memorias*, Líster describe en detalle la orden verbal que le transmitió Prieto de “poner orden en Aragón”, pero no dice una sola palabra sobre el vandalismo de sus tropas. Para colmo tiene la desfachatez de estilizarse a sí mismo como una especie de ángel de paz⁵⁴⁹. El presidente del Consejo de Aragón, Joaquín Ascaso, fue detenido en Valencia con el pretexto totalmente injustificado de haber pasado de contrabando a Francia dinero y joyas, pero el proceso fue suspendido al cabo de unas semanas y Ascaso quedó en libertad.

549 Ibid., pág. 270 y ss.

Era cierto que se había intentado sacar del país dinero y divisas por valor de 700.000 pesetas, pero la iniciativa procedía del secretario nacional de la CNT, Mariano R. Vázquez, y no de Joaquín Ascaso.

Cuando los dos emisarios del secretario nacional fueron descubiertos por los carabineros en la frontera hispanofrancesa, el tribunal especial de Barcelona para fuga de capitales levantó acta de acusación contra Mariano R. Vázquez, sin que de todos modos se celebrara un proceso contra él.

El aparato de Justicia dejó en paz a Marianet por orden de Negrín, que por múltiples razones no tenía ningún interés en su cese como dirigente máximo de la CNT. Algunos iniciados, como García Oliver y Antonio Ortiz, han interpretado la intervención de Negrín en favor de Mariano R. Vázquez como una jugada para chantajearlo políticamente y hacer de él una dócil marioneta.

La temida resistencia de los anarquistas en Aragón no se produjo, a pesar de la presencia en la región de tres divisiones de la CNT-FAI que habrían podido intervenir. Pero ya antes de la disolución del Consejo, cuando la ofensiva comunista de difamación e intimidación avanzaba a todo tren, la dirección de la CNT-FAI decidió eludir el combate. Mariano R. Vázquez dibujó un sombrío cuadro de la situación en Aragón en un pleno del Comité Regional de Cataluña, esgrimiendo desde el primer momento la tesis de

que la Confederación carecía de fuerzas para defenderse de sus enemigos. Aunque esta versión no correspondía en modo alguno a la realidad, se adoptó la línea propuesta por él. David T. Cattell escribe al respecto: “Nunca hasta entonces habían aceptado los anarquistas con tanta disciplina las decisiones de sus dirigentes”⁵⁵⁰. El motivo de aquella actitud era –según expone Cattell– el miedo a romper el frente antifascista y debilitar así la resistencia contra Franco.

Pero no todos los confederales eran tan derrotistas como Marianet. Juan Manuel Molina (Juanel), destacado militante de la FAI y comisario político del XI Cuerpo de Ejército, fue encargado por la brigada 127 (la anterior columna “Rojo y negro”) de marchar a toda prisa a Valencia y pedir cuentas a Negrín. Molina informó a Mariano R. Vázquez de los ataques a las colectividades y de la detención de numerosos libertarios, exigiéndole que como secretario nacional de la CNT pidiera cuentas al jefe del Gobierno. Después se entrevistaron con Negrín. Molina esperó en vano a que Vázquez aludiera durante la conversación al problema de Aragón. Negrín dedicó todo el tiempo a hablar de nimiedades, hasta que finalmente alzó la voz para decir: “¡Es hora de comer!” Molina, sin poder contenerse, tomó la palabra encolerizado y dijo al jefe de Gobierno: “Estoy aquí en representación de todos nuestros combatientes y de las

550 David T. Cattell, *Communism and the Spanish Civil War*, Berkeley y Los Ángeles, 1955, pág. 150.

regionales de Aragón y Cataluña, no a pedirle nada, no, sino a comunicarle que, si no pone fin inmediatamente a esta situación intolerable, la decisión de defenderse está tomada y fuerzas de nuestras divisiones entrarán en acción en cuanto les informe de los resultados de nuestra entrevista”⁵⁵¹.

Negrín se puso blanco como la tiza y aseguró a Molina que iba a ordenar de inmediato poner en libertad a los encarcelados; le aseguró también que al día siguiente se trasladaría a Aragón para hacerse personalmente una idea de la situación. No cumplió esta última promesa, pero a partir de ese momento, “las detenciones cesaron, los componentes del Comité Regional y otros detenidos fueron puestos en libertad, el terror impuesto por los comunistas se atenuó”, como señala Molina⁵⁵².

Independientemente de lo que había emprendido Molina, una delegación del Comité Peninsular de las Juventudes Libertarias se desplazó a principios de septiembre a Aragón para informarse in situ sobre los acontecimientos. En una conversación con el gobernador general Mantecón, le exigieron la libertad inmediata de los compañeros apresados y la reapertura de la oficina de la CNT-FAI. "Esto ha sido cumplido en gran parte durante nuestra estancia en

551 Joan Llarch, Negrín. Resistir es vencer, Barcelona, 1985, pág. 206.

552 Ibid., pág. 207.

Aragón”⁵⁵³, aseguraron los delegados en su informe al Comité Peninsular.

Pero también los colectivistas ofrecieron resistencia. Hicieron saber al Gobierno que, si no se reconocían como legítimas las colectividades, irían a la huelga. El propio Uribe hubo de plegarse al ultimátum. Como escribe Abad de Santillán: “Las colectividades de Aragón fueron arrasadas por las tropas comunistas con una odiosidad repulsiva. Pero su arraigo había sido tal en tan poco tiempo de existencia, que hubo forzosamente que consentir luego que revivieran exactamente en la misma forma y con las mismas aspiraciones que antes”⁵⁵⁴. Hans Peter Duerr tiene una visión similar: “A pesar de su brutalidad, el estalinismo no consiguió convencer a los campesinos de Aragón de las ventajas de la propiedad privada. Nada más retirarse la división de Líster, hicieron añicos la mayoría de las escrituras de propiedad que se habían visto forzados a firmar a punta de pistola, y las colectividades volvieron a reconstituirse”⁵⁵⁵. “Lo cierto es”, escribe el historiador italiano G. Ranzato en su libro sobre España, “que tras su destrucción en agosto de 1937, un gran número de las colectividades se fueron reorganizando poco a poco de

553 IISG, Ámsterdam, Archivo de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, Informes nacionales, 92 B 1.

554 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 121.

555 Hans Peter Duerr y Augustin Souchy, op. cit., pág. 29.

manera espontánea”⁵⁵⁶. Por tanto, los sucesos de Aragón no deben interpretarse como una capitulación total, como hacen no pocos historiadores. Tampoco Bernecker –por lo demás, tan bien informado– se esfuerza por exponer los hechos de forma objetiva y no dice ni una sola palabra sobre la resistencia que los colectivistas ofrecieron a Negrín y los comunistas. Sencillamente se limita a consignar la “ingenuidad política” de los libertarios⁵⁵⁷.

Entre las fuerzas que abogaban por una defensa a ultranza de las posiciones anarcosindicalistas y quienes ocupaban los puestos superiores en la CNT–FAI –deseosos de eludir a toda costa un enfrentamiento abierto con los comunistas y sus aliados– se produjo una encarnizada lucha, tal como había ocurrido en Barcelona en mayo de aquel mismo año. No hay duda de que en ello desempeñó algún papel –quizá un papel fundamental– el miedo a una escisión en el frente antifascista. Pero también entraron en juego el derrotismo y el oportunismo, además del temor a malograr la deseada colaboración con Negrín. Es cierto que el movimiento libertario no contaba en ese momento con ningún ministro en el Gobierno central, pero desde comienzos de junio de 1937 la dirección de la CNT trataba de lograr, abierta o disimuladamente, una vuelta al Gobierno. Sólo en ese contexto se puede explicar por qué los dirigentes de la CNT

556 Gabriele Ranzato, *La guerra di Spagna*, Florencia, 1995, pág. 58.

557 Walther L. Bernecker, *Anarchismus und Bürgerkrieg*, op. cit., pág. 242.

aceptaran desde el principio la disolución del Consejo de Aragón. Para Antonio Ortiz, las cosas estaban claras: “Este pasaje de la historia de la revolución española es uno más de la serie de vergonzantes claudicaciones de los jerarcas de la CNT en aquel entonces, y sobre todo del entreguismo de Mariano Rodríguez Vázquez [...] y otros más”⁵⁵⁸.

Antonio Ortiz pasó a ser la bestia negra contra la que se lanzaron tanto los comunistas como la camarilla formada en torno a Mariano R. Vázquez. A finales de 1937 se le despojó del mando de la XXV división, y ello con la aprobación expresa de la dirección de la CNT. Durante meses no se le confió ninguna misión en el frente. El nuevo destino al que finalmente se le envió en los Pirineos carecía prácticamente de importancia. Con su crítica a la estrategia bélica en Aragón se fue haciendo cada vez más impopular, también dentro de la CNT. Algunos amigos de Barcelona le advirtieron de que su vida corría peligro. El propio Ortiz afirmaría más tarde que en una reunión de Mariano R. Vázquez, García Oliver, Federica Montseny y otros anarquistas influyentes en la metrópoli catalana, se le condenó a muerte⁵⁵⁹. Por miedo a ser eliminado por los comunistas o por sus propios compañeros, huyó a Francia el 5 de junio de 1938 acompañado de Joaquín Ascaso y una

558 Márquez y Gallardo, op. cit., pág. 214.

559 Ibid., pág. 247 y ss.

docena de leales. Acabada la Guerra Civil, sufrió allí efectivamente un atentado, al que no obstante sobrevivió.

XII. LA PLEAMAR TOTALITARIA

Cuando se trata de salvar un país, el terror es también un medio legítimo del Gobierno.

Juan Negrín a Julián Zugazagoitia

Un Estado dentro del Estado

El 23 de junio de 1937, poco después de asumir la jefatura del Gobierno, Negrín ordenó la creación de tribunales especiales para delitos de espionaje y alta traición, instituidos sólo en apariencia contra la quinta columna. La lista de delitos contra los que se debía proceder era tan amplia como deliberadamente imprecisa en su formulación:

actos hostiles contra la República dentro o fuera del territorio republicano; defensa o difusión de noticias o de opiniones que perjudicasen el curso de las operaciones militares o fueran lesivas para la dignidad o la autoridad de la República; acciones o manifestaciones tendentes a debilitar la moral pública, desmoralizar al Ejército o socavar la disciplina colectiva. Según observa Gorkin, la enumeración de los posibles delitos era “poco clara y al mismo tiempo lo bastante clara como para eliminar a todos los adversarios del Gobierno”⁵⁶⁰. El juicio de Broué y Témime es análogo: “El inventario de delitos reservados a los tribunales especiales era tan amplio que aquella peligrosa arma podía dirigirse contra cualquier oponente, aunque no fuera un fascista”⁵⁶¹.

El 14 de agosto de 1937 se prohibió toda crítica a la Unión Soviética. El 18 de octubre del mismo año, los generales Asensio Torrado, Martínez Cabrera y Martínez Monje, adictos a Largo Caballero, fueron detenidos y acusados de un supuesto delito de alta traición.

Cuando Julián Gorkin y los demás miembros encarcelados del POUM fueron trasladados de Valencia a Barcelona, encontraron a los tres oficiales de alto rango en un convento barcelonés de carmelitas habilitado como prisión. Aunque Asensio y sus compañeros de armas fueron absueltos el 19

560 Julián Gorkin, op. cit., pág. 164.

561 Broué y Témime, op. cit., pág. 383.

de mayo de 1938, no volvieron a tener un destino con mando.

Presionado por sus protectores comunistas, el ministro socialista de Defensa Nacional, Indalecio Prieto, fundó a mediados de agosto de 1937 el Servicio de Información Militar (SIM). Poco después, esta gigantesca organización de contraespionaje se hallaba en manos de los estalinistas, que la utilizaron para perseguir, encarcelar y liquidar a adversarios de la zona republicana. El SIM se convirtió en cierto modo en una subsección de la NKVD rusa. Tenía sus propias cárceles y campos de trabajo y le estaba permitido realizar detenciones por cuenta propia. Las torturas al estilo de la NKVD estaban al orden del día. Julius Braunthal escribe en este contexto: “La guerra civil entre democracia y fascismo se había transformado en una lucha implacable de los estalinistas contra trotskistas, anarquistas y socialistas. A partir de ese momento no estuvo segura la vida de ninguna persona considerada por la OGPU como sospechosa de tener una opinión crítica del régimen estalinista en España o en Rusia o que los comunistas consideraran como incómoda”⁵⁶². A finales de octubre, Juan Peiró, antiguo ministro de la CNT, escribía: “A la República se la puede reprochar, y yo se lo reprocho, el haber creado una policía política, el haber dejado que esa policía la manejaran y la manejen a su antojo los comunistas”⁵⁶³.

562 Julius Braunthal, op. cit., vol. 2, pág. 489.

563 Juan Peiró, Problemas y cintarazos, op. cit., pág. 170.

Como jefe del SIM fue designado el republicano Prudencio Sayagués, que había dirigido anteriormente el departamento de contraespionaje en el Ministerio de Defensa. Le sucedió Manuel Uríbarri Barrutell. Antiguo oficial de la Guardia Civil, en mayo de 1938 huyó a Francia tras haberse apoderado de una cantidad considerable de joyas y objetos de valor procedentes de incautaciones de propiedades privadas. Hasta el final de la guerra, el SIM fue dirigido por Santiago Garcés, antiguo prietista que hizo luego carrera como hombre de confianza de Negrín. Acabada la contienda se ufano de haber expulsado a Orlov de España.

También el Ejército fue sometido de forma paulatina a un reajuste favorable al control comunista. Para ello los comunistas pudieron contar con el consentimiento de los generales José Miaja –presidente del Consejo de Defensa de Madrid– y Vicente Rojo. Este último fue nombrado en mayo de 1937 jefe del Estado Mayor central del Ministerio de Defensa Nacional. Los comunistas sabían que ambos generales habían sido en años anteriores miembros de la contrarrevolucionaria Unión Militar Española, una mancha en su biografía que los hacía susceptibles de chantaje. Al frente de las Fuerzas Aéreas se hallaba Hidalgo de Cisneros, también comunista y leal servidor de Moscú. El 40% de los combatientes del frente eran anarcosindicalistas, pero sólo el 5% de los comandantes pertenecían a la CNT–FAI. El Cuerpo de Carabineros, responsable originalmente de la

vigilancia y control de las fronteras, fue reforzado y cambió sus funciones para convertirse en guardia pretoriana de Negrín. En 1930 contaba escasamente con 15.000 hombres; bajo Negrín creció hasta los 100.000, y esto en una quinta parte de la superficie total de España. Sus miembros eran predominantemente comunistas o procomunistas. Rafael Méndez, su inspector general, afirmaría más tarde que Negrín le había dado órdenes estrictas de no tolerar infiltraciones comunistas en las filas de los carabineros⁵⁶⁴. Debido al color verde de sus uniformes, los carabineros, muy poco queridos, eran calificados por el lenguaje popular como la “peste verde”.

En aquel momento, los comunistas constituían un auténtico Estado dentro del Estado, a pesar de que desde un punto de vista puramente cuantitativo seguían siendo una minoría carente de una masa obrera digna de este nombre. Por tanto, no podemos menos de extrañarnos de la ingenuidad –por decirlo suavemente– de Herbert L. Matthews cuando escribe: “El poder del Gobierno no se escapó nunca de las manos de los dirigentes republicanos”⁵⁶⁵. Aquí, el autor norteamericano se limita a repetir lo que le decía Negrín.

La valoración de Julius Braunthal es más fidedigna y ajustada a la realidad: “El Gobierno español, dependiente

564 Rafael Méndez, Memoria de Don Juan Negrín, o.c.

565 Herbert L. Matthews, op. cit., pág. 113.

de las armas rusas, había caído entonces en una ineludible dependencia del Gobierno soviético y de sus órganos en España, que tenían acceso a todos los cargos. A propuesta suya, los puestos decisivos de la Policía, el Ejército y la Justicia eran ocupados por comunistas de su confianza; dirigían las operaciones de guerra en los frentes, reorganizaron el ejército español y la policía del país y regentaron la rama española de la OGPU, con sus propias cárceles y su propia plantilla de agentes, jueces y verdugos, que realizaban por su cuenta detenciones, pesquisas y ejecuciones”⁵⁶⁶.

Contra Cataluña

Al ocuparnos de los problemas de la colectivización en Barcelona hemos hablado ya de las diferencias de opinión y las tensiones existentes prácticamente desde el comienzo de la Guerra Civil entre la Generalitat catalana y el Gobierno central. Desde un punto de vista puramente racional, la guerra contra Franco debería haber acercado a catalanes y demás españoles republicanos. Pero en realidad, según expone Zugazagoitia, “el problema catalán, que la República creyó haber dejado resuelto con la concesión del Estatuto

566 Julius Braunthal, op. cit., vol. 2, pág. 482 y ss.

autonómico, renació furiosamente con la guerra. El decreto de Franco aboliendo la autonomía de Cataluña tenía apasionados suscriptores entre los republicanos: por reacción, los autonomistas levantaban con rabia la bandera de la estrella solitaria, como en los días más heroicos de Maciá”⁵⁶⁷.

Los conflictos surgidos en el curso de la Guerra Civil entre la Generalitat y el Gobierno central fueron de naturaleza tanto política como económica. La línea argumental de la Generalitat fue clara desde el principio: en la guerra, Cataluña había asumirlo tareas de dimensión nacional que en condiciones normales hubieran pertenecido al ámbito de competencias del Gobierno central. Entre ellas se hallaba la creación de una industria de guerra, el mantenimiento del orden público y el aprovisionamiento de los refugiados. Para cumplir dichas tareas, la Generalitat exigía ayuda económica del Gobierno central.

Este se declaró dispuesto a regañadientes a negociar con la Generalitat. El ministro de Hacienda, Negrín, creó ya el 22 de agosto de 1936 una Comisión presidida por su subsecretario de Estado Jerónimo Bugeda con el objeto de tramitar en Barcelona la cuestión financiera con Tarradellas. No se llegó a ningún acuerdo. Pronto se demostró que las ideas sobre el alcance de la ayuda financiera divergían ampliamente. Tampoco hubo acuerdo sobre el suministro

567 Zugazagoitia, *op. cit.*, vol. 2, pág. 173.

de divisas a Cataluña. En febrero de 1937 se formó una Comisión conjunta compuesta por los siguientes miembros: Indalecio Prieto, Juan Negrín (sustituido más tarde por Méndez Aspe), Tarradellas, Comorera y los cenetistas Juan Peiró y J. J. Fábregas. Tampoco en esta ocasión se llegó a un consenso. El ministro de Hacienda de la Generalitat calificó la actitud del Gobierno central de “mezquina” e “irreal”, amenazando con suspender los servicios que prestaba la Generalitat⁵⁶⁸. Las querellas duraron hasta el final de la guerra. Frank Jellinek resume así el conflicto: “Se trataba del clásico círculo vicioso: el Gobierno central reducía la ayuda a los catalanes y luego se quejaba de que Cataluña no prestaba apoyo suficiente”⁵⁶⁹.

El 30 de octubre de 1937, Negrín trasladó la sede principal del Gobierno central de Valencia a Barcelona. Esta medida, planeada ya por el jefe del Gobierno desde su acceso al cargo, no estaba condicionada por la marcha de la guerra, sino que servía más bien a tres objetivos fundamentales: controlar el anarcosindicalismo en su propio bastión, limitar la autonomía de la Generalitat y someterla a la soberanía del Gobierno central. De pronto y sin ninguna consideración hacia el Gobierno catalán y hacia los sentimientos de la población de Cataluña, diez mil funcionarios del Gobierno central cayeron sobre Barcelona y comenzaron a incautarse

568 IISG, Ámsterdam, Archivo del Comité Nacional CNT, Generalitat de Catalunya, Problemas bancarios, 71 A 2.

569 Frank Jellinek, op. cit., pág. 459 y ss.

de edificios y otras instalaciones que necesitaban para los distintos Ministerios. Fue de esta manera que el presidente de la Generalitat se enteró del traslado de la sede del Gobierno a Barcelona. Companys gritaba indignado. Hasta el propio encargado del Gobierno central para el mantenimiento del orden público en la capital catalana, Paulino Gómez –un socialista moderado–, se mostró furioso y amenazó con dimitir de su cargo. El ministro de Gobernación, Zugazagoitia, estaba consternado y se disculpó ante Companys, con quien siempre había mantenido buenas relaciones.

En realidad, Cataluña había comenzado a ser despojada de su poder a raíz de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona y la toma del control del orden público por el comunista Burillo, con el nombramiento del general procomunista Sebastián Pozas como comandante en jefe del Ejército del Este y con el envío de barcos de guerra y 5.000 soldados de élite a la capital catalana. Azaña, que en ese momento se encontraba en Barcelona, se quejó –no sólo en su correspondencia privada– de que la Generalitat lo había tratado con menosprecio y hostilidad y le había negado el debido respeto. Al mismo tiempo se deshizo en insultos contra los anarquistas, a quienes responsabilizó de las luchas callejeras, aunque Tarradellas le había explicado que todo aquello había sido una provocación desencadenada por la gente del PSUC y no autorizada por él ni por Companys. Pero el viejo odio del pequeñoburgués contra

los anarquistas y la cólera recién avivada del castellano contra una Cataluña segura de sí misma, eran más fuertes que cualquier reflexión sensata. Al comienzo de la República, Azaña se había inclinado a favor de la autonomía de Cataluña por cálculo político; pronto, sin embargo, decidió hacerla fracasar aliándose con Negrín, Prieto y otras fuerzas anticatalanas.

Nada más asumir su cargo de jefe del Gobierno, Negrín fue instado por Azaña a proceder con dureza contra Cataluña: “No puede admitirse que la economía se convierta en un despotismo personal, ejercido nominalmente por Companys, y en realidad por grupos irresponsables que le sirven a él”

En su miedo a Esquerra Republicana y a la FAI, Azaña temía que ambas pudieran unirse y organizar un levantamiento contra el Gobierno central. Se olvidaba de que la FAI y Esquerra Republicana eran enemigos irreconciliables, y de que los anarcosindicalistas no se habían dejado influenciar nunca por el separatismo nacionalista catalán. A finales de julio de 1937, Azaña se vio obligado a oír de boca de Tarradellas: “El Gobierno ha enviado a Cataluña un ejército de ocupación que vive a costa del país. De Madrid se está haciendo un mito para emplearlo en favor de la política centralista, antiautonomista”⁵⁷⁰. Tarradellas recordó también al

570 Ibid., pág. 107.

presidente de la República que en el frente de Madrid luchaban 40.000 catalanes y que la ofensiva de Brunete sólo había podido acometerse porque Cataluña había suministrado la munición requerida para ello. Pero estas puntualizaciones encontraron oídos sordos en Azaña, que de acuerdo con Negrín prosiguió la campaña para despojar a Cataluña de su poder⁵⁷¹.

Negrín era un adversario decidido de Cataluña. “No estoy haciendo la guerra contra Franco para que nos retorne en Barcelona un separatismo estúpido y pueblerino. De ninguna manera. Estoy haciendo la guerra por España y para España. Por su grandeza y para su grandeza. Se equivocan los que otra cosa supongan. No hay más que una nación: ¡España!”⁵⁷².

Negrín y Azaña fueron apoyados con todo celo por el socialista Prieto y por los comunistas. Todos ellos abogaban por un Estado fuerte, por la unidad, el centralismo y la disciplina.

El comunista Juan Comorera, a pesar de ser catalán, respaldó por oportunismo el hostigamiento del Gobierno central contra Cataluña, culpando a sus propios paisanos de no combatir a fondo en la guerra y de no haber hecho lo suficiente a favor de la defensa de Madrid. Por lo visto era

571 Azaña, op. cit., vol. 4, pág. 605.

572 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 155.

más estalinista que patriota catalán.

Companys se quejaba continuamente –también ante Negrín– del desmontaje del poder de su Generalitat. Olvidaba por lo visto que ese desmontaje sólo había sido posible porque él y su partido habían procurado, junto con el estalinista PSUC, que se actuara desde el primer momento contra el POUM y los anarcosindicalistas. Pero la autonomía de Cataluña no podía mantenerse sin la fuerza de éstos. Como escribe Peirats: “Se dice que Franco abolió el Estatuto de Cataluña; no es cierto. Cuando Franco abolió el Estatuto de Cataluña, Cataluña ya no tenía Estatuto, porque se lo había merendado Negrín”⁵⁷³.

Derrocamiento de Prieto

Los comunistas no se dieron por satisfechos con la docilidad del presidente del Consejo de Ministros, Negrín; querían también la sumisión del ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto. Pero aquel viejo socialista había reconocido por entonces la falta de escrúpulos de la dirección del PC. También vio con claridad que Negrín y los

573 María Rupérez y Pérez Ledesma, conversación con Peirats, op. cit.

comunistas sólo le habían confiado su cartera con el fin de utilizarlo para sus maquinaciones. Dado que por su condición de auténtico socialdemócrata despreciaba en realidad a los comunistas, no le resultó particularmente difícil plantar cara a sus enemigos ideológicos.

A Jesús Hernández, que fue a verle por encargo del dirigente del PC italiano Togliatti para asegurarse de su docilidad, le dijo lisa y llanamente que no estaba dispuesto a dejarse manejar como Largo Caballero. El 18 de noviembre de 1937 logró también destituir a Álvarez del Vayo como comisario general y eliminar por entero el Comisariado Político, paso que constituyó un golpe sensible contra la propaganda comunista. Pero según ha dado a conocer in extenso el propio Prieto, los comunistas solían pasar por alto, boicotear o tergiversar sus órdenes e instrucciones.

El primer gran conflicto entre Prieto y los comunistas, o Moscú, se produjo poco después de la toma de posesión de Prieto y se debió a motivos políticos. El 29 de mayo de 1937, dos aviones republicanos habían bombardeado el acorazado alemán Deutschland en la bahía de Ibiza. En el ataque perdieron la vida 31 tripulantes y fueron heridos 78. Ciego de cólera, Hitler quiso declarar la guerra a la República española, pero finalmente se decidió por una acción de represalia y ordenó al acorazado Admiral Speer bombardear Almería. Aparte de la destrucción o los daños causados a

varios edificios, hubo 19 muertos y 59 heridos. Como escribe Hans-Henning Abendroth, “Indalecio Prieto, ministro de Defensa de la República española, procuró obtener capital político de aquella situación. Convencido de que la República no podía vencer por sí sola, el 31 de mayo propuso a los demás ministros atacar la flota alemana del Mediterráneo con todos los bombarderos republicanos para provocar una declaración de guerra por parte de Alemania que, según esperaba Prieto, empujaría a las demás democracias [...] a intervenir a favor del bando republicano”⁵⁷⁴. La iniciativa de Prieto era inaceptable para los rusos, que por entonces habían decidido hacía ya tiempo entenderse con Hitler, como tendremos ocasión de comprobar más adelante. Siguiendo las instrucciones de Moscú, Vicente Uribe se opuso en el Gabinete al plan del ministro de Defensa, al igual que hizo Negrín. Moscú ordenó entonces consumir la caída de aquel socialista porfiado y difícil de manejar. Su salida del Gobierno se produjo a comienzos de marzo de 1938. Julián Gorkin informa: “En realidad, la caída de Prieto, lo mismo que antes la de Caballero, había sido preparada por el Politburó del PC. La sentencia fue dictada en ambos casos por la misma persona: Togliatti. La puesta en práctica del plan estuvo precedida en ambos casos por una campaña de difamación”⁵⁷⁵.

El 29 de marzo de 1938, los comunistas aprovecharon una

574 Hans-Henning Abendroth, op. cit., pág. 167.

575 Julián Gorkin, op. cit., pág. 228.

reunión de trabajo del Consejo de Ministros con Azaña en el palacio barcelonés de Pedralbes para organizar una gran manifestación destinada a acelerar la destitución de Prieto. Entre los manifestantes, dirigidos por La Pasionaria, se hallaban muchos guardias civiles, pero también personas sacadas a la fuerza de los cines, teatros, autobuses y tranvías, y obligadas a incorporarse a la manifestación. Finalizada ésta, Azaña recibió miles de telegramas exigiéndole la dimisión de Prieto, una maniobra organizada también por la dirección del PC. Se acusaba a Prieto nada menos que de querer entregarse a Franco. El estalinista Ludwig Renn escupía fuego contra él: “Este canalla de Prieto quería negociar un armisticio con Franco. Le apoyaban el presidente de la República, Azaña, y un tal Giral. Se trata de un lodazal que hace causa común con algunas potencias extranjeras como Inglaterra y Francia, que no pueden esperar más para arrojarnos a las fauces de Hitler, como acaban de hacer con Austria”⁵⁷⁶.

Tras la gran manifestación de Barcelona, el departamento de agitación y propaganda del PC desencadenó una campaña de hostigamiento contra Prieto. Jesús Hernández publicó bajo el pseudónimo de Juan Ventura en el órgano de Negrín, *La Vanguardia*, un artículo titulado “Pesimista impenitente”. Luego apareció en Frente Rojo un segundo artículo que antes había sido prohibido por la censura. En ambos textos se acusaba al ministro de Defensa de socavar

576 Ludwig Renn, op. cit., pág. 328.

con su derrotismo la moral y el espíritu de lucha de las tropas⁵⁷⁷.

Tras la publicación del artículo de Hernández se produjo un escándalo en el Gabinete negrinista. El 5 de abril de 1938, Negrín formó un nuevo Gobierno sin Prieto. A pesar de su notoria incapacidad, Álvarez del Vayo regresó al Ministerio de Estado para seguir obedeciendo fielmente las instrucciones de Moscú. El Ministerio de Defensa Nacional fue asumido por el propio Negrín, quien llamó a su lado como subsecretario de Estado de las Fuerzas Armadas al comunista Antonio Cerdán. Jesús Hernández hubo de abandonar, por motivos tácticos, el Ministerio de Instrucción Pública. Su puesto fue ocupado por el anarquista moderado Segundo Blanco. Jesús Hernández fue nombrado comisario político para Madrid. Como nuevo ministro de Hacienda fue designado Méndez Aspe, lacayo de Negrín. Zugazagoitia dejó el Ministerio de Gobernación para encargarse de la recién creada Secretaría General del

577 En la operación contra Prieto participó también La Pasionaria, que había marchado ya en cabeza de la gran manifestación de Barcelona. Obró así no sólo por seguir la línea política dictada por el Partido, sino sobre todo por motivos personales, pues no podía olvidar que en el otoño de 1937 Prieto había destituido del cargo de comisario político a su protegido y amante Francisco Antón, al que envió al frente. Sobre la relación de aquella pareja tan desigual y sus implicaciones políticas véase, entre otros, *Hombres made in Moscú*, de Castro Delgado; *Yo fui un ministro de Stalin*, de Jesús Hernández; *Testimonio de dos guerras*, de Manuel Tagüeña; *Diez figuras ante la guerra civil*, de Carlos Rojas y del propio autor, *La Internacional comunista*.

Ministerio de Defensa Nacional. Su sucesor en el Ministerio de Gobernación fue el socialista de derecha Paulino Gómez, encargado hasta entonces por el Gobierno central del orden público en Barcelona.

Prieto fue depuesto por Negrín, pero oficialmente se dijo que había solicitado la dimisión por motivos de salud. Cuando leyó esta noticia en *La Vanguardia*, Prieto montó en cólera. Al pedir cuentas a Negrín, éste le explicó que no podía mantenerlo como ministro de Defensa Nacional por su pesimismo y su derrotismo. Prieto exigió pruebas, pero Negrín se limitó a mencionar unas declaraciones del embajador francés, a quien Prieto no había visto y con quien tampoco había hablado nunca⁵⁷⁸.

Una dictadura de hecho

La represión contra espías y quintacolumnistas reales o supuestos aumentó de forma imponente. Para acelerar los procesos contra los enemigos de la República, Negrín creó los llamados Tribunales de Guardia Permanente. Dependían

578 A pesar de su miserable comportamiento con Prieto, Negrín intentó reconciliarse con él en varias ocasiones, pidiéndole también más de una vez entrevistarse con él en México. Prieto se negó en redondo a satisfacer estos deseos y desenmascaró en este contexto todo el cinismo del antiguo jefe de Gobierno.

del Gobierno central y decidían por procedimiento de urgencia sobre la vida y la muerte de los acusados. Para el coronel Segismundo Casado, los procesos no eran otra cosa que “auténticos asesinatos”⁵⁷⁹. El vasco católico Manuel de Irujo dimitió del cargo de ministro de Justicia en protesta contra la nueva normativa jurídica.

Los Tribunales de Guardia Permanente y el Tribunal de Espionaje acabaron convirtiéndose en una auténtica maquinaria de terror, y sus jueces eran manipulados y chantajeados por los responsables del SIM. Companys protestó en una carta a Negrín por la ejecución de un sinnúmero de ciudadanos catalanes, pero el terror siguió su curso: “Apoyado por los comunistas y cada vez más identificado con ellos”, escribe Ricardo de la Cierva, “estableció una verdadera dictadura personal sobre la España republicana, por lo menos tan radical como la de Franco en la zona opuesta”⁵⁸⁰. La comparación es en esencia acertada.

Tras su caída, Largo Caballero había intentado movilizar la opinión pública contra las maquinaciones de Negrín y los comunistas. El discurso pronunciado por él en el cine Pardiñas de Madrid el 19 de octubre de 1937 constituyó un éxito gigantesco, y pronto se le prohibió hablar en público. Cuando, no obstante, marchó a Alicante en compañía de Luis Araquistáin para participar allí de nuevo en un acto, fue

579 Coronel Casado, *Así cayó Madrid*, Madrid, 1968, pág. 100.

580 Ricardo de la Cierva, *La victoria y el caos*, Madridejos, 1999, pág. 155.

arrestado provisionalmente y llevado a Valencia con la orden de no abandonar la ciudad. Araquistáin escribió a continuación una carta de protesta a Negrín y atacó también en las Cortes con duras palabras a Ramón Lamóneda, el principal adversario de Largo Caballero en la UGT, diciendo: “Si la traición mereciera ser inmortalizada, este hombre, tan despreciable como funesto, debiera tener una estatua en Moscú y otra en Burgos”⁵⁸¹. Como consejero ideológico y hombre de confianza de Largo Caballero, Araquistáin fue también blanco de numerosos ataques por parte de la fracción de Negrín en el PSOE, sobre todo porque no dejaba de defender al antiguo jefe de Gobierno. Además, Araquistáin siguió buscando un acercamiento a la CNT, en cuyos órganos –por ejemplo, en *Solidaridad Obrera* y en *Timón*, la revista publicada por Abad de Santillán– abogó por una coalición entre los sindicatos anarcosindicalista y socialista. Por entonces, los partidarios de Largo Caballero no disponían ya de ninguna tribuna. *La Correspondencia* de Valencia, el último órgano de prensa que les quedaba, fue prohibido por los lacayos de Negrín el 30 de noviembre de 1937.

Pero también los anarquistas estaban amenazados. Diego Abad de Santillán, uno de los adversarios más intransigentes de Negrín dentro del movimiento libertario, contaba con sufrir un atentado e iba siempre rodeado por militantes de

581 Diario de Sesiones de la Diputación Permanente de las Cortes Españolas, 2 de noviembre de 1937.

confianza de la FAI. En carta al autor escribe: “Eran unos grupos que causaban algo de espanto a todos los fieles del negrismo. De cualquier modo, les debo el poder escribirte estas líneas”⁵⁸².

El Parlamento había interrumpido en gran parte sus actividades y sólo celebraba sesiones en contadas ocasiones. Negrín se reunía con el Consejo de Ministros de tarde en tarde y cuando le convenía. Tampoco se sentía obligado a informar a sus colegas de Gabinete sobre asuntos importantes, ante todo en relación con las finanzas, gestionadas por él personalmente o por uno de sus peones. Los periódicos estaban sujetos a una censura rigurosa, dirigida por Constancia de la Mora, una aristócrata conservadora que, como su marido Hidalgo de Cisneros, se había convertido al comunismo. En nombre de la seguridad de la República, los funcionarios del Ministerio de Gobernación hallaban siempre un pretexto para prohibir noticias y editoriales incómodos. Con motivo de los procesos contra el POUM, Juan Peiró escribió un artículo devastador contra los comunistas y la policía política dominada por ellos. El texto completo tenía que aparecer el 30 de octubre de 1938 en *Solidaridad Obrera*, pero fue vetado por la censura y no se publicó hasta el final de la Guerra Civil en Francia. La censura se extendió asimismo a la correspondencia epistolar en el interior de España y con el extranjero, por lo que el secretario nacional de la CNT

582 Abad de Santillán, carta al autor, 28 de noviembre de 1972.

aconsejó a los representantes de la AIT en París que no enviaran informes y comunicados importantes o confidenciales por correo oficial.

Negrín contaba no sólo con el apoyo de las publicaciones comunistas, sino también de un gran número de órganos de prensa financiados con medios públicos, el primero de ellos *La Vanguardia* de Barcelona, que antes de la guerra había sido el portavoz de la burguesía catalana.

Por su condición de jefe de Gobierno y ministro de Hacienda en una persona, Negrín podía hacer con el erario público lo que le parecía conveniente. Las cosas siguieron el mismo curso también cuando en abril de 1938 puso al frente del Ministerio de Hacienda a su secuaz Francisco Méndez Aspe. Se trataba del mismo Méndez Aspe que, siendo subsecretario de Estado en aquel mismo Ministerio, había dirigido personalmente el embarque de las reservas de oro españolas con rumbo a Rusia. El soborno de periodistas y publicistas –también extranjeros– era moneda corriente para Negrín. Así, por ejemplo, financió la fundación del periódico francés *Ce Soir*, cuyo director era el novelista estalinista Louis Aragon. Ayudado por Willi Münzenberg, Álvarez del Vayo había creado la agencia de noticias Agence Espagne, que fabricaba mentiras de forma ininterrumpida para mayor gloria de los comunistas. Su director era Otto Katz, antiguo colaborador de Erwin Piscator y amigo y protegido de Münzenberg, que se había

pasado a la línea estalinista por puro oportunismo. Babette Groíl, compañera de Münzenberg, comenta: “La Agence Espagne estuvo sometida desde el principio a una fuerte influencia comunista, que en 1937, tras la ruptura de Münzenberg con la Komintern, se intensificó todavía más. Así, en los círculos políticos de París, la agencia pasaba por ser un instrumento de los rusos. Katz pagaba sumas notables a periodistas franceses para que publicaran artículos prosoviéticos y procomunistas”⁵⁸³. Aquellas “sumas notables” provenían de las cuentas de la República española. Katz fue en España un invitado asiduo a las opíparas tertulias organizadas con regularidad por Negrín para sus compinches españoles y extranjeros⁵⁸⁴.

Los anarquistas eran víctimas permanentes del fuego cruzado de los órganos de prensa catalanistas y comunistas: *La Vanguardia*, *El Diluvio*, *Mundo Obrero*, *Treball*, *El Noticiero*, *Las Noticias*, *Frente Rojo*, *L’Humanitat*, *L’Opinió* y muchos más, así como de *ABC* de Madrid, que siguió siendo hasta comienzos de marzo de 1939 el portavoz principal de Negrín en la capital. Los anarcosindicalistas no eran los únicos en sufrir la arbitrariedad del jefe de Gobierno; todos los periódicos que no se ajustaban a la línea de Negrín o de

583 Babette Gross, Willi Münzenberg. Eine politische Biographie, prólogo de Arthur Koestler, Stuttgart, 1967, pág. 321.

584 El oportunismo de Katz no lo salvó, sin embargo, de caer en manos de Stalin. En 1952 fue liquidado en relación con el proceso incoado contra Slánsky en Checoslovaquia. Se le acusó, como era habitual, de trabajar como agente trotskista titista al servicio del imperialismo norteamericano.

los comunistas padecían escasez de papel, mientras que *La Vanguardia* aparecía con gran despliegue tipográfico.

El jefe del Gobierno no se limitó a enseñorearse de la prensa española, sino que consiguió también ganarse a algunos famosos publicistas extranjeros, entre ellos a los estadounidenses Louis Fischer, Herbert L. Matthews y Upton Sinclair.

La corrupción aumentó fuertemente bajo el dominio de Negrín. Esto reza sobre todo por lo que respecta a las Comisiones designadas por él para la compra de armas en el extranjero.

Como ejemplo paradigmático mencionaré aquí únicamente la fundación de France Navigation, un regalo de Negrín al PC francés que costó millones a la República.

Traficantes de armas, empresas de transporte, bancos, firmas de dudosa reputación y agentes de todos los países hicieron los negocios más espléndidos a costa de la República española, para la que compraban armas y material de guerra inservible o que nunca llegaba a su destino.

Francisco Olaya, que ha investigado como ningún otro historiador los tejemanejes financieros de Negrín, ofrece el siguiente resumen: “Durante el primer período de la guerra civil, Negrín procuró ir constituyendo un importante ‘tesoro de guerra en diversos países, que fue poniendo a nombre

de incondicionales y elementos poco recomendables”⁵⁸⁵.

“No creo que España haya vivido nunca hasta entonces período tan denigrante como aquel en que todo, absolutamente todo, dependía de un endiosado paranoico”⁵⁸⁶, concluye Jacinto Torhyo, antiguo director de *Solidaridad Obrera*. En efecto, Negrín no era psíquicamente muy estable, tal como atestigua Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes: “Pasaba del pesimismo más negro a un estado de ilusión paradisiaca”⁵⁸⁷. Su megalomanía le hacía considerar como reales los productos de su fantasía.

Consecuente con su inmensa capacidad fabuladora, Negrín propagó pronósticos y profecías triunfalistas sobre el futuro de la guerra hasta el final de su mandato, también cuando cualquier observador medianamente sensato sabía que todo estaba perdido.

Son muchos los datos que apuntan a que Negrín se creía en realidad sus propias mentiras. Esto explicaría también porqué podía convencer tan fácilmente a sus interlocutores, según confirma Garcés, su hombre de confianza: “No era un gran orador ni un tribuno del pueblo, pero la gente que hablaba con él quedaba convencida”⁵⁸⁸. Es suficientemente

585 Francisco Olaya, *La gran estafa*, op. cit., pág. 67.

586 Jacinto Torhyo, op. cit., pág. 380.

587 Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, 1983, pág. 393.

588 Santiago Garcés, “Habla un ayudante de Negrín”, op. cit.

sabido que Stalin se sirvió de cómplices susceptibles de ser chantajeados por algún motivo; Negrín constituye también un ejemplo de esa estrategia.

El 30 de abril de 1938, Negrín dio a conocer con gran aparato publicitario sus famosos “Trece puntos” en España y el extranjero. Se trataba de un documento trivial lleno de lugares comunes que, entre otras cosas, debía convencer a los países extranjeros de que la República no era un campo de experimentación revolucionario, sino una democracia netamente burguesa en la que a pesar de la guerra reinaban la ley y el orden. De ahí que el texto proclamase la protección de la propiedad privada y el libre ejercicio de la religión. También ponía de relieve la función del Ejército y de un Estado fuerte como garantes del orden republicano. Más importante que el espacio dedicado a la política interior era la ambigua pero clara oferta al enemigo para negociar un alto el fuego. En este contexto, Negrín proponía la retirada de las tropas extranjeras de ambos bandos. Es justamente esta parte del documento lo que deja entrever que Negrín obraba de acuerdo con Moscú.

Por lo demás, la idea de publicar aquel escrito no había surgido ni mucho menos de Negrín –como afirma en sus *Memorias* Julián Zugazagoitia– sino del comunista inglés Igor Mantagu y de su amigo el periodista Louis Fischer. Fischer, que mantenía una estrecha relación con los dirigentes de la República, expuso primero la idea a Álvarez

del Vayo y luego a Negrín⁵⁸⁹. El mismo Louis Fischer desempeñó una función clave en las decisiones del gobierno negrinista no sólo en este asunto, pues ejercía también una gran influencia sobre Del Vayo y Negrín. Trataba a los dos con mucha familiaridad y no era raro que se alojase en la residencia oficial de Negrín. Asesoraba a ambos y se aprovechaba de su posición especial para inmiscuirse en los asuntos internos de la República.

En este sentido, Fischer protegía fundamentalmente a los comunistas e intrigaba contra los anarquistas. Tanto Del Vayo como Negrín le trataban con amabilidad, en vez de expulsarle de sus despachos, como había hecho Largo Caballero con el embajador soviético Rosenberg. Eso era la España de Negrín: una República de opereta que hacía la corte a un periodista de conducta sospechosa al servicio de un Estado extranjero, permitiéndole actuar como a un Rasputín con pasaporte norteamericano.

Al margen de sus turbios manejos, hay que reconocer que Fischer se mantuvo leal a la República española e hizo a su manera todo lo imaginable para ayudarla, sobre todo por medio de sus conexiones internacionales. Su admiración hacia el pueblo español es incuestionable, lo que explica que compartiera sus sufrimientos. “La lucha del pueblo

589 Cosa que Del Vayo silencia por supuesto en sus Memorias. Se limita a decir que los 13 puntos fueron redactados en común por él y por Negrín y presentados luego al Gabinete. Véase *Freedoms Battle*, op. cit., pág. 230 y ss.

español”, escribiría, “mostró que siglos de pobreza no habían destruido su orgullo, su honor y su dignidad”⁵⁹⁰.

La reacción de la dirección de la CNT ante los 13 puntos no fue unánime. Al ser requerida por Negrín para que se solidarizara con el documento, acabó declarándose dispuesta a hacerlo, aunque la militancia de base era especialmente contraria a ello. Se impuso una vez más el principio de la unidad a cualquier precio, y nuevamente se sacrificaron importantes principios de la Confederación. En todo caso, la eficacia del documento negrinista fue nula, como admite el propio Zugazagoitia: “La cosecha de siembra tan copiosa fue muy parca. No respondió, desde luego, a las esperanzas del autor, que hubo de contentarse con las glosas de los diarios, que le devolvían deformado su pensamiento [...]. En el extranjero no nos dieron provecho”⁵⁹¹. La siguiente iniciativa de Negrín en política exterior cosechó el mismo fracaso. El 21 de septiembre de 1938 proclamó ante la Sociedad de Naciones la retirada de las Brigadas Internacionales de la España republicana, creyendo ingenuamente que Franco haría lo mismo con sus aliados alemanes e italianos. El 28 de octubre de 1938 se despidió a las Brigadas Internacionales con un gran desfile en Barcelona, mientras que la Legión Cóndor y el Corpo di Truppe Volontarie siguieron participando en la guerra.

590 Louis Fischer, *op. cit.*, p. 594.

591 Zugazagoitia, *op. cit.*, vol. 2, p. 134.

XIII. LA DOMESTICACIÓN DE LOS ANARQUISTAS

El dictador y la dirección de la CNT

Juan Negrín era un canalla, pero sería demasiado sencillo atribuirle a él solo la culpa de la derrota de la República y la revolución. Ninguna fuerza política puede presumir de no haber compartido esa responsabilidad, tampoco los anarquistas.

La política de manipulación, cinismo y engaño practicada por Negrín no fue tampoco ajena a la CNT–FAI. Los mismos libertarios que durante décadas habían demostrado su firmeza de carácter, su valentía y su indomable espíritu de lucha, se dejaron ahora atar cada vez más al carro de Negrín, renunciando paulatinamente a sus principios. Su antigua intransigencia revolucionaria fue sustituida por la acomodación pragmática a cualquier precio. Abad de

Santillán escribe en una de sus cartas al autor: “Bueno, no es para contarte aquellos días de angustia y de rabia, con nuestra plana mayor cenetista lustrando los zapatos a Negrín”⁵⁹². Excepcionalmente hay que dar la razón a Juan Simeón Vidarte, uno de los peones de Negrín: “[Negrín] consiguió que los más calificados líderes del movimiento cenetista aceptasen sus puntos de vista y colaborasen con él dentro del Gobierno”⁵⁹³. Los tales hicieron causa común con Negrín no sólo dentro del Gobierno, sino también fuera de él.

El rumbo de acomodación a la política de Negrín y el intento de ganarse su aprecio comenzaron poco después de la caída de Largo Caballero. El 23 de mayo de 1937, la CNT y la FAI decidieron en una sesión plenaria distanciarse del Gobierno de Negrín, pero pocos días más tarde –el 3 de junio– se pronunciaron en una nueva reunión a favor de la política defendida por él. El 8 de junio de 1937, Mariano R. Vázquez comunicó a Negrín en nombre del Comité Nacional que la CNT estaba dispuesta a reincorporarse al Gobierno central. Santillán resume la situación en los siguientes términos: “Esos dirigentes, en pugna con el espíritu, los intereses y las aspiraciones de la masa obrera y combatiente, después de haber hecho pública adhesión a la política de Largo Caballero, fueron a comunicar a Prieto que estaban con él y cuando, a pesar de ese apoyo, cayó

592 Abad de Santillán, carta al autor, 28 de noviembre de 1972.

593 Juan-Simeon Vidarte, op. cit., pág. 721.

también Prieto del Gobierno, se ligaron con Negrín hasta más allá de la derrota”⁵⁹⁴. El cambio de actitud se perfiló ya en una visita oficial realizada a finales de mayo de 1937 por Mariano R. Vázquez al nuevo jefe de Gobierno en nombre de la CNT. Rafael Vidiella (del PSUC) declaró, satisfecho, en un discurso pronunciado en Barcelona: “Nosotros celebramos que los compañeros de la CNT hayan ido a hacer visita oficial al Gobierno del Frente Popular, a ese Gobierno que habían calificado antes de contrarrevolucionario por el solo motivo de que nosotros habíamos dicho que le considerábamos el Gobierno de la victoria”⁵⁹⁵. El veredicto de Peirats es tan lacónico como terminante: “Todos los documentos de este período están marcados por el hambre de gobierno de la CNT”⁵⁹⁶.

Poco después de la toma de posesión del Gabinete Negrín–Prieto tuvo lugar una entrevista entre Santillán, García Oliver y Mariano R. Vázquez. Santillán, que había sacado desde hacía tiempo la correspondiente lección de la actitud de la CNT–FAI durante los sucesos de mayo, propuso a sus compañeros de lucha reconquistar el terreno político perdido por medio de un endurecimiento de las relaciones con Negrín y los comunistas. Sus interlocutores rechazaron la propuesta, García Oliver porque abrigaba la esperanza de poder emprender algo por cuenta propia contra el

594 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 173.

595 *Las Noticias*, Barcelona, 2 de junio de 1937.

596 Peirats, *Los anarquistas en la guerra civil española*, op. cit., pág. 290.

descarrilamiento de la situación, Marianet porque era un oportunista amedrentado. Los argumentos de ambos conducían a la misma conclusión: no se debía poner en juego la unidad de la España antifascista. Según Abad de Santillán, la situación ulterior fue sencillamente insoportable: “Se podía contar siempre con las masas de la FAI y de la CNT, pero no ya con sus Comités llamados responsables”⁵⁹⁷.

La dirección de las Juventudes Libertarias tenía ciertamente grandes reparos frente a Negrín por sus concesiones a los comunistas, pero ello no le impedía pensar que la política negrinista de resistencia a toda costa era la mejor alternativa: “En este sentido nos merece Negrín, como jefe del Gobierno, más garantías que ningún otro”⁵⁹⁸.

El dominio de los Comités

La solidaridad con Negrín estuvo acompañada por un

597 Abad de Santillán. Por qué perdimos la guerra, op. cit., pág. 170.

598 Federación Ibérica de Juventudes Libertarias. Comité Peninsular, Secretaría Politico-Social, circular n° 5 (confidencial) al Comité Nacional de la CNT, Barcelona, 25 de junio de 1938, en IISG, Ámsterdam, Archivo de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, 92 B 1.

dominio creciente de los Comités y sus decisiones, tomadas en solitario. Con ello perdía terreno la tradición de la democracia de base de los congresos, las asambleas abiertas y los debates libres. Sucedió lo que Camillo Berneri había previsto ya al comienzo de la Guerra Civil en relación con la entrada de la CNT en el Gobierno, cuando constató que “el control que podrá ejercer la militancia de base sobre el trabajo de la Organización en las comisiones del Gobierno será cada vez menos previsor, activo e inmediato”⁵⁹⁹. La guerra fomentó la jerarquización y burocratización del movimiento libertario y abocó a su marginación como instancia decisoria, lo que afectó a su vez negativamente sobre su espíritu revolucionario. Esto reza sobre todo para las zonas territoriales no amenazadas de forma inmediata por las tropas nacionalistas, como Levante y Cataluña. García Pradas describe así la situación: “En Valencia y Barcelona no hubo más que esa cosa tan ruin que llamamos política, y a ella sacrificaron la CNT y la UGT, de error en error, de claudicación en claudicación, las conquistas sociales que habían hecho [...]. Muchos sindicatos, a quienes la burocracia les quitó el aliento ético, se olvidaron de la revolución, diéronse a negociar con trusts capitalistas, a intrigar como partidos, y se debilitaron en poco tiempo.

Ya no hubo para ellos revolución, guerra, libertad o independencia, sino palabrería de Comités, contabilidad,

599 Camillo Berneri, *op. cit.*, pág. 73.

negocios, rumores políticos y pactos entre cortinas”⁶⁰⁰. Ya no se tomaban decisiones de abajo arriba, sino al revés, como señala con razón Patrick v. zur Mühlen: “También en la CNT comenzó a producirse una pérdida de su radical sustancia democrática; los militantes que desempeñaban funciones políticas y que por ello disponían de mejores contactos e información, tomaban cada vez con mayor frecuencia decisiones que las bases no podían luego dejar de aprobar, lo que condujo inevitablemente a la burocratización y a la formación de élites”⁶⁰¹. Este proceso de deformación se vio reforzado por la creación del Comité Ejecutivo del movimiento libertario el 2 de abril de 1938, a propuesta de García Oliver. “La unión de las organizaciones anarquistas FAI, CNT y JJ LL significó el punto culminante de una tendencia de politización y centralización y el abandono definitivo de las federaciones autónomas de democracia de base, pues el Comité Ejecutivo recién fundado podía acordar la anexión de federaciones individuales en su totalidad”, escriben dos historiadores alemanes⁶⁰². Para el cargo de secretario de este Comité Ejecutivo se nombró al antiguo secretario nacional de las Juventudes Libertarias, Fidel Miró, que se había incorporado también con armas y bagajes a la línea reformista. En la segunda mitad de abril

600 J. García Pradas, *Rusia y España*, París 1948, pág. 105.

601 Patrick v. zur Mühlen, *op. cit.*, pág. 83.

602 Michael Schumann y Heinz Auweder, *A las Barricadas. Triumph und Scheitern des Anarchismus im Spanischen Bürgerkrieg*, Grafenau y Doffingen, 1987, pág. 81.

de 1938, un pleno del Comité Regional decidió la creación de un Subcomité Nacional. La secretaría de este nuevo aparato burocrático fue asumida por Manuel López, y como sede se eligió Valencia. El 12 de mayo se constituyó el Departamento Político del Comité Nacional de la CNT, la FAI y el Movimiento Libertario. Mariano R. Vázquez pasó a ser el secretario de este "Politburó" anarquista, y Horacio Martínez Prieto su vicesecretario. Aquí también se trataba de dos notorios reformistas y simpatizantes de Negrín. La FAI estaba representada por Germinal de Souza y Manuel Escorza, las Juventudes Libertarias por José Cabañas y Serafín Aliaga.

¿Cómo fue posible este proceso de deformación? El historiador Vernon Richards indica el motivo esencial: "Como los miembros comprometidos estaban dedicados a las tareas de la revolución social o combatían en las milicias de trabajadores, no se hallaban en condiciones de desempeñar un papel activo en cuestiones organizativas y tendían a dejar las decisiones políticas en manos de quienes habían asumido la función del órgano ejecutivo"⁶⁰³. Como es natural, las bases se sintieron inquietas y exasperadas ante aquel proceso. Hubo también intentos de organizar un levantamiento contra la dirección de la CNT-FAI, al menos en Barcelona, centro del rumbo reformista-burocrático. Así, miembros del Comité de Milicias de Barcelona

603 V. Richards, *Lessons of the Spanish Revolution*, Londres, 1953, pág. 143 [hay trad. cast.: *Enseñanzas de la Revolución española*, Madrid, 1977].

propusieron a Marcos Alcón asumir el mando del Comité Regional de Cataluña, como explicaría retrospectivamente el propio Marcos Alcón: “Anoche nos reunimos los Comités de Milicias. Analizamos la situación y estimamos, todos, que la Revolución está siendo estrangulada por los Comités responsables. Por consiguiente, se acordó ir a la Casa de la CNT–FAI, echar a los integrantes de los Comités, y venimos a proponerte que tú seas el nuevo secretario del Comité Regional del Trabajo de Cataluña”⁶⁰⁴. Con gran esfuerzo, y gracias a su prestigio moral, Marcos Alcón consiguió convencer a los amotinados de que la solución propuesta por ellos sólo serviría para agravar la situación: “Y les respondí: coincido en absoluto con lo que expresáis: vamos a la deriva. Pero no es este el procedimiento a emplear. EL REMEDIO PODRÍA SER, Y SERÍA, seguramente, peor que la enfermedad”.

Los anarcosindicalistas españoles, que antes de la Guerra Civil se las habían arreglado con un mínimo de organismos administrativos y organizativos, fueron víctimas ahora de una gigantesca "comitocracia". No es necesario subrayar que, además de los Comités recién fundados, se siguieron manteniendo el Comité Nacional de la CNT y la Secretaría peninsular de la FAI, al igual que las Juventudes Libertarias. La coordinación de las relaciones entre la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias pasó a manos de un Comité de

604 Marcos Alcón, “Recordando el 19 de julio de 1936”, Espoir, Toulouse, 20 de julio de 1975.

Enlace de nueva creación. Además de estos órganos, existía el ya mencionado Subcomité Nacional de la CNT, con sede en Valencia, que por supuesto contaba también con sus propias secciones. La CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias mantenían en común una Oficina de Propaganda. El Comité Nacional de la CNT estaba estructurado como un pequeño gobierno; poseía departamentos especializados como Defensa, Relaciones Exteriores, Economía, Derecho, Asuntos Sociales, etcétera. Y al igual que un gobierno en miniatura, la CNT-FAI organizó sus relaciones con el extranjero. Al frente de esas relaciones se hallaba una denominada Oficina de Propaganda para el Exterior dirigida por Pedro Herrera y Martín Gudell. Como “embajadores” o “enviados” de la CNT-FAI en el extranjero actuaban los miembros de las representaciones permanentes establecidas por la CNT-FAI en diversos países y ciudades: París, Londres, Buenos Aires, Chile, Paraguay y Estados Unidos. Había además representantes informales en otras ciudades, como Bruselas o Marsella. Maximiliano Olay, delegado de la CNT-FAI en EE UU, abrió en la Quinta Avenida de Nueva York un “Spanish Labour Press Bureau”.

A ello se sumaban los contactos epistolares, personales y organizativos con la SAC sueca, la AIT, la CGT francesa, el Labour Party y el Independent Labour Party, la FORA argentina, los Industrial Workers of the World y otros sindicatos y organizaciones extranjeras, como Solidaridad Internacional Antifascista. En la propia España, la CNT tenía

que mantener contacto constante con los distintos Ministerios y sus correspondientes departamentos, con la UGT, el PSOE, el Comité Nacional del Frente Popular y, por supuesto, con sus propios sindicatos y colectividades. Este laberinto de comités e instituciones similares conllevaba inevitablemente gastos cuantiosos; así se explica que Mariano R. Vázquez se viera obligado a mediados de diciembre de 1938 a solicitar a una colectividad de Barcelona un crédito de medio millón de pesetas porque la caja del Comité Nacional estaba vacía⁶⁰⁵. A pesar de todo esto, en enero de 1939 se pensó en la posibilidad de crear un nuevo engendro burocrático, un Comité de Enlace de las Comarcas del Movimiento Libertario, lo que indujo al secretario del Comité Regional catalán a elevar una protesta inmediata y decir que, si bien ellos habían defendido desde siempre la unidad del movimiento libertario, seguían oponiéndose a la creación de nuevos comités, ya que semejante medida no haría más que dificultar el funcionamiento de la Organización⁶⁰⁶.

También la Federación de las Juventudes Libertarias contaba con sus propios aparatos burocráticos tanto a nivel nacional como regional. No puede sorprender que en el

605 Mariano R. Vázquez, carta al Consejo de Tenerías Socializadas, 14 de diciembre de 1938, en IISG, Ámsterdam, Archivo del Comité Nacional CNT, Documentos de la Secretaría del CN, 72 A 1.

606 J. Juan Doménech, circular a los distritos catalanes de la CNT, Barcelona, 9 de enero de 1939.

seno de la Organización reinase no la unidad, sino la desunión, debido sobre todo a las continuas divergencias de opinión entre el Secretariado Peninsular y el Comité Regional de Cataluña. Así, mientras el primero estaba dispuesto, bajo la dirección de Fidel Miró, a colaborar con las JSU y con la organización federal dominada por ellas –la Alianza Juvenil Antifascista (AJA)–, los jóvenes libertarios catalanes (Ramón Liarte, José Peirats) representaban la línea clásica anticomunista. Las diferencias entre ambos grupos conducían a enfrentamientos constantes. La Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) tenía no menos que nueve secretariados. Fidel Miró advirtió ya a finales de octubre de 1937 contra el surgimiento de un inextricable laberinto burocrático: “Sería fatal y doloroso que quienes nos hemos pasado la existencia combatiendo el peligro de la burocracia, cayéramos en el error de crear la más inepta de las burocracias”⁶⁰⁷. Las Juventudes Libertarias intentaron también darse a conocer en el plano internacional, aunque con poco éxito. Así, Serafín Aliaga, que a mediados de agosto de 1938 participó como delegado de la organización juvenil de la CNT–FAI en un congreso para la paz mundial celebrado en Nueva York, se vio obligado a admitir que no se les conocía y que la imagen que se tenía de ellos se componía de puras calumnias⁶⁰⁸.

607 Fidel Miró, Informe del Comité Nacional de la FIJL, Valencia, 29 de octubre de 1937, en IISG, Ámsterdam, Archivo CNT, 95 D 2.

608 Archivo Comité Nacional CNT, en IISG, Ámsterdam, 74 D 2.

El eje de la burocratización era la Casa de la CNT–FAI en Barcelona, a la vez centro de operaciones del secretario nacional de la CNT, Mariano R. Vázquez, un hombre que a pesar de su escasa [personalidad, de su notoria falta de preparación y de su dudosa integridad moral había logrado convertirse en una especie de demiurgo de la Organización. ¿Cómo fue posible aquel meteórico ascenso? Lo único favorable que se puede decir de él es que siendo muchacho tuvo la suficiente fuerza de voluntad como para apartarse de los círculos de la pequeña delincuencia de donde procedía y seguir el ejemplo de los anarquistas que conoció en la cárcel. Su conversión al anarquismo le ganó muchas simpatías, en especial la de Federica Montseny⁶⁰⁹. Pero su ascenso a la dirección de la CNT fue un producto de la casualidad. El giro inesperado se produjo el 23 de julio de 1936 con motivo de la elección del nuevo secretario regional de la CNT de Cataluña. Mariano R. Vázquez logró pocos votos. El mayor número de votos los obtuvieron Marcos Alcón y Francisco Iglesias, pero como ambos rechazaron por diversas razones la Secretaría, el pleno tuvo que aceptar el nombramiento automático de Marianet, como correspondía a los Estatutos de la CNT. Su elección para el puesto de secretario del Comité Nacional, unas

609 Durante nuestros encuentros en Madrid, Toulouse y Barcelona hablé más de una vez con Federica sobre Marianet. En todas las ocasiones constaté su ilimitado afecto hacia su protegido. Cuando Marianet se ahogó en el Marne poco después de la Guerra Civil, Federica lloró varios días seguidos, según testimonia ella misma: *Cent dies de la vida d'una dona*, Barcelona, 1977, pág. 48.

semanas más tarde, se produjo de manera casi inevitable debido al peso específico que adquiriría por su sola condición de secretario de la poderosa CNT de Cataluña. A pesar de la responsabilidad que por su cargo pesaba sobre él, al principio causó pocos problemas graves. Las cosas empezaron a marchar mal cuando tras el nombramiento de Negrín como jefe del Gobierno, se convirtió en incondicional admirador y secuaz suyo. Su comportamiento estuvo determinado por motivos tanto políticos como psicológicos y biográficos. Uno de ellos era el esnobismo del pequeño ex-delincuente que se sentía halagado al ser invitado a comer por el presidente del Consejo de Ministros en persona. Las invitaciones de Negrín a aquel advenedizo anarcosindicalista no le impidieron sin embargo tacharle a sus espaldas de zafio y burlarse de su falta de modales. Pero hasta los propios compañeros de Vázquez le calificaban también de tosco. Marcos Alcón, por ejemplo, decía de él que era un bruto y un ignorante que aparte de los periódicos no había leído nada. El discurso que en 1935 había pronunciado en la cárcel había resultado penoso. Su ignorancia de las ideas fundamentales del anarquismo era total, y si García Oliver y otros le habían colocado al frente de la Secretaría del Comité Nacional fue con el designio de poder manipularlo a su antojo⁶¹⁰. Entre los promotores de Marianet se encontraba en primer lugar Federica Montseny, aunque Marcos Alcón por consideración a ella

610 Marcos Alcón, carta a Abel Paz, 8 de febrero de 1974, op. cit. 20

calle su nombre⁶¹¹. García Oliver contemporizaba con Marianet –entre otras cosas por disciplina–, pero sin dejarse engañar nunca por él, como se desprende claramente de sus *Memorias*. Marianet, no obstante, demostró ser menos manipulable de lo que habían sospechado sus protectores. En los meses en que García Oliver fue ministro de Justicia del Gobierno central, Marianet no vaciló en darle órdenes constantemente. En una de sus cartas le exigía, por ejemplo, que no dejase de asistir a ninguna de las sesiones del Gabinete, ni siquiera por enfermedad⁶¹².

El 3 de abril de 1938, un miembro de la CNT se incorporó al Gabinete de Negrín como ministro de Instrucción Pública. Se trataba en realidad de un acto de limosna. La elección del ministro no fue decidida por la propia CNT, sino por Negrín personalmente, lo que constituía una afrenta más. De los tres candidatos propuestos por la CNT –entre ellos García Oliver–, Negrín se decidió por el maestro de escuela asturiano Segundo Blanco, poco conocido fuera de su tierra natal. La dignidad de la dirección de la CNT andaba en todo caso por los suelos. A pesar de las humillaciones que se había permitido Negrín con la Confederación, sus líderes

611 En el momento de escribir su carta a Abel Paz, Marcos Alcón pertenecía al círculo íntimo de F. Montseny y no se habló durante años con su antiguo compañero de lucha García Oliver, a quien acusaba de egoísmo y ambiciones políticas, según explicó al autor en México a comienzos de 1974.

612 Carta de Mariano R. Vázquez a García Oliver, en IISG, Ámsterdam, Archivo Comité Nacional CNT, 75 B A 2.

prosiguieron su estrategia colaboracionista, y ello sin preocuparse en absoluto de los sentimientos de la militancia de base. Una circular del Comité Nacional publicada el 10 de mayo de 1938 demuestra el grado de arrogancia a que habían llegado: “Y tapamos la boca a los derrotistas, a los pesimistas, a quienes no quieren razones y aprovechan motivos y detalles para hablar de pérdidas revolucionarias, de hundimiento, de traiciones y liquidaciones”⁶¹³. Los destinatarios de estas manifestaciones de prepotencia eran los militantes que no estaban dispuestos a compartir el servilismo de la dirección de la CNT y expresaban abiertamente su descontento.

Había, en efecto, un ala contraria a Negrín que rechazaba la colaboración con él y no dudaba tampoco en atacar al jefe del Gobierno con la mayor dureza. Así ocurrió, por ejemplo, a finales de agosto de 1938, cuando el Comité Peninsular de la FAI hizo llegar a Negrín una exposición sumamente crítica sobre la situación en el frente⁶¹⁴. El informe, de 24 páginas, se puso también a disposición de distintas personalidades, entre ellas Largo Caballero, Indalecio Prieto, Luis Araquistáin y oficiales de alto rango como el general Vicente Rojo y los coroneles Díaz Sandino, Jiménez de la Beraza y

613 José Peirats, *Los anarquistas en la guerra civil española*, op. cit., pág. 308.

614 “Observaciones críticas a la dirección de la guerra y algunas indicaciones para contenerla con mas éxito”, Barcelona, 20 de agosto de 1938.

Emilio Torres. Mientras Negrín se encerraba en el mutismo, todos los demás respondieron mostrando en general su acuerdo. “Cuando los escritos de esa Sindical se hicieron ásperos”, informa Zugazagoitia, “los arrojaba al cesto de los papeles, sin tomarse la molestia de leerlos”⁶¹⁵. Esto no impedía a Negrín apreciar en privado a los anarquistas, según confesó en cierta ocasión a Zugazagoitia: “Las fuerzas verdaderas estimables son aquí comunistas y anarquistas, como al otro lado falangistas y carlistas”⁶¹⁶.

Con motivo de un pleno del movimiento libertario celebrado en Barcelona en septiembre de 1938, la delegación de la FAI sometió a debate un informe demoledor sobre Negrín. El título del texto, escrito por Santillán, indicaba ya con claridad la naturaleza de su contenido: “Informe sobre la necesidad de reafirmar nuestra personalidad y negar nuestro concurso a una obra de gobierno necesariamente fatal para la guerra y la revolución”. El documento era un ajuste de cuentas inmisericorde con la personalidad y el comportamiento de Negrín: “Los aduladores hablan en algunas ocasiones del dinamismo del Dr. Negrín. Negrín es, al contrario, un holgazán. Su dinamismo se agota en ajetreos inútiles, en festines pantagruélicos y harenes sostenidos por las finanzas de la pobre República para solaz del novedoso salvador de España. Este hombre no ha trabajado nunca, y

615 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 121.

616 Ibid., pág. 121.

ahí está su vida estéril para demostrarlo, ni tiene condiciones para concentrarse un par de horas seguidas sobre un asunto cualquiera. Por lo demás, este ministro universal y dinámico necesita la ayuda de los inyectables para su vida misma de despilfarro y de desenfreno”⁶¹⁷. Y en otro pasaje: “Tiene el arte maquiavélico de corromper a la gente, y es esa corrupción que le rodea lo que permite el secreto de la política que practica”⁶¹⁸.

Sin embargo, no ocurrió nada. La dirección de la CNT prosiguió su política colaboracionista y contemporalizadora. Sobre el pleno de septiembre celebrado en Barcelona escribió Santillán: El Pleno de Regionales del movimiento libertario nos ha causado profunda tristeza, no porque se hayan pasado por alto nuestras observaciones y nuestros deseos, sino porque puso en evidencia, una vez más, la distancia moral que había entre el gran movimiento popular agrupado bajo nuestra bandera y quienes pretendían representarlo”⁶¹⁹.

Del 16 al 30 de octubre de 1938, cuando ya se perfilaba la derrota bélica del bando republicano, se reunieron en Barcelona los Comités Regionales de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias. Durante el pleno, las respectivas posiciones de la CNT y la FAI chocaron abiertamente. El

617 Reimpreso en Por qué perdimos la guerra, op. cit., pág. 258.

618 Ibid., pág. 259.

619 Ibid., pág. 284.

principal culpable de la falta de un consenso común fue Mariano R. Vázquez, ya por el solo y vergonzoso hecho de que defendió tenazmente la política de Negrín, habló de su supuesto anticomunismo, se entusiasmó con sus supuestos éxitos militares, comparó la crítica de la FAI contra el jefe de Gobierno con el derrotismo de Prieto y Azaña y acabó afirmando que Negrín era insustituible. En tono desafiante, exclamó: “¿Para qué nos sirve la dignidad si somos derrotados?”⁶²⁰. Fue el discurso más ignominioso pronunciado nunca por un dirigente de la CNT.

Varios asistentes, en especial los delegados de la FAI Germinal de Souza y Pedro Herrera, expresaron su decidida disconformidad. Como dijo el segundo aludiendo a Marianet, “si alguien desprecia nuestras doctrinas, porque nos impiden ser pródigos, que se vaya de nuestro lado”⁶²¹. La escisión abierta era ya realidad, según admitió el propio Marianet: “[Marianet] afirma que existen dos interpretaciones: la de la FAI, que no quiere que estemos en el Gobierno, y la nuestra, que no queremos estar en la oposición”⁶²².

En el enfrentamiento entre las cúpulas de la CNT y la FAI, la segunda se mostró más débil, según admite Santillán: “Pero la FAI sola, sin llevar a la calle su disidencia

620 Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 3, pág. 244.

621 Ibid., pág. 245.

622 Ibid., pág. 243.

fundamental, no podía ya encauzar la rebelión contra el Gobierno, que habría sido facilísima en acuerdo con la CNT”⁶²³.

El intento de poner fin a las diferencias de opinión en el seno de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias mediante la creación de un Comité de Enlace decidida por el pleno no pasó de ser una nueva opción burocrática que acabó revelando su total ineficacia.

Todo aquello resultaba ya de por sí harto deprimente, pero lo peor fue que el secretario nacional de la CNT, que se había comportado tan estúpidamente, no fue expulsado inmediatamente de su cargo tras su desvergonzado alegato en defensa de Negrín. Hay que reconocer de todos modos que Marianet no era el único representante de la dirección libertaria que había caído en las trampas tendidas por Negrín. Federica Montseny no se había rendido ciertamente al dictador, pero tendía a relativizar o excusar su vil conducta y a considerarle como un mal menor. Así, en sus *Memorias* afirmaría que Negrín “fue llevando [la política] lo mejor que pudo”, lo cual constituye una leyenda insostenible⁶²⁴. Es igualmente ingenuo y cuestionable que afirme con toda seriedad que Negrín se había apoyado no sólo en los comunistas, sino también en los anarquistas.

623 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 129.

624 Federica Montseny, *Mis primeros cuarenta años*, op. cit., pág. 129.

Las diferencias entre los partidarios y los adversarios de Negrín condujeron a una escisión en el movimiento libertario, pero sin que las controversias internas se hicieran en general públicas y se ocultasen recurriendo a falsos compromisos. En carta al autor, Santillán escribe que durante la guerra se vio obligado a enfrentarse al Comité Nacional y al burocratismo que se había incrustado en el movimiento libertario, pero que esta terrible lucha no se había librado públicamente, sino entre bastidores. En cuanto comprobó que se le tenía miedo, optó por retirarse voluntariamente a su mundo propio y dejar a sus adversarios en el suyo⁶²⁵. Paradójicamente, la discordia reinante en el movimiento libertario no fue obstáculo para que aumentase el número de afiliados de la CNT, que en julio de 1938 contaba con 2,5 millones de afiliados cotizantes, alrededor de un millón más que un año antes. En este sentido, Peirats tiene razón cuando afirma: “El movimiento libertario conservaba todavía en 1938 gran parte de su potencialidad e influencia para poder determinar los acontecimientos del país”⁶²⁶. Pero la participación de los dirigentes en el Gobierno, la burocratización de los Comités y su alejamiento de la base hicieron que esa fuerza resultara ineficaz.

Las luchas intestinas en las filas de la CNT-FAI no

625 Abad de Santillán, carta al autor, Buenos Aires, 28 de diciembre de 1972.

626 José Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 3, p. 255.

procedían únicamente de las querellas en torno a Negrín, sino que constituían uno de los fenómenos permanentes de la relación entre ambas organizaciones. Las simpatías y antipatías personales jugaban también un papel nada irrelevante, sobre todo entre los estratos dirigentes. Santillán, por ejemplo, intentó disuadir a Durruti una y otra vez de la idea de querer apoderarse frontalmente de Zaragoza, lo que provocó más de un duro enfrentamiento entre ambos. García Oliver, por su parte, consideró un error de consecuencias graves la intervención de Durruti y su columna en Madrid y pensaba que todo había sido una jugada de Federica Montseny, Mariano R. Vázquez y Abad de Santillán para hacer publicidad a favor de la CNT–FAI a costa del popular héroe anarquista. El propio Durruti no quería abandonar Aragón, como si hubiese barruntado de algún modo lo que le aguardaba en Madrid. A pesar de los profundos vínculos existentes entre García Oliver y Durruti, su relación no estuvo tampoco exenta de tensiones, que saltaron a la superficie con motivo de su último encuentro en Madrid, poco antes de la muerte de Durruti. García Oliver reprochó a su amigo y compañero servirse de la demagogia, criticó su debilidad por las entrevistas y los fotógrafos y le dijo que era fácilmente influenciable y también egocéntrico. Antonio Ortiz, un excelente jefe de milicias, se opuso también al culto que surgió pronto en torno a Durruti. Entre García Oliver y Santillán hubo desavenencias profundas a más tardar después del pleno del 23 de julio de 1936 y de la labor común en el Comité de

Milicias Antifascistas. Santillán era más “blando” por naturaleza y más conciliador que García Oliver y no compartía su temeridad revolucionaria. García Oliver, por su parte, consideraba a Santillán como un intrigante, un burócrata y un pseudointelectual⁶²⁷. Entre Federica Montseny y García Oliver existía una profunda antipatía. El líder anarquista sentía el más puro desprecio por ella y por su padre Federico Urales, a quienes consideraba como burgueses radicalizados sin auténticos vínculos con la clase trabajadora. García Oliver calificó a Federica Montseny de fémica ansiosa de poder y venganza, deseosa de imponer su voluntad en todas partes y a toda costa. Pero los comentarios de Federica Montseny sobre García Oliver no tienen tampoco nada de halagüeños y rayan en el mal gusto cuando cuenta que en Valencia había intentado en vano acostarse con ella. García Oliver no podía soportar tampoco a Horacio M. Prieto. A Marianet no le tomó nunca en serio. Además de hablar de sus “trucos de gitano”, le tenía por una criatura de Federica Montseny y de Horacio M. Prieto. Por lo que se refiere a Santillán, Marianet y Federica Montseny,

627 Santillán y García Oliver se vieron por última vez en 1971 en Guadalajara (México). También se hallaba presente Ramón Sender. El juicio de Santillán fue crítico, pero no malévol: “Exteriormente se mantiene joven, pero interiormente un poco exaltado en su egotismo de siempre [...]. Como somos viejos amigos y conozco lo que hay en él de negativo y de positivo, a mí no me causa ninguna extrañeza, pero al pobre Sender lo dejó con pocos deseos de volver a verle”. Abad de Santillán, carta a Carlos Rojas, Buenos Aires, 1 de octubre de 1971. El autor se halla en posesión de una copia de la carta.

llegó muy pronto a la conclusión de que se trataba de una “troika” dedicada a hacer política a espaldas de los auténticos combatientes. Por su parte, los adversarios de García Oliver lo consideraban como un anarcobolchevique con tendencias autocráticas⁶²⁸.

Avidez política

El proceso de politización de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias se hallaba muy avanzado, y con él su burocratización, centralización y jerarquización, como hemos mencionado anteriormente. El número de Comités, Subcomités y Comités de Enlace, con sus correspondientes Comisiones especiales, se multiplicó hasta el infinito, mientras que al mismo tiempo la actividad revolucionaria quedaba reducida a cero. O como escribe García Oliver: “Cuanto más altos eran los Comités, más bajo era el contenido de los militantes que los componían y en menos estima se tenían aquellos cargos”⁶²⁹. Cipriano Mera no duda en afirmar: “Algunos Comités fracasados merecerían ser

628 Los rencores y fobias entre los dirigentes anarquistas continuaron tras la guerra e incluso se agudizaron, desembocando a menudo en enemistades irreconciliables.

629 García Oliver, *El eco de los pasos*, op. cit., pág. 479.

fusilados, como se hace en toda revolución”⁶³⁰.

En medio de este deplorable estado de cosas, Horacio Martínez Prieto, antiguo secretario nacional de la CNT –un vasco engreído que había preparado la entrada de los anarquistas en el Gabinete de Largo Caballero y ocupado el cargo de director general de Comercio en el Ministerio de Juan López– se permitió una iniciativa tan improcedente como histriónica. En septiembre de 1938 publicó en la revista *Timón* –editada por Abad de Santillán– (una serie de artículos en los que se pronunciaba a favor de la fundación de un Partido Socialista Libertario bajo la égida de la FAI, mientras que la CNT debería limitarse a una función puramente sindical. Santillán se distanció de las manifestaciones de su camarada de la FAI, lo cual no desanimó a éste en absoluto. Así, en el pleno de Regionales celebrado en la segunda mitad de octubre de 1938, hizo propaganda entre los delegados a favor de su mensaje “Prieto afirmó que la FAI debía ser el órgano político del movimiento, y que la CNT debía limitar sus funciones a las labores económicas”⁶³¹. Además, sometió el comunismo libertario de Kropotkin a una crítica implacable y “afirmó que la acción verdaderamente decisiva sólo se puede ejercer desde los órganos del poder”⁶³². Lo que postulaba el

630 José Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 3, pág. 289.

631 Ibid., vol. 3, pág. 243.

632 Ibid., pág. 242.

autoelegido nuevo profeta de la FAI era la conquista del Estado por las masas anarcosindicalistas, es decir, exactamente todo lo contrario de lo que desde Proudhon y Bakunin se había proclamado como tesis fundamental del anarquismo: la destrucción del Estado.

Martínez Prieto no era el único que volvía la espalda a la trayectoria clásica de la CNT–FAI. Otros anarcosindicalistas conocidos abogaban también cada vez más por una participación de la CNT–FAI en el poder institucional, entre ellos García Oliver, Juan López y Juan Doménech, por mencionar sólo algunos nombres. García Oliver, antiguo defensor de la línea ultraizquierdista, se empleó a fondo ya en su época de ministro de Justicia a favor de una legalización de los logros revolucionarios, ya que pensaba que a la larga la revolución sólo podía pervivir si se convertía en leyes concretas. Pero incluso tras la disolución del Gabinete de Largo Caballero siguió propugnando sin desmayo una institucionalización de la revolución, lo cual significaba en concreto la legalización de la colectivización y la estatalización de todas las ramas importantes de la economía. Esto sólo sería posible a través de un proceso permanente de reformas de los órganos legislativos, según dijo en una conversación con Marianet: “Ser revolucionario auténtico es ser, inevitablemente, un reformista. La revolución no es nunca una innovación, sino una permanente reforma”⁶³³. No obstante y a diferencia de

633 García Oliver, *El eco de los pasos*, op. cit., pág. 481.

Horacio Martínez Prieto, García Oliver evitó de momento proponer la creación de un partido político, cosa que haría algunos años después en el exilio⁶³⁴.

634 En los primeros años tras la II Guerra Mundial, García Oliver intentó crear junto con un pequeño círculo de simpatizantes de Suecia el Partido Obrero del Trabajo (POT). El proyecto no tardó en fracasar. Según García Oliver (*El eco de los pasos*, pág. 536), Germinal Esgleas, compañero de F. Montseny, pidió al sindicato sueco SAC que pusiera fin a la ayuda material y moral recibida por Oliver de Helmut Rüdiger y otros compañeros después de la Guerra Civil.

XIV. DESMORALIZACIÓN

Las guerras se pierden en la retaguardia.

General Vicente Rojo, *Alerta a los pueblos*

Hambre, escasez y miseria

La situación surgida durante la jefatura gubernamental de Negrín condujo a una desmoralización general de la población y al deterioro de los principios revolucionarios que habían permitido ofrecer resistencia al golpe de Estado.

La corrupción, el egoísmo y el espíritu de lucro se extendían cada vez más, mientras que la disposición al sacrificio, el altruismo y la solidaridad perdían terreno. Una nueva capa de aprovechados, estraperlistas, especuladores,

logreros, privilegiados, nuevos ricos y parásitos se entregó de una manera cada vez más abierta y desvergonzada a sus turbios negocios e imprimió con ello un triste sello a la imagen de la República. Los campesinos no colectivizados ocultaban sus cosechas y las vendían en el mercado negro. Mientras la peseta de la zona republicana perdía cada vez más valor, la peseta de la España de Franco se convertía en una codiciada moneda. El hundimiento creciente de la peseta republicana en los mercados internacionales de valores condujo además a un encarecimiento cada vez más espectacular de los bienes importados y a fuertes aumentos de precios.

Es cierto que se intentó poner coto al estraperlo y a la especulación, pero con poco éxito, pues por entonces la corrupción se había enseñoreado hacía ya tiempo de la Administración y los partidos políticos. Las víctimas principales eran, como ocurre siempre en situaciones semejantes, las clases bajas. Las colas ante las tiendas eran cada vez más largas, los precios de los productos alimenticios se dispararon hacia arriba. El hambre reinaba también en Barcelona y Valencia, donde no había faltado de nada durante los primeros tiempos que siguieron al golpe de Estado. El escritor Fernando Díaz-Plaja, que vivió de joven la guerra en Barcelona, seguía recordando décadas más tarde: “Y aun así, la comida era el tema constante de conversación. Más que de la guerra y los bombardeos. Porque la primera estaba lejos, los aviones podían o no

podían venir a saludarnos, pero la comida era algo que se necesitaba inexorablemente dos o tres veces al día”⁶³⁵. Especialmente en Andalucía y Castilla la Nueva la necesidad era extrema. “Desde diciembre de 1936 en Madrid se padecía auténtica hambre”, confirma un testigo ocular. “Había también escasez de combustible. Las colas eran kilométricas; mujeres que se habían colocado en la fila a las dos de la madrugada recibían dos kilos de carbón a las diez u once de la mañana”⁶³⁶. En el invierno de 1938–1939, más de medio millón de madrileños tuvieron que sobrevivir con una ración diaria de sesenta gramos de lentejas, alubias o arroz. A finales de 1937 el aprovisionamiento era también extremadamente difícil en extensos sectores de la zona republicana. A ello se sumó la inflación galopante, con la consiguiente pérdida del poder adquisitivo, un déficit real que tampoco pudo compensarse con subidas salariales. En julio de 1937 se introdujo el racionamiento general de productos alimenticios en la propia Cataluña, próspera en comparación con otras partes del país. Pero la miseria era ya evidente en la primavera de 1937, según pudo comprobar George Orwell a su regreso a la capital catalana tras una larga ausencia: “Antes me había extrañado de que no hubiera mendigos en Barcelona; ahora los veía en grandes cantidades. Delante de las tiendas de comestibles de la parte superior de las Ramblas aguardaban

635 Fernando Díaz-Plaja, *Todos perdimos. Recuerdos de la guerra incivil*, 2a ed., Madrid, 1999, p. 80.

636 Félix Slayer, *op. cit.*, pág. 67.

constantemente manadas de niños descalzos para correr tras los compradores que salían de ellas y solicitarles un poco de comida”⁶³⁷.

La necesidad padecida en Cataluña se debía a diversas razones, entre ellas las grandes masas de refugiados que huían de los fascistas y buscaban seguridad en los territorios aún libres de la República. Ya en marzo de 1937 había en Cataluña 700.000 refugiados, la mayoría niños, mujeres y ancianos. Su cifra fue en aumento a medida que se prolongaba la guerra. A raíz del traslado de la sede del Gobierno a Barcelona, llegaron a la capital catalana 250.000 personas más. En noviembre de 1938, el número de refugiados había superado en Cataluña la cifra del millón. No obstante, la causa principal del revés sufrido por el abastecimiento fue la pérdida de superficies de cultivo fértiles y el consiguiente retroceso de la producción agraria. El aumento de los aparatos militares y burocráticos contribuyó también a empeorar la situación.

Las ciudades industriales fueron las más afectadas. La gente se alimentaba casi exclusivamente de pan negro malo, lentejas, pescado seco y carne de caballo. Los ataques aéreos casi diarios afectaron por añadidura a la moral de la población civil.

Todo el que podía, huía al atardecer de Barcelona para

637 George Orwell, op. cit., pág. 111.

refugiarse en las playas de los alrededores y en el campo con la esperanza de poder dormir en paz al menos durante la noche, un fenómeno que la gente definió como “la columna del colchón”.

El desánimo general se apoderó también del espíritu de lucha y de resistencia de los soldados y contribuyó a la derrota militar de la República. Barcelona pudo ser tomada casi sin combates por las tropas de la España nacional. Zugazagoitia recordaría en sus *Memorias*: “Después de la victoria del Ebro, nuestras campañas habían fracasado de modo lamentable. Los soldados de las últimas movilizaciones daban un rendimiento muy escaso, por no decir nulo.

La vida en las trincheras les producía náuseas y, siempre que tenían ocasión, desertaban para ir a ocultarse en la retaguardia”⁶³⁸. Tras los sucesos de mayo de 1937 dejaron de verse obreros armados en las calles de Barcelona. Como escribe un testigo presencial: “Durante los primeros meses de la revolución, toda Barcelona rebosaba de trabajadores en armas; después las cosas cambiaron y sólo se vieron con armas aquellos que estaban encargados del desempeño de funciones públicas [...]. También ha cambiado el aspecto de los ciudadanos [...]. La forma de vestir exclusivamente obrera ha desaparecido casi totalmente dando paso, en los barrios centrales, al traje burgués, o, por lo menos, pequeño

638 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 193.

burgués”⁶³⁹. Los anarquistas estaban también desmoralizados, quizá más que el resto, precisamente por las muchas ilusiones que se habían hecho sobre la revolución. O como diría Peirats, “el nada lisonjero panorama militar había conducido a muchos anarquistas a compartir casi la posición liquidadora de Prieto”⁶⁴⁰.

En medio de la escasez general había un sector de especuladores que no se privaban de nada. García Pradas, que se desplazó a Barcelona en octubre de 1938 para participar en un pleno del Comité Regional de la CNT, se sintió aterrado: “Se daba por perdida la guerra, pero los restaurantes, donde había de todo a cien pesetas cubierto, estaban llenos como si nada ocurriera, como si la misma guerra fuera una cosa remota”⁶⁴¹. Esta tendencia podía detectarse ya mucho antes, como había registrado Paul Thalmann en la primavera de 1937: “El ambiente de la ciudad parecía vuelto al revés. Aunque el mono de los milicianos seguía viéndose todavía, volvía a predominar la ropa civil, la indumentaria burguesa. Los restaurantes selectos eran frecuentados por civiles con ocupaciones poco transparentes, por muchos oficiales del Ejército Popular con uniformes flamantes y por una multitud de

639 R. Louzon, *La Contra Revolución en España*, Buenos Aires, 1938, pág. 28.

640 José Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 3, pág. 99.

641 J. García Pradas, *Teníamos que perder*, op. cit., pág. 372.

burócratas de todas las especies. Aparte del pan –estrictamente racionado–, todos los productos alimenticios eran objeto de un próspero y floreciente mercado negro”⁶⁴².

El contraste brutal entre el hambre por un lado y la corrupción por el otro no fue el único motivo del derrumbamiento de la moral. El terror político contribuyó también a desmoralizar a los catalanes: “En la fase final de la guerra, el SIM, con sus prisiones y checas, semisecretas o semiclandestinas, ocasionó un verdadero terror en la retaguardia catalana: detenciones arbitrarias, desapariciones misteriosas, ejecuciones clandestinas configuraron una psicosis que no contribuyó para nada a la moral de resistencia que se quería infundir a la población catalana”, consigna Pelai Pagés⁶⁴³.

Los desastres de la guerra

Las catástrofes en la retaguardia coincidieron con el deterioro cada vez más visible de la situación militar en el frente. También aquí podía percibirse la creciente desmoralización. Ignacio Iglesias escribe en este contexto:

642 Clara y Paul Thalmann, op. cit., pág. 182 y ss.

643 Pelai Pagés, op. cit., pág. 155.

“El soldado del Ejército Popular ya no era el miliciano de los primeros meses, el de la defensa de Madrid: había más disciplina, pero menos entusiasmo; más unidad de mando, pero menos fe en la victoria”⁶⁴⁴. Desde la entrada en funciones de Negrín como jefe del llamado “Gobierno de la victoria”, el Ejército Popular republicano se vio obligado a encajar cada vez más derrotas.

A finales de marzo de 1937, Franco inició la ofensiva del Norte. Para obligar a Bilbao a rendirse, cercó el acceso marítimo a la capital vasca. Al ponerse de manifiesto que aquella medida era insuficiente, la aviación alemana aterrizó a la población con bombardeos masivos. Bilbao no disponía de fuerzas aéreas dignas de tal nombre ni de artillería antiaérea. El único envío de material ruso recibido por los vascos “consistía en quince aviones de caza, cinco cañones de mediano calibre (11,50), quince tanques, doscientas ametralladoras y quince mil fusiles, con muy pocos cartuchos”, como explica en sus *Memorias* el presidente vasco José Antonio de Aguirre⁶⁴⁵. Exceptuados los aviones, se trataba de material de guerra anticuado e inutilizable en gran parte. Los pocos aviones disponibles no pudieron seguir interviniendo después de los primeros combates aéreos.

644 Ignacio Iglesias, “El otro Negrín”, Índice, Madrid, 15 de julio de 1972.

645 José Antonio de Aguirre, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Saint Jean de Luz, 1976, pág. 22.

El comandante en jefe de las tropas republicanas en este sector del frente era el general Llano de la Encomienda, jefe de operaciones del cuartel general del comunista Francisco Ciutat. Indalecio Prieto, que no confiaba ni en Llano de la Encomienda ni en Ciutat, envió a Bilbao al general Gámir Ulibarri, lo que provocó celos entre los jefes del ejército. Los generales tenían como asesor al general ruso Gorev. Pero las decisiones las tomaba en última instancia el Gobierno vasco bajo la dirección de Aguirre, como confesaba abiertamente Ciutat a su camarada de partido Enrique Castro Delgado: “Nuestras relaciones con el Gobierno vasco son cordiales, pero inútiles: él hace lo que quiere”⁶⁴⁶. Los rusos no estaban especialmente interesados en suministrar armas a una región en la que tenían poca influencia, sobre todo porque los comunistas vascos, como buenos patriotas, obedecían en primer lugar a Aguirre y no al Buró Político del PC español. Para someter a su control al PC vasco, el Buró Político del PC envió a Bilbao a Enrique Castro Delgado, quien no logró nada sustancial. Una sesión del Comité Central vasco convocada por él terminó como el rosario de la aurora. Ante la exigencia de Castro Delgado de que el PC vasco saliera del gobierno de Aguirre y siguiera su propio rumbo, el jefe de los comunistas vascos, Astigarrabia, respondió que no pensaba separarse de Aguirre y someterse a las órdenes del Buró Político del PC español. Acto seguido, abandonó la sala. Unos días después, Castro

646 Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, 1963, pág. 460.

Delgado sufrió un atentado al que sobrevivió de milagro; más tarde intentaron envenenarle. En todo caso, Aguirre y sus colaboradores lograron formar un ejército de 100.000 hombres.

Los soldados rasos se batieron con valentía, pero al estar insuficientemente armados y dirigidos por oficiales vacilantes, no pudieron hacer frente a la superioridad del enemigo. El famoso Cinturón de Hierro, en el que los dirigentes vascos habían depositado grandes esperanzas, fue roto el 12 de junio de 1937 por tropas españolas e italianas. A este revés contribuyó en no poca medida la traición del ingeniero del Cinturón de Hierro, capitán Goicoechea, al pasarse al enemigo con los planos de construcción. La alta burguesía vasca y los grandes financieros no tenían otro objetivo –con pocas excepciones– que salvar sus propiedades.

El 26 de abril de 1937, Guernica fue bombardeada durante tres horas por orden de Goering. En la acción participaron más de cuarenta aparatos, que arrojaron sobre la ciudad 50.000 kilos de bombas incendiarias. Murieron más de mil personas, y una gran parte de los edificios fueron destruidos. Pocos días después de aquella masacre, la Legión Cóndor bombardeó Durango. El 19 de junio de 1937, las tropas de Franco entraron en Bilbao. La orden de Indalecio Prieto de defender la ciudad a toda costa, y destruir por completo las instalaciones industriales, no se

cumplió. El Gobierno de Aguirre prefirió entregar Bilbao sin lucha y evacuar el sector de la población políticamente amenazado.

El 5 de julio de 1937, la dirección del ejército republicano intentó detener el avance de los franquistas en el Norte mediante una ofensiva en Brunete, pero la maniobra estratégica resultó estéril. Concebida por Vicente Rojo y su Estado Mayor, al principio se desarrolló con éxito, pero al cabo de pocos días las tropas de Franco consiguieron reconquistar gran parte del terreno perdido, sobre todo gracias a la intervención masiva de la aviación alemana e italiana. La tarde del 25 de julio se derrumbaron las líneas republicanas. La operación Brunete había fracasado y exigido además muchas bajas, también entre los componentes de las Brigadas Internacionales. De los 80.000 a 90.000 soldados bajo el mando de Líster, Modesto, El Campesino y otros comandantes del PC, murieron alrededor de 23.000. Hubo asimismo grandes pérdidas de material, entre ellas unos 100 aviones. De acuerdo con el juicio de Émile Témime, “la ofensiva de distracción iniciada por la República a comienzos de julio de 1937 en Brunete para cambiar el curso de los acontecimientos llegó demasiado tarde y sólo obtuvo éxitos sumamente modestos”⁶⁴⁷.

647 Émile Témime, *La guerre d'Espagne, un événement traumatique*, Bruselas, 1996, pág. 135 y ss.

Dos semanas después de la batalla de Brunete, Franco prosiguió su ofensiva en el Norte. El objetivo inmediato era esta vez la conquista de Santander. La campaña contra la capital cántabra fue planeada por el Estado Mayor italiano y realizada con ayuda de unidades de combate motorizadas y excelentemente pertrechadas de todo lo necesario. Santander cayó el 26 de agosto de 1937. El general Manuel Gámir Ulibarri, comandante en jefe del Ejército republicano del Norte, optó por entregar la ciudad sin lucha. Como la única carretera estaba controlada por el enemigo, sólo se pudo huir por mar. La flota pesquera no era lo bastante grande para dar cabida a todas las personas que querían salir de la ciudad. En el puerto se produjeron escenas dramáticas. Quienes lograban subir a bordo eran insultados por la multitud. Hubo numerosos suicidios.

El 24 de agosto de 1937, dos días después de la caída de Santander, las tropas republicanas iniciaron un nuevo ataque de distracción en el que intervinieron 45.000 hombres. En Belchite (Aragón) se lanzó una ofensiva similar a la de Brunete. El mando estaba de nuevo a cargo de Vicente Rojo y los comunistas, pero esta vez también participaron en la batalla anarquistas e internacionalistas. El mando directo de la operación estuvo a cargo del general Pozas y de su jefe de Estado Mayor, teniente coronel Antonio Cerdán. La gran ofensiva perseguía un doble objetivo: detener el avance de los nacionales en el norte y tomar Zaragoza. No se logró ninguno de los dos objetivos.

La intervención de la aviación alemana e italiana y los fallos tácticos del Estado Mayor republicano hicieron fracasar la operación. Es cierto que Belchite fue conquistado el 5 de septiembre, pero no porque se tratara de una posición importante, sino porque el mando supremo republicano quería anunciar a toda costa una victoria. Lo mismo puede decirse de la toma de Quinto. Rojo, Pozas y Antonio Cerdán guardaron silencio sobre el hecho de que no se hubiera conseguido el objetivo original, que era Zaragoza. El propio Lister admitió más tarde: “¿Para qué nos sirvieron Quinto y Belchite, sobre todo este último, donde se quedaron todas nuestras reservas? Para nada”⁶⁴⁸. La conclusión del historiador militar César Vidal es la siguiente: “Si los hombres demostraban ser de valor considerable en posiciones defensivas o en ataques y contraataques de envergadura limitada, siguió siendo patente su incapacidad para desencadenar una ofensiva de importancia”⁶⁴⁹.

A continuación, cayó Asturias, el último enclave de la República en el golfo de Vizcaya. El 29 de agosto de 1937, el Consejo Provincial de Asturias decidió asumir el poder civil y militar. Su primera medida fue sustituir al comandante en jefe del Ejército del Norte, general Gámir Ulibarri, por el coronel Adolfo Prada Vaquero. Indalecio Prieto –ministro de Defensa del Gobierno central– estaba fuera de sí, pero

648 Enrique Lister, *op. cit.*, vol. 1, pág. 297.

649 César Vidal, *La guerra de Franco. Historia militar de la guerra civil española*, Barcelona, 1996, pág. 29 y ss.

accedió a la medida para no empeorar todavía más la situación. Los obreros socialistas de izquierda y anarcosindicalistas ofrecieron una acérrima resistencia y no cedieron ni un palmo de terreno sin antes defenderlo. La brigada Carrocero destacó de manera especial por su valiente intervención. No se entregó un solo pueblo sin que las tropas franquistas lo hubieran arrasado previamente con su artillería. Donde los combatientes republicanos se veían obligados a retirarse, volaban todo lo que pudiera ser útil para el enemigo, dejándole sólo ruinas y humaredas. Gijón capituló finalmente el 21 de octubre de 1937. Con ello se perdieron Asturias y el golfo de Vizcaya. A partir de ese momento, el hierro vasco y las minas de carbón asturianas pasaron a manos de los franquistas.

El 15 de diciembre de 1937 comenzó una nueva contraofensiva republicana en Aragón. Al principio, la operación se desarrolló según los planes previstos. El 31 de diciembre se conquistó casi por entero la ciudad de Teruel y el 5 de enero se rindieron las últimas unidades de combate de la España nacional. Para celebrar la victoria como correspondía, se celebró en el monasterio de Montserrat una sesión de las Cortes en la que estuvieron también presentes muchos invitados extranjeros, entre ellos el “abuelo” de la II Internacional, Émile Vandervelde. Mas la alegría no duró mucho: el 21 de febrero de 1938, las tropas republicanas tuvieron que abandonar Teruel tras una dura batalla con numerosas bajas por ambas partes. El ejército

republicano perdió 20.000 hombres; la cifra de heridos fue también muy elevada. El comunista inglés Laurie Lee, que lo vivió todo muy de cerca, escribe: “El regalo de Navidad que los republicanos habían recibido con Teruel se reveló como un bumerán. Lo que se había concebido como una mutación bélica a favor de las armas republicanas selló en realidad su derrota”⁶⁵⁰.

Tras la batalla de Teruel, Franco renunció definitivamente a cualquier intento frontal de tomar Madrid y decidió concentrar la fuerza principal de sus tropas de choque en Aragón, Levante y Cataluña. La nueva táctica se puso en marcha el 9 de marzo de 1938 con la reconquista de Belchite por mercenarios marroquíes. “Los sublevados no tomaron Belchite gracias a su fuerza, sino porque las Brigadas Internacionales, que debían defender la localidad, la entregaron sin una resistencia digna de mención”⁶⁵¹, concluía Avelino G. Entrialgo, secretario general de la Comisión de Defensa del Comité Nacional de la CNT. Tropas nacionales españolas e italianas ocuparon durante los días siguientes Alcañiz, Caspe y Huesca. El 3 de abril cayeron Gandesa y Lérida. Poco después, las unidades de combate republicanas tuvieron que ceder Tremp, Balaguer y

650 Laurie Lee, *Ein Moment des Krieges. Erinnerungen an den Spanischen Bürgerkrieg*, Berlín, 1997, pág. 169.

651 Avelino G. Entrialgo, informe al Comité Nacional de la CNT, en IISG, *Ámsterdam, Archivo Comité Nacional CNT*, 74 D 1.

Camarasa. El 5 de abril, Franco suprimió por decreto la autonomía de Cataluña.

El 15 de abril de 1938, las tropas de Franco lograron avanzar hasta el mar mediante la toma de Vinaroz; tres días antes había caído Oropesa y poco después Castellón de la Plana. Valencia permaneció en poder de la República, pero Franco dominaba cien kilómetros de la costa levantina. Con la penetración de Franco hasta el mar, Cataluña quedó separada del resto del territorio republicano. En adelante, el correo entre Barcelona y Madrid hubo de ser transportado por submarino. Franco había necesitado sólo pocas semanas para la “Operación Mediterráneo”, si bien con la intervención de un ejército de 250.000 hombres, entre ellos muchos italianos. La nueva ofensiva tuvo lugar bajo la dirección de los jefes militares franquistas más bregados: Yagüe, Aranda, Varela, García Valiño, Solchaga y Moscardó.

A pesar de los reveses sufridos, las Fuerzas Armadas republicanas no estaban aún derrotadas. En la noche del 24 al 25 de julio de 1938 cruzaron el Ebro en doce sectores y penetraron 20 kilómetros en la retaguardia del enemigo. Con esta audaz operación sorpresa realizada de forma ejemplar, comenzó la batalla más sangrienta de la Guerra Civil. Los franquistas tuvieron al principio grandes dificultades para defenderse del ataque de los republicanos. A finales de agosto de 1938, Mussolini creía incluso que

Franco no ganaría la guerra, según confió a su yerno Ciano: “Anota en tu diario que hoy, 29 de agosto, he previsto la derrota de Franco”⁶⁵². Pero el Duce se equivocaba. El bombardeo ininterrumpido de las tropas republicanas por la aviación y la artillería de Franco dificultó su avance, que se atascó ya a comienzos de agosto. La gran ofensiva se convirtió en una guerra de posiciones. Volvió a mostrarse que la estrategia de los ataques por sorpresa, con los que el Estado Mayor de la República había operado a lo largo de toda la guerra, sólo podía conseguir éxitos limitados y de corto alcance. La batalla concluyó el 17 de noviembre de 1938 tras la muerte de entre 50.000 y 70.000 soldados del Ejército Popular y con un desastre militar para la República. Jesús Hernández calificó la ofensiva del Ebro de “suicidio colectivo de las mejores tropas del Ejército Popular”⁶⁵³.

Tras la desastrosa derrota del Ebro, cualquier observador medianamente realista no podía tener ya duda alguna sobre el desenlace de la guerra. Sólo Negrín se consolaba y consolaba a otros con promesas vacías y mentiras descaradas. El 7 de diciembre de 1938 convocó en su residencia del palacio de Pedralbes a los principales representantes de los sindicatos y los partidos para informarles sobre la situación de la guerra o, más exactamente, para parlotear sobre las “espléndidas perspectivas” de la República en el futuro. Por parte de la

652 Galeazzo Ciano, Diario, op. cit., pág. 169.

653 Jesús Hernández, Yo fui un ministro de Stalin, op. cit., pág. 254.

CNT–FAI se hallaban presentes Horacio Martínez Prieto, Pedro Herrera, Mariano R. Vázquez y Abad de Santillán. Mientras Vázquez y Martínez Prieto aguantaban en silencio las peroratas del jefe del Gobierno, Abad de Santillán abandonó la habitación exclamando: “Estás mintiendo miserablemente. La operación del Ebro es la entrega de Cataluña”⁶⁵⁴. No era el único que pensaba así, pero sólo él se atrevió a decirlo abiertamente.

Santillán estaba en lo cierto. El 23 de diciembre de 1938 comenzó la gran ofensiva de la España nacional contra Cataluña, para la que Franco y su Estado Mayor movilizaron un ejército de dimensiones napoleónicas. El Ejército Popular de la República, muy diezmado y mal armado, no tenía ninguna posibilidad de enfrentarse con éxito a aquellos 340.000 soldados bien pertrechados. La conquista de Cataluña duró sólo cuarenta días. El 15 de enero de 1939 cayó Tarragona. Entre el 20 y el 22 de enero, Barcelona fue bombardeada quince veces por las aviaciones italiana y alemana, hasta que el 26 de enero se entregó sin apenas defenderse. ¿Por qué Barcelona no ofreció resistencia, como había hecho Madrid durante meses? Por un lado, porque los barceloneses se sentían ya como una ciudad ocupada por los cómplices de Negrín, y por el otro, porque

654 Abad de Santillán, *De Alfonso XIII a Franco*, op. cit., pág. 504. Santillán confirma el enfrentamiento con Negrín en una de sus cartas al autor, en la que califica la batalla del Ebro de “operación suicida”, Buenos Aires, 28 de noviembre de 1972.

Negrín no tenía ningún interés en prolongar la guerra defendiendo Barcelona. Por eso boicoteó todos los planes de resistencia, como por ejemplo el del general Hernández Sarabia. Tanto él como el teniente coronel Rafael Sabio Duteit consideraban perfectamente posible la defensa de la ciudad, sobre todo teniendo en cuenta que Intendencia tenía almacenadas las suficientes reservas alimenticias. Negrín rechazó con argumentos poco convincentes la propuesta del general Asensio Torrado de levantar una línea de defensa junto con la FAI, limitándose a ordenar la evacuación de todos los ministerios tres días antes de la caída de Barcelona. El mismo “salió de la capital catalana como un traidor, como un cobarde y como un sinvergüenza”, escribe García Pradas⁶⁵⁵.

Manuel Azaña, que se hallaba en el exilio francés desde el 5 de febrero de 1939, presentó su dimisión como presidente de la República el 27 del mismo mes. Aquel mismo día, el primer ministro inglés anunció el reconocimiento del régimen de Franco por parte de su país y de Francia. Bélgica había enviado ya un representante diplomático a Burgos el 29 de noviembre de 1938. Era el final, como explica el historiador militar Martínez Bande desde la perspectiva de los vencedores: “El final de la guerra de España aparece ya clarísimo en los días en que aún se combate en Cataluña. Un espíritu medianamente previsor había de ver ya entonces el

655 J. García Pradas, Como terminó la guerra de España, prólogo de Abad de Santillán, Buenos Aires, 1940, pág. 22.

próximo e inevitable derrumbamiento del frente enemigo en toda la Península”⁶⁵⁶.

Negrín seguía creyendo, sin embargo –o al menos lo aparentaba– en la posibilidad de un cambio favorable a la República.

El 1 de febrero de 1939 se celebró en los oscuros sótanos del castillo de San Fernando de Figueras la última sesión de las Cortes en suelo español. A propuesta de Negrín se acordaron por unanimidad tres condiciones para iniciar negociaciones de paz con el enemigo: 1) garantía de independencia del territorio español; 2) garantía para el pueblo español de decidir su propio destino y 3) garantía de que tras el final de las operaciones de guerra no se perseguiría a los combatientes. En vista de las condiciones reales imperantes en el frente, el documento aprobado por las Cortes carecía del más mínimo valor real.

Tras la sesión, Negrín dijo a Juan Simeón Vidarte: “Todavía hay muchas posibilidades de éxito.

Tenemos muchas provisiones en nuestro poder, más de medio millón de soldados dispuestos a defender la República y abundante material ruso en Francia, aún sin desembalar”⁶⁵⁷. En vista de tales declaraciones, sigue

656 José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, 1985, pág. 315 y ss.

657 Juan-Simeón Vidarte, *op. cit.*, pág. 912 y ss.

siendo un secreto de Ramos Oliveira el poder calificar a Negrín de “realista”⁶⁵⁸.

El diálogo mantenido por el periodista inglés Henry Buckley y el escritor ruso Ilya Ehrenburg al margen de la reunión se desarrolló de manera completamente distinta: “Este lugar es como una tumba”, le susurró el británico al ruso, a lo que éste respondió: “Querido amigo, esto no es sólo la tumba de la República española, sino también la de la democracia europea”⁶⁵⁹.

Ejército y Partido Comunista

Los dirigentes comunistas no se limitaron a traicionar la revolución social y hacer causa común con los sectores reaccionarios de la República, sino que causaron daños irreparables a la lucha armada de la España libre contra Franco y sus aliados fascistas. Félix Morrow los califica incluso de “organizadores de la derrota”⁶⁶⁰. El trotskista

658 Ramos Oliveira, op. cit., pág. 607.

659 Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic*, Londres, 1940, pág. 415.

660 Félix Morrow, op. cit., pág. 229.

norteamericano tiene toda la razón. Nos referimos aquí a los altos cargos del Partido y a sus asesores rusos, no a los simples soldados comunistas que perdieron a menudo la vida luchando contra los fascistas.

El Ministerio de Defensa Nacional y el Estado Mayor estuvieron sometidos desde el principio a la poderosa influencia de los comunistas. Por un lado, había muchísimos comandantes comunistas; por otro, un sinnúmero de militares de carrera compartían con gran celo la política del PC por puro odio a los anarquistas y a los socialistas de izquierda, también por miedo u oportunismo. Todo comenzó en los días de las milicias, cuando el comandante José Martínez Blázquez privilegió a los comunistas a la hora de repartir las armas. Siendo aún Giral jefe de Gobierno, se creó el Departamento de Control, cuya tarea consistía en averiguar la filiación política de los oficiales. El jefe de esta sección de los servicios secretos fue el comandante Eleuterio Díaz Tendero, depuesto más tarde por Largo Caballero debido a su política procomunista. Con él colaboró estrechamente el comandante comunista Luis Barceló Jover, a quien volveremos a encontrar en el capítulo siguiente en un papel poco honroso. En el Departamento de Milicias del Ministerio de Defensa Nacional tenían poder decisorio otros dos comunistas: Francisco Galán Rodríguez y Francisco Ciutat de Miguel. A raíz del traslado de la sede del Gobierno a Valencia, se creó en el Ministerio de Defensa una Secretaría Técnica que decidía prácticamente sobre

todas las cuestiones bélicas importantes. El jefe de este nuevo aparato fue el teniente coronel comunista Antonio Cordón García, asistido por el también teniente coronel José González y por José Martín Blázquez.

La influencia comunista en el seno de las Fuerzas Armadas repercutía asimismo en la política de ascensos: los miembros o compañeros de viaje del PC eran favorecidos sistemáticamente, a la vez que se discriminaba a anarquistas, socialistas o republicanos⁶⁶¹. Como escribía Emma Goldmann a Mariano R. Vázquez: “Nuestros militantes se sacrifican en los frentes, pero los que están en los lugares más altos son los partidarios de Stalin”⁶⁶². De los 7.000 tenientes y capitanes nombrados entre mayo y septiembre de 1938, eran comunistas 5.500. En la XXVII división del PSUC, 46 combatientes fueron promovidos a capitanes y 157 a tenientes en un solo día de abril de 1938, mientras que en la XXVI división anarcosindicalista sólo se nombró a 15 nuevos capitanes y a 36 tenientes. Esta preferencia concedida a los cuadros del PC le valió al Partido Comunista nuevos adictos, según confirmaría Jesús Hernández después de la guerra: “En los frentes, en las trincheras, en los cuarteles, en los hospitales, en los Estados

661 Sobre la política de ascensos del Partido Comunista en el ejército, véase Michael Albert, *El ejército republicano en la guerra civil*, París y Barcelona, 1977, pág. 246 y ss.

662 Emma Goldmann, carta a Mariano Vázquez, Barcelona, 17 de octubre de 1938, en IISG, Ámsterdam, Archivo del Comité Nacional CNT, Correspondencia con Inglaterra, 63 C 2.

mayores se ofreció el cebo de los ascensos a condición de tomar el carnet del Partido o de las Juventudes Unificadas”⁶⁶³. Esta política de ascensos adquirió dimensiones gigantescas cuando el comunista Antonio Cerdón asumió en abril de 1938 la Subsecretaría del Ejército de Tierra. Enrique Castro Delgado, que trabajaba en el mismo edificio que Cerdón como segundo hombre en el Comisariado de Guerra y se reunía con él a menudo, explica en sus *Memorias* cómo su camarada presumía de su sectaria política unilateral y el orgullo con que un día le mostró un papel: “Es una nueva lista de nombramientos de oficiales y de ascensos [...]. ¡Casi todos comunistas!”⁶⁶⁴. Julián Zugazagoitia, que en ese momento se veía a diario con Cerdón en mi calidad de jefe de la Secretaría General del Ministerio de Defensa Nacional, da testimonio del odio que se le tenía en el Ejército a causa de sus arbitrariedades: “Su impopularidad, fuera de sus correligionarios, era inmensa. Raro era el militar que me visitaba que no manifestase, en los términos más categóricos, su incompatibilidad con el subsecretario, acusado de incansable y tenaz proselitismo”⁶⁶⁵. Negrín le dio plena libertad y rechazó siempre las quejas de Zugazagoitia contra el subsecretario de Estado comunista⁶⁶⁶. El Estado Mayor en pleno no tardó

663 Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, op. cit., pág. 209 y ss.

664 Enrique Castro Delgado, op. cit., pág. 584.

665 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 118.

666 Ibid., vol. 2, pág. 120.

en convertirse en un caballo de Troya del PC. Miaja era una marioneta del Partido, y lo mismo puede decirse de Rojo y de Sebastián Pozas. La situación no era diferente en el Comisariado de la Guerra, primero a las órdenes de Álvarez del Vayo y luego bajo el mando de Bibiano Ossorio y Tafall, un republicano de izquierda gallego a quien los comunistas colocaron en lo más alto del Comisariado General porque les era sumiso. La dirección del Comisariado se hallaba en realidad en manos del subcomisario Enrique Castro Delgado. Según Jesús Hernández, “el 70 por ciento de la totalidad de los mandos del Ejército eran patrimonio de los comunistas. Armas tan decisivas como Aviación y Tanques eran coto cerrado de los comunistas”⁶⁶⁷. El dominio ejercido por este coto cerrado fue facilitado además por el desinterés de muchos combatientes anarcosindicalistas por asumir funciones de mando dentro de las Fuerzas Armadas. Ello indujo al subsecretario general Miguel González Inestal, él mismo afiliado a la FAI, a dirigir un informe complementario al Comité Nacional de la CNT en el que decía: “Se impone ir a la reorganización interna del Comisariado, confeccionando el decreto de su reafirmación, fusionando los cuatro Comisariados, nombrando Secretario General, que insisto, hoy más que nunca, debe ser de la CNT”⁶⁶⁸.

667 Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, op. cit., pág. 211.

668 IISG. Amsterdam, Archivo Comité Nacional CNT, Correspondencia con González Inestal, 27 C 2.

En otro informe, dirigido esta vez a sus compañeros de la FAI, González Inestal criticaba duramente toda la política militar del movimiento libertario: “Lo que sí ha existido ha sido falta de comprensión por parte de nuestros militantes en los primeros momentos, para poder situarse con firmeza en los lugares que les correspondía en las diversas dependencias del Ejército, y por otra parte nuestras organizaciones, entre las cuales figura en primer lugar la FAI, no tuvieron la visión necesaria para enfocar la orientación de los militantes, ni la solvencia precisa para imponerles una línea de conducta consecuente con las exigencias de aquellos momentos.

Esto es lo que dio a los comunistas ese predominio del que el Comité Peninsular habla en su informe”⁶⁶⁹. Carlos Rojas describe así la situación militar: “Paradójicamente, a medida que éstos [los comunistas] acrecientan su poder, disminuyen las posibilidades de victoria republicana”⁶⁷⁰.

Sin embargo, este paralelismo no tenía nada de paradójico, sino que era la consecuencia obvia de una táctica política militar cuyo máximo imperativo consistía en la imposición incondicional de los objetivos comunistas, aunque ello tuviera repercusiones desfavorables para el curso de la guerra, como observa Abad de Santillán:

669 IISG, Ámsterdam, Archivo González Inestal y Comité Nacional CNT, 27 B.

670 Carlos Rojas, *Diez figuras*, op. cit., pág. 243.

“Nuestro ejército había sido una creación rusa con más objetivos políticos que militares”⁶⁷¹.

Pero la estrategia de los rusos no consistía en ganar la guerra, sino que tenía más bien como meta hacer que durara lo máximo posible. Luis Araquistáin comenta al respecto: “Lo que sí quería Rusia –éste es mi hondo convencimiento– era que continuase la guerra en España, porque, mientras esa guerra durara, Hitler no se lanzaría a una agresión contra Rusia”⁶⁷². Jacinto Torhyo formula un juicio parecido: “Interesaba al Kremlin que la guerra española se prolongara indefinidamente, no porque creyera en el éxito de las armas republicanas, sino porque así convenía a su política. La trayectoria del ‘apoyo ruso’ no perseguía otro objetivo. Cuanto más durara la guerra de España, más tiempo tardaría en estallar la otra, en la que la URSS se vería forzosamente envuelta, y eso le facilitaría un lapso mayor para armarse”⁶⁷³. Pero debido a su sectaria política militar, los rusos aceleraron el final de la misma guerra que querían prolongar a toda costa. La afirmación de James Joll de que “los comunistas fueron más eficaces que los anarquistas en la organización de una fuerza militar de éxito”⁶⁷⁴ es un puro chiste.

671 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 199.

672 Luis Araquistáin, *Sobre la guerra civil...*, op. cit., pág. 229.

673 Jacinto Torhyo, op. cit., pág. 399.

674 James Joll, “Anarchism between Communism and Individualism”, en

Mientras los comunistas luchaban en España contra la Legión Cóndor, Stalin había comenzado ya a poner en marcha su entendimiento con Hitler. A más tardar, Negrín tuvo conocimiento de las negociaciones entre Berlín y Moscú a mediados de 1938. Sabía asimismo que la URSS estaba decidida a sacrificar la República española a los intereses de su política exterior. Sin embargo, siguió propagando sus consignas de resistencia y sus promesas de victoria.

Impotencia de la CNT–FAI

En vista de lo desesperado de la situación en que se hallaba la República, la dirección de la FAI de Barcelona –es decir, Abad de Santillán, Federica Montseny y García Birlan– se dirigió al presidente de la República, Azaña.

El encuentro tuvo lugar en diciembre de 1938 en el palacio de Pedralbes, residencia de Azaña. Los tres delegados de la FAI propusieron al presidente destituir a Negrín y poner coto a la hegemonía de los comunistas en las Fuerzas Armadas y en la retaguardia. Azaña les respondió que aunque sólo fuera por razones constitucionales no podía

tomar ninguna iniciativa, pero también y sobre todo porque las Cortes y los demás partidos respaldaban al jefe del Gobierno. Azaña no tenía tampoco ningún interés en complacer a sus interlocutores debido a la aversión personal que sentía por la FAI y la CNT. El hecho de que el encuentro no aparezca en ninguna de las notas de sus diarios permite deducir la poca importancia que dio a la visita. También es posible que guardara silencio para no tener que confesar a la posteridad que le había faltado el valor de actuar contra el funesto Negrín. El propio Negrín tuvo noticia de la entrevista, pero no reaccionó.

Una iniciativa aún más extraña –propuesta probablemente por Negrín a través de Mariano R. Vázquez– fue la visita de éste, en calidad de secretario nacional de la CNT, y en compañía de García Oliver y Federica Montseny, a Largo Caballero. El objeto de la visita era inducir al antiguo dirigente de la UGT a asumir de nuevo responsabilidades de gobierno. La respuesta de Largo Caballero –que ya había rechazado propuestas similares de sus propios camaradas– fue un no categórico: “Les manifesté que venían a invitarme a un entierro, y que, sintiéndolo mucho, no podía asistir a él. Añadí que no había remedio; la guerra estaba perdida, que lo sabían ellos como yo, y que no me podía prestar, después de todo lo ocurrido, a compartir con Negrín y compañía la responsabilidad de la catástrofe que se

avecinaba”⁶⁷⁵.

Estos intentos de la dirección de la CNT catalana y la FAI eran tan absurdos como contradictorios y sólo sirvieron para confirmar la impotencia de la Organización en su antigua fortaleza catalana. De puertas afuera se hacían alardes de fuerza y de seguridad en la victoria. El primero en obrar así era Mariano R. Vázquez, quien todavía a finales de diciembre de 1938, en un mensaje al pueblo inglés transmitido a través de C. R. Strauss –diputado del Partido Laborista–, afirmaba con toda seriedad: “Nuestro estado de ánimo, a los dos años y medio de contienda y privaciones, es tan entusiasta y optimista como cuando en los días de julio, en media España, vencimos a los traidores que se sublevaron contra el gobierno y la legalidad republicana”⁶⁷⁶. Gregorio Jover, jefe de la XXVIII división libertaria de Aragón, proclamaba de manera similar que la guerra terminaría con la victoria de los suyos. El hecho de que los fascistas hubiesen tenido hasta entonces más éxito que los republicanos no significaba en modo alguno que la guerra estuviese ya perdida⁶⁷⁷. Vemos pues que por aquel entonces algunos militantes de la CNT habían hecho suya la retórica de Negrín, También de puertas adentro se actuaba

675 Largo Caballero, *Mis recuerdos*, op. cit., pág. 249.

676 Mariano R. Vázquez, “Mensaje al pueblo inglés”, en IISG, Amsterdam, Archivo del Comité Nacional CNT, Documentos de la Secretaría, 72 A 1.

677 IISG, Amsterdam, Archivo Comité Nacional CNT, 74 D 2.

como si la guerra fuera a durar eternamente. Esta es la impresión que tenemos al leer la correspondencia entre Mariano R. Vázquez y el secretario peninsular de la FAI, Germinal de Souza. La gente se dedicaba a sus menesteres cotidianos y forjaba planes para un futuro que no iba a llegar. La crítica al Gobierno había enmudecido también en gran medida o se formulaba con mucha cautela, por ejemplo, cuando Germinal de Souza propuso a Mariano R. Vázquez el 31 de diciembre de 1938 que los Comités de Enlace de las dos organizaciones anarquistas deliberaran sobre un “posible desplazamiento” de Vicente Rojo por su “actuación negativa al frente del Estado Mayor Central”⁶⁷⁸.

Tras la caída de Barcelona, el 26 de enero, la propia cúpula del movimiento libertario, que hasta entonces había sido partidaria de la colaboración, vio con claridad la necesidad de emprender algo contra el rumbo tomado por Negrín, pero la iniciativa quedó frustrada de antemano por la inseguridad, las vacilaciones y la indecisión con que fue emprendida. Había además libertarios que seguían apoyando a Negrín, como por ejemplo el ministro de Instrucción, Segundo Blanco, que repetía como un loro amaestrado las mentiras del jefe del Gobierno sobre la posibilidad de seguir resistiendo. El Subcomité anarquista intentó, bajo la dirección de Manuel López, frenar las presiones de los militantes de Madrid para adoptar por fin

678 Germinal de Souza, carta a Mariano R. Vázquez, en IISG, Ámsterdam, Archivo del Comité Nacional CNT, Documentos de la Secretaría, 72 A1.

alguna medida contra Negrín y los comunistas con el argumento de que la Organización debía procurar no tomar decisiones que pudieran conducir a una catástrofe. A pesar de la ausencia de Mariano R. Vázquez, que a estas alturas estaba ya en el exilio, siguió prevaleciendo su línea. Cipriano Mera descubrió el 16 de febrero hasta dónde llegaba el miedo de los comités anarquistas a intentar algo contra Negrín, cuando el Comité de Enlace del Movimiento Libertario le dijo: “Hay que tener presente que un paso en falso en las actuales circunstancias, permitiría que los enemigos del anarquismo quisieran enfangar nuestra actuación y acusarnos de desastres de los cuales ellos exclusivamente tienen la culpa”⁶⁷⁹. La dirección de la FAI no estaba de acuerdo con esta línea. En una nueva sesión del Comité de Enlace celebrada el 25 de febrero, las posiciones de los respectivos subcomités de la CNT y la FAI expresaron opiniones muy divergentes. Mientras la CNT volvía a respaldar a Blanco y a Negrín, el delegado de la FAI respondió: “El presidente del Consejo [Negrín] viene constantemente engañando a nuestro ministro [Blanco] y éste a nosotros. Tenemos que terminar con esto”⁶⁸⁰.

Para entonces, hacía ya tiempo que los anarquistas madrileños habían decidido tomar las riendas en su mano.

679 José Peirats, *La CNT en la revolución española*, op. cit., vol. 3, pág. 289.

680 *Ibid.*, pág. 290.

XV. EL FINAL DE UNA PESADILLA

El ocaso comunista

El propósito de los comunistas de configurar la España republicana según el modelo de la Rusia estalinista acabó fracasando, pero era ya demasiado tarde para reparar la tragedia provocada por ellos.

Del 11 al 22 de octubre de 1938 se celebró en Barcelona el juicio contra la dirección del POUM. La Komintern publicó un libro titulado *Espionaje en España*, en el que su autor Max Rieger (un pseudónimo) compendia las mentiras de la supuesta complicidad del POUM con el régimen de Franco.

Aquella burda obra apareció en 18 idiomas. La edición española se “enriqueció” con un prólogo del escritor católico José Bergamín, que durante la Guerra Civil había

actuado en España como uno de los servidores más celosos del estalinismo⁶⁸¹.

Sin embargo, el intento de los estalinistas españoles y no españoles de hacer de las actuaciones judiciales contra los militantes del POUM un proceso político al estilo de los de Moscú, concluyó con un fracaso, sobre todo por dos razones: 1) porque la Justicia republicana se opuso a la presión comunista–negrinista y 2) porque varias personalidades públicas no sujetas a la influencia comunista tomaron incondicional partido por los acusados: Largo Caballero, Manuel de Irujo, Julián Zugazagoitia, Luis Araquistáin, Ángel Galarza y Federica Montseny. Famosos intelectuales franceses como André Gide, François Mauriac, Martin du Gard y Georges Duhamel protestaron en un telegrama dirigido a Negrín contra el encarcelamiento de los dirigentes del POUM y exigieron un proceso justo. La ola de solidaridad con los acusados no amainó en ningún momento: “Por todas partes se constituyeron comités de defensa en favor de los acusados del POUM. Agrupaciones sindicales enviaron notas y telegramas”⁶⁸². Entre los presentes en la sala de vistas se hallaba Emma Goldmann.

681 Cuando en la década de 1950 Bergantín puso su firma al pie de un manifiesto de varios intelectuales contra la opresión de los mineros asturianos en huelga, el ministro de Información Fraga Iribarne hizo difundir detalles sobre el penoso papel representado por aquel católico practicante con motivo de la persecución sufrida por el POUM.

682 Julián Gorkin, op. cit., pág. 247.

Negrín y los comunistas lo habían intentado todo para impedir la absolución de los acusados. El abogado Benito Pabón, afín a los anarquistas, que tras la detención de los dirigentes del POUM se declaró dispuesto a defenderlos y desenmascaró el escrito de la acusación como un tejido insostenible de mentiras, fue insultado por la prensa comunista como traidor y mercenario de Franco. Temiendo un atentado, huyó a Filipinas. La defensa fue asumida entonces por el abogado madrileño Vicente Rodríguez Revilla, un hombre valiente y seguro de sí mismo. Los comunistas y sus cómplices en los organismos del Estado hicieron todo lo posible para impedir la entrada en el país de delegaciones y periodistas que querían asistir al proceso como observadores. La embajada española no concedió visado de entrada a los conocidos abogados parisinos Henri Torres y Louis Noguères. El 7 de octubre, cuatro días antes del comienzo del proceso, el PC francés organizó en el Vélodrome d'Hiver de París una manifestación multitudinaria contra el POUM, en la que tomaron la palabra Maurice Thorez, André Marty, José Díaz y Dolores Ibárruri. Los comunistas españoles recogieron firmas en las fábricas y en el frente y exigieron en sus órganos de prensa la condena de los acusados. Negrín convocó a los juristas más destacados y les propuso pronunciarse a favor de que se condenara a los encausados. El primero en protestar fue el socialista González Peña, ministro de Justicia.

En el banquillo de los acusados estaban sentados Julián

Gorkin, Juan Andrade, Jordi Arquero, Enric Adrober (Gironella), Daniel Rebull (David Rey), Pedro Bonet y José Escuder. Como testigos de cargo comparecieron, entre otros, el gobernador general de Aragón, Mantecón, y el coronel Antonio Cordón, subsecretario del Ministerio de Defensa. El tribunal declaró que la acusación de espionaje y alta traición presentada por la fiscalía carecía de fundamento, por lo que fue rechazada. Los acusados fueron condenados únicamente por el intento de atentar contra el régimen legal de la República por medio de una insurrección revolucionaria, un hecho que, según el artículo 238 del Código Penal, era en efecto punible. David Rey y José Escuder fueron absueltos. No hubo condenas a muerte, sino sólo penas de cárcel⁶⁸³. Víctor Serge calificó el resultado del proceso de “auténtico triunfo moral”⁶⁸⁴; Reiner Tosstorff opina en su bien documentada monografía sobre el POUM: “En el fondo, la sentencia sirvió sobre todo para desautorizar al PC”⁶⁸⁵.

Los comunistas no lograron tampoco destruir la CNT-FAI. A pesar de los asesinatos decretados sin juicio en el frente y

683 El concepto de honor, tan profundamente arraigado en España, le resultaba completamente ajeno a Negrín. Esto explica que tras la caída de Cataluña, tuviera la desfachatez de pedir una entrevista a Julián Gorkin por mediación del diputado socialista José Bugeda. Gorkin la rechazó, como también lo haría más tarde Indalecio Prieto.

684 Victor Serge, *Erinnerungen eines Revolutionars 1901-1941*, Hamburgo, 1990, pág. 383.

685 Reiner Tosstorff, *op. cit.*, pág. 345.

la retaguardia, a pesar del terror y las maquinaciones del Gobierno de Negrín y del Gobierno catalán, la obra colectivista se mantuvo en sustancia hasta el final de la guerra, según reconoce el propio Horacio M. Prieto, preocupado siempre por examinar con lupa y de manera crítica la revolución social: “Y, a pesar de todo, las colectividades aguantaron hasta el último momento, en su mayoría, como creación de la masa popular obrera”⁶⁸⁶. El juicio de Juan Gómez Casas es similar: “A pesar de todo, aun paralizada y controlada por el poder, la colectivización industrial y agrícola persistió hasta el final mismo de la guerra, por la simple razón de que se había constituido en la médula económica de la zona republicana y era por esta razón irremplazable”⁶⁸⁷. Peirats precisa: “La CNT hizo toda clase de concesiones en el terreno político, pero en el económico continuó siendo una potencia durante toda la guerra”⁶⁸⁸. Walther L. Bernecker, en cambio, considera que la participación en el Gobierno llevó a la “liquidación de la revolución”⁶⁸⁹. Lo cierto es que a pesar de la pérdida de poder que hubieron de encajar la CNT y la FAI a lo largo de la guerra, siguieron siendo hasta el final de las hostilidades

686 Horacio Martínez Prieto, op. cit., pág. 76.

687 Juan Gómez Casas, “Colectividades y comunas autogestionarias en España (1936 1939)”, Documentación Social, Madrid, enero-marzo de 1976.

688 M. Rupérez y Pérez Ledesma, entrevista con Peirats, op. cit.

689 Walther L. Bernecker, Anarchismus und Bürgerkrieg, op. cit., pág. 222.

una fuerza influyente, según constata el especialista italiano en temas de España Aldo Carosci: “La CNT fue hasta el final una fuerza imposible de eliminar en la revolución y en la lucha contra Franco”⁶⁹⁰.

Los propios comunistas perdieron poder hacia el final de la contienda. Cuanto más fuerte era su influjo en el Ejército, la Política y la Administración, menos aprobación y simpatía cosechaban entre la población. En su ambición ciega y fanática de hegemonía absoluta no se dieron cuenta de que se habían extralimitado. Tampoco advirtieron de que, pese a la censura y la manipulación, la gente descubría sus maquinaciones y no tardaba en apartarse de ellos decepcionada. El propio Zugazagoitia se ve obligado a admitir: “Ser denostado por los comunistas se ha convertido en un honor. Polarizan todos los odios, representan todas las derrotas, son, en definitiva, el enemigo”⁶⁹¹. El derrocamiento de los comunistas era sólo una cuestión de tiempo. El hecho de que se hiciera esperar tanto se debió a la inseguridad y paralización de las fuerzas antinegrinistas y anticomunistas y a su notoria incapacidad para que su descontento se reflejara en hechos. Esto reza también para los anarquistas, pero aún más para los socialistas y los republicanos.

690 Aldo Carosci, “Problemi dell’anarchismo spagnolo”, Atti del Convegno promosso dalla Fondazione Luigi Einaudi, op. cit., pág. 72.

691 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 247.

La conjura contra Negrín

Los anarquistas madrileños se habían mantenido, en general, durante toda la Guerra Civil, al margen de las querellas intestinas de la CNT-FAI en Barcelona, Levante y Aragón. Madrid quedaba lejos de estas luchas internas y tenía además suficientes problemas propios. Es posible que los anarquistas madrileños no fueran tan influyentes como sus compañeros de otras partes del país, pero en cambio estaban más unidos y obraban con mayor sensatez y clarividencia. Aunque Madrid se había convertido en baluarte de los comunistas, los anarquistas decidieron poner fin a las ansias de dominio de Negrín y sus aliados. Ricardo de la Cierva dice al respecto: “Ahora llegaba para los herederos de Bakunin, para los supervivientes de la Primera Internacional, la hora del desquite, que consiguieron cumplidamente al borrar del Frente Popular y de la propia guerra civil española a los comunistas y precisamente en el corazón de Madrid, considerado por los comunistas como su feudo histórico y político desde los días de febrero y de noviembre de 1936”⁶⁹².

La iniciativa partió del Comité Regional del Centro. A

692 Ricardo de la Cierva, *La victoria y el caos*, op. cit., pág. 312.

mediados de febrero de 1939 se convocó una sesión plenaria de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias. La asamblea tuvo lugar en las dependencias del sindicato de Espectáculos Públicos, en la calle Miguel Ángel, nº 29. Se hallaban presentes unos 250 militantes, entre ellos Cipriano Mera y el director del periódico *CNT*, José García Pradas, que pronunció un discurso enardecido contra Negrín y los comunistas. Segundo Blanco, el ministro de la CNT en el gabinete de Negrín, no había sido informado y, por tanto, no asistió. Esta medida de precaución muestra por sí sola la opinión negativa que los anarquistas de la Región Centro tenían de él. Dado asimismo que el secretario nacional de la CNT, Mariano R. Vázquez, se hallaba en el exilio francés desde la caída de Barcelona, la dirección de la Confederación pasó a manos del subsecretario nacional, Manuel López. La asamblea decidió la formación de un Comité Regional de Defensa, cuya Secretaría fue confiada a Eduardo Val. Los demás miembros eran Benigno Mancebo, Melchor Baztán, González Marín, Manuel Salgado, Manuel Amil y García Pradas. Inmediatamente después de su creación, el Comité de Defensa publicó un manifiesto que causó gran impresión: “O todos nos salvamos o todos nos hundimos”, se decía en la proclama redactada por García Pradas.

La dirección madrileña sabía en ese momento, a través del socialista José Gómez Osorio –gobernador de Madrid y responsable del Boletín Oficial del Ministerio de Defensa–,

que Negrín se disponía a deponer a todos los militares de alto rango que no eran leales a él y a los comunistas y a dar un golpe de Estado en la zona Centro-Sur. El pleno decidió oponerse a los planes de Negrín y entablar contacto con todas las fuerzas democráticas. El grupo de los jefes con mando en tropa –una veintena de los reunidos– celebró sesión inmediatamente después en la sede del Comité de Defensa, en la calle Serrano, para adoptar medidas concretas. Eduardo Val dijo a los reunidos: “Inmediatamente que oigáis que se ha constituido una Junta para luchar contra Negrín, apoderaos del mando de las unidades y destituir o encerrar a los negrinistas sin la menor vacilación. A partir de este momento todo el movimiento libertario debe considerarse en pie de guerra”⁶⁹³. Veinticuatro horas después de la creación del Comité de Defensa, el coronel Segismundo Casado fue puesto al corriente de los planes contra Negrín elaborados por los anarcosindicalistas madrileños. De ese modo comenzó a funcionar a toda marcha la resistencia contra los usurpadores del poder que habían llevado a la República al borde del abismo. “De día y de noche”, testimonia García Pradas, “en un palacete de la calle de Serrano, donde antes de la guerra civil vivía el marqués de Luca de Tena, propietario de *ABC*, el Comité de Defensa organizaba la sublevación [...]. Val y Salgado, dos o tres veces por día, comunicaban a Casado nuestros acuerdos, y en esta

693 Véase Gregorio Gallego, “La CNT acuerda sublevarse contra el Doctor Negrín”, *Historia y Vida*, Madrid-Barcelona, abril de 1975.

relación se precisaban los más nimios detalles del alzamiento”⁶⁹⁴. Una delegación del Comité de Defensa libertario visitó asimismo al Comité Provincial del Partido Comunista en su lujosa sede de la calle Antonio Maura, oficialmente para coordinar la resistencia, pero en realidad para tantear el estado de ánimo del PC madrileño y prevenir al mismo tiempo a su dirección sobre posibles acciones contra la Confederación: “Nosotros pedimos que se escogiera entre la paz y la guerra”, escribe García Pradas; “advertimos que aplastaríamos a quien quisiera aplastarnos y francamente manifestamos nuestra oposición a Negrín [...]. Al despedirnos se nos iba la mano a la pistola”⁶⁹⁵. Los libertarios se pusieron también en contacto con los partidos Unión Republicana e Izquierda Republicana, así como con la Agrupación Socialista madrileña. Todos apoyaron los planes de la CNT y la instaron a poner en práctica sus intenciones para acabar con los manejos de Negrín y el PC. Los anarcosindicalistas madrileños encontraron el mismo respaldo en las Fuerzas Armadas. Casi todos los oficiales republicanos, hartos de la hegemonía de Negrín y los comunistas y deseosos de poner fin a aquella guerra sin perspectivas de éxito, pensaban de manera similar. Al frente se hallaba el coronel Segismundo Casado, comandante en jefe del Ejército del Centro desde mayo de 1938. “En los últimos días del mes de enero de 1939 tomé

694 J. García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, op. cit., pág. 60 y ss.

695 Ibid., pág. 60.

la firme decisión de eliminar al Gobierno del doctor Negrín, porque tenía las pruebas fehacientes de que el Partido Comunista preparaba un golpe de Estado, con la consigna de seguir la lucha, de acuerdo con el doctor Negrín, que estaba al servicio de Rusia”⁶⁹⁶. El 2 de febrero, Casado fue a visitar a los generales Miaja, Matallana y Menéndez para informarles de los planes de acción. Los tres le prometieron su apoyo. A continuación, se puso en contacto con los sindicatos y los partidos políticos.

El propio Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor del Ejército republicano y leal servidor de Negrín, recomendaba por entonces poner fin a las operaciones militares. Tras la caída de Barcelona propuso al jefe del Gobierno “la renuncia a seguir la lucha armada, sin previo parlamento, sin pacto; una renuncia a la lucha por impotencia”⁶⁹⁷. Negrín se negó a ello alegando que necesitaba tiempo ¡para sacar del país el patrimonio artístico de la República!

La responsabilidad del levantamiento contra Negrín y los comunistas fue oficialmente de Casado y sus compañeros en el cuerpo de oficiales, así como de los partidos políticos, pero la única garantía de éxito de la iniciativa eran los anarcosindicalistas, que operaban entre bastidores, como señala Hugh Thomas: “La conspiración no hubiera tenido el menor éxito de no haber contado con la ayuda de los

696 Coronel Casado, *Así cayó Madrid*, op. cit., pág. 301.

697 Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!*, Barcelona, 1974, pág. 145.

anarquistas de Madrid”⁶⁹⁸. César M. Lorenzo lo expresa de manera aún más concreta: “Fueron los 150.000 soldados de la Confederación los que determinaron el desenlace de los combates y el triunfo del Comité Nacional de Defensa. Casado no hubiera podido hacer nada sin Cipriano Mera y sus libertarios. Miaja, Casado, Besteiro, Wenceslao Carrillo y las diversas personalidades socialistas o republicanas no fueron más que figuras representativas, ya que el poder real era detentado por la CNT, sus partidarios y sus tropas”⁶⁹⁹. Para Jesús Hernández, los anarquistas fueron “el brazo armado de la traición”⁷⁰⁰. Es insoslayable clarificar el cometido fundamental desempeñado por los anarquistas en la actuación contra Negrín y los comunistas, pues la historiografía ha silenciado por completo su contribución o sólo la ha mencionado de pasada. Esto reza también para el coronel Casado, cuya exposición de los hechos da la impresión de que todo fue exclusivamente obra suya y de sus compañeros del cuerpo de oficiales.

Es cierto que ensalza en los términos más calurosos a Cipriano Mera como jefe militar y como persona, pero sin dignarse a decir una sola palabra sobre el papel activo y decisivo de los anarquistas en la lucha contra Negrín y los comunistas.

698 Hugh Thomas, *op. cit.*, pág. 327.

699 César M. Lorenzo, *op. cit.*, pág. 327.

700 Jesús Hernández, *Negro y rojo*, *op. cit.*, pág. 483.

Casado pasa también por alto su cooperación diaria con el Comité de Defensa de la CNT en la preparación de la conjura.

Últimos combates y visiones de Negrín

El 9 de febrero de 1939, tras la pérdida de Cataluña, Negrín voló a Toulouse en compañía de Álvarez del Vayo y Santiago Garcés, jefe del SIM. Al cabo de pocas horas regresó a Alicante en un aparato francés. Con él llegaron también La Pasionaria, Del Vayo y los principales jefes comunistas del Ejército, Modesto, Líster, Tagüeña, Cordón, Francisco Galán y Etelvino Vega. El jefe del Gobierno y su ministro de Asuntos Exteriores no fueron recibidos precisamente con efusividad, como admite éste último: “Aunque externamente se nos saludó con todas las muestras posibles de respeto y lealtad, sentí que se nos miraba como a dos huéspedes inesperados cuya llegada echaba por tierra un programa cuidadosamente preparado. Nuestras palabras de ánimo no encontraron ningún eco entre aquellas personas, exánimes para cualquier reacción enérgica y cuyo único anhelo era que la guerra finalizase lo

antes posible”⁷⁰¹. Del Vayo olvida añadir que la gélida atmósfera era con secuencia de las mentiras y maquinaciones de Negrín y los comunistas.

Negrín instaló su cuartel general en la llamada Posición Yuste, en Elda (Alicante). Los miembros del Gabinete lo hicieron por su parte en el hotel Ritz de Madrid. Negrín sabía o al menos sospechaba que en Madrid los sentimientos se habían vuelto contra él. En su obsesión paranoide de mantener atada a Cataluña, no se percató de que en el centro de España se había formado un círculo de poder hostil a su política que sólo aguardaba una circunstancia propicia para poner fin a su infausta manera de gobernar. También había subestimado incomprensiblemente el carisma de Julián Besteiro, así como la reputación de que gozaba el coronel Casado en el seno de las Fuerzas Armadas. Cometió sobre todo el grave error de creer que el movimiento libertario se reducía a dos hombres sumisos como Mariano R. Vázquez y su ministro Segundo Blanco. Cegado por las fanfarronadas de los comunistas pasó por alto que en aquel momento la mayor fuerza del país no eran ellos, sino los anarquistas. Cuando envió a Madrid a su secuaz y ministro sin cartera Tomás Bilbao Hospitalet para sondear a Casado y afrontar la tempestad que se le venía encima, era demasiado tarde. En su megalomanía, Negrín se imaginaba ser el estadista más inteligente de Europa, según dijo más de una vez en sus conversaciones con

701 Julio Álvarez del Vayo, op. cit., pág. 292.

Zugazagoitia. En realidad, demostró con su conducta ser un Maquiavelo de pacotilla.

El 12 de febrero, Negrín aterrizó en Madrid para reunirse con Casado. Permaneció en la capital hasta el 16 del mismo mes. El objetivo de su viaje era hacerse una idea de la situación en el propio teatro de operaciones. La entrevista entre Negrín y Casado no pudo ser más controvertida. El coronel expuso con claridad al jefe del Gobierno que por motivos tanto armamentistas como de abastecimiento y transporte, el ejército republicano no estaba ya en condiciones de proseguir la guerra contra un enemigo que había concentrado en los frentes que rodeaban Madrid 30 divisiones, 600 aviones y grandes cantidades de tanques y artillería: “La población de Madrid que, durante treinta meses, ha derrochado valor, abnegación y espíritu de sacrificio, no se recata en decir en voz alta que está harta de la guerra y quiere la paz”⁷⁰². Negrín no se dejó impresionar y respondió que en Francia había un arsenal de armas rusas con ayuda de las cuales se podía seguir resistiendo con éxito. Era una de las habituales mentiras a las que recurría cuando le faltaban argumentos objetivos.

Lo que Negrín contó a Casado volvió a repetirlo ante Cipriano Mera cuando ambos se encontraron en el puesto de mando de los anarcosindicalistas en Alcohete (Guadalajara) el 23 de febrero. En el encuentro estuvo

702 Casado, op. cit., pág. 114.

también presente Casado. Mera denunció la labor de zapa de los comunistas en el frente y dijo sin rodeos a Negrín que la guerra estaba perdida. Negrín le replicó, como había hecho unos días antes con Casado, que en Francia se encontraba almacenado material de guerra suficiente como para proseguir la resistencia armada. Ni Mera ni Casado se dejaron engañar.

A pesar de que a estas alturas nadie puede llamarse a engaño sobre la personalidad y la conducta de Negrín, sus alucinantes embustes fantasmear con pretensiones de verdad en no pocos libros de historia, sobre todo tras la aparición de las *Memorias* de Ignacio Hidalgo de Cisneros, un aristócrata vasco al servicio del estalinismo. Lo cierto es que el Gobierno negrinista carecía desde hacía tiempo de dinero para comprar grandes cantidades de armas a Rusia. Por ese motivo, Negrín encomendó en agosto de 1938 al embajador español en la URSS, Marcelino Pascua, solicitar a Stalin un crédito de 60 millones de dólares. El propio Hidalgo de Cisneros confirma que la República española no disponía ya de ningún activo financiero en Moscú: “Con mucha astucia y total premeditación, Negrín no había dicho una palabra sobre el hecho de que los depósitos de oro del Banco de España en Moscú se habían agotado”⁷⁰³. Según datos de Cisneros, la Unión Soviética concedió a la República española un crédito de 103 millones de dólares. Era el importe de la suma que costaba el material de guerra.

703 Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Kurswechsel*, Berlín, 1973, pág. 339.

También está probado que en el momento en que Hidalgo de Cisneros negociaba la entrega de la armas –diciembre de 1938–, Stalin había dado ya el carpetazo a la Guerra Civil española. O como escribiría Ignacio Iglesias en una carta al director de la revista *Índice*, era incomprensible que Stalin, que había suministrado a cuentagotas armas a la República, se decidiera a enviar en diciembre de 1938 la gigantesca cantidad de material de guerra mencionada por Hidalgo de Cisneros en su libro, cuando la derrota de la República era cosa de semanas o de meses⁷⁰⁴.

Hidalgo de Cisneros fue recibido en el Kremlin por Stalin, Mólotov y Voroshílov. Por encargo de Negrín, pidió al trío soviético el envío de 250 aviones. 4.000 ametralladoras y 650 cañones. “Las cifras me resultaban astronómicas y ajenas a toda realidad. Sorprendido y encantado supe que Stalin había dado su consentimiento”⁷⁰⁵. Esto es lo que cuenta Cisneros. Al margen de la cuestión financiera y política, era sencillamente imposible desde un punto de vista técnico transportar a España en plazo tan breve las cantidades de armas mencionadas por Hidalgo de Cisneros y Negrín. El emisario de Negrín viajó a Moscú a mediados de diciembre de 1938, inmediatamente antes de la ofensiva de Franco contra Cataluña, iniciada aquel mismo mes.

704 Ignacio Iglesias, carta a Juan Fernández Figuerola, director de la revista madrileña *Índice*, 24 de julio de 1974. I. Iglesias puso a disposición del autor una copia de la carta.

705 Hidalgo de Cisneros, op. cit., pág. 339.

Imaginemos el tiempo que habría necesitado la burocracia rusa para conseguir 250 aviones, 250 tanques, 4.000 ametralladoras y 650 cañones, embalarlos y cargarlos en barcos. El convoy con todo aquel cargamento debería haber realizado luego un largo viaje por el mar Báltico, el Atlántico y el Canal de la Mancha para llegar a Burdeos, su primer destino. De allí, el arsenal hubiera tenido que ser transportado por tren a Marsella, una empresa bastante inimaginable si tenemos en cuenta que por entonces el gobierno francés estaba negociando ya con Burgos el reconocimiento del régimen de Franco⁷⁰⁶. Sin embargo, Hidalgo de Cisneros afirma: “El material que nos estaba destinado fue cargado en Murmansk en siete barcos soviéticos que se hicieron a la mar rumbo a puertos franceses. Los dos primeros llegaron a Burdeos lo bastante a tiempo como para que nuestro ejército hubiese podido servirse de aquellas armas. Pero el Gobierno francés puso dificultades y retrasó hasta el último momento el paso por Francia. Cuando el primer material llegó por fin a Cataluña, era demasiado tarde para nosotros. Ya no teníamos aeropuertos donde poder montar los aviones y despegar con ellos”⁷⁰⁷. En conclusión: el contingente de armas mencionado por Negrín e Hidalgo de Cisneros no existía. Y aunque hubiese existido en parte, su transporte a España habría sido imposible a esas alturas, como se ve obligado a

706 Sobre este tema, véase Ignacio Iglesias, “Las últimas semanas de la república española”, *Interrogations*, París, marzo de 1975, págs. 5-57.

707 Hidalgo de Cisneros, *op. cit.*, pág. 342.

admitir el mismo Cisneros. La guerra estaba irremediablemente perdida, y de ese modo quedaba sellado también el fin de Negrín y sus valedores comunistas.

Los historiadores de observancia tanto negrinista como comunista han afirmado lo contrario desde el primer momento, sacándose de la manga toda clase de argumentos y datos fantásticos para fundamentar su tesis. Ramos Oliveira es uno de ellos.

En su delirante propósito de difamar a los adversarios de Negrín y demostrar las posibilidades de resistencia de la República, tuvo la desfachatez de atribuir a Casado y sus colaboradores la falsa idea de haber presentado intencionadamente como desesperada la situación de la República para poder justificar su falta de voluntad de resistir: “Pero Casado, convencido de la licitud de cualquier medio para conseguir la paz, exageró la debilidad de la República y la fuerza de los rebeldes. Al margen de la desintegración de la República, ésta era más fuerte y Franco más débil de lo que pensaba o decía Casado”⁷⁰⁸.

Oliveira tiene incluso la impudicia de afirmar que Casado y sus compañeros de conjura en el Ejército acariciaban la idea de poder servir en las Fuerzas Armadas de la España nacional después de la guerra: “Casado contaba con que Franco necesitaría oficiales y se hacía la ilusión de que los

708 Ramos Oliveira, op. cit., pág. 652.

nacionales no podrían prescindir de los oficiales del antiguo ejército”⁷⁰⁹.

Todavía es más vil el juicio de Irene Falcón (en realidad, Irene Lewy), que sesenta años después del final de la Guerra Civil dijo a Pedro Montoliu: “Casado era un agente de Franco, eso está probado”⁷¹⁰.

La República agonizaba no sólo en el plano político, como reconoce el mismo Ramos Oliveira, sino también y justamente a nivel militar y moral. Por eso la gente –incluidos los soldados del frente, hambrientos, tiritando de frío y miserablemente armados– quería la paz. El propio Ramos Oliveira se ve obligado a admitir que “la gente anhelaba la paz” y que el Gobierno de Negrín estaba “casi completamente aislado”⁷¹¹. Los pretendidos 800.000 soldados que según Ramos Oliveira seguían a disposición de la República sólo existían en su imaginación. Es verdad que en uno de sus frecuentes accesos de frenético activismo Negrín había ordenado poco antes de la caída de Barcelona la movilización de todas las quintas de 16 a 45 años, lo cual constituía un disparate, ya por el solo hecho de que no había armas ni munición para los nuevos llamados a filas, ni tampoco uniformes y calzado, por no hablar de la escasez

709 Ibid., pág. 667.

710 Véase Pedro Montoliú, Madrid en la guerra civil, vol. 2, Madrid, 1999, pág. 436.

711 Ramos Oliveira, op. cit., págs. 656 y 658.

de víveres o medios de transporte. La puesta en práctica de la movilización total ordenada por Negrín hubiera conducido además a un caos de la retaguardia. Los comunistas fueron los únicos en propagar la consigna de “Todos al frente”. Por lo demás, la orden de Negrín no tuvo otra acogida que la de la incomprensión y la cólera. Casado se negó a acatar el decreto de movilización de Negrín. En un acto organizado por él a tal fin en el Cine Monumental de Madrid declaró: “Para que todo Madrid esté tranquilo, me complazco en declarar que la movilización ha quedado definitivamente suspendida y por lo tanto no se llevará a efecto”⁷¹². Casado prohibió además por tiempo indefinido el órgano de prensa comunista *Mundo Obrero*, que en un artículo tachado por la Censura había insultado a Largo Caballero llamándole “cobarde, ladrón y asesino”. Hizo también detener a un grupo de comunistas –entre ellos algunos guardias civiles– que habían repartido el artículo entre la población civil y en el frente en forma de hoja volante.

El 26 de febrero de 1939, Negrín convocó a los principales jefes del Ejército en el aeródromo de Los Llanos (Albacete). Miaja fue el único que se sumó a la opción de resistir propuesta por el jefe de Gobierno, pero sólo por razones tácticas, pues también él reconocía que había llegado la hora de entablar negociaciones con el enemigo. Las opiniones del almirante Miguel Buiza, el coronel Casado y el

712 Casado, op. cit., pág. 199.

general Matallana fueron especialmente contundentes. Negrín se enteró en Los Llanos –si es que no lo sabía ya antes– que no podía contar con los comandantes en jefe no comunistas. Pese a ello, reafirmó su determinación de seguir resistiendo, volviendo a repetir la cantinela del supuesto material de guerra depositado en Francia. Sus interlocutores no se dejaron engañar. Una vez libres de la presencia de Negrín, se reunieron para deliberar. Casado informa sobre el encuentro: “Terminada la reunión, el doctor Negrín se trasladó a su residencia de Yuste. Los mandos tuvimos breves cambios de impresiones y nos ratificamos en la creencia que teníamos de que obraba al dictado del Partido Comunista, es decir, al dictado de la Unión Soviética. Esto nos reafirmó en el acuerdo, tomado en firme con anterioridad, de eliminar al Gobierno del doctor Negrín, que carecía de legitimidad, y tratar de negociar la paz directamente con el enemigo”⁷¹³.

En contra de lo que proclamaba públicamente, el propio Negrín había dado ya los primeros pasos para un alto el fuego, lo que ocurrió en el mismo momento en que dio a conocer su plan de los 13 puntos, si no antes. Se esforzó por llegar a un acuerdo con Franco sobre todo tras la pérdida de Cataluña. Ello explica el mensaje que junto con Del Vayo dirigió el 6 de febrero de 1939 a representantes de los Gobiernos inglés y francés. Nada más regresar a España, Del Vayo se desplazó de nuevo a Francia para proseguir las

713 Ibid., pág. 127.

iniciativas de paz, contando para ello con el apoyo del embajador de la República española en Londres, Pablo de Azcárate. Pero las condiciones que proponían para un cese de las hostilidades carecían del más elemental realismo, por lo que ni Londres ni París pudieron contribuir a un entendimiento entre los dos bandos. La afirmación mantenida obstinadamente por Negrín y Del Vayo de que la República se hallaba en condiciones de resistir durante meses, carece de todo fundamento, como dijo el presidente Azaña a Del Vayo en París: “Nadie cree en nuestra capacidad de resistencia. Y los más escépticos son nuestros propios generales”⁷¹⁴. También Franco lo tenía claro; por eso no accedió a las condiciones propuestas por Negrín para iniciar conversaciones de paz.

A Negrín sólo le quedaba la dimisión o la provocación. Eligió la segunda opción. El 3 de marzo de 1939 entregó todos los puestos de mando importantes del Ejército a jefes de tropa comunistas, y eso sin previa autorización de las Cortes y del presidente de la República, como preveía la Constitución. Los ascensos fueron dados a conocer únicamente en el Boletín Oficial del Ministerio de Defensa Nacional. Antonio Cordón García fue promovido al rango de general y al mismo tiempo nombrado secretario general del Ministerio de Defensa. Los comunistas Juan Modesto, Enrique Lister, Francisco Galán, Luis Barceló, Aurelio Mantilla, Manuel Márquez y Emilio Bueno fueron ascendidos a

714 Véase Del Vayo, op. cit., pág. 299.

coroneles. Negrín aprovechó la oportunidad para reestructurar por completo el mando supremo de las Fuerzas Armadas. Especialmente grave fue la disolución de los Grupos de Ejército, que a partir de ese momento pasaron a las órdenes directas del ministro de Defensa. Con esta medida quedaba marginado su comandante en jefe, general Matallana. Y aunque se nombró al general Miaja inspector general de las fuerzas de tierra, mar y aire, fue sólo una manera elegante de arrebatarle el mando supremo del Ejército republicano. Negrín obró de manera similar con el coronel Casado, pues al mismo tiempo que le ascendía a general, le quitó la jefatura del Ejército del Centro para entregársela al comunista Juan Modesto. En las demás regiones ocurrió lo mismo. El mando de Levante pasó del general Leopoldo Menéndez a manos de Líster; en Extremadura, El Campesino sustituyó al general Antonio Escobar Huertas. El comandante en jefe de Andalucía, coronel Domingo de Moriones y Lacarra, tuvo que ceder su puesto al coronel comunista Tagüeña. El nuevo jefe de la base naval de Cartagena pasó a ser el coronel Francisco Galán, que reemplazó al general Carlos Bernal. El teniente coronel comunista Etelvino Vega asumió el mando militar de Alicante, y su camarada de partido Leocadio Mendiola el de Murcia. Hidalgo de Cisneros permaneció como jefe de las Fuerzas Aéreas. El Boletín Oficial del Ministerio de Defensa del 4 de marzo incluía otros nombramientos de oficiales comunistas, pero Casado, informado por el jefe de la imprenta –el socialista Ángel Peinado–, impidió la

publicación del boletín. Pocos días después, Peinado era asesinado por los comunistas.

¿Qué se proponía Negrín con aquella vuelta al revés de la dirección del Ejército? Para Víctor Alba el trasfondo de lo ocurrido estaba más claro que el agua: “El nombramiento de tantos comunistas para puestos clave no podía tener sino una consecuencia, la que Negrín buscaba: que dieran un golpe contra él”⁷¹⁵. En efecto, hay suficientes indicios y datos que confirman que la provocación de Negrín perseguía como único objetivo lanzar a los cuatro vientos la leyenda de que la responsabilidad por el cese de la resistencia contra Franco pesaba exclusivamente sobre sus adversarios, mientras que él pasaría a la historia como defensor incontestable de la continuación de la guerra. Negrín no entregó, ni mucho menos, el poder militar a los comunistas para hacerles un favor, sino para desencadenar la rebelión que necesitaba con el fin de poder tachar de traidores a los enemigos que tenía en la zona republicana.

Negrín había ascendido a general al coronel Casado y lo había nombrado sucesor del general Rojo, jefe hasta entonces del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la República.

Casado no aceptó ninguno de los dos nombramientos

⁷¹⁵ Víctor Alba, *Los sepultureros de la República*, Barcelona, 1937?, pág. 302.

porque sabía que eran una trampa. El 3 de marzo, Negrín ordenó a Casado que se presentara en la Posición Yuste a la mañana del día siguiente. Lo mismo hizo con Miaja y Matallana. Miaja y Casado decidieron no acceder a la demanda. Matallana, que acudió a Yuste, fue retenido allí como rehén. Casado no atendió tampoco una nueva orden de Negrín, quien esperaba poder arrestarle. Casado lo sabía y no se dejó atrapar.

Levantamiento en Cartagena

El nombramiento del comunista Francisco Galán para la jefatura de la base naval de Cartagena chocó con el abierto rechazo de los oficiales republicanos de la Flota y la Infantería de Marina. Pero a pesar de su hostilidad, no opusieron resistencia a Galán cuando el 5 de marzo se presentó en Cartagena con una guardia personal. Sin embargo, poco después de su llegada, varias unidades de combate se rebelaron contra el nuevo comandante de la plaza. Francisco Galán fue incluso retenido en el edificio de Capitanía por el capitán de navío Fernando Oliva. Aunque no tardó en ser liberado por oficiales republicanos, permaneció todo el tiempo aislado en el mismo edificio.

La primera sublevación contra Negrín y los comunistas fue

obra de Gerardo Armentia, general de artillería. Otros oficiales y unidades se unieron a la rebelión. La quinta columna aprovechó los conflictos internos en el bando republicano para salir de sus escondites. Sus miembros consiguieron apoderarse pronto de la emisora de radio. También lograron liberar a los presos fascistas. Los falangistas se apoderaron además de una parte de las baterías de costa y del Arsenal. Apoyados por los aviones italianos Savoia, bombardearon la flota. Su comandante en jefe, almirante Miguel Buiza, fue presa del pánico, y con él muchos oficiales. El comisario general de la Marina, Bruno Alonso, era partidario de que la flota de guerra permaneciera en aguas de Cartagena, pero su propuesta fue rechazada por mayoría de votos. El 6 de marzo, la flota de guerra republicana abandonó Cartagena y puso rumbo a Argel. A bordo de la misma se hallaba también Francisco Galán. Las autoridades coloniales francesas denegaron al convoy la entrada al puerto y ordenaron al almirante Buiza continuar viaje hacia Bizerta. Llegados allí, los 4.000 hombres de las fuerzas navales fueron internados de inmediato en el campo de concentración de Meheri Zebbens. 2.400 de ellos prefirieron regresar a España, aunque sabían que acabarían en la cárceles de Franco. En cuanto a Buiza, ingresó en la Legión Extranjera francesa.

Mientras la flota de guerra se alejaba de Cartagena, en la ciudad se libraba un combate despiadado entre la quinta columna y las tropas republicanas. Los franquistas estaban

dirigidos por Rafael Barrionuevo, general de infantería de Marina retirado, que tomó el parque de artillería y detuvo a su jefe Gerardo Armentia, quien perdió la vida poco después sin que se hayan aclarado las circunstancias de su muerte: o bien se suicidó o bien fue víctima involuntaria de los disparos de algún soldado. Emitiendo por radio informaciones falsas, Barrionuevo logró también desconcertar a la flota republicana, desmoralizarla y finalmente inducirla a huir. A pesar de estos éxitos, la quinta columna era demasiado débil y se hallaba demasiado dispersa como para estar en condiciones de ocupar la ciudad. Su esperanza de que las tropas de Franco aparecieran en el puerto no se cumplió.

La llegada del comunista Artemio Precioso al frente de la Brigada Mixta n° 206 puso fin al levantamiento de la quinta columna. A primera hora de la mañana del 7 de marzo se derrumbó la resistencia de los fascistas. Rafael Barrionuevo, el comandante Vicente Lombardero, el capitán Alberto Meca, el falangista Ramos Carratalá y los demás cabecillas fascistas fueron detenidos en el parque de artillería. Algunos quintacolumnistas, entre ellos el teniente coronel Lorenzo Pallares, consiguieron huir del Arsenal en el último minuto a bordo de un submarino.

No obstante, los frutos de este triunfo no fueron cosechados ya por Negrín, sino por el Consejo de Defensa de Madrid reunido en torno a Casado.

Destitución de Negrín

Mientras en Cartagena ocurrían los sucesos que acabamos de describir, en Madrid avanzaban a toda marcha los preparativos para derrocar a Negrín. La mañana del 4 de marzo, el coronel Casado se reunió en su residencia privada con los anarquistas Mera, Salgado y Verardini. En el encuentro se decidió la formación de un contragobierno, como confirma García Pradas: “El día 4 de marzo ya teníamos organizado a la perfección, en Madrid, nuestro alzamiento, y habíamos establecido enlace con Andalucía, Extremadura y Levante”⁷¹⁶. Que era por fin hora de actuar lo demuestra el hecho de que aquella misma mañana *Mundo Obrero*, órgano del PC español, anunciaba con grandes titulares que el doctor Negrín se dirigiría al día siguiente a todos los españoles. El periódico dejaba entrever en un comentario que el jefe del Gobierno abogaría por otra renovación del aparato del Estado y del Ejército. Casado y sus compañeros de conspiración vieron con claridad que había llegado la hora de poner manos a la obra.

Los conjurados de Madrid instalaron su cuartel general en los sótanos del antiguo Ministerio de Hacienda, a dos pasos

716 García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, op. cit., pág. 62.

de la Puerta del Sol. Casado y los anarquistas Eduardo Val, Rafael Salgado, Manuel Amil, González Marín y García Pradas entraron en el edificio el 5 de marzo, a las 20:45 horas, Cipriano Mera más tarde. Entre los presentes se hallaban Julián Besteiro y otros políticos. El jefe del SIM de Madrid, el socialista Ángel Pedrero, que en un primer momento se había pronunciado contra la sublevación, fue obligado a punta de pistola por los anarquistas a colaborar. Su jefe, Santiago Garcés, le ordenó desde la Posición Yuste, junto a Alicante, detener a los miembros de la Junta. Pedrero le hizo saber que dadas las escasas fuerzas con que contaba, no estaba en condiciones de cumplir la orden.

A última hora del 5 de marzo se constituyó en el Ministerio de Hacienda una Junta de Defensa. En ella estaban representados todos los partidos y corrientes políticas a excepción de los comunistas. La composición de la Junta fue decidida en lo esencial por los anarcosindicalistas, que no obstante sólo estaban representados por González Marín y Eduardo Val. Desde Valencia, el general Miaja se declaró dispuesto a asumir la presidencia de la Junta. Al día siguiente se presentó en Madrid, donde sólo permaneció veinticuatro horas escasas. Casado conservó la cartera de Defensa; el socialista Wenceslao Carrillo –padre de Santiago Carrillo– se hizo cargo del Ministerio de Gobernación, Julián Besteiro del de Relaciones Exteriores. A las 23:30, poco después de haberse dado a conocer la constitución de la Junta, la Brigada Mixta nº 70, a las órdenes del anarquista

Bernabé López, ocupó puntos estratégicos de la capital y asumió la protección militar de la Junta en el Ministerio de Hacienda.

Poco después de media noche, Julián Besteiro dio a conocer por radio la constitución de la Junta. Además de él hablaron Casado y Mera. Finalmente, el republicano Miguel San Andrés leyó el manifiesto de la Junta, redactado por el anarquista García Pradas por encargo de Casado.

Negrín tuvo conocimiento de su destitución en la Posición Yuste, donde acababa de cenar junto con el resto de sus ministros y un puñado de fieles. Algunos de sus colaboradores y al final él mismo intentaron contrarrestar por teléfono el curso de los acontecimientos. Negrín propuso a Casado acceder a una entrega formal del poder. El coronel se negó a ello: “No se puede entregar lo que no se posee”, respondió lacónico⁷¹⁷. Poco después le hizo saber a través del general Menéndez que si el general Matallana no era puesto en libertad antes de tres horas, él mismo haría que lo liberasen por la fuerza. Matallana recobró en efecto la libertad inmediatamente después del ultimátum⁷¹⁸.

717 Casado, op. cit., pág. 158.

718 La última ocupación de Negrín en suelo español consistió en consumir las latas de conserva que su ayudante Santiago Garcés le había traído de Francia. Las latas le fueron entregadas por su subsecretario de Estado Antonio Cerdón. Fue una escena pantagruélica que Enrique Castro Delgado

Negrín no perdió el poder porque se hallara agotado, como afirma su servil cronista Matthews⁷¹⁹, sino porque había acabado siendo víctima de su propia urdimbre de mentiras. Él lo sabía, y fue por eso que no opuso resistencia. El 6 de marzo de 1939 huyó a Toulouse en compañía de Del Vayo. Pocas horas después, los dirigentes comunistas siguieron su ejemplo: Dolores Ibárruri con su secretaria Irene Falcón, Hidalgo de Cisneros, Juan Modesto, Vicente Uribe, Enrique Líster, Tagüeña, Núñez Maza y el poeta Rafael Alberti con su compañera María Teresa León. Inmediatamente después de la huida, el Comité Central del PC se reunió por última vez en suelo español en el pequeño aeródromo de Monóvar. En la sesión, dirigida por Togliatti, se decidió no oponer resistencia armada a la Junta de Madrid y procurar, en cambio, poner a salvo a los cuadros directivos del PC. Los últimos comunistas de alto rango que dejaron España fueron Jesús Hernández, Pedro Checa y Palmiro Togliatti. Antes de tomar un avión el 28 de marzo en el aeródromo de Totana, en Murcia, intentaron todavía negociar un compromiso con la Junta de Casado. Las conversaciones mantenidas por mediación del general Leopoldo Menéndez no dieron ningún resultado.

dejó escrita para la posteridad con la correspondiente repugnancia. Véase Enrique Castro Delgado, *op. cit.*, pág. 651 y ss. Éste era, pues, Negrín, a quien su apologeta Ramos Oliveira caracteriza como “dirigente irrenunciable de la guerra y la República”. Véase Ramos Oliveira, *op. cit.*, pág. 607.

719 Herbert L. Matthews, *op. cit.*, pág. 224.

Enrique Castro Delgado, encargado por el Partido de asegurar militarmente la Posición Yuste, comenta sarcásticamente: “Los ‘héroes’ marchaban al exilio. Limpios de culpa. Ellos no habían sido vencidos. Ellos no habían capitulado. Había sido el general Miaja, el coronel Casado, Besteiro y Wenceslao Carrillo y otros más los que habían abierto el camino a Franco. Con la sublevación de Casado–Miaja los comunistas se habían salvado de la responsabilidad histórica de la catástrofe, de la última catástrofe”⁷²⁰. El juicio de Casado es más duro: “El doctor Negrín y todos los dirigentes comunistas que preconizaban la ‘resistencia al enemigo’, seis horas después de constituido el Consejo Nacional de Defensa huyeron en avión, dejando cobardemente abandonados a los oficiales y tropa comunistas que lucharon valientemente para defender la consigna de la resistencia que ellos impusieron”⁷²¹.

Guerra civil dentro de la Guerra Civil

Los comunistas de la región central decidieron espontáneamente oponer resistencia armada a la Junta de

720 Enrique Castro Delgado, op. cit., pág. 653.

721 Casado, op. cit., pág. 160.

Casado. En ese momento no sabían aún que Negrín y la mayoría de los dirigentes del PC no estaban ya en España. Consideraban por ello como una mentira la noticia de la fuga, dada a conocer repetidamente por la Junta, el Comité Provincial del PC de Madrid se reunió en su cuartel general de Villa Eloísa y nombró al coronel Luis Barceló comandante en jefe del Ejército del Centro.

En Madrid se levantaron barricadas, como había ocurrido en Barcelona en mayo de 1937. Las brigadas y divisiones comunistas estacionadas alrededor de Madrid dejaron el frente y marcharon hacia la capital. Sólo el coronel Antonio Gutiérrez, comandante del III Cuerpo de Ejército y director de Seguridad durante la persecución del POUM, intentó mediar entre ambas partes a instancias de Miaja. Al frente de las unidades comunistas se hallaba el coronel Luis Barceló, jefe del I Cuerpo de Ejército. Fue apoyado por el comandante Guillermo Ascanio, jefe de la VIII división del II Cuerpo de Ejército, al mando del teniente coronel Emilio Bueno. El propio Bueno guardaba cama y no pudo participar en las operaciones. Las tropas de Ascanio y otras unidades de combate del II Cuerpo de Ejército consiguieron avanzar hasta el centro de Madrid y ocupar posiciones importantes: la Castellana, Nuevos Ministerios, Puerta de Alcalá, la Cibeles, el parque del Retiro, la estación de Atocha, la plaza de Oriente y la de Manuel Becerra. La Junta, atrincherada en el Ministerio de Hacienda, corría peligro de quedar cercada. Según Casado, “en la mañana del día 8 la situación

del Consejo era comprometida, pues estábamos bloqueados por el triángulo Cibeles, Antón Martín y Teatro Real”⁷²². El Comité de Defensa de la CNT, en la calle Serrano nº 111, estaba también sitiado por unidades de tanques comunistas. Sin embargo, sus reiterados intentos de asaltar el edificio fracasaron ante la decidida resistencia de los libertarios. Las unidades comunistas lograron apoderarse, en cambio, de la sede de la Asociación Socialista madrileña y fusilaron de inmediato a dos de sus miembros. También penetraron en la sede del Gobierno y tomaron varios rehenes, que se llevaron al palacio de El Pardo, en las afueras de Madrid.

Llegado de Valencia, el general Matallana asumió el 6 de marzo el mando supremo de las unidades militares de la Junta, compuestas de no más de 10.000 hombres en total. Cipriano Mera, que dudaba de la determinación de Casado, decidió abandonar el frente y regresar a Madrid para tomar personalmente en sus manos la dirección de la lucha contra los comunistas. “Su intervención fue decisiva”, según confirmaría el filósofo Julián Marías años más tarde⁷²³. El discípulo de Ortega y Gasset era entonces el hombre de confianza de Julián Besteiro, para quien escribía también artículos. Estas funciones le obligaban a recorrer constantemente las calles de Madrid, razón de que pudiera hacerse una imagen fiel de las luchas en la capital. En el

722 Ibid., pág. 173.

723 Julián Marías, Una vida presente. Memorias, Madrid 1989, pág. 249.

Ministerio de Hacienda reinaba “un clima bastante enrarecido”, notó Mera al entrar en el edificio⁷²⁴. Las perspectivas de una victoria de la Junta no eran en ese momento buenas. Había además problemas con las líneas telefónicas. Mera se desplazó en compañía de Artemio García al Ministerio de Marina, sede del SIM madrileño. Desde allí ordenó a su representante en el IV Cuerpo de Ejército, Liberino González, que pusiera enseguida en marcha a todos los reservistas del Cuerpo, pero no a quienes se encontraban en la línea de fuego. Las tropas de Liberino González asaltaron la base comunista de Alcalá de Henares, conquistaron Torrejón, atravesaron el puente de San Fernando y ocuparon el sector del frente de Paracuellos–Barajas, en la orilla derecha del Manzanares y el de Vicálvaro–Coslada–San Fernando en la orilla izquierda. Desde allí avanzaron hacia Madrid y abatieron uno tras otro los nidos de resistencia comunistas. El 11 de marzo se entregaron los comités Central y Provincial del PC.

La lucha fratricida entre comunistas y anarquistas en las calles de Madrid fue despiadada y concluyó con la victoria de los segundos. El coronel Luis Barceló fue condenado a muerte junto con su comisario político José Conesa y fusilado de inmediato. La afirmación de Juan Simeón Vidarte de que los anarquistas habrían asesinado en Madrid a 2.000 soldados⁷²⁵ es una burda patraña procedente de la

724 Cipriano Mera, *op. cit.*, pág. 209.

725 Juan-Simeón Vidarte, *op. cit.*, pág. 924.

vil propaganda difundida por el PC sobre la CNT. García Pradas pone los puntos sobre las íes: “Miente quien diga que hubo represión anticomunista. Se puso en libertad a la mayoría de detenidos durante la lucha, y únicamente se fue severo con algunos individuos condenados, antes que por nadie, por la opinión pública”⁷²⁶. Tanto los anarquistas como los jefes militares se esforzaron por evitar innecesarios derramamientos de sangre. El historiador Luis Romero, de ideología más bien conservadora y que ha indagado con meticulosa objetividad este capítulo de la Guerra civil, testimonia: “Puede darse por cierto que no hubo más fusilamientos que en virtud de sentencias de tribunales”⁷²⁷.

Los comunistas no fueron los únicos en llevar a cabo ejecuciones y actos de venganza arbitrarios, pero también en este triste aspecto fueron los que se llevaron la palma, fusilando por ejemplo y entre otros a los coroneles José López Otero, Arnaldo Fernández Urbano y José Pérez Gazzolo. El propio Ramos Oliveira habla al respecto de los “abominables excesos” cometidos por los comunistas⁷²⁸. Los comunistas tomaron asimismo como rehenes a muchas personas no implicadas en la lucha y fusilaron a algunas de ellas. Por casualidad lograron detener también a García Pradas y a Manuel Salgado cerca de los Nuevos Ministerios.

726 García Pradas, *Como terminó la guerra de España*, op. cit., pág. 104.

727 Luis Romero, *El fin de la guerra*, Barcelona, 1976, pág. 395.

728 Ramos Oliveira, op. cit., pág. 663.

Al principio se les retuvo en el cuartel de la VII división, en Madrid, y más tarde fueron llevados al palacio de El Pardo, cuartel general de Luis Barceló, donde se encontraban alrededor de 800 prisioneros. Allí fueron torturados física y psicológicamente. Sólo la sangre fría de ambos anarquistas y el miedo a la venganza de la CNT–FAI indujo al coronel Barceló a ponerles finalmente en libertad. El socialista José Gómez Osorio, gobernador civil de Madrid, que también fue encarcelado, dijo tras su liberación: “En mi larga historia de luchador proletario, no recuerdo trato como el que me han dado quienes dicen llamarse hermanos nuestros, durante los cuatro días que he estado bajo su dominio. Ni en los tiempos de la Monarquía ni de la Dictadura, ni siquiera en los del triste Bienio Negro, han sido tratados peor que ahora quienes sólo hemos cometido el delito de continuar fieles al poder constituido en defensa de los intereses del pueblo”⁷²⁹.

También en Extremadura y Levante hubo sublevaciones contra la Junta de Madrid, pero fueron reprimidas sin gran esfuerzo por los generales Leopoldo Menéndez y Antonio Escobar.

En Andalucía, los anarquistas y los socialistas controlaron la situación desde el principio y tomaron las medidas necesarias para que no se produjera ningún levantamiento comunista. Lo mismo hizo David Antona como gobernador

729 Luis Romero, *op. cit.*, pág. 353.

y anarquista en Ciudad Real. En Valencia, el coronel Ricardo Burillo rompió con el Partido Comunista, se unió a la Junta de Casado y detuvo a varios funcionarios del PC.

El comunista Etelvino Vega, nombrado por Negrín gobernador militar de Alicante, fue detenido enseguida por los seguidores de Casado.

El 18 de marzo de 1939, el Comité Central del PC español publicó una declaración cuyo título reflejaba por sí mismo su contenido, pues afirmaba que la Junta de Defensa no luchaba por la paz, sino para entregar el pueblo español a Franco. En el documento se afirmaba asimismo que la conjura de la Junta había sido en realidad urdida por agentes extranjeros al servicio del fascismo y de los sectores reaccionarios de la burguesía imperialista europea⁷³⁰. Esta toma de posición serviría a partir de entonces como modelo para los inmundos ataques de la historiografía estalinista contra los miembros de la Junta, en particular contra Mera, García Pradas, Eduardo Val y otros destacados anarquistas. De la misma manera, Jesús Hernández, a quien durante la guerra se asignó la tarea de dirigir el hostigamiento contra los enemigos del Partido, fue también el encargado, terminada la guerra, de lanzar los ataques más pérfidos contra los hombres que en febrero y marzo de 1939 acabaron con el régimen de terror de Negrín y los comunistas.

⁷³⁰ Panorámica, 27, 1939, reimpresso en Spanien: Dokumente zum Stadium des Spanischen Bürgerkriegs (1936-1939), op. cit., pág. 469.

Asqueado sin duda del Partido y de sí mismo, rompió más tarde con sus antiguos camaradas, un paso valiente que de ningún modo le exime del indigno y miserable papel que desempeñó siempre en el PC.

El final

Tras la destitución de Negrín y de los ministros y oficiales comunistas, la Junta de Madrid tomó las medidas necesarias para negociar un alto el fuego con el cuartel general de Franco. Con ese propósito envió a dos emisarios a Salamanca. El Caudillo dejó claro desde el primer momento que sólo cabía una capitulación sin condiciones. Se negó también a tratar con Casado u otros representantes de alto rango de la Junta de Madrid, aceptando únicamente negociar con emisarios subordinados carentes de relieve político. Según escribe el historiador Javier Tusell en su libro –por lo demás anodino– sobre la Guerra Civil: “Franco demostró la misma falta de generosidad (pero también idéntica conciencia de su propia fuerza) que le caracterizaría durante todo su régimen”⁷³¹. El propio Franco no participó

731 Javier Tusell, España 1936-1939. Vivir en guerra, Madrid, 1996, pág. 158.

directamente en las negociaciones. Las condiciones concretas para la entrega del poder fueron fijadas los días 23 y 25 de marzo en el aeropuerto de Gamonal, cerca de Burgos.

El 26 de marzo se reunió por última vez en Madrid el Consejo de Defensa. Ese mismo día, Franco lanzó la “ofensiva de la victoria” en todos los frentes. Sólo se produjeron combates aislados; los oficiales republicanos se rindieron sin ofrecer resistencia. En vez de luchar, las tropas de ambos Ejércitos confraternizaron. La propuesta de Cipriano Mera de organizar un ejército guerrillero y continuar la resistencia fue rechazada por irreal e imposible de llevarse a la práctica. La mañana del 28 de marzo de 1939 entraban en Madrid los primeros soldados de la España nacional. Pocas horas antes, Cipriano Mera recibió de Casado la orden de abandonar sus posiciones y dirigirse a la costa levantina.

Casado, García Pradas, González Marín, Manuel Salgado y unos cientos de oficiales y políticos de alto rango se refugiaron en el crucero inglés Galatea, anclado en el puerto de Gandía. Al día siguiente fueron trasladados al barco hospital inglés Maine. A bordo se hallaban también varios dirigentes comunistas, entre ellos Francisco Ciutat, Antonio Camacho, Gustavo Durán y Federico de la Iglesia.

Muchas personalidades de la República prefirieron quedarse en la capital, entre ellos Julián Besteiro y el

anarquista Melchor Rodríguez. “Sé que la inmensa mayoría de los combatientes republicanos no podrán abandonar España”, dijo Besteiro; “yo me quedo para compartir su suerte”⁷³². Besteiro asumió además de forma voluntaria la tarea de entregar oficialmente a los vencedores el aparato de poder de la República, trámite que cumplió con la dignidad que le caracterizaba⁷³³. Como alcalde de Madrid, Melchor Rodríguez se encargó de permanecer en el Ayuntamiento hasta la llegada de los vencedores⁷³⁴. La rendición oficial de las tropas fue efectuada por el coronel Adolfo Prada Vaquero, el defensor de Asturias. No fueron los únicos que demostraron su grandeza humana en aquellos momentos difíciles.

732 Eduardo de Guzmán, “Cuatro actos de honestidad”, índice, Madrid, 1-15 de octubre de 1970.

733 Besteiro fue detenido, condenado a 30 años de cárcel por un tribunal militar y encerrado en la cárcel de Carmona, a pesar de que se hallaba gravemente enfermo y de que no había ocupado ningún cargo durante toda la Guerra Civil. Murió el 27 de septiembre de 1940 a los 71 años en condiciones humillantes.

734 El comunista Tagüeña afirma en sus Memorias que Melchor Rodríguez recibió jubiloso a los vencedores. Lo cierto es que el ex-director general de prisiones fue detenido y condenado a 20 años de cárcel por un tribunal militar, a pesar de que en el invierno de 1937 había salvado la vida a incontables enemigos de la República.

EPÍLOGO

UN NUEVO CÍRCULO DEL INFIERNO

*Vosotros, que aquí entráis, abandonad
toda esperanza.*

Dante, La divina comedia

La última traición de Negrín

A causa de sus falsas informaciones sobre la verdadera situación de la guerra y de sus delirantes consignas sobre la posibilidad de seguir resistiendo, Negrín impidió una evacuación a tiempo y ordenada de los combatientes

republicanos. La tarde anterior a la entrada de las tropas de Franco en Barcelona reinaba en la capital catalana un tremendo caos. Presas de pánico, cientos de miles de personas emprendieron camino hacia Francia para no caer en las garras de las tropas franquistas que se acercaban a la ciudad. Dado que Negrín se empeñó hasta el último momento en sostener que la Guerra Mundial no tardaría en estallar, se negó a tomar medidas para la salvación de los refugiados republicanos. Fue su última traición.

Consecuente con su conducta irresponsable, Negrín no tuvo en cuenta la opción de organizar una expatriación medianamente ordenada de los antifascistas españoles, lo que era del todo posible. Para ello disponía de la flota de 25 barcos de France Navigation, fundada con dinero republicano en abril de 1937 y administrada por los comunistas franceses. También se podía haber recurrido a la flota mercante de la Mid Atlantic Shipping Co., que durante la Guerra Civil había tenido a su cargo, junto con la sociedad Campsa Gentibus, el comercio exterior de la República bajo la dirección de Marino Gamboa, compañero de viaje del PC. García Pradas no exageraba: “La mitad de su flota bastaría para embarcar a la gente deseosa de expatriarse”⁷³⁵. En diversos puertos de Francia y sus colonias norteafricanas se encontraban anclados los barcos mercantes de las compañías de navegación y las empresas navieras españolas Ibarra, Trasatlántica, Pinillos, Sota,

735 J. García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, op. cit., pág. 134.

Aznar, etcétera. En el último minuto, varios de aquellos barcos recibieron la orden de dirigirse no al Mediterráneo –como hubiera sido lógico–, sino a Leningrado, Murmansk y el Mar Negro, donde quedaron en poder de la Marina soviética. En La Rochelle, Marsella, Saint Nazaire, Burdeos y otros puertos franceses se hallaban más de 400 barcos españoles que Negrín no utilizó y que a partir de abril de 1939 pasaron en su mayoría a manos de las autoridades franquistas. El resumen de las extensas investigaciones de Francisco Olaya dice así: “En realidad, Negrín gestionó el final de la guerra civil con la misma irresponsabilidad con que gobernó el país y la administración del patrimonio nacional”⁷³⁶.

Mientras la Junta de Defensa de Madrid negociaba con Franco las condiciones del final de la guerra, se esforzaba también en encontrar la manera de salvar a los antifascistas que querían salir del país. Con este objeto, el 17 de marzo envió a París al socialista Tritón Gómez. Las conversaciones con Negrín y su ministro de Hacienda Méndez Aspe resultaron infructuosas. Ambos trataron con frialdad al emisario de la Junta madrileña. Álvarez del Vayo afirma lo contrario, como suele hacer tan a menudo en sus *Memorias*: “En su conversación con Negrín, Tritón Gómez comprobó que ya se habían tomado algunas de las medidas propuestas por él”⁷³⁷. Negrín insistió además en que seguía

736 Francisco Olaya Morales, op. cit., pág. 61.

737 Álvarez del Vayo, op. cit., pág. 320.

siendo el legítimo jefe de Gobierno. En Madrid, Casado y Besteiro pidieron apoyo a las Embajadas extranjeras, también sin resultado. Como escribe Santillán, Negrín “continúa a costa de los dineros robados a España su vida de ostentación y gasta medio millón de francos en un solo viaje a los Estados Unidos, mientras medio millón de hombres, mujeres y niños mueren de hambre y de desamparo en los campos de concentración ofrecidos por la ‘hospitalidad’ francesa”⁷³⁸.

En Francia

La primera medida tomada por el Gobierno de Edouard Daladier el 28 de enero de 1939 fue cerrar la frontera francoespañola y llenarla de soldados senegaleses. Sólo el miedo a la indignación de la inmensa masa de refugiados –entre los cuales se encontraban unidades enteras de combate con todos sus pertrechos– indujo a París a reabrir la frontera. A comienzos de febrero de 1939, el Gobierno francés dio a conocer el establecimiento de campos de concentración para los refugiados españoles. La aplicación de esta medida corrió a cargo del ministro del Interior Albert Sarraut. Y a partir de ese momento comenzó el martirio

738 Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, op. cit., pág. 259.

previsto un año antes por Indalecio Prieto –buen conocedor de la mentalidad francesa– en una conversación con Julián Zugazagoitia: “La frontera nos será cerrada con bayonetas [...]. Los que tienen la esperanza de una acogida generosa se engañan. Los franceses no solamente no nos estiman, sino que nos desprecian”⁷³⁹.

Gustav Regler se encontraba también en territorio francés cuando los refugiados llegaron allí. “Fueron recibidos como vagabundos”, testimonia⁷⁴⁰. También se hallaba presente Herbert L. Matthews, no sólo para informar al New York Times, sino para prestar ayuda. Al ver el desprecio con que la Garde Mobile trataba a los antifascistas españoles, apartó la mirada y dijo a Gustav Regler: “No puedo verlo”⁷⁴¹. Y poco después: “El corazón francés es el estómago”⁷⁴². Otro de los presentes era el periodista inglés Henry Buckley, y lo que vio en los puestos fronterizos de Perthuis y La Junquera le llevó a anotar más tarde: “Hay una historia que habría deseado no tener que escribir nunca: la de la llegada de los refugiados a Francia”⁷⁴³.

Los propios afectados sentían exactamente lo que puso por escrito Emilio Trave, miembro de la XXVI división

739 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 83.

740 Gustav Regler, *Das Ohr des Malchus*, Colonia, 1958, pág. 426.

741 Op. cit., pág. 427 y ss.

742 Op. cit., pág. 429.

743 Henry Buckley, op. cit., pág. 415.

libertaria, en representación de sus compañeros de sufrimiento: “¡Qué amarga decepción nos aguardaba! En vez de encontrar calor humano y hospitalidad altruista, fuimos recibidos con el comportamiento más indigno que uno pueda imaginarse, tan frío como la temperatura reinante, tanto por parte de las autoridades civiles y militares como de la población”⁷⁴⁴. Y otro superviviente –Francisco Pons– escribe con amarga ironía: “Es evidente que éramos la peste y como tal debíamos ser tratados”⁷⁴⁵.

Tras la caída de Cataluña buscaron refugio en Francia 250.000 soldados, 10.000 heridos, 60.000 enfermos y ancianos, unas 180.000 mujeres y 80.000 niños⁷⁴⁶. Los refugiados tuvieron que entregar sus armas –cosa comprensible–, pero fueron despojados a menudo de sus aparatos de fotografía, máquinas de escribir y otros objetos de valor, alegando como motivo ¡que no habían pagado tasas aduaneras! La gloria literaria del PC francés, Louis Aragon, se dejó ver brevemente en la frontera, pero no para protestar contra el trato inhumano dado a los refugiados españoles, sino para dejarse fotografiar por la prensa en la pose del buen samaritano en versión comunista.

744 Emilio Trave, “1789-1939: Francia, ¿tierra de asilo?”, CNT, Bilbao, junio-julio de 1990.

745 Francisco Pons, Barbeles a Argeles et autour d’autres camps, París, 1993, pág. 54 y ss.

746 Le Temps, 10 de marzo de 1939.

Milicianos y civiles fueron internados en campos de concentración improvisados en Argelés-sur-Mer, Le Vernet de l'Ariège, Bourg Madame, Sept-Fonts, Saint-Cyprien, Bram, Fort Collioure, Gurs..., donde tuvieron que dormir con la arena como colchón, expuestos al frío, sin comida ni cuidados médicos suficientes y vigilados por tropas coloniales. Esa fue la acogida dada por el Gobierno de Daladier a los hombres y mujeres que habían luchado durante casi tres años por la libertad de España y Europa. Argeles, por ejemplo, era “una playa inmensa, y nada más. Ni caseta, ni agua, ni comida, ni enfermeros, ni medicinas. Sólo la arena y el mistral. Y los senegaleses [...]. No hay una venda para los heridos ni un poco de agua hervida para los enfermos [...]. Como bestias, tras las alambradas, los españoles, sin mantas, sin comida, sin sol y moribundos, son lanzados al desierto de arena”⁷⁴⁷. Así lo describe una joven poeta hispanocubana que sobrevivió al infierno. Para el ciudadano medio de la Troisième République, las auténticas víctimas eran los franceses, no los españoles, que no llevaban a su país más que fastidio y problemas. En lo tocante al trato dado a los refugiados españoles, Francia no tuvo ningún “motivo de sonrojo”, según afirman aún hoy dos historiadores franceses⁷⁴⁸.

747 Silvia Mistral, *Éxodo*. Diario de una refugiada española, México, 1941, pág. 56 y ss.

748 Robert Brasillach y Maurice Bardèche, *Histoire de la guerre d'Espagne*, París, 1996, pág. 389.

Más tarde se habilitaron campos de castigo para hombres y mujeres que se habían atrevido a rebelarse contra la vil conducta de las autoridades francesas o a quienes se consideraba, sin más, políticamente peligrosos. El campo más tristemente famoso en este aspecto fue el de Vernet de l'Ariège, donde fueron internados los miembros de la XXVI división anarquista. Las condiciones reinantes en el castillo de Collioure, en cuyos sótanos los prisioneros estaban sometidos a todos los suplicios imaginables, eran especialmente brutales. Algo parecido puede decirse de la fortaleza de Mont Louis y del campo de castigo de Rieucros para mujeres.

Aquella fue la segunda traición del Gobierno francés, con la única diferencia de que ahora no estaba provocada ya por el miedo a una guerra mundial, sino por puro desprecio a nuestros compatriotas. Federica Montseny, que tuvo que soportar con su familia todas aquellas vejaciones, escribe: “Todos, sin excepción, son responsables de lo que se hizo con nosotros. Nosotros no éramos súbditos de ningún país en guerra contra Francia. No obstante, fuimos peor tratados que los prisioneros de guerra alemanes”⁷⁴⁹. El pueblo que en su estúpido narcisismo se ha considerado siempre como el más culto e ilustre de Europa, permitió que el poeta Antonio Machado muriera, viejo y enfermo, en uno de los campos de concentración. Hubo, por supuesto, franceses

⁷⁴⁹ Federica Montseny, *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, Toulouse, 1969, pág. 22.

que intentaron ayudar a los refugiados y que se avergonzaban de sus propios compatriotas. El Secours Catholique, dirigido por monseñor Verdier, cardenal de París, hizo cuanto pudo por aliviar la penuria de los prisioneros, como también lo hicieron muchos franceses por iniciativa personal. Pero constituían una minoría que era mirada con indisimulado enojo u hostilidad por la mayoría de la población. En conjunto, se abandonó a los españoles a su propia suerte. Fuera de algunas excepciones, la poderosa CGT prefirió también mirar hacia otro lado, como constató Victor Serge: “La CGT, bastante rica, no pensó en ayudar a aquella avalancha de héroes y víctimas”⁷⁵⁰. En cambio, hubo diversas organizaciones extranjeras que se preocuparon por la suerte de los refugiados españoles, en especial los cuáqueros de Estados Unidos.

En la primavera de 1939, el Gobierno francés decidió “aprovechar” a los prisioneros como trabajadores. Todo patrón francés que necesitaba mano de obra barata tuvo la oportunidad de echar mano de la que había en los campos de concentración. En agosto de aquel mismo año, el Gobierno empezó a reclutar a refugiados españoles para las Compagnies de Travailleurs Étrangers (CTE). Como alternativa se les ofrecía alistarse en la Legión Extranjera o en otras unidades militares. Los refugiados puestos a disposición del Ejército fueron enviados a la Línea Maginot y a la zona fronteriza con Bélgica. Las condiciones de trabajo

750 Victor Serge, op. cit., pág. 390.

y alojamiento eran duras y el salario escaso. Tras la capitulación de Francia ante la Alemania nazi en junio de 1940, el terror alemán se sumó a la represión francesa, también en la “zona libre” de Pétain. El alistamiento forzoso para la Organización Todt y la deportación a Alemania formaban parte de ese terror.

Las autoridades francesas se comportaron en Argelia y Marruecos de manera parecida a como lo habían hecho en Francia. Los refugiados españoles fueron tratados también allí como escoria y encerrados en campos de concentración y fortalezas como Morand y Misur. Cipriano Mera, que había buscado refugio en el norte de África y fue deportado más tarde por la policía francesa a la España franquista, y que debido a sus experiencias militares en la Guerra Civil española había sido interrogado por oficiales franceses, escribe: “Para estos militares franceses, más que vencidos éramos seres inferiores, como lo eran los pobres argelinos colonizados que les rodeaban. Sus aires de superioridad me resultaban insoportables”⁷⁵¹. Pero anota también, con justificado desprecio: “¡Pobre Francia! La única batalla que has sabido ganar es la emprendida contra los indefensos refugiados españoles”⁷⁵².

Tras la invasión de la zona no ocupada de Francia por el ejército alemán, el viejo mariscal Pétain cometió la bajeza

751 Cipriano Mera, *op. cit.*, pág. 240.

752 *Ibid.*, pág. 248.

de entregar a Lluís Companys, Juan Peiró, Julián Zugazagoitia, Francisco Cruz Salido y otras personalidades de la República española a la España de Franco, donde fueron fusilados. Albert Camus, el infatigable amigo de los exiliados españoles, escribió lleno de indignación: “En virtud de la cláusula más deshonrosa del armisticio, hemos entregado a Franco, por orden de Hitler, a muchos republicanos españoles, entre ellos al gran Companys [...]. Pero en esos días en que el Estado francés se convertía en reclutador de verdugos totalitarios, ¿quién levantó la voz? [...]. Hay que decir que hemos sido nosotros los que hemos fusilado a Companys y somos responsables de lo que siguió⁷⁵³.

Discordias en el exilio

El Gobierno de Negrín en el exilio creó el Servicio de Emigración para Refugiados Españoles (SERE), con sede en París y una filial en Londres, con el fin de ayudar a los refugiados a emigrar a México y otros países sudamericanos. Entre los integrantes del SERE se hallaban también algunos miembros del ala de la CNT partidaria de

753 Albert Camus, respuesta a Gabriel Marcel, *Combat*, diciembre de 1944. Véase ¡España libre!, México, 1966, pág. 74 y ss.

Negrín, entre ellos Federica Montseny. Pero también en este organismo prosiguió la discriminación ideológica practicada por Negrín y el PC durante la Guerra Civil. En primer lugar, fueron discriminados los miembros del POUM, cuyos nombres se tacharon por principio de las listas de transporte de refugiados. Pero también los consulados de México y Chile, donde se habían infiltrado los comunistas, apoyaron la discriminación y se negaron a conceder visado a muchas personalidades conocidas como Belarmino Tomás, Carlos de Baráibar, García Oliver, Domingo Torres y Álvaro de Albornoz.

La situación cambió cuando Indalecio Prieto creó en agosto de 1939 la Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles (JARE). Como presidente de la organización fue elegido Nicolás d'Olwer y como vicepresidente Indalecio Prieto. La CNT estaba representada por Juan Peiró, Ricardo Sanz y Valerio Más. En total pudieron emigrar a América Latina 150.000 refugiados españoles. La mayoría recibió acogida en México, que fue prácticamente el único país del mundo que se mantuvo fiel a la República desde el comienzo hasta el final de la Guerra Civil y que, tras la contienda, se negó también durante décadas a reconocer el régimen de Franco.

Los barcos que nunca llegaron

El último éxodo masivo tuvo lugar a finales de marzo de 1939. Se trataba de los combatientes que tras el derrumbamiento del Ejército republicano buscaron refugio en las ciudades portuarias de la costa de Levante: Valencia, Alicante, Murcia, Gandía, Cartagena y Denia. La mayoría venía de Madrid. Su esperanza de poder dejar el país en barco sólo se cumplió en escasa medida.

Franceses e ingleses habían prometido enviar barcos, pero su llegada fue esperada en vano. Decenas de miles de personas aguardaron angustiadas durante tres días en el puerto de Alicante sin cobijo ni alimentos, en medio de la lluvia y el frío. Algunos buscaron la muerte arrojándose al mar, otros enloquecieron. Lo que llegó no fueron los barcos anhelados, sino la división italiana Littorio, la soldadesca de Franco y la Guardia Civil. Helmut Rüdiger recuerda: “La esperanza surgió por un momento cuando algunos barcos de guerra entraron en el puerto. Luego, una inmensa desesperación. Los barcos enarbolaban la bandera italiana. Las Union Jack desaparecieron en el horizonte [...], la flota inglesa había virado en redondo”⁷⁵⁴. El navío Maritime, perteneciente a la Mid Atlantic de Negrín, abandonó el

⁷⁵⁴ Miguel García (seudónimo de Helmut Rüdiger), Spanien. Kampfund Gefangenschaft 1939-1969, Berlín, 1975, pág. 73.

puerto de Alicante a las 3 de la mañana del 29 de marzo con sólo 40 refugiados a bordo, y no con 3.000, como afirma Zugazagoitia en sus *Memorias*⁷⁵⁵. En total, sólo pudieron salir del país unos pocos miles. El general Gastone Gainbara, comandante en jefe de las tropas italianas, recibió al Comité de Evacuación, constituido en Alicante. Se declaró dispuesto a respetar una zona de protección internacional o neutral para que los combatientes republicanos y sus allegados pudieran refugiarse. Franco rechazó categóricamente aquella medida humanitaria y ordenó a Gambará tratar a los refugiados como prisioneros de guerra. La mayoría estaban agotados por el hambre, el frío y la desesperanza y se entregaron a su suerte sin oponer resistencia. Pero una parte de ellos levantó barricadas y abrió el fuego contra las tropas italianas, hasta que los barcos españoles Júpiter, Vulcano, Canarias y Marte entraron en el puerto y aplastaron con sus tropas de infantería de marina la última resistencia.

Los refugiados se convirtieron en prisioneros. Fueron amontonados en cárceles y campos de concentración improvisados como los de Los Almendros, Albaterra y Orihuela. Durante días carecieron de comida y de agua. Quien no obedecía y no seguía ciegamente las órdenes de los guardianes o intentaba huir era fusilado sin contemplaciones.

755 Zugazagoitia, op. cit., vol. 2, pág. 288.

En muchos campos de concentración y prisiones se obligó a los presos a asistir a los fusilamientos. Fue como en Francia, con la diferencia de que aquí la arrogancia fue sustituida por el odio ideológico.

En los campos de concentración alemanes

Tras la ocupación de Francia por las tropas alemanas, millares de refugiados españoles fueron llevados a la fuerza a Normandía y Bretaña como trabajadores esclavos para la construcción de la Muralla del Atlántico.

Más tarde, muchos de ellos fueron deportados a campos de concentración y exterminio alemanes, un capítulo de la historia hispanoalemana que la historiografía sólo ha abordado tarde y de forma marginal. Los prisioneros españoles –entre los que había también un pequeño número de mujeres– fueron internados en el campo de Mauthausen y en los campos auxiliares de Gusen y Schloss Hartheim. La mayoría de ellos (unos 4.000) murieron en Gusen, “el matadero de los deportados republicanos”, según escribe Montserrat Roig⁷⁵⁶. Aparte de Mauthausen, hubo también prisioneros españoles en Sachsenhausen,

⁷⁵⁶ Montserrat Roig, Noche y niebla. Los catalanes en los campos nazis, prólogo de Artur London, Barcelona, 1978, pág. 133.

Dachau, Bergen-Belsen, Ravensbrück, Buchenwald-Dora, Treblinka, Auschwitz y Neuengamme. De los 8.000 a 10.000 internados españoles sólo sobrevivieron 1.300. “Olíamos a muerte, pensábamos constantemente en la muerte y convivíamos con la muerte”, informará uno de los supervivientes⁷⁵⁷. No obstante, los españoles –hombres y mujeres– soportaron el infierno nazi mejor que la mayoría de los demás prisioneros: “En el campo nos robaron la libertad física, pero la libertad ideológica, la libertad de espíritu, nunca nos la han robado”⁷⁵⁸. Debido precisamente a su moral revolucionaria, a su dignidad y a su capacidad de resistencia, los españoles eran odiados tanto más por las tropas de las SS: “Para nosotros, la Guerra Civil había sido un buen entrenamiento. Estábamos más endurecidos y mejor preparados para resistir que la mayoría de los penados del campo. Éramos los únicos capaces de contar un chiste a pesar de vivir rodeados de muerte, de cantar en medio del horror, de admitir con estoicismo las mayores adversidades sin claudicar. Nuestros carceleros sabían todo esto, incluso yo diría que a veces nos odiaban por ello con mayor intensidad que al resto”⁷⁵⁹.

Largo Caballero, entonces septuagenario, fue enviado a Sachsenhausen el 31 de agosto de 1943. Sólo pudo

757 Lope Massager, Mauthausen. Fin de trayecto. Un anarquista en los campos de la muerte, Madrid, 1997, pág. 86.

758 Montserrat Roig, op. cit., pág. 206.

759 Lope Massager, op. cit., pág. 176.

sobrevivir gracias a la solidaridad de algunos compañeros presos, entre ellos dos antifascistas alemanes de Hamburgo. Para él, lo peor era la miseria humana que veía a su alrededor: “No pude acostumbrarme a mirar tanta desgracia con indiferencia; el dolor de los demás hacía que me olvidara del mío. ¿Será ésta una cualidad especial de los españoles?”⁷⁶⁰.

Casi todas las mujeres españolas fueron internadas en el campo de concentración de Ravensbrück. El trato de que fueron objeto por parte de las SS fue tan brutal como el sufrido por los hombres, pero en algunos aspectos fueron víctimas de humillaciones ligadas a su condición femenina. Así, las mujeres que en el momento de ser internadas estaban embarazadas, tuvieron que ver cómo des pués de dar a luz, los esbirros nazis mataban a sus hijos o se los arrebataban. Vivían también con el temor constante de ser movilizadas para trabajar en los prostíbulos de los campos de concentración creados por orden de Himmler. Neus Catalá, que relataría más tarde sus experiencias, escribe: “El año tiene 365 días, y no hubo uno solo en que no ocurriera algo malo o aún peor”⁷⁶¹.

No obstante, hubo mujeres lo bastante valientes como

760 Largo Caballero, op. cit., pág. 305.

761 Neus Catalá, In Ravensbrück ging meine Jugend zu Ende, con introducción y notas de Dorothee von Keitz y Andreas Ruppert, Berlín, 1994, pág. 48.

para realizar sabotajes, por ejemplo, en los talleres de armamento, donde se fabricaban armas y demás materiales de guerra.

Vae victis!

El infierno vivido por los refugiados españoles en Francia y Alemania existió también en la propia España, pero en proporción cuantitativa mucho mayor. Guillermo Cabanellas, hijo del general Cabanellas, sintetiza: “Se puede y debe hablar de una operación perfecta de extirpación de las fuerzas políticas que habían patrocinado y sostenido la República”⁷⁶². Dionisio Ridruejo, el destacado poeta falangista, emitiría un juicio similar tras su ruptura con el régimen: “La represión adquirió el carácter y el volumen de una purga de adversarios, intencionalmente exhaustiva, no con miras a la seguridad presente sino destinada a retirar para el futuro todo obstáculo probable, toda veleidad de oposición, todo rebrote de las fuerzas o significaciones condenadas [...]. Consumada en tres tiempos, la represión mantuvo una única y misma intención central: la destrucción física de los cuadros de los partidos del Frente Popular, de los sindicatos obreros y de las organizaciones

⁷⁶² Guillermo Cabanellas, *La guerra civil y la victoria*, Madrid, 1978, pág. 324.

masónicas, sin perder de vista tampoco a los partidos democráticos más moderados y a las personalidades independientes que, en el orden intelectual o profesional, gozaban de un prestigio de izquierdistas o decididamente liberales”⁷⁶³. Franco demostró su verdadero carácter sobre todo en la hora de la victoria. Lejos de contentarse con la derrota militar de sus enemigos, los encarceló y ordenó su asesinato masivo, aunque no representaban ya ningún peligro para el nuevo régimen. El perdón y la magnanimidad brillaron por su ausencia. La consigna impartida por él no fue la compasión y la reconciliación, sino la persecución y la revancha. Hasta Ricardo de la Cierva, destacado biógrafo de Franco y cronista del Régimen, reconoce: “El general Franco no comprendió las esperanzas de amnistía que alentaban millares de prisioneros de la República [...].

Consideró como propuesta lunática la profunda idea de Julián Besteiro, su ofrecimiento ensoñado de cooperación entre las dos Españas para la reconciliación en el trabajo común [...]. El general Franco, cuya victoria no discutían el 1 de abril de 1939 ni siquiera los protagonistas y las masas de la agonía republicana, prefirió el camino de la extirpación indiscriminada de la ideología enemiga”⁷⁶⁴. Y todo ello ocurrió “en un país que se precia de su cristianismo, en un país que estaba a punto de restablecer la aureola de la

763 Dionisio Ridruejo, *Escrito en España*, Buenos Aires, 1962, pág. 92.

764 Ricardo de la Cierva, *El caos y la victoria*, op. cit., p. 710.

Iglesia Católica”, según escribe con amarga ironía Helmut Rüdiger⁷⁶⁵.

Los mecanismos de represión instituidos por los vencedores fueron confiados a los tribunales de guerra. La norma fue aplicar con el máximo rigor y toda clase de arbitrariedades el Código de Justicia Militar. La posibilidad de los acusados de librarse de una sentencia de muerte era mínima. En la primera fase de la represión, una condena a 30 años de prisión constituía ya un triunfo. El aparato de Justicia que se puso en marcha se componía casi de puras ejecuciones. La acusación fiscal admitía también denuncias anónimas contra “rojos” verdaderos o supuestos, como había hecho la Inquisición en su día, un modus operandi que abrió de par en par las puertas para las denuncias y acusaciones. El odio, el resentimiento o el propósito de saldar cuentas personales sirvieron a menudo como fundamento para unos jueces sedientos de sangre.

Los historiadores no han cesado de discutir sobre el número de ejecuciones; en todo caso fueron más que excesivas. Ricardo de la Cierva calcula la cifra de víctimas entre 8.000 y 10.000⁷⁶⁶, mientras que un cronista de izquierda habla de 750.000 fusilamientos⁷⁶⁷, Herbert

765 Miguel García (Helmut Rüdiger), *Kampfund Gefangenschaft*, op. cit., pág. 23.

766 Ricardo de la Cierva, *Historia del franquismo. Orígenes y configuración*, 6a ed., Barcelona, 1975, pág. 109.

767 Luis Ramírez, *Francisco Franco. Historia de un mesianismo*, París,

Southworth, que se remite a las declaraciones del capellán de la cárcel Modelo de Barcelona, Martí Torrent, llega a la conclusión de que entre 1939 y 1942 se ejecutó en la capital catalana a 35.000 presos políticos⁷⁶⁸. Charles Foltz, apoyándose en datos oficiales del régimen, cifra en 192.684 el número de fusilamientos entre el final de la guerra y julio de 1944. El conde Ciano, que se hallaba en España en 1939, observa: “Aún se siguen llevando a cabo numerosos fusilamientos. Sólo en Madrid, de 200 a 250 diarios; y en Barcelona, 150. En Sevilla, una ciudad que nunca cayó en manos de los rojos, 80”⁷⁶⁹. El historiador comunista Tuñón de Lara calcula el número de asesinados en torno a 40.000⁷⁷⁰. Hugh Thomas y Stanley Payne parten de cifras parecidas.

A la aniquilación física y el encarcelamiento se sumó la pérdida del puesto de trabajo de los españoles que habían servido a la República, tanto soldados como civiles. Maestros y profesores universitarios perdieron su empleo. También fueron inhabilitadas las licencias de los abogados que no eran gratos al régimen. Estas y otras arbitrariedades tenían también como objeto recompensar a los

1968, pág. 236.

768 Herbert R. Southworth, “Su hombre en Madrid”, Cuadernos de Ruedo Ibérico, París, febrero-marzo de 1968.

769 Ciano’s Diplomarte papers, op. cit., pág. 294.

770 José Antonio Biescas y Manuel Tuñón de Lara, España bajo la dictadura franquista (1939-1975, 2a ed., Barcelona, 1987, pág. 18.

excombatientes franquistas y favorecerles profesionalmente. Un decreto del 12 de marzo de 1937 reservaba el 60% de los puestos del funcionariado a los soldados que habían luchado a favor del “Alzamiento Nacional”. También se depuró a fondo el aparato de la Justicia. “En menos de diez años, toda la cúpula judicial de la República había sido sustituida por personas que, en algunos casos, incluso, ni siquiera eran jueces con anterioridad”⁷⁷¹.

Aunque sólo fuera por su importancia numérica, los anarcosindicalistas fueron el objetivo predilecto de la persecución durante la era de Franco, pero también después.

El historiador libertario Juan J. Alcalde ha expuesto recientemente cómo sucedieron las cosas⁷⁷². Pero tampoco les fue mejor a los comunistas, al igual que a los socialistas, los masones o los miembros de los partidos republicanos.

771 Juan Manuel Olarieta Alberdi, Antejudio e impunidad judicial. El caso de las sentencias bondadosas. Los jueces en el banquillo, Madrid, 1991, pág. 122.

772 Véase Juan J. Alcalde, Los servicios secretos en España. La represión contra el Movimiento Libertario Español (1939-1995), prólogo de Jaime Pozas, 2a ed., Madrid, 1996.

El legado de una revolución

Los historiadores y politólogos que se han ocupado de la revolución libertaria, socialista y marxista de izquierda realizada en España paralelamente a la Guerra Civil, la consideran predominantemente como un capítulo cerrado –y por tanto irrepetible– del pasado, y no como una perspectiva de liberación válida también para el futuro. Este balance negativo es la conclusión a la que se llega sobre todo en relación al movimiento libertario. La opinión del socialdemócrata Patrick V. zur Mühlen refleja un criterio muy extendido: “A diferencia de lo que afirma el resumen de Rüdiger, el anarcosindicalismo parece haber fracasado en cuanto concepción de la sociedad como totalidad. Sigue siendo una utopía llena de contradicciones internas que se derrumba por su propio peso a causa de los intereses antagónicos de las personas”⁷⁷³.

Aparte de su carácter simplista, este juicio de valor sobre el anarcosindicalismo es por lo demás aplicable a toda la izquierda, empezando por el “socialismo real” de la Europa central y oriental, que se hundió de manera tan escasamente heroica y gloriosa. Pero también lo es para la

773 Patrick v. zur Mühlen, op. cit., pág. 274.

socialdemocracia, que si puede seguir manteniéndose como estructura de poder a nivel estatal y parlamentario es sencillamente porque se ha alejado completamente de su origen proletario, anticapitalista y emancipativo para convertirse en un aliado implícito y hasta explícito de los capitalistas, cuyos intereses y negocios fomenta y protege con similar celo al de los partidos conservadores. Basta mencionar a Gerhard Schröder y Tony Blair como últimos ejemplos paradigmáticos de esta vergonzosa capitulación ante el poder de los grandes bancos y consorcios industriales.

En cuanto al reproche de utopismo, nos permitimos señalar que cuando la realidad fáctica se compone, como en el mundo actual, de monstruos abstractos como el capital, el Estado o el mercado, el proyecto utópico es lo único realmente concreto. La opción utópica debe entenderse hoy como la única respuesta coherente a la irracionalidad, la alienación y el miedo generados por la hegemonía casi absoluta ejercida por el sistema. En última instancia, constituye un acto de defensa frente a unas condiciones de vida cada vez más inhumanas y brutales. Lo único concreto son las necesidades de la gente, que en la sociedad de consumo del capitalismo tardío son esencialmente ignoradas o satisfechas de forma manipulada y deformada. Quien, por las razones que sea, no siente la necesidad de transformar de abajo arriba el mundo en que vivimos y prefiere agarrarse desesperadamente a lo existente aquí y ahora

como la única opción posible, no hace más que demostrar su estado de alienación, su extravío y su autonegación. Renunciar a la utopía no significa otra cosa que elegir la muerte interior, o lo que es lo mismo: aceptar la civilización tanática erigida por el capitalismo global. El sistema burgués–capitalista privatiza la capacidad crítica de las personas, con la consecuencia de que éstas piensan y obran separadas de la totalidad social. Esta interiorización del descontento real o potencial constituye una forma de la autonegación, ya que significa que el individuo está dispuesto a vivir como siervo del superego capitalista. Precisamente en el actual estadio de la historia universal se confirma una vez más lo que constataron hace ya varias décadas Adorno y Horkheimer: “La historia de la civilización es la historia de la introversión de la víctima. Con otras palabras: la historia de la renuncia”⁷⁷⁴.

En su forma clásica, el movimiento obrero ha dejado de existir, pero las metas a las que aspiraba en su fase inicial conservan su sentido genuino también en la fase capitalista del postfordismo y la microelectrónica. Y lo que decimos sobre los ideales del movimiento obrero en general es particularmente válido para la lucha sostenida por el proletariado español entre 1936 y 1939. Es innegable que al igual que todos los acontecimientos históricos, la revolución española estuvo condicionada en mayor o menor medida

774 Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, Fráncfort, 1981, [trad. cast.: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, 1994].

por fenómenos ideológicos, socioculturales y estratégicos superados hace ya tiempo por el ulterior desarrollo de la historia. Ya por este solo motivo es inconcebible que hoy pueda repetirse. Las condiciones objetivas y subjetivas para una metamorfosis radical de las condiciones sociales imperantes son hoy completamente distintas a las que existían a finales de la década de 1930. Lo mismo cabe decir de la estructura profesional de la población asalariada. El proletariado industrial ha dejado de ser el centro del proceso de producción y reproducción. Pero también la clase campesina, que en la España de entonces constituía una realidad de primer orden tanto cuantitativa como cualitativamente, ha pasado a ser en la Europa de nuestros días un factor social y productivo más bien secundario. La sociedad tardocapitalista del presente es más una sociedad de empleados que de obreros. Debido a la creciente diversificación laboral de la población activa, el mismo concepto de “proletariado” o de “clase obrera” ha adquirido un significado sumamente difuso. También han cambiado sustancialmente las formas de explotación y alienación, que en los países técnica y económicamente avanzados son de naturaleza más sutil que en fases anteriores del capitalismo. Pero más decisivas que esas transformaciones estructurales son quizá la individualización y el aburguesamiento de los trabajadores. La conciencia de clase de antaño, tan invocada no sólo por Georg Lukács, ha desaparecido casi por completo. El “enorme poder de lo negativo”, solemnemente proclamado por Hegel y asumido

miméticamente por sus discípulos marxistas, lleva hoy una existencia raquítica⁷⁷⁵. Este proceso involutivo ha repercutido también en los antiguos sindicatos de masas, cada vez más débiles tanto en el plano material como moral. Ello explica que en su confrontación con el capital y la legislación estatal representen sólo de manera residual los intereses de sus afiliados y de las clases asalariadas en general.

Algo similar ocurre con los partidos de la izquierda histórica, surgidos en el pasado como partidos obreros y de clase. Ninguno de ellos cuestiona hoy seriamente los principios capitalistas de la economía de mercado y de la propiedad privada sobre los medios de producción. Y por supuesto no hablan ya de revolución ni de lucha de clases. Los capitalistas no son ya el enemigo de clase al que hay que derrocar, sino los respetables interlocutores con quienes los representantes de los partidos socialistas, socialdemócratas o laboristas se sientan en una mesa para negociar con ellos en el tono más amable. Las esperanzas puestas en los partidos obreros por los fundadores del socialismo marxista –empezando por Engels– se han revelado en conjunto como ilusorias. Es Bakunin quien en este aspecto mayor clarividencia ha mostrado: “Hay que ser realmente muy ingenuo para creer que un parlamento burgués puede votar

775 Hegel, *Phenomenologie des Geistes*, en *Obras Completas en veinte volúmenes*, vol. 3, Fráncfort, 1972, pág. 36 [hay trad. cast.: *Fenomenología del espíritu*, Valencia, 2006].

voluntariamente la liberación intelectual, material y política del pueblo”⁷⁷⁶.

En el curso de los últimos sesenta años, el mundo ha experimentado un cambio de 180 grados. Si ello es cierto, no lo es menos que los valores básicos que los obreros y campesinos españoles quisieron convertir en realidad –democracia de base, autogestión obrera, descentralización, igualdad social, socialización de la economía y eliminación de cualquier forma de explotación del hombre por el hombre– conservan su plena vigencia, también como modelo idóneo de liberación para el futuro. En cambio, los modelos que se apoyan en el poder del Estado y en la dictadura de un partido han quedado desacreditados definitivamente.

El único intento serio de renovación revolucionaria emprendido después de la Segunda Guerra Mundial en el hemisferio occidental fue el del movimiento de los estudiantes antiautoritarios de la generación del 68. A pesar de que su aparato conceptual y su terminología eran de extracción preponderantemente marxista o neomarxista, su rebelión contra la economía y el Estado capitalistas respondía más bien al ideario libertario, como se desprende claramente de sus principales reivindicaciones y de sus formas de organización: autogestión, antiparlamentarismo, consejos obreros, democracia de base y descentralización.

⁷⁷⁶ Bakunin, op. cit., vol. 1, pág. 168.

El concepto clave que emplearon para fundamentar su lucha –el antiautoritarismo– era el mismo que había acuñado Bakunin⁷⁷⁷. Y no fue sin duda casual que el principal mentor teórico de Rudi Dutschke, Daniel Cohn-Bendit y sus compañeros –Herbert Marcuse– escribiera en 1964: “En los campos de batalla y de muerte de la Guerra Civil española se luchó por última vez en sentido revolucionario por la libertad, la solidaridad y el humanismo: las canciones que se entonaron durante esta lucha siguen siendo todavía hoy el único destello que aún pervive para una revolución posible”⁷⁷⁸. A pesar de que esta “revolución posible” no llegó a convertirse en realidad duradera, no ha perdido su vigencia y conserva también para el futuro su valor intrínseco y su esencia normativa. La legitimación moral tiene muy poco que ver con la lógica empirista y pragmatista de los parámetros cuantitativos y el éxito a toda costa. La historia nos enseña más bien que los movimientos e ideologías triunfantes en un sentido positivista fueron por lo general los que más se alejaron de la verdad.

Como fuerza orgánica e institucionalizada, el anarcosindicalismo es hoy sólo una pálida sombra de lo que fue en el pasado, también en España. Sus postulados

777 Véase Heleno Saña, *El anarquismo, de Proudhon a Cohn-Bendit*, en especial la introducción, “El retorno del anarquismo”, Madrid, 1976, págs. 11-26.

778 Herbert Marcuse, *Kultur und Gesellschaft I*, Fráncfort, 1968, pág. 211.

básicos se han revelado por el contrario como enteramente válidos como alternativa a la irracionalidad del mundo actual. Los focos antisistémicos surgidos en las últimas décadas como respuesta al capitalismo neoliberal y desregulado, han desarrollado formas de organización y confrontación muy próximas a las que en su día puso en marcha el anarquismo español, tanto si apelan a él como si no. Esto reza en especial para el rechazo de los partidos y el parlamentarismo como vehículos de emancipación. Ello explica que casi todo lo que se emprende a nivel tanto local como global en el terreno de la rebeldía activa, la desobediencia civil y la subversión se produzca fuera y en contra de la política establecida. En las acciones de protesta contra el big business y sus lacayos políticos reunidos en Seattle, Davos, Washington, Ginebra, Praga y Niza, los anarquistas han desempeñado un papel motórico, a pesar de que constituían una minoría⁷⁷⁹. Los llamamientos de la nueva oposición a una democracia directa y a la autodeterminación de los individuos y los protagonistas sociales, corresponden en esencia a la teoría y la práctica de la acción directa que el sindicalismo libertario afirmó desde el principio como el modelo de liberación más apropiado.

Este es también el camino del futuro, el que a largo plazo

779 Véase el detallado informe “La batalla de Praga”, CNT, Granada, diciembre de 2000. Ramón Fernández Durán, *Capitalismo global. Resistencias Sociales y Estrategias del Poder*, Madrid, agosto del 2000, ofrece una visión general de la influencia libertaria en los nuevos movimientos de resistencia antisistémica.

mejores condiciones reúne para hacer frente a la infausta alianza entre el capital y la casta política a su servicio y contrarrestar el “pensamiento único” adicto al sistema, propagado hoy como la salvación de la humanidad por amplios sectores de los medios de comunicación, la ciencia y la industria de la cultura. La revolución española no es la única experiencia que puede resultar fructífera para la construcción de una sociedad que haya puesto fin al dominio del hombre sobre el hombre y a toda praxis represiva, pero sí una de las más importantes. En este sentido considero como prematuros e incluso miopes los certificados de defunción que no pocos representantes de la politología y la sociología hoy en el candelero han extendido sobre los valores libertarios.

Por otra parte, no olvido las desviaciones y deformaciones surgidas a lo largo de la revolución española. Esta es la razón de que no las haya silenciado. Pero también se puede aprender de los errores. La vida y la historia son un proceso permanente de aprendizaje. Esta ley es aplicable también a los anarquistas de ayer y de hoy. Precisamente ellos, que fueron siempre o todavía son extremadamente críticos con los demás, deberían aprender a evitar cualquier atisbo de autismo doctrinario y pensar en categorías macroscópicas. Esta es, en mi modesta opinión, la forma más adecuada de permanecer fieles al legado de la revolución española y de transmitir su significado a las nuevas generaciones

APÉNDICE

FILOSOFÍA DEL ANARQUISMO ESPAÑOL ⁷⁸⁰

El anarquismo español es más conocido por su trayectoria práctica que por su aportación a la historia de las ideas, pero ello no significa que carezca de un pensamiento propio y haya sido una imitación mecánica de las doctrinas libertarias gestadas en el extranjero. De la misma manera que las teorías de Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Godwin y demás grandes representantes de la cosmovisión ácrata llevan la impronta de la idiosincrasia de sus respectivos países, la filosofía libertaria hispana es inseparable del trasfondo histórico, social y cultural de nuestro país. De otra manera no se explicaría el carácter y desarrollo altamente singulares del anarquismo español, tan distinto en múltiples aspectos al de los demás países. Poner en duda o relativizar

780 Este texto fue escrito posteriormente a la edición original alemana de este libro y fue publicado en *Revista de Occidente*, 304, septiembre de 2006, págs. 35– 55. (N. del E.)

la originalidad del movimiento libertario español es incurrir en una visión abstracta de su esencia y de su verdadero significado.

Lo primero que hay que señalar en este contexto es que si el anarquismo echó raíces tan profundas en España fue porque encontró unas condiciones socioculturales más propicias a su expansión que las que existían en otros países. Esta es también la razón de que el anarcosindicalismo español haya sido el único movimiento de masas en todo el mundo. Ya el impacto que el revolucionario italiano Giuseppe Fanelli produjo sobre el grupo de obreros madrileños fue más temperamental e instintivo que discursivo, ya por la sencilla razón de que las lenguas francesa e italiana utilizadas por el emisario de Bakunin eran entendidas sólo a medias por sus oyentes, como cuenta Anselmo Lorenzo en sus *Memorias*. Mucho antes de que las ideas anarquistas penetraran en la Península como cuerpo cerrado de doctrina, había en nuestro país una tradición antiautoritaria muy arraigada que, sin utilizar el término anarquía ni contener todos los principios de esta ideología, tenía, en aspectos esenciales, una gran afinidad con ésta. O como ha escrito Américo Castro en su obra *La realidad histórica de España*: “El fascismo y el comunismo, el socialismo y el régimen constitucional, fueron inyectados en la sociedad española como resultado de conspiraciones venidas de fuera; el anarquismo fue, por el contrario, emanación y expresión de la estructura, de la situación y el

funcionamiento de la vida social de los españoles [...]. Lo serio y grave del anarquismo español es su auténtica españolidad [...]. El anarcosindicalismo –a diferencia del comunismo– contiene un mínimo de ideología extranjera y un máximo de espontaneidad española”. Dicho con nuestras propias palabras: mientras todas esas ideologías fueron un fenómeno exógeno, las raíces genéticas del anarquismo español fueron endógenas.

Teoría y praxis del anarquismo español: obreros e intelectuales

Al hablar de la filosofía de nuestro anarquismo hay que dejar bien sentado que no se trata de una filosofía elaborada por eruditos y hombres de estudios ni de lo que comúnmente se entiende por este concepto, como sinónimo de disciplina o actividad académica. Que yo sepa, no hay ningún teórico anarquista español que haya ocupado una cátedra de filosofía o se haya calificado a sí mismo de filósofo, aunque muchos de ellos reunían, por la clarividencia y profundidad de sus escritos, las condiciones para ello. A diferencia del marxismo, que nace en los pozos de ciencia germanos, lo que el anarquismo hispano ha producido de teoría se ha gestado fuera de las aulas universitarias y ha sido la obra de publicistas y escritores

autodidactas de origen obrero y, por añadidura, perseguidos y encarcelados casi siempre por la Justicia. De ahí que su universidad y su escritorio fueran a menudo la celda carcelaria. Juan Peiró, uno de los más dilectos teóricos del sindicalismo cenetista, empezó a trabajar a los ocho años y fue analfabeto hasta los veintitrés, cuando era ya padre de una hija. Ángel Pestaña era huérfano de padre y madre y se vio también obligado a ganarse el sustento desde niño. También a diferencia del marxismo, el número de intelectuales y militantes ácratas con estudios superiores se pueden contar con los dedos de la mano: Serrano y Oteiza, Gaspar Sentiñón, Tarrida del Mármol, Felipe Alaiz, Fermín Salvochea, Orobón Fernández, Diego Abad de Santillán y no muchos más. Hay que añadir, asimismo, que la obra creada por los teóricos anarquistas de nuestro país ha surgido en medio del tráfigo de la lucha cotidiana, en modo alguno en la apacible atmósfera de un British Museum o de un cómodo despacho al abrigo de las necesidades materiales, la persecución y la represión. En su vil panfleto contra Proudhon, *Miseria de la filosofía*, Marx, para humillarle y restregarle su título de Herr Doktor, le tachó de autodidacta.

Pues bien, creo que uno de los mayores elogios que se pueden rendir a los hombres de pluma salidos del seno del movimiento libertario español es el de haber sostenido una pugna heroica y a veces sobrehumana para superar su indigencia cultural y elevarse a las cimas del saber.

La labor teórica de los anarquistas españoles constituye una síntesis fecunda entre acción y reflexión, entre trabajo manual y creación intelectual. Y precisamente porque emana de las mismas fuentes de la vida real, es humanamente más veraz y profunda que los tratados de laboratorio surgidos en otros pagos y en otras ideologías. O como Eleuterio Quintanilla, en el curso de una polémica con Luis Araquistáin, afirmaba: “Todas las sutiles tesis académicas del socialismo, las disquisiciones profundas de teóricos y hombres de gabinete, carecerían de eficacia virtual sin el realismo actuante que le prestó y le presta la organización obrera”. Por su condición social humilde y por el tiempo que tenían que dedicar a sus quehaceres laborales y a su militancia, no estaban ciertamente, en condiciones de acumular el bagaje de conocimientos que podían adquirir los intelectuales procedentes de la burguesía, como Anselmo Lorenzo dijo en una de sus primeras intervenciones públicas ante un auditorio de prceres liberales: “Vosotros poseéis la ciencia de que nosotros carecemos, porque mientras erais libres para acudir a la universidad, nosotros estábamos en el taller y en la fábrica, sujetos al yugo de la necesidad”. Pero en cambio poseían un conocimiento que los mandarines académicos y los profesionales de la intelligentsia no han poseído nunca o raramente: el conocimiento que da la experiencia del contacto directo con los problemas, las cuitas y los sinsabores ligados a lo que Simone Weil denominó la *condition ouvrière*, condición que, por cierto, los grandes jerifaltes del marxismo sólo conocían

de lejos, como la gran autora judía francesa les reprocharía con amargo sarcasmo en su famoso libro del mismo título. ¿Por qué eran leídos nuestros autores anarquistas? Se les leía porque eran lo que mi buen amigo Julián Gómez del Castillo llama desde hace años, desde su perspectiva cristiana, “la voz de los sin voz”, esto es, porque sabían articular los sentimientos, desengaños e ilusiones que el pueblo llano llevaba incrustados en el fondo de sus entrañas sin poder exteriorizarlos. Creo, en efecto, que uno de los grandes méritos que hay que adjudicar al pensamiento ácrata español es el de haber cumplido superlativamente con la función mediadora o intercesora que, según Jean–Paul Sartre, corresponde al escritor: “El escritor es el mediador por excelencia” (*¿Qué es la literatura?*) Y si pudieron cumplir con esta misión fue porque desde el primer momento y sin apenas excepciones emplearon un lenguaje directo, claro y apto para ser entendido por el más humilde de sus lectores. No sólo en esto siguieron el ejemplo del venerable Pí y Margall, traductor de Proudhon y tan cercano al ideario ácrata por su federalismo y su amor a las clases trabajadoras: “Y pues trato de convencer, no de seducir, lo digo en el lenguaje sencillo y claro que a la verdad corresponde” (*Las nacionalidades*). Su habitual vehículo de expresión era la prensa y la tribuna, pues no pocos de los periodistas y hombres de letras más destacados fueron, a la vez, elocuentes oradores, como Fernando Tarrida del Mármol, Eleuterio Quintanilla, Eusebio Carbó, Felipe Alaiz, Teresa Claramunt, Soledad Gustavo (Teresa Mañé) y su hija

Federica Montseny. También en este aspecto se diferencian radicalmente de la producción teórica marxista, que desde el propio Marx hasta el último de sus epígonos arrastra el lastre de la terminología abstrusa y el aparato conceptual altamente abstracto e hipersubjetivo de su mentor Hegel. En cambio, lo que nuestros autores anarquistas han llevado al papel o transmitido de palabra es un fiel reflejo de lo que Albert Camus –libertario e hijo de madre española– llamó, en *El hombre rebelde*, “el pensamiento del Sur” (la pensée de midi).

Igualdad

La esencia del anarquismo hispano está preconfigurada, en lo esencial, en la figura de Don Quijote, como he subrayado una y otra vez en mis escritos, últimamente en el libro autobiográfico *Don Quijote in Deutschland*. Creo, en efecto, con razón o sin ella, que el personaje literario creado por Cervantes encarna, como ningún otro y a nivel individual, los valores humanos y espirituales que el anarquismo español intentará llevar colectivamente a la práctica tres siglos después. Una de las muchas afinidades electivas que existen entre la ética quijotesca y el anarquismo hispano es el sentido de la igualdad. De “amigo” y “hermano” trata el hidalgo a su escudero, a quien

dice: “Quiero que aquí a mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala”. Para saber lo que la igualdad es, el anarquista español no necesita consultar textos extranjeros, sino que lo aprende directamente a través del ethos individual y colectivo de su propio país, como ha escrito Salvador de Madariaga en su libro *Anarquía o jerarquía*-. “La igualdad es en España una verdadera pasión. No hay quizás en el mundo pueblo que la sienta con más sencillez y naturalidad. Esta pasión de la igualdad es la verdadera fuente de la dignidad que tanto admira en nuestro pueblo a los extraños”. Se trata de aquella igualdad que Calderón reivindica en *El alcalde de Zalamea*, cuando a la insolente pregunta del capitán a Juan Crespo (“¿Qué opinión tiene un villano?”), éste le responde: “Aquella misma que vos”. En España ha existido siempre una democracia natural, un rasgo de nuestra personalidad que el anarquista hereda también de nuestro patrimonio espiritual. Ya en 1521, fray Alonso de Castrillo escribía en su *Tratado de república* que “salvo la obediencia de los hijos a los padres y el acatamiento de los menores a los mayores de edad, toda otra obediencia es por natura injusta, porque todos nacimos iguales y libres”. El 12 de abril de 1824, Manuel José Quintana escribía a Lord Holland: “Vosotros tuvisteis vuestro Cromwell, los americanos a Washington, los

franceses a Napoleón. Nuestro país, milord, no produce esta clase de hombres: nosotros somos más iguales: nadie descuella entre los demás”.

No puede sorprender, por ello, que la defensa y la reivindicación de la igualdad figuren, desde el primer momento, en todos los documentos y tomas de posición del anarquismo español. Es también el caballo de batalla que a nivel teórico utiliza para combatir la democracia meramente formal introducida por la burguesía y exigir no sólo la igualdad política, sino también la igualdad económica y social. Su argumentación es tan simple como contundente: el advenimiento de la burguesía al poder ha puesto fin a la hegemonía de la nobleza y del absolutismo monárquico como fuerzas rectoras de la sociedad, pero sin suprimir las diferencias de clase, como Anselmo Lorenzo escribiría en el “Manifiesto a los Trabajadores de la Región Española” publicado el 23 de agosto de 1886: “El título de ciudadano es hoy tan contrario a la igualdad como lo fue en su origen [...]. La democracia encubre una vana esperanza, y como única realidad sólo significa la sanción por los trabajadores de la tiranía, de la explotación y del despojo de que son víctimas”. De ahí que subrayasen la necesidad de trascender la revolución política burguesa por medio de una revolución socioeconómica basada en la propiedad colectiva de los medios de producción y en la implantación de un sistema económico de estructura autogestionaria y dirigido por las clases trabajadoras. Esta es, en síntesis, la

concepción que los anarquistas españoles tienen de la igualdad, aunque sus planteamientos y esquemas no sean siempre convergentes, como veremos más adelante.

Contra la política

Pero los anarquistas españoles rechazan no sólo la política burguesa, sino la política en sí y por principio, y ello porque consideran que lejos de contribuir a la emancipación del proletariado, la obstruye. O como Tarrida del Mármol escribía en su prefacio al libro de Anselmo Lorenzo *Via Libre*, aparecido en 1905: “Los partidos políticos, llámense republicanos, socialistas, demócratas cristianos o socialdemócratas no hacen sino retardar el progreso social, y son tanto más temibles cuanto más cuentan en su seno con hombres de positivo valor, dotados unos de habilidad páfida, otros de funesta sinceridad en el error”. Ello explica que, a la inversa del socialismo y el comunismo de extracción marxista, combatan como contraproducente la fundación de partidos políticos y se declaren partidarios de la acción directa de los sindicatos como método de lucha y de organización. Esta aversión a los partidos políticos forma parte del ideario anarquista español desde los tiempos iniciales de la Asociación Internacional de Trabajadores, pero no puede disociarse tampoco del pésimo papel que los

partidos políticos españoles habían desempeñado desde las Cortes de Cádiz. Aquí también, pues, la experiencia endógena resulta tanto o más decisiva que el doctrinarismo exógeno.

Por lo demás, la crítica de los anarquistas a los partidos políticos no era muy distinta a la que habían manifestado los regeneracionistas, Joaquín Costa o la generación del 98. Baste recordar en este contexto lo que Ortega y Gasset había declarado en uno de sus discursos políticos: “La España oficial consiste, pues, en una especie de partidos fantasmas que defienden los fantasmas de unas ideas y que, apoyados por las sombras de unos periódicos, hacen marchar unos Ministerios de alucinación. Esta fue también la época en que figuras intelectuales y literarias como Unamuno, Pío Baroja, Azorín, Ramiro de Maeztu o Blasco Ibáñez se sentían atraídos en mayor o menor medida por el anarquismo. El novelista valenciano inmortalizará a Fermín Salvochea en su obra *La bodega*, Pío Baroja escribió su novela *Aurora roja* inspirándose en los militantes libertarios José Prat y Ricardo Mella, y Unamuno confiaba a Federico Urales: “En otro orden de cosas, mis lecturas de economía (más que de sociología), me hicieron socialista, pero pronto comprendí que mi fondo era y es, ante todo, anarquista”.

Estado y revolución

Mientras el modelo socialdemócrata concebido por Ferdinand Lassalle, Karl Kautsky, Eduard Bernstein y otros ideólogos alemanes postulaba la conquista del Estado como la condición previa para la emancipación de las clases trabajadoras y la transición del capitalismo al socialismo, los libertarios españoles se pronuncian desde el primer momento por su supresión aquí y ahora y su sustitución inmediata por la anarquía u orden no estatal. Con ello adoptan una posición opuesta no sólo a la de la socialdemocracia alemana y a la de los partidos de la II Internacional, sino también a la de Marx y Engels, ya que si bien éstos eran también enemigos del Estado, consideraban que el desarrollo de las fuerzas de producción y las contradicciones inmanentes del propio capitalismo conducirían por sí mismas a su paulatina extinción. De ahí que, partiendo de su concepción dialéctica de la historia y de su “socialismo científico”, combatieran con gran virulencia el inmediatismo o voluntarismo revolucionario del anarquismo español, como hizo Engels en su panfleto *Los bakuninistas en acción*. Pero en abierta contradicción con su visión dialéctica y su crítica al Estado como instrumento del dominio de unas clases sobre otras, los padres del marxismo afirmaron que la transición del capitalismo a la sociedad sin

clases o “reino de la libertad” tenía que pasar por una fase provisional o intermedia basada en la dictadura del proletariado, una aberración teórico-práctica rechazada no sólo por los anarquistas, sino también por las cabezas más lúcidas del socialismo tanto internacional como hispano.

El antiestatismo de la acracia española corresponde, de una parte, a las doctrinas clásicas del anarquismo, pero en él interviene también la experiencia tradicionalmente negativa que el hombre hispano ha tenido en su trato con el Estado. La oposición al Estado es en nuestro país muy anterior a la aparición en la Península de las ideas de Proudhon, Bakunin o Kropotkin, y empezó en realidad a partir del momento en que los primeros bandoleros del país se echaron al monte para tomarse la justicia por su cuenta. El primer intento de sustituir el Estado arbitrario e injusto por el autogobierno popular se produce en Fuente Ovejuna, en pleno reinado de los Reyes Católicos, cuando sus habitantes, hartos de la opresión del comendador Hernán Gómez de Guzmán, se levantan en armas y matan al tirano y a sus secuaces. Esta rebelión contra el Estado cruel y prepotente, que Lope de Vega convertirá en una de las grandes obras del teatro universal, no es en modo alguno un episodio aislado de la historia de nuestro país, sino la regla. Y ello no deja de ser lógico, pues como señala Gerald Brenan en su bello libro *El laberinto español*, “la larga y amarga experiencia que los españoles tienen del funcionamiento de la burocracia les ha llevado a subrayar la

superioridad de la sociedad sobre el gobierno, de la costumbre sobre la ley, del juicio de los vecinos sobre las formas legales de la justicia”. ¿Es una casualidad que nuestro máximo héroe literario sea un hidalgo que quiere implantar la justicia espontáneamente y a título personal? Claro que no, como no lo es que España haya sido el país de los guerrilleros.

Por lo demás, la oposición al Estado no es un invento de los anarquistas españoles, sino uno de los fenómenos más extendidos de la historia universal, desde las luchas sociales en el antiguo mundo grecorromano y los levantamientos de los campesinos y de las sectas religiosas en la Edad Media hasta el liberalismo moderno, que a menudo ha postulado tesis antiestatales confluyentes con el ideario ácrata. Y para comprobar esta afinidad de principio basta con leer a Thomas Payne, Henry David Thoreau o Herbert Spencer, cuya obra *El Hombre contra el Estado* fue leída siempre con gran interés por los anarquistas, especialmente por Ricardo Mella. ¿Qué es la obra de William Godwin *Disquisición sobre la justicia política* sino la profesión de fe de un liberal con conciencia social? No pocos anarquistas españoles iniciaron sus actividades militantes en las filas del liberalismo federalista, entre ellos Serrano y Oteiza, Ricardo Mella, Soledad Gustavo o Ferrer Guardia. O como señalaba Federica Montseny al autor catalán Agustí Pons: “Creo que es de suma importancia subrayar el hecho de que el anarquismo entroncó con una planta ya existente: el

federalismo” [Conversaciones con Federica Montseny). Podría quizá añadirse que algunos anarquistas estuvieron vinculados a la masonería, empezando por Ferrer Guardia.

Pluralismo doctrinal: diálogo y debate

La visión que los anarquistas españoles han tenido de su ideal ha sido todo lo contrario de unívoca y se ha caracterizado por su carácter plurívoco. Eso explica que el diálogo y el debate hayan sido uno de los rasgos centrales del movimiento libertario hispano. Muchos anarquistas se han definido como colectivistas, otros como individualistas, la mayoría de ellos han buscado una síntesis armónica entre ambos conceptos. Tarrida del Mármol, distanciándose de las disputas semánticas surgidas en Francia en torno a los términos “anarquista” y “libertario”, optó, como después Ricardo Mella y otros, por la “anarquía sin adjetivos”. Rafael Farga Pellicer, convencido de que la voz “anarquía” tenía para el común de la gente una connotación negativa, acuñó el término de “acracia”. Por parecidos motivos, José Serrano y Oteiza prefería el término “autonomía”, como explicaría en su artículo “Nuestra política”: “Los medios materiales de regirse esta sociedad (la sociedad del porvenir, la de la armonía universal) son: autonomía, el pacto y la federación,

asentados en la propiedad colectiva, que es el principio justo de la propiedad. Esta es la sociedad donde el orden es permanente. Esta es –y no las simplezas que por ahí se propalan– la aborrecida anarquía”. Por su parte el militante Miguel Rubio introducía en España el concepto de “anarquismo comunista”, que a partir del congreso de Zaragoza de mayo de 1936 pasaría a denominarse “comunismo libertario”, una construcción terminológica y conceptual que nunca ha llegado a ser popular.

Al estallar la I Guerra Mundial, un sector minoritario se enfrentó al internacionalismo y neutralismo abstractos por el que abogaba la mayoría y se declaró aliadófilo, entre ellos Federico Urales, Ricardo Mella y Eleuterio Quintanilla. Tras la fundación de la Federación Anarquista Ibérica, en 1927, surgieron continuas polémicas y tensiones entre faístas y cenetistas o sindicalistas puros. Las diferencias doctrinales y estratégicas entre ambos sectores condujeron al surgimiento de una corriente escisionista encabezada por Ángel Pestaña y los firmantes del *Manifiesto de los Treinta*, opuestos a la pretensión de los miembros de la FAI y sus simpatizantes de subordinar el sindicalismo de masas de la CNT a la ideología anarquista. Durante la II República, la minoría faísta, rompiendo con la línea posibilista y pragmática de Salvador Seguí y sus discípulos, adoptó una actitud maximalista, pronunciándose por lo que Juan García Oliver llamaría “gimnasia revolucionaria”.

El pluralismo doctrinal que acabamos de describir someramente ha creado a las organizaciones confederales serios problemas, obstaculizado su unidad de acción y sembrado no pocas veces la confusión, pero es, de otro lado, la prueba fehaciente de la libertad de pensamiento y de expresión que ha predominado en sus filas. La cultura dialógica forma parte intrínseca del movimiento libertario español, el cual se ha revelado también en este aspecto como heredero de Sócrates y su concepto de la verdad como fruto de la comunicación interpersonal y el logos compartido. De ahí también el papel preeminente que el anarquismo hispano ha asignado al debate asambleario y de base. La misma riqueza de criterios y puntos de vista ha reinado en el ámbito de la letra impresa, en la que se buscará en vano una concepción monolítica del anarquismo. Por lo demás, toda la pedagogía de esta doctrina ha consistido en enseñar al obrero a pensar y discurrir por su cuenta.

Materia y espíritu

No creo que sea posible entender la historia del anarquismo español sin tener en cuenta su profunda dimensión espiritual, su profundo sentido ético y su entrega total a un ideal superior. Como los demás movimientos e

idearios surgidos en el contexto de la lucha de clases, los libertarios hispanos concedieron desde el primer momento una importancia fundamental a las reivindicaciones económicas y a la defensa de los derechos laborales y sociales del asalariado, pero sería un grave error deducir de ello que este aspecto material de su lucha constituía la motivación central de su labor teórica y militante. Lo contrario es cierto. Lo que los obreros de la Federación Española, la CNT y demás organizaciones anarcosindicalistas anhelaban no era en primer término vivir mejor, sino vivir más noble y dignamente. Juan Peiró no se contradecía a sí mismo cuando hablaba de la “espiritualidad revolucionaria” que alentaba al sindicalismo representado por él y sus compañeros de organización. Los sindicalistas de la CNT luchaban ciertamente por mejoras económicas, pero personalmente despreciaban el dinero y los bienes materiales. Eso explica, entre otras cosas, que a diferencia de lo que ocurría en las filas del socialismo y el comunismo, los cargos retribuidos fueran considerados como incompatibles con la ética ácrata. Este hábito fue también una de las cosas que más impresionaron al escritor alemán Hans Magnus Enzensberger al escribir su libro *El corto verano de la anarquía*.

La espiritualidad a que nos estamos refiriendo procede en línea directa del idealismo de Sócrates, Platón, Aristóteles, los estoicos y la filosofía griega en su conjunto, basada, como se sabe, en el concepto del bien (agathori) como meta

suprema de la existencia humana y como fundamento de la verdad (aletheia) y la felicidad (eudaimonia). En abierto contraste con la antropología pesimista del cristianismo, de Hobbes, de Freud y de otras corrientes de pensamiento generalmente conservadoras, el anarquismo hispano comparte enteramente la visión optimista que los griegos tenían del hombre y la naturaleza. Como más tarde Rousseau y otros representantes de la Ilustración, consideran que el hombre es bueno por naturaleza y que si se desvía del camino del bien y elige el del mal no es por causas antropológicas, sino por circunstancias externas. O como diría Federica Montseny a su interlocutor Agustí Pons: “El anarquismo tiene confianza en el hombre. Cree que cuando éste se porta mal es porque está condicionado por causas sociales o enfermedades ajenas a su naturaleza”. De los griegos y del humanismo moderno heredan también la fe en la paideia o educación, que asumen en general a través del tratado pedagógico de Rousseau *Emilio o la educación* y, más directamente, de la enseñanza racionalista o laica impartida en la Escuela Moderna de Ferrer Guardia, en la Escuela Neutra de Gijón y en otros centros pedagógicos inspirados en el ideario ácrata o filoácrata. Pero tampoco en el ámbito educacional prevaleció el pensamiento único, sino la diversidad de criterios. Como prueba de ello baste señalar las diferencias existentes entre el modelo anticlerical introducido por Ferrer Guardia y la variante de la Escuela Neutra, en la que, como sugiere ya el nombre, los temas religiosos o antirreligiosos no formaban parte de las clases,

una praxis que tenía por fin no influenciar prematuramente a los alumnos inculcándoles dogmas ideológicos antes de que aprendieran a razonar por su cuenta. De la fe de los anarquistas españoles en el hombre como animal racional y capaz de regirse a sí mismo sin ser obligado a ello por instancias ajenas a su voluntad y a su autodeterminación, nacerá su visión de una sociedad autogestionada basada en la libre y voluntaria asociación y en los principios de la cooperación, la solidaridad y la ayuda mutua.

La obra creadora

Los detractores del anarquismo español no han cesado de trazar un cuadro sombrío sobre su identidad, presentándolo como un movimiento basado en la violencia, el odio y el terror e identificándolo con el caos y el desorden permanentes. No necesito subrayar que esta imagen burda, unilateral y guiñolesca divulgada por los sectores conservadores y reaccionarios, los socialistas de derecha y los comunistas ha servido a menudo de coartada para justificar la represión a que de continuo ha estado sometida la militancia ácrata. Sería tan estúpido como deshonesto negar que han existido individuos que, pretendiendo sublimar sus deformaciones de carácter y traumas psicossomáticos, se han servido de la ideología ácrata para

practicar la violencia y el terror. Pero precisamente porque su actuación y sus métodos contradecían los principios más elementales de esa doctrina, sus representantes más solventes los han desautorizado siempre de manera inequívoca, a su cabeza Salvador Seguí: “Hay que repetir mil veces, si ello es preciso, que los postulados de justicia social no están en la recámara de una pistola”. Y también: “Estamos convencidos, y con nosotros todo espíritu equilibrado, de que el terrorismo es una manifestación mórbida y decadente que nos retrotrae a estados primitivos de convivencia”. Y no de otro modo se expresaron Ángel Pestaña, Juan Peiró, Ricardo Mella, Eleuterio Quintanilla y otras figuras excelsas del anarquismo hispano. Más aún: no pocos de ellos se apartaron en determinados momentos de la lucha activa para dejar bien sentado su disentimiento con fórmulas y tácticas de combate ajenas o contrarias a lo que ellos entendían por anarquismo. José Prat escribía al respecto en una carta a Vladimiro Muñoz: “Sea porque nuestras ideas hayan sido mal explicadas, o sea porque han sido mal comprendidas, lo cierto es que vamos de degeneración en degeneración [...]. Yo no transijo con este pseudoanarquismo jesuítico que mata al pueblo indefenso por las calles, o se echa a hacer moneda falsa o a vaciar pisos, y es por esto que me aparto”.

Por una mezcla de ignorancia y mala fe, se ha silenciado, tergiversado o incomprendido a menudo la obra creadora del anarquismo de nuestro país, obra que a mi juicio y al de

quienes lo han juzgado objetivamente y sin partidismos reduccionistas, constituye su verdadera y auténtica esencia. Lo que sobresale de él es, en efecto, su dimensión poiética o constructiva, no la dimensión exclusivamente negativa que le achacan sus enemigos. Negar eso significa negar la propia realidad y lo que los anarquistas ibéricos han realizado en el campo de la emancipación sindical, social y cultural de la clase obrera, obra que culmina en las colectividades libertarias fundadas y administradas durante la Guerra Civil por la militancia confederal. No es éste el lugar ni el momento para referirme a este tema, del que por lo demás he hablado últimamente in extenso en el libro *La revolución libertaria*. Me limitaré, por ello, a señalar que si los militantes confederales pudieron socializar importantes sectores de la economía y mantener las colectividades hasta el final de la contienda en medio de grandes problemas técnicos y contra la hostilidad del gobierno Negrín y el Partido Comunista, fue gracias a su elevado nivel ético, humano y cultural. De otra manera no se explica que el propio Trotsky, en un momento de noble sinceridad, reconociera en sus Escritos sobre España la superioridad política y cultural de la revolución española sobre la soviética.

La cultura

En una entrevista concedida al periódico *CNT* a finales de 1994, la profesora e historiadora estadounidense Lily Litvak afirmaba con plena razón: “No hay otra ideología que haya adjudicado tanta importancia a la cultura como el movimiento libertario”. Este juicio de valor reza especialmente para el anarquismo español, una de cuyas metas esenciales ha sido, en efecto, desde los tiempos fundacionales, la promoción y divulgación de la cultura en sus diversas ramificaciones. Ya en una de sus primeras declaraciones de principios, los militantes de la Federación Regional Española pedían la “enseñanza integral” como premisa para la emancipación de las clases trabajadoras: “Queremos la enseñanza integral para todos los individuos de ambos sexos en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, a fin de que desaparezcan esas desigualdades intelectuales, en su casi totalidad ficticias, y que los efectos destructores que la división que el trabajo produce en la inteligencia de los obreros no vuelvan a reproducirse”. Saliendo al paso de los grupos que confundían la revolución con la dinamita y las pistolas, el militante Juan Lluas declaraba en el congreso celebrado en Sevilla en 1882 por la Federación de Trabajadores de la Región Española: “Con las armas de la razón y la inteligencia, instruyéndonos e ilustrándonos; en una palabra, por medio de la revolución científica, no en motines y asonadas, buscaremos la realización de nuestros ideales”. Me apresuro a consignar que uno de los aspectos fundamentales de la cultura libertaria española fue la

reivindicación de los derechos de la mujer y su dignificación como ser libre: “La mujer es un ser libre e inteligente, y, como tal, responsable de sus actos, lo mismo que el hombre; pues si esto es así, lo necesario es ponerla en condiciones de libertad para que se desenvuelva según sus facultades”, se podía leer en uno de los primeros documentos de los internacionalistas españoles. Declaraciones análogas en favor de la emancipación femenina tanto en el plano personal como social constituyen una de las constantes programáticas del movimiento libertario español.

Los ideales culturales y pedagógicos postulados por la acracia hispana fueron acogidos con inmenso interés por importantes sectores del proletariado urbano y rural. Eso explica el gran número de círculos culturales, ateneos, escuelas y otros centros de formación obrera fundados por iniciativa anarquista, así como la ingente proliferación de revistas, semanarios y periódicos surgidos a lo largo y ancho de la geografía nacional y dirigidos y redactados por los propios trabajadores. La sed de aprender era tan grande que incluso los obreros iletrados que no estaban en condiciones de leer los libros, folletos y artículos de prensa procuraban instruirse y superar su analfabetismo acudiendo a las conferencias y a las reuniones de sus compañeros de clase, como testimonia Juan Díaz del Moral en su libro *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* en relación a los campesinos andaluces a principios del siglo

XX: “Se leía siempre; la curiosidad y el afán de aprender eran insaciables; hasta de camino, cabalgando en caballerías, con las riendas o cabestros abandonados, se veían campesinos leyendo; en las alforjas, con la comida, iba siempre algún folleto. Es verdad que el 70 u 80 por ciento no sabía leer; pero el obstáculo no era insuperable. El entusiasta analfabeto compraba su periódico y lo daba a leer a un compañero, a quien hacía marcar el artículo más de su gusto; después rogaba a otro camarada que le leyese el artículo marcado, y al cabo de algunas lecturas terminaba por aprenderlo de memoria y recitarlo a los que no lo conocían”.

El concepto que los anarquistas tenían de la cultura no estaba encaminado primigeniamente a la transmisión de conocimientos en el sentido técnico o epistemológico de la palabra, sino que su objetivo central era el de potenciar y enriquecer al máximo los valores humanos, morales y espirituales del individuo. También y especialmente en este sentido seguían, dentro del marco de su ideología libertaria, las grandes líneas de la antigua y moderna Ilustración. Eso explica la importancia que el anarquismo español ha adjudicado a la conducta ética del militante. “En Sevilla –escribirá Ricardo Mella–, con su enorme Centro obrero, capaz para miles de hombres, se impuso de tal suerte la moralidad de las costumbres que se tuvo por desterrada la embriaguez. Ningún obrero hubiera osado entonces ni se le hubiera permitido presentarse embriagado a las puertas del

gran caserío popular”. La pedagogía ácrata no se limitó a fomentar la pureza de costumbres, sino que procuró al mismo tiempo y ante todo dar al individuo la conciencia de su propio valer, pero no en el sentido burgués y egocéntrico de la palabra, sino como portador de un ideal superior basado en la generosidad y la nobleza de sentimientos que tanto impresionaron a George Orwell apenas hubo pisado territorio español: “Poseen, sin lugar a dudas, una generosidad y un tipo de nobleza que no pertenecen realmente al siglo XX” (*Homenaje a Cataluña*). Aquí también el anarcosindicalismo entroncó con rasgos de carácter profundamente arraigados en el alma hispana, desde la grandeza y el sentido de la dignidad a la hombría de bien y la alteza de miras. ¿Qué ha sido nuestro anarquismo sino la versión moderna y colectiva de nuestra hidalguía? Pero a la cultura libertaria pertenece no sólo el cultivo de esas virtudes interiores, sino también su expresión externa, plasmada, en primer lugar, en la manera grandilocuente y elegante de expresarse, otro rasgo de carácter genuinamente español que Kant analiza y describe en sus escritos antropológicos. Una de las primeras cosas que Anselmo Lorenzo tuvo que explicar a sus compañeros de trabajo en una imprenta de París fue por qué hablaba siempre en tono elevado, a lo que el gran apóstol de la acracia respondió: “Eso es debido a que en España habla lo mismo el obrero que el literato: no hay distinción de clases en el lenguaje. Si vieseis el club de Antón Martín, en Madrid, por ejemplo, os admiraría ver cómo hombres y mujeres de

diversas clases sociales discuten políticas e iniciativas revolucionarias como podría hacerlo una reunión de académicos”. Anselmo Lorenzo no exageraba, como yo no creo exagerar si digo que tanto por sus valores interiores como por su manera elevada de expresarse, los anarquistas españoles de la época heroica eran la encarnación concreta de la *schöne Seele* o “alma bella” que Schiller describió en sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Si se me permite una nota personal diré que por mi edad yo tuve el privilegio de conocer todavía a no pocos militantes de aquella época, y más de una vez he pensado que mi vocación de escritor nació escuchando a aquellos hombres y mujeres de origen humilde, pero de palabra tan cultivada y hermosa.

Durante la Guerra Civil y en la medida en que lo permitieron las difíciles circunstancias materiales y políticas a que se enfrentó desde el primer momento el bando republicano, los anarquistas tuvieron ocasión de llevar a la práctica parte de sus planes y proyectos culturales y pedagógicos, en primer término la lucha contra el analfabetismo y la superación de la división tradicional entre trabajo manual e intelectual. Cabe destacar, en este contexto, la fundación en Madrid, por iniciativa de Eugenio Criado, de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza de Castilla y de la Escuela de Campesinos, y en Barcelona, del Consejo de la Escuela Nueva Unificada (CENU), que pasó a dirigir el pedagogo libertario Joan Puig Elias, discípulo de

Ferrer Guardia. Por razones de espacio no podemos ofrecer un cuadro siquiera elemental de lo que aquellos hombres y mujeres realizaron en el campo de la educación y la enseñanza. Baste decir que, a partir de 1937, ningún niño en Cataluña dejó de ser escolarizado y que en el primer año de guerra fueron construidas 151 escuelas, sin hablar ya de la labor didáctica que a nivel de formación profesional llevaban a cabo las respectivas colectividades. No era tampoco infrecuente que la lucha contra el analfabetismo fuese proseguida en el mismo frente, como ocurrió en la Columna Durruti. El alemán Carl Einstein, que formaba parte de la Columna, escribe en el tercer tomo de sus *Obras Completas*–, “Por la noche, reunidos en torno al fuego, los jóvenes escuchan a los mayores. Muchos de ellos no saben leer ni escribir. Los compañeros les dan clase. La Columna Durruti regresará del frente sin analfabetos, pues se ha convertido en una escuela”.

Humanismo obrero

Si tuviera que definir en una fórmula breve la obra realizada por el anarquismo español en el plano cultural, pedagógico, social y sindical no vacilaría un solo momento en calificarla como una de las grandes aportaciones de nuestro pueblo al humanismo europeo y universal. Y ello

fue posible porque detrás de ese humanismo militante y obrero había no sólo una filosofía o sistema de ideas, sino también lo que Voltaire llamaba *l'esprit des nations* y Herder, más propiamente, *Volksgeist* o “espíritu popular”, esto es, una infraestructura humana, moral, emocional y temperamental específicamente española, desde la pasión, la sensibilidad a flor de piel y el orgullo al estoicismo y el espíritu de resistencia que Ganivet nos adjudicaba, sin olvidar el fondo místico de nuestro pueblo y nuestra tendencia a la utopía y los sueños imposibles. Sólo así puede explicarse que el movimiento libertario hispano haya sido totalmente distinto al de los demás países, tanto en sentido cualitativo como cuantitativo.